



Año 2033. Tras una guerra nuclear devastadora, amplias zonas del mundo han quedado sepultadas bajo escombros y cenizas debido a la radiación. Los supervivientes se han refugiado bajo tierra, en las redes del metro. Gleb es un niño huérfano de doce años que ha pasado toda su vida en los túneles del metro de San Petersburgo. Pero su vida cambiará de repente, al unirse a un grupo de Stalkers y a un sacerdote de la nueva religión, «Éxodo», para emprender una peligrosa expedición a la superficie. Él y sus compañeros tendrán que recorrer parajes radiactivos plagados de terroríficos mutantes para llegar hasta la isla.



Schimun Wrotschek

San Petersburgo

Metro: Universo Metro 2033 - 03

ePub r1.4

Rocy1991 02.11.14

Título original: *Пумеп*
Schimun Wrotschek, 2010
Traducción: Joan Josep Mussarra Roca

Editor digital: Rocy1991
ePub base r1.2



A modo de prólogo

ESTAMOS todos muertos.

Mi última súplica se dirige a quienes lean este mensaje:

Imaginaos que hemos hecho salir al genio de la botella.

Y que ya no podemos volver a encerrarlo.

Ahora tenemos que formular un deseo.

Miles, millones de deseos se van a cumplir a la vez.

¿Cuál es el deseo más grande, el más anhelado, el menos egoísta?

Quiero que este mundo desaparezca.

Que se abra en un infierno nuclear.

Que la peste acabe con él.

Que se ahogue bajo su propia basura.

Por fin hemos logrado lo que queríamos.

Todo a la vez.

Probablemente ése era el único deseo de los hombres que podía llegar a cumplirse.

Amén.

Descansad en paz.

«¡Felicidad para todos, gratuita, y que nadie quede insatisfecho!»^[1]

Primera parte: TIERRA HÚMEDA

*Como un perro viejo con el rabo caído,
¿qué es lo que ése quiere ahora, baby, qué es lo que quiere?
En el gélido café sueña el sueño de invierno,
sobre la tierra fría no hay lugar para la guerra.*

Sobre la tierra fría.

Sobre la tierra fría.

Sobre la tierra fría.

*No llores, tesoro, porque aún hay madera,
también hay cerillas y hierba en la pipa,
un poco de carbón y una cama grande,
sobre la tierra húmeda también se duerme bien.*

Sobre la tierra húmeda.

Sobre la tierra húmeda.

Sobre la tierra húmeda.

D. Sergeyev

Adaptación libre

de la canción Cold Cold Ground

de Tom Waits

1-El Tigre

IVÁN vaciló un instante, pero luego se metió en el agua hasta la altura de la cadera. En un primer momento no sintió que sus piernas estuvieran dentro de una masa líquida, porque el aire cálido y viciado del túnel tenía una consistencia similar. Avanzó con pasos lentos, fusil de asalto en ristre. A veces, el estrecho cono de luz de su linterna iluminaba las paredes desnudas del túnel; a veces, los restos podridos de los cables. La superficie líquida en la que estaba inmerso parecía interminable y le resultaba amenazadora. Algo se ocultaba en el caldo verdoso y turbio. Una criatura viva. Iván sintió que la maraña de algas marinas se le enredaba en las caderas. (¿Eran realmente algas?) Se le habían empapado los pantalones y el frío del agua le penetraba poco a poco en la piel. Iván siguió avanzando en el agua. El Kalashnikov arrojaba sombras difusas a la luz de la linterna.

¡Clong! Iván se quedó inmóvil.

El sonido provenía de más adelante.

Apoyó el fusil en el hombro y apagó la linterna con la mano que le quedaba libre. La luz desapareció. Tinieblas impenetrables. Ruidos. Chapoteo, olisqueo, mordedura, masticación. Como si unos dientes afilados como cuchillos hicieran pedazos a alguien. Luego, de nuevo, silencio.

Iván habría querido volver a encender la linterna y disparar una ráfaga, pero logró contenerse y aguardó.

Precisamente entonces se acordó de las historias que se contaban sobre los cocodrilos de las alcantarillas. Y sobre las bestias salvajes que se habían escapado del zoo de la Gorkovskaya. En esos momentos, sólo le faltaba encontrarse con un tigre.

Al cabo de unos minutos, Iván encendió de nuevo la linterna. Fue como volver a casa. El ser humano es fácil de contentar. Podría vivir sin comida y sin agua, pero sin luz se echa en el suelo y aguarda la muerte, como si las tinieblas

le arrebataran toda su voluntad de vivir. Iván volvió los ojos hacia uno y otro lado. El caldo verdoso que quedaba iluminado por el angosto círculo de luz de la linterna ondeaba con apatía. A unos doscientos metros de distancia vio la salida al andén de la Primorskaya.

«Ojalá que la escalera esté todavía allí», pensó Iván.

Los animales salvajes. Lo más curioso de todo era que la Gorkovskaya, donde se encontraba el zoo, había vuelto a abrir sus puertas poco antes de la Catástrofe. Cuando ésta tuvo lugar, los asustados visitantes huyeron al metro y nadie se preocupó por los animales. No se sabía lo que había sucedido allí arriba, pero circulaban los rumores más delirantes.

Iván negó con la cabeza. Como llevaba la linterna sujeta al casco, la luz deambuló por los tubos.

¿Dónde estaba esa cosa?

«Bueno, vamos a averiguarlo.»

Por lo general, las estaciones de metro de San Petersburgo se habían construido en lo que se había dado en llamar «elevaciones». Por ello, en los tramos de túnel más profundos, el agua llegaba hasta las caderas. En cambio, en las inmediaciones de la Primorskaya cubría tan sólo hasta el tobillo. Iván moderó el paso. La linterna LED parpadeó y su luz perdió fuerza.

Estupendo. Las baterías empezaban a fallar.

Iván llegó a un trecho en el que apenas había agua. Sacó el mechero y se puso a calentar la primera batería con la llama, hasta que estuvo tan caliente que ya no podía sostenerla ni siquiera con los guantes puestos. Entonces volvió a colocarla en la linterna y sacó la otra. Eso permitiría que las baterías aguantaran otros veinte minutos. Hasta que se enfriaran.

Siempre viene bien tener alguna noción de física.

Tarde o temprano tendría que sacar la lámpara de carburo... Hacía algún tiempo, Iván había descubierto un almacén de latas de carburo de los tiempos en que se construyó el metro. Debía de haber allí quinientos kilos en latas de metal. El carburo va muy bien, pero pesa más. Aunque su luz es la mejor, eso sí. Las lámparas de carburo no deslumbran y proyectan un círculo de luz cálido y regular. Ni siquiera la linterna LED por la que tanto cariño sentía podía compararse en calidad de luz con una lámpara de carburo ordinaria.

De repente, Iván dio un sonoro respingo. El contenedor metálico de la batería se había recalentado. Se guardó el mechero y colocó de nuevo la batería dentro de la linterna. Sólo entonces se permitió agitar la mano. Mierda. Se había

quemado los dedos de verdad.

De todas maneras, la linterna LED volvía a dar luz como antes. Iván arrugó el rostro y se sopló la mano, cerró el puño y lo volvió a abrir. Le dolía... pero ¡qué más daba! Tenía que seguir adelante mientras le quedara luz.

Iván se puso el casco y se abrochó la correa. No le resultó fácil hacerlo con los dedos chamuscados. ¡Tenía que darse prisa! Sentía un martilleo en las sienes.

Le quedaban, como mucho, veinte minutos. Luego tendría que calentar las baterías de nuevo. Con suerte, las haría durar otros quince minutos.

Tenía que conseguirlo.

Iván cargó el Kalashnikov sobre el hombro y trató de andar a paso ligero por el agua que le llegaba hasta los tobillos. Se sabía bien el camino hasta la plancha metálica que marcaba el límite del andén. Luego tendría que andarse con más ojo.

La omnipresente humedad se había ensañado con las paredes de los túneles. El revestimiento se desprendía y había que ir con cuidado para que no le cayera a uno un trozo grande sobre la cabeza. Por suerte, las bombas de vaciado todavía funcionaban. Eso era lo que siempre le decía el tío Yevpat, e Iván le creía. Ése era el murmullo que se oía en algunos de los túneles. «¿Oyes?», solía decirle el tío Yevpat mientras levantaba con gesto grandilocuente sus dedos nudosos.

Por fin. El cartel.

Iván agachó la cabeza e iluminó las figuras en blanco y negro sobre la placa de metal herrumbroso. El agua goteaba desde el cartel. Plop. Plop. En otro tiempo había servido como orientación para los que caían a las vías. Les indicaba dónde se detendría el metro para que se quedaran más allá. Si alguien se caía del andén a las vías, cabía la posibilidad de refugiarse al otro lado, porque el metro se detenía allí.

En aquel lugar debía de encontrarse también la escalerilla. Iván iluminó a su alrededor. «Ah, ahí está.»

La última vez que había estado allí había visto el objeto que buscaba.

Iván sostuvo el AKSU bajo el brazo y anduvo hasta el pie de la escalerilla. Antes de subir, se asomó con precaución y miró por encima del andén. Una mancha negra pasó corriendo por el círculo de luz que proyectaba la linterna. Por puro reflejo, Iván empuñó el fusil. Falsa alarma. Tan sólo era una rata. Ni siquiera más grande que la media. Inofensiva. En las estaciones abandonadas vivían todo tipo de animales. ¿De qué se alimentaban esas bestezuelas? ¿De algas? ¿De moho? ¿O tal vez del musgo que cubría el techo de la estación y que

en algunos lugares había infestado también columnas y paredes?

Un musgo extraño, por cierto. En el extremo septentrional del andén colgaba en auténticas guirnaldas, sobre todo en el túnel derecho. En este último llegaban hasta el agua.

«No, yo no me meto por ahí ni que me maten.»

Después de asegurarse de que no ocurría nada extraño sobre el andén, Iván se colgó el fusil del hombro y se agarró a los escalones. La herrumbre húmeda se desprendía bajo sus guantes. Todo viene a menos. Todo es perecedero.

En otro tiempo, aquella estación había estado habitada. Iván se acordaba: no hacía tanto que las lámparas de sodio habían ardido bajo el techo abovedado y habían iluminado sus columnas cuadradas revestidas de mármol. Ciertamente, algunos de los mármoles estaban rotos y debía de haber ardido tan sólo una de cada dos lámparas. Pero había sido una estación bella.

Al subir por los escalones de su extremo septentrional, se encontraban tres escaleras mecánicas a mano izquierda. Las puertas herméticas estarían cerradas. Iván estaba convencido de ello.

Olía a mar. Pero no se trataba de la brisa agradable del golfo de Finlandia, como antes, cuando aún vivían allí seres humanos, sino que era el hedor de un mar negro e insano, en cuyas profundidades moraban gigantescos peces grisáceos y monstruosas criaturas semitransparentes. De un mar que daba luz en la oscuridad. Durante el día, mientras brilla el sol, nadie se atreve a subir a la ciudad. ¿Quién habría podido ser tan imbécil?

Y, sin embargo, sí hay personas que suben a la ciudad. Pero tal como pintan las cosas, no tardarán en quedar ligadas por el matrimonio.

Iván sonrió con sarcasmo.

Subió por la escalerilla y accedió a la rampa que en otro tiempo había empleado el personal de mantenimiento. Iván había visitado la Primorskaya en varias ocasiones, tanto en la época en la que estaba habitada como después de que la abandonaran. Si su memoria no le fallaba, tenía que caminar todavía un poco más por el estrecho andén y luego encontraría una puerta a mano derecha por la que se entraba al área de mantenimiento de la estación.

Alto. No podía precipitarse.

Primera norma: en el metro no hay nada duradero. Todo puede cambiar en muy poco tiempo.

Segunda norma: todos los cambios entrañan peligro.

Se quedó quieto sobre el andén y volvió la cabeza hacia uno y otro lado, para

hacerse una visión de conjunto. El círculo de luz revelaba los restos de revestimiento que habían quedado en la pared. Allí donde se habían caído las planchas de mármol habían quedado negros vacíos de contorno cuadrado. Sobre el suelo había sacos de arena a medio pudrir. Charcos de agua por todas partes. Y allí... no, todavía no...

Una guirnalda del omnipresente musgo grisáceo pendía de la bóveda. Iván tenía incluso la impresión de que brillaba débilmente en la oscuridad con fulgor fosforescente. ¿Radiactividad? Difícilmente.

A juzgar por el contador Géiger, los niveles de radiactividad no eran elevados. Pero ¿qué sonido era ése?

Mejor prevenir que curar.

Iván dio un paso hacia atrás y sacó la mascarilla de gas que llevaba en la bolsa.

Una máscara antigás rusa GP-9, casi nueva. Le había costado dos cargadores llenos. No era poco. Y cada uno de sus filtros, veinte cartuchos adicionales. Comparadas con los precios habituales, esas cifras daban vértigo. Además, en vez de los dos visores redondos y el morro de goma de las PG-5 normales, la GP-9 tenía visores triangulares que le daban un campo de visión muy amplio y dos accesorios laterales que permitían girar el filtro tanto hacia la izquierda como hacia la derecha. Esto último era muy práctico.

Iván aflojó la correa del casco. La LED arrojaba una luz blanca y pura. Lástima que las baterías estuvieran a punto de terminarse. Aún podía contar con la lámpara que había llevado a modo de repuesto. Luego no tendría más remedio que volver sobre sus pasos. Maldición. Iván se arrodilló, desenrolló la esterilla, colocó el casco encima y lo orientó para que la linterna iluminara el andén de un extremo a otro. Luego se acomodó la máscara antigás en el mentón y tiró hacia arriba hasta cubrirse todo el rostro. Su respiración se volvió más pesada, y cada vez que tomaba aliento, se oía un murmullo como si se colara agua por la pared de un túnel. El aire tenía un olor peculiar: a sustancia estéril y, en cierta medida, química.

El filtro tenía un cartelito rojo: «Contra aerosoles y polvo radiactivo.» Una hora y media.

Ojalá no fuera una falsificación. En el metro había gentuza que no se detenía ante nada. En otro tiempo habían hecho circular droga adulterada. Hoy en día se falsificaban filtros de respiración y cartuchos de Kalashnikov. Qué puercos.

En cierta ocasión le habían ofrecido a Iván una escopeta de dos cañones con

cincuenta cartuchos. Cartuchos de perdigones y cartuchos de balas. El precio era tan ventajoso que Iván sospechó de inmediato. Y en seguida se fijó en detalles de los cartuchos que no se correspondían con lo que tenía que ser. Así que no compró.

En realidad había sido una lástima. Una escopeta de dos cañones le habría venido bien. Contra las bestezuelas que a veces surgen de la oscuridad, lo más eficaz es una descarga de perdigones a poca distancia. El Kalashnikov es un arma soberbia, y también lo es el «Bastardo» de cañón corto. Pero los fusiles exigen cierta distancia de tiro. Si se dispara de cerca, la escopeta de perdigones es mucho mejor. No es necesario apuntar con mucha precisión y el efecto es devastador.

Iván respiró hondo varias veces. El filtro no era ninguna falsificación, todo estaba en orden. La correa de la máscara le molestaba en la nuca. Aún no se la había puesto bien. Daba igual.

Iván volvió a colocarse el casco con la linterna y escuchó.

En la lejanía se oía gotear el agua. En las inmediaciones, también. Hubo un débil crujido. Tal vez fuera la rata a la que había asustado antes. Todas y cada una de las gotas de agua que caían generaban un eco resonante.

Hasta el momento, ningún problema. Iván estaba acostumbrado a los rumores del túnel. Los oía en todo momento.

La tierra oprime, como siempre solía decir el tío Yevpat. En otro tiempo había servido en un submarino y sabía lo que era el sentimiento de opresión. El tío Yevpat sabía muchas cosas.

Por ejemplo, sabía por qué había estallado la guerra. Por mor de la justicia. Hay que decir que todos los que vivían en el metro sabían cuál había sido el motivo de la Catástrofe.

Sólo que cada uno tenía una versión distinta y, por supuesto, consideraba que la suya era la verdadera. Tan pronto como en algún lugar se encontraban los «veteranos», discutían hasta la saciedad: ¿Quién tuvo la culpa?

La respuesta era sencilla: la culpa la tuvisteis vosotros.

Había una pregunta mucho más importante: ¿Qué vamos a hacer ahora?

Se contaba la leyenda de un tigre que se escapó del zoo y se refugió en el metro. El vagabundo lo había conseguido. Los viejos aseveraban haber visto con sus propios ojos cómo corría por el andén, saltaba a las vías y desaparecía en el túnel. Algunos afirmaban que se había alejado en dirección a la Nevski prospekt, y otros hacia la Petrogradskaya.

Iván pensó, con tristeza, que probablemente no era más que una bella leyenda.

Un cuento.

Igual que los relatos de Vodyanik sobre España, donde había estado poco antes de la Catástrofe. Iván había escuchado en otro tiempo al profesor y había pensado: «Todo eso es un cuento. Tu España ha dejado de existir, Vodyanik, y los parques verdes de Barcelona, también.» Los palacios de Gaudí (por cierto, ¿quién había sido ése?) habían quedado pulverizados y los españoles habían muerto.

Pero, ¿acaso la situación era mejor en San Petersburgo?

Todo el que contemplaba las ruinas de lo que antaño habían sido las soberbias avenidas de San Petersburgo sentía un escalofrío en la espalda. Los fantasmas de los marineros merodeaban por Kronstadt. Tserskoye Selo, sus anchurosos parques y su palacio ya eran tan sólo recuerdos.

—En ese tiempo había unos caramelos que se llamaban Batonchiki —le había contado Vodyanik—. Cuando se fotografiaba a alguien, no se le decía «sonríe», sino «¿Cómo se llaman tus caramelos favoritos?» Y el otro respondía: «Kis-Kis.» Con eso se lograba siempre una sonrisa. Pero el hipopótamo... ¿cómo era el chiste? Ah, sí. El hipopótamo era enorme y respondía: «Mis caramelos favoritos se llaman Batooooonchiki.» ¿Has pillado el chiste? Ah, ¿no? ¿Me habré dejado algo? En cualquier caso, sus caramelos favoritos eran éstos. Eran deliciosos. Y el hipopótamo decía: «Batooooonchiki.» Te hace reír, ¿verdad que sí? ¿Ah, no? Qué raro.

Iván sonreía tristemente. Los Batooooonchiki. Pues vaya historia.

Contempló el andén. Era la dura realidad. Una estación muerta.

De pronto, Iván oyó un gruñido a sus espaldas. Se le cortó el aliento y se volvió poco a poco.

Se encontró cara a cara con un tigre.

Un tigre de verdad, como el de la ilustración del diccionario infantil. Gigantesco. Bello. Y blanco. Sus ojos verdosos devoraban la luz crepuscular de la linterna.

«Ahí está tu España», pensó Iván. En un primer momento no supo cómo le había sucedido. Tan sólo cuando la pared se le cayó encima, le golpeó el hombro, le derribó y se sumergió en el líquido turbio y sucio, lo comprendió: «Esto va mal.»

«El tigre», pensó.

Estaba tumbado sobre el costado izquierdo. El visor que había quedado abajo estaba cubierto de agua hasta la mitad. Milagrosamente, la linterna no se había apagado. Iván vio que unas piernas entraban en el círculo de luz... no, no eran unas piernas. Iván escuchó su propia respiración. Había tenido suerte. Le había faltado poco para dejarse llevar por el pánico, pero el agua le bloqueaba el filtro, no le llegaba el aire, y eso le hizo recobrar el dominio sobre sí mismo.

De pronto se dio cuenta de que la pared no se había caído.

Alguien le había atacado; maldita sea.

Bum, bum, oía dentro del pecho. Estaba indefenso en el charco de agua. No logró empuñar el arma. ¡Mierda!

El súbito flujo de adrenalina le aguzó los sentidos. Vio moverse a la luz de la linterna lo que había tomado por las piernas de un ser humano. Eran tentáculos. Tentáculos transparentes que se movían con gran flexibilidad, como si estuvieran hechos de cristal blando.

Iván se dejó guiar por sus instintos. Se puso en pie al instante y empuñó el fusil. Y antes de que pudiera pensar en nada, disparó una ráfaga con el Kalashnikov: ¡Ra—ta-ta-ta! Un ruido como si se hundieran clavos en un contenedor de hierro.

Una pequeña hilera de surtidores brotó sobre el agua, de un extremo a otro del tentáculo transparente. Éste retrocedió con violencia, como si se hubiera quemado. Iván apuntó a la izquierda con el fusil y apretó el gatillo una vez más. El «Bastardo» empezó a disparar con desesperante lentitud. «Uno, dos», contó Iván, y volvió a soltar el gatillo. Como a cámara lenta, vio brotar una primera fuente, luego una segunda, y vio hundirse el tercer proyectil en el tentáculo transparente. ¡Choc! El tentáculo se retorció. Su forma recordaba a la de un tubo de máscara de gas, pero mucho más grande. Se agitó en el aire y, al cabo de un instante, desapareció.

«Tú no me engañas, animal de mierda.»

Iván apoyó el fusil en el hombro. La mira estaba frente a sus ojos. Inspiración. Espiración. Ya estaba preparado para disparar contra el blanco. La sangre le palpitaba en las venas, ardiente como el ácido. Se sentía los latidos del corazón en la sien derecha.

Pop. Pop.

Pop.

Entonces, el tentáculo volvió a aparecer por la esquina. Iván se preparó. El latido de su propio corazón lo ensordecía. Le quedaba, como mucho, medio

cargador. Antes, al abrir fuego, no había contado los disparos. Idiota.

Seguramente la bestia no llevaba mucho tiempo allí. ¿Podía ser que hubiera entrado desde el mar? En cualquier caso, no tenía muchas posibilidades de herirla de muerte. Si disparaba de inmediato, tan sólo conseguiría gastar sus últimos cartuchos. Llevaba un cargador de repuesto fijado con cinta aislante encima del otro, pero iba a necesitar varios segundos para cambiarlo. Y quizá no dispondría de tanto tiempo.

¿Qué podía hacer?

Iván caminó poco a poco hacia la derecha. Se esforzó por tener el tentáculo siempre a la vista. ¿Era el mismo contra el que había disparado antes? ¿O era otro? De pronto, Iván sintió una extraña presión sobre la frente, como si la fuerza gravitatoria de la Tierra se hubiera multiplicado de golpe. Le pareció incluso que el techo de la estación descendía poco a poco. Iván sintió la necesidad de agachar la cabeza y de echarse sobre el húmedo suelo para que la fuerte presión no lo aplastara.

«Ah, eres tú, bestia.» Iván se encolerizó y la extraña sensación desapareció. Un psicoataque, ¡maldita sea! Se acordó de la historia de los *blokadniks*,^[2] capaces de manipular psíquicamente a los atacantes y lograr que se quedaran inmóviles igual que el conejo frente a la serpiente. Se lo había contado un conocido de la estación Nevski prospekt. También era *digger*, igual que él, y por lo tanto era digno de confianza. A veces.

«Pero yo no soy ningún conejo —pensó Iván—. Ni tampoco un conejillo de Indias.»

Se alejó todo lo que pudo hacia la derecha y apoyó el hombro contra la pared de mármol. El tentáculo se agitó de pronto en el lugar donde había estado Iván.

«Vaya, qué animal más listo. Pero yo tampoco soy tonto. ¿Cómo puedo acabar contigo? ¿Dónde tienes tu maldita cabeza?»

Con todo el sigilo que le fue posible, Iván aflojó la correa del casco. Era un casco de los que habían empleado los trabajadores del metro, originalmente de color naranja, y luego pintado de gris. El tentáculo palpó el suelo, sin detenerse, y luego la pared. Como la mano de un ciego. Iván se estremeció. ¡Qué idea! El órgano prensil se acercó al círculo de luz de la linterna de Iván.

Iván se puso de rodillas, colocó el casco en el suelo y lo orientó para que el rayo de luz alumbrara el pedestal de la columna. Luego se levantó de nuevo y dio un paso a la derecha con el arma a punto. Y luego otro paso. El tentáculo

tanteaba la columna y exploraba las planchas de mármol. Una de ellas se desprendió y se hizo pedazos contra el suelo.

El tentáculo se estremeció y luego reanudó su exploración. Iván aguardó. El hombro no le dolía especialmente. Lo más probable era que no le doliese de verdad hasta más tarde. Pero se había caído al suelo de manera muy violenta.

Entonces pareció que la bestia perdía la paciencia. Un nuevo tentáculo apareció por la esquina del túnel y se adelantó al otro. Iván retrocedió un poco más hacia el borde del andén. Un poco más y podría echar una mirada al túnel.

De todas maneras, no habría visto nada. Porque necesitaba la luz para los tentáculos. El casco estaba allí. Y las baterías iban a aguantar, quizá, otros cinco minutos. En el mejor de los casos, diez. Las LED no consumen tanta electricidad como las bombillas, pero también llega un momento en el que se apagan.

Tendría que esperar.

Las visitas a la Primorskaya habían empezado medio año antes. Hasta entonces había sido una estación habitada, ordinaria, aunque el túnel que empezaba en ella e iba en dirección a la costa la marcara como territorio fronterizo. Antes de la catástrofe habían tenido la intención de construir una nueva estación de metro en la costa, sobre un terraplén artificial. Habían terminado el túnel, pero ni siquiera habían empezado con la estación. Poco después de la Catástrofe, el túnel se llenó de agua de mar sucia. Entraba sin cesar. La radiactividad se incrementó, pero no alcanzó valores peligrosos. El problema era otro...

Primero entraron algas por el túnel.

Y luego, las bestias.

En tanto que apareciesen de una en una y buscaran a ciegas la luz, no había ningún problema. Bastaba con matarlas. Pero cada vez fueron más. Y, por si eso fuera poco, subió el nivel de las aguas. Eso fue lo peor de todo. Llegó un momento en el que hubo que evacuar la Primorskaya. Sus habitantes lucharon hasta el final para preservar su estación, pero todo fue en vano.

En cualquier caso, el mar de después de la Catástrofe era un enigma. El océano entero era un único y siniestro misterio. ¿Quién sabía lo que podía crecer en aquel caldo primordial aparecido en tiempos modernos?

Por ejemplo, aquella variedad transparente de pulpo.

Iván se acercaba cada vez más al borde del andén, sin perder de vista los tentáculos. Aun cuando tan sólo sobresalieran en parte, medían varios metros. Uno podía imaginarse el monstruoso pulpo que se escondía detrás.

«Me ha pillado bien con ese tigre», pensó Iván.

Pero ¿y si no había sido por culpa del pulpo, sino del maldito musgo? Iván se acordó de su olor penetrante, levemente dulzón. ¿Y si aquella cosa actuaba como una droga y provocaba alucinaciones? ¿Acaso había tomado por ojos de tigre lo que en realidad eran manchas fosforescentes en la punta de los tentáculos?

A saber.

«Quizá no habría tenido que venir solo», pensó Iván. Los *diggers* no pueden ir solos a llevar a cabo su misión. Por otra parte, no había venido en busca de suministros, sino de algo muy concreto. De una verdadera joya.

En realidad, lo más razonable habría sido marcharse de allí. Si Iván hubiera ido con un compañero, se habría batido en retirada mucho antes. Nadie tenía derecho a poner en peligro a los demás con riesgos inútiles.

Pero estaba solo y, por ello, no tenía otra opción más que ir hasta ese lugar y llevarse aquella cosa.

Al día siguiente habría sido ya demasiado tarde.

«Reflexiona, Iván, reflexiona.»

Los tentáculos habían seguido caminos diferentes. Uno había ido a parar a un saco de arena reventado. En un instante, lo agarró y lo levantó por encima de la vía. Iván no llegó a tiempo para ver cómo lo hacía.

La arena se derramó ruidosamente sobre el agua. El tentáculo se agitó durante un breve instante y retrocedió de inmediato. El saco sucio cayó sobre las aguas encharcadas en el andén.

El otro tentáculo se apartó de la columna y se acercó al casco de Iván.

El rayo de luz de la linterna estaba a punto de agotarse. Qué lástima. No le quedaría otro remedio que sacar la lámpara de carburo. Por qué no. En definitiva, si cargaba con varios kilos de carburo seco mientras iba de acá para allá, era por algo.

De pronto, Iván tuvo una idea. Claro. El carburo.

Iván se arrodilló, se colgó el arma del hombro y sacó la lámpara de la bolsa. En realidad era un aparato muy simple: un pequeño quemador, un espejo, una piedra con rueda de fricción para encender y un depósito de plástico con dos cámaras, la de arriba para el agua, la de abajo para el combustible. Todo muy sencillo.

El agua gotea sobre el carburo por un tubito. Así se produce el acetileno, que llega hasta el quemador por un tubo. Se enciende y se monta la lámpara en la pieza correspondiente del casco. Y ya está. El casco es imprescindible.

El acetileno puede explotar.

Iván metió una vez más la mano en la bolsa, buscó a tientas la bolsita de plástico con el carburo y la sacó. La lámpara era muy pesada, sobre todo si se manejaba con una sola mano. Para tener luz durante tres horas, se necesitaban entre trescientos y cuatrocientos gramos de carburo. Y había que llevar reservas para varios días. En total, transportaba siete kilos.

Por lo general, Iván habría empleado la lámpara de carburo como fuente principal de iluminación, pero en este caso había decidido ahorrar el valioso material y contentarse con la LED. Al fin y al cabo, las baterías se compraban, o se conseguían en la ciudad. En la Technoloshka se fabricaban, aunque no funcionaran muy bien.

La cuestión del carburo ya era mucho más difícil. Por desgracia, la reconstrucción de la industria química le venía demasiado grande a la Technoloshka.

Iván se afanó con los nudos de la bolsita de plástico. Como llevaba los guantes puestos, no le resultó nada fácil desatarlos, pero al final lo consiguió. Lo demás fue sencillo.

Primero, había que llenar la lámpara. Iván dejó caer carburo en el depósito de la lámpara y reguló la entrada de agua. Al instante se oyó un siseo débil pero enérgico. La reacción había empezado.

Activó el mechero. La llama se elevó. De pronto se inflamó el acetileno, con tal fuerza y fulgor que Iván se asustó. Mierda.

Iván se volvió rápidamente hacia los tentáculos de la bestia. La luz cálida y brillante logró que, por unos instantes, se paralizaran, pero luego volvieron a avanzar serpenteando igual que antes.

Con la lámpara en la mano izquierda y la bolsa de carburo en la derecha, Iván corrió hasta el borde del andén y se agachó. Los tentáculos medio transparentes sobresalían por la esquina a un metro sobre su cabeza.

Un traqueteo. Iván se volvió. Uno de los tentáculos había agarrado el casco con la LED y lo arrastraba sobre el granito.

«Ah, vas a estropearme la linterna, animal.»

Iván se echó sobre el borde del andén, tendió el brazo con la lámpara y miró al otro lado de la esquina.

En un primer momento pensó que se trataba de una nueva alucinación. Iván había visto algo parecido durante su última salida a la superficie en compañía de Kosolapy, cuando se acercaron más de lo normal al mar para echarle una ojeada.

Habían encontrado el cadáver de una criatura transparente en la orilla.

Habían recorrido tan sólo un breve trecho de playa. Normalmente, nadie se atrevía a entrar en el agua. Aparte de Kosolapy, por supuesto, pero ése estaba medio loco.

Y era un tipo con suerte. El *digger* había emergido ileso de las aguas negras que se estrellaban contra los diques de granito. A sus espaldas, unas aletas dorsales que no inspiraban mucha confianza surcaban las aguas de la dársena. Y más allá, en la presa, un formidable monstruo arrojaba chorros de agua brillante. O estaba devorando a otra criatura, o se apareaba con ella.

Iván aún recordaba la sonrisa blanca y radiante de Kosolapy, que brillaba como una media luna en la oscuridad. Vaya tío afortunado.

Pero en el camino de regreso se vio que había agotado su buena suerte.

Iván contempló el cuerpo alargado del pulpo. Debía de medir dos metros y medio, y tenía una forma aerodinámica, como un submarino. A través de la piel transparente se le veían las entrañas. Branquias verdosas, un nudo nervioso de color rosado pálido (¿el cerebro?), un ovillo amarillento de intestinos. La manera más limpia de contemplar las entrañas de una bestia. Iván sintió repugnancia. Una bolsa transparente repleta de entrañas. Del monstruo de plástico brotaban docenas de finos tentáculos que se movían sin cesar. Como si alguien hubiese preparado un plato de fideos con caldo y luego los hubiera derramado en el suelo.

El tío Yevpat le había contado que en lo más profundo del océano, donde no llega la luz, viven peces transparentes.

Pero, ¡qué diablos!, ¿qué se le había perdido en el metro a aquel monstruo de las profundidades marinas? Los hombres estamos aquí y el porqué está muy claro, pero ¿por qué esas bestias? ¿Es que esto es el Arca de Noé, o qué pasa?

Los ojos grandes y rosados, a ambos lados de la cabeza del pulpo, miraban sin inmutarse. Incluso, le pareció a Iván, con cierta ironía.

Pero la luz de la lámpara de carburo enfureció a la bestia. Empezó a agitarse y sus tentáculos se movieron hacia todas partes. Era evidente que buscaban importunarlo.

El tronco del monstruo sobresalía de las turbias aguas hasta la mitad. «Ahora te he pillado», pensó Iván. Levantó el brazo y arrojó la bolsa con el carburo en dirección a la criatura. Se abrió a medio camino y el carburo llovió sobre las aguas. ¡Shhh! El agua turbia del túnel empezó de inmediato a sisear y a burbujear como una olla repleta de caldo. Los vapores ascendieron y ocultaron a

la bestia.

Iván retrocedió. Si había una cantidad suficiente de acetileno, bastaba con una chispa para que todo quedara envuelto en llamas.

O incluso para que se produjera una explosión.

Pero ¿el carburo sería suficiente? A la mierda... no tardaría en verlo.

De pronto, uno de los tentáculos emergió del vapor. Iván se arrojó a un lado para evitarlo. En el túnel proseguían los siseos y burbujeos.

¿Ahora? No, mejor que esperara todavía un instante.

Iván se puso en pie con la lámpara de carburo en la mano y corrió hacia el casco en un intento por recobrarlo. Saltó sobre otro de los tentáculos... éste se chamuscaba poco a poco. Agarró el casco y dio una larga zancada hasta la columna más cercana. Entonces tropezó. Maldita sea. En el último momento, levantó la rodilla y la apoyó contra la columna. De algún modo, logró mantenerse en pie sin dejar caer la lámpara. La rótula le dio gritos de alegría. Iván se volvió de nuevo hacia el túnel de donde brotaban densos vapores de acetileno.

De repente, algo le agarró por el hombro.

Mierda.

Sintió como si le hubieran clavado un palo ardiendo en los músculos. Iván trató de liberarse. Su fusil cayó ruidosamente al suelo. El tentáculo tiró de él y lo arrojó de espaldas contra la columna. Luego lo apretó cada vez con más fuerza contra el mármol.

Iván contempló su propia mano, que aún sostenía la lámpara, y luego el tentáculo.

—Mis caramelos favoritos —le dijo al tentáculo—. ¿Me oyes? Batooooonchiki.

Iván echó el torso hacia atrás, logró liberar un brazo y arrojó la lámpara de carburo con todas sus fuerzas contra las fauces del túnel. ¡Cómetela!

El tentáculo le agarró por el pecho y apretó.

Iván se quedó sin aire y el dolor le recorrió desde el pecho a la cabeza. La Primorskaya se difuminaba ante sus ojos, y de pronto oyó tan sólo sonidos amortiguados, como si hubiera estado debajo del agua.

Iván contempló, en el vibrante silencio, cómo la lámpara trazaba por el aire un arco bello y mesurado y se precipitaba lentamente sobre las vías. Cerró los ojos. Era el final.

Una deslumbrante explosión.

Iván sintió salpicaduras de agua hirviendo en el rostro.

Cuando abrió de nuevo los ojos, todo había pasado. Los vapores flotaban sobre el andén. Le zumbaban los oídos y le dolía el pecho, como si le hubieran golpeado con una almádena.

Iván miró hacia el suelo. El tentáculo desgarrado se hallaba a sus pies. Aquel animal de mierda no se quería morir.

Se sacó la máscara de gas y respiró con afán. El hedor en la Primorskaya le golpeó en la nariz cual puñetazo. El sabor a goma quemada se le pegó a la lengua. Iván sintió asco y escupió. Se palpó el cuerpo. Los brazos y las piernas estaban ilesos, y el resto... mmm, seguía en su lugar. Le ardía el rostro y se sentía pálpitos en las sienes.

Miró a su alrededor.

La linterna del casco aún funcionaba. Le quedaba un par de minutos para apagarse. Pasó por encima del tentáculo, se agachó y sacó el casco del charco. Junto a éste se encontraba el fusil. Se incorporó, respiró profundamente y se colocó el casco en la cabeza. Abrió el «Bastardo», sacó los cartuchos y vació el agua. Habría que limpiar el fusil y secar los cartuchos. Por suerte, el Kalashnikov era un arma tan robusta que incluso en condiciones como éstas podría disparar. Por si acaso, Iván cambió el cargador, lo puso a punto y cerró el arma.

La sopa de pulpo le había costado la lámpara de carburo. Y la LED estaba a punto de agotarse.

Tenía que darse prisa.

Al llegar a la salida del túnel, Iván comprobó que había hecho bien su trabajo. El techo estaba calcinado, las planchas de mármol cubiertas de hollín, el musgo quemado y el agua humeante. Del pulpo quedaba tan sólo una masa carbonizada. No era de extrañar, ya que las llamas habían alcanzado temperaturas superiores a los mil grados. Los quemadores de acetileno llegan a cortar el metal. Iván no se quedó quieto durante mucho rato para no perder tiempo. Se marchó por el borde del andén a paso ligero. En la puerta de la derecha había una puerta de acero con la inscripción W2-PIIA. Iván empuñó el fusil y abrió la puerta de un tirón. Los goznes oxidados chirriaron espantosamente.

No había moros en la costa.

Iván pisó el lindar. En otro tiempo había sido una sala de descanso para el personal de la estación, luego se había transformado en comandancia. Dentro

había un escritorio totalmente alabeado por la humedad. Iván habría querido examinarlo con mayor cuidado, pero no le quedaba más tiempo. El fulgor de la lámpara perdía fuerza. En la pared había un cartel en el que se leía: «Zona de fumadores.» ¡Prosigamos! A lo largo de la pared había armarios grises, un estante...

Por fin: la caja de metal verde, pensada originalmente para equipamiento de protección civil. Estaba herrumbrosa, por supuesto. Iván hizo saltar el cerrojo con el cañón del fusil y miró dentro.

En cualquier caso, no se había equivocado.

Por fin. Iván metió las manos en la caja y sacó lo que había dentro. Entonces contempló durante largo rato su hallazgo y se olvidó por completo de la LED a punto de agotarse.

Qué hermosura.

2-El regalo

CUANDO le faltaban todavía cincuenta metros para el puesto de control de la Vasileostrovskaya, las baterías exhalaban su último aliento. La luz de la linterna parpadeó brevemente antes de apagarse. A partir de entonces, Iván se orientó por la débil mancha de luz amarilla que se distinguía al final del túnel: la iluminación nocturna de la estación. El chapoteo de sus botas sobre las aguas superficiales resonaba en el túnel.

Aunque no hiciera ningún esfuerzo por ocultarse, tardaron en verle. ¿Se habrían dormido todos?

—¡Quieto! ¡¿Quién anda ahí?! —ladró alguien.

Se encendió un reflector.

Iván volvió la cabeza hacia un lado y se protegió los ojos con el brazo. ¡¿Se habían vuelto locos?! La luz blanca del reflector le perforaba el cuerpo como la llama de un soplete.

—¡Soy de los vuestros! —gritó Iván.

Sus instintos le dijeron que la ametralladora giraba sobre su caballete de fabricación casera para apuntarle a él, y oyó el clic metálico del cerrojo cuando amortillaron el arma.

La luz era abrumadora. Iván se cubrió los ojos con las manos y le dio la espalda al reflector, pero no le sirvió de nada. La implacable luz le atravesaba el vestido, la piel, los ligamentos musculares, los glóbulos de la sangre y los huesos, y le llegaba hasta los ojos. Iván sentía fuego bajo los párpados.

—Quieto, o disparo —amenazó el tío de la ametralladora.

Iván reconoció la voz chillona, casi histérica. Sin lugar a dudas era Efiminyuk. «Qué mierda.»

—No dispaes —le gritó Iván con voz tranquila e imperativa—. ¡La contraseña! ¿Me oyes? ¡La contraseña es «boda»!

No hubo respuesta.

Los segundos se hacían eternos. Iván sintió un escalofrío al pensar que Efiminyuk, a pesar de todo, era capaz de matarle.

«Y precisamente ahora. Sí, magnífico», pensó Iván, encolerizado. Mira que les había rogado que no pusieran a un psicópata como centinela.

—Tenemos muy poca gente, tú mismo lo sabes muy bien, Iván —se había lamentado Postyshev—. Yo ya no sé cómo cubrir los agujeros en el sistema de relevos.

«Pues qué bien. Si ese idiota me dispara una ráfaga, me va a abrir más agujeros que los que tú tienes en tu maldito sistema de relevos.» La NSV con sus balas de núcleo de acero de 12,7 milímetros no es un juguete que se pueda poner en manos del primer cretino que pasa por ahí. Son las ametralladoras que se empleaban en los puestos de vigilancia del ejército, y esa que tenían allí debían de haberla desencabalgado de uno de esos puestos.

—¡La contraseña es «boda»! —repitió Iván, sin muchas esperanzas de que el otro lo escuchara.

Silencio.

—¿Quién anda ahí? —preguntó por fin Efiminyuk.

—¡El novio! —le respondió Iván.

Una vez más, silencio. Entonces se oyó un ligero clac. Había desamartillado la ametralladora.

—¿Eres tú, Iván?

En un primer momento, Iván sintió el impulso de insultarle, pero estaba exhausto, y el alivio fue mucho mayor que la cólera.

—Sí.

—Uf —suspiró el centinela.

«¿A qué viene ese “uf”? —pensó Iván—. ¿Qué tengo que decirle ahora?»

—¡Apaga el reflector, esa puta mierda me deslumbra!

Cubierto de cieno y lodo de los pies a la cabeza, Iván logró recorrer los últimos metros hasta el puesto de vigilancia y le lanzó una mirada de reproche a Efiminyuk.

—¿Quién estaba al mando de este puesto? ¿Cómo es que te has quedado solo?

—Yo... uh... —tartamudeó Efiminyuk—. Es que...

—¿Quién estaba al mando de este puesto durante el día de hoy? —le preguntó Iván con voz más fuerte.

Efiminyuk bajó la mirada.

—Sazonov —dijo por fin—. Siento lo de la ametralladora, jefe, de verdad que no lo he hecho a propósito. Sazonov estaba aquí, pero es que ha tenido que marcharse.

Así pues, Sazonov.

—¿Adónde?

—¿Y cómo voy a saberlo yo? No tengo ni idea.

—Qué desastre —masculló Iván—. Tendréis noticias mías.

Apartó a Efiminyuk a un lado, trepó sobre los sacos de arena y entró en el área iluminada que era la estación.

La Vasileostrovskaya era una de las estaciones en que el andén podía aislarse de las vías. De noche cerraban todas las puertas excepto dos, una para la vía izquierda y otra para la derecha. Durante algunas épocas se montaban puestos de guardia avanzados en el interior del túnel que llegaba a la Primorskaya. Lo hacían, por lo general, durante la época que llamaban de «floración», en la que las bestias del mar venían en masa por el túnel y a duras penas podían matarlas a tiros a medida que llegaban.

En el día de hoy, el puesto de guardia ordinario instalado a la entrada del túnel había fallado. ¿Cómo era posible que un luchador tan curtido como Sazonov se descuidara de ese modo? En la jerga de los *diggers* lo llamaban «fenómeno *burn out*»: cuando metía la pata la persona de quien menos se habría esperado. Por otra parte, ese tipo de cosas siempre pueden suceder.

La Vasileostrovskaya no había sido nunca una de las estaciones de metro más bonitas, como, por ejemplo, la Ploshchad Vosstaniya, con sus elevadas cúpulas, la espléndida ornamentación de la sala, las pesadas lámparas de bronce y las columnas con estucos. La *Vaska* (así la llamaban familiarmente los vecinos de la Admiralteyskaya y de la Nevski prospekt) era una estación declaradamente austera y, al mismo tiempo, muy bien preparada para proteger a sus defensores contra el hambre, el frío, los ataques de los monstruos y las infecciones. Dicho de otro modo: una típica fortaleza de San Petersburgo.

Antes incluso de subir al andén, Iván oyó el murmullo del sistema de ventilación. El sonido procedía de los filtros por los que pasaba el aire procedente de la superficie. El sistema central de iluminación de la Vasileostrovskaya, como el de la mayoría de las estaciones, había dejado de funcionar hacía tiempo, pero, en cambio, los filtros de ventilación y las bombas de agua seguían en su sitio. Sin embargo, no les salía barato, porque los ingenieros de la Technoloshka, conocidos con el apodo de «gasóleos», se hacían

pagar a buen precio sus servicios de ingeniería.

Pero ¿qué otra posibilidad les quedaba?

Los túneles estaban casi secos. E incluso de noche, cuando cerraban la estación, tenían aire suficiente para respirar.

Iván apretó los párpados. Después de tanto tiempo en la penumbra, le cegaba incluso la moderada iluminación nocturna. No importaba adónde mirase: por todas partes danzaban manchas de luz.

Era de noche en la estación. El sistema local de iluminación, alimentado con un grupo electrógeno, se cerraba durante ese período. Tan sólo seguía encendido el alumbrado nocturno: ristas de lamparillas de colores activadas por medio de baterías, distribuidas sobre las puertas. Por ello, la estación era más agradable de noche que de día. Reinaba un ambiente acogedor: la suave respiración de niños dormidos, mezclada con la tos y los ronquidos de los adultos, bañados por la luz suave y colorida de las bombillas rojas, amarillas y azules.

Iván anduvo por el estrecho corredor que quedaba libre entre las tiendas de campaña que ocupaban buena parte del andén. El corredor era la avenida principal de la Vassileotrovskaya, como si dijéramos su Nevski prospekt,^[3] aunque sólo existiera de noche. Durante el día recogían las tiendas y las amontonaban para dejar espacio: durante los días laborables, para trabajar; durante el fin de semana y los festivos, para actividades recreativas. En el extremo meridional de la estación, al otro lado de una reja de hierro, se alineaban las jaulas donde guardaban a los animales; de vez en cuando llegaba desde allí un fuerte olor. Los niños de más de cuatro años dormían juntos en su propia tienda: el jardín de infancia.

Iván pasó entre las tiendas descoloridas y llenas de remiendos, y escuchó los resuellos, las toses y los ronquidos nocturnos. De vez en cuando había alguien que murmuraba en sueños, y luego se daba la vuelta y enmudecía. Nuestra querida Vasileostrovskaya.

Por la mañana despejarían el andén y pondrían mesas. Habría una celebración. Hasta entonces les quedaban... Iván se volvió y miró el reloj de la estación, situado sobre las escaleras automáticas de la salida. Las cifras amarillas indicaban las 4.23 horas. Todavía quedaban tres horas.

Iván había pasado mucho tiempo fuera. Mientras caminaba por el andén, tenía a veces la sensación de que estaba a punto de desplomarse sobre el granito gris del suelo. Entonces levantaba de pronto la cabeza y se reanimaba.

En ningún lugar como en la cama.

Pero antes tenía que devolver el equipamiento y asearse.

—¿Dónde has estado? —preguntó Katya, la encargada del centro de equipamiento y sanidad. Le miraba con un centelleo acusador en los ojos.

—Qué pregunta más graciosa. ¿Es que no se nota? —le respondió Iván mientras le entregaba su «Aladino».

El traje aislante contra armas atómicas, biológicas y químicas L-1 era un equipo imprescindible. Quien no lo llevara podía pasarlo muy mal en una gran cantidad de lugares. Sobre todo si atribuía algún valor a lo que tenía más abajo de la cintura.

—Sí, no estoy ciega. Estás cubierto de porquería. Peor que un *zombel*.

Iván arrojó el «Aladino» al contenedor de metal para su descontaminación; luego se sacó las botas de goma y también las entregó. Después les llegó el turno a los trapos que hacían las veces de calcetines. Iván los enrolló y arrugó la nariz: qué aroma. Un dolor suave, casi agradable, recorrió sus pies en el momento en el que tuvieron contacto con el aire. Iván metió los trapos en el contenedor y echó rápidamente la tapa.

—Ahora dime, ¿dónde te habías metido? —preguntó Katya mientras se llevaba el contenedor.

Irritada y sin haber dormido, se veía aún más bella de lo normal.

—¿A ti qué te parece?

Aún no había terminado con el equipo. Sólo una parte de las prendas que llevaba eran de su propiedad. El resto era de titularidad común. Al sacarse por la cabeza el fino jersey, Iván dio un respingo y se llevó las manos al costado. ¡Maldición! Se retorció de dolor. Estaba claro que se había roto una costilla. Katya corrió hacia él y le ayudó a acabar de sacárselo.

«Mujeres —pensó Iván—. Siempre tan previsibles. Os pasaríais el día entero rescatando gatitos. O tigres.»

—¿Con quién te has pegado? —preguntó Katya, y presionó sin contemplaciones con el dedo para frenar la sangre que le salía del pecho.

Iván apretó los dientes y sorbió aire ruidosamente.

—¿Te duele? —preguntó Katya con evidente sadismo en la voz.

—No.

—¿Y entonces?

Katya le dio un apretón más fuerte e Iván se quedó literalmente sin aire. Encogió el cuerpo y gimoteó.

—Ajá —dijo Katya—. Eso está muy bien. Vamos a curarte.

Volvió al cabo de un momento con una jofaina y unos vendajes. Iván se incorporó y quiso decir algo, pero no lo logró.

Katya apoyó ambas manos en las caderas e irguió la barbilla.

—Como ahora vuelvas a contarme lo del Batooonchiki, te doy con la bandeja en los morros. ¿Entendido?

En cuanto las heridas y los rasguños estuvieron limpios, Katya se marchó con la jofaina para vaciarla. Volvió con agua para Iván. Éste se bebió dos vasos, uno detrás del otro. Le sentó bien. Entretanto, el mal humor había desaparecido de los ojos de Katya.

Mientras Iván se lavaba, la mujer sacó de una bolsa un juego de ropa interior limpio y lo colocó sobre el camastro militar que estaba al lado de Iván.

—Entonces, ¿va a ser mañana? —le preguntó ella, como de pasada.

—Eres hermosa —dijo Iván. Katya se volvió hacia él—. Y muy inteligente. De nosotros habría podido salir algo bueno.

—Pero no ha podido ser —le respondió Katya—. Tómame una vez más en tus brazos, Ulises mío.

Iván negó con la cabeza.

—No puedo, no te enfades conmigo.

—¿Por qué?

Iván le apartó un mechón de cabello que le caía sobre la cara y le sonrió con los ojos.

—Estoy a punto de casarme. Probablemente es una estupidez, ¿verdad que sí? —La tomó por el mentón, le levantó suavemente la cabeza y le miró a los ojos—. ¿Es una estupidez?

—No —respondió Katya—. Hijo de la gran puta. No sabes la suerte que tienes. Deberías echarte a sus pies y darle gracias a Dios por tenerla a ella, imbécil. ¿Te ha quedado claro?

—A sus órdenes.

Se oían ronquidos al otro lado de la pared. Las lámparas de la entrada cambiaron de fase. Una luz entre roja y azul bañó la tienda entera.

—Tú eres mi reina de Saba. Mi Judit.

—Qué adulador —le replicó Katya—. Se nota que te has leído bien la Biblia. —Se giró, rebuscó entre sus utensilios y sacó una venda—. Levanta el brazo.

—Me he leído bien las historias sobre mujeres.

Katya no pudo reprimir una sonrisa mientras le colocaba la venda. Se oyeron

de nuevo los ruiditos de los aparatos médicos, y luego se hizo un tenso silencio en la tienda.

—¿Y ella? —preguntó finalmente Katya.

—¿Qué pasa con ella?

Katya guardó silencio por unos instantes y le miró.

—¿Con quién la identificas? Entre los personajes de la Biblia.

—Con mi futura esposa —respondió simplemente Iván.

Katya sollozó, o quizá tragó saliva con fuerza. Iván no estaba seguro. La mujer se marchó unos instantes y regresó con un frasquito lleno de pomada amarilla.

—Qué suerte más desvergonzada tienes. ¡Ahora echa la cabeza para atrás!

Iván obedeció, y vio en las pupilas de Katya la silueta del tigre que se escondía en los túneles. Parpadeó. Mera imaginación.

Katya se inclinó y empezó a frotarle la frente con una pomada fría yapestosa. Iván sintió la caricia de su aliento sobre el rostro.

De pronto, los labios de la mujer estuvieron muy cerca.

—¡Ahora vas a ver lo que te tengo preparado, Iván!

Pasha entró de golpe en la tienda... y se quedó helado. Katya se apartó de Iván y retrocedió sin pensarlo hasta un metro de distancia. Pasha se puso entre los dos, dejó bruscamente un pequeño barril sobre la mesa y se volvió. Se hizo un silencio embarazoso.

Pasha los observó a ambos y luego preguntó:

—¿Qué le ha pasado a tu cara?

—Oye, tío, ¿no sabes llamar a la puerta? —exclamó Katya.

Pasha le respondió tan sólo con un gesto de rechazo.

Iván se llevó la mano a la frente. Le dolía. Era raro, porque la máscara antigás tendría que haberle protegido.

—Una quemadura.

—¿Ah, sí? —Pasha le miró con una expresión extraña en el rostro que Iván no logró interpretar—. ¿Y cómo ha sido eso?

Contarle la historia entera habría sido demasiado largo.

—Es que... se me ha prendido fuego la lámpara de carburo —respondió Iván, sin mentir del todo.

—¿Eh?! —Pasha dio una palmada teatral—. Esto es el no va más. ¿Le has dado un beso? A la lámpara de carburo, quiero decir.

—¡Pasha! —murmuró Katya.

—¿Pasha, qué? —le respondió el aludido con veneno en la voz.

Iván sabía desde hacía tiempo que no se soportaban. Desde los tiempos en que el propio Iván había empezado su relación con Katya. Entonces, al conocer a Tanya, Pasha se había tranquilizado de un modo sorprendente. Iván conocía a Tanya desde mucho antes, pero nunca se había fijado en ella. Qué idiota. Tan sólo después de la trágica muerte de Kosolapy...

Dejémoslo correr.

Iván se puso en pie e inspeccionó el vendaje de las costillas. Las vendas estaban amarillentas, viejas, y se habían lavado varias veces. Sociedad basada en el reciclaje, maldita sea, ¿verdad que el profesor Vodyanik lo llamaba así? Además, le había contado que en otro tiempo, hacia la mitad del siglo, los hospitales de los monasterios conservaban vendas con manchas antiguas de sangre y de pus, agujereadas de tanto lavarlas. Decían que santo Tomás, o a saber quién, las había empleado para vendar a los heridos.

Estaba claro que no podían tirarlas. Al fin y al cabo las había tocado la mano de un santo, y ésta, sin lugar a dudas, les había transmitido un maravilloso poder de curación...

Pero Vodyanik también le había dicho que era más difícil transmitir la santidad que los microbios. Si no, todos los que vivimos en el metro circularíamos desde hace tiempo con el certificado de santidad.

Iván se acercó al espejo grande y estropeado que se encontraba sobre la mesa y se miró. La herida sangrante del pecho no era de las malas. Las quemaduras rojas de la frente, tampoco. Volvió la cabeza de un lado para otro. Estaba presentable para la fiesta del día siguiente.

La discusión que se desarrollaba a sus espaldas era cada vez más acalorada.

—Para tu información, Pasha no se dedica a besar a las lámparas de carburo —decía Pasha con voz corrosiva—. Y él llevaba... ¿qué era lo que llevaba?

—¿Qué? —preguntó Katya con voz biliosa.

—¡Una linterna LED! ¡Una genuina LED de *digger* y no una cutrada de lámpara de carburo!

Katya se quedó de piedra. El rostro se le puso pálido e indescriptiblemente bello. Como un doble de Medusa, la Gorgona.

—Pasha —dijo Iván, alargando las sílabas—. Fuera de aquí, por favor.

—¿Y yo qué he...?

—Fuera de aquí.

En cuanto Pasha se hubo marchado, Iván volvió al camastro, se sacó los

pantalones que había llevado bajo el traje aislante y se vistió con unos limpios. Se sentó sobre el camastro, se puso la camisa y empezó a abotonársela. Entretanto, Katya se había puesto a trabajar de nuevo con sus frascos y botellines. Los ojos de Iván se posaron sobre su bella y esbelta nuca. En cuanto hubo terminado con la camisa, se puso en pie. Se sentía como embotado, como si estuviera ligeramente borracho. Debía de ser el cansancio.

—¿Has terminado? —le preguntó Katya sin volverse.

—Sí —confirmó Iván, y se acercó a ella—. No te enfades con Pasha.

—Pues vaya. Es que tiene razón. Soy una guarra.

—Pasha es tonto de nacimiento. Para él sólo existen el blanco y el negro.

—Y para mí también. Si alguien me gusta, me gusta, y si no me gusta, no me gusta. Es así, ¿no?

Se volvió hacia Iván y se agarró con tanta fuerza al canto de la mesa que los dedos se le pusieron blancos.

—No, no es así. —Iván le acarició la mejilla a Katya y notó que la mujer temblaba—. Eres estupenda. Pasha también es estupendo, pero es tonto de nacimiento.

—¿Cómo es que nunca me sale nada bien? —Le miró, como si de verdad esperara una respuesta a su pregunta.

Iván suspiró.

Yo no sirvo para consolar a la gente.

—Ay, Katya —dijo él—, eso no te lo crees ni tú. Te falta muy poco para encontrar la felicidad, Penélope, pero tú todavía no lo ves. Estoy totalmente convencido de ello.

Los ojos de Katya se llenaron de lágrimas.

—Eres un imbécil, Ulises. Y un rompecorazones. Me di cuenta el mismo día en que llegaste a la estación.

«Paso de las normas», pensó Iván. Rodeó el talle de Katya con el brazo y la atrajo hacia sí. El roce de su cuerpo cálido le llenó de un arrollador sentimiento de ternura. Sentía lo mismo que antaño, aunque hubiera pasado mucho tiempo.

—Todo irá bien.

—Eres un hombre hermoso —contestó Katya—. Y tu Tanya es una chica inteligente. Mientras todas las demás giraban a tu alrededor, Tanya iba a la suya. Así tenía que ser. Y al final ha sido ella quien se ha quedado contigo. —De pronto Katya se puso seria—. Te lo voy a decir una sola vez: si algún día le eres infiel a Tanya, seré yo quien te corte los huevos. Con estas tijeras de aquí. ¿Te ha

quedado claro?

—Sí.

Iván abrazó a Katya con fuerza y sintió que la tensión desaparecía del cuerpo de la mujer. Sus pechos firmes desprendían calidez. Iván respiró hondo. «Mujeres.» Aún sentía el mareo. La luz roja le dolía en los ojos.

«Ahora vas a caer en la trampa —pensó Iván—. Tan sólo con que...»

—Sabes una cosa, hoy he... —empezó a decir Iván, y en ese momento, de repente, Pasha volvió a entrar en la tienda.

Sin dignarse a mirar a la sorprendida ex pareja de enamorados, se dirigió a la mesa, tomó el pequeño barril de cerveza que se había dejado allí encima, masculló: «Lo siento, la había olvidado», y volvió a salir.

—Mierda. —A Iván no se le ocurrió qué otra cosa podía decir mientras miraba a su amigo, que se marchaba a toda prisa.

Katya levantó los ojos, y al ver el desconcierto en el rostro de Iván, estalló en carcajadas.

Iván salió del centro médico. Se llevó tan sólo la mochila y el fusil de asalto. Había dejado el resto de su equipo para que lo descontaminaran. Frunció los labios. La mochila olía a goma quemada.

Aún tenía que organizarse el agua, asearse, limpiar el fusil e irse a dormir. Aunque hubiera sido mejor echarse a dormir de inmediato.

Iván sentía ardor en los ojos, como si le hubieran arrojado un puñado de arena. La cabeza le retumbaba como si le hubieran golpeado con una tapa de alcantarilla.

Pero, alto, aún faltaba una cosa.

—¡Pasha! —llamó Iván, y se sorprendió. Su amigo ya no estaba por allí. Probablemente se había ofendido.

—En cierta manera es la respuesta a la célebre cita de Dostoievski: «¡Vasto es el hombre ruso, vasto! Yo lo habría hecho más pequeño.»

Iván se detuvo al oír esta última frase, pronunciada por una voz conocida.

Miró al otro lado de la tienda de campaña. Un círculo de trasnochadores se había reunido al pie de un abeto artificial cubierto de adornos hechos a mano, al que incluso le habían colgado unas pocas bolas de cristal de verdad. La ristra de bombillas del árbol brillaba, las LED de colores consumían poca electricidad y la luz era suficiente para el turno de noche. Les bastaba para sentarse, fumar y leer. Si era necesario, también para comer.

—Esto es lo que hemos logrado hasta ahora. Hemos conseguido que el

mundo sea más estrecho —decía un hombre corpulento, más mayor, de barba negra y desgredada—. Lo hemos reducido a este miserable metro, a las estaciones que ¡todavía! están habitadas. Y esto es el final, queridos míos. Ya no podemos vivir en la superficie, y tengo miedo de que eso no vaya a cambiar jamás. Entre nosotros, los llamados *diggers* tienen el oficio más difícil, después de...

—De los electricistas —gritó alguien desde la penumbra.

—Totalmente de acuerdo —confirmó Vodyanik—. Después de los electricistas.

El profesor padecía insomnio, y fue por eso por lo que Iván no se sorprendió de encontrarlo allí. Se había establecido una especie de tertulia nocturna en torno al abeto. Todos los que no lograban dormir se reunían allí.

A veces somos presa de la agitación. Habría que dormir, pero el alma no halla el descanso. Hay quienes prefieren quedarse solos y emborracharse, mientras que otros acuden al abeto, cuentan historias y cantan canciones.

Por otra parte, siempre apetecía charlar con Vodyanik. No era nada extraño encontrarse al profesor de camino a los servicios y regresar con una carrera universitaria terminada. Ése era el chiste que solían repetir quienes lo conocían.

También se decía que los chistes del propio profesor podían compararse con una pequeña guerra atómica, por sus consecuencias catastróficas e irreversibles. El profesor no habría tenido que contar chistes, pero lo hacía con viva pasión.

—¡Háblenos de Saddam, Grigori Mikhailovich! —pedía alguien.

Iván no vio quién se lo había pedido. Pero Iván había oído hablar en otras ocasiones de Saddam el Grande. En realidad, todo el mundo había oído hablar de él.

Muy al principio, cuando se produjo la Catástrofe y las puertas herméticas se cerraron, todo el mundo quedó en una especie de estado de *shock*. Como conejos frente al faro de un coche. Y entonces los conejos empezaron a morir. Se vio que sería imposible abrir las puertas herméticas. El automático había quedado fijado para un período determinado. Treinta días. Así pues, el apocalipsis estaba en marcha. La radiactividad de la superficie era tan elevada que habría sido posible asar un pollo con tan sólo sacarlo a pasear bajo el brazo.

Así era como se había abatido la desgracia sobre los humanos.

El tío Yevpat le había contado que, en aquellos tiempos, un gran empresario, uno de esos con abrigo y sombrero, se había sentado entre ellos en el andén. Llevaba en las manos un maletín con documentos, un maletín caro, de cuero

marrón. Ese gran empresario estaba allí, sentado, callado. De repente, sacó una pistola del maletín, se puso el cañón en la boca y disparó. Sangre, sesos, todo salió disparado. La gente estaba tan apretada que no pudo apartarse. Todos los que estaban cerca de él se ensuciaron.

—Y entonces la gente se echó a reír —contaba el tío Yevpat—. Yo no había oído en mi vida unas risas tan atroces. Imaginaos: ahí tenemos a un hombre que se acaba de volar la cabeza de un disparo, que no tiene espacio libre para caerse, y todo el mundo se echa a reír. Con risas histéricas, por supuesto. Era un momento de comicidad violenta. Lo más extraño fue... Yo he visto morir a mucha gente. Pero no puedo evitar pensar en ese hombre. Parecía que la calma reinara en su interior y no se alteraba. Tan sólo miraba una y otra vez el reloj. Como si alguien hubiese dirigido sus actos por control remoto. Primero consultaba el reloj y luego miraba hacia la puerta hermética... y se quedaba sentado en silencio. No dejo de preguntarme qué era lo que debía de esperar. ¿Acaso conservaba la esperanza de que todo aquello hubiera sido un mero ejercicio? No habría sido el único.

Yo también lo pensé.

Al pasar los treinta días, empezaron la depresión y el caos. Se sucedieron todos los estadios por los que pasa el paciente al que se ha diagnosticado su propia muerte. Al principio duda del diagnóstico, luego busca una escapatoria, después vienen la ira, la desesperación y las lágrimas, hasta que por fin acepta el inevitable desenlace.

Abrieron a mano la salida de emergencia y enviaron a dos voluntarios a la superficie. No volvieron. Luego enviaron a un grupo de cinco. Uno de ellos logró regresar e informar: «Lo que hay arriba es un infierno, los contadores Géiger se han vuelto locos.» Luego se murió. Envenenado por la radiación. Un dosímetro que alguien acercó al cadáver dio unos valores que pusieron los pelos de punta. Había llegado el momento de que empezara la fase de ira y desesperación.

Estalló el caos.

—Estalló el caos —contó Vodyanik—. Y, en esa situación, Saddam trazó un plan. En tiempos posteriores lo bautizaron como Saddam el Grande. Antes de la Catástrofe había sido fontanero. O jefe de obra. Sí, exacto, tenía tayikos a sus órdenes. Tal vez fuera capitán en el ejército. La historia no entra en esos detalles. En cualquier caso, el capitán fuera de servicio tomó en sus manos el destino del metro. Y con energía, de eso no cabe ninguna duda. Nadie protestaba contra él.

Ordenó que se volvieran a cerrar las puertas herméticas y la orden se cumplió de inmediato.

Iván sentía que se le doblaban las piernas. Si no regresaba de inmediato a su tienda, acabaría por dormirse en el suelo, eso estaba claro.

—¿Quieres echar una partida de Monopoly? —susurraba alguien con voz audible tras la lona de la tienda—. ¡Eh, aparta esa mano, soy yo quien elije!

—No arméis tanto barullo, idiotas. ¿Quién tiene la linterna de bolsillo?

En la tienda grande donde dormían los más jóvenes, la noche era siempre divertida.

«Ahora mismo tendrían que estar durmiendo como lirones», pensó Iván, negando con la cabeza. A su edad yo tenía el sueño profundo, aunque también podía pasarme dos o tres días sin dormir. Y lo aguantaba muy bien. Eran otros tiempos. Ahora basta con que me pase una noche sin dormir para no aguantar al día siguiente.

Iván habría querido ir hasta el extremo sur de la estación, cuando, de pronto, alguien le gritó:

—¡Alto ahí! ¡La contraseña!

Iván titubeó, pero tan sólo durante una fracción de segundo. Luego se dio la vuelta, apoyó la rodilla en el suelo y echó mano del fusil.

—No te dejes llevar por el pánico —le dijo Pasha con una sonrisa insolente—. Sólo soy yo.

¡Pop! El corazón. ¡Pop!

—Pasha, por favor, ¿esto era necesario? —Iván bajó el Kalashnikov y se puso en pie. La adrenalina le había subido a la cabeza y le costaba respirar. «Qué mierda.»

—Podría ser, por la pinta que llevas. —Pasha se sentó en el suelo. A su lado estaba el barril de cerveza, un barril que, por cierto, era notablemente bello.

Iván lo miró con mayor atención. Era un barril de loza blanca, con capacidad para cinco o seis litros. Las letras se habían borrado, pero aún se reconocía la marca Kölsch. Cerveza alemana. ¿De dónde la habría sacado Pasha? Habían pasado veinte años desde su producción. Habría sido ya mucho para el vino, pero ¿para la cerveza...?

—Bueno, ¿y qué pinta llevo?

—Pues la de un novio en el día de la boda —le replicó Pasha—. Te estaba buscando. Me he pasado la noche entera por la estación y he preguntado por ti, pero nadie sabía dónde te habías escondido. No lo sabía ni siquiera Sazonov. Así

que estabas... allí.

Iván vaciló.

—Estaba en la Primorskaya —dijo por fin.

—¿Eh? ¡¿De verdad?! —Pasha negó con la cabeza y le lanzó una mirada inquisitiva a Iván—. ¿Habías ido a buscarle un regalo? Qué guay. Pues ahora enséñamelo. ¿Has encontrado algo?

«Sí que he encontrado algo —pensó Iván—. Un regalo, entre otras cosas.»

—Sí. Sí lo he encontrado. Lo verás mañana. Aquí no.

—¡Cabrón! —Pasha se puso en pie de un salto—. Todo el mundo ha hecho de todo por ti... ¡¿y qué haces tú?! —Cuando Pasha cayó en la cuenta de lo que había hecho su amigo, su rostro se ensombreció—. Oye, tío... vas a decidir de una vez cuál es la mujer que prefieres, ¡¿de acuerdo?!

—Hace tiempo que lo tengo decidido —respondió Iván.

—Sí, ya lo he visto.

Iván sintió un temblor en la mejilla.

—Dejémoslo correr, Pasha, para mí todo esto ya es una mierda —masculló, y luego recapacitó—. Ah... olvida lo que he dicho.

—Sí, sí —dijo Pasha, alargando las sílabas—. Qué locura. Yo, en tu lugar, tendría a Tanya sobre un pedestal. ¿Y qué quieres tú con esa Katya? Pero tío, si tú ya lo tienes todo. Pero no, el señor tiene que ir jodiendo a todo el mundo. ¿Es que te has vuelto loco?

—Parece que ese tema te interesa mucho.

Pasha se incorporó.

—Da igual. Quiero que te quede claro que estás a punto de renunciar a una caja de cartuchos por una lata de carne lujuriosa.

—¡Pasha!

—¡¿Cómo que Pasha?! ¿Pero tú te piensas que me gusta ver cómo mi mejor amigo se arruina la vida?

—Entre Katya y yo no hay nada.

—Estupendo. ¡Acabo de ver en qué consiste eso de que no haya nada!

—Sólo nos despedíamos. —Iván empezó a titubear—. No te imagines cosas extrañas.

Pasha contempló a su amigo con mirada severa durante unos segundos, y luego suspiró profundamente.

—¿Al menos podrías enseñarme el regalo?

Iván sonrió. Abrió la mochila y sacó el objeto por el que había ido hasta la

Primorskaya. Pasha agarró con gran precaución el hallazgo.

—¡Guau! Y ni siquiera se le ha vaciado el líquido, ¿verdad?

—No —confirmó Iván—. ¿Te gusta?

—Es estupendo —dijo Pasha con entusiasmo, contemplando el regalo desde todos los ángulos—. De puta madre. Es superestupendo. Quédatelo antes de que me lo cargue. Ya me conoces.

El regalo volvió a manos de Iván. Se trataba de una bola de cristal llena de glicerina transparente. En su interior, en un claro nevado, había una casita con un techo rojo y una chimenea, rodeada de pequeños abetos y una verja. Iván sacudió la alhaja y de pronto empezó a nevar. Los copos blancos se posaban sobre el techo de la casita y sobre los árboles.

—¿A ti qué te parece? ¿Le va a gustar? —preguntó Iván, y miró a Pasha, que contemplaba la esfera como hipnotizado.

—No te enfades conmigo, pero es que a veces haces preguntas idiotas. ¡Es un regalo genial!

Una verja con el rótulo de Vasileostrovskaya separaba el área de viviendas del área de producción. Las letras eran de aluminio anodizado y brillaban débilmente.

Iván abrió la puerta y le hizo un gesto con la cabeza al centinela, un muchacho de unos dieciséis años, muy alto.

—¿Cómo va eso, Misha?

—Bien, gracias, jefe. —Kuznetsov llevaba una Makarov en una pistolera raída que le colgaba del cinturón. Había heredado la pistola de su padre. Este último trabajaba en las unidades de Milicia^[4] del metro cuando tuvo lugar la Catástrofe—. Ya puede pasar.

En realidad, Iván no era superior jerárquico de Kuznetsov. El muchacho pertenecía a la Milicia de la estación, mientras que Iván dirigía a los exploradores. Los milicianos constituían una casta aparte, igual que los *diggers* de Iván. Y una casta se distingue siempre porque es difícil entrar en ella, al igual que es difícil salir.

Pero Iván no se molestó en corregir al joven. A todo el mundo se le permite soñar.

—¿Está Tanya?

—No lo sé, jefe —respondió Kuznetsov con cierta desazón—. Acabo de incorporarme a mi puesto.

Iván asintió con la cabeza. No pasaba nada.

El criadero de animales.

Las hileras de cajas se amontonaban hasta casi tocar el techo de la estación. Cajas de madera y metal cerradas con malla metálica. El olor corporal de los roedores se mezclaba con el hedor a serrín empapado de orina y mierda antigua hasta formar un cóctel muy fuerte. Iván pasó por entre las cajas y saludó a los hocicos que conocía bien. Los constantes mordiscos, crujidos, gañidos y masticaciones tenían un punto de primitivismo. La ocupación principal era comer.

Iván se preguntó cómo percibirían la vida los conejillos de Indias. Dentro de las jaulas apenas tenían espacio, sólo podían comer y cagar. Una vida miserable.

En una jaula aparte, una caja de plástico blanco con el cartel «Grill de cuarzo», había un conejillo de Indias gordo, con manchas blancas, que miraba al visitante. Iván le pasó un manojo de algas por entre la malla de alambre.

—Hola, Boris, ¿cómo te va la vida?

El conejillo de Indias abandonó por un instante sus murmullos. Los botones negros que tenía por ojos parecían decir:

—Pero tío, cuánto te echaba de menos.

En materia de amores, Boris lo daba todo, pero era un oportunista sin escrúpulos en todo lo demás. No quería a nadie, salvo a Tanya, pero no tenía ningún problema en engullir todo lo que le llevaran los otros. Típicamente masculino.

—¡Tanya! —gritó Iván—. ¿Estás ahí?

Los mordiscos y crujidos que hacía el conejillo de Indias al comer se superponían a su voz.

Iván entró en una miserable sala de trabajo. Dentro había un escritorio grande sobre el que Tanya solía poner por escrito los planes de funcionamiento y los datos estadísticos en una especie de libro de registro: «Incremento en el peso», «Obtención de carne», o lo que fuera. En la misma sala se encontraban los sacos de comida: heno, algas, hojas de patata y nabo, restos de comida y todo lo que los roedores pudieran roer. Y era bastante lo que roían.

Detrás de un tabique de madera contrachapada tenía su inicio el territorio de la «Hacienda». Esta expresión entre irónica y cariñosa, que en los días felices anteriores a la Catástrofe había designado una extensión de cultivos, se empleaba para designar los invernaderos de la estación. De allí provenía un sofocante olor a tierra. En el aire iluminado por las lámparas de luz diurna zumbaban pequeñas

moscas, las inevitables compañeras del plantío. En la Hacienda crecían zanahorias, coles, patatas, cebollas, acederas e incluso lechugas. Además, había un limonero, motivo de que los vecinos de la Admiralteyskaya sintieran una gran envidia de la Vasileostrovskaya.

La producción de alimentos estaba organizada de manera muy práctica: los excrementos de los roedores servían como abono, y una parte de las plantas que contribuían a producir se empleaban para alimentar a los conejillos de Indias. Y estaba muy claro adónde iban a parar estos últimos: a la sartén o a la olla.

Antaño se habían hecho intentos de emplear también los conductos de ventilación para la producción de alimentos, pero se habían encontrado con el problema de las ratas. ¡Asquerosas terroristas alimentarias! Roían incluso el metal. La idea había fracasado también por las limitaciones del suministro energético: el grupo electrógeno no tenía capacidad para tanto.

Como consecuencia de todo ello, el conducto de ventilación se empleaba tan sólo para el cultivo de setas. Los hongos se adaptaban bien a la oscuridad. Gírgolas, champiñones e incluso shiitake. Los estantes con las plantaciones de setas quedaban envueltos por la oscuridad del conducto. Un lugar inquietante, pensaba Iván.

—Imagínate —le decía el tío Yevpat— que el micelio tiene una conciencia colectiva. Se puede extender a lo largo de muchos centenares de metros y unir a millares de setas en un organismo común. ¿Y sabes qué es lo más inquietante?

—¿Qué?

—Que no tenemos ni idea de lo que pueden pensar.

El tío Yevpat. Recuerdos. Salpicaduras sobre un mosaico en blanco y negro.

«Me hago mayor —pensó Iván—. Me he buscado un buen momento para sentar cabeza y formar una familia. Una buena esposa, una buena estación, una buena profesión. Si es verdad lo que se cuenta, Postyshev piensa en mí para presidir la estación. ¿Qué más necesita un hombre para llevar con dignidad el paso de los años? Claro que sí.»

—Tanya, ¿dónde te has metido?

Iván entró en la sala que separaba el criadero de animales y la Hacienda. Sobre una larga mesa que habían montado con sillas viejas y un tablón de madera había una balanza antigua. Los platillos de la balanza relucían como si los hubieran pulimentado y las pesas estaban ordenadas en una perfecta hilera. Tanya y su colega pesaban allí a los conejillos de Indias. Al lado de la mesa había una silla sobre la que dormitaba una mujer mayor. Sus cabellos grises

estaban recogidos en un moño. Iván tosió, y entonces la mujer se agitó y se dio la vuelta.

—¡Iván! Por Dios bendito, me has asustado.

—Buenas noches, Marya Sergeyevna. Disculpe que la haya despertado. ¿Sabe usted por casualidad dónde se encuentra Tanya?

Marya Sergeyevna se llevó la mano al pecho, como para impedir que le saltara el corazón.

—No lo sé, Iván. —Negó con la cabeza—. Pero me imagino que estará en la tienda donde se venden los vestidos de novia. Ni se te ocurra ir hasta allí —se apresuró a añadir Marya Sergeyevna—. No puedes ver el vestido de la novia antes de la boda. Traería mala suerte.

—Se lo prometo.

—Lo cierto es que tendría que estar durmiendo desde hace rato. ¿Y qué te pasa a ti? ¿Cómo es que no te has acostado? Ah, ya —se le ocurrió de repente—. Ella quería verte. Y también ha venido tu amigo, el alto...

—¿Sazonov? Sí, ya lo he oído. Bueno, yo también me voy a dormir.

—Sí, mejor, porque tienes mala cara... ¡espera! —Marya Sergeyevna se sobresaltó—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

En la Vasileostrovskaya (igual que en muchas otras estaciones) se daba una gran importancia a los rituales que provenían de los tiempos anteriores a la Catástrofe. Entre éstos se incluían las ceremonias de boda, que se habían transformado en una verdadera ciencia. La vaca sagrada de la comunidad que vivía en la estación.

Iván dio otra vuelta por el andén, pero no encontró a Tanya. ¿Acaso se habría echado a dormir? Finalmente, regresó a su tienda, dejó el fusil a un lado y metió la mochila bajo la cabecera del camastro. El reloj de pulsera marcaba las tres y media de la mañana. Estaba rendido. Pero antes tenía que encargarse del fusil. Iván suspiró. No podían permitirse ningún descuido en el cuidado de las armas, aunque se tratara de un indestructible Kalashnikov soviético. Era como lavarse los dientes. No, aún más importante, porque sin dientes se podía vivir, pero no sin armamento.

Así pues: aceite, trapos, bastoncillo de limpieza, ¡y ya está!

Iván volvió a quedarse medio dormido mientras limpiaba mecánicamente el fusil. De vez en cuando despertaba y se preguntaba qué estaba haciendo. Cuando por fin se dio cuenta de que había metido los trapos enteros en el cañón, tuvo claro que así no iba a conseguir nada. Depositó cuidadosamente las piezas sobre

la mesita de noche y se dejó caer sobre la cama sin desnudarse. Hundió la cara en la almohada. ¡Por fin iba a dormir! Se dio la vuelta para quedar con la cara hacia arriba y...

Tanya le estaba mirando. Iván se sonrió. Qué bello sueño. En ese momento sí que todo iba bien.

—¿Dónde te has hecho esa quemadura de la cabeza, so inepto? —le preguntaba ella.

—No importa, en el momento de la boda ya se habrá curado —le respondió espontáneamente Iván, y sólo entonces se le ocurrió—: Ah, claro, bueno, quizá no del todo...

—Ajá. La boda. Qué bien que todavía pienses en ello. A propósito... —Por así decirlo, Tanya conmutó el interruptor—. ¿Te has probado ya el traje?

Mierda. Tenía razón. Iván se despertó por un instante.

—Naturalmente —mintió.

A decir verdad, se había olvidado del traje.

«Pero no es extraño que en una noche demencial como ésta me olvide de todo —pensó—. No importa. Ya resolveré lo del traje mañana por la mañana. Acabo de poner el despertador. Pero al menos tengo que dormir un par de horas; si no, no sobreviviré a la mañana. Participar en las celebraciones durante todo el día. Aguantar la ceremonia nupcial. Lo más bonito sería despertar cuando todo haya terminado. Los rituales solemnes me matan. Celebrar la boda de otro, eso todavía, pero la mía propia... qué pesadilla. En comparación con eso, una expedición a la superficie sería el reposo más perfecto. Como cuando monté el grupo electrógeno junto a Kosolapy, qué locura, cómo nos arrastramos hasta allí...»

—¿Has dormido hoy? —preguntó Iván.

—Por supuesto. Soy el reposo en persona.

—Ya, ya. Mentirosa.

—He de marcharme, todavía me queda mucho por resolver.

—Vaya, vaya, vete con el gordo de tu amigo Boris.

—¡Boris es un encanto! —espetó Tanya, indignada—. No entiendo por qué le tienes tanta antipatía.

«Todo el mundo tiene sus defectos —pensó Iván—. Yo les pego fuego a los monstruos con lámparas de carburo y las beso cuando se incendian, y Tanya malcría a conejillos de Indias rechonchos.

—Se ha impuesto entre ambos una situación de neutralidad armada. Nos

tenemos celos el uno al otro por tu culpa.

—¡Vanya,^[5] Boris es un animal de matadero!

—Ay, sí, su vida consiste en comer y ser comido —le replicó Iván, y juntó ambas manos sobre la cabeza.

Vaya, un animal de matadero. Tanya no iba a permitir jamás que nadie se comiera a su cariñito.

Iván estaba tan fatigado que se mareaba. Incluso las paredes de la tienda daban vueltas a su alrededor. Pero la sensación no era desagradable.

—Me voy a quedar un momento contigo —dijo Tanya, y se sentó al borde de la cama.

Iván sintió la calidez de su muslo.

—Está bien, quédate un momento —le respondió misericordiosamente Iván. Sin abrir los ojos, levantó el brazo y lo metió entre las piernas de Tanya. Cálido y a resguardo. Por primera vez desde hacía una eternidad, sintió algo semejante a la paz interior. «Estoy en el lugar adecuado», pensó Iván, y bostezó con tal fuerza que habría asustado a un cocodrilo—. No tengo nada en contra.

—¡Pero qué morro!

—He visto un tigre —dijo Iván, medio dormido, pero no logró contarle su historia. El mundo perdió su sustancia e Iván se hundió a través de la almohada y el suelo hacia abajo, hacia el reino de la inconsciencia.

—Que duermas bien —susurró Tanya—. Mañana va a ser un día duro.

Iván abre los ojos. Dentro de la tienda está oscuro. Se pone en pie. Qué raro: lleva puesto el uniforme de camuflaje y las botas. Sale de la tienda y se queda inmóvil. ¿Dónde estoy?

Un andén con hileras de columnas heridas y negras. En las paredes, relieves. En una de las paredes está escrito el nombre de la estación. Empieza con la letra A. Iván no logra leer el resto. Pero lo más importante está claro.

Era otra estación, no la Vasileostrovskaya. Y no hay nadie. Absolutamente nadie. Está desierta.

Iván camina por el andén.

En una de las vías hay un metro.

En uno de los vagones hay luz. Iván se acerca. Las ventanas están rotas y los listones de los marcos, oxidados. Todavía se nota que, originalmente, el vagón había estado pintado de azul y que los asientos habían estado revestidos de sucedáneo de cuero de color marrón. Las paredes interiores del vagón están

cubiertas de hollín. Una luz de vela parpadea y danza sobre ellas. Se alarga hacia un lado. La corriente de aire que surge del túnel sopla por dentro de los vagones y pasa por entre los cabellos ralos que recubren la frente reseca de una momia. Las cuencas de los ojos están karstificadas. La piel es como un pergamino delgado extendido sobre las costillas. Un pendiente con un brillante en la oreja... recuerdo de un tiempo pasado.

Sobre las rodillas de la momia hay una segunda más pequeña. Se le ha encogido el cuerpo y tiene los dedos retorcidos. Cuando un hombre muere, los tendones se le secan y se le acortan. Es por eso por lo que las manos se han doblado de la misma manera en la momia grande y en la pequeña. Como si ambas fueran a nadar al estilo canino. Además, tienen la misma mueca en la cara. Eso también es por culpa de los tendones. Y de la muerte.

Sobre las rodillas afiladas de la momia grande hay una momia pequeña que duerme.

La momia grande sostiene con la mano una vela gruesa. Está encendida. La llama vibra con la corriente de aire. La parafina le resbala por los dedos.

Alrededor de estas dos momias están sentadas varias otras docenas. Todos los asientos están ocupados.

Al lado de cada una de las momias grandes hay una pequeña, a veces dos.

Todas las momias grandes sostienen una vela con la mano. Huele a putrefacción y a parafina quemada.

El vagón de las velas encendidas.

Iván da un paso adelante y se detiene.

El vagón del amor de madre.

De acuerdo con las normas de protección civil, las mujeres con niños menores de doce años tenían que ser las primeras en refugiarse incluso antes de que se diera la alarma por ataque nuclear. Tenían derecho a quedarse en la estación, o dentro de un metro estacionado. Y se habían quedado allí. Todas. Iván siente que se le hace un nudo en la garganta. Luego se da cuenta de algo que se le había escapado. Sobre la piel de las momias aparecen en algunos puntos unos brotes de color entre azul y verde. Como patatas en su germinación. Iván tiende la mano...

—No toques —le ordena una voz.

Iván se vuelve hacia la voz. Tiene frente a sí a un viejo de gran estatura. Los ojos del viejo tienen un fulgor verdoso, como los del tigre.

—Un sistema ecológico distinto —explica el viejo. Mientras mira a Iván, sus

ojos empiezan a deshacerse como las velas y le bajan como cera fundida por las mejillas—. ¿Lo entiendes? ¿Lo ent...? —El rostro del viejo pierde su forma y se hunde.

—¡Merkulov!

Alguien le sacudía el hombro. Iván abrió los ojos y el primer pensamiento que tuvo fue como un martillazo: ¡Mierda, se había dormido!

—¿Me había dormido? —Aún medio ciego, se sentó sobre el lecho. La cabeza le dolía como si le hubieran metido dentro un ladrillo pesado y húmedo. Le parecía haber dormido no más de un minuto—. ¿Qué sucede? La boda. ¿O qué?

Iván aún no podía ver con claridad. El hombre que le había despertado no era más que una silueta oscura y difuminada, y no comprendió lo que podía querer de él. El corazón le latía rápido y con fuerza.

—¡Merkulov, tienes que presentarte ante el comandante! —le dijo la silueta—. Con urgencia.

El alumbrado nocturno todavía iluminaba el andén. Al tiempo que seguía mecánicamente a su acompañante, Iván trató de averiguar qué hora era. ¿Había dormido durante mucho tiempo? ¿Quizá volvía a ser de noche? En la Vasileostrovskaya, como en la mayoría de las estaciones, la alternancia entre día y noche se mantenía de manera artificial. Iván parpadeó, en un intento por sacudirse el velo que le cubría los ojos. «Maldita sea.» Hacía mucho tiempo que no se sentía tan mal.

«¡Saca fuerzas, idiota, y despierta de una vez!»

En la pequeña sala donde vivían el comandante y su familia ardía una lámpara de carburo. En ese momento, la lámpara alumbraba las gruesas manos del comandante. Estaban inmóviles sobre la mesa de madera.

—No hay manera de que tengas el culo quieto —dijo Postyshev.

—Umm...

—Te había pedido explícitamente que no fueras tú solo. ¿Correcto?

Iván asintió.

—¿Y? —Postyshev le miró con sus ojos astutos, penetrantes como el aullido de una sirena, y aguardó respuesta. Tenía el cráneo rotundo, y el cabello amarillento y ralo.

—Y lo he hecho de todos modos.

—Y ¿por qué? Dime, ¿qué es lo que voy a contarle a Tanya el día que te suceda algo?

Iván sintió un temblor en las mejillas, pero luego se calló y se quedó mirando al frente.

—¿Quieres decirme qué falta te hacía? Por una vez, podrías darme una explicación.

—¿Es una orden?

—¡Ah, vete al diablo! —Postyshev hizo un gesto como para mandarle a paseo—. Si no quieres decirme nada, dejémoslo correr. Ya eres un hombre adulto, oficial, novio y qué sé yo qué más. ¿Te has enterado por lo menos de que se ha producido un incidente mientras estabas por ahí?

—Sí. Ya no tenemos luz.

—¿Que ya no tenemos luz? —Postyshev resopló con desprecio y se puso en pie—. Acompáñame. Te voy a enseñar qué es lo que ya no tenemos.

3-Guerra

IVÁN no sabía ya muy bien lo que había ocurrido entonces. Los recuerdos de infancia eran tan fragmentarios como los cristales de las ventanas reventadas en los metros, y no ofrecían ninguna imagen clara. Había existido un lugar llamado zoo. Eso sí lo sabía. A veces, al cerrar los ojos, veía el cielo, deslumbrante, como en una foto antigua puesta directamente bajo la luz, y también el contorno negro del follaje y las volutas de las rejas de hierro colado. Debía de haber sido verano y el sol brillaba. Cerca de allí había un quiosco con el cartel «algodón de azúcar» y se percibía un olor cálido y dulzón. En aquel tiempo ya sabía leer. O quizá no. Iván no se acordaba. Pero sí sabía que caminaba sin hacer ruido... ¿o corría? Cuando bajaba la cabeza, se veía los pies embutidos en sandalias. Cuando la levantaba, lo que había encima de él era una única luz, canciones y trinos, y todo era tan grande que no habría podido abarcarlo con los brazos. Y tampoco con la mirada. Entonces vio a la mujer. Ésa era la imagen más nítida que tenía ante sus ojos.

Su madre.

Corrió y vio abrirse las grietas negras y tortuosas en el asfalto. El suelo temblaba bajo sus pies. Iván —el Iván de entonces— corría hacia su madre, que llevaba puesta una falda larga y oscura, y una blusa blanca. ¿O un vestido? Abría los brazos y se inclinaba para agarrarle. Y mientras Iván corría hacia ella agitando los brazos, la tierra empezó a inclinarse.

Sobre aquel suelo oblicuo y quebradizo, no logró alcanzar a su madre.

Y mientras el mundo, poco a poco, se ponía de lado, una sombra gigantesca que todo lo engullía apareció por detrás de su madre, sobre el edificio con el gracioso caballito de mar en la pared, sobre la verja de hierro y sobre el café de techo bajo. Iván corrió tan rápido como le fue posible, porque sabía que si llegaba a los brazos de su madre, ya no podría sucederle nada.

No le sucedió nada.

Como el chasquido con el que se rompe una pluma, el aullido de las sirenas surcó los aires como un látigo y se atornilló en el cielo. «¡Alarma de ataque nuclear! —bramaba un altavoz—. Diríjanse a los refugios. Las estaciones de metro están abiertas tan sólo para entrar. Repetimos... tan sólo para entrar.» El latigazo de las sirenas de alarma les desfiguraba el rostro, lo arrugaba como una lámina muy fina. Iván y su madre corrían. Entre una oleada de seres humanos con idénticas muecas en el rostro.

«Dentro de trece minutos se cerrarán las puertas herméticas», anunció la voz.

»Dentro de doce minutos...»

—Ven, te voy a enseñar qué es lo que ya no tenemos. —Postyshev iba delante.

Había dos hombres apostados en la sala de maquinaria. Uno de ellos tenía un Kalashnikov en las manos; el otro, una escopeta de fabricación casera. Iván se lamentó una vez más de no haber comprado la escopeta doble en su momento. Habría podido recortarle los cañones.

Las escopetas de cañones recortados son excelentes. El cañón es la parte del arma que se gasta antes, y el de las armas de fabricación casera no dura mucho. Se necesitarían herramientas especiales y un armero experto. Por ello, el hecho de recortarlas sirve a un doble objetivo. Si se hace un corte limpio en los cañones de una escopeta de caza, se consigue, por un lado, un arma excelente para luchar de cerca, y, por el otro, dos cañones de reserva del calibre adecuado.

Hasta ese momento, había sido relativamente sencillo obtener cartuchos mediante las expediciones a la superficie. Pero tarde o temprano se acabarían. Aunque saquearan un arsenal. De todas maneras, esta última idea era atractiva. Pero Iván negó con la cabeza. El primer problema sería encontrarlo.

En realidad, los únicos que disponían de armas propias eran los luchadores a las órdenes de Iván y la Milicia de la estación. El comandante guardaba bajo llave el resto del armamento, por si se producía una invasión. Por ello, Iván se sorprendió de encontrarse con dos centinelas armados y con otros hombres que en condiciones normales no habrían podido manejar armas.

—¿Dónde está Sazonov? —preguntó Iván.

—Está dirigiendo la persecución.

—¿La persecución?

Iván se rascó la cabeza. Hacía muy poco que se había despertado y aún estaba espeso. Los dientes le rechinaban de puro cansancio y las piernas le temblaban penosamente. Lo mejor para Iván habría sido echarse en el suelo y

cerrar los ojos. Aún percibía todo su entorno como a través de un velo: los contornos aparecían difuminados; los colores pálidos, chillones; e incluso una luz débil lo cegaba. El pecho le dolía y los ojos le ardían.

Iván era consciente de que, por el momento, no podría hacer nada, pero se obligó a sí mismo a centrarse.

—¿De qué persecución se trata? —insistió.

En vez de responderle, Postyshev pasó de largo frente a los centinelas y entró en la sala de maquinaria. Iván le siguió.

—¿Ves? —preguntó Postyshev, sin volverse.

Iván contempló las anchas espaldas del comandante. Vaya, la chaqueta estaba totalmente estropeada, ¿¿acaso su mujer no se daba cuenta?! Luego miró a su alrededor. En otro tiempo, la sala de maquinaria se había pintado de un color verde grisáceo, como la mayoría de áreas de mantenimiento y recursos técnicos. El techo, antaño blanco, se había vuelto de un color gris amarillento y estaba cubierto de trazas de hollín. Junto a las paredes había latas de metal y plástico repletas de combustible.

Un tubo que bajaba desde el techo se doblaba varias veces hasta llegar al grupo electrógeno. Era el tubo por el que se evacuaban los gases. Había otro por el que entraba aire desde la superficie.

El armario del distribuidor estaba abierto y de su interior asomaban cables sueltos, como los pelos de una nariz.

En la pared había una tabla de madera en la que estaba escrito a mano: «Zona de fumadores.» La frase estaba tachada y debajo ponía, con la letra de Postyshev: «¡Como pille a alguien fumando lo mato!», firmado «El comandante». Debajo de la tabla de madera, en el suelo, había una lata llena de colillas. En cambio, no se veía ningún cadáver. Probablemente no había pillado a nadie.

Iván volvió su atención hacia un escritorio, encima del cual había un archivador verde en el que se guardaban las indicaciones técnicas más variadas. Al lado del escritorio había una silla.

Una segunda silla estaba tumbada en el suelo.

Postyshev se apartó de Iván, enderezó la silla caída y se sentó en ella.

Hasta ese momento, Iván había pensado que las anchas espaldas del comandante ocultaban el grupo electrógeno. «Qué puta mierda.» Con qué rapidez podían echarse a perder las ilusiones. Sin habla, se volvió hacia Postyshev.

—¿Y? —preguntó el comandante.

—¿En qué dirección se han marchado? Me refiero a Sazonov y a los suyos. —Si Sazonov había salido en persecución de los ladrones, no le iría mal contar con ayuda—. Alto. Tendríamos que llamar a la Admiralteyskaya. Tienen que cerrar el túnel.

—Ya lo he intentado —replicó Postyshev. Se rascó el mentón y miró a Iván sin levantarse. El comandante parecía haber envejecido veinte años de golpe. Sonreía con dolor—. No tenemos conexión.

—¿Con nadie?

—Con nadie.

La situación pintaba mal. Sólo entonces, al contemplar los restos de los anclajes, Iván empezó a darse cuenta de lo mierdoso que era todo en esta vida.

—Joder —dijo—. Pero ¿qué quieren hacer esos cabrones con nuestro grupo electrógeno?

No hay decisiones inmotivadas.

Sí hay deseos ocultos que tarde o temprano salen a la luz.

—¿Adónde vamos a ir ahora, jefe? —Igor Gladyshev le dirigió una mirada interrogadora. Escrutadora. Por supuesto que aún no le miraba como habría mirado a Iván (Iván, Diván, Tontován), pero se reconocían ya los primeros síntomas de creencia ciega en el líder omnisciente. Sazonov no le respondió de inmediato. Eso también lo había aprendido de Iván.

El subordinado tiene que ver cómo tomas las decisiones.

Que se dé cuenta de que es difícil.

Si le haces seguir todo el curso de los pensamientos que van pasando por tu rostro, se dará cuenta de que él no habría podido hacerlo.

Porque ésa es la verdad.

La mayoría de los seres humanos no son capaces de tomar decisiones por sí mismos. Se asustan del poder sin límites que reside en el principio: «Yo hago lo que me parece bien.» Eso es lo que quiero, así que eso es lo que hago. Los seres humanos tienen miedo de cometer errores y temen empeorar la situación. Es una actitud cobarde e infantil. ¡Aún peor: es estúpida! Quien aspire al liderato tiene que ser capaz de tomar decisiones y de aceptar los perjuicios que se deriven de ellas. Tiene que ser capaz de dar forma al mundo de acuerdo con su voluntad.

—Hacia la izquierda —dijo Sazonov.

Para empezar, tienes que hacerte una imagen de la persona que querías ser, dar forma a un esbozo mental, como si fueras a modelarlo en arcilla con tus

propias manos. Luego, tú mismo, que estás hecho de carne y sangre, tienes que transformarte de acuerdo con el modelo. Cuando sea necesario, limar aristas; cuando sea necesario, poner un poquito de algodón. Es muy sencillo. Y no se trata de autosugestión, no, para nada. ¡Dejémosles la apariencia bella a los *monsters*!^[6] Yo lo llamo así: reinventarse a uno mismo. Quien quiera que los demás lo vean como a un hombre con poder tiene que comportarse como un hombre con poder.

No lo entiendas mal.

La gente tiene un olfato muy agudo para detectar la falsedad. Pero si te reinventas y te transformas de manera efectiva en un hombre con poder, nadie se olerá el engaño.

—Hacia la izquierda —repitió Sazonov.

—¿Y si se han marchado por el túnel derecho? —Gladyshev se rascaba debajo del casco—. ¿Qué ocurrirá entonces?

—Entonces nos fastidiaremos —respondió Sazonov, y pensó para sus adentros: «Este gilipollas tiene que joder siempre que puede.»

—Ajá —dijo Gladyshev y, cuando por fin lo hubo entendido, abrió una vez más su fea boca con los dientes rotos y podridos—. ¿Y... qué haremos luego?

—¿Quieres decidirlo tú? —le preguntó Sazonov con voz dulce como la miel. —Esa salida no la había aprendido de Iván, sino de Yakov Orlov, el jefe del Servicio Secreto de la Admiralteyskaya. Sí, Sazonov conservaba un vivo recuerdo de su último encuentro con él—. ¿Por qué no? Decídelo tú.

Gladyshev cerró la boca. Murmuró unas palabras ininteligibles y entonces miró a Sazonov con esperanza.

—Entonces, ¿vamos por la izquierda?

Sazonov se encogió de hombros.

—¿Acaso he dicho alguna otra cosa?

—Entendido. —Gladyshev asintió. Luego escupió ruidosamente, se limpió el rostro sin afeitar con la manga y entró en el túnel izquierdo. El fulgor de su linterna jugueteó en la penumbra.

Iván apoyó la frente en la pared y cerró los ojos. El presentimiento de que se avecinaba una tragedia se volvía cada vez más fuerte. Se acercaba como un monstruo ruidoso y gigantesco, de metal frío y bruñido, y de cobre antiguo. Iván creía oír de verdad los chillidos y gemidos de la bisagra gastada.

«Piensa en otra cosa —se ordenó Iván a sí mismo—. Piensa de manera

constructiva. ¿Quién ha hecho eso y cómo ha podido hacerlo?»

«Y, sobre todo, ¿para qué?»

Han robado lo más valioso de la Vasileostrovskaya. Nuestro tesoro. Nuestro sol. El grupo electrógeno alimentaba el alumbrado durante el día y cargaba los acumuladores para la noche. Ahora mismo las ristras de lucecitas brillan con la energía que quedaba en las baterías. Y habrá que dejar que se consuman para que no cunda el pánico.

Pero, tarde o temprano, la verdad saldrá a la luz. Y podemos garantizar que cundirá el pánico. Las verduras que padecerán la falta de luz proclamarán la agonía de la Vasileostrovskaya. Al desaparecer las plantaciones, nos quedaremos sin la mitad de los alimentos y casi sin vitaminas. Eso significará hambre. Y escorbuto.

Una catástrofe.

«Ahora está claro por qué ha desaparecido Sazonov. Mejor dicho, no hay nada claro. ¿Dónde se ha metido ahora? Si su persecución ha tenido éxito, ¿dónde está ahora el grupo electrógeno?»

«Tengo el arma desmontada», pensó Iván.

Una gran agitación reinaba en torno al *digger*. La gente entraba y salía. Parecía que todos tuvieran algo muy importante que hacer e iban de un lado a otro como cucarachas.

—Mira —gritó alguien a sus espaldas.

—¿Qué pasa? ¿Qué hay ahí?

Eran los milicianos, que habían entrado en la sala de maquinaria y promovían el nerviosismo. La casta, maldita sea.

—¡El servicio de vigilancia ha fallado!

—¡Qué locura! ¡Eso no puede ser!

Sus voces se mezclaban en un murmullo amenazador.

Iván se apoyó en la pared, con el codo extendido para cubrirse las costillas maltrechas. Sentía en el costado izquierdo un doloroso pálpito que no cesaba.

¿Qué podía hacer? La gente de Iván eran exploradores, *diggers*, y, como tales, especialistas en emprender expediciones al territorio enemigo, tanto si se trataba de una estación extranjera como de las ruinas de una ciudad que se hallaran en la superficie. La salvaguarda del orden en el interior no figuraba entre sus competencias. Y desde luego que no se contaba entre sus deberes el descubrir quién había fallado en la vigilancia de la sala de maquinaria (y, por tanto, de la estación entera).

—¡Mira! —gritó de nuevo alguien que se encontraba a sus espaldas.

Iván, siempre abstraído en sus pensamientos, se volvió. En un rincón de la sala había un miliciano. Al darse cuenta de que Iván le miraba, se puso en cuclillas y apartó una lona. Incluso desde lejos se veía que había algo pintado en el suelo. Iván se separó de la pared y anduvo hasta el rincón sobre sus piernas fatigadas. Al ver de cerca la «obra de arte», se quedó perplejo.

—¡Jefe! —le gritó alguien.

Iván no hizo más que asentir con la cabeza, al mismo tiempo que contemplaba el símbolo pintado en el suelo. ¿Qué podía significar?

—¿Alguno de vosotros se dedica a las bellas artes? —preguntó.

—¿Qué dice? —Kuznetsov se sorprendió—. Oh... no. Es que han asesinado a uno de los nuestros.

Iván volvió lentamente la cabeza y miró a Kuznetsov.

—¿Lo dices en broma, no?

El hombre yacía sin vida sobre el suelo desnudo. Iván conocía la expresión inocente que se había helado sobre su rostro. Era la misma cara con que el hombre le había mirado pocas horas antes y, furioso, le había preguntado: «¿Y cómo lo voy a saber yo?»

Una limpia perforación adornaba la sien de Efiminyuk. Y un reguerillo de sangre.

—Queríamos relevarlo y mira lo que le ocurre —informó un miliciano, gesticulando con desesperación—. Ah, no somos nada...

Iván se agachó y contempló más de cerca al muerto. ¿Cómo era posible que hubieran vuelto a mandar al pobre imbécil a un puesto de vigilancia?

De la sien de Efiminyuk sobresalía un clavo metálico. La escasa luz a duras penas permitía verlo.

—Lo han asesinado desde muy cerca —confirmó Iván—. Está claro que no se había dado cuenta de que lo atacaban. ¿Quizá no reconoció al atacante como enemigo?

—Ah, quién sabe cómo distinguir a los amigos de los enemigos —comentó Solokha, un *digger* de la unidad de Iván que ese día trabajaba en la estación—. De todos modos era un tío raro. Hay algo que no entiendo: ¿Cómo es que no se han llevado también la ametralladora?

Iván se encogió de hombros.

—¿Para qué? Les habría resultado demasiado molesto llevársela.

—Pero sí se han llevado el grupo electrógeno.

—Es verdad.

«¿Quién te ha matado?», le preguntó Iván al muerto sin decir palabra, y en el mismo momento leyó la respuesta en la expresión de su rostro: «¿Y cómo lo voy a saber yo?» Lógico. «¿Pueden ser los mismos que han robado el grupo electrógeno?»

«Piensa, Iván.»

Si es así, es que los ladrones han llegado poco más tarde que yo. Después de que pasara los puestos de control, han matado a Efiminyuk y luego han entrado en la sala de maquinaria. Entonces, ¿han entrado por el túnel? ¿O por el conducto de ventilación? Esto último no parece posible. La herrumbre devoró hace tiempo las escalerillas del conducto. Los ladrones han entrado en la sala de maquinaria y han desacoplado el grupo electrógeno. Y ¿adónde se lo han llevado luego? A la Admiralteyskaya. No existe ninguna otra posibilidad.

Iván se puso en pie.

—Mil diablos, ¿dónde se esconde Sazonov? Maldita sea, cuando se le necesita...

Solokha se agachó y le sacó la chaqueta a Efiminyuk. Iván no dio crédito a sus ojos.

Sobre la camiseta del muerto había un signo que Iván ya conocía, pintado en color rojo. Asombroso. No habían tenido tiempo de volver a sacarle el clavo de la sien, pero, en cambio, les había sobrado para dibujar símbolos.

Qué curioso.

Una estrella mal dibujada dentro de un círculo. ¿Qué podía significar aquel símbolo?

—Qué raro, como si quisieran burlarse de nosotros —dijo Solokha.

Postyshev irrumpió en la sala y se puso de inmediato a examinar el cadáver.

—¿Los comunistas? ¿Esos de Kupchino que excavaban el túnel?

Iván negó con la cabeza.

—No lo creo. Esa estrella no es la que ellos dibujarían. No parece una estrella soviética, sino más bien un pentagrama. Y está rodeado por un círculo. Y aquí... este símbolo, ¿lo ves? Pienso que tendríamos que ir por Vodyanik, él lo sabrá mejor que nosotros.

—Sí, está bien —dijo Postyshev—. Preguntémosle al profesor.

Vodyanik contempló la estrella durante un rato y luego pidió educadamente a los curiosos que se marcharan a tomar viento. Pero éstos no pensaban marcharse

de buen grado. Postyshev enarcó las cejas. Miró a la cara al profesor para estar seguro y luego asintió. El comandante se irguió, pesado y pletórico de poder como un oso, y echó a los mirones con violentos insultos. En la sala de maquinaria ya sólo quedaban ellos dos e Iván.

—¿Qué le parece, profesor? —El comandante se volvió una vez más hacia Vodyanik.

—Excelente. Así se puede trabajar mucho mejor. Nadie molesta ni entorpece.

Postyshev contempló al profesor con irritación.

—Ahora no estoy para bromas, Grigori Mikhalych.

—No tengo ninguna intención de bromear, Gleb Semyonich. ¿Piensa usted que les he pedido que echaran a todos esos tan sólo para que pudiéramos divertirnos?

—Todavía espero una respuesta —replicó Postyshev. Se le habían marcado profundos surcos en la frente—. ¿Qué significa esa estrella? ¿Y por qué ha querido que se marchara todo el mundo?

Iván se sacó un mechero del bolsillo. No porque tuviera mucha costumbre de fumar... el tabaco sólo se podía conseguir en la superficie y por eso mismo era caro. Los fumadores empedernidos secaban algas y había alguno que criaba marihuana. Iván necesitaba el mechero para sus expediciones. Era un instrumento al que no podía renunciar. El que llevaba en ese momento se lo habían hecho unos tíos ingeniosos con una vaina de cartucho. Una buena pieza.

Iván encendió el mechero y entretuvo los ojos con la llama.

—¿Sabéis algo de Nabucodonosor? —preguntó Vodyanik.

Iván asintió sin apartar los ojos de la llama. Aunque la humanidad se hubiera extinguido casi por completo después de la Catástrofe, la Biblia aún constituía uno de los pilares de su cultura y, como tal, era uno de los libros más importantes en la enseñanza. Por lo menos allí, en la Vasileostrovskaya. En el lugar de donde procedía Iván no había ninguna Biblia, y en la enseñanza se empleaba un viejo libro de texto. Se había puesto al día —o, mejor dicho, había tenido que ponerse al día— al llegar allí. Porque el sistema político de la Vasileostrovskaya promovía el conocimiento de la Biblia y aceptaba sus rituales y sus principios. Allí todos los niños tenían que seguir un plan de estudios unitario. Una vez concluido, se integraban en el sistema de castas.

—En realidad, lo que tenemos aquí es un feudalismo ilustrado —gustaba de decir irónicamente el profesor Vodyanik—, con un toque de anarquía. —

Cualquier otro que hubiese dicho lo mismo habría suscitado fuertes reacciones adversas, pero el profesor podía permitírselo.

»Un sistema de castas más un señor feudal elegido por el pueblo. A todo ello se añadía la transmisión de las obligaciones sociales por herencia. En el Japón medieval, los hijos de los actores eran también actores, y no heredaban únicamente el oficio, sino también un tipo de personaje, explicaba Vodyanik. Cada uno de nosotros representa también un tipo de personaje, sea el de campesino, el de miliciano o el de *digger*. Y la obra de teatro titulada *Vasileostrovskaya* no termina nunca.

—¿Y? —La mirada de Postyshev, que por naturaleza no era alegre, podía llegar a pesar toneladas y transformarse en un fulgor opresivo y temible.

—Nabucodonosor, rey de Babilonia, conquistó Jerusalén, pero instruyó también al profeta Jeremías. Pero dejémoslo. Baltasar fue igualmente rey de Babilonia. En cierta ocasión, mientras celebraba una victoria con gran jolgorio, apareció en la pared de su palacio una escritura fantasmal que le profetizaba que su reino iba a terminar en treinta días. «*Mene Mene Tekel u-Pharsin*», se te ha pesado en la balanza y se te ha hallado demasiado ligero.

Postyshev le escuchaba con paciencia, pero todo aquello le sonaba a chino. Parecía que le dijera con todos sus ademanes: «¡Por favor, ve al grano!»

—¿Y? —dijo entonces Iván, impaciente.

—Ten un poco de calma, Vanya —le respondió el profesor, y levantó la mano en un gesto apaciguador—. Te lo voy a aclarar en seguida. Ese grupo electrógeno que ahora ya no tenemos representaba para nosotros la Edad de Oro. Temo que esa edad haya terminado hoy. Y ese signo dibujado sobre el suelo es un mensaje en clave. El rey Nabucodonosor se hizo célebre porque destruyó el reino judío, y con ello les dio a entender a los judíos que iban por un mal camino. La historia de Baltasar está igualmente clara. En ambos casos se trata de un mensaje de Dios. Lo que está en juego es un momento de importancia religiosa. Es evidente que la persona que se llevó el grupo electrógeno está familiarizada con el Antiguo Testamento y abriga la creencia de llevar a cabo una misión sagrada. Umm... —El profesor se rascó la barba—. Hemos entendido la advertencia. ¿Y ahora qué?

—Sí, ¿es que ahora somos judíos o qué? —preguntó Iván. Fue la pregunta más original que se le ocurrió en aquel momento.

—¡Vanya!

—Ya me callo.

—Dicho con otras palabras —resumió Postyshev—, ¿con quién... con quién vamos a tener que enfrentarnos?

—Está claro que no son comunistas —le respondió Vodyanik en tono lapidario.

—Puede que los japoneses sigan con vida... si no es que un tsunami engulló Japón entero —especulaba el admiralze^[7]—. Tenían un metro mucho mejor que el nuestro. Pero no sé si estaba preparado para una guerra nuclear. Así, por ejemplo, el metro de Tokio es gigantesco, no se puede comparar con el de Moscú. Doscientas o trescientas estaciones, ¿os lo imagináis? Puede que esa gente de ojos rasgados viva ahora bajo tierra. Y disponían de una tecnología extraordinaria... todo lo que tienen en la Technoloshka no era nada a su lado. —El admiralze tuvo un instante de reflexión—. Pero, quién sabe, tal vez se ahogaran hace tiempo. Los japoneses se ahogan rápido.

—Igual que nosotros —comentó Sazonov, y sonrió.

«Qué se puede hacer cuando uno está rodeado de idiotas. Preguntamos por el grupo electrógeno y este tío nos suelta un rollo sobre Japón. Estupendo. Realmente estupendo.»

Los puestos de vigilancia de la Admiralteyskaya estaban envueltos en una oscuridad húmeda y negra como la tinta. Una oscuridad que los rayos de dos grandes reflectores atravesaban como si fuera un queso Gruyere.

La Admiralteyskaya tenía que ser una estación próspera para poder permitirse reflectores como éstos. Los admiralzes habían prosperado durante los últimos tiempos, mientras que no podía decirse lo mismo de la *Vaska*. Aun cuando perteneciesen a la misma Alianza. Pero mira, mira...

La lámpara de carburo arrojaba una luz suave y amarilla. Sazonov no encontraba nada tentadora la idea de levantarse de nuevo y echarse a andar con dificultad por las tinieblas y la humedad que reinaban en el túnel.

Habría preferido quedarse sentado durante toda la vida y escuchar historias sobre el metro de Tokio. Y mirar al vacío.

El túnel descendía hacia allí en un ángulo de cuarenta grados, luego se prolongaba sobre un plano prácticamente horizontal hasta la Admiralteyskaya y seguía del mismo modo hasta un trecho más allá de la estación para luego volver a subir. Ciento cincuenta metros: la estación de ferrocarril metropolitano más profunda del mundo entero. Un tercio del camino que llevaba hasta allí se tenía que hacer a nado o en lanchas. El puesto de vigilancia de la Admiralteyskaya

servía también como puerto. El túnel paralelo no se diferenciaba mucho de ése, pero estaba cerrado herméticamente.

En tiempos recientes se había discutido la posibilidad de abrir también el otro túnel, pero no se había llegado a ningún acuerdo. Cosas que ocurren. Nadie comprendía qué motivo podían tener los admirалzes para no querer abrirlo. ¿Temían que la Vasileostrovskaya pasara de contrabando su carne de conejillo de Indias a los restaurantes de las estaciones Gostiny dvor y Sadovaya-Sennaya?

Sazonov no pudo evitar esbozar una sonrisa. En realidad, no habría sido una mala idea. Los admirалzes sacaban buenos ingresos con las tasas de aduana que cobraban por los conejillos de Indias, por mucha Alianza que los uniera. Y, por desgracia, el paso por la Admiralteyskaya era inevitable.

—Entonces, ¿no habéis visto a nadie? —volvió a preguntar Sazonov.

El encargado del puesto de control negó con la cabeza.

No había visto ni oído nada, nada de nada.

—Nos sabe mal, muchachos —dijo el jefe de los admirалzes, que se rascó el cogote y puso una tetera muy vieja y cubierta de abolladuras sobre un infiernillo de alcohol—. Vamos a tomarnos una infusión.

«Gilipollas.»

El equipamiento de los admirалzes era un placer para la vista. Motivo suficiente para palidecer de envidia. Uniformes de camuflaje y chalecos de asalto de precio elevado, botas sólidas. Y lo más importante: las armas. Sazonov se había dado cuenta de que el jefe del puesto de vigilancia llevaba una Colt Python bruñida, con el cañón largo y una empuñadura de goma negra con molduras para los dedos.

Uno de los soldados tenía una «muleta» (un AK-103 con culata hombrera plegable); otro, una escopeta Saigacon de recarga semiautomática; un tercero, un rifle de repetición inglés.

Los señores estaban bien equipados: todo salido de fábrica y casi nuevo, saltaba a la vista. Y, con todo, eran soldados de a pie. ¿O no? En la Vasileostrovskaya, ni siquiera los *diggers* iban tan bien armados. Allí, en cambio, parecía que aquel material fuera estándar.

«¡Ricachones asquerosos!»

Sazonov hizo una mueca.

«La envidia es estúpida —pensó—. Sobre todo la envidia por la riqueza ajena. No recordaba haber sentido jamás envidia de nadie por su bienestar ni por ninguna otra cosa semejante... a lo sumo, por sus armas. Nunca y contra nadie.

Eso era lo mejor. Pero el admiralze ese de la Python...»

Sazonov sonrió.

Si le permitían alejarse veinte pasos, entonces vería todo el mundo si el otro podía con su viejo Nagant.

«Nunca he sentido envidia contra nadie —pensaba Sazonov con insistencia—. Lo habéis oído, ¿no?»

—¿Me dejas probarla? —le preguntó al jefe de guardia de los admiralzes.

El otro lo pensó por unos momentos y asintió.

—Bonita pieza —dijo Sazonov con entusiasmo. Extendió el brazo con el que sostenía la Python y apuntó a las tinieblas—. Es de las mejores. ¿Cartuchos Magnum, me habías dicho?

«¡A nadie! Como mucho, a Iván. Porque las mujeres le van detrás. Iván, Diván, Tontován. Y a nadie más.»

—¿Cómo está vuestro general? —pregunto Sazonov como de casualidad—. ¿Todavía con sus estudios estratégicos?

El jefe de guardia le miró con recelo.

—¿Memov? ¿A ti qué te importa lo que haga nuestro general Memov?

—Eso es lo que quería preguntarte desde el principio. Vosotros vivís en la Admiralteyskaya, ¿verdad? Pero vuestro líder es un general. Qué cosa más rara, ¿verdad?

—No es cosa tuya.

—No era más que un comentario.

En ese momento, Gladyshev se sonó ruidosamente las narices, expulsó un grueso moco de la garganta y lo escupió al suelo. Luego miró a su alrededor con sus ojos negros y saltones.

«¡Qué tío más asqueroso, de verdad! Y qué cara... le entran a uno ganas de partírsela.»

Los admiralzes hicieron muecas y callaron con elocuencia.

—¿Pasa algo? —preguntó Gladyshev, levantando el hombro como en un gesto de burla—. ¿No os caigo bien?

—No especialmente —le respondió el admiralze con la «muleta», y era cierto.

—¡Pues eso me parte el corazón! Pero cuando quiero también puedo ser simpático.

Por primera vez en la vida, Sazonov le estuvo agradecido a Gladyshev por su grosería. Qué suerte que el cretino ese le sirviera para algo... aunque fuese sin

querer.

—Tranquilos, tíos —dijo Sazonov, y se levantó sin prisas—. No os peleéis. Se va a disculpar. ¿Verdad que sí, Igor?

—¡¿Qué?!

Los admirales intercambiaron miradas tensas. El jefe de guardia acercó la mano al revólver.

—Y todavía falta algo —dijo Sazonov en tono prudente. Aún tenía en la mano el revólver del otro—. Quería preguntaros...

—No han sido los comunistas, pero cabe la posibilidad de que Sazonov averigüe algo.

—Es cierto, no han sido los comunistas —repitió otra voz que Iván conocía bien—. Han sido los moscovitas.

Iván se volvió. A la entrada de la sala de maquinaria había un hombre alto, de espaldas anchas, con rasgos faciales bien proporcionados, nariz afilada y ojos grises, y mirada severa. Su abrigo largo estaba sucio y rasgado por todas partes, como si alguien hubiera tratado de arrancárselo. Le colgaba del hombro una correa con una pistolera en su extremo, de la cual asomaba la culata de un revólver.

—Hablando del rey de Roma —dijo Iván. Torció la boca para hacer su sonrisa habitual, algo maliciosa—. ¡Hola, Sazonov! Bienvenido a casa.

Vadim Sazonov pertenecía a la «aristocracia de la estación». Así se llamaba en broma a las personas que en otro tiempo habían trabajado como constructores o como empleados en el metro. Junto con los milicianos, constituían la élite, la clase dominante en las estaciones. Al ser hijo de un conductor de metro, Sazonov había iniciado su carrera ascendente casi podríamos decir en la cuna. De brigadier en los equipos de mantenimiento del túnel a ayudante de campo del comandante. Un poco más y habría alcanzado el rango de comandante con apenas treinta años.

Pero Sazonov cambió de orientación. Quería formar parte de una unidad de exploradores. Trataron de disuadirle, pero no hubo manera. En un primer momento, Kosolapy se mostraba escéptico frente al recién llegado, lo hacía salir siempre que era posible y trataba de descubrir sus debilidades. No era de extrañar: Sazonov tenía sangre azul y por ello se le consideraba un esnob y un advenedizo. ¿Un hombre como ése quería hacerse *digger*? ¡Qué disparate! Pero durante una expedición a los almacenes Andreyevski, el recién llegado había cubierto la retirada de la fuerza expedicionaria y había matado a sangre fría a un

perro pavloviano tras otro, y entonces incluso Kosolapy se dio por vencido y se aceptó a Sazonov en la unidad, en pie de igualdad con los demás.

Fue así como, en vez de funcionario de la estación o miliciano, se integró plenamente en el mundo de los *diggers*.

«Pero igualmente le voy a arrear una buena tunda —pensó Iván—. Al viejo estilo *digger*...»

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Postyshev con una sonrisa malhumorada.

—Nada bueno, por desgracia, Gleb Semyonich —respondió Sazonov—. Hemos efectuado un registro exhaustivo en el túnel. Ni rastro, nadie ha visto nada. Ni siquiera en los conductos de ventilación ni en el sistema de desagüe. No hemos encontrado nada. Hemos subido hasta el puesto de guardia de la Admiralteyskaya. Los admiralzes juran y perjuran no haber visto a nadie. Sí... qué mierda de noticias.

—¿Y qué se sabe de las caravanas?

Sazonov negó con la cabeza.

—Hace tiempo que no pasa ninguna caravana, usted lo sabe bien. Como mucho podrían haber escapado por un pozo de canalización, pero no lo creo. Ese grupo electrógeno era muy grande, no es algo que se pueda llevar en los bolsillos de los pantalones.

—Entiendo. ¿Cómo han reaccionado al saberlo? Me gustaría saberlo. Bueno, señores *diggers*, ¿tienen ustedes alguna idea? —Postyshev suspiró y se puso en pie—. Bonito desastre. Un momento... —De pronto, se acordó—. ¿Verdad que habías dicho algo sobre los moscovitas? ¿Cómo lo sabes?

—Aún no había terminado, jefe —respondió Sazonov con una sonrisa triunfal.

—¡Pues cuéntenoslo!

—Una pregunta más... —Sazonov había agarrado por el cuello de la camisa al jefe del puesto de guardia. De manera suave, como si hubiese querido enderezarlo.

Luego, de pronto, dio un tirón y atrajo al hombre hacia sí. El desconcertado jefe de los admiralzes palideció. Sazonov arreó una patada al infiernillo. El hervor se tumbó ruidosamente y el agua hirviendo se derramó por el suelo entre borboteos. Los admiralzes gritaron.

—¿Dónde?!

—¿Dónde qué? —El jefe del puesto de guardia trató de soltarse y llevó

instintivamente la mano al cinturón. Estaba tan confuso que no se acordó de que ya no tenía el arma.

—¿Dónde están las treinta monedas de plata?! —le chilló Sazonov a la cara—. ¡Dámelas, puerco, vacíate los bolsillos!

—¿De qué me estás hablando? ¿Qué es lo que quieres?

—¡Que te vacíes los bolsillos! —Sazonov levantó el revólver y apoyó la boca del cañón contra la barbilla del jefe de guardia—. ¡Y no me vengas con excusas! —Tensó el gatillo con el pulgar. Clic. Qué sonido más agradable—. ¡Igor!

—¡A la orden!

Por fin, los admirалzes comprendieron la gravedad de la situación, pero, cuando quisieron empuñar sus propias armas, Gladyshev se les había plantado ya enfrente con el Kalashnikov.

—¡Hala!, quién quiere... —dijo Gladyshev, y acarició con cariño la boca de su AKSU—. Perrito bueno. —Al mismo tiempo que miraba a los admirалzes con ojos vivos, enseñó las puntas romas y amarillentas de sus dientes que se asomaban bajo sus morros sin afeitar, como por debajo del alero de una casa—. Sólo nos falta por resolver una pequeña duda. ¿Qué vamos a hacer con ellos, jefe? ¿Los matamos al instante o los torturamos un poco?

«Ése no es tan imbécil como parece», pensó Sazonov, y le dio a entender con un gesto que había que tener a raya a los admirалzes. Luego arrastró al jefe hasta el embarcadero.

—¿Tienes ganas de darte un baño? —dijo Sazonov con voz meliflua.

La negra superficie de las aguas se encrespó y centelleó.

—¡Por mí ya puedes empezar! —masculló el jefe de guardia. Poco a poco, recobraba la capacidad de iniciativa, y empujó hacia un lado el brazo de Sazonov.

Sazonov arrojó al jefe de los admirалzes sobre las tablas de madera. Éstas crujieron. A lo largo del estrecho embarcadero había cuatro barcas atadas a postes. Se mecían levemente y, a la luz del reflector, danzaban como sombras en las paredes del túnel.

—¿Cuánto te han pagado? —preguntó Sazonov tranquilamente, y agarró el revólver por el cañón—. Ésta es tu última oportunidad. ¡Habla!

—No sé de qué me hablas —afirmó el jefe de guardia, y trató de ponerse en pie.

Sazonov le dio un golpe con la culata del revólver en la clavícula. Crac.

Debía de haberse roto.

El brazo derecho del admiralze perdió toda su fuerza y quedó inerte. El hombre paró la caída con la rodilla y gimoteó de dolor.

—Ahh... grandísimo hijo de puta... hace un momento nos habíamos tomado un té contigo. Cómo duele esto, maldita sea... yo no he...

—Es tu última oportunidad. —Sazonov dio un paso hacia atrás y apuntó con el revólver a la pálida frente del hombre indefenso—. Voy a contar hasta cinco. ¡Uno!

El admiralze se puso a chillar. Las lágrimas le resbalaron por las mejillas y le gotearon del mentón.

—¡No, por favor! ¡No!

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Sazonov.

—¿Qué?

—Suelta el arma —ordenó una voz.

Sazonov volvió lentamente la cabeza. «Mierda.» ¿De dónde había salido éste? Vio la boca de una pistola con que le apuntaba un hombre vestido de negro.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Sazonov.

—El teniente de navío Kmiziz —respondió el hombre, al tiempo que amartillaba el arma. Las bocamangas le brillaban con un fulgor plateado. Sazonov estaba tan sorprendido que el revólver estuvo a punto de caérsele de la mano. Kmiziz llevaba puesto un uniforme negro de la Marina. Sazonov lo conocía tan sólo de haberlo visto en libros—. Pertenezco al servicio secreto de la Admiralteyskaya —añadió el teniente de navío—. Deje el arma en el suelo, insisto.

—Está bien, está bien —dijo Sazonov—, pero este tío tiene que aclararme un par de cosas. En primer lugar, de dónde ha sacado todo este material. —Sazonov señaló con un gesto de cabeza las cajas de cigarrillos y paquetes de antibióticos que se encontraban en el puesto de guardia—. Y, en segundo lugar, cómo ha podido pasar por este túnel el grupo electrógeno que robaron en la *Vaska*.

Kmiziz se volvió hacia el jefe de guardia. Éste seguía de rodillas sobre el embarcadero de madera.

—Explíqueselo todo —le ordenó sin inmutarse.

El hombre se volvió.

—Es que... eh... todo eso no es cosa mía.

—¿Pues de quién, entonces?! —le increpó Sazonov—. ¡Tres!

—No... no me he llevado nada. No me he llevado nada para...

—No te has llevado nada para ti mismo —añadió Kmiziz con voz gentil. Sazonov descubrió un asomo de comprensión en los ojos del teniente de navío—. Pues entonces, ¿para quién?

—¡Cuatro! —seguía contando Sazonov.

El jefe de guardia lloraba a moco tendido. Las lágrimas le brotaban por entre los párpados pegajosos y le resbalaban por el rostro, y se le hacía una mancha húmeda en el pecho. Daba lástima verlo.

—Mi madre... está enferma... los necesita.

«Una historia conmovedora», pensó Sazonov. Los antibióticos se pagaban con cartuchos. Aunque estuvieran caducados.

Kmiziz se apartó del lloroso jefe de guardia y le indicó a Sazonov, con un gesto de cabeza casi imperceptible, que siguiera adelante.

—¿Quién te ha pagado? —preguntó Sazonov, que había entendido la indicación del teniente de navío—. Habla de una vez y así saldrás de ésta.

—Yo...

—No me obligues a contar hasta cinco.

El jefe de guardia irguió su rostro enrojecido e hinchado.

—Alguien me dijo —contó entre sollozos— que tenían que llevarlo hoy mismo hasta la *Mayak*. Eso es lo que he oído.

Sazonov respiró hondo y bajó el revólver.

«Por fin. Tío, ha costado mucho. Esta Python es una pieza soberbia. Y con la culata engomada va perfecta para empuñarla.»

—A la *Mayak*. Te refieres a la Mayakovskaya —precisó Sazonov, aunque, en realidad, la precisión fuera superflua—. Entonces, ¿eran moscovitas?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—¡Sí!

—¿Lo entiendes ahora? —le preguntó Sazonov al teniente de navío, que tuvo un último instante de vacilación y luego bajó el arma.

—Desde luego. —Kmiziz miró a su alrededor—. Tengo que hacer una llamada. Ordene a su subordinado que deje de apuntar a esa gente. Y este... —prosiguió, haciendo una mueca de asco—, este cerdo corrupto quedará bajo arresto. Trataremos de capturar a los ladrones en la Gostinka.

—¿Crees que llegaréis a tiempo?

Kmiziz se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Vamos a intentarlo.

—Así pinta la cosa —dijo Sazonov, a modo de conclusión de su informe, y se acercó a la mesa. Se le veía agotado, e incluso tenía las mejillas algo hundidas —. ¿Y ése quién es? —Señaló con la cabeza al cadáver cubierto con la lona.

—Efiminyuk —respondió Iván—. ¿Podrías darme una respuesta sencilla a la siguiente pregunta? ¿Para qué quieren los moscovitas nuestro grupo electrógeno?

Sazonov se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, Vanya. ¿Quizá tienen problemas con su sistema de iluminación central?

Iván asintió. Lógico. Esa explicación parecía la hipótesis de trabajo más lógica.

—¿Y qué nos propones? ¿Vamos a empezar una guerra contra la Ploshchad Vosstaniya?

—Sí —respondió Sazonov—. Y, para empezar, conquistaremos la *Mayak*. Si nos damos prisa, mañana temprano habremos terminado.

—Desde luego —confirmó Iván.

La estación Ploshchad Vosstaniya se inauguró en 1955 y era una de las más antiguas del metro de San Petersburgo. Se había construido en el estilo Imperio fastuoso y monumental de los tiempos de Stalin. En aquella época no se escatimaba dinero ni material en la construcción de estaciones. Se les había asignado un rol central en caso de guerra atómica. Por ese motivo se habían instalado baños cada doscientos metros en los túneles, así como sistemas de eliminación de aguas residuales y de ventilación. Además, estaba provista de un gran número de pasadizos secretos y de búnkeres civiles y militares. El laberinto de la Ploshchad Vosstaniya podía compararse en cuanto a complicación con una de las estaciones del metro de Moscú, y eso que el listón estaba muy alto.

Por lo general, las estaciones de metro de San Petersburgo eran más bien sencillas, incluso algo monótonas. El subsuelo inestable y empantanado, así como otros problemas, se habían conjurado para que la construcción de la red de metro fuese ya bastante cara. En ese contexto, la Ploshchad Vosstaniya destacaba por una ornamentación casi moscovita, si es que no se podía hablar de lujo asiático.

Por ello, no era ninguna casualidad que un considerable número de personas procedentes de Moscú se hubiera instalado allí. Aunque pudiera parecer que lo habían hecho llevados por las circunstancias, su destino tenía un sentido más profundo.

—¿Y no se os ha ocurrido ir a conquistar hoy mismo el Imperio de los Vegetarianos? —preguntó Postyshev en tono cínico—. Ya me imagino cómo lo haríais. De dos en dos. Pero si sois unos señores de la guerra, qué diablos.

—Con qué nos sales ahora, comandante —dijo Sazonov en un intento por arreglarlo—. No podríamos acabar con ellos nosotros solos.

—Pues entonces, ¿qué nos propones? —preguntó Postyshev, hinchando los carrillos.

Sazonov echó una mirada en derredor.

—Tenemos que implicar a la Alianza.

Se hizo el silencio.

—Excelente —comentó Postyshev por fin—. Bonito follón.

En un primer momento, la Alianza Primorski había abarcado seis estaciones: la Primorskaya, la Vasileostrovskaya, las dos de la Admiralteyskaya, así como la Gostiny dvor y la Nevski prospekt. Después de que los seres humanos tuvieran que abandonar la Primorskaya, tan sólo quedaron cinco. Los habitantes de la Primorskaya habían tenido que buscarse un nuevo lugar de residencia y se habían asentado en su mayor parte en la Admiralteyskaya, en buena medida porque les habían engatusado con incentivos varios. Por supuesto que también algunos habían ido a vivir a la Vasileostrovskaya, pero habían sido los menos: ¿Quién quería vivir en una estación pobre y con poco espacio? Ni siquiera contaba con una buena protección contra los monstruos.

Ya entonces se les había ocurrido cerrar las puertas herméticas de los túneles que conducían de la Vasileostrovskaya a la Primorskaya, lo cual se había llevado a cabo. Durante la pasada expedición, Iván había sorteado la puerta hermética por una compuerta lateral especial.

—Veamos, Iván —dijo Postyshev en voz baja—. Vamos a tener que aplazar por un tiempo tu boda. Lo lamento de verdad. Pero sabes muy bien en qué situación nos encontramos.

Iván sintió un ligero temblor en la mejilla. Tanya. Calló y asintió.

—¿De acuerdo?

—Sí, claro —respondió Iván—. Lo primero es el grupo electrógeno.

—Ah, y otra cosa —añadió Postyshev—. Hemos logrado restablecer la conexión telefónica. Por si a alguien le interesa, diré que el cable estaba cortado. —Postyshev levantó la voz—. ¿Hay alguien a quien le interese?

Sazonov y Pasha callaron avergonzados. Charlatanes.

—Bueno, muchachos... —dijo el comandante, inclinando su poderoso torso

sobre la mesa—. Ahora escuchadme bien.

Pasha y Sazonov pusieron caras pensativas.

—He hablado por teléfono con la Admiralteyskaya. Los admirales van a enviarnos a alguien para coordinar toda la operación. Y mientras viene hacia aquí... no, un momento, digámoslo de otra manera: mientras nosotros tenemos tratos con su enviado, vosotros tendríais que estar de camino en dirección a la Mayakovskaya y la Vosstaniya. ¿Ha quedado claro?

—Sí —respondió Iván, en nombre de todos los demás.

—Bien. Tenéis tres horas para prepararos. Y otra media hora más para despediros. En marcha, el tiempo corre.

Tanya no dijo ni una palabra mientras acompañaba a Iván hasta su tienda.

—¿Lo tienes decidido?

Iván la miró con una mirada que significaba: «Sí.»

—¿Por qué no me dices nada?

Iván no sabía qué podía decirle. Era más que comprensible que los últimos acontecimientos afectaran a Tanya. Se había sentido casi una mujer casada y ahora tenía que regresar al estadio de novia. ¿Durante cuánto tiempo? Nadie lo sabía. Podía pasar mucho tiempo hasta que Iván regresara de la guerra. Para según quién, una eternidad. Por no decir que tendrían un buen motivo de alegría tan sólo con que regresara.

¿Podía ser que Tanya hubiese ido al Árbol Tubular? Iván parpadeó.

Todo el mundo va allí.

El Señor de los Túneles.

—Está bien, como quieras. Voy a tener trabajo de sobras —proclamó Tanya, y entonces dio media vuelta y se marchó por el andén.

Iván la siguió con la mirada. ¿Se habría ofendido?

Se metió en su tienda. No le quedaba mucho tiempo. Preparar el equipaje y dormir un par de horas. Eso era todo. Iván se sentó sobre la cama, se echó sobre la almohada, cerró los ojos y puso ambas manos bajo la cabeza. Entonces abrió los ojos de nuevo.

No, eso no era todo.

Oyó una cremallera a sus espaldas y un crujido en las paredes de la tienda. Así que ella había vuelto. No había podido soportarlo.

—No hace falta que me ayudes a preparar el equipaje —dijo Iván, sin volverse—. Prefiero hacerlo yo solo.

—Vanya —dijo ella, en un tono casi de consagración.

—¿Qué sucede? —Iván se incorporó y se volvió hacia la mujer.

En ese instante recordó todo el día que había pasado. ¡Al diablo con ese día! Y con el año entero.

«Tanya, Tanya, ¿qué haces ahí? No creo en supersticiones.»

—¿Por qué? —Iván no logró formular nada más que esta pregunta tan seca.

Tanya se había puesto el vestido de boda, blanco como la nieve, los hombros al descubierto. Su hermosura era inimaginable. Se había recogido el cabello en un peinado alto, y un mechón que se le había soltado le caía con gracia sobre el hombro.

La novia.

«Por qué no te arrojaste al río, Maryushka...»^[8]

—¿Por qué?

Tanya dio un paso adelante y se detuvo muy cerca de él. Iván sintió un estremecimiento y le flaquearon las rodillas. Tanya la silenciosa. Tanya la obstinada. La que sabe bien lo que quiere.

—¿Por qué? —repitió Iván—. ¡Maldita sea!

—Tenía que ser así —respondió Tanya.

Le tomó de la mano y se la llevó al taller. Iván sintió con los dedos el patrón del tejido. Y el calor del cuerpo de mujer.

—Tienes las manos frías como el hielo —dijo él.

Una única luz ardía en el área de mantenimiento. Iván avanzaba con obstinación. Las montañas de sacos de arena, los tambores para cables ya vacíos, los montones de escombros y las vigas de acero oxidadas que sobresalían del hormigón le frenaban el paso.

—Sólo los viejos van a la lucha —dijo Yevpat y levantó los ojos—. ¡Hola, Iván! Ah, héroes mordovianos, ¡vamos a enseñarles a los jóvenes cómo peleábamos en nuestro tiempo! —Miró a su alrededor—. ¿Por qué estáis todos tan callados? ¡No oigo nada!

Iván se volvió. Pero tras las espaldas de su tío no había nadie. Tan sólo un trapo blanco ondeaba al viento, atado a una barra herrumbrosa. La bandera de la soledad del tío Yevpat. Se había exiliado por decisión propia a la antigua área de mantenimiento. Ni siquiera su sobrino iba a menudo hasta allí para verle. Mejor dicho: no iba casi nunca.

En ocasiones, Iván se había quedado con la impresión de que su tío estaba un poco loco. Quizá no sólo un poco. «Pero todo el mundo tiene algún defecto, qué

diablos.»

—¡Hola, tío Yevpat! —Iván, en su agotamiento, se sentó sobre un tambor para cables reventado—. Me quedo un par de minutos contigo, ¿te parece bien?

—A mí sí. No tengo ninguna intención de echarte.

El tío Yevpat bostezó ruidosamente y se rascó la oreja. Ambos callaban. Las gotas de agua caían del techo, una tras otra, e iban a parar a una tina de hojalata. Las salpicaduras se hacían oír contra el metal galvanizado. La lámpara de carburo proyectaba una luz agradable, y sobre su llama había un cazo sucio de hollín donde el agua empezaba a hervir. El té no tardaría mucho en estar listo. Un paraje idílico bajo tierra. El tío Yevpat sacó las gafas del estuche, se las colocó sobre la nariz (las patillas eran de plástico y estaban sujetas con cinta adhesiva) y miró a su sobrino a través de los cristales.

—¿Las cosas no te van bien, Iván? —le preguntó.

Iván se encogió de hombros. Habría podido irle peor.

—Sí que me van bien.

Su tío asintió.

—Ya entiendo. El agua hierve...

Iván se calentó las manos con la taza de hojalata al mismo tiempo que escuchaba el parloteo de su tío. Yevpat era el único pariente que le quedaba con vida. Pariente lejano, pero, al cabo, pariente.

A veces sentía la necesidad de abandonar la compañía de mujeres y hombres para escuchar a un hombre feo y viejo.

—¿Sabes la historia de los ángeles? —preguntó Yevpat—. ¿No? Pues entonces escucha bien y entenderás algunas de las cosas que ocurren en el metro. La historia trata de un grave error que cometió Saddam el Grande, ¿no lo has oído nunca? En aquellos tiempos, las estaciones de metro estaban tan superpobladas que se corría el riesgo de una hambruna si nadie hacía nada. La gente había llevado de todo hasta el metro, pero nadie se había acordado de los condones.

»Entonces, Saddam el Grande mandó reunir a todos los niños de una estación, creo que era la Yelizarovskaya, y con la excusa de llevarlos a la escuela los metió por un túnel apartado, sin salida, porque allí, según decía, no correrían peligro por culpa de las ratas. Una vez allí anestesió a los niños y les hizo la operación correspondiente. Tan sólo niños de sexo masculino. Hubo varios que murieron durante la intervención. Cuando las madres se enteraron de lo que había sucedido, prepararon una rebelión. Como Nerón, que jugó a ser Dios.

Fueron las mujeres quienes expulsaron a Saddam de su trono; si no, no lo habría hecho nadie. Le hicieron pedazos. Su guardia disparó contra las mujeres en un intento por hacerlas retroceder. ¡Qué ridículo! Como si se pudiera frenar a las mujeres.

»Así terminó el reino de Saddam. Porque, ¿cómo habría podido continuar?

»Los niños habían quedado mutilados. Les enseñaron a cantar. Castrados. La verdad es que no cantaban como Farinelli, ¡mierda! Algunos cantaban mejor que los otros.

»Todavía cantan ahora. Los he oído alguna vez. ¿Te lo imaginas, Iván? Se te pone la carne de gallina. Como si el túnel entero vibrase. Voces puras, poderosas, cristalinas. Cantan como los ángeles.

El tío Yevpat enmudeció y puso bien el cazo. Luego volvió a hablar:

—Hay quien dice que Saddam no lo hizo para reducir el número de nacimientos. Sino para traer el cielo a la tierra. Y para que existiera ese cielo trajo a los ángeles.

—¿Cómo tengo que entender eso? —dijo Iván, sorprendido.

—Tal cual te lo digo —respondió Yevpat con una sonrisa en los labios—. Saddam los transformó en ángeles, no en tullidos. El tío raro ese lo pensó bien. Pero nadie lo comprendió. Ése es uno de los problemas fundamentales de la humanidad, ¿no te parece?

Iván callaba.

—¿Y qué ha sido de esa estación? —preguntó por fin—. La Yelizarovskaya.

—¿Qué quieres decir con qué ha sido de ella? —Yevpat enarcó las cejas con asombro.

—Sí, después de todo eso... ¿no quedó despoblada?

—¿Cómo se te ocurre? —Su tío negó con la cabeza sin entender nada—. Encontraron refuerzos en seguida. En un santiamén. Las mujeres actúan siempre como mujeres, si nadie se lo impide. Tuvieron a punto el proyecto demográfico en una sola noche. Los que nacieron entonces deben de andar por los veinte años.

La despedida de los soldados.

Estaba prevista la celebración de una boda y se encontraron con una guerra. Al final se decidieron por hacer una celebración de guerra.

—Bueno —empezó a decir Postyshev, mirando uno a uno a todos los reunidos—, os lo explico por si alguien no estuviera al corriente: vamos a empezar una guerra contra la estación Ploshchad Vosstaniya, es decir, contra los

moscovitas. Conocéis bien los motivos: asesinato, robo, violación de fronteras. Todas las estaciones de la Alianza van a contribuir con sus propias tropas. Pero el peso principal, naturalmente, recaerá sobre nuestros hombros. Ésa es nuestra cruz y tenemos que ser nosotros quienes carguemos con ella.

Murmullos belicosos entre la multitud.

Postyshev le lanzó una mirada a Iván, cerró brevemente los ojos y luego se volvió de nuevo hacia los que estaban allí reunidos. Suspiró.

—Tengo la esperanza de que nuestro grupo electrógeno vuelva a estar muy pronto en el lugar que le corresponde. Confío en vosotros, hombres. No nos dejéis en la estacada. ¡Maestro, la marcha!

Solokha pulsó el botón y por los bafles de un viejo estéreo de fabricación japonesa sonó una animada marcha, aunque los ecos en las alturas resultaran molestos:

¡Atención, burgués, falta poco para la lucha final!^[9]
La clase explotada se alza contra ti...

La música se oyó de un extremo al otro del andén, y una voz enérgica le prometió la luna a la amada:

*Qué maravilla, qué maravilla, qué maravilla,
sables, balas, bayonetas, sin más.
Amada mía, espérame, te lo ruego,
porque voy a regresar...*

Un estallido. Y una chispa azul. La música se interrumpió. Los torvos guerreros de la Vasileostrovskaya desfilaron junto al estéreo enmudecido, descendieron a las vías y desaparecieron por las fauces del túnel. Olía a cable quemado.

Iván contempló a la multitud que se había congregado para despedirse de ellos: mujeres, niños y ancianos demasiado mayores para cargar con un arma. Eran muchos los que lloraban. Casi todos los hombres abandonaban la estación. Incluso el profesor Vodyanik iba a la guerra. Se quedaban el tío Yevpat —la pierna mala no le habría permitido llegar muy lejos— y Postyshev, porque el comandante no podía abandonar su puesto.

Iván miró en derredor.

Ambiente melancólico. No es manera de despedirse. En las despedidas hay que estar alegre.

—Eh, Igor —le susurró Iván a Gladyshev—, ¡canta algo!

—¿El qué?

—Lo nuestro.

Gladyshev le entendió al instante y sonrió con sus dientes podridos. A continuación se puso a berrear:

*Cuando estoy borracho siempre voy y paro un coche,
llévame a casa, jefe, que me sé el camino aunque es de noche.*

La chispa inflamó a todos los demás, y se pusieron a cantar al unísono el estribillo:

*¡Uve doble uve doble uve doble Leningrado! ¡Ese Pe Be Punto Ru!
¡Uve doble uve doble uve doble Leningrado! ¡Ese Pe Be...!*

Iván se detuvo y alumbró con la linterna. Pasha se volvió hacia él y le lanzó una mirada interrogadora.

—Sigue adelante —dijo Iván—. Vuelvo en seguida.

Lo que los habitantes de la Vasileostrovskaya llamaban Árbol Tubular, o Árbol de los Deseos, era en realidad una maraña de tubos herrumbrosos que se había soltado de la pared por culpa de la humedad y se erguía cual amenaza en medio del paso. De hecho, tenía una sorprendente semejanza con un árbol. Una imagen grotesca.

De cada una de las «ramas» y «ramillas» del Árbol Tubular colgaban cintas blancas y rojas, cual bandera de plegaria tibetana. Ondeaban con las corrientes de aire del túnel. Las rachas más fuertes hacían que el metal herrumbroso crujiera.

Todo el que quería que se le cumpliera un deseo iba hasta allí de noche, formulaba el deseo en cuestión y colgaba una cinta de colores. Eso era lo que decía una creencia popular de la Vasileostrovskaya.

Lo más importante era formular el deseo con verdadera pasión, desde lo más hondo del alma.

En ese caso, el Señor de los Túneles cumplía el deseo.

Pero sólo cuando le apetecía.

¿Podía ser que Tanya hubiese ido hasta allí? Iván negó con la cabeza.

«Eso no es cosa tuya, Ulises.»

Ulises y Penélope. Había jugado a ese juego con Katya cuando se encontraban en el inicio de su relación. Qué raro. Le había puesto el nombre de

Penélope, pero sería otra quien lo esperara.

«Eres imbécil, Ulises. Katya tiene razón.»

Un soplo húmedo se hizo sentir en el túnel. Las cintas de colores atadas al Árbol de los Deseos ondearon y crujieron, y los tubos aullaron con su voz oxidada.

—No vas a regresar. Jamás.

4-El general

AL principio marcharon tras la dresina que transportaba el material. El viejo vehículo chirriaba en tono lastimero a la par que sus ruedas se tambaleaban sobre los raíles oxidados. El desnivel del túnel se hacía muy evidente en aquel trecho. La Admiralteyskaya de la Línea 3 era la estación más profunda del metro de San Petersburgo. Iván era plenamente consciente de que el destacamento se hundía cada vez más en la tierra, tal vez hacia su centro. Hacia los infiernos.

Hacia la antesala de los infiernos, se habría podido decir. Iván no sentía mucha simpatía por la Admiralteyskaya.

Los que iban en cabeza notaban cada vez más la humedad. A cada paso, hundían más las botas en el caldo oscuro y voraz. En un primer momento, el agua les llegaba hasta los tobillos, y después hasta las rodillas. Las linternas alumbraban tan sólo un pequeño trecho de vía. El resto del túnel quedaba envuelto en tinieblas.

Iván resbaló sobre una traviesa e hizo una mueca de dolor. Mierda. Katya le había dicho que no hiciese movimientos bruscos. ¿Tendría que ser ésa su divisa durante lo que le quedara de vida?

—¿Te duele? —le preguntó Pasha con genuina compasión.

Iván negó con la cabeza.

Llevaban dos horas de marcha sobre las traviesas en el túnel a oscuras. La dresina avanzaba sobre los raíles deformados y herrumbrosos entre chirridos, traqueteos y brincos. En varias ocasiones habían tenido que cargar con el vehículo, porque había puntos en que los raíles ya no eran transitables. Los intentos de Iván de colaborar en la tarea chocaban con un rechazo amistoso, pero que, sin lugar a dudas, le decía: «¡Vete a otra parte con tus costillas hechas polvo!»

En el lugar por donde pasaban en ese momento había un auténtico agujero entre las vías, como si una criatura hubiese salido de la tierra por allí y hubiera

arrancado las traviesas. Una de éstas se encontraba un metro más allá, junto a la pared del túnel, y otra se había quedado en medio, rota, como una cerilla. Pero ¿adónde se habría marchado la criatura? ¿Se había ido por el túnel? ¿O se habría quedado en el techo?

Iván miró hacia arriba e iluminó el techo con la linterna LED. Encontró otro agujero en lo alto, pero también habría podido ser producto de las aguas subterráneas.

—¿De verdad que no te duele? —volvió a preguntarle Pasha.

«Bueno —pensó Iván—, este tío podría pedir trabajo en los servicios secretos.»

—Déjame en paz —le replicó—. Me lo has preguntado ya cien veces. Hazme el favor de no comportarte como si fueras mi mujer. En primer lugar, porque aún no estoy casado, y en segundo lugar...

—¡De nada, tío, qué simpático eres! —dijo Pasha con un resoplido, y se marchó con pasos enérgicos, ofendido. Se fue con Solokha, que cerraba la marcha.

Media hora más tarde llegaron al embarcadero. Allí les aguardaban los admiralzes, armados con fusiles Kalashnikov. «Bonito comité de recepción», pensó Iván. Sus fusiles parecían bastante nuevos. O, como mínimo, muy cuidados, por la manera como relucían. Las miradas que los admiralzes dirigieron a los recién llegados no irradiaban una gran simpatía.

«Muchísimas gracias, Sazonov —pensó Iván—. Tus actos heroicos ya son conocidos por todo el mundo.»

Todos los admiralzes llevaban las mismas chaquetas de la Marina, como soldados uniformados. Algunos de ellos se cubrían la cabeza con cascos. «Un puesto militar menos», se lamentó Iván para sus adentros. Pero ¿dónde habrían encontrado el material? ¿Quizás en la Promenade des Anglais?

El día de la Catástrofe murieron todos los que se quedaron en la superficie. Y en aquella época, San Petersburgo estaba llena de soldados. El tío Yevpat le había comentado que contaban con una división entera.

Por otra parte... ¿qué podía representar una división entera en San Petersburgo?

Por lo menos trescientas ametralladoras de los tipos NSV y Kord, contó Iván, varios miles de fusiles Kalashnikov AK103 y AK74, cartuchos, paquetes de comida (había que sacarlos de los carros de combate blindados contra la radiactividad), dosímetros e incluso granadas. Y muchas otras cosas útiles. Por

desgracia, los *diggers* y *zombels* rapiñaron todo lo que había cerca de las estaciones de metro, el material se había vendido hacía tiempo, lo volvieron a vender, estaba ya desgastado o se había echado a perder.

Pero en algunos lugares aún quedaban puestos militares productivos, y a juzgar por los cascos de los admirales, cerca de allí debía de haber también un tanque.

Un hombre envuelto en un abrigo negro se acercó a Iván.

—Iván Danilych, es un placer —le saludó, tendiéndole la mano.

—El placer es mío —respondió Iván, y contempló al desconocido.

«Debes de ser ese teniente de navío Kmiziz del que me ha hablado Sazonov. Un tío muy simpático. Expresión resuelta en el rostro, rasgos faciales con un toque asiático, ojos oscuros, cabello de color castaño claro.»

—Todo está a punto —dijo Kmiziz—. Las embarcaciones aguardan. ¿Cuántos son?

—Vengo con cinco hombres —respondió Iván—. *Diggers*. Los que vienen más atrás con Kulagin —dijo señalando a sus espaldas con el pulgar— son treinta y uno.

Kmiziz asintió.

—Será suficiente con dos viajes. Suban a bordo.

Las embarcaciones los llevaron por un angosto corredor flanqueado por sendas hileras de postes. En algunos de éstos había lámparas que hacían las veces de alumbrado. Las aguas estaban negras como el petróleo y tenían un olor brutal a amoníaco.

Iván echó el remo al agua y bogó a un ritmo regular. Uno, dos... ¡mierda! El dolor se le clavaba en las costillas. No logró tomar aliento y todo empezó a dar vueltas a su alrededor.

El túnel se le volvió de lado.

—¡Agárralo fuerte! ¡Venga, tío, agárralo fuerte! —Eran voces que se oían desde la lejanía.

Iván recobró la consciencia en un entorno extrañamente tranquilo. El bote avanzaba por el túnel sin hacer ruido, entre postes de madera que obviamente habían sido traviesas. Sobre la madera húmeda crecían unos hongos blancos.

Un poco más adelante, el túnel terminaba en una estación. La Admiralteyskaya inferior. Una estación que no se llegó a terminar. En la época de la Catástrofe aún no se había empezado a decorar el interior. Una estación de construcción cerrada, como la Vasileostrovskaya. Pero más grande. Y, por

supuesto, cuarenta metros más profunda.

—Misha —le dijo Iván a Kuznetsov, que, por extraño que resulte, estaba solo con él en el bote—. ¿Dónde están todos?

—¿Todos? —De pronto, Misha sonrió. Una sonrisa totalmente extraña, como de goma—. Han muerto todos, jefe. Ha habido un derrumbe en el túnel y has quedado sepultado. Todos los demás han muerto.

—¿Y tú?

—Yo también —confirmó Kuznetsov—. ¿Te acuerdas de algo?

—Nos robaron el grupo electrógeno.

El extraño y desconocido Misha se echó a reír. Su risa chillona retumbó en el hierro herrumbroso y cayeron pájaros negros, resonó por las paredes y en las aguas negras, y finalmente arrancó ecos a las profundidades del túnel. Y en algún lugar, en la lejanía, Iván oyó la risa de un segundo Misha igualmente extraño, una risa ronca y horrible.

—No, jefe —dijo el Misha extraño que se sentaba a su lado—. Te lo has imaginado todo.

—¿Cómo? —Iván estaba perplejo—. ¿No nos robaron el grupo electrógeno?

—No.

—¿Y Efiminyuk?

El Misha extraño negó con la cabeza.

—Aquí los únicos muertos somos nosotros dos, jefe. Lo siento. El carburo de la Primorskaya. ¿Te acuerdas?

Iván se inclinó hacia él.

—¿Había demasiado acetileno?

—No —respondió el extraño Misha—. Había la cantidad justa de acetileno. Has matado al monstruo. Pero no has pensado en los gigantescos adornos del techo, jefe. Se han venido abajo y te han sepultado. Cosas que ocurren. Lo siento de verdad.

Iván pensó en todo ello.

—¿Estoy muerto? —preguntó por fin.

—No del todo. En el mundo real, estás sepultado bajo un montón de escombros, pero todavía vives. Dentro de muy poco le va a faltar oxígeno a tu cerebro y morirás por fin. Digámoslo con mayor exactitud... —el Misha extraño se sonrió—, el proceso ya se ha iniciado. Lo que ahora experimentas es la muerte de las células de tu cerebro. En realidad, no estoy aquí. Tu cerebro se muere por falta de oxígeno. El proceso dura tan sólo unas fracciones de segundo.

—¿Y Tanya? ¿Qué va a pasar con Tanya?

—Le irá bien —dijo el Misha extraño—. Te llorará y dentro de poco se casará con otro.

—¿Con quién?

El Misha extraño enarcó las cejas y miró a Iván. Sus ojos oscuros centelleaban.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—Como tú prefieras. Todavía nos queda un nanosegundo. Se va a casar con...

Iván no llegó a escuchar lo que el Misha extraño iba a decirle. Porque esta vez despertó de verdad.

Estaba echado en un lugar cómodo. Alguien le había puesto una manta enrollada bajo la cabeza. ¿Pasha?

En un primer momento, Iván no se movió. El corazón le latía con fuerza.

«Tranquilízate —le dijo a su corazón con el pensamiento—. Todo irá bien. Todo ha sido un ridículo sueño.»

Todavía navegaban entre los postes. Los botes avanzaban sin hacer ruido sobre aguas negras como la tinta. La superficie de éstas estaba lista como si se tratara de asfalto húmedo.

La Admiralteyskaya-2 les recibió con un murmullo de gente atareada y con notable desinterés. Una escalera de hormigón en mal estado los condujo hasta un pasillo que conectaba la estación superior y la inferior. Por el camino, el sentimiento de que todo tocaba a su fin se adueñó de Iván. Hasta ese momento no había logrado imaginarse a sí mismo en una vida idílica de familia y latas de conserva. Habría corrido serio peligro de morir de aburrimiento. ¿Para qué habría querido tal cosa? Pero en ese momento en que la desgracia se plantaba frente a la puerta habría preferido volverse, y no habría tenido el más mínimo reparo en iniciar una vida larga y contemplativa.

Después de doblar otra esquina, llegaron a una puerta hermética donde montaba guardia un centinela armado con una escopeta de pistón. Al ver a Kmiziz, se puso todavía más firme, aunque ya antes estuviera como un palo de escoba, y elevó con toda diligencia la mano a la sien.

—Descanse —ordenó Kmiziz.

Iván pensó que aquella gente tenía costumbres extrañas.

—¿Han llegado bien? —Era el comandante de la Admiralteyskaya. El

centinela debía de haberle llamado—. Grechnikov, Trofim Petrovich —se presentó, sin que hiciera ninguna falta, porque todo el mundo le conocía.

Se estrecharon la mano. Iván miró a Grechnikov a la cara y tuvo la sensación de hallarse ante un hombre infortunado. Los hombres de la Vasileostrovskaya no rebosaban alegría de vivir, pero en su caso era comprensible, porque les habían robado el grupo electrógeno. Pero ¿por qué estaba tan deprimido aquel tío?

—¿Quién es su jefe? —preguntó Grechnikov.

—El jefe soy yo —dijo Iván, y precisó—: jefe de los exploradores. El jefe superior es él. —Señaló con la cabeza a Oleg Kulagin.

El capitán Kulagin tenía el mando formal, pero durante las operaciones militares sería Iván quien diera las órdenes. Así lo habían acordado previamente. El comandante asintió.

—¡Bienvenidos a la Admiralteyskaya!

En total, cuatro personas. ¡Vaya recibimiento! Por lo general, las visitas a estaciones vecinas eran una ocasión festiva para todo el mundo. Se intercambiaban regalos, se comía y bebía en común, y había baile. Aunque, ¿a quién podía apetecerle un baile en un momento como ése?

Iván miró a su alrededor.

—¿Hay algún sitio donde podamos comer algo?

—No se preocupen —indicó Grechnikov—. Yo me encargo de todo. Entretanto sus hombres podrán descansar.

La Admiralteyskaya era una estación impresionante. Iván la conocía, ya que había ido allí otras veces, pero siempre le impresionaba como si fuese la primera vez que la veía.

Debía de medir unos cincuenta metros más que la Vasileostrovskaya, y no estaba flanqueada por un «ascensor horizontal» como aquélla, sino por hileras de columnas en las que nada cerraba el paso. En vez de puertas de acero en las paredes, lo que había entre las columnas que sustentaban la bóveda eran arcos elevados y abiertos. Esto último transmitía una sensación de ligereza, anchura y espacio.

El andén tenía el techo alto, estaba bien iluminado y revestido de mármol dorado. Dos hileras de columnas de mármol negro enmarcaban el paseo central. Las lámparas estaban colocadas tras pantallas de aluminio. Tampoco se habían escatimado gastos en los sobredorados.

En el extremo sur había una mancha oscura, un mosaico con una imagen de color negro que representaba a Pedro el Grande, circundado por enemigos

suecos. ¿O por sus propios guerreros? Iván no se acordaba ya.

Todas las esquinas de la Admiralteyskaya denotaban bienestar y lujo. Incluso el pequeño mercado del andén tenía un aire civilizado, en comparación con los caóticos rastros de otras estaciones.

Los hombres de la Vasileostrovskaya no tardaron ni un minuto en organizar el campamento. Aunque hablar de campamento tal vez fuera una exageración.

Amontonaron sus fardos y se dispersaron por toda la estación. «Como turistas, maldita sea.»

Los *diggers* de Iván no siguieron su ejemplo. Éste les había dado instrucciones de no separarse ni alejarse mucho. Probablemente faltaban pocas horas para que les diesen la orden de avanzar hacia la Nevski prospekt. Los *diggers* iban a ser la vanguardia.

Iván miró a su alrededor. Los suyos habían hecho un montón aparte con sus fardos y habían dejado a Solokha para vigilarlos. Conocían a la gente de allí, pero las precauciones nunca estaban de más. Sobre todo porque la Admiralteyskaya era punto de transbordo para las caravanas que transitaban por la Línea 5 y los miembros de éstas rondaban por la estación.

El andén era bastante ruidoso. Iván no estaba acostumbrado a tanto estrépito y le causaba mucho estrés.

Se les había prometido que iban a comer «pronto», pero ese «pronto» no llegaba nunca. «Admiralzes —pensó Iván con desprecio—. Mal organizados y descuidados. Su fantástico general no iba a poder cambiarlos.»

Como había pasado ya una hora y el abastecimiento prometido no llegaba, los hombres empezaron a rezongar. Les sonaban las tripas con más fuerza que a perros pavlovianos.

—¡No se pueden tocar las conservas! —les ordenaba Kulagin, por si acaso.

Iván negaba con la cabeza. Sus *diggers* estaban acostumbrados a comer de manera irregular. Era evidente que el resto de la tropa no.

—¿Estáis todos? —Iván miró a su gente. Se fijó en Vodyanik, ocupado en peinarse su tupida barba con los dedos—. ¿Viene usted con nosotros, profesor?

Vodyanik asintió con la cabeza.

—Sí, vamos.

Si alguien no busca problemas, son los problemas los que vienen a él.

En ese instante llegó un problema bajo la forma de un hombre pelirrojo cubierto con una chaqueta de plumas. La chaqueta estaba cuidadosamente remendada con cinta adhesiva e Iván tuvo que hacer un esfuerzo para no sacar el

dosímetro y medir la radiación.

—¡Manada de alces, yo te saludo! —gritó el hombre.

—¿Qué nos dices de unos alces? —Pasha estaba más sorprendido que indignado.

—Porque el nombre finlandés de la isla Vasylyevsky es Hirvisaari, y eso significa «isla de los Alces» —le aclaró con gran fruición el admiralze—. ¿Y entonces quiénes sois vosotros? ¡Pues quiénes vais a ser! Una manada de alces. Así que más os vale no discutírmelo, so alces.

Iván estaba casi admirado de la asombrosa insolencia que durante los últimos tiempos se había propagado entre los admiralzes. Su arrogancia se alimentaba tan sólo de algunas operaciones con éxito contra los saqueadores que se habían refugiado en los túneles de más allá de la Universitetskaya.

Corrían rumores persistentes de que los admiralzes tenían el proyecto de apoderarse de la estación entera.

—Ándate con cuidado, no vaya a ser que alguno de los alces te haga daño —le advirtió Sazonov en tono de burla.

También Iván pensaba que la situación era más bien divertida. De hecho, no estaba desprovista de cierta comicidad: un único civil que provocaba a un destacamento entero de *diggers*.

—El alce es un animal noble —dijo entonces el profesor Vodyanik, notorio promotor de la paz—. Es fuerte e inteligente...

—Y cornudo —añadió el admiralze.

¡Bum!

Iván contempló, pensativo, el cuerpo que había quedado tendido en el suelo. Luego levantó los ojos hacia el viejo *digger* y suspiró.

—¿Por qué siempre te precipitas de esta manera, Igor?

—¿Yo? Pero si yo no he hecho nada —le respondió Gladyshev con cara de inocente mientras se frotaba el puño—. Yo tan sólo pasaba por aquí y él ya estaba tumbado en el suelo.

La patrulla no se hizo esperar.

Por supuesto, no les creyeron. A la vista del rostro sin afeitar de Gladyshev no se podía ni siquiera conservar la fe en la humanidad.

Iván se preparó. El jaleo estaba a punto de empezar.

—Mis caramelos favoritos se llaman... —dijo—. Preparaos... ¡Batooonchiki!

Un ventilador de mesa murmuraba en el despacho del jefe de los servicios

secretos de la Admiralteyskaya. Al girar sobre su eje, las palas crujían como las banderas de plegaria en el Árbol de los Deseos. Iván sentía la fresca corriente de aire sobre la piel. Se apoyaba primero sobre una pierna, luego sobre la otra, y se mecía sobre las puntas de los dedos para sacudirse el entumecimiento de ambas.

Siempre lo mismo. Nos ocurre algo a destiempo y se nos acaba la paz de espíritu: «No vas a regresar. Jamás.»

—¿Pero en qué estaban pensando, Iván Danilych? —Orlov, el jefe de los servicios secretos de la Admiralteyskaya, le miraba con cara de suave reproche. Iván sintió un espasmo en los músculos de la mejilla—. No se puede hacer algo así —prosiguió Orlov—. Primero empiezan una pelea, luego destrozan un puesto de venta...

—Lo del puesto de venta no ha sido intencionado —respondió Iván con voz ronca—. La pelea... eso... sí, claro, no puedo negarlo. El malnacido ese...

—El malnacido ese, como a usted le gusta llamarlo, tiene la mandíbula rota. —Orlov movía la cabeza de un lado para otro, como si hubiera estado abroncando a un niño pequeño—. Y una conmoción cerebral.

—Son cosas que ocurren —respondió Iván en tono lapidario.

Orlov asintió con la cabeza, con gesto irónico, como si hubiera querido decir: «Sí, sí, ya lo entiendo, la vida de los *diggers* es tan aburrida...»

—Bueno, esto está claro, el señor Shchetinnik, V. L., ciudadano de la Alianza, tuvo la culpa del incidente, aunque, naturalmente, puedan existir puntos de vista contrapuestos. ¡Y no me mire usted de esa manera, Iván Danilych, se lo ruego! Pero la patrulla... ¿acaso los señores *diggers* podrían explicarme qué les había hecho la patrulla?

Iván callaba.

—¿O es que lo de la patrulla tampoco fue intencionado?

—Pues claro que no —respondió Iván—. Les habíamos advertido...

—¿Y de qué les habían advertido, si me permite la pregunta? ¿De que tenían ustedes la intención de resistirse al uso legítimo de la fuerza por parte del Estado? Qué noble actuación. Espero que no hayan olvidado ustedes dónde se encuentran. ¿Qué clase de estación es ésta? Le pregunto por su opinión.

«Por mí, la Admiralteyskaya se puede ir a paseo», pensó Iván, enojado. El hombro y la mano aún le dolían. Por supuesto que había sido un error partirle la cara al admiralze aquel, pero, por otra parte, por muy jefe de patrulla que fuera el tío, no tenía ningún derecho a hablarles con mala educación. Iván arrugó la frente. En cualquier caso, se habían metido en una situación fea.

«¡Maldito seas, Gladyshev! Me has metido en un buen lío. Si salimos de ésta, tendremos una cuenta pendiente por resolver, y la resolveremos a la manera de los *diggers*.»

—Ha sido un error —dijo Iván—. Estoy dispuesto a cargar con las consecuencias.

—Ah, escúcheme, Iván Danilych —dijo Orlov, e hizo un gesto como para quitarle importancia a la cuestión—. Todo esto es ridículo. Tenemos una guerra a la vista. ¿Qué se cree que le voy a hacer? ¿Que lo haré fusilar? ¿Conforme a las leyes de guerra?

—¿Todavía hay declaraciones de guerra oficiales?

Orlov no movió un músculo de la cara. Agarró un lápiz que tenía encima de la mesa y le dio vueltas entre los dedos. Era uno de esos lápices de cantos negros y verdes que se utilizaban por todo el metro.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —le preguntó por fin Orlov.

Iván miró con extrañeza al jefe de los servicios secretos y se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

—¿En qué cree usted?

—¿Disculpe?

Orlov suspiró y agarró el lápiz con ambas manos.

—Ése es el problema de su generación. ¿Me entiende usted? Es una pregunta que siempre los desconcierta. ¿En qué cree usted, Iván Danilych? ¿En la justicia, quizá? ¿En las recompensas y represalias? ¿En los hombrécitos verdes? ¿En la vida después de la muerte? ¿En Dios? ¿Cree usted en algo, maldita sea?

Callaron. Silencio. Tan sólo los crujidos del ventilador.

Iván no había visto nunca a Orlov de esa manera. No era su primer encuentro con él, y habían charlado unas pocas veces en ocasiones pasadas. Pero ese día lo vio bajo una nueva luz. Como un hombre distinto.

«No te dejes engañar —se decía Iván—. A lo mejor, Orlov sólo está haciendo teatro. Al fin y al cabo, no sabes cómo trabaja cuando lleva a término sus misiones en el servicio secreto.

—Creo en mí mismo y en mis amigos.

—¿Y en el futuro de la Alianza? —Orlov se inclinó hacia él—. ¿Cree usted en el futuro?

—¿Qué quiere usted de mí?

—Necesito gente.

Iván comprendió por fin adónde quería llegar Orlov. ¡El muy cabrón quería reclutarle!

—No me gusta trabajar con fisgones —dijo Iván—. Y mi horóscopo me lo desaconseja. Le he echado una mirada extra.

Los dedos de Orlov se quedaron blancos. Se oyó un chasquido. El lápiz que tenía en la mano acababa de partirse en dos.

—Muy gracioso. ¿Podría responderme en serio, por favor?

—He respondido en serio. Le ruego que no me insista.

Los ojos de Orlov le lanzaron una mirada penetrante. No se le movían ni las pestañas.

—¿Está usted totalmente seguro? —preguntó por fin.

—Totalmente seguro —confirmó Iván.

—Es usted un hombre desagradable, Iván Danilych.

—¿Es que tengo alguna obligación de ser agradable? —Iván separó las piernas, se inclinó un poco hacia delante, dejó colgar los brazos y miró a los ojos al jefe del servicio secreto.

—No tiene usted ninguna, Iván Danilych —dijo Orlov, con voz suave y segura de sí misma, igual que al principio de la conversación—. A mí no me debe usted nada. Está en deuda con otros.

Iván no entendió qué quería decirle Orlov, pero el tono en que le hablaba el jefe de los servicios secretos no le gustó nada.

—Suelo pagar mis deudas —le respondió con prudencia.

—De eso no me cabe ninguna duda, Iván Danilych. —Orlov le sonrió con indulgencia—. En lo más mínimo. Pero si investigáramos su oscuro pasado...

—¿Disculpe?! —Iván aguzó el oído.

—Sé muchas cosas sobre usted —dijo Orlov—. Tendrá usted que disculparme, son gajes de mi oficio. Así, por ejemplo, usted no es nativo de la estación, ¿verdad? Y tampoco de la Alianza.

—Bueno, ¿y qué? ¿Acaso es delito?

—No, por Dios bendito. Tan sólo me ha parecido interesante. En cualquier caso, el sello de su pasaporte no es de la Vasileostrovskaya. Y en los tiempos que corren, el sello de la estación dice mucho sobre una persona. Por ejemplo...

—No vaya tan rápido, no puedo seguirle.

Orlov irguió el rostro y le lanzó una mirada penetrante a Iván.

—El señor se siente hoy especialmente ingenioso, ¿eh? —Sus pobladas cejas se estremecieron—. ¿Tiene usted claro hasta dónde podrá llegar con su maldito

humor? —Apoyó el mentón sobre el dorso de la mano—. Hasta aquí. Hasta aquí hemos llegado, comediante de vía estrecha...

Al final le devolvieron los cartuchos. Y el fusil. Era lo mínimo. Iván apretaba los dientes. Tenía tensos los músculos de la cara.

«No digas nada, Iván. Tranquilízate.»

Había dedicado media hora a deambular por la estación y hablar incesantemente para conseguir la libertad de su gente. Pero al principio los admirales le habían contestado con malas caras y miradas gélidas. Cuando estaba ya a punto de rendirse, se encontró con Kmiziz. Éste le había escuchado, había asentido con la cabeza y le había dicho:

—Veamos lo que se puede hacer.

De todas maneras, el tono con que le había hablado el teniente de navío no le había inspirado optimismo.

Aún fue más sorprendente la rapidez con que se arregló la situación. Pues vaya. Había una sola persona decente en toda la estación y era el suplente de Orlov.

En cuanto estuvo todo en orden, Iván pensó que iría a echar una ojeada. Al cabo de poco rato encontró el sitio que buscaban antes de pelearse con los admirales. Un pequeño puesto sobre el que estaba escrito con letras grandes: «SHAWARMA.» Justo lo que necesitaba. Si lo hubieran encontrado un poco antes, se habrían ahorrado todos los problemas.

—¿Cuánto cuesta un shawarma? —pregunto Iván, mientras examinaba los productos expuestos.

El surtido no era nada malo. Diez tipos distintos de ensalada, setas en escabeche, algas al vapor, ajo marinado e incluso patatas cocidas (que, por cierto, eran caras como un fusil ametrallador).

—Dos —dijo el vendedor, y extendió dos dedos en dirección a Iván.

Es decir, dos cartuchos.

—De acuerdo. Y también ensalada de algas —dijo Iván—. Y ragú de carne a la tártara. Bueno, no, ragú no.

—También me queda carne francesa. ¿Te apetece?

Iván levantó la cabeza y miró con escepticismo al vendedor.

—¿El francés estaba fresco, por lo menos?

—Pues claro, ¿qué te crees? Fresco como el beso de una muchacha linda.

—Si tú lo dices... ¿y qué es lo que lleva?

—Carne de conejillo de Indias, queso, mayonesa... mayonesa de elaboración

propia. Te vas a chupar los dedos.

Iván tenía sus dudas respecto al queso. En el mejor de los casos, sería queso antiguo y plastificado. O lo habría sacado de una lata. La mayonesa también le daba reparos. Con todo, la carne tenía buena pinta...

—¿De dónde ha salido la carne? Espero que no tuviese un rabo muy largo.

—Oye, ¿tú tienes ganas de insultarme? —le replicó el vendedor—. Es la mejor carne de conejillo de Indias que existe. Procede de la *Vaska*. ¡*Delicatessen*!

«Ah, ¿de la *Vaska*?—pensó Iván—. Hola, Boris, ¿cómo te va la vida?»

—De acuerdo, me has convencido —le dijo—. Sírreme esas *delicatessen*.

Media hora más tarde, los hombres de Iván y de Kulagin salieron de la Admiralteyskaya, satisfechos y con una canción en los labios. Poco más atrás se puso en marcha el primer destacamento de admiralzes.

La guerra empezaba a cobrar bríos.

A Iván le resultaba mucho más familiar la Gostiny dvor que la Admiralteyskaya. No era extraño. Todo le recordaba a su propio hogar: la misma construcción (el «ascensor horizontal»), el mármol brillante de siempre y las puertas de acero a ambos lados del andén. Pero era más ancha y mucho más larga que la Vasileostrovskaya, y las puertas que conducían a los túneles estaban abiertas. ¿Qué había que temer allí? Como mucho... Iván miró a su alrededor. En efecto. A la entrada descubrió la chaqueta de la Marina que conocía bien. Allí también abundaban los admiralzes. ¿Acaso se reproducían por división celular?

Los hombres de la Vasileostrovskaya hallaron una recepción amistosa y sin ceremonias superfluas. En la Gostinka —así se solía llamar a la estación—, Iván se sintió de nuevo ciudadano de pleno derecho de la Alianza. Un hombre mayor le tendió la mano, sonriente. Su uniforme de conductor de metro era azul y tan viejo como la túnica de un israelita salido de Egipto.

—Malos tiempos... pero las visitas son agradables —dijo—. Si así lo quiere el Señor de los Túneles, recobraremos vuestro grupo electrógeno.

El alumbrado de la estación también le resultaba familiar a Iván: lámparas de sodio protegidas con pantallas de aluminio. En varios lugares había bombillas de bajo consumo en el extremo de un cable desnudo. Vodyanik les contó que durante los últimos años antes del Juicio Final, medio país se había pasado a esas bombillas. A diferencia de la Admiralteyskaya, allí no se derrochaba corriente eléctrica. Una agradable media penumbra reinaba en la estación. Tan sólo refulgía una luz blanca y brillante en el extremo norte del andén, en el pasillo

que llevaba hasta la Nevski prospekt. Iván se acordaba de que allí había lámparas de luz diurna colgadas del techo, y debajo de éstas, a lo largo del pasillo, huertos de verduras y lugares de recreo para los niños. Los pequeños se beneficiaban de la radiación ultravioleta y, al mismo tiempo, ayudaban a cuidar de los cultivos de la estación.

Los *diggers* subieron al andén. El impresionado Gladyshev silbó entre los dientes que le quedaban. Pasha miró hacia arriba y contempló boquiabierto el bloque de viviendas de cuatro pisos que llegaba hasta el techo. Allí dentro vibraba la vida. Había unas cuerdas tendidas sobre el andén y las mujeres colgaban camisas, ropa interior, sábanas y pañales. El agua goteaba. Por todas partes había niños que jugaban. En el tercer piso, toda una horda sacó la cabeza para espiar a los recién llegados. El bloque de pisos debía de ocupar una tercera parte de la estación y armaba un barullo considerable: los atareados adultos se llamaban los unos a los otros, los niños alborotaban y en algún lugar, en lo más alto, chillaba un recién nacido. Al lado del bloque de viviendas se encontraba el mercado, y detrás de éste, las tiendas para la gente de paso y un par de cafés.

«Todo está como tiene que estar», pensó Iván. ¿Verdad que sería un buen sitio para venir de luna de miel? ¿Le gustaría a Tanya?

Si no fuera tan ruidoso...

—Seguidme —dijo el hombre en uniforme de conductor de metro, y les guió a lo largo del andén.

Por el camino, Iván se fijó en las escaleras por las que se descendía al túnel de enlace con la Nevski prospekt. La estación era tan grande que resultaba increíble. Se habría podido jugar a fútbol sin problemas.

Iván y los suyos se encontraron con dos mujeres jóvenes que se balanceaban sobre sus piernas interminables en el andén. Ambas llevaban la cabeza cubierta con un pañuelo. El de una era rojo y el de la otra, amarillo.

—Mirad —dijo Sazonov, y se detuvo—. ¡Creo que hemos llegado al paraíso, muchachos!

Las jóvenes sonrieron, y la del pañuelo amarillo incluso le dedicó una mirada insinuante a Sazonov. Éste, por su parte, era un hombre alto y apuesto. Iván empezaba a lamentarse por dentro de que no le prestaran atención, cuando la del pañuelo rojo se fijó en él. Entonces bajó la cabeza y le lanzó varias miradas. Puro fuego. De repente, el humor de Iván había mejorado.

¿Qué más puede querer un hombre?

Exacto.

Se decía que las mujeres más hermosas de todo el metro vivían en la Gostinka y en la Nevski prospekt.

—Este paraíso tiene una explicación muy sencilla —dijo Pasha en tono pícaro—. Antes de la Catástrofe había aquí, en la superficie, centros comerciales para los superricos. Y los dependientes estaban bien elegidos para que los clientes se sintieran bien y tuvieran algo que mirar. Es decir, jóvenes muy atractivos. Y entonces todas las bellezas vinieron a parar a esta estación. ¡Tanta suerte sólo se tiene una vez en la vida!

—¿De verdad?! —Iván arrugó la frente.

Pasha se quedó como desconcertado.

—Sí, por lo menos, eso es lo que he oído. ¡Pero mira por aquí, parece que es cierto! Hay mucho por mirar.

—Pero tan sólo mirar —les advirtió Sazonov—. Aquí, en caso de necesidad, se aplican las normas más severas de todo el metro. Podemos imaginarnos la que debió de organizarse en esta estación después de la Catástrofe.

—Lo recordaré —respondió Pasha.

—Muy bien.

—¿Os acordáis de que los científicos profetizaron que las únicas que sobrevivirían a una guerra nuclear serían las ratas y las cucarachas? ¿Y habéis visto alguna cucaracha en todo el metro? Yo no. Por eso os digo: ¿Cómo vamos a creer en esos científicos?

—Ah, en el caso de las ratas sí tenían razón —respondió Kuznetsov. El joven miliciano se había hecho amigo de los jóvenes de la Nevski prospekt.

—Y he oído —añadió un muchacho flaco, nativo de la estación— que las ratas han desaparecido de la Frunzenskaya. Sin dejar ni rastro.

—¿Estás de broma? ¿Cómo es posible?

El nativo sonrió.

—Eso es lo que llama la atención. Nadie lo sabe. Así, de pronto, no se las vio más. Parece ser que alguien se las comió...

Iván estaba al otro lado de la hoguera. Le hizo un gesto con la cabeza a Kuznetsov. Éste no hizo más que devolverle la señal. Entonces, Iván le guiñó el ojo, muy brevemente, pero fue suficiente para que Misha entendiese lo que quería decir. Así, Kuznetsov se puso en pie y fue a donde estaba el *digger*. Entretanto, Iván vio que alguien se acercaba a la hoguera con una guitarra adornada con pegatinas y se la ponía en la mano a un calvo. Éste pellizcó las cuerdas y empezó a afinarla.

Kuznetsov estaba firme frente a Iván.

—¡A la orden!

—Descanso, Misha. ¿Tienes un minuto?

Entretanto, proseguía la animada conversación en torno a la hoguera:

—Si tuviera que vivir en la Lisa, con los Vegetarianos, sería yo quien me habría marchado hace tiempo junto con las ratas. ¿Sabéis qué es lo que comen? ¡Exacto! Y vosotros me habláis de las ratas...

No llegó a terminar la frase, porque entonces se oyeron los primeros acordes. Iván hizo una mueca. La guitarra estaba tan desafinada que dolía en los oídos.

—Alejémonos un instante, Misha.

—El rey de las ratas —se oía junto a la hoguera—. ¡No, el lobo rata! Una rata que sólo come otras ratas. Pero estoy seguro... no, el rey de las ratas, esto es, los que tienen nudos en el rabo. He oído que en la Pushkinskaya han aparecido bichos de ese tipo...

La voz quedó oculta bajo una nueva ola de acordes.

—Escúchame, Misha —dijo Iván—. Tengo que confiarte una tarea con mucha responsabilidad...

Iván volvió la cabeza. Miró por encima del hombro derecho y se sorprendió: las espaldas que acababa de ver le resultaban familiares.

—¡Sasha! —gritó.

Un hombre muy corpulento se volvió.

—¡Vanya!

Ambos se abrazaron y se dieron palmadas en los hombros. Había pasado una eternidad desde la última vez que Iván había ido a la Nevski prospekt, donde Sasha Shakilov vivía con su familia. Aquel hombre gigantesco y poderoso también solía trabajar como *digger*.

De pronto se oyó el típico chasquido de alta frecuencia de un contador Géiger.

—¡Qué mierda! —exclamó Shakilov. Se había mudado a San Petersburgo poco antes de la Catástrofe y conservaba un ligero acento ucraniano—. Hoy está totalmente loco. No para de berrear.

—¿Qué es ese trasto? —preguntó Iván.

Aún no había visto nunca un aparato como ése. Una caja gris recubierta de goma, como una linterna Petzl para la frente, y un pequeño tablero de controles con una pantalla de cristal líquido.

—Es un aparato para medir la radiactividad. Salido de los almacenes de la

OTAN, se entiende. Robamos una caja entera. Cuesta creerlo, pero el aparato se activa ya con nuestros niveles ordinarios de radiación. Si quieres, puedo mandarte unos pocos. —Shakilov se rascó el cabello de detrás de la cabeza, que llevaba muy corto, y miró a Iván como si lo viese por primera vez—. ¿Qué haces aquí?

—¿Es que no lo sabes? Estamos en guerra.

Shakilov hizo un chasquido con la lengua.

—Claro. Ahora entiendo también por qué hoy nos han levantado tan temprano.

Iván miró a su alrededor. Gostiny dvor y Nevski prospekt. Ambas le gustaban. Si llegaba un día en el que tenía que marcharse de la Vasileostrovskaya, le gustaría mudarse allí.

—Pero ¿dónde tenéis escondido al monstruo? —preguntó Iván.

—¡Eh, eh! —exclamó Shakilov con fingida irritación—. Ten cuidado con lo que dices.

En otro tiempo había habido puertas de acero en las paredes del paso subterráneo entre las estaciones Gostiny dvor y Nevski prospekt. No eran puertas de verdad, sino gruesas separaciones que protegían salas supersecretas. De acuerdo con los rumores, antes de la Catástrofe había habido allí laboratorios biológicos que habían criado hombres monstruosos, como si dijéramos supersoldados, primero para el ejército soviético, y luego para el de Rusia. Se decía que quien apoyara el oído contra las planchas de acero del pasillo oiría caminar a las víctimas de los experimentos prohibidos.

—¿Y qué hacen allí? —le había preguntado Iván en otro tiempo al tío que le había contado esa historia.

—Nada. Lo único que hacen es ir de un lado para otro —le había respondido y, después de reflexionar brevemente, había añadido—: Eso es lo más extraño. Ese ras, ras, ras de pies que se arrastran por el suelo. Luego el silencio. Y después otra vez: ras, ras, ras. Como si no levantasen los pies al caminar.

Iván agarró por la manga a Vodyanik, que pasaba a toda velocidad por su lado.

—Profesor, ¿qué había habido antes aquí?

—¿Antes? ¿Cuándo es antes? —preguntó Vodyanik. Llevaba un pañuelo de mano sobre el hombro y un libro.

—Bueno, antes de la guerra.

—Una filial del Instituto Chlopin. —El profesor se encogió de hombros—.

Un laboratorio subterráneo escudado de todo tipo de radiación exterior. Según parece, lo empleaban para buscar la materia oscura del Universo. ¿Por qué?

Iván y Shakilov se miraron el uno al otro, desconcertados.

—Ah, nada —dijo Iván—. No era nada importante. Olvídelo.

El profesor se marchó. Shakilov estaba agitado y miraba a Iván con ojos astutos.

—¿Piensas lo mismo que yo? —le preguntó en tono conspirativo.

—No sé, Sasha. A mí me apetecía una pequeña expedición, pero...

Iván enmudeció. Una vez más, había descubierto a un admiralze en la cercanía. Shakilov le siguió la mirada y suspiró.

—Ayer retiraron la guardia —informó en voz baja—. Y hoy ha llegado el relevo: la mitad eran de los nuestros y la otra mitad, de los suyos.

Los hombres de la patrulla marcharon por el borde del andén y luego bajaron uno tras otro a la vía. Tres de ellos iban de verde y los otros, con piezas de diferentes uniformes. Estos últimos, por supuesto, eran lugareños. Los admiralzes parecían sentirse como en casa.

Iván siguió a la patrulla con una mirada de recelo.

—¿Dices que ayer retiraron la guardia? —preguntó como distraído.

Shakilov lanzó una mirada interrogadora a Iván.

—¿No te fías de los admiralzes?

—No. ¿Y tú? ¿Después de esta extraña historia?

Shakilov se frotó su robusto cuello de toro y arrugó la frente.

—Tienes razón. Eso que ha ocurrido con vuestro grupo electrógeno es una historia muy fea. Yo tampoco me fío de ellos. Tu Sazonov lo hizo bien. Montó un magnífico incidente. Puedes decírselo de mi parte.

—Ten cuidado con esos niños bonitos —dijo Shakilov.

Iván se volvió.

—¿A quién te refieres? —preguntó, e hizo una mueca, extrañado.

—A los ecos.

—¿Disculpa?

—El Imperio de los Vegetarianos nos saluda.

Iván miró en derredor. Los Vegetarianos vestían un noble uniforme verde, guantes de cuero y botas lustrosas. Con todos los perifollos oportunos. En comparación con ellos, los admiralzes parecían gentes recién llegadas de una provincia empobrecida.

Así pues, ¿ecos?

—Tienen un aparato de visión nocturna —observó Shakilov, que contemplaba con atención a los Vegetarianos—. Hace tiempo que quiero montar uno, pero no lo he conseguido nunca. ¿Ves a ese de ahí?

Iván asintió. Él tampoco habría tenido nada que objetar a una adquisición semejante.

Un aparato de visión nocturna. La vida de color verde.

—¿Qué se les ha perdido aquí? —preguntó Iván.

—No sé si te lo vas a creer, pero no tengo la más mínima idea —le respondió Shakilov, encogiéndose de hombros—. Quizá se trate de una delegación.

—Visten uniformes bonitos. —Iván miró a los Vegetarianos sin disimulo—. Qué raro, no logro librarme de la sensación de que en esos tíos hay algo que pinta mal. No sé lo que es, pero cada vez que los miro se me pone la carne de gallina.

Shakilov asintió. Entre los *diggers* era habitual que unos se fiaran de la intuición de los otros.

—He oído muchas cosas sobre ellos —explicó Shakilov—. No tienen reparos en utilizar a los presos como abono. Bueno... en el metro corren los rumores más extraños. No tenemos por qué creernos todo lo que se cuenta.

—Por supuesto que no —corroboró Iván, aunque sabía que aquel rumor, en concreto, se correspondía en todo con la verdad.

—Y también me acuerdo de otra historia desagradable que se cuenta sobre ellos —prosiguió Shakilov, impertérrito. Contempló a un oficial de los Vegetarianos que se había detenido frente a otro Vegetariano—. Agarran a seres humanos, les abren un orificio en el cráneo y lo emplean para cultivar el micelio de un hongo especial. Ese micelio produce psilocibina, un alucinógeno. Es como ácido, e incluso mejor. El micelio crece por todo el cerebro. El tío que lo lleva dentro de la cabeza adquiere un poder de visión especial y se pega un viaje tras otro. Y tan pronto como el micelio da fruto, los Vegetarianos cosechan los hongos y los emplean como droga. El tío a quien le crecen setas del cerebro no tarda en morir. El hongo se alimenta de su cerebro y tarde o temprano lo consume.

Iván se volvió hacia Shakilov.

—¿Y tú qué piensas al respecto?

—Yo qué sé —respondió el otro, y se encogió de hombros—. Ya he tenido tratos con esos tíos. Tratándose de ellos, soy capaz de creérmelo.

Iván asintió.

—Te comprendo. ¿Y sabes una cosa? Aún te has quedado corto. —Señaló con la cabeza hacia los Vegetarianos—. Lo que lleva ese tío no es un aparato de visión nocturna, sino una cámara infrarroja.

Shakilov silbó por lo bajo.

Kuznetsov regresó e informó.

—Han aparecido unos cuantos más, jefe. No llevan mucho tiempo aquí. Son los hombres del Überführer... así es como se llama su jefe. Ji, ji. —Una sonrisa estúpida apareció en el rostro de Misha—. El Überführer... como en una película antigua...

En la Vasileostrovskaya se veía una película una vez por semana. Era casi como un cine de verdad: la estación entera se sentaba en hileras enfrente del televisor y miraba atenta.

En la última ocasión, Iván había visto *Dos soldados*, una antiquísima película bélica en blanco y negro. No estaba mal. Todo era como en el metro: oscuro y con canciones. Sólo que la gente iba por la calle sin máscara antigás. Ésa era la única diferencia.

Por puro sentido común, Iván tenía claro que aquella guerra había tenido lugar antes de la Catástrofe y que no estaba conectada con los acontecimientos del presente. Pero tenía la sensación de que sí se relacionaba de algún modo con ellos. En la película, los nuestros se refugiaban en el metro cuando terminaban los créditos, mientras los enemigos en uniforme negro asaltaban la superficie con sus fusiles de asalto cortos. Y una vez allí mataban todo lo que vivía.

—¿Y qué clase de gente son? —preguntó Iván.

—No lo sé. —Kuznetsov se encogió de hombros—. Los ha traído Kmiziz. Dice que van a luchar por nosotros. Eh... quiero decir, con nosotros, naturalmente. Contra los moscovitas.

—¿Y por qué lo hacen? —preguntó Iván con escepticismo—. ¿Es que son mercenarios?

—Algo así. Parece que son fascistas.

Iván se manoseó la barbilla.

«Y qué más da —pensó—. En nuestra situación actual tenemos que estar satisfechos con todo el apoyo que consigamos. Los fascistas también me vienen bien. No van a ser peores que, pongamos por ejemplo, los hare krishna, ¿no? También van rapados.

—¿Y dónde están esos fascistas?

—Anton, Kuzma —iba diciendo el Überführer mientras presentaba a los

suyos—. Y ése es el Canoso.

—¿El Canoso? —dijo Kuznetsov, con genuino asombro—. ¡Pero si no tiene cabello!

—Lo uno no excluye lo otro.

—Cierto —dijo, sonriente, el *skinhead* que al parecer tenía los cabellos grises, y se pasó la mano sobre la cabeza rapada, lustrosa, pringosa.

En total, los *skins* eran ocho. Quizá demasiados para una expedición de *diggers*. Pero el Überführer casi le gustaba a Iván: un tío con pinta de malvado y edad indefinible. Habría podido tener veintiséis como Iván, pero también cuarenta y cinco.

—¿Sabes por qué no hay ningún negro en el metro? —preguntó el Überführer tras la breve ronda de presentaciones.

—Porque vosotros no se lo permitís —se adelantó Iván.

—Buena respuesta —contestó el Überführer—. Pero, en realidad, nosotros no tenemos nada que ver. Si hay alguien que tenga la culpa es Darwin.

—¿Darwin? ¿Y ése quién es? —Iván se hizo el tonto—. ¿También está con vuestra cuadrilla?

El Canoso soltó una risita de conejo.

—No, no está con nuestra cuadrilla —le explicó con paciencia el Überführer—. Pero fue él quien concibió la teoría de la evolución. He leído unos cuantos libros, a mí no me viene nadie con cuentos. Y esa teoría dice que provenimos de los simios. Somos arios. Eso significa que descendemos de un protosimio ario. Me imagino que el protosimio ario debía de tenerse en un gran concepto. Y el problema de los negros es muy sencillo. Aquí abajo no llega la luz del sol, ¿verdad? Y si no hay luz del sol, la piel no procesa la vitamina D. Eso quiere decir que incluso los blancos procesamos muy poca, incluso cuando tenemos lámparas de luz diurna como en la Vosstaniya y en la Sadovaya. Y los negros no procesan ninguna. Los pobrecillos están acostumbrados al sol meridional de África, a la jungla llena de elefantes a la que pertenecen. Y ése es el motivo —concluyó, como si con eso hubiera quedado todo claro.

—¿El motivo de qué?

—Sabes en qué se emplea la vitamina D, ¿verdad?

Iván se encogió de hombros.

—Sí, tío, es lo que nos permite orientarnos en el espacio. Nuestros pobres negros se perdieron por el metro. Se perdieron porque eran incapaces de encontrar el camino más sencillo. Y así, con el paso del tiempo, no ha quedado

ni uno que no la haya diñado. Un caso evidente del síndrome de Susanin.

«Kuznetsov tiene razón —pensó Iván—. Pero tengo que conseguir aliados como sea. El fin justifica los medios. Lo mejor será que les deje las cosas claras.»

—No soporto a los fascistas —dijo Iván con frialdad—. Tontarras cortos de miras. Ésa es mi opinión.

Pareció que al Überführer se le saliera el rostro de quicio.

«Éste me va a arrear», pensó Iván, y se preparó para defenderse. Pero el Überführer se echó a reír. Esto último resultó —por decirlo de manera suave— sorprendente. Especialmente porque el resto de los *skins* también se echó a reír. Como un rebaño de monstruosos conejillos de Indias. Sólo les faltaba ponerse a soltar gañidos.

—¿Te habías asustado? —preguntó el Überführer—. No te preocupes.

Iván enarcó las cejas.

—¿Es que he dicho algo gracioso?

—La gracia es que nosotros tampoco soportamos a los fascistas.

«¿Judíos que odian a los judíos? —pensó Iván—. No sería la primera vez.»

—Es que somos otra cosa —dijo el Überführer.

—¿Otra cosa? —Iván miró uno tras otro a los *skinheads*. Eran ocho. Iban todos rapados y ponían caras agresivas—. Pues no lo parece.

El Überführer sonreía con satisfacción.

—Somos *skinheads* de los buenos. *Red skins*. Mira... —El Überführer se arremangó para enseñar un tatuaje que llevaba cerca del hombro: la hoz y el martillo enmarcados en una corona de laurel—. ¿Lo ves? No somos cerdos nazis. ¿Te dice algo el nombre de Che Guevara? Hasta siempre, comandante. ¡Sí, ese sí que fue un luchador! *Skin...* en inglés significa piel. ¿Y sabes cuál es la función que cumple nuestra piel? Nos protege el cuerpo contra todo tipo de infecciones y nos avisa con dolor cada vez que corremos peligro. Por ejemplo, si acercamos la llama de un mechero al brazo. ¿Te ha quedado claro?

Iván asintió.

—Si sientes dolor, es que estás vivo, tío —prosiguió el Überführer—. Parece que es así. La piel es lo primero en morir. Y nosotros no somos otra cosa que la piel del metro. Si nosotros no existiéramos, os habrían devorado hace mucho tiempo. O si no, os sentaríais sobre el culo ese carnoso de capitalistas que tenéis y aguardaríais la muerte. Pero nosotros os damos de patadas en el culo. Tanto si os gusta como si no. ¿Somos malas personas? ¿Hijos de la gran puta? ¿Tontarras

cortos de miras, como decías antes? Puede ser. Pero no nos dejamos doblegar.

Iván necesitó unos pocos segundos para digerir el torrente de palabras.

—¿Y en qué consiste vuestra... esto... misión?

—Este tío no es tan lerdo como parecía —le dijo el Überführer al *skinhead* Canoso, y se volvió de nuevo hacia Iván—. La carga del hombre blanco... ésa es nuestra misión. Kipling, tío. Ahora ya sabes por qué estás con nosotros.

Se yergue en la cima de un edificio gigantesco y medio destruido. La altura le da mareos. Al mirar en todas direcciones, divisa tan sólo un vacío fragoroso e inconmensurable. Un viento racheado aúlla en torno a la colosal estructura y hace que se tambalee. Iván mira hacia abajo. Está en el borde de un mirador inclinado en esa dirección. Algunos pisos más abajo, el edificio está circundado de nubes bajas y grises. No alcanza a ver lo que hay en el suelo.

La caída hasta el suelo sería bastante larga.

Iván vuelve la mirada hacia delante. Una corriente de agua. La sigue con la mirada. Es el Neva. Yace en su lecho, silencioso y negro como la brea. Sus pétreas orillas han quedado cubiertas de vegetación gris. El muro que contenía las aguas se ha roto en algunos puntos por la presión de los árboles. Si es que se pueden llamar árboles. Troncos grises de consistencia carnosa, hojas que se enrollaban sobre sí mismas.

Un puente. Otro puente destruido.

Unos edificios relucen en la lejanía. La familiar aguja del Almirantazgo.

Un poco más allá, Iván descubre un campo de ruinas dispuesto casi en círculo. La onda de choque empezó allí y demolió los edificios. Probablemente, el profesor Vodyanik habría dicho que en aquel lugar se había producido la expansión del aire causada por la ignición atómica. Una bomba de neutrones. La destrucción no es tan grande, pero la radiactividad está garantizada para los cincuenta años siguientes.

Iván comprende por fin dónde se encuentra.

Es la «vela» de Gazprom. El rascacielos Okhta.

Un símbolo fálico que se eleva en el horizonte de la ciudad. El rascacielos sin vida que se halla bajo los pies de Iván profiere un aullido aterrador y se balancea a varios metros en uno y otro sentido. Iván recuerda que la edificación no llegó a terminarse. Tan sólo se construyó una carcasa vacía. Las ventanas ya estaban puestas, pero la onda de choque las arrancó. Dentro del edificio no hay vida de ningún tipo. En el tiempo de la gran explosión no había nadie... como mucho, algunos operarios.

Iván sigue mirando y divisa en la orilla del Neva el edificio azul pálido de la catedral Smolny. Sus elegantes torrecillas han perdido su color y, en parte, se han venido abajo. Desde la altura del rascacielos Okhta, todo se ve pequeño, como de juguete.

¡Bum!

Hay algo dentro del edificio. Algo que está vivo. Iván se da la vuelta y ve un ojo.

Por un agujero del mirador, por entre las vigas oxidadas, le mira un ojo negro y redondo.

Iván siente un escalofrío en la espalda.

No es el ojo de un ave.

Y, sin embargo, lo que profiere es el grito gutural de un ave de presa. Unas fauces vibrantes, llenas de dientes, emergen por el hueco del ascensor. El cuello largo y flaco está cubierto de vello grisáceo. Los dientes son pequeños y agudos.

Iván retrocede, llevado por el pánico. La bestia hace castañetear el pico y profiere estridentes graznidos. Iván sufre el embate de una racha de viento y pierde el equilibrio. Se cae sobre la barra atravesada y se agarra a ésta en el último momento. Con una sola mano. El rascacielos se tambalea lentamente de un lado para otro. Iván siente el metal húmedo entre los dedos. Herrumbre viscosa.

Se agarra con todas sus fuerzas, pero los dedos le resbalan.

Uno tras otro.

Iván no siente ningún miedo. En cambio, se apodera de él una notable apatía, como si todo lo que sucede hubiera dejado de afectarle.

Se sostiene tan sólo con dos dedos. Le han quedado de color blanco por el esfuerzo.

Entonces, Iván desenvaina una daga larga con la mano que tiene libre, la blande —la empuñadura centellea— y acomete. El filo del arma secciona los dedos de la otra mano.

Iván contempla en silencio cómo brota la... pero, no, no le sale sangre. Ni una sola gota.

Los dedos se le separan lentamente de la mano. La distancia entre los dedos y la mano se hace cada vez más grande, se transforma en un estrecho canal en el amplio lecho del Neva.

Iván suelta el cuchillo. Éste cae rodando y desaparece entre la niebla.

Iván ve la superficie del corte, de color limpio y rosado, con dos puntos

blancos en el centro: los huesos.

Y empieza a caerse.

El viento le silba en los oídos y siente un ligero mareo en el estómago. Los edificios pasan por su lado. Se alejan cada vez más, porque la torre se sostiene, aunque inclinada.

Entonces Iván se sumerge en la niebla grisácea y húmeda.

De pronto se queda ciego.

En el estómago se le abre la vaciedad del Todo.

El impacto.

—¿Me oyes, Vanya?! —La voz de Solokha—. Hay follón ahí atrás, en el andén.

Iván abrió los ojos y se cubrió de nuevo la frente con el gorro de punto. Normalmente lo llevaba bajo el casco para que le protegiera del frío. En ese momento lo llevaba bajado hasta la nariz para poder echar una cabezada sin que le molestaran las lámparas.

No había sido buena idea. Es increíble la mierda que podemos llegar a soñar.

—¡Una pelea! —gritó alguien que se encontraba cerca.

La gente de la estación se puso en movimiento, en oleadas, como si alguien hubiera arrojado un adoquín a un estanque.

Pasha regresó:

—Hay jaleo. Parece que los de la Nevski se han negado de nuevo a compartir nada con los admirales. ¡Se van a matar entre ellos!

Iván se puso en pie y gimoteó: sentía un dolor lacerante en el costado. Mierda. En realidad todo aquello no le importaba, pero su gente estaba allí.

Al llegar, se había arracimado un grupo de personas en el andén, y una voz conocida se esforzaba por calmar los ánimos.

—Os propongo que busquemos un acuerdo pacífico —decía Shakilov.

—¿Y en qué crees que podría consistir?

Shakilov sonrió y, de pronto, puso cara de inocente, como de osito de peluche. El fusil y la nariz ensangrentada eran lo único que no encajaba en esa imagen.

—Traslademos el enfrentamiento a otro plano, amigo mío.

—Ajá. —El cachas se infló. Bajo el ojo le brillaba una vistosa violeta—. Y... ¿qué es lo que nos propones?

—Fútbol.

Los equipos se formaron en seguida. Hinchar un balón, hacerse con un lugar,

montar las porterías, trazar las líneas... todo estuvo a punto en media hora. Lo que más tiempo les llevó fue ponerse de acuerdo sobre el nombre de los equipos.

¿Por qué? Porque unos y otros querían llamarse Zenit, como el club de fútbol de San Petersburgo. Lógico. Tuvo lugar una larga discusión hasta que alguien propuso que los equipos se llamaran Zenit-1 y Zenit-2. En un primer momento, todo el mundo estuvo de acuerdo, pero entonces resultó que nadie quería ser el número dos. Así que salieron los nombres de otros equipos de fútbol de San Petersburgo.

—¡Petrotest!

—Sí, claro, Petrotest. ¿Tú estás bien, tío? ¡Y luego vas a celebrar las Velas Escarlatas!^[10] Puestos así, mejor Dinamo.

Shakilov se retiró con su equipo a deliberar y, a continuación, anunció que sólo jugarían con el nombre de Zenit.

—Bueno, yo qué sé —dijo el cachas, e hizo un gesto como para dejarlo correr—. Entonces nosotros vamos a llamarnos Manchester United. Empecemos el juego.

—¿Un partido de fútbol? —preguntó Iván.

—No, de patinaje artístico sobre hielo —le respondió el hombre que se sentaba al lado—. Pues claro que es un partido de fútbol, qué va a ser si no.

Sonó el silbato.

El hombre de al lado se entusiasmó tanto que golpeó a Iván en el costillar. El *digger* se retorció de dolor.

El árbitro corría al lado del jugador que llevaba el balón y de pronto se alejó varios metros de él. «Cuidado —pensó Iván—, el árbitro es veloz como una saeta.» En comparación con él, los jóvenes jugadores parecían patos cojos. El rostro del de al lado se había puesto rojo y las pupilas le brillaban con fanatismo. «Probablemente borracho. O fumado.»

—¿Lo has visto? —preguntó el de al lado.

—Sí —respondió Iván. ¿Y si le daba un puñetazo en la nariz a ese tío? Sentía un dolor de mil diablos en las costillas.

—Ah —suspiró el de al lado con melancolía—. Esto habría sido inimaginable antes de la guerra. ¿Sabes quién es el árbitro? ¡El famoso Gaifullin!

—¿Y ése quién es? —Iván se olvidó de las costillas por un instante y contempló el campo de juego.

El tal Gaifullin no tenía pinta de ser muy famoso. Era un hombre mayor, de aspecto muy normal, con pantalones negros cortos y un silbato en la boca. Correteaba sobre el andén que habían transformado en campo de juego y murmuraba palabrotas. Lo único verdaderamente notable era la ligereza con la que corría. Con una ligereza visiblemente superior a la de los jugadores.

—En cualquier caso, sería un magnífico soldado de asalto —comentó Iván.

—Pero ¡por favor! —le respondió el de al lado con indignación—. No puede ser que no lo conozcas! Es Chokhar Gaifullin, un árbitro de la FIFA. Arbitró en el mundial del año 2010. Italia contra Brasil. Ahora te has quedado de piedra, ¿no? ¿Te lo puedes imaginar siquiera? Un campo de juego tres veces más grande que esta estación cubierto de césped verde y fresco. Y cien mil hinchas en las gradas. ¡Cientos de millones lo vieron por televisión! ¡Qué digo cientos... miles de millones! Y ahora hace de árbitro en este partido de aficionados...

De pronto, Iván oyó un sollozo a sus espaldas, y se volvió.

—¿Qué le ocurre, profesor?

—Ahora todos nosotros somos profesionales —dijo Vodyanik con voz quebrada.

Los ojos del profesor miraban sin expresión. Se acarició la barba, se puso en pie, se disculpó torpemente y se marchó. Iván le siguió con la mirada. ¿Qué le ocurría al profesor? Iván se quedó unos instantes sin saber qué hacer, y luego le pasó la bolsa de algas fritas al de al lado y se marchó tras el profesor. Lo encontró detrás de una columna, en el otro extremo de la Gostinka. Vodyanik estaba sentado al borde del andén, en una puerta abierta, y se le notaba el temblor en las espaldas. Abajo, en la vía, unos hombres descargaban una dresina de transporte y gritaban palabrotas.

—¿Qué le ocurre, Grigori Mikhalych?

—A mí, en realidad, no me interesa el fútbol —tartamudeó el profesor, totalmente descompuesto—. Nunca jamás había podido responder a las preguntas sobre fútbol que hacían en el programa «¿Qué? ¿Dónde? ¿Cuándo?». No va conmigo. Y ahora veo un partido y se me detiene el aliento. ¿Puedes imaginarte lo que es eso, Iván? Sobre todo cuando... —El profesor tosió, desconcertado—. Ah, olvídalo. Disculpa, se me va a pasar en seguida... márchate... voy en seguida.

Iván llegó de nuevo al campo en el instante en el que un jugador del Manchester United marcaba en la portería del Zenit. La multitud bramó.

A continuación, el gigantesco Shakilov, con el rostro enrojecido, se lanzó

contra el portero del Manchester y lo arrolló.

Falta. El de al lado de Iván se puso en pie.

—¡Pero si no ha hecho nada! —gritó indignado, aunque el propio Iván, que no sabía gran cosa sobre fútbol, había visto muy bien que la jugada no había sido regular.

En cualquier caso, el famoso Gaifullin llegó a una conclusión distinta que el vecino de Iván: ¡Tarjeta roja!

Los hinchas se pusieron a gritar.

—¡Hoy tú de negro, mañana tu madre! —clamó de pronto un coro de espectadores.

El árbitro se quedó quieto, como si le hubiera golpeado un rayo, y se volvió. El rostro se le contrajo. «No puede ser», pensó Iván.

El árbitro lloraba. Iván vio cómo las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—¡Hoy tú de negro, mañana tu madre! —gritó otro.

El «famoso» Gaifullin levantó la cabeza y su mirada recorrió las hileras de espectadores. «Nunca en mi vida he visto a un ser humano tan feliz», pensó de pronto Iván. Gaifullin levantó la tarjeta roja con la mano y empezó a recorrer las hileras de espectadores.

Como si de nuevo arbitrara el partido entre Italia y Brasil.

Dio una vuelta entera al campo. Y luego otra.

El juego terminó dos a dos. Empatados.

—¿Lo ha visto usted? —El joven policía estaba perplejo—. ¿Qué le ha ocurrido al árbitro?

Iván asintió.

—Sí, a Vodyanik le ha sucedido lo mismo —contestó—. Ha habido algo que ha desquiciado al profesor.

—Los viejos se ponen a llorar por cualquier cosa —dijo Kuznetsov—. ¿Verdad que sí, jefe?

—Eso no es cierto, Misha —respondió Iván, y miró al joven marrullero mientras negaba con la cabeza.

Iván encontró a Kulagin en los almacenes de debajo del andén.

—Estamos perdiendo demasiado tiempo, Oleg —dijo.

—No me atosigues, Vanya. Yo mismo ya no sé dónde tengo la cabeza. —Entonces, Kulagin le gritó a un calvo que tenía a su cargo el almacén—: ¡¿Qué es esto que me has traído?! Te he dicho bien claro que los necesitaba de cinco.

¡¿Y qué es lo que tenemos aquí?!

Iván miró por encima del hombro de Kulagin y vio una caja con cartuchos de doce milímetros.

—Me parece increíble que se comporten de esta manera —masculló con mala cara el encargado del almacén.

—¿Qué me has dicho? —Kulagin estalló por fin—. ¡¿Oye, tú tienes algún problema en el cerebro?!

—Cálmate, Oleg —dijo Iván en tono apaciguador, y se volvió hacia el hombre del almacén—. El señor encargado nos ha tomado por admirálztes. Pero nosotros venimos de la Vasileostrovskaya. Y mi amigo —continuó Iván, dándole una palmada en el hombro a Oleg— en realidad procede de la Primorskaya. Cuando evacuaron la estación, vino a vivir con nosotros. Disculpa que os demos tantos quebraderos de cabeza, pero es que el robo del grupo electrógeno nos ha dejado en muy mala situación, ¿lo entiendes?

El rostro del encargado se iluminó.

—¿Por qué no habéis empezado por ahí? —preguntó—. Yo pensaba que este hombre era un admirálzte y que pensaba que podía venir aquí a dar órdenes. Ahora mismo os traigo los de cinco.

Iván y Oleg se miraron. Iván abrió los brazos. Ah, con un poco de diplomacia todo es más fácil.

Apenas habían terminado el asunto de los cartuchos cuando se presentó Kmiziz. Se le veía abatido y tenía los ojos enrojecidos por culpa del cansancio.

—Os he buscado por todas partes... tenéis que acudir en seguida a celebrar consejo.

Lo primero que le llamó la atención a Iván fue la cicatriz pálida en la sien.

Luego, el uniforme gris que le caía a la perfección.

Y después...

Un hombre bajo y achaparrado, con el pelo cortado a cepillo. Dio un paso adelante y captó en seguida la atención de los presentes con el carisma que irradiaba.

Se hizo el silencio en la sala.

—Para todos los que todavía no me conocen: yo soy Memov.

Se oyeron cuchicheos entre los presentes.

—El general... el general... el general.

Iván observó con gran interés al legendario general de la Admiralteyskaya.

«Así que ése es el aspecto que tienes, ciervo del norte», pensó. El apodo era

un invento del tío Yevpat, pero, por algún motivo, encajaba bien en la situación.

—Voy a ser breve —dijo Memov—. Soldados, vais a regresar de inmediato a vuestras unidades y estaréis a punto para actuar. Vais a recibir órdenes antes de que haya pasado una hora. Los comandantes se van a quedar aquí.

Una vez hubo terminado con los cumplidos a soldados específicos, Memov se volvió hacia el grupito de oficiales.

—Bueno, señores —dijo por fin—. ¿Cómo está esto? ¿Hay alguien que tenga alguna propuesta por hacernos a propósito de las estaciones Mayakovskaya y Ploshchad Vosstaniya? —El general los fue mirando de uno en uno y sonrió—. Pues entonces, pónganse ustedes a mis órdenes.

5-La Mayakovskaya

ANTES de la Catástrofe, la estación Ploshchad Vosstaniya estaba conectada con la estación de Moscú^[11] por un paso subterráneo. Al activarse la alarma nuclear, hubo un tal Akhmetsyanov, un hombre enérgico de etnia tártara y comandante de la Milicia del metro, que sacó la pistola y obligó a los pasajeros del tren interurbano a refugiarse en la estación de metro.

Por supuesto que los pasajeros, con la actitud propia de los habitantes de la capital, plantearon objeciones a la medida. Pero el comandante tenía capacidad de convicción. No se pudo hacer gran cosa contra una pistola y varios fusiles Kalashnikov. De esta manera, la estación se llenó de gente que procedía de Moscú y de otras ciudades que se encontraban también en dirección sureste.

El comandante Akhmetsyanov adquirió de manera automática el rango de dictador y sus seguidores gobernaron con notable brutalidad la recién establecida monarquía (¿o habría que hablar, más bien, de despotismo oriental?).

Como la relación entre petersburgueses y moscovitas nunca había sido especialmente buena, todo el mundo empezó a llamar «moscovitas», en tono peyorativo, a los habitantes de la citada estación.

Por lo que sabía Iván, los moscovitas tenían la firme convicción de que los habitantes de Moscú se habían salvado en su totalidad, porque habían abandonado la ciudad destruida por la línea de metro secreta D6.

(Nadie dudaba de que la capital también hubiera desaparecido bajo las bombas nucleares.)

Se imaginaban que los miembros del Gobierno que habían logrado sobrevivir se habían refugiado en una base recóndita desde donde aún dirigían los destinos del país. Ese baluarte secreto y subterráneo se encontraba en alguna parte de los Urales y no se podía destruir mediante un ataque nuclear directo. En definitiva, el Gobierno controlaba la situación y no tardaría en mandar ayuda.

«A mí también me gustaría creerlo», pensaba Iván.

Porque sin el grupo electrógeno, la vida no tardaría en volverse complicada.

Los sistemas de ventilación aún no funcionan. Por ello, el andén ha quedado cubierto por una niebla húmeda, y todos los sonidos enmudecen en esta bruma sofocante y plomiza que hay que respirar a mordiscos.

Iván despierta y se pone en pie. La tienda está a oscuras. Da un paso adelante y se detiene antes de salir. Una luz titilante parpadea a través de la lona. «Una lámpara de carburo», piensa Iván, y entonces aparta la pestaña de la puerta y sale al andén.

Lo primero que ve son unos pies embutidos en botas de goma. Las suelas están tan gastadas que casi se ven las plantas de los pies. Luego unos pantalones de camuflaje y un torso desnudo, cubierto de hematomas. Iván se estremece y se agarra el costado izquierdo. ¡Ah! Las costillas fastidiadas. Iván mira más allá.

El hombre está echado en el suelo, con los brazos extendidos. Es él mismo: Iván. Incluso el grueso chorro de sangre le mana por la izquierda, en el mismo sitio que a él...

Abre los ojos.

Junto a la mano sin vida reposa una lámpara de carburo. La llama amarilla se agita y arroja cálidas manchas de luz al rostro del hombre.

...y es un hombre muerto.

¡Abre los ojos, maldita sea!

Iván abrió los ojos, se puso bien la gorra y miró a su alrededor. A su lado dormía Pasha, con la espalda apoyada contra una columna. Gladyshev roncaba con todas sus fuerzas. Sazonov estaba inmerso en sus pensamientos. Solokha leía.

En todos los sueños me veo muerto.

Estaban en el período de espera. En contraste con los curtidos *diggers*, capaces de aprovechar cualquier oportunidad para echar una cabezada, los civiles no estaban acostumbrados a dormir antes del combate. La estación estaba intranquila. Los soldados de la Alianza estaban sentados en el andén, en hilera, arma en mano, y aguardaban. Sobre sus cabezas flotaba un humo azulado que tenía el aroma dulzón de la marihuana. «Una extraña imagen —pensó Iván—. ¿No la había contemplado ya?»

—Qué van a poder los moscovitas contra nosotros —oyó Iván que decía alguien—. ¡Acabaríamos con ellos aunque tuviéramos una mano atada a la espalda!

«Sí, sí —pensó Iván—. Mucho hablar, pero luego...»

Entre las filas de la Nevski prospekt se levantó un hombre mayor, de constitución robusta.

—Eh, aqueos —dijo en broma a los que estaban sentados—. ¿Vamos a probar la solidez de los muros de Troya?

La única respuesta que halló fue un silencio perplejo.

Miró a su alrededor y bajó los hombros.

—Ah, no sabéis de qué os hablo —dijo con melancolía—. ¿Y cómo ibais a saberlo? Pobres muchachos. Ay, sí. Al despertar la Aurora de dedos de rosa... —recitó—. Homero, la *Odisea*...

—Vuelve a sentarte, abuelo —le recomendó uno de los que se encontraban allí—. Si no, te vas a resfriar.

En ese mismo momento se presentó Kmiziz con pasos acelerados.

—¡Basta de charla! Nos ponemos en marcha.

Los elementos destructivos que se dan en la explosión de un arma nuclear son, primero, la bola de fuego, en segundo lugar, la onda de choque y, tercero, la radiactividad. Iván se lo sabía muy bien. Pero era un conocimiento inútil. Como si en la Edad de Piedra alguien se hubiera preocupado por aprenderse las propiedades balísticas de la bala de fusil del calibre 5,45. Con un grado de probabilidad que se aproximaba a la certeza, debían de haber quedado en el mundo armas nucleares susceptibles de uso. Pero, qué diablos, ¿contra quién las habrían empleado? ¿Contra las bestias de la superficie? Para ellas, una explosión atómica es como una lluvia cálida. Los nuestros mueren al recibir unas dosis de radiación semejantes. Tenemos cánceres, las metástasis nos devoran, sangramos por todas las aberturas corporales, nos quedamos ciegos y el sistema inmunitario se nos viene abajo. Las bestias, por el contrario, se sienten como pez en el agua cuando se dan esas condiciones, ganan en fertilidad y se multiplican. Como había dicho el anciano que aparecía en el sueño de Iván: «Otro ecosistema.» Exacto.

Hablaba consigo mismo.

—Preparaos —dijo Iván—. Y vayamos con Dios.

Hay un túnel que lleva hasta la estación Mayakovskaya. Longitud: unos dos kilómetros. Velocidad de marcha: entre dos y tres kilómetros por hora. Pregunta: «¿Cuánto tiempo se necesitará para llegar a la estación?» Respuesta: «Y yo qué sé.»

La vanguardia de la Alianza se puso en marcha. Por el camino, apresó a

mercaderes que viajaban solos e incluso a caravanas enteras. En el conducto de ventilación número 312 tropezaron con unos *zombels*. Cinco... bueno, ¿cómo podríamos llamarlos? Ya no son seres humanos. Cinco individuos. En cualquier caso, también los capturaron. Iván y sus *diggers* vieron cómo los otros los empujaban por el túnel con palos. Los mandaron a la retaguardia.

Tan pronto como los *zombels* cubiertos de fango y costras pasaron por su lado, los dosímetros empezaron a crepitar. No era para sorprenderse. En algún lugar (pero ¿cuál?), las criaturas habían encontrado salidas a la superficie, y se llevaban de allí todo lo que pudieran llevarse. No les importaba que brillara en la oscuridad.

Lo extraño era que, a pesar de la porquería que cubría a los *zombels*, cuando se les miraba bien, se veía que conservaban casi todos los dientes, el cabello y unos ojos normales. Tenían un aspecto extrañamente sano, aunque emitieran radiaciones cual vertedero de residuos atómicos. ¿Era posible que se hubieran adaptado al nuevo ecosistema? Iván negó con la cabeza. Las dosis de radiación que habían recibido eran espantosas, sin duda alguna. Un ser humano normal la habría diñado. Parecía que la radiación no les hiciese nada a los *zombels*. Por el contrario, parecía que les diera nuevo vigor. ¿Se sabe de alguien que haya visto a un *zombel* enfermo? Iván sintió que un escalofrío le recorría la espalda. La selección natural, maldita sea. Los enfermos acaban en el estómago de otros. No por nada corrían esos rumores...

Iván y su gente llegaron a la entrada de un pasillo lateral que partía del túnel. Allí les esperaba ya un *admiralze*.

—Entrad a controlar —ordenó el *admiralze*, y siguió adelante con pasos cansinos.

Iván contempló las tenebrosas fauces del pasillo y lanzó un escupitajo.

Estupendo. Tendremos que ir a limpiar el cagadero.

—Que pase primero Igor, yo iré segundo, y Vadim tercero. —Iván se obligó a alargar el cuello. Una vértebra le crujió—. Ahora no nos iría nada mal llevar una granada... es igual, adelante.

Los baños constaban de una ducha, un lavadero e inodoros para hombres y mujeres. Por supuesto que no había ninguna luz. «Bueno, qué más da, vamos allá», pensó Iván.

Los *diggers* habían sujetado las linternas al cañón de los fusiles. Sazonov empuñó la escopeta que había llevado colgada del hombro e hizo un gesto con la cabeza para indicar que estaba a punto.

Gladyshev traspuso el lindar con agilidad gatuna. Iván echó todavía una ojeada hacia el final del túnel. Se distinguía el cono de luz de las linternas. Los avanzados se acercaban a los puestos de control de la Mayakovskaya.

Iván respiró hondo, contó hasta tres y se adentró con Gladyshev en la oscuridad.

—La estación Ploshchad Vosstaniya es un caso aparte. Los admiralzes y toda la Alianza Primorski les tienen ojeriza desde hace tiempo. ¿Por qué? Porque es especial.

»Alrededor de esa estación hay todo tipo de construcciones subterráneas y túneles que no aparecen en ningún plano: incontables búnkeres y otras instalaciones de protección civil. Hay baños suficientes como para esconder en ellos a dos divisiones enteras.

»Y en ese tortuoso laberinto que rodea la Ploshchad Vosstaniya damos vueltas como pobres locos. Los defensores nos van a pisotear como si fuéramos gatitos indefensos. Nos van a caer encima como ratas sobre conejillos de Indias.

Iván se mordió los labios, rabioso.

—¿Qué, damos mal ejemplo? —El tío Yevpat sonrió—. Vas a tener que entrar allí, soldado. Piénsalo.

—Alarma —indicó Gladyshev, ojo y oído del destacamento.

Levantó tres dedos.

—Veo a tres hombres.

Iván le indicó: «Comprendido», y preparó el fusil. Aquello estaba a punto de empezar.

Los baños eran un capítulo especial. Al construirse el metro, se había calculado su número de tal manera que tuviesen capacidad suficiente para todos los que irían a refugiarse en el túnel en el caso de una catástrofe. En aquel momento vivía relativamente poca gente en el metro y, por ello, la mayoría de los baños no se utilizaban. Por supuesto que la falta de electricidad también tenía algo que ver con ello. Por no hablar de los problemas de limpieza. Las heces fecales y los cadáveres suelen ser los problemas principales en un espacio vital aislado.

Esa necesidad se había hecho especialmente notable en los tiempos de Saddam el Grande y poco después, antes de que la población de las estaciones se redujera a un tercio, o quizás a una quinta parte. Nadie sabía el número exacto. Después de la muerte de Saddam, el metro se vio sacudido por una ola de violencia. Los hombres se embrutecieron y se mataron por nada, y en algunas

ocasiones por nada de nada. Eran tantos los hijos de puta medio locos que circulaban por allí que la gente se puso a buscar protección bajo cualquier mano fuerte que hubiese. Los clanes criminales vivieron su época dorada, porque tan sólo ellos podían ofrecer cierta seguridad. Pero no a todo el mundo...

No había escapatoria.

La violencia contra las mujeres y los niños no conocía ningún freno.

Los cadáveres se amontonaban en el metro. Pero ¿qué se podía hacer con ellos? No cabía la posibilidad de comérselos. El hombre que come carne humana traspasa una frontera prohibida. Se consideraba a tales personas degeneradas y se les pegaba un tiro sin contemplaciones. Pero no podían llevar los cadáveres a la superficie. En primer lugar, por la radiación. En segundo lugar, por la misma profundidad del metro de San Petersburgo: probad a tirar de un cadáver con una cuerda hasta setenta metros más arriba. Y, en tercer lugar, porque en la superficie uno mismo corría el peligro de convertirse en cadáver.

Así pues, la cosa no era nada fácil. Además, la putrefacción de los cadáveres aumentaba el peligro de las plagas. Los habitantes del metro las padecían a menudo y no disponían de ningún medio de defensa.

En esa época se empezaron a utilizar estaciones enteras a modo de cementerio. Los comandos de sepultureros juntaban los muertos y los transportaban. Al parecer, quemaban los cadáveres.

Las estaciones cementerio se encontraban en el sur, en la Línea 5. La Bukharestskaya, la Mezhdunarodnaya... todas ellas servían como camposantos. Se rumoreaba que el túnel que iba hasta la estación Prospekt Slavy, que había quedado sin terminar, estaba repleto de cadáveres carbonizados.

«Ah, qué idiotez», pensaba Iván. En el metro no hay suficientes cadáveres como para llenar un túnel entero.

Iván suspiró. El corazón le palpitaba con mayor rapidez y vehemencia.

—Fin de la alarma —indicó de pronto Gladyshev.

Iván se incorporó. La luz de su linterna se reflejó sobre un espejo sucio, en el que, por un instante, apareció la oscura silueta del *digger*. Iván parpadeó y se volvió.

La puerta de la cabina estaba abierta.

En su interior había muertos apoyados en las paredes y sentados. Con el cuerpo reseco.

Iván bajó el arma. Se sentía palpar las sienes. Qué locura, qué visión...

—Es raro —murmuró Gladyshev.

Iván se volvió hacia él. El curtido militar, normalmente imperturbable, estaba con la cabeza gacha. Su frente baja se había arrugado en gruesos surcos.

—¿Qué es lo que es raro?

—Este lugar es húmedo, jefe. Pero los cadáveres están totalmente secos.

—Cierto —respondió Iván.

Se acercó a la cabina y tuvo buen cuidado de entornar la puerta. Las bisagras oxidadas crujieron. Incluso los muertos tienen derecho a un poco de intimidad.

—Vamos —dijo Iván cuando hubieron salido de nuevo al túnel.

Maldito admiralze. Ahora tenían que ir al final de la columna.

—¡Abajo los moscovitas! —gritó de pronto, a lo lejos, una voz solitaria.

—¡Hurra!

—¡Matad a los peterburgueses! —gritaron otros a modo de respuesta.

Se vieron fogonazos en los puestos de control a los que se dirigían los atacantes, y una crepitación sorda y ensordecedora se hizo oír por todo el túnel. Como si balas de cañón recorrieran todo el camino en dirección a la Gostinka. Se oyeron los gritos de los soldados, el silbido de los disparos y el alarido de las balas perdidas.

Iván no tuvo tiempo para reflexionar. Se agachó por puro instinto y preparó el arma.

Se repitieron los fogonazos.

Una ametralladora Kord disparaba contra el túnel desde el puesto de vigilancia enemigo. Calibre 12,7. Pequeño, pero efectivo. Aunque tan sólo acertara en el brazo, el dolor derribaba a la víctima.

—¡Al suelo! —ordenó Iván, pero en ese mismo momento se dio cuenta de que no era una buena idea. Si lo hacían, los otros les aplastarían literalmente a pisotones—. ¡Volvemos al váter! ¡Rápido!

Acababan de llegar a la antesala de los baños cuando los primeros soldados pasaron corriendo por el túnel. Huían, presa del pánico. Varias bengalas silbaron cerca de la puerta y dejaron manchas de colores estridentes sobre la retina. Mierda.

«Ahora sí que podemos estar contentos por lo de los baños —pensó Iván—, y eso que me había quejado.»

De hecho, los *diggers* podían atribuir a la suerte el que el admiralze les hubiera condenado a controlar los baños. Si no, habrían caído bajo los devastadores disparos de la ametralladora. Todo daba a entender que los moscovitas habían segado la vanguardia atacante. Como si hubieran cosechado

setas. Tan sólo había quedado el micelio.

Se oyó una explosión en la lejanía. Una ola de calor recorrió el túnel. ¡Una granada! Los soldados aún pasaban corriendo al otro lado de la puerta, empujados por las estruendosas ráfagas de ametralladora.

Uno de los que huían se cayó y se quedó arrebujado en el suelo.

Otro fogonazo. Como si un loco encendiera y apagara un reflector con demencial rapidez.

Ta-ta-ta-ta. Ta-ta-ta-ta.

—¡Levántate! —gritó Iván, que se inclinó hacia delante y agarró al caído por la manga del uniforme de camuflaje.

Era un muchacho de unos quince años, con el cabello rubio pajizo y los ojos totalmente vidriosos. Gritaba y pugnaba por soltarse. El maldito. Iván lo levantó por la fuerza y lo arrojó a la antesala de los baños. Gladyshev lo agarró, lo levantó y le quitó el fusil. El muchacho no sabía lo que ocurría y golpeaba como un loco a todos los que tenía cerca. Gladyshev le retorció el brazo tras la espalda y lo aplastó contra el suelo. El joven se puso a chillar como si lo hubieran atravesado con una lanza. Iván se mordió los labios. Hacía mucho tiempo que no oía un chillido tan desgarrador.

Las balas pasaban silbando por el túnel. Una bala perdida se estrelló contra la pared, justo encima de la cabeza de Iván. El revoque se desmenuzó. Iván levantó la cabeza con considerable retraso. Mierda. Habría podido metérsele en un ojo.

El muchacho se puso a chillar de nuevo sin parar. Gladyshev le obligó a girarse y le dio una bofetada. No se la dio muy fuerte, pero la cabeza del chico se fue para un lado. Y luego otra...

—¡Ya basta! —dijo Iván.

De repente, la ametralladora enmudeció. En un primer instante, Iván pensó que se habría quedado sordo. Como si la sala entera se hubiese rellenado de algodón. Los oídos le zumbaban. Iván se sacó el gorro. Tenía el cabello erizado. La nuca, el cuello, y toda la columna vertebral hasta llegar al culo. Tenía una sensación como si toda esa parte del cuerpo le hubiese quedado cubierta por una capa de hielo.

—¡Qué mierda! —exclamó. Los *diggers* callaban. Su propia voz le resultaba desconocida.

«Esto nos ha salido mal —pensó Iván—. Vamos a tener que dar hasta la última gota de nuestra sangre para recuperar el grupo electrógeno.»

El agua goteaba de la cantimplora rota. Se escurría por una fina grieta que

llegaba hasta el cuello del recipiente. «Qué lástima, una cantimplora tan buena —pensó Iván—. Tarde o temprano, todo termina por estropearse.»

Se agachó y estiró las manos.

—Échame agua —le dijo a Pasha.

Éste inclinó la cantimplora. Un chorro de agua se derramó sobre las manos de Iván y le mojó las mangas de su chaqueta militar. Se frotó las manos con rápidos movimientos, las sacudió con fuerza y el agua salpicó.

—Más —ordenó.

Al ver el chorro de agua transparente que se vertía sobre sus manos a velocidad constante, Iván se acordó de Katya. Se lavó la cara entre resoplidos. El agua estaba fría y limpia. Al tercer chorro, retuvo el agua con las manos y bebió. ¡Qué precioso líquido!

Los habitantes de la Nevski prospekt tenían suerte con la estación en que les había tocado vivir. Dos pozos artesianos y otros dos de reserva. ¿Qué más se podía pedir? Su grupo electrógeno era el original. Estaba viejo, pero todavía robusto. Por otra parte, era mucho más potente que el de la Vasileostrovskaya. Se trataba de un grupo electrógeno de ubicación fija, concebido especialmente para la eventualidad de una guerra atómica. La instalación entera tenía unas dimensiones impresionantes: sala de maquinaria, entrada y salida de aire, depósito de carburante, almacenes para herramientas y piezas de repuesto, salas para el personal de mantenimiento. No tenían de qué quejarse.

Un único inconveniente: tragaba combustible sin cesar. La Vasileostrovskaya no habría podido procurárselo.

Iván le hizo un gesto con la cabeza a Pasha: basta por ahora. A continuación se secó las manos con un paño, volvió donde se encontraban sus bártulos y buscó la taza de latón. Había llegado el momento de extinguir la sed de verdad.

Se quedó de pie al borde del andén y bebió en pequeños tragos. Los soldados de la Alianza descansaban. Algunos charlaban y otros comían, pero la mayoría se había dormido. Los hombres yacían a muy poca distancia el uno del otro con sus chaquetas verdes y negras.

Bien. El sueño es la mejor medicina.

El aliento y los ronquidos de los hombres se oían por toda la sala. Más a la derecha, detrás de unas columnas orladas con molduras de aluminio, que en otro tiempo habían sido blancas, se oían de vez en cuando gimoteos. Habían improvisado allí el hospital de campaña para los heridos.

El asalto a la Mayakovskaya había fracasado. Los moscovitas se habían

preparado para el ataque.

Las unidades que avanzaron por el túnel paralelo habían tenido más suerte. Les habían atacado «tan sólo» con metralletas y fusiles de cañón rayado, porque los moscovitas tenían una única Kord.

Kulagin, con los hombres de la Nevski prospekt, había logrado tomar el primero de los puestos enemigos, con bajas relativamente escasas. Había empezado a preparar el asalto del segundo cuando le llegó la orden de retirada.

El fracasado ataque le había costado a la Alianza catorce muertos y unos treinta heridos.

—¡Merkulov, preséntate ante el general!

¿Y qué quería ahora? Iván se volvió con deliberada lentitud, suspiró y levantó los ojos, enervado. Se encontraba frente a él un joven bien alimentado, de mejillas rosadas y orondas.

—¡Eh, Merkulov! —gritó éste nuevamente—. ¿Estás sordo, o qué? Tienes que presentarte ante el general.

—Me estás atacando los nervios —gruñó Iván, bostezó con suma diligencia y se desperezó—. ¿Qué quieres?

—¿Estás ciego o qué, Merkulov? —le replicó el mofletudo—. No te pases. El general quiere hablar contigo. Ha dicho que no puede esperar.

—Si no puede esperar, que se lo haga en los calzoncillos —respondió la voz grave y ronca de Gladyshev desde el fondo—. Y nosotros, mientras tanto, vamos a jugar a corazones... ¡zas! Y esta mano no me la supera nadie... ¡zas! ¿Lo veis o qué?

El *digger* arrojó con fruición las pringosas cartas de juego sobre la mesa.

—¡¿Qué es lo que has dicho?! —La cara rechoncha del joven se puso roja como un tomate y el pecho se le hinchó amenazadoramente. Sólo un poco más y estallaría...

—¡...y zas! ¡Siete mil y pico!

—¡Haga el favor de imponer disciplina a sus hombres, *digger*! —bramó el mofletudo, totalmente fuera de sí.

—Sí, lo haré —dijo Iván en tono apaciguador. Sólo entonces se dio cuenta de que el joven llevaba galones de coronel en el hombro. Como en la antigua Milicia. ¿Podía ser que hubieran introducido un escalafón en el servicio? Tan sólo llevaban cuatro días allí. Iván se volvió hacia los suyos—. No hagáis tanto escándalo, muchachos —les cuchicheó. El coronel temblaba a sus espaldas—. Es la hora de dormir.

—¿Cómo es que murmura usted de esa manera, *digger*?

Iván miró al coronel sin entender nada.

—No me voy a poner a gritar aquí como si fuera un enfermo mental —explicó con educación, y añadió en voz todavía más baja—: Hago bien, ¿verdad que sí? —Iván se volvió hacia Gladyshev—. Igor, ¿nos quedan granadas?

El coronel Mofletes padeció un nuevo ataque de indignación.

Gladyshev levantó la mano con desenfado y se rascó la cara sin afeitarse. Los abundantes pelos que sobresalían crujieron con sonido metálico.

—Creo que...

—¿Disculpa? —dijo Iván.

—Sí, es que...

Gladyshev se dio la vuelta, distraído. Al cruzar miradas con Iván, se puso en pie como si le hubiese picado una tarántula, juntó los talones, se puso firme con tal fuerza que le crujieron las vértebras, irguió el mentón y miró al vacío.

—¡A sus órdenes, jefe! —dijo con energía, y sus babas llegaron hasta el otro extremo de la estación.

—Así está mejor —le alabó Iván—. Descanse, soldado. Disculpe, coronel, ¿qué era lo que deseaba usted?

—Esto... tendría que acompañarme usted a ver al general —dijo el mofletudo, que estaba tan confuso como impresionado—. Sígame, por favor.

Iván se sonrió y se puso en pie.

—La palabra del general es ley para mí —dijo con voz meliflua—. Guíeme, coronel.

—Vamos a llevar a cabo una guerra de posiciones —dijo Orlov.

Iván se puso en pie.

—Disculpe, ¿una qué? —replicó con voz cortante—. Creo que se perdió usted algo. Lo que tuvo lugar allí fue una matanza. No podemos superar los puestos de guardia que tienen en el túnel. Matan a los nuestros. He perdido ya dos hombres. Qué es eso de la guerra de posiciones... qué ridículo...

Memov contempló al jefe de los *diggers* sin inmutarse.

—¿Y qué es lo que usted nos propone, Iván Danilych?

«Me llama por el nombre propio y el apellido, qué educado», pensó Iván con irritación, y contempló a los presentes. Los hombres de la Nevski prospekt aparentaban total desinterés, los había que dormitaban o se hurgaban la nariz. Lo mismo ocurría con los admirales. Cuánto le habría apetecido partirles sus caras de imbécil.

—Un asalto —dijo Iván.

La propuesta suscitó reacciones. Sólo entonces se apreció inquietud en la reunión. Como un nido de ratas cuando alguien arroja una antorcha a su interior.

Memov enarcó las cejas y asintió.

—Entiendo. Ya puede usted sentarse, sargento —dijo, y se volvió hacia el vecino de Iván—. ¿Y usted? ¿Qué nos propone usted?

El tío de la Nevski prospekt se puso en pie, asustado, y titubeó, sin saber qué decir. Memov aguardó hasta que el hombre se hubo enredado en sus propias palabras y enmudeció, humillado. Sólo entonces se volvió hacia el siguiente.

Iván escuchaba. La mayoría postulaban una dirección «lenta» de la guerra: había que desmoralizar al adversario. Estaba claro que el resultado nada glorioso del primer asalto los había intimidado.

«A mí también eso de que acabaríamos con ellos con una mano atada a la espalda», pensó Iván.

—Entonces, vamos a tener que tomar una decisión. ¿Qué nos aportaría un asalto inmediato? —Memov contempló a todo el círculo de los reunidos y sus ojos se detuvieron con fruición en cada uno de sus miembros. Como si hubiera clavado papeles en un tablón de notas o escarabajos en un corcho. Número uno: Voinovich. Número dos: Taras. Número tres: Kulagin. Número cuatro... la mirada del general se detuvo en Iván, el cual se sintió incómodo en extremo.

En la escuela, Vodyanik les había hablado de los hielos del norte. Esos hielos estaban en los ojos de Memov: aguas negras y viscosas en las que flotaban gruesos témpanos de hielo.

—Bueno, ¿acaso los señores oficiales se han quedado sin habla? —preguntó el general con una sonrisa de suficiencia—. ¿Qué me dicen? ¿Cómo podría salirnos un asalto a la Vosstaniya?

Iván hacía trabajar el cerebro: ambos hemisferios cerebrales, más el cerebelo. «Lástima que los lóbulos cerebrales no sean músculos —pensó—. Todo habría sido más sencillo. Habría sido posible entrenarlos con regularidad y luego pensar como si hubieran estado engrasados.» Pero, tal como eran las cosas, ¿podía hacer algo?

No se le ocurría nada.

—Iván Danilych, por favor. —El general había vuelto de nuevo los ojos hacia él.

Iván suspiró. Ponerse en pie y terminar lo antes posible con el asunto... aquélla era la única posibilidad. Y no decir nada que fuera superfluo. Los

señores oficiales tenían que tomarse la sopa con la conciencia tranquila.

—Primero, vamos a difundir el rumor de que atacaremos dentro de tres días —empezó a decir Iván—. Segundo, les enviaremos a los moscovitas un ultimátum para dentro de tres días. Antes de que termine ese plazo, tienen que devolvernos el grupo electrógeno y entregarnos al asesino de Efiminyuk. Si no, les amenazaremos con tomar las medidas correspondientes. En tercer lugar... — Iván enmudeció.

Se oyó un murmullo de irritación entre los presentes. Hubo varios que gritaron:

—¿Entonces para qué vamos a negociar?!

—¡Este tío está flipado!

—Pero ¿quién es el pavo ese?

—¡Pues tiene razón!

—¡Qué imbecilidades!

Memov fue el único que no hizo ninguna mueca.

—Prosiga, Iván Danilych —le requirió, al ver que la pausa se alargaba.

—En tercer lugar, después de todas estas medidas preparatorias, atacaremos esta misma noche.

Los murmullos se interrumpieron en seco.

Los presentes intercambiaron miradas de desconcierto.

—¿Antes de que expire el ultimátum? —Memov le lanzó una mirada inquisitiva a Iván—. ¿Lo he comprendido bien?

—Sí.

«¿Qué disparate les estoy diciendo?», pensó Iván.

—¿Y cómo va a tener lugar el ataque?

—Los *diggers* iremos a acabar con los puestos de vigilancia —explicó Iván—. E inmediatamente después tendrá lugar el asalto. Nuestra única posibilidad es tomar la Mayakovskaya por sorpresa. Si los moscovitas huyen, los perseguiremos hasta la Vosstaniya. Una vez allí, no podrán organizarse. Pero si les concedemos demasiado tiempo, podrían aislar las estaciones mediante las puertas herméticas. —Iván se encogió de hombros—. Y entonces empezaría una larga historia. No sé vosotros... —lanzó una mirada provocadora a su alrededor—. Yo, personalmente, no siento ninguna necesidad de quedarme aquí sin hacer nada.

En cuanto se declaró disuelto el consejo, se oyó ruido de sillas y los participantes abandonaron la sala. Iván también tenía la intención de alejarse,

pero el general le ordenó que se quedara.

—Iván Danilych, por favor, quédese usted un momento.

«Mierda —pensó Iván—. Habría tenido que mantener la boca cerrada.»

En cuanto ambos estuvieron solos, Memov sacó una botella de coñac y un par de vasos de estaño. Los llenó e hizo un gesto con la cabeza para ordenarle a Iván que bebiera.

El líquido parduzco le bajó por la garganta como aceite y le dio una agradable sensación de calor en el estómago.

—Mi hijo podría tener la misma edad que tú —dijo el general—. Si hasta podríais ser amigos. Por desgracia, a duras penas lo recuerdo. Él estaba siempre con su madre, y yo siempre de viaje. Ahora, al recordarlo, me duele. Y tú te pareces a mí. Sólo que yo, a tu edad, era un poco más callado.

—Sí, ¿y? —Iván sintió como un estremecimiento en la mejilla—. ¿Tengo que deshacerme de emoción y sustituir a su hijo?

—Eres un cabeza caliente, Iván Danilych —replicó Memov, al tiempo que negaba con la cabeza—. En realidad, eso no es malo, pero a veces me destrozas los nervios. Sobre todo cuando la cabeza caliente se transforma en insolencia. No soporto a los maleducados.

—Yo tampoco.

Memov sonrió.

—Márchate, sargento.

«Bonita conversación —pensó Iván—. Cuánta sinceridad.» Al llegar a la puerta, no logró contenerse y se volvió.

—¿Sabe usted cuántas confesiones semejantes he oído en mi vida, general? —preguntó—. Uno de cada tres de su generación cuenta la misma historia. Y es la verdad. Todos ustedes tenían hijos... eso ya lo sé. Todos ellos murieron... esto también lo sé. Todos ustedes han tenido que pugnar con ello... lo comprendo. ¿Pero sabe usted qué es lo que pienso en realidad? ¡¿Quiere que se lo diga con toda franqueza?! —Iván se acercó a Memov como si hubiese querido arrojarlo contra la pared. Los ojos del general resplandecían—. Ustedes mismos tuvieron la culpa de que su maravilloso mundo de antes se fuese al arroyo. Y ahora se esfuerzan por transformar nuestro mundo nuevo, que desde luego no es tan maravilloso, en una copia del antiguo. ¡Y no hace ninguna falta! Lo encuentro patético y repugnante, como un *zombel* que hurga en las basuras. Podríamos arreglárnoslas sin ustedes. No necesitamos para nada su ayuda. ¡¿Me escucha usted?!

—No me grites aquí. —Memov hizo una mueca—. No estoy sordo. Dime una cosa... —Vaciló—. Antes, en la reunión, has hablado mucho. ¿Lo has dicho todo en serio?

Iván reflexionó.

—Hay que castigar la maldad —replicó Iván por fin—. En ciertas ocasiones, la justicia puede tener un rostro feo... pero el castigo es necesario. Ésa es mi opinión. Los moscovitas tienen que pagar por lo que han hecho.

Se hizo una pausa.

—Mi revólver es veloz —dijo Memov, pensativo, y miró a los ojos al *digger*.

—¿Y qué ha querido decir con eso? —preguntó Iván en tono cortante.

—Es una cita de una película americana —explicó el general—. De una película del Oeste. —Memov negaba con la cabeza—. Tienes razón, Iván Danilych, ahora vivimos en un mundo nuevo. O, mejor dicho, en la transición entre dos mundos. En la tierra de nadie, entre el mundo antiguo y el nuevo que emerge ante nuestros ojos. La conquista de América. Terranova bajo los arados. Una panda de jóvenes que nos borra de la faz de la Tierra. El metro se ha transformado en frontera.

—Eso no lo entiendo.

Memov siguió hablando como si no hubiera oído la observación de Iván.

Cómo no se me había ocurrido nunca... —Se rascó la barbilla, pensativo—. La frontera. Los límites. La tierra en la que gobierna el revólver. Así es todo más fácil de entender. Muchas gracias por esta charla tan instructiva, Iván Danilych. ¡Ya puede marcharse, sargento!

Iván asintió enérgicamente con la cabeza y se dirigió a la puerta. Al llegar al umbral, vaciló una vez más. «¡Déjalo ya de una vez!», pensó, y se enfadó consigo mismo. Sin embargo, se volvió una vez más.

El general se había sentado en su escritorio y estaba concentrado en sus papeles.

—¿Te has olvidado de algo? —preguntó Memov, al tiempo que levantaba los ojos.

—No es el revólver —dijo Iván.

—¿Qué?

—Se equivoca usted, general. Aquí no manda el revólver —Iván esperó antes de seguir hablando. ¿Aquel tío no lograba entender nada?—. Lo que manda aquí es el coraje.

Memov se levantó y miró a Iván.

—Voy a pensar en tus palabras, sargento.

El avance sobre la estación empezó hacia la mañana, cuando los moscovitas aún dormían plácidamente. El profesor Vodyanik llamaba «hora del Toro» a esa última fase de la noche, «las horas en las que el ganado se echa a dormir». La hora de los *monsters*, en la que los poderes malignos se vuelven aún más fuertes.

La bruma de las granadas de humo llenaba el túnel. Los destacamentos de *diggers* de Shakilov y Sonis andaban a tientas sin luz. Sonis era un judío de poca estatura, sarcástico. Sabía matar con el canto de la mano y arrastrar al agotamiento nervioso con su locuacidad a los supervivientes. Bueno, esto último quizá fuese un poco exagerado, pero era un modo de expresar la realidad.

Los hombres de Iván se habían incorporado a la sección de asalto. Se preveía su actuación en el caso de que las tropas avanzadas no pudieran acabar sigilosamente con los centinelas y abrirle así el camino a la fuerza de ataque principal de la Alianza.

«Vamos a hurtadillas en la oscuridad como los *zombels*», pensaba Iván. Cuando se dio cuenta, se le puso la carne de gallina.

Su pequeña tropa estaba equipada con dos granadas por hombre. Así, llevaban en total diez, además de una granada de reserva para Iván. Para una operación en espacios reducidos, lo ideal habrían sido tan sólo cuatro hombres, pero Iván no podía pretender tanto. Le habían obligado a llevar a un observador de los admirales.

El *digger* revisó una vez más su equipamiento. La cápsula de la granada era fría al tacto. Una granada cegadora salida de los almacenes del OMON.^[12] Las granadas explosivas no se encontraban fácilmente en la ciudad. Por otra parte, le habían entregado una pistola de señales con diez cartuchos. Ése era el plan: cubrir al enemigo con granadas y cohetes, ensordecerlo y cegararlo, empujarlo al pánico. Y luego tomar la estación por asalto. Sin preocuparse por las bajas.

Iván tenía los ojos clavados en la oscuridad, tan tensos que empezaban a dolerle. No se veía ni el más mínimo fulgor... nada. El tiempo pasaba con lentitud.

El soldado que iba a su lado se apoyaba nerviosamente, ora en una pierna, ora en la otra. Era Kolyan, de la Admiralteyskaya... el Fanático. Lo llamaban así por su ferviente entusiasmo por las artes marciales asiáticas. Estaba ansioso por entrar en combate.

«Hoy se decidirá todo», pensó Iván. El humo del túnel se había transformado

en un tupido velo por el que los defensores de la estación no podrían reconocer a los atacantes. Eso era lo que se esperaba. En el estómago de Iván crecía un vacío que todo lo succionaba, como si hubiera estado a punto de arrojarse a una fosa profunda. Si las fuerzas de asalto de la Alianza lograban adueñarse de la Mayakovskaya, estarían a un paso de capturar la Vosstaniya. Pero la Mayakovskaya era una fortaleza. Igual que la Vasileostrovskaya.

Iván suspiró. De pronto se acordó de la cara que había puesto Tanya cuando le había dicho que tendría que marcharse a la guerra. Una cara de extrañeza. No porque se marchase. Entrañaba, más bien, la pregunta: ¿Es posible que la guerra sea igual de importante que la felicidad?

Las mujeres tienen su propia representación de la felicidad. Para nosotros, los hombres, los símbolos no son tan importantes. ¿Qué significa para nosotros un anillo en el dedo? Si una mujer nos pertenece, simplemente lo sabemos. El anillo no tiene ningún papel en ello. El vestido de bodas, el anillo, la ceremonia solemne... pamplinas de mujeres. ¡Mujeres! Sólo se creen que son felices cuando les han otorgado la bendición oficial.

Oyó un ruido metálico en la inmediata cercanía. Iván habría querido darle una patada en el culo al responsable.

«¡Pero qué inepto, joder! El túnel va en línea recta. Si los moscovitas están tan paranoicos como se dice, deben de tener a punto la ametralladora para disparar a ciegas en caso de necesidad. ¿O puede que los centinelas ya estén muertos? ¿Dónde se ha metido Shakilov?»

«¿Y qué pasa con la señal de ataque?»

A Iván le sudaban las manos. Se las secó con la chaqueta.

Los planes nunca salen bien al cien por cien. Siempre hay alguien que la caga. Sin embargo... ¡esto tenía que salir bien!

Iván consultó el reloj. Las agujas brillaban con un fulgor verde en la oscuridad. Había conseguido el reloj en la tienda de la Línea 5. Todo se reducía a un buen mecanismo... bastaba con darle cuerda y funcionaba de manera impecable. Antes de que empezara la acción, Memov había sincronizado los relojes. En ese momento, las agujas marcaban exactamente las cuatro y treinta y dos.

Shakilov había partido veinte minutos antes. Una eternidad.

Pero no se veía ninguna señal.

¿Qué hacer?

—¿Falta mucho para llegar? —cuchicheaba alguien—. Jefe, ¿falta mucho

para llegar?

Otro que se merecía una patada en el culo.

—¡Silencio! —susurró Iván.

Las puertas herméticas eran un recurso imprescindible para proteger los túneles de metro contra la amenaza de inundaciones. Se trataba de puertas de acero cuadradas, de medio metro de grosor, instaladas en los túneles y al final de las escaleras mecánicas. En todos los túneles había entre dos y cuatro.

Los mecanismos automáticos de cierre habían dejado de funcionar, pero las puertas se podían accionar también manualmente. Si se disponía de una llave especial y una palanca, se necesitaba entre ocho y nueve minutos para cerrarlas.

Iván calibró de manera realista la situación: si los moscovitas se daban cuenta de lo que ocurría y resistían durante el tiempo suficiente para cerrar la puerta hermética que se encontraba al final del túnel (a unos veinte metros del andén), y otra en el paso entre la Mayakovskaya y la Ploshchad Vosstaniya, prácticamente habrían ganado la guerra.

Porque hacerlas estallar no era una opción realista. ¿Quién habría estado lo bastante loco como para volar una puerta hermética? Aunque, por otra parte, ¿quién podía estar lo bastante loco como para robar un grupo electrógeno?

«Esos hijos de la gran puta. Por su culpa tengo que estar aquí.»

La tensión se le hacía insoportable. Iván cerró los párpados durante unos segundos para dar un breve reposo a sus ojos fatigados. Su destacamento de asalto aguardaba a que diese una orden.

Cuando salían de la estación, Vodyanik los había llamado granaderos de Pedro el Grande. El propio profesor iba con la fuerza de asalto principal. No podía andar muy rápido, y su ágil entendimiento, por sí solo, no habría podido hacer nada contra los moscovitas... estos últimos estaban más interesados en acribillarlos que en escucharles.

Iván suspiró. De pronto se le había aparecido el rostro de Kosolapy... su sonrisa de adiós troquelada en la oscuridad.

Precisamente ahora, maldita sea.

Iván se estremeció. ¡La señal!

Avanzó al instante, Kalashnikov en ristre.

—¡Preparad las granadas! —ordenó.

El sonido individual de cada una de las botas contra el suelo, claramente audible, le hacía pensar en lo pequeño que era su destacamento. Oía a su lado un resuello ronco y tenso. El admiralze Kolyan corría como un poseso. Iba armado

con un Simonov SKS de calibre cinco, modelo de caza, semiautomático. Disparar con él era divertido y, por otra parte, no era en absoluto un mal fusil. Pero Iván no confiaba lo más mínimo en el admiralze.

«Espero que no lo estropee todo», pensaba.

Iván cerró las mandíbulas con fuerza. Vio fogonazos una vez más. Se oyeron disparos. Un griterío ensordecedor. Iván aceleró la marcha y espoleó también a sus hombres.

—¡Hurra!

Por fin se había terminado el juego del escondite.

Al llegar al primero de los puestos de guardia, no encontraron ninguna resistencia, y saltaron sin problema por encima de los sacos de arena. Detrás de éstos había varios cadáveres en uniforme gris sobre las guías. Moscovitas, no cabía ninguna duda. Muertos. ¿Algo más? Iván vio por el rabillo del ojo a otro moscovita que estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared del túnel. Le habían cortado la garganta y tenía el pecho cubierto de sangre.

A su lado había un vaso de color blanco que había escapado de su mano sin vida.

¡Adelante!

El segundo puesto de guardia. En éste había aún más cadáveres. Más adelante se oían chillidos y crepitaban los disparos.

Humareda por todas partes. Y el hedor a goma quemada.

Asaltaron el andén. Iván se mareaba con la intensidad de la luz. En primer lugar, se arrojó contra ellos un hombre mayor vestido con una chaqueta de plumas de color anaranjado, como si hubiera enloquecido, con una escopeta de cañones superpuestos en las manos. Iván le disparó... ¡pum! No le había dado. Otra vez, ¡pum! Tocado.

Al acercarse, Iván vio que el hombre doblaba las rodillas. Sus ojos sin vida miraban al vacío.

Antes del asalto habían colocado botellas de plástico repletas de lana de vidrio en los cañones de las armas. Silenciadores de fabricación propia, pero bastante efectivos. Era Shakilov, viejo experto en armas, quien les había enseñado el truco.

El hombre de naranja se desplomó. Iván saltó por encima de su cuerpo sin vida. De pronto, otros tres hombres se lanzaron contra el *digger*. Llevaban uniformes grises del Ministerio de Protección Civil, casi tan antiguos como el propio metro. Un disparo. La bala silbó y se estrelló contra el granito. Saltaron

chispas. Iván dio otro paso hacia un lado, rodó hasta la pared de color rojo oscuro y se ocultó tras un saliente. Una estación muy práctica. Detrás de cada uno de los salientes se podía ocultar una persona. Pero no tenía tiempo para descansar. Iván llevó la mano al cinturón y tomó el frío recipiente de acero. ¡Anilla, palanca, uno, dos!

—¡Cerrad los ojos! —gritó Iván, y arrojó la granada.

Se agachó, se cubrió los oídos y cerró los ojos. ¡Bum! El estallido de luz se coló incluso por entre sus párpados cerrados.

Iván abrió los ojos y se puso en pie.

—¡Adelante!

Subió por las escaleras hasta el pasillo de enlace. En éste había una barricada de sacos de arena, y por entre los sacos se asomaba el cañón de un arma.

—¡Al suelo! —gritó Iván.

Kolyan encabezaba el asalto y la ráfaga, literalmente, le segó. Iván logró arrojar al suelo en el último instante y rodó hacia un lado.

Buscó la segunda granada que llevaba en el cinturón. Anilla, palanca...

—¡Cerrad los ojos! —gritó Iván, y la arrojó.

¡Bum! El fulgor rojo se le coló por entre los dedos y le llegó hasta el cráneo. Le quedaron manchas de colores en los ojos.

Sin levantarse del suelo, Iván empuñó el «Bastardo». El estrépito era tan grande que los disparos apenas si se oían. La culata del «Bastardo» le golpeó el hombro. ¿Había acertado o no? Iván no tenía ni idea. ¡Había que avanzar y no perder tiempo!

—¡Hurra! —oyó que alguien gritaba a su lado. Siluetas negras pasaron corriendo en silencio.

El estruendo de los disparos era ensordecedor.

Iván pasó junto a Kolyan, echado en el suelo —probablemente muerto—, y se arrojó de cuerpo a tierra frente a la barricada de sacos de arena que protegía las escaleras mecánicas. Debía de llegarle a la altura de la rodilla. Se arrastró más o menos a cuatro patas a lo largo de la barricada, y entonces, de repente, se levantó y disparó a ciegas. Las balas perdidas hicieron mella en el granito. Gimoteos. ¿Le habría dado a alguien?

Iván retrocedió arrastrándose por el suelo y echó una rápida ojeada por encima de los sacos de arena. Un cuerpo sin vida. Había tenido suerte. Iván trató de dar un paso largo por encima de la barrera, pero no lo consiguió y se cayó de vientre sobre los sacos de arena. Mierda.

En ese instante le asaltó como una especie de disparatado presentimiento de que estaba a punto de asaltar su propia estación, la Vasileostrovskaya.

¡No era momento para reflexiones! ¡Luego!

Iván sacó fuerzas de flaqueza, se puso en pie y...

... vio de pronto, frente a sí, a un soldado con uniforme gris que bajaba a toda velocidad por las escaleras.

Pelirrojo, piel rugosa, cara pálida. El moscovita levantó la cabeza y abrió los ojos. Iván encaró el Kalashnikov. Clic. Se le habían terminado los cartuchos. Iván tiró del gatillo una vez más, como si así pudiera funcionar. Sintió un calambre en el dedo.

Entonces, el pelirrojo, por su parte, apuntó con el fusil. Guiado por sus reflejos, Iván se plantó frente a él y le dio en la cara con el cañón del arma. Se le rompieron los dientes. El moscovita retrocedió, tambaleante, y echó la cabeza hacia atrás. Un instante que duró una eternidad. El pelirrojo contempló a Iván y abrió la boca, como si hubiese querido decir algo. Un grueso reguero de sangre manaba de su nariz. Parpadeaba con estupefacción. Iván empuñó el «Bastardo» y le dio otro golpe. Sintió el metal húmedo entre los dedos. Y otro golpe. ¡Cáete de una vez! Al fin, el pelirrojo se desplomó al suelo.

Iván miró a su alrededor.

Rojo.

El rostro blanco de Mayakovsky contemplaba a Iván desde la pared de color rojo oscuro, gigantesco y fantasmal, como si hubiera surgido de una gruesa costra de sangre seca.

La mitad de la estación había quedado cubierta por la humareda. Una alarma contra incendios aullaba. ¡Y qué increíblemente intensa era la luz!

Una ráfaga de fusil ametrallador crepitó en el pasillo. Las balas arrancaron piezas del mosaico de color rojo oscuro de la pared. Uno de los disparos impactó en uno de los paneles de iluminación. La bombilla que estaba debajo explotó ruidosamente y, de pronto, el pasillo quedó más oscuro.

Iván se agachó. Entre la humareda y la lluvia de esquirlas descubrió la silueta de un tigre en plena carrera. Se agitó. No podía ser que volviera a sucederle lo mismo. No en ese momento. Hombres con uniformes de camuflaje pasaron corriendo por su lado. Iván tuvo un momento de terror... y luego respiró hondo: eran los suyos.

El hedor punzante de la pólvora y el olor metálico de la sangre. Humo.

ROJO.

Shakilov emergió de entre el humo omnipresente, cubriéndose la mejilla con la mano. Tenía el rostro desfigurado por el dolor. La mitad izquierda de la cara estaba llena de sangre.

—¿Qué te ha ocurrido? —le preguntó Iván.

Shakilov escupió sangre.

—Me he caído por la escalera —explicó—. Y he aterrizado encima de la mandíbula. Me la he fastidiado un poco, ¿lo ves? Abrió la boca y mostró una horrible sonrisa. Le faltaban la mitad de los incisivos, y otros dientes se le habían torcido de manera espectacular. Y tenía sangre por todas partes.

—Qué divertido, ¿eh?

—Bueno, no lo sé —le respondió Iván—. ¿Qué pasa con la estación?

En vez de responderle, Shakilov metió el pulgar y el índice en la boca y, con el rostro desfigurado por el dolor, se arrancó uno de los dientes dañados.

Arrojó el diente al suelo y escupió. Se formó una mancha de sangre sobre el claro mármol del suelo y al lado de éste quedó a la vista un diente blanco que parecía de plástico.

—Ya eztá —murmuró Shakilov—. Noz hemoz apoderado de la *Mayak*.

Se metió la mano en la boca una vez más y se puso a trabajar con otro diente.

—¿Y la Ploshchad Vosstaniya? —preguntó Iván—. ¿Habéis llegado hasta allí?

Shakilov negó con la cabeza. Se sacó la mano de la boca y escupió de nuevo. Su chaqueta estaba sucia de sangre y de alguna cosa gris, probablemente ceno. Trataba de hablar con los labios al mismo tiempo que se examinaba el resto de los dientes con la lengua. Una visión terriblemente cómica. Luego contrajo el rostro sucio de sangre en una amarga sonrisa.

—Esos cabrones se nos han adelantado —informó—. No son unos principiantes. Han erigido barricadas.

—¿En los dos accesos?

—Sí. —Shakilov hizo un gesto de frustración—. Me cago en ellos. Agarra el fusil y prepárate para repartir palos.

6-Los químicos

LOS entierros son para los vivos.

Iván observó mientras alineaban los cadáveres sobre el andén. De pronto, se dio cuenta de dónde estaba y se quitó el gorro. Tenía los cabellos hechos una masa pegajosa... hacía una eternidad que no se los lavaba. La corriente de aire que salía de los túneles le acariciaba la nuca y se la refrescaba... una sensación nada habitual.

Los hombres de la unidad de enterramiento vestían abrigo negro y mascarillas blancas. Algunos se habían puesto también máscaras antigás. Tenían un aspecto lúgubre, lo que cuadraba con los encargados de dar sepelio a los muertos en aquella era postatómica. Envolvieron cada uno de los cadáveres con láminas de plástico y sujetaron éstas con cinta adhesiva. Finalmente los cubrieron con lonas. Llevaron a cabo su trabajo sin prisas y con dignidad... casi con cierta afectación.

Iban a tener mucho trabajo ese día. Tan sólo en la estación habían contado más de treinta muertos. Y ésos no eran todos.

Se contaba que la empresa de pompas fúnebres había construido un gigantesco crematorio en el conducto de ventilación de la estación Prospekt Slavy, porque tenía entrada de aire desde la superficie y, por supuesto, salida de gases. El conducto medía unos tremendos cincuenta metros. Al prender fuego se armaba tal estrépito que el crepitar de las llamas se oía hasta dos estaciones más allá, según decía el tío Yevpat.

Pero no se trataba de un verdadero crematorio, porque los huesos no ardían. Se habrían necesitado temperaturas mucho más elevadas.

Por ello, las unidades de entierro amontonaban los esqueletos calcinados en un túnel sin otro uso que se encontraba detrás de la estación. Ya debían de acumularse millares. Una ciudad entera de esqueletos.

Se les iban a añadir otros treinta.

—Rindamos los últimos honores a los muertos —dijo secamente el oficial que tenía a su cargo el sepelio cuando todos los cadáveres estuvieron a punto—. Un minuto de silencio por los caídos.

Iván bajó la cabeza. El silencio se hizo en la estación y acalló los últimos murmullos.

Los hombres de las estaciones Vasileostrovskaya, Admiralteyskaya, Nevski prospekt, Gostiny dvor y algunos mercenarios. Todos ellos estaban en pie y callaban. «Esto es lo que de verdad une a los seres humanos —pensó Iván—: la muerte.»

Quiero volver a casa.

Iván estaba inmóvil y sentía el aire frío en la nuca.

Quiero. Volver. A. Casa.

—El minuto ha terminado —anunció el oficial que presidía el sepelio—. Ha llegado el momento de la despedida.

Iván se colocó de nuevo el gorro y miró mientras el cortejo fúnebre desaparecía por el túnel. Luego volvió con su gente.

Tenía hambre, pero no apetito.

El vapor se elevaba desde el vaso de acero fino y paredes gruesas. Iván aspiró con glotonería. Estaba húmedo y caliente. Luego se llevó el vaso a la boca y bebió con precaución para no escaldarse. Tan sólo con buena voluntad se reconocía un poquito de dulzura en el agua caliente. El propio vaso no estaba caliente, pero es que tenía doble pared y un vacío entre ambas: alta tecnología de los tiempos anteriores a la Catástrofe. Hacía mucho, cuando Kosolapy aún vivía, Iván había encontrado el vaso en un viejo supermercado, junto con varios otros artículos de utilidad, como un hacha plegable y un termo con colores de camuflaje.

Entre los hallazgos se encontraba también un enorme globo terráqueo hecho de piedra natural amarilla. El pensativo Iván había recorrido los relieves de la Tierra con los dedos y había leído nombres de ciudades que ya no existían: Nueva York, Ciudad de México, Buenos Aires, Santiago de Chile, Tver, Bolonia, Nizhni Novgorod, Moscú. «Una tienda para trotamundos», había dicho Kosolapy. Aún mejor, para gente a quienes les gusta sentirse trotamundos sin salir de su casa.

Ah, Moscú...

Los moscovitas no parecían tener mucha prisa por correr en auxilio de sus camaradas de la Mayakovskaya. «Habría sido aún más bonito», pensaba Iván.

Habían pasado diez días desde la toma de la Mayakovskaya. Los moscovitas habían rechazado todos los asaltos posteriores de la Alianza, e incluso habían lanzado un contraataque. ¿Qué habían gritado la última vez? «El zar Ahmed os exige la capitulación. Si capituláis, hallaréis clemencia.» Ajá. ¿Algún otro deseo?

En realidad, habían quedado en tablas. Y entretanto había llegado la hora del té. Fabuloso.

Iván se bebió otro trago y dejó el vaso en el suelo. Habían enviado la tropa a la Nevski prospekt para que reposara. Iván mojó una galleta dura dentro del vaso, se la metió en la boca y empezó a masticar.

Un vaso de agua caliente, un terrón de azúcar y un par de galletas duras como la piedra... las alegrías culinarias del soldado.

Los había que no tenían ni eso. Iván no lograba sacarse de la cabeza la imagen de los cadáveres alineados sobre el andén.

—Tengo una idea —dijo Sazonov.

Iván se tragó el trozo de galleta a medio masticar y se volvió hacia su amigo:

—¿De qué va esa idea?

En un primer momento no entendió de qué le hablaba Sazonov. Sus pensamientos aún daban vueltas en torno a la ceremonia de enterramiento. A los cadáveres envueltos con láminas de plástico. Al minuto de silencio. A los vasos llenos de líquido infecto, cubierto cada uno de ellos con una galleta dura. Habría querido rascarse la cabeza, pero aún sostenía media galleta con la derecha. Se rascó con la izquierda.

—Ah, ¿quieres decir una idea para asaltar la Vosstaniya?

—Un ataque con gas —dijo Sazonov.

—¿Y cómo lo haremos?

—Podríamos prender fuego a neumáticos viejos. Luego colocaríamos un ventilador que funcione, con un cable que vaya hasta la Gostinka, y les meteríamos por el culo un poquito de humo de goma quemada.

—Tienen máscaras antigás —respondió Iván, que cada vez entendía menos adónde quería ir a parar Sazonov.

—¿Ah, sí? ¿Y habría suficientes para todos?

Iván miró a su amigo, casi con respeto. ¡Por supuesto que no tendrían para todos! Como mucho, veinte máscaras antigás para doscientas personas. Habría mujeres, niños...

Lo comprendió por fin.

Gasearlos. Por Dios.

—No me habría imaginado que pudieras concebir un plan tan inhumano.

—¡Yo sólo soy fiel a la Alianza Primorski! —Sazonov hizo una mueca—. Lo siento, Vanya. Es que estoy muy cansado.

Iván asintió. Estaban todos muy cansados.

—¿Sabes una cosa, amigo mío? —dijo—. Vamos a pensarlo con tranquilidad. —Oyó pisadas y se volvió—. Igor, ¿las has traído?

Gladyshev dejó una cesta en el suelo. Estaba cargada con viejas pelotas de tenis. En otro tiempo habían sido amarillas, pero la acción del tiempo y un sinnúmero de manos sudadas las habían teñido de gris. El *digger* asintió. Su rostro chato estaba atravesado por profundas arrugas y no aparentaba ninguna emoción. Como mucho, tedio.

—Sí.

—Gracias —dijo Iván, y se puso en pie—. Entonces vamos a empezar. Muchachos, en formación.

—¿Ya? —rezongó Pasha, al tiempo que se levantaba de mala gana.

—¿Cómo que ya? Por fin, querrás decir. ¡En pie! ¿Estás esperando una invitación especial, Solokha? ¡Solokha!

—Ya voy —respondió el aludido, y dejó el libro que leía.

Solokha, un tío alto, algo torpe, de cabellos rubios oscuros, había estado leyendo medio tumbado, con la espalda apoyada en el saco de dormir. Llevaba siempre unas gafas pequeñas y sin montura apoyadas sobre la punta de la nariz. Aprovechaba todos sus minutos libres para leer. Tenía la peculiaridad de preferir libros con títulos indigeribles como *Las enseñanzas de Don Juan: una forma yaqui de conocimiento*. El propio Iván no habría leído ni en sueños nada semejante. Lo había intentado tan sólo una vez, pero no había logrado pasar de las primeras páginas.

Aunque no se podía decir que no le gustara leer.

Sólo que...

El sentido de la vida que surgía de aquellas páginas le había abrumado.

A Solokha, en cambio, sí le gustaba.

—¿Estáis a punto? —Iván miró uno tras otro a los *diggers*. Por supuesto que habría sido mucho mejor hacer los entrenamientos lejos del barullo de la estación, pero en las condiciones presentes tampoco podían elegir. Por otra parte, tampoco les iría mal a los muchachos aprender a concentrarse en condiciones difíciles.

—¡En marcha! ¡Distribuíos en círculo!

Primero hicieron ejercicios con una pelota. Iván se la arrojó suavemente a Pasha y dijo «I» mientras volaba por el aire. Pasha la cazó al vuelo, se la arrojó a Gladyshev y dijo: «Iv». El siguiente tuvo que decir «Ivá» y volver a lanzarla, y el que vino después dijo el nombre completo: «Iván.» Luego empezaron con el nombre del que venía después. A continuación repitieron el mismo ejercicio con los nombres al revés, con la última letra al principio. Después entró en el juego una segunda pelota. Y una tercera. Era un ejercicio que les había enseñado Kosolapy. Agudizaba la concentración, la coordinación y la empatía con los compañeros. Kosolapy había concebido un gran número de ejercicios como ése. Por ejemplo, el «espejo». Dos *diggers* se colocaban uno enfrente del otro, uno de ellos hacía movimientos y el otro tenía que repetirlos como si estuviera frente a un espejo. Aguzar los sentidos, entenderse sin palabras con el compañero... esas habilidades se encontraban entre las más importantes para los *diggers*.

—Primero, tomad contacto visual —enseñaba Iván, como de costumbre—. Luego, arrojad la pelota. Pero con suavidad. Con delicadeza. Siempre de manera considerada para con el compañero.

Las pelotas de tenis volaban de un *digger* a otro. Iván escuchaba tan sólo a medias las voces y risas de la gente que pasaba por allí. Se había reunido un buen número de personas para presenciar el entrenamiento de los *diggers*. Seguro que existen espectáculos más emocionantes que ése, pero en tiempos de guerra se agradece cualquier diversión.

Aquel día el entrenamiento no marchaba bien.

—¡Vadim! —tronó Iván cuando Sazonov dejó caer la pelota por enésima vez—. ¿Qué te sucede hoy? ¿Estás dormido o qué? Hazme el favor de concentrarte.

Poco después estuvo a punto de caérsele una pelota de la mano también a él. Se la habían arrojado con tanta fuerza que, al agarrarla, le dolió la muñeca y se le entumecieron los dedos.

—¡Mierda!

La multitud se echó a reír.

—Disculpa, Vanya —dijo Sazonov en un tono que no era de arrepentimiento—. Lo siento, hoy no logro concentrarme.

—Vale, vale. Ya basta por hoy. —Iván les hizo una señal con la mano para que lo dejaran. La mano aún le dolía—. Igor, tú recogerás las pelotas. Final del entrenamiento, el espectáculo ha terminado.

La muchedumbre rezongó, decepcionada.

Mientras Gladyshev recogía las pelotas, Iván le echó la bronca a Sazonov.

—Pero, ¿a ti te pasa algo? Parece que estés cansado.

—Pues mírate tú en el espejo, Vanya. En comparación con tu jeta, una selva se vería bien cuidada.

Sazonov sonrió con malicia, dio media vuelta y se marchó. Su abrigo beige resplandeció a la media luz de la estación.

«¿Adónde se marcha ése ahora? —se preguntó Iván—. ¿Será que ha ligado con alguna chavala de la Gostinka? No me extrañaría nada.»

Iván se palpó la mejilla con la mano mientras contemplaba a su amigo. Sazonov tenía razón: una vez más, tardaba demasiado en afeitarse.

Iván sacó el hervidor con el agua caliente y sumergió la navaja de afeitar para calentarla. Trató de ponerse de manera que por lo menos una parte de su rostro se reflejara en un espejo pequeño con marco de plástico que tenía, no más grande que la palma de su mano. Luego sacó la navaja de afeitar del agua y se la pasó con precaución por encima de la mejilla enjabonada. El metal caliente segó entre crujidos los cañones de su barba.

Aparecieron en ese instante. El corpulento Kulagin se presentó por el paso de la Gostinka, casi corriendo. Le perseguía un hombre pequeño y gordo vestido con un traje. «Qué gente circula por aquí», pensó Iván.

—Por mil diablos, ¿por qué me sigues?! —le preguntó Kulagin al gordo.

El civil tuvo un instante de perplejidad, pero luego miró directamente al rostro enfurecido del jefe de las tropas de la Vasileostrovskaya.

—Yo... esto... exijo...

—¿Qué es lo que exiges? —bramó Kulagin.

El civil hizo acopio de valor y se hinchó hasta su máximo volumen.

—¡Exijo la prohibición inmediata de las granadas cegadoras! ¡Se trata de un arma inhumana! El Consejo de Paz del metro...

—El Consejo de Paz me lo paso por los huevos —dijo Kulagin sin faltar a la verdad.

—Hay personas que han perdido la vista.

De hecho, los efectos de las granadas cegadoras eran problemáticos. En especial para el propio atacante. En las estaciones de la Alianza no había ningún sistema de iluminación central. Sus habitantes no estaban acostumbrados a una luz intensa como la de la Mayakovskaya. Por no hablar de la de las granadas cegadoras. Algunos de los soldados habían tenido que regresar a la Nevski prospekt con las retinas dañadas. Varios de ellos habían logrado recobrar la vista,

otros no. Iván se raspó la mejilla y dejó la navaja de afeitar en el hervidor lleno de agua.

—Pero ¿tú quién eres? —El altísimo Kulagin, con el uniforme de camuflaje sucio y las mangas rotas hasta los codos, se plantó amenazador frente al civil—. ¿Qué se te ha perdido aquí? Aquí rige el derecho de guerra, muchacho, ¿y sabes lo que significa eso? ¡Ponte en la pared!

—¡No tiene usted ningún derecho! —replicó el gordo con su voz débil, de un tono agudo que desgarraba los nervios—. ¡Estoy aquí como observador del Consejo de Paz! ¡Soy neutral!

—Aquí no necesitamos observadores —declaró Kulagin con sangre fría, sacó la pistola y la cargó.

—¡Esto es una arbitrariedad! —chilló el civil, desesperado. El rostro se le había quedado, de pronto, pálido como el de un cadáver.

«Siempre igual», pensó Iván mientras seguía afeitándose los pelos de la barba. Tan pronto como los idealistas se enfrentan a la violencia de verdad, su entusiasmo se desvanece al instante.

—Oleg —dijo Iván en voz baja.

Kulagin se volvió y las miradas de ambos se encontraron. Iván negó con la cabeza de manera casi imperceptible: déjalo.

Kulagin recapacitó. Escupió, maldijo, volvió a enfundar la pistola y se marchó. *Finita la commedia*. El gordo se quedó donde estaba. Iván se intuía algo malo. Con razón.

—En seguida se reconoce al hombre cultivado —cotorreó el civil, y entonces se acercó con pasos cortos y le tendió la mano a Iván.

La mirada de éste deambuló entre el recipiente lleno de agua que sostenía con la mano izquierda y la navaja de afeitar que tenía en la derecha, y se detuvo, como distraída, en el rostro mofletudo del civil.

—Disculpe —dijo éste, turbado—. ¿Puedo hablar con usted?

«Tengo que pechar con todo», pensó Iván, resignado.

—¡Han atacado ustedes una estación pacífica! ¿Cómo han podido hacer algo semejante?

—Sí, sí —respondió Iván, alargando las vocales, e hizo un gesto como para quitarle importancia a la cosa—. No han hecho nada, aparte de robarnos nuestro único grupo electrógeno. Ya lo entiendo. Ese tipo de cosas se le ocurren a todo el mundo.

—¡Esa acusación no se ha podido confirmar!

«Pues claro que no —pensó Iván. Ni se podría confirmar antes de que todos los habitantes de la Vasileostrovskaya murieran. Entretanto tendrían que divertirse a oscuras. De todas maneras ya estaban acostumbrados. «Pero, qué diablos, este pseudofuncionario con mofletes de hámster no entiende ni eso.»

—Me ataca usted los nervios —le dijo Iván con toda sinceridad—. Siempre los mismos fanáticos de la verdad. Nunca tienen ni idea de nada.

—¡Es usted quien no lo entiende!

Iván ya no le escuchaba. Le hizo un gesto al joven miliciano para que se acercara.

—¡Kuznetsov!

Éste se personó al instante, con total diligencia. Con el afán de un perro pavloviano enamorado. Sólo le faltaba menear la cola.

—¡A la orden!

Kuznetsov se puso firmes y le centellearon los ojos. ¿Podría librarse algún día de aquel exceso de celo? Iván negaba con la cabeza. Se preguntaba si él mismo habría sido también un pipiolo entusiasta, siempre dispuesto a caminar sobre brasas con tal de ganarse una sonrisa de reconocimiento de Kosolapy. No, no lo había sido. En el tiempo en que llegó a la Vasileostrovskaya había perdido ya todo entusiasmo. Kosolapy había sido un amigo y un colega más experimentado, pero no un ídolo.

—La orden es la siguiente —dijo Iván—. Quiero que este civil desaparezca.

—¡Comprendido! Y... esto... ¿dónde lo llevo?

Kuznetsov toqueteaba la correa de su fusil y miraba a su alrededor sin saber qué hacer.

El funcionario tenía el recelo pintado en el rostro. Estaba claro que no le faltaba un buen olfato para el peligro. Igual que el perro apaleado olfatea el bastón de su dueño.

—No muy lejos. —Iván miró al gordo de reajo, con malicia—. Llévalo al túnel. Al otro lado del puesto de vigilancia hay una instalación de drenaje. Está fuera de servicio, pero no importa.

—¿Qué... pero qué...? —El civil barboteaba, como si ya no le llegara el aire.

—A la instalación de drenaje —repitió Kuznetsov, dispuesto a servir, y los ojos le centellearon con ingenuo fulgor. «Pero qué crío, joder»—. Comprendido. ¿Y luego qué?

—Cuando lo tengas allí, le pegas un tiro —dijo Iván en tono lapidario—.

Luego vuelve a informar. En marcha.

Sin que el civil se diera cuenta, Iván le guiñó el ojo a Kuznetsov. ¿Lo había entendido? Éste tuvo que pensárselo por unos instantes y luego le devolvió el guiño.

—¡A la orden!

El civil no daba crédito a sus propios oídos. Miró con horror, primero a Iván y luego a Kuznetsov, y después nuevamente a Iván.

—Esto... ¿esto va en serio? Yo...

—Por supuesto —respondió Iván—. Así comprenderá usted lo que es una arbitrariedad en tiempos de guerra. Arbitrariedad en su forma más pura.

—¡Pero si yo...! ¡Pero si yo pertenezco al Consejo de Paz!

—Pues entonces pongámonos en marcha, señor consejero de paz —dijo Kuznetsov, y empuñó el fusil que llevaba al hombro.

Mientras se alejaban, el gordo anduvo delante de Kuznetsov con tanta mansedumbre como si no hubiera esperado ninguna otra cosa durante toda su vida de civil.

Iván prosiguió con el afeitado y su humor mejoró perceptiblemente.

—Cantemos, camaradas de batallas —canturreaba en voz baja, de nuevo la canción de la película *Dos soldados*—, por la gloria de Leningrado.

Se miró en el espejo y volvió la cabeza para empezar con la otra mitad de la cara.

De pronto le asaltó un pensamiento: ¿Y si al tío ese se le ocurriera...?

Mierda. Metió la navaja en el hervidor y echó a correr. Mientras corría, le puso el hervidor en la mano a Solokha. El *digger* miró a su oficial, totalmente pasmado. El rostro a medio afeitar de Iván produjo cierta consternación en el andén y tuvo como efecto que la gente despejara el camino. Saltó a la vía, tropezó, recobró el equilibrio y echó a correr a toda velocidad por el túnel. El eco de sus botas resonaba en las paredes, amenazador.

Ojalá no llegara demasiado tarde.

—¡Se cancela la operación! —bramó al irrumpir en la sala donde se encontraba la estación de drenaje.

Kuznetsov parpadeó, confuso, y bajó el arma. ¿Había estado a punto de dispararle de verdad?

—¡Misha! —Se agachó con las manos sobre las rodillas y trató de recobrar el aliento—. Ah, me haces reír... —Volvió a incorporarse—. ¡Pero si no lo había dicho en serio! Pensaba que ibas a llevarlo hasta el puesto de guardia y que lo

dejarías marchar.

Kuznetsov contempló su propio fusil, estupefacto, y luego miró a Iván.

—Es que yo pensaba que... —dijo con voz entrecortada—. Ah, diablos, pues he estado a punto de...

—Es igual —dijo Iván—. Yo he tenido la culpa, lo siento. Regresa a la estación, yo iré luego y hablaremos. Voy a arreglar esto con el señor.

—¡Usted! —resopló el civil, que había recobrado con notable rapidez la compostura—. ¡Cómo se ha atrevido!

«Qué curioso. Cuando lo mandaban sin rodeos al paredón, aceptaba su destino sin quejarse, pero, en cuanto lo rescatan, se rebela de nuevo.»

—¿Cuál es tu nombre de pila? —preguntó Iván cuando Kuznetsov se hubo marchado.

—Boris Yevgenyevich... Borya.

«Conozco a otro Boris —pensó Iván—. Incluso se le parece.»

Iván le tendió la mano. El civil le miró con cierta desconfianza y tragó saliva. Luego, a su vez, le tendió la mano, vacilante. Iván se la estrechó con fuerza. Los dedos regordetes del civil tenían una consistencia sorprendente, como si hubieran estado rellenos de plumón. Iván asintió con la cabeza.

—Es un placer, Borya. Lamento esta broma de mal gusto. ¿Te apetece echar un trago? Con fines medicinales, por así decirlo.

—Ah... el Consejo de P... eh... —Boris Yevgenyevich volvió en sí—. No voy a decir que no.

—... y gigantescas lombrices de tierra se arrastran por allí. Miden más de dos metros. Las hay incluso con dientes. Se abren camino a mordiscos por la tierra, el hormigón y el balasto. No tienen problemas con la madera. Por fortuna, no pueden con las cañerías de acero. Los gusanos más peligrosos son los que reaccionan a la vibración de las pisadas. Si estás un poco gordo, puedes darte por muerto. Te agarran y te arrancan las piernas. Por eso, en las estaciones donde las hay, en la Udelnaya por ejemplo, la gente camina poco a poco y con precaución, como si anduviesen por el agua.

—Vaya sarta de bobadas —dijo otra voz—. Dos metros... de eso nada. Como mucho, uno y medio. Y no son más gruesas que un dedo. Quizás ahora brillen, pero, por lo demás, son igual que antes que la Catástrofe. Las he visto en persona, de verdad. En esa estación se hacen albóndigas y pelmeni^[13] con ellas y las acompañan con vodka. Parece que saben muy bien.

«Vaya cháchara.» Iván les escuchaba tan sólo a medias. Se volvió hacia otro lado y se echó la frazada sobre la cabeza. El parloteo le ponía nervioso. La frazada estaba sucia y olía a orina.

—Teníamos con nosotros a un tío que no veas —contaba una tercera voz—. Sería difícil encontrar a otro igual de tonto en todo el metro. Le habíamos repetido cien veces que cada vez que se tumbara tenía que poner algo duro debajo. Pero él, por supuesto, tenía que echarse directamente sobre el suelo. Sé que antes de dormirse se había vuelto sobre el costado izquierdo. A la mañana siguiente nos despertamos, nos levantamos, nos lavamos y tal, todo el mundo estaba de pie y él era el único que seguía echado. «Esto es muy raro, muchachos —decía—. Se me ha dormido la pierna, ayudadme a levantarme.» Cuando lo pusimos en pie, empezó a chillar como si lo hubieran atravesado con una estaca. ¿Qué le ocurría? Al apartar la frazada, vimos muy claro por qué no lograba ponerse en pie. Un gusano le había atravesado el muslo. Dios mío, me parece verlo todavía: el animal salía de la tierra, le atravesaba el muslo y volvía a hundirse en la tierra. Tratamos de sacarle el gusano del cuerpo, naturalmente, pero no era fácil, el animal era fino y se enredaba, y daba asco tocarlo...

Cháchara. Iván hizo una mueca. Aún padecía un ligero dolor de cabeza por la «reconciliación» del día antes con el funcionario Borya.

¿Gusanos?

Iván suspiró.

Ya me gustaría tener los mismos problemas que vosotros.

Iván no había visto en toda su vida un cuchillo con una forma tan extraña. Su hoja ancha recordaba a la de un escalpelo. Se curvaba hacia arriba y era notablemente grande. La empuñadura, de madera sin desbastar, encajaba bien en la mano. Tan sólo la ornamentación molestaba un poco. Iván pasó los dedos sobre el dorso de la hoja. Con un arma como ésa se le habría podido cortar la cabeza a alguien. Sin dificultad.

—¿Cómo dices que se llama?

El Überführer sonrió como un rapaz.

—Khukuri.

—Curioso nombre —dijo Shakilov, y acercó los ojos con curiosidad.

—Son los puñales que emplean los gurkhas —explicó el Überführer con orgullo, como si él mismo hubiera sido un gurkha honorario—. Era una unidad de élite del ejército británico reclutada entre los nepalíes. Soldados excelentes. Los mejores que tenían los británicos.

—¿Y de dónde lo has sacado? —preguntó Shakilov. Los ojos le brillaban.

—En el lugar de donde lo saqué ya no queda ningún otro —respondió el Überführer—. Lo conseguí antes de la Catástrofe. Fabricado por nepalíes. Los emplean para cortar madera. Y, en tiempos de guerra, cabezas. —Reflexionó y añadió—: Eso era antes, por supuesto, ahora ya no. Como mucho se habrán salvado un par de gurkhas en el metro de Londres. Eso espero, por lo menos.

—¿Pero éstos no eran negros? —preguntó Iván con sorna.

—No, más bien tenían pinta de indios... —El Überführer arrugó la frente—. Lo he olvidado.

—¿Eres racista de verdad? —preguntó Shakilov con toda franqueza—. Tus puntos de vista me parecen sospechosamente liberales.

—Una puerta blindada, ¿lo ves? —Shakilov señaló hacia arriba con la cabeza—. ¿Y eso del techo? ¿Qué te parece que puede ser?

Iván entrecerró los ojos. Dentro de poco tendría que buscarse unas gafas, maldita sea. Estaba cada día peor de la vista.

—¿Acero para armar? —conjeturó—. ¿O una tubería?

Shakilov negó con la cabeza.

—Algo mucho mejor.

—Entonces es que es una ametralladora. ¿Es posible que siga funcionando con dirección automática?

—Podría ser, pero, en todo caso, lo que empieza aquí son unas instalaciones especiales —susurró Shakilov—. Ya te decía yo que esto no sería un paseo por el mercado de la Sennaya. Hace tiempo venían aquí personas influyentes. Unidades subterráneas. La antigua División 15 del KGB, luego el SSO^[14] del GUSP.^[15] Según parece, disparaban sin avisar. En realidad no lo sé, no tuve nunca el placer. Alabado sea el Padre de Todos los *Diggers*.

—¿Y qué hay detrás de esa puerta blindada?

—No tengo ni idea —respondió Shakilov. Se encogió de hombros y se arrió a la pared de piedra.

—¿No has tratado nunca de descubrirlo?

Shakilov sonrió.

—Me falta tiempo. Piensa que tengo mujer e hijos...

—Pero de todos modos eres un culo de mal asiento —añadió Iván en tono chistoso.

Sin embargo, Shakilov no era el único culo de mal asiento, porque, si no,

Iván no habría ido con él, sino que probablemente se habría aposentado en la Gostinka y habría ido en busca de una muchacha hermosa.

Iván suspiró. No le cabía ninguna duda de que ambos compartían la propensión a meterse en aventuras peligrosas. Por eso los dos eran *diggers*. Fanáticos de su labor.

—Pero cuéntamelo de una vez —apremió Iván—. ¿Qué es lo que has visto?

Shakilov enarcó las cejas y esbozó una amplia sonrisa. Inocente como un engendro del infierno.

—Nada, de verdad. Una vez llegué a pasarme dos días de vigilancia en este lugar.

—¿Y?

—Nada. No entró ni salió nadie. Entonces llegué a la conclusión de que lo mejor sería examinar la puerta. Bueno, ya te lo puedes imaginar. Para ver si ocurría algo.

—¿Y?

—No hubo «y». No llegué a la puerta. El canguelo pudo conmigo.

Iván no daba crédito a sus oídos. ¿Podía haber algo que frenara la curiosidad de Shakilov? No obstante, tampoco importaba mucho: Shakilov seguiría siendo por siempre el mismo culo de mal asiento.

Aprovechando que reinaba la calma en el frente, Iván y Shakilov habían decidido revivir los viejos tiempos y montar una pequeña excursión. Tan sólo para no perder la práctica.

Iván se sujetó la linterna en la muñeca. También llevaba una palanqueta y un destornillador en la bolsa, y el fusil a la espalda.

—¿Qué haces? —preguntó Shakilov, aunque supiera muy bien lo que pensaba hacer su colega.

—Voy a dar un paseo —respondió Iván.

—No hagas tonterías.

—No te preocupes, ya voy con cuidado.

—Bueno, no lo sé...

Iván se asomó a la esquina. La luz de la linterna alumbró una pequeña antesala. Iván distinguió arañazos en la puerta pintada de gris. Arrojó una piedra y esperó a ver lo que sucedía. La piedra salió volando y cayó en el suelo a unos dos metros de la puerta. En un primer momento no ocurrió nada. De pronto, el cañón de la ametralladora giró unos quince grados hacia un lado y apuntó en dirección a la piedra.

Anda, la máquina funcionaba.

Se pondría a disparar de inmediato. Pero la ametralladora permaneció en silencio. Tan sólo apuntaba.

Podía ser que tras la puerta se sentara un oficial en mono gris de las tropas subterráneas del GUSP que tuviera el dedo sobre un botón y se preguntara: ¿Disparo o no disparo?

Iván arrojó otra piedra. Voló algo más lejos que la primera. Una vez más, en un primer momento no sucedió nada. Iván contó los segundos: uno, dos, tres... al llegar a cuatro, la ametralladora giró una vez más. Si se prolongaba mentalmente la línea del cañón, ésta terminaba ahora en la segunda piedra.

La tercera piedra aterrizó a un metro de la puerta. La ametralladora siguió en silencio. Una vez más, el cañón giró y se detuvo.

Iván dio un paso hacia la puerta. Y luego otro. La ametralladora no se movió. Cada uno de sus pasos le resultaba más difícil, como si tuviera que caminar por un lodo en el que se le quedaran atrapadas las botas.

De repente, Iván recordó lo que le había sucedido en la Primorskaya cuando la bestia le nubló los sentidos. ¿O había sido por culpa del musgo? Aquel olor peculiar, punzante.

Y después el tigre... ¡basta!

Tenía que quitárselo de la cabeza. Iván se detuvo y levantó poco a poco la mirada. El cañón de la ametralladora apuntaba hacia él. Tuvo una sensación como si la negra embocadura fuese a crecer y, literalmente, absorberle. Aquello se parecía mucho a un pozo. Uno se detiene en el borde y mira hacia abajo para contemplar las tinieblas. Entonces uno se siente abrumado por la necesidad de dar un paso adelante y poner fin a todo.

—¿Y? —preguntó Shakilov cuando Iván regresó.

—Nada. —Iván se había acercado a pocos pasos de la misteriosa puerta, pero había regresado—. Querido amigo mío, lo que hagamos aquí es totalmente superfluo. Ambos tenemos familia. Tú, por lo menos, la tienes. Y yo tengo a Tanya.

Shakilov volvió su cabeza redonda, con el cabello muy corto, en el que se distinguían las primeras canas, y una sonrisa triunfal afloró a su rostro.

—Entonces, lo has comprendido por fin. Bienvenido al club.

—Eso parece —dijo Iván—. Ya era hora.

Iván salta sobre la cerca de poca altura que valla el andén, llega al suelo, se agacha y mira a su alrededor. Ha apagado la linterna que lleva sujeta al cañón del

fusil. La débil luz que brilla en la estación tendrá que bastarle.

«Si es que no es una trampa», piensa. Un incómodo pensamiento.

Iván mueve el fusil de izquierda a derecha. Nada. Luego lo deja sobre el suelo de granito, con mucha precaución, para que el metal no haga ruido. Saca el pesado khukuri nepalí de hoja curva y se prepara. Ha heredado el khukuri de manos del Überführer... se puede emplear como hacha.

Y que haya mucha suerte...

Conteniendo el aliento, se asoma por el canto de la columna. En el espacio iluminado no hay nada que se mueva. El piso de mármol color Burdeos de la Ploshchad Vosstaniya se ve bien, aun cuando la araña con pesados engarces de latón del pasaje de la Mayakovskaya sea la única fuente de luz.

¿Dónde están los puestos de guardia?

Iván sostiene con la izquierda una larga vara en cuyo extremo lleva sujeto un espejo. Lo acerca al borde de la columna y extiende el brazo con precaución. Mediante el espejo, ve el andén vacío (!) desde donde se parte en dirección a la Chernychevskaya. En la pared más alejada hay un mosaico: unas personas con vestidos raros. Iván le da la vuelta al espejo. Tampoco encuentra nada. Todo está vacío.

No puede ser.

¿Adónde se han marchado todos?

¿Es una trampa?

Iván está a punto de empuñar el fusil y de hacer un intento por llegar al otro lado del andén (sin posibilidad de cubrirse, maldita sea) cuando, de pronto, capta movimiento con el espejo.

Sí, no cabe ninguna duda, se ha movido algo.

Iván se arrodilla en silencio y luego vuelve a extender el espejo. Tiene que estar seguro de que los reflejos de la luz no le engañen. Si no lo hace bien, no saldrá vivo de ésta. Iván contiene la respiración.

Cuando por fin respira, ve una sombra negra que se mueve, y descubre un débil fulgor: metal bruñido. Un arma.

Vamos a ver quién es más rápido.

Iván da la vuelta a la columna. Tiende hacia delante la hoja del pesado khukuri y corta el asfixiante aire.

Iván sale al descubierto y aguarda. Es increíble. Se frota los ojos.

Ante él yacen personas dormidas. Muchas personas. Moscovitas ocultos bajo frazadas. Sin ningún tipo de vigilancia. Por docenas, si es que no llegan a los

doscientos.

Da un paso adelante y se dispone a cortar.

¿A cortar cabezas, decís?

El puñal desciende como un hacha. Brota sangre de color rojo oscuro, casi negra.

Iván despierta con un grito apagado. Está totalmente fuera de sí. La atroz sensación de haber matado a mujeres, niños y ancianos tarda en marcharse de su cabeza.

¿Qué ha sido eso?

¿Qué ha sido eso, por mil diablos?

—¿Alucinógenos? —Solokha reaccionó con cierta extrañeza—. ¿Me estás hablando de viajes con LSD? ¿De hongos?

—Mmm... sí, de algo de ese tipo. —Iván se frotó la nariz. Hacía rato que tenía ganas de estornudar—. Háblame de eso.

Solokha no pudo estarse quieto mientras pensaba en ello.

—Bueno, te lo voy a explicar con mucha brevedad. Los alucinógenos se conocen desde hace ya tiempo. Se dividen en dos grupos de productos químicos. No me preguntes cuáles son, lo he olvidado. El alucinógeno más conocido es el LSD, una droga psicodélica. Seguro que has oído hablar de eso. Pero en las condiciones en las que vivimos, lo más fácil de encontrar son los hongos. La *Psilocybe semilanceata* y la *Psilocybe coprophila*, por ejemplo, contienen psilocibina. Te comes las setas y la sustancia psicoactiva llega a la sangre a través de la pared intestinal.

—¿Y eso no envenena?

Solokha sonrió con sorna.

—Bueno, si te comes varios kilos, sí.

—Ya entiendo —dijo Iván—. Entonces, la cosa esa entra en la sangre, y ¿qué sucede entonces?

—Por decirlo de algún modo, sobreviene un estado de euforia. Uno tiene la sensación de que es posible modificar las dimensiones del cuerpo a voluntad. A veces también se pueden sufrir ataques de pánico. Pero no es lo habitual. Por otra parte, se padece sinestesia, esto es, se oyen colores y se ven sonidos. A menudo se pueden contemplar formas geométricas de mágica belleza, incluso con los ojos cerrados. Esto último sucede sobre todo con el LSD, esa droga es más fuerte. Sí, incluso los hay que durante el viaje tienen intensas experiencias

religiosas. El «punto de encaje» se transforma...

Iván le hizo callar con un gesto. En aquel momento, las experiencias religiosas eran lo que menos le interesaba.

—¿Y qué pasa con las alucinaciones? Con las visiones —preguntó.

—También se dan, por supuesto. —Solokha miraba a Iván con curiosidad—. ¿Por qué te interesa de pronto todo eso, jefe?

—Porque sí. Quizá te lo cuente en algún otro momento. ¿Y también se producen agresiones?

—Busca a esa gente que cultiva droga y pregúntaselo —le respondió Solokha, ofendido—. Ellos te lo explicarán todo y...

Iván se rascó el cogote.

—¿Y dónde los puedo encontrar?

—En la estación Ulitsa Dybenko. Los cultivadores de hongos se han instalado allí. La droga que circula por la totalidad de la red de metro proviene de allí. ¿No lo sabías? Últimamente la llaman «la colonia alegre».

—¿Quién la llama así?

—Los cultivadores de hongos, por supuesto —respondió Solokha. Negó con la cabeza sin entender nada.

—¿Alguno de vosotros ha oído algo acerca de la Línea 7?

El corro permaneció en silencio. La pregunta había caído como una bomba.

Kuznetsov fue el primero en recobrar el habla:

—¿La Línea Dorada?

—Exacto —dijo el profesor Vodyanik—. La llaman la Vía Paraíso. O simplemente la D7.

—¿Disculpe?

—Sí, sí —el profesor puso una cara como dándose importancia. Había fuego en su mirada—. Es de eso de lo que os hablo. De la red de metro secreta de San Petersburgo... ¡sí existe!

Una vez más, silencio y perplejidad. El Überführer se puso en pie, se acercó al profesor y le puso la mano sobre la frente.

—Pues es extraño... no tiene fiebre.

—¿Qué hace usted? —replicó Vodyanik, y apartó la mano del Überführer.

—¿Puede ser que haya tomado un baño demasiado caliente? —preguntó éste en tono de suficiencia.

—¡Joven! —Vodyanik miró al Überführer con expresión colérica—. ¿Qué libertades son ésas?!

El Überführer tuvo que esforzarse mucho para reprimir la sonrisa.

—Es por eso por lo que San Petersburgo me gusta tanto: aquí se es «joven» hasta una edad avanzada. Y por lo que respecta al metro secreto —sonrió con satisfacción—, ésa es una historia bien conocida. Hay búnkeres, laboratorios secretos... así, por ejemplo, bajo la fábrica Kirov. La US Dachnik,^[16] por ejemplo. ¿Sabe usted lo que es eso? Usted debía de haber jugado al «¿Dónde? ¿Qué? ¿Cuándo?», ¿verdad? Pues no ha sabido usted responder bien a esta pregunta, profesor. Lo siento, pero el premio irá a los telespectadores.

—Oiga, por favor... —El profesor enrojeció.

A Iván, toda esa charla sobre el «¿Dónde? ¿Qué? ¿Cuándo?» le sonaba como los mantras de los seguidores de Krishna: «Hare Krishna, Hare Krishna, Krishna Krishna, Hare Hare», y entonces se ponen a tocar el acordeón.

Pero Iván sabía más que el profesor acerca del metro secreto. Algunas veces se había encontrado incluso con «subterráneos» cara a cara. Eran unos muchachos curiosos. Muy cerrados y terriblemente secretistas. No hacían más que mirarte con una sonrisa enigmática. Como si hubieran venido al mundo con una flor en el culo y tuvieran que mantenerlo prieto durante toda su vida para que no se les escapara.

—Todo eso son chorradas —dijo el Überführer—. En San Petersburgo no ha existido nunca un verdadero Metro-2, profesor. Tan sólo instalaciones aisladas: laboratorios subterráneos, búnkeres, puntos de apoyo para los antiaéreos, instalaciones especiales... todo eso existe, sí. Pero un metro secreto, no. Lo siento, profesor, pero esta vez el premio se lo lleva un señor de Elendski-Kaffskoye, al otro lado de los Urales.

—¿Y el túnel que llega hasta Kronstadt? —preguntó Kuznetsov—. Seguramente debe de...

—¡Todo eso son cuentos! —le interrumpió el Überführer—. Igual podría decir que existe un pasillo secreto que nos va a llevar hasta los moscovitas. Tan sólo tenemos que arrastrarnos por él y saldremos directamente a la habitación del zar Ahmed. Y entonces nos lo cargaremos y la guerra habrá terminado. Todo esto no son más que imbecilidades, en eso sí que estamos de acuerdo, ¿verdad?

—Umm —murmuró Iván.

«¿Por qué imbecilidades?», se preguntó.

Aparte del plan A de Sazonov, contamos también con un plan B.

De las rondas de preguntas no salió nada razonable.

—Puede que Pájaro Carpintero sepa... —dijo el hombre de la Nevski prospekt, y se detuvo a media frase.

Pero Iván notó en seguida que el otro había hablado más de la cuenta e insistió:

—¿Pájaro Carpintero? ¿Quién es ése?

El hombre se volvió. Habría preferido morderse la lengua.

—Un filósofo local. Una especie de idiota del pueblo. Pero no le agobies, tan sólo te daría problemas. Es una especie de santo.

—O sea, que está loco —intervino Sazonov, que se encontraba detrás de Iván.

—No importa lo loco que esté —respondió el hombre con voz emponzoñada—. Es profeta. Pero dejadle en paz, ¿entendido?

—Entendido —dijo Iván—. ¿Y dónde dices que podemos encontrarlo?

La vivienda del santo parecía la tumba de un faraón. O el nido de una urraca.

Pájaro Carpintero vivía entre las estaciones Mayakovskaya y Ploshchad Alexandra Nevskovo, en una antigua instalación de mantenimiento. Iván miró a su alrededor. En la pared había un cartel de advertencia: «¡Alto! ¡Peligro de muerte!», y a su lado, en letras verdes y rojas, la fórmula sagrada: «Enigma es un hombre bueno TM.» Esta segunda frase se leía por todo el metro. De acuerdo con la leyenda, los primeros *diggers* (los de antes de la Catástrofe) habían descendido en secreto al metro para escribirla por todas partes en honor del *Protodigger*. Los habían perseguido los *monsters*, los siervos del *Protomoner*. «Sí, claro. Otro de esos cuentos.» Iván suspiró.

Atado a una reja que protegía instrumentos de medición oxidados había un cordel, del que colgaban tapones de corcho y guirnaldas de monedas, así como todo tipo de trastos de papel, piedra y cristal.

El profeta estaba sentado en un rincón, sobre un colchón gastado. La vivienda olía muy bien. Era obvio que alguien le lavaba la colada al santo.

Enfrente de él, sobre una mesita, había un hornillo de alcohol. La llama azulada se agitaba y su fulgor danzaba sobre las paredes.

Pájaro Carpintero levantó los ojos. Llevaba el cabello anudado en pequeñas trenzas. Contempló a Iván y parpadeó con recelo.

—¿Querías verme?

—En efecto —confirmó Iván.

Se sentó a su lado y acercó ambas manos a la llama del hornillo. El calor le hizo sentir bien. Luego, sin ninguna prisa, metió la mano en la bolsa y sacó una

botella: aguardiente casero de la Vasileostrovskaya, aliñado con hongos shiitake. Para pillar una gran borrachera.

La visión del turbio elixir desterró por unos instantes todo el mal humor que había aparecido en el rostro del profeta.

—Un ser humano —dijo Pájaro Carpintero, inspirado—. Un ser humano, en verdad.

—Amén —respondió Iván, y abrió la botella—. ¿Dispones de vasos, hombre santo?

—¡Qué pregunta! Por supuesto.

—El metro es un monstruo —le explicó Pájaro Carpintero—. Los hombres aún no lo han entendido. ¿Acaso piensas que nosotros queríamos la guerra? No, muchacho. Y tú, ¿querías tú la guerra?

—No, claro que no. Pero en esa época debía de tener cinco o seis años.

—Y yo tampoco la quería. ¿Lo entiendes ahora? —Pájaro Carpintero miró a Iván como si hubiera estado esperando una respuesta correcta. Igual que el maestro mira al alumno al que se considera perdido, pero que de vez en cuando aún tiene una chispa de ingenio—. Qué, ¿has caído ya en la cuenta?

—No del todo.

—Nadie quería la guerra. Claro que había diversas variedades de gente obsesionada con el fin del mundo, góticos y gente de ese estilo. Pero nadie quería ninguna guerra. Se dejaron llevar tan sólo por su voluntad. —Pájaro Carpintero levantó ambas manos como un musulmán inmerso en sus rezos—. Gente débil, aunque muy sensible. Si un deseo es lo bastante fuerte, se logra hipnotizar a cualquiera. Ella sí quería la guerra. Ella, no nosotros.

—¿Quién es «ella»? —preguntó Iván, aunque sabía muy bien que la respuesta no iba a gustarle. «Mierda, otro psicópata.»

—La red de metro —respondió Pájaro Carpintero con toda seriedad—. ¿Lo entiendes? Todas las redes que había, que transportaban a millones de personas en todo el mundo. Al fin y al cabo, había redes de metro en todas partes, en Moscú, en Londres, en Nueva York, parece que incluso en México. La red de metro quería esta guerra. Es codiciosa y estúpida. Astuta y perversa, de eso no cabe duda, porque si no, no habría logrado su objetivo, pero igualmente estúpida. Antes, los seres humanos iban a donde querían. La red de metro ha logrado que queden prisioneros dentro de ella. Y devora a los seres humanos, sin cesar, aunque sin prisas. Todos nosotros vamos a desaparecer, pero ella permanecerá.

—¿La red de metro? —preguntó nuevamente Iván.

—La red de metro —confirmó Pájaro Carpintero—. ¿Alguna vez has estado en el conducto de ventilación número doscientos uno? Tiene un filtro para el aire.

—Creo que no —respondió Iván.

Los conductos de ventilación, sobre todo los más antiguos, los contruidos antes de los años setenta, tenían filtros de aire. El aire se purificaba por medio de un sistema de filtros de carbón, luego se enfriaba y seguía su camino. A juzgar por el número, el conducto del que hablaba Pájaro Carpintero debía de ser uno de los más antiguos.

—La red de metro habría tenido que pudrirse y venirse abajo desde hace mucho tiempo —dijo el profeta—. Pero está como nueva. Y todo eso tiene que ver con el conducto de ventilación número doscientos uno. ¿Entiendes?

—Desde luego —dijo Iván, y se puso en pie—. Gracias por tu hospitalidad. Entonces, ¿dices que hay un conducto?

Pájaro Carpintero asintió.

Siempre ocurre lo mismo: después del entusiasmo inicial empieza uno a sentir las primeras vacilaciones.

Iván tanteó con la mano la pared de la galería. Estaba húmeda. Palpó el hormigón descubierto y luego se miró el guante. Estaba húmedo.

A juzgar por el bosquejo que le había dibujado Pájaro Carpintero, la galería era paralela al túnel de metro y terminaba en aquel conducto de ventilación doscientos uno que se encontraba poco antes de la estación Ploshchad Vosstaniya, junto al pasaje que enlazaba ambos túneles.

Iván abrigaba la esperanza de no encontrarse con ninguna patrulla. No se sabía muy bien lo que podían hacer los paranoicos moscovitas.

No pudo reprimir una sonrisa satisfecha. La opinión de Shakilov acerca de los moscovitas no se había modificado con el tiempo, sino que más bien había cobrado un sabor leñoso. Como el whisky de antes. Pero en el metro de San Petersburgo ya tan sólo se encontraba vodka.

Iván apagó la linterna que llevaba en la frente y avanzó a rastras por el suelo.

Cuando te metes en una madriguera de ratas, hay que ir con los pies por delante. Así podrás retroceder con mayor facilidad si encuentras problemas. En cambio, si entras con la cabeza por delante, lo que otros encontrarán luego será tu cadáver reseco... o no. El diablo sabrá cuándo construyeron estas galerías. Es muy fácil perderse en ellas. Está claro que hace una eternidad que nadie se mete por aquí. Ni siquiera los *zombels*.

Iván hizo una mueca. Los *zombels*. Una vez más, el pensamiento adecuado en el momento adecuado, joder. Los *zombels* se alojaban en estaciones abandonadas, en conductos de ventilación antiguos y baños fuera de servicio. Nadie sabía muy bien de qué se alimentaban: probablemente de basuras, de los hongos que crecían en los túneles y, sobre todo, de lo que mendigaban o robaban a los habitantes de las estaciones civilizadas. De acuerdo con rumores persistentes, los *zombels* comían también carne humana.

En más de una ocasión, Iván había tropezado con huesos humanos totalmente mondos, en los que a veces se apreciaban marcas que podían ser de dientes. Su primera sospecha se dirigía siempre a las ratas. La primera, pero no la última...

Corrían todo tipo de rumores espantosos acerca de los *zombels*. Se decía que raptaban niños y luego los conservaban en salmuera dentro de grandes barriles. En la Frunzenskaya había tenido lugar un verdadero motín, porque una horda entera se había asentado en una instalación de drenaje. El pueblo se había encolerizado, se había impuesto a la Policía de la estación y, sin más contemplaciones, había llenado de humo la guarida de los *zombels* hasta exterminarlos.

No pudo seguir adelante. Iván tuvo que detenerse con el hombro pegado a la pared de la galería. El camino se estrechaba.

«Maldita sea. Ojalá pueda pasar.»

De pronto, sus pies tropezaron con algo duro. Iván levantó la cabeza y apuntó con la linterna: mierda. Un callejón sin salida. En ese lugar, la galería estaba cegada con hormigón. Se acabó lo que se daba.

«La visita nocturna al dormitorio de Ahmed se va a quedar en nada —pensó Iván, compungido—. Así pues, podemos olvidarnos del Plan B. Tan sólo nos queda el Plan A. No es que sea ninguna genialidad, pero, ¿qué otro recurso nos queda?»

Iván suspiró y deshizo el camino a rastras.

—Habías hablado de un ataque con gas, ¿te acuerdas?

Sazonov supo al instante de qué le hablaba y se volvió con tal brusquedad que los bordes de su abrigo largo y beige aletearon. Sus ojos de color gris amarillento centelleaban.

—¿Qué es lo que has maquinado?

Una sonrisa astuta apareció en el rostro de Iván.

—¿A ti qué te parece?

—Cuéntamelo de una vez —exigió Sazonov.

—Dime... —La sonrisa de Iván se ensanchó todavía más—. ¿Qué tenemos a mano en concepto de equipo para la extinción de incendios?

Sazonov titubeó.

—Layas, hurgones, arena, agua, baldes, lonas... material de ese tipo. Como si no lo supieras. ¿Para qué quieres todo eso?

Iván agitaba la cabeza.

—He tenido una idea...

La imagen del hombre estaba incompleta. Iván podía ensamblar sin esfuerzo fragmentos aislados: la papada carnosa, el cabello cano y muy corto sobre las orejas, los ojos brillantes con ribetes oscuros y las pupilas menudas como cabezas de alfiler, los dedos fuertes y vellosos, el bolsillo de la camisa del uniforme de camuflaje descolorido. Cada uno de estos detalles, de por sí, le resultaban tan claros como repugnantes, pero no lograba hacerse una imagen global.

Iván cerró los ojos. Recordaba haber entrenado la memoria visual bajo la dirección de Kosolapy, y trataba de imaginarse a Memov. Pero no lo conseguía. Los fragmentos del general de la Admiralteyskaya no se dejaban juntar.

Kosolapy solía decirles que el proceso de concentración sobre un objeto consta de tres etapas. Primera: aprehenderlo. Segundo: atraerlo hacia uno mismo. Tercero: penetrarlo con la inteligencia. Así se lo había explicado Kosolapy, y había citado a menudo la técnica del legendario actor Mikhail Chekhov. Pero Iván no había sentido un gran interés por ellos. Le habría gustado aprender más sobre los *blokadniks*. Pero Kosolapy nunca hablaba sobre los *blokadniks*.

Volvamos a Memov.

Si un hombre se imagina bien a otro, puede hacerle preguntas. Y la imagen de ese hombre responderá como si fuera el original. No con palabras. Nos dará a entender con gestos qué es lo que haría.

Iván se concentró una vez más. La imagen del general apareció ante su mirada interior: los dedos rechonchos, el cabello crespo. Los dedos del general reposaban sobre una mesa, pero, por alguna razón, se le aparecían con contornos imprecisos, como si Iván los contemplara a través de un velo.

Memov puso cara de escepticismo.

—Bueno, ¿qué idea es ésa que has tenido? Pero cuéntamela en pocas palabras.

—Musgo —dijo Iván.

Las pobladas cejas del general se agitaron sobre su frente.

—¿Perdón? —Su sorpresa se transformó en perplejidad—. ¿De qué musgo me hablas?

—De un musgo sumamente interesante. Ésta es la idea...

—Un plan valiente —juzgó Memov en cuanto Iván hubo terminado.

El general se frotó su robusta barbilla, recién afeitada, sobre la que se vislumbraban los reflejos azulados de la sombra de una barba.

«Vaya careto —pensó Iván—. Los que tienen una jeta como ésa son los que suelen dar de palos porque sí a la gente con la que tropiezan. ¿Es una buena idea que una persona como ésa comande un ejército? Por otra parte, es un tío listo. Su inteligencia llega a provocarme angustia.»

—¿Y estás seguro de que va a funcionar? —preguntó el general, con una mirada tan afilada como una navaja de afeitar.

«Lo único seguro es la muerte», pensó Iván, y miró a los ojos a Memov.

—Probémoslo.

—Tu manera de razonar me gusta —dijo el general—. Sin prejuicios, sin miedo a correr riesgos.

—Soy *digger* —dijo Iván, encogiéndose de hombros.

—Cuento con *diggers* suficientes como para pavimentar el metro entero —respondió Memov con sorna—. Pero tú no eres como ellos. —Hizo una pausa—. ¿Te apetecería ser mi suplente cuando hayamos dejado atrás todo esto? Tienes un talento notable, Iván. No todos los días se encuentran tíos tan enérgicos como tú. Yo sabría valorar a una persona así que estuviera a mi lado.

En un primer instante, Iván no supo lo que tenía que contestarle. Las expectativas que se abrían ante él eran suficientes para dejarle sin aliento. ¡Suplente del jefe de Estado Mayor de la Alianza! Qué fuerte. Sólo podía decir: qué fuerte.

«Podría traerme a Tanya a vivir aquí. Seguro que se quedaría de piedra. Iba a casarse con un *digger* y se encuentra con que es la mujer de un pez gordo. Entonces sí que me convertiría en un buen partido.»

—¿Y si esto nos sale mal? —preguntó.

—Ya no importa, Iván. ¿Me crees?

Iván le lanzó una mirada interrogadora a Memov.

—Sí, le creo.

Dos días más tarde llegó el cargamento que habían solicitado a la

Vasileostrovskaya.

—¿Piensas que esto va a funcionar? —preguntó Pasha con voz apagada.

Iván levantó el bastón y golpeó con fuerza. Se alzó una nube de polvo violáceo. Tenían que trabajar con máscaras antigás, o por lo menos con mascarillas para protegerse del polvo. Si no, se habrían marchado todos ellos con sonrisas beatíficas, en posición horizontal. El «calientahocicos» de Pasha quedó cubierto de aquel polvo gris violáceo.

Iván miraba en una y otra dirección. Sentía en la nuca, como siempre, la presión de la correa de su GP-9.

La sonrisa de Kosolapy.

—Soy un tío con suerte.

Iván levantó el brazo y golpeó. Una nube de polvo se elevó por el aire y se adhirió al visor de su máscara antigás.

«Tanya. Pronto volveré a casa. Por favor, espérame. Iván.»

7-La victoria

ESTA ciudad.

Un elefante gris atrapado en el hielo.

Llueve.

Chorros de agua golpean las fachadas empapadas. Muchas de ellas fueron destruidas por los incendios y, sin embargo, han conservado un extraño color... un vestigio de color. Al morir la casa, murieron sus habitantes, pero el edificio aún se sostiene.

Cuando llueve, la visibilidad que se tiene con la máscara antigás tiende a cero. Una película de agua, como un velo, cubre el visor. Las gotas crepitan sobre la máscara de goma y sobre la tela del impermeable.

Iván se detiene y saca el dosímetro. Comprueba el indicador. Tiene que sostener el aparato de medición frente al visor para ver algo. El fragor de la lluvia oculta los crujidos del aparato. El agua cae a cántaros. Pero la lluvia tiene una ventaja: no gusta a las bestias. Los perros pavlovianos, por lo menos, la evitan. Si no fuera así, uno se los encontraría cara a hocico.

Cinco roentgen por hora. Iván silba entre dientes. Viene de algún sitio. Cerca de aquí debe de haber una fuente de radiación. Iván sigue la pared de la casa hasta llegar a la esquina. La radiación se eleva en dos roentgen. Ya es algo. Iván se guarda el dosímetro en el abrigo y le quita el seguro al «Bastardo». Las gotas estallan contra su cañón negro y rayado.

Iván aguarda. A pesar del estruendo de la lluvia, un aullido desencajado y melancólico llega a sus oídos. ¿Un ser humano? ¿Un animal? Quién sabe.

No se decide a doblar la esquina.

Iván contempla el gigantesco caballo de bronce. Todo él está verde y húmedo. Le caen pesadas gotas del lomo. Casi todos los puentes se han venido abajo, pero los caballos se mantienen bien. Qué raro.

Finalmente, Iván reúne el coraje necesario. La presión que sentía en el

cogote ya es como de plomo, pero saca fuerzas de flaqueza y da un paso adelante. Y luego otro.

Mira al otro lado de la esquina... y se queda sobrecogido de horror.

En la baranda a la orilla del río está sentado, con el cuerpo inclinado hacia delante y los codos huesudos apuntalados, un *blokadnik*. Con sus dedos desproporcionadamente largos, despedaza el cadáver de un perro. La sangre chorrea. La lluvia se derrama en arroyuelos sobre las aceras y arrastra la sangre del perro. En la lejanía retumba un trueno.

«Esto ya no tiene remedio», piensa Iván.

El *blokadnik* arranca otro pedazo de carne del cadáver y vuelve la cabeza. En las negras cuencas de sus ojos reside una sabiduría cósmica. Las gotas se deshacen sobre la piel gris y lustrosa del monstruo.

—Hola, Iván —dice el *blokadnik*. Su voz rechinante hace que el *digger* sienta un escalofrío en la espalda—. Te he esperado todo este tiempo...

Iván abrió los ojos. Su primer pensamiento fue: «Me he dormido.» Obligó a sus pies desnudos a pisar el suelo y se puso en pie.

«¡Arriba!» habría querido gritar, pero entonces se detuvo y miró el reloj con las marcas fosforescentes de color verde. Las cuatro y media. Era demasiado temprano.

Iván se sentó. La cama plegable crujió. Habían pasado la noche en la instalación de drenaje del túnel para poder trabajar sin que nada les distrajera.

Todo estaba en silencio, y no se veía a ningún *blokadnik*. Gracias a Dios. Iván se estremeció tan sólo con pensarlo. Pero el espectro había desaparecido. En la cama que se encontraba a su derecha se oían los resuellos de Misha Kuznetsov; a la izquierda roncaba Pasha. Más atrás, Solokha roncaba y mascullaba algo entre dientes. Los hombres estaban tan agotados por el esfuerzo del día anterior que no los habría despertado ni una sirena, y aún menos el crujido de la cama de Iván.

El lecho del profesor estaba vacío. Probablemente padecía insomnio.

Por lo demás... todos estaban allí, todos vivos. Podía dejarlos dormir durante media hora sin problemas. En el día de hoy también iban a tener que trabajar mucho.

Iván se palpó las vendas del pecho. Volvían a estar húmedas. Las costillas que le había roto la bestia de la Primorskaya no querían soldarse. ¿Qué les ocurría?

¿Se echaba de nuevo? No con esa presión en la vejiga. Tiritando de frío, Iván

se puso los pantalones, se calzó los zapatos y salió de la sala.

Los preparativos duraron un día entero. Por fortuna, hallaron en una de las estaciones un compresor que les permitía llenar las botellas con aire. Había que introducirlas en los armarios para extintores, en las cajas con equipo para extinción de incendios y en los conductos de ventilación de la Mayakovskaya. Por lo demás, también iban a necesitar interruptores automáticos.

Trabajaron como locos. La necesidad de mantener la operación en secreto no les facilitaba las cosas.

Y aún les quedaba un pequeño problema.

—Habría que probar ese material —dijo el profesor, que contemplaba pensativo las botellas con el líquido turbio y violáceo.

En la instalación de drenaje que habían transformado en laboratorio secreto se habían reunido todos los altos cargos para examinar los frutos de sus esfuerzos científicos.

—Vamos a necesitar a un voluntario —dijo Memov.

Iván se presentó.

—Lo haré yo.

Memov negó con la cabeza.

—No. Tú no. Tiene que hacerlo alguien que esté sano.

Así que el general estaba al corriente de los dolorcillos de Iván. Vaya por dónde.

—¿Pues quién va a ser? —preguntó Iván.

—¿Y por qué precisamente yo? —preguntaba Solokha, estupefacto.

El profesor le sonrió amistosamente, se le acercó y, como por casualidad, se interpuso entre el *digger* y la puerta.

—No nos queda otro remedio —explicó con voz suave—. Por favor, quítese las gafas.

—Bueno, para que lo sepa: hay algunos medicamentos que mi cuerpo no tolera —protestó Solokha mientras se quitaba de mala gana las gafas.

—¿Una alergia? —preguntó Vodyanik en medio del ajeteo—. Espero que no represente ningún peligro para su vida.

—No, creo que no... Esto... ¿qué va a hacer usted?

—Vamos a hacer una prueba —dijo Vodyanik, y se puso la máscara antigás. Agarró la botella y apuntó el pulverizador en dirección al *digger*—. ¿Está usted preparado? —preguntó con voz indiferente.

—Mamá —gimoteó Solokha.

Un chorro corto brotó de la botella y se pulverizó en pequeñas gotas. La nube casi incolora se expandió y se disipó con la misma rapidez.

Solokha, dubitativo, aspiró. Todos le miraron con curiosidad. Pero no sucedió nada.

El *digger* fue mirando a todos los presentes y sonrió con satisfacción.

—Dígame, profesor, ¿verdad que Josef Mengele fue su ídolo de la infancia?

—Bueno, estoy satisfecho con el resultado del experimento —declaró Memov. Miró al colchón que estaba en el suelo—. Y parece que él también.

Iván asintió con la cabeza, distraído.

Solokha estaba tumbado de espaldas sobre el colchón y sonreía, rebosante de felicidad. Salvo por las pupilas dilatadas, apenas si se distinguía en nada del Solokha anterior. De todos modos, Iván no había visto nunca al *digger* tan relajado.

Solokha irradiaba el gozo más puro. Costaba decir qué era lo que brillaba con más fuerza en el trastero, si Solokha o la lámpara de carburo.

—Agresión cero —constató el profesor—. Es obvio que ese musgo tiene cierta similitud con el LSD y bloquea del mismo modo el flujo de adrenalina. El sujeto a prueba muestra una susceptibilidad elevada a las sugerencias y tenemos indicios de sinestesia. Después de una progresión rápida y relativamente suave, han aparecido síntomas transitorios de parálisis muscular. En suma, podemos hablar de una reacción bastante fuerte, si tenemos en cuenta que una décima parte de la dosis prevista ha bastado para...

—Ha quedado entendido, profesor —le interrumpió Iván, aunque, como mucho, había comprendido la mitad del diagnóstico—. ¡¿Y bien?! —Se volvió hacia el general—. ¿Desalojamos la Mayakovskaya?

—Creo haber encontrado el «punto de encaje» —anunció Solokha antes de que Memov pudiera responder—. ¿Lo oís? No se puede describir... pero voy a intentarlo. El sentido de la vida. Lo veo claro y distinto.

El general tosió levemente.

—Qué maravilla —dijo el profesor, jubiloso, y se acercó a Solokha, bloc de notas en ristre, como para apuntar el sentido de la vida sobre el papel.

Memov sonrió con satisfacción.

—Señores, vamos a poner en práctica sin más demora el plan de Merkulov.

—La historia de la estación de los emigrantes es legendaria, por supuesto —explicaba el profesor Vodyanik—. Cierta día se reunieron todos sus habitantes,

hombres, mujeres, niños y ancianos, y decidieron abandonar la estación. Abrieron la puerta hermética y salieron a la superficie por las escaleras mecánicas. ¿A qué aspiraban? ¿Creían que podrían apañárselas en la zona irradiada? Lo más probable es que una vez arriba, el crujido de los contadores Géiger les reventara los oídos.

»¿Acaso contaban con sobrevivir fuera de la metrópolis? No lo sé. Ninguno de ellos regresó. No hemos sabido nada más de ellos. Quizás hayan logrado llegar a un sitio donde la radiación esté más o menos ausente y se hayan asentado allí. Incluso puede ser que una vez allí se hayan encontrado con personas en una situación semejante. También es posible que todos ellos fueran víctimas de las enfermedades provocadas por la radiactividad, las epidemias y el hambre. Seguramente no lo sabremos jamás. —El profesor negó con la cabeza—. Somos hijos de una civilización tecnocrática. Los esquimales chucotos y los aborígenes australianos tienen mayores posibilidades de sobrevivir que nosotros. Mucho mayores. Aunque tan sólo fuera porque no tienen que vivir con la deprimente sensación de haberlo perdido todo, ¡absolutamente todo! Incluso Internet ha dejado de existir. —El profesor le lanzó una mirada a Iván y a los otros que habían llegado al metro cuando tan sólo eran niños—. Pero a vosotros esa palabra no os dice nada. En cualquier caso, ha dejado de existir. Y los culpables somos nosotros. Todos nosotros, la humanidad entera, cometimos un suicidio colectivo. Nos pusimos la pistola en la boca y apretamos el gatillo. ¡Pum! No sé lo que se puede esperar en una situación como ésta.

—Es usted un pesimista, profesor —comentó Sazonov con ironía.

—Ah, ¡qué me va a decir usted! —le respondió Vodyanik en tono mordaz—. Toda una estación de optimistas se puso en marcha para encontrar una vida mejor. Una oportunidad para la humanidad entera. ¿Y dónde estamos ahora? No, muchacho, discúlpeme, pero me voy a quedar con mi pesimismo.

—Yo me imagino que usted ya la ha encontrado —dijo Kuznetsov de repente—. Una vida mejor, quiero decir. Por lo menos me gustaría creerlo.

Nadie más dijo nada.

—En realidad —explicó el profesor, como respuesta al abatido silencio—, esa historia es una pieza didáctica sobre los peligros de la esperanza.

—¿De la esperanza engañosa? —preguntó Iván, mirando con interés a Vodyanik.

—De la esperanza de cualquier tipo.

No cabía menospreciar a los moscovitas. Sin duda alguna, la larga

inactividad de la Alianza les haría sospechar. Por ese motivo, se decidió un nuevo asalto contra la estación Ploshchad Vosstaniya, aun cuando los preparativos para el ataque con gas estuvieran ya en marcha.

Dicho y hecho.

Cuando Iván regresó a la Mayakovskaya, se apelotonaban allí soldados con mala pinta y hedor a pólvora que acababan de regresar del combate. Los heridos gemían. Se les hizo subir rápidamente a dresinas y los llevaron a toda velocidad por el túnel hasta la Gostinka. Pusieron por separado a los muertos. Habían caído nueve hombres. «Demasiados para una maniobra de distracción, maldita sea.»

Iván se encontró con Shakilov, que estaba sucio y rendido. Se saludaron con un apretón de manos. Iván miró a su alrededor. Los *skinheads* habían montado su campamento en un banco, junto a una columna. Iván reconoció al Canoso, ya que tenía una cicatriz en el cogote. En ese momento, les llenaba los vasos a sus compañeros con una petaca.

Los *skinheads* levantaron las tazas y bebieron en silencio, sin brindar. Muy curioso.

—¿Qué ha sucedido? —Iván señaló a los *skinheads* con un gesto de cabeza—. ¿Se les ha muerto alguien?

Shakilov se las apañaba con un solo ojo, igual que antes. Aún llevaba el otro hinchado después de su mala caída. La mitad izquierda de la cara parecía una alfombra hecha con retazos de colores variados: violeta, negro y amarillo. Tenía un aspecto horrible.

—A mí nadie me ha dicho nada —masculló Shakilov entre los agujeros que habían tomado el lugar de los dientes—. Pero está claro que su comandante no ha vuelto. No sé si ha regresado o no. En cualquier caso, no ha vuelto a salir del tunel, eso sí lo tengo claro.

«Fantástica noticia. Un aliado menos.» El Überführer era un tío estrafalario, un fascista, un racista, o a saber el qué, pero, aun así, valía la pena. En principio, Iván se llevaba mejor con él que con los gallitos de la Admiralteyskaya. Y se podía confiar en su palabra.

A Iván le rechinaron los dientes. Que el abastecimiento fuese una porquería... pues vale, las guerras son así. Pero era una lástima que hubieran perdido al *skinhead* que citaba a Kipling.

Adiós, Überführer.

Barricadas, barricadas.

Iván bajó las escaleras detrás del capitán de la Nevski prospekt. El hombre se

llamaba Voinovich, pero todo el mundo lo conocía como capitán Kostya. El capitán Kostya había llegado a un acuerdo con los moscovitas.

«Lo importante es que el plan nos salga bien», pensó Iván.

Abajo, los pasos que quedaban entre las columnas estaban cegados por completo con sacos de arena. Por pequeñas aspilleras se asomaban los cañones de los fusiles. Iván evaluó la inclinación del suelo. No, con una granada no se conseguiría nada, ya que rodaría en dirección contraria. Por otra parte, no era ése el objetivo de su visita.

—¡Alto ahí! —gritó alguien desde detrás de los sacos de arena.

—Ramil, soy yo, Kostya —gritó el capitán.

Las lámparas de luz diurna que colgaban del techo estaban apagadas. Por ello, la luz de dos megarreflectores deslumbró a Iván y a Kostya.

Se hizo una pausa.

—¿Quién es el tío ese que te acompaña? —preguntó alguien que se hallaba detrás de la barricada.

—Es amigo mío. Tan sólo quiere preguntarte una cosa, Ramil.

No hubo respuesta.

—Tienes mi palabra de que tan sólo queremos hablar con vosotros —aseguró el capitán Kostya.

—De acuerdo.

Un hombre corpulento salió por una estrecha abertura entre dos sacos. A duras penas veían su rostro. El reflector les cegaba sin piedad.

—Sentaos —ordenó el hombre.

Se sentaron en el suelo. Iván agarró un casquillo de bala que le había quedado bajo el trasero y lo arrojó a un lado. Todo el suelo estaba cubierto de ellos. A diferencia de los muertos que se habían llevado de allí, los cartuchos habían quedado sobre el campo de batalla.

El hombre se les acercó y se sentó enfrente.

—¿Quién eres y qué quieres? —le preguntó a Iván.

—Soy un *digger*. Me llamo Iván. Un amigo mío ha desaparecido.

—¿Y quieres saber si está con nosotros?

—No se encontraba entre los caídos —respondió Iván.

—¿Y por qué voy a contarte nada sobre tu amigo? —El hombre hablaba en voz baja, tranquila. Indiferente.

—Pienso que podríamos llegar a un acuerdo —dijo Iván.

El hombre negó pausadamente con la cabeza.

—No lo creo.

Iván logró verlo por fin. Vestía una chaqueta de marinero de color azul grisáceo. En el pecho llevaba el distintivo del Ministerio de Protección Civil, con la estrella de ocho puntas. Tenía los rasgos bien proporcionados y angulosos, como trazados a cuchillo.

—¿Qué pinta tiene tu amigo?

—Cabeza rapada, bastante alto. Entre treinta y cuarenta años, cuesta decirlo. Ojos azules. Se hace llamar Überführer. Y lleva un tatuaje... aquí. —Iván se llevó la mano al antebrazo—. Un martillo y un cuchillo redondo con una corona de laurel. Es bastante aparatoso.

—No lo he visto nunca.

Iván cerró los ojos por unos instantes.

Hasta siempre, Überführer. Aunque fueras un racista.

—¿Eso era todo? —preguntó el hombre.

—Sólo una pregunta... —Iván tuvo un momento de vacilación—. ¿Para qué queréis nuestro grupo electrógeno?

Se hizo una pausa.

—¿Piensas que lo tenemos nosotros? —El hombre negó con la cabeza—. Te engañas. No os hemos robado nada.

«Otra mentira», pensó Iván.

—Marchaos —ordenó el hombre—. Dentro de dos minutos vamos a abrir fuego.

Se pusieron en pie. Iván se dio cuenta de que se le había quedado el cuerpo empapado en sudor. Tomó el gorro y lo empleó para secarse el rostro.

—¿Quién era ése? —preguntó al capitán Kostya mientras regresaban.

—Ramil Kandagariyev. Un tío importante. El jefe de la guardia personal de Ahmed. Es buen tío, en general. Pero no siempre.

Pues vaya.

«Así lo habéis querido», pensó Iván con amargura.

«Hay que castigar la maldad.»

«Así son las cosas.»

La noche antes de iniciar la acción, Iván recibió la orden de presentarse ante el general.

—¿Qué sucede?

Iván contempló el distintivo. Lo había visto ya en el uniforme de otros admiralzes. Un círculo blanco con un borde gris. Y dentro, un puño estilizado.

Cinco dedos grises.

—Es un símbolo —explicó Memov—. Todo imperio ha tenido su símbolo. Y éste es el nuestro.

Levantó su mano carnosa y plegó los dedos, uno tras otro, hasta cerrar el puño.

—Cinco estaciones. Cada una de ellas, por su cuenta, es débil. Pero si estamos unidos, somos fuertes, como un puño cerrado. Ése es nuestro símbolo. Toma uno.

Iván recibió el distintivo.

—Y ahora vete a dormir —dijo el general—. Mañana va a ser un día duro. Cuento contigo.

Tienes que abrir tu propia vida como un sobre con la nota «Urgente».

«Confidencial.»

«Personal.»

Leerla y después prenderle fuego.

—Empezamos —dijo Iván en voz baja.

Con rostro sombrío y deprimido, los soldados de la Admiralteyskaya, la Nevski prospekt y la Vasileostrovskaya marchaban por su lado. Las tropas unidas de la Alianza abandonaban la estación Mayakovskaya. Y no tenían ni idea del porqué.

Kulagin se separó de sus filas y se acercó a Iván.

—Vanya, aclárame por lo menos qué diablos estamos haciendo —se lamentó—. ¿Por qué nos retiramos? ¡Esto es un disparate!

Iván se encogió de hombros. Maldita necesidad de guardar el secreto. No podía decirles nada ni siquiera a los suyos.

—No lo sé, Oleg —dijo, mintiendo a desgana—. Sigue adelante.

—¿Y nuestro grupo electrógeno? —Kulagin apretaba los labios—. ¿Qué va a pasar con nuestro grupo electrógeno?

—Ve, Oleg. Créeme, esto es lo que tenemos que hacer.

Kulagin perforó con la mirada a Iván.

—Esto estaba amañado, ¿verdad?

—¿Qué? —Iván no daba crédito a sus oídos.

—Ya lo veo, el general se lo ha trabajado bien contigo —dijo Kulagin con amargura—. Ah, *digger*, siempre has sido un advenedizo. Y lo serás siempre.

Iván se quedó de piedra. La cólera le hizo subir la sangre al rostro.

—Oleg —Iván sintió un temblor en las mejillas—. Te lo voy a perdonar tan

sólo porque eres tú. Luego nos vemos. Y ahora te vas a ir con tu gente y harás de buena gana lo que se te ordene. ¿Lo has comprendido?

Kulagin no se movió de donde estaba. Tozudo como una mula. Iván le miró con ojos gélidos. El comandante de la Vasileostrovskaya tragó saliva. Abrió la boca...

—Todavía quiero decirte algo —le advirtió Iván en voz baja—. Vas a lamentar lo que has dicho, Oleg. Créeme.

—Yo...

—Márchate —dijo Iván entre dientes, y añadió en tono oficioso—: ¡Capitán! ¡Cumpla usted las órdenes de nuestro general!

El poderoso tórax de Kulagin temblaba. El gigante luchaba consigo mismo. Al fin, hizo un gesto malhumorado y se marchó.

Iván respiraba pesadamente. Aún tenía la rabia atravesada en la garganta. Se pasó la mano sobre la cara. Tenía el mismo tacto que una máscara antigás. Como de goma, sin sensibilidad.

«No importa —se dijo Iván—. Es de lo más normal. No importa que te juegues el pescuezo por ellos. Te consideran un advenedizo. Y eso no va a cambiar.»

«La Vasileostrovskaya. Ése es mi hogar.»

«Regresaré y le taparé la boca al que diga lo contrario.»

En ese momento apareció Sazonov con su abrigo beige habitual y el revólver en la pistolera que le colgaba del hombro.

—Todo está a punto, Vanya —informó—. Hemos tenido que cambiar uno de los interruptores automáticos, esa mierda no funcionaba bien. En la segunda caja de extintores, una de las botellas tenía un escape, pero el profesor piensa que no habrá tiempo para que pierda mucha presión hasta que llegue la hora X. —De pronto, Sazonov le echó una mirada interrogadora a Iván—. ¿Qué te pasa?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Se te ve nerviosísimo.

Iván hinchó los mofletes.

—Ah, pues a la mierda —dijo por fin—. ¿Verdad que sí, Vadim? Dentro de muy poco podremos regresar a nuestra vida normal.

Sazonov sonrió.

—Por supuesto, Vanya, al cien por cien. ¿Qué te parece? ¿Empezamos?

Iván miró a su alrededor. Los últimos pelotones de la Alianza abandonaban la estación.

Asintió.

—Vamos a empezar.

—¿Armas químicas? —El profesor arrugó la frente—. Tan sólo se emplearon a gran escala durante la primera guerra mundial. Durante la segunda ya se había renunciado a ellas en gran medida.

Iván no lo entendía bien. Durante la Catástrofe tampoco se habían empleado armas químicas. ¿Y? ¿Había mejorado algo con eso?

—¿Y eso por qué? —preguntó Iván.

—En primer lugar, son inhumanas. En segundo lugar, son peligrosas para los mismos que las utilizan...

—¿Y en tercer lugar?

—No son efectivas —explicó Vodyanik—. Ése es, probablemente, el motivo principal por el que se renunció a las armas químicas. De acuerdo con valoraciones estadísticas que se realizaron durante la primera guerra mundial, se necesitaban unos cincuenta disparos de artillería con gas mostaza o sustancias similares para dejar a un soldado enemigo incapaz para la lucha o matarlo. Al emplear las municiones habituales, se necesitaban tan sólo treinta disparos para conseguir el mismo efecto. Un simple cálculo. Por otra parte, la munición convencional es más fácil de producir y almacenar. En un caso como éste, una contabilidad rigurosa tiene mejores efectos que todas las convenciones de La Haya juntas.

—Ajá. ¿Y qué más?

—Los estadounidenses trataron de utilizar armas químicas durante la guerra de Corea... fue un fiasco.

—¿Y qué más?

El profesor reflexionó.

—La CIA llevó a cabo una serie de experimentos en el marco del programa MK ULTRA. El objetivo era tomar el control de la conciencia de las personas. Los científicos emplearon métodos diversos con ese propósito, como, por ejemplo, lavado de cerebro, tortura física, electrochoques, psicocirugía, borrado de memoria e incluso dispositivos electrónicos para el control de la conducta. Posteriormente, todo ello se englobó bajo el concepto de psicotrónica. Así, por ejemplo, se investigó si preparados como el LSD-25 podían emplearse en la manipulación de la personalidad, inducción de una mayor receptividad a las sugerencias y cosas así. En esa época se realizó un experimento que consistía en

pulverizar con LSD un área de ciento veinte kilómetros de ancho que comprendía una pequeña ciudad estadounidense. Por supuesto que no se había informado a sus habitantes. Sinceramente, no sé qué resultados tuvo el experimento... no me he preocupado nunca de ese asunto. Sin embargo, me cuesta imaginarme que los habitantes de esa localidad quedaran en situación de ofrecer seria resistencia en caso de guerra. No es necesario que se aspire o se beba el LSD. En teoría, puede absorberse también a través de la piel.

—Eso significa...

—Que tu plan no es disparatado, Iván —explicó Vodyanik—. Si prescindimos de cuestiones éticas... Pero, al fin y al cabo, queremos mantener en cifras bajas el número de posibles víctimas, ¿verdad?

Iván reflexionó. Aún no había contemplado la situación bajo ese punto de vista.

—Sí, en principio sí.

—Esto es interesante. —El profesor se agarró la barba y se la mesó, como si hubiera querido arrancársela—. Interesantísimo.

Iván miró al profesor. En todo científico se esconde un muchachito que le arrancaría las patas a un saltamontes para ver cómo salta luego.

Los científicos fanáticos hacen avanzar la investigación con mucha mayor rapidez que los amantes de la paz.

Así fueron por el túnel. Siempre con la incómoda sensación de que los disparos podían empezar a crepitar en cualquier momento a sus espaldas.

¿Cuánto tiempo pasaría hasta que los moscovitas se dieran cuenta de que habían abandonado la estación?

La Mayakovskaya había quedado a sus espaldas, inmersa en una media luz crepuscular, porque habían desmontado una parte de las bombillas de detrás de los paneles. La luz era de un color rojo turbador, como si alguien hubiera enjalbegado las paredes con sangre fresca. Por lo demás, había quedado cubierta por el humo; Iván y su pelotón de *diggers* se habían apropiado de las existencias de marihuana de los admiralztes y habían encendido un bonito fuego con ellas. El general tenía tan bien adiestrada a su gente que nadie se atrevió a protestar contra la medida. Había que reconocérselo a Memov: durante las últimas dos semanas había logrado organizar una maquinaria de guerra en condiciones de funcionamiento. Cabía preguntarse si había sido una buena idea.

En ese momento había otras cosas más importantes. El humo, el hedor y la media luz tenían un solo objetivo: disimular el espolvoreado de la sustancia

violeta.

Fueron a un puesto de control protegido con sacos de arena. Tenían que retener allí a los moscovitas hasta que llegara el momento del ataque.

Iván consultó el reloj y repasó mentalmente el resto del plan.

Si todo les salía como habían previsto, el conflicto iba a terminar en cuatro horas. Se esperaba que los moscovitas volvieran a ocupar la estación abandonada y se quedasen allí hasta que los interruptores mecánicos iniciaran el espolvoreado de la sustancia.

«El efecto del LSD violáceo dura unas doce horas. El punto máximo del viaje se alcanza unas tres horas después de la administración del producto. En el momento en que atacemos nosotros, los moscovitas tendrían que estar dóciles como corderos, desorientados, incapaces de una acción coordinada. Sólo tenemos que esperar.»

«Y tocar madera para que esto salga bien.»

Una vez en el puesto de control, tomaron posiciones detrás de la infantería de los admiralzes. Iván trazó un círculo de izquierda a derecha con la linterna que llevaba en la frente. La luz le reveló formas toscas que llevaban la cabeza cubierta con cascos de visera redondos. Iván no había visto nunca a semejantes soldados entre los admiralzes. Estaban equipados con chalecos antibalas y llevaban lanzagranadas instalados en los fusiles ametralladores. Todos ellos llevaban un parche con el puño gris en la manga.

Uno de los soldados llevaba un contenedor de cinc sujeto a la espalda. El hedor del combustible no le impedía gozar de la degustación de una galleta.

—Un lanzallamas. —Sazonov señaló con la cabeza al soldado—. Rocía queroseno y le pega fuego. Es un arma devastadora.

Iván se quedó perplejo. Interesante. Los lanzallamas estaban prohibidos en el metro desde los tiempos de Saddam.

Era evidente que el general carecía de todo escrúpulo.

—¿Quieres comer algo, Vanya? —Pasha le puso un plato de hojalata en la mano.

Puré con setas, a juzgar por el olor. Iván estuvo a punto de decirle que no, pero luego cambió de opinión. Una pequeña cena no les haría ningún daño. Tenía que matar el tiempo de algún modo. Todavía faltaban cuatro horas; qué locura, una eternidad. Iván meneó la cabeza.

Y si el plan Merkulov fracasa, ¿esos mocetones van a lanzarse a la lucha con sus cascos SEK y sus lanzallamas?

Bonita expectativa.

Al diablo con todo.

Iván se sacó de la bota una cuchara de aluminio envuelta en un trapo. Le había servido fielmente desde hacía una eternidad, desde la misma época en la que había llegado a la *Vaska*. El puré sabía a quemado, pero no era horrible. No pasó mucho rato hasta que la cuchara raspó el fondo del plato de hojalata.

En cuanto hubo terminado de comer, Iván pidió una taza de té. El tío Yevpat decía que aquel sucedáneo estaba tan lejos del verdadero té como San Petersburgo de Vladivostok. Pero ¿qué se podía hacer? En los supermercados y almacenes aún se encontraba té empaquetado al vacío dentro de las latas. Se tomaban el que no emitiera mucha radiactividad. Por supuesto, el que se lo bebía aceptaba los riesgos.

El cáncer de laringe es mejor que el hambre.

Durante los tiempos del hambre habían saqueado la mayoría de las existencias que habían quedado en la superficie. En aquella época, los *diggers* salían de día y de noche. Y no sólo los *diggers*.

Iván dio un sorbo a la taza y tosió. «Joder, está demasiado caliente.»

Consultó el reloj una vez más. Habían pasado tan sólo veinte minutos.

Iván exhaló un profundo suspiro.

La espera lo iba a volver loco.

A la hora X, el gas se distribuyó por toda la estación Mayakovskaya, con la ayuda de las instalaciones de ventilación.

Pasadas dos horas de la hora X, las tropas de la Alianza iniciaron el ataque. Se encontraron con que la mayor parte de los moscovitas no estaba en situación de ofrecer una resistencia seria, pero los demás pelearon hasta el final. Llevaban máscaras y, por ello, el gas no les afectó. Eran soldados vestidos con chaquetas negras de la Marina y resistieron con especial obstinación.

La infantería pesada de los admiralzes los acorraló en un callejón sin salida y no dejó ni a uno vivo. Se encendieron los lanzallamas. El hedor de los cadáveres calcinados se difundió por los túneles.

Los soldados de la Vasileostrovskaya empujaron a un último grupo de moscovitas hasta un túnel de enlace.

—¡Nos rendimos! —gritaron desde allí—. ¡No nos disparéis!

Kulagin interrogó con la mirada a Iván. ¿Qué hacemos? ¿El gas aún podría afectarnos?

Iván le dio a entender que ya no corrían ningún peligro. Kulagin se quitó la

máscara antigás y juntó ambas manos en forma de embudo.

—¡Arrojad las armas y salid con los brazos en alto!

Una «muleta» modelo 103 rebotó a los pies de Kulagin. Otras dos armas se deslizaron sobre el granito.

Iván se sacó la máscara antigás de su cara empapada en sudor.

La lucha había terminado.

La Mayakovskaya y la Ploshchad Vosstaniya se entregaron a la merced de los vencedores.

8-El traidor

IVÁN se sentó en el suelo y se recostó contra la pared de hormigón. La luz intensa del alumbrado apenas le molestaría mientras estuviese allí, ya que le escudaba una extraña construcción a base de tubos de aluminio, una especie de plataforma elevada.

Por lo general, torres como ésa se empleaban para cambiar lámparas, pero ésa estaba cubierta con una lona e Iván daba las gracias por ello. La sombra de la lona caía sobre él.

Iván estiró las piernas. Se sentía como si todos los músculos y tendones de la espalda se le hubieran petrificado. Echó los hombros hacia atrás con precaución y apretó los dientes. El dolor se le extendió por todo el cuerpo. Poco a poco giró la cabeza hasta llegar al tope. Le crujió una vértebra al ponerse en su sitio.

El aire que se respiraba en el andén no era digno de tal nombre: arenilla de hormigón, los vahos punzantes de la pólvora y, además, el olor a cuerpos sudorosos y sin lavar. El hedor del miedo y del odio.

Qué día habían tenido. «¡Malditos moscovitas, al infierno con ellos!» Iván apoyó la cabeza en la áspera pared y escuchó la suave música del acordeón. Reposo. Paz. Una paz como no la había conocido desde la última vez que se había acostado en su tienda y Tanya le había recogido la mano entre sus piernas. Tanya. Los pensamientos se le desmenuzaban y se perdían en la lejanía. La consciencia de Iván cayó en un agradable estado crepuscular. En la ausencia de pensamientos.

El cuello le dolía. Iván tragó saliva. Tenía que disfrutar del momento. Hemos vencido. Todo ha terminado. Hemos vencido.

¿A qué precio? Eso da igual.

Sólo le quedaba un ratito sentado a la sombra antes de tener que volver a la rutina: dar órdenes, repartir guardias, los trabajos de desescombro...

De pronto, Iván tuvo ante los ojos los rostros asustados y deprimidos de los

moscovitas que habían caído presos. No tendrían que haber robado el grupo electrógeno. Al pensarlo, no sentía ninguna cólera, tan sólo un enfado cansino. Y un extraño regusto.

Como si hubiera hecho algo que no estuviera bien.

Nada de reflexionar. Descansar. El cadáver del enemigo huele bien. ¿Acaso podía ser de otro modo en el metro?

Iván sintió un escalofrío. Tembló, y las lágrimas le afloraron a los ojos. ¿Los efectos tardíos de la tensión? Los músculos del estómago se le agitaron con violentos espasmos, como si hubiesen querido anudarse entre sí para siempre.

Mejor que se me pase rápido antes de que alguien se dé cuenta.

Por fin. Iván notó que las últimas olas de cólera negra y animal perdían fuerza poco a poco. Aliviado, se recostó de nuevo y sintió por todo su cuerpo la agradable sensación de estar relajado.

Tuvisteis vuestra oportunidad.

—¡Jefe! —gritó alguien.

Iván no reaccionó de inmediato. Se concedió todavía unos pocos segundos en la oscuridad de los párpados cerrados. El rostro le ardía. Los oídos también.

«¿Qué le sucedía? ¿Se habría puesto enfermo? Sólo le faltaba eso.»

Iván se acordó de las epidemias de antaño, durante las cuales las estaciones se aislaban y se disparaba de inmediato contra cualquier extraño que apareciese en el túnel. El problema de un sistema cerrado. Una epidemia sería habría podido exterminar a toda la población.

Iván abrió los ojos. Solokha estaba de pie frente a él.

—¿Qué quieres? —preguntó Iván, y arrugó la frente.

Solokha se apoyó primero sobre una pierna y después sobre la otra. Su cuerpo alto y desgarbado se le hizo extraordinariamente cómico. Como un número circense. Un hombre sobre zancos.

Iván se acordó de la última representación circense. Unos artistas ambulantes habían llegado a la estación. La muchacha que caminaba sobre la esfera de metal, malabarista, echadores de cartas. Un mago. Qué raro, hacía mucho tiempo que no los había visto. Por lo general estaban siempre de gira por la red de metro, eso era lo que ellos mismos habían dicho. ¿Cómo se llamaba el tío del cabello rubio muy claro? ¿*Signor Antonelli*? Exacto, se llamaba Anton.

—Mierda —Solokha hizo una mueca como si le dolieran los dientes—. Es una mierda de verdad...

Iván dudó. Qué bonito habría sido hundirse de nuevo en la oscuridad y

fantasear con los artistas circenses. Así, por ejemplo, con la elástica muchacha que caminaba sobre la esfera...

—Bueno —dijo Iván, levantándose con gran esfuerzo—. Pues enséñame dónde se ha posado esa mierda...

Un estallido de colores en el más absoluto silencio. Y el vuelo insonoro de las esferas bajo la bóveda de la Vasileostrovskaya.

Rombos rosados y marrones. Iván se acordaba. La muchacha de la esfera llevaba puesto un maillot ceñido, de rombos rosados y marrones. Era grácil, flexible, y no tan joven. Al mismo tiempo sonaba la música. Una marcha circense como Iván se la había imaginado toda su vida. Triste y temperamental. Los artistas ambulantes tenían un radiocasete chino que se aguantaba con cinta adhesiva y que hacía música de manera intermitente, entremezclada con crujidos. A los asistentes les daba igual, tenían toda su atención puesta en la función. La artista se balanceaba sobre la esfera, luego bailaba sobre una cuerda y andaba con las manos. Un forzudo de rostro cándido cargaba con ella y se la colocaba sobre los hombros. Sin perder el equilibrio, la muchacha extendía una pierna y la doblaba hacia atrás hasta tocarse la nuca, como si hubiera sido de goma.

Entonces descendía al suelo y hacía una reverencia, y estallaba un aplauso multitudinario. Iván se daba cuenta, por primera vez, del silencio mortal que había reinado hasta entonces. Mejor dicho, un silencio vital que había vibrado entre los espectadores y la artista.

Se llamaba Eleonora y era de Vaizkaitse. Su diminutivo: Lera. Después de la actuación, Iván se le acercó para felicitarla, o más bien para verla de cerca, porque en esa época ya era corto de vista. Al encontrarse frente a ella, se dio cuenta de las finísimas arrugas que tenía en la zona de los ojos, en un rostro que, por lo demás, era de piel tersa.

Le dio las gracias por la presentación y le regaló una rosa... de papel. Y la miró a los ojos. Ojos oscuros que habían vivido mucho. A través del fulgor que el mismo entusiasmo de los espectadores había instilado en ella brillaban la soledad y la fatiga.

Charlaron durante un rato.

En realidad, Eleonora había pasado ya de los treinta. Se acordaba sustancialmente mejor que Iván de los tiempos anteriores a la Catástrofe. Aunque sólo de determinadas cosas.

Por lo general, es sorprendente la manera en que funciona la memoria de las

mujeres.

Eleonora, Lera, se acordaba de olores y sonidos. De las melodías de entonces. Pero, en cambio, no recordaba nada de lo que podría haber interesado a Iván.

Además, le habló de la estación Parnas, un paraíso para los artistas. Según contaba, allí todo el mundo era bueno y noble.

Joven y bello. Apto para las artes y lleno de inspiración.

Allí reinaban la serenidad y la paz.

Iván caminaba a toda velocidad tras los pasos de Solokha y, entretanto, se preguntaba si la mujer habría logrado encontrar su paraíso...

Y qué mierda se había posado...

—¡Apunten! —ordenó el coronel.

Llevaba en el hombro el distintivo que Memov le había enseñado a Iván.

«Son personas completamente normales —pensó Iván con amargura—. Y les hacen esto.»

Las armas retumbaron y las personas que estaban alineadas en la pared se estremecieron. El estruendo de los diez fusiles en un espacio tan pequeño resultó ensordecedor. Iván vio con el rabillo del ojo la hilera de fogonazos y luego presenció cómo los seres humanos se venían abajo en respuesta al redoble de tambor de los disparos, cómo se quedaban hechos un ovillo...

Y morían.

Sus chillidos aún le resonaban en los oídos cuando se marchó del lugar. Iván sentía un nudo en la garganta.

Al cerrar los ojos, vio de nuevo cómo los soldados de la Alianza despachaban a los supervivientes.

«¿En qué bando luchas tú, soldado? Maldita sea.»

«¿Por qué han transformado una guerra normal en semejante baño de sangre?»

Aunque, sin solución de continuidad, Iván pensó: «¿Hay guerras normales? ¿Existe semejante cosa?»

En la estación Ploshchad Vosstaniya predominaba el color de la sangre derramada. Era evidente que los antepasados habían afinado mucho al elegir aquel tono rojo oscuro. Iván apoyó la frente contra el mármol frío y apretó los párpados. Así pasó el tiempo y, como tantas otras veces, abrigó la esperanza de que todo hubiera sido una pesadilla.

«¡Despierta! —se decía a sí mismo—. ¡Despierta de una vez!»

La historia se repetía. Al cerrar los ojos, volvía a presenciar lo que poco antes había visto.

—¡Es el hospital de campaña! —decía el teniente.

Una intensa luz eléctrica alumbraba el lugar. Los heridos estaban echados o sentados sobre camas plegables, y levantaron la cabeza al entrar los recién llegados. Tenían la mirada sombría y, al mismo tiempo, preñada de esperanzas. Al otro extremo de la tienda había varias enfermeras y un médico vestido con una bata blanca con manchones de sangre.

El teniente pasó por entre las hileras de camas portátiles y contempló a los heridos. Algunos se volvían y otros miraban con ojos saltones. Iván caminaba detrás de él. No tenía ni idea de lo que había ido a hacer allí.

—¿Qué haremos con ellos?

El teniente se detuvo. El médico se le acercó y le miró a los ojos. Tenía un rostro anguloso e irregular.

—Por favor, denos la autorización para consumir agua —dijo el médico—. Piense que lo que tenemos aquí son heridos.

El teniente miró a su alrededor.

—¿Heridos? —preguntó con rostro inescrutable.

El médico tragó saliva. El bocado de Adán ascendía y descendía bajo su piel pálida y llena de pliegues. Tenía la garganta cubierta por pelos de barba de color grisáceo.

—Disculpe, ¿de qué heridos me habla usted? Yo aquí sólo veo enemigos del Imperio.

El médico reaccionó como si le hubieran golpeado en la cabeza. Se vio cómo le desaparecía el color del rostro.

—Son seres humanos y están enfermos. ¡Necesitan ayuda! ¡¿Es que no le entra en la cabeza?! No tengo agua, ni medicamentos, ni vendas. Mis auxiliares...

—Sus auxiliares —dijo el teniente en un tono peculiar. El médico calló a media frase. El teniente contempló a las enfermeras vestidas de blanco—. Sí, sus auxiliares.

—No entiendo lo que...

Un fogonazo. Un disparo. El teniente parpadeó. El rostro del médico se quedó como helado, como si le hubieran echado encima un adhesivo transparente. Se tambaleó. Las enfermeras se pusieron a chillar. Cada vez más fuerte.

—Cerrad la boca —ordenó el teniente en voz baja. Contempló su propio revólver, pensativo, como si lo viese por primera vez. Apuntó distraídamente en una y otra dirección y luego volvió a meterlo en la pistolera.

El médico se desplomó. Iván vio cómo caía y cómo se formaba una pequeña mancha roja en su pecho, que poco a poco se extendió sobre la tela blanca de la bata. El hospital de campaña y sus huéspedes desaparecieron. Iván veía tan sólo aquella sangre. Los latidos del corazón le llegaban a la garganta. Estaba tan consternado que no sabía lo que tenía que hacer. ¿Tenía que caminar adelante o atrás?

«¿Qué es lo que sucede aquí?»

«¿Qué hago aquí?»

«Debe de ser una pesadilla.»

Iván levantó la mirada. El rostro del teniente era impenetrable. Su mirada era tan fría e indiferente como la de una serpiente gigantesca que se hubiera enroscado al sol para dormitar.

En la sala llena de luz reinaba un silencio opresivo.

Los labios del teniente se movieron de pronto.

—Hay que matarlos a todos —dijo con concisión. Luego se volvió hacia las enfermeras y añadió, con una sonrisa grotesca—: Señoras, si tienen usted a bien disculparme...

El médico se había caído de costado. Iván dio un paso adelante. Los miembros del muerto se agitaban todavía sin control, como si hubiera estado sometido a descargas eléctricas. Luego dejó de moverse. Tenía los ojos muy abiertos y miraba al vacío. Perplejo. Incrédulo.

El teniente tendió la mano de la que aún no había desaparecido la frialdad del revólver.

—¿Señoras?

Entonces, las enfermeras chillaron de verdad.

Iván sacudió la cabeza para apartar de sí los recuerdos no queridos. Había pasado mucho rato y, además, no era cierto.

«Imaginaciones.»

«¿O no habían sido imaginaciones?»

«Por supuesto que no. Amarga realidad.»

En otro tiempo, la estación Ploshchad Alexandra Nevskovo había caído en manos de los Vegetarianos. Y entonces había empezado la carnicería. Por aquel entonces, Iván tenía diecisiete años y llevaba tres meses de servicio como

mercenario en el Ejército Vegetariano. Fue su primera batalla después del período de instrucción. Y también la última.

A la noche siguiente, Iván le rajó la garganta al teniente y huyó.

Iván se acordaba muy bien de cómo los «verdes» le habían perseguido por el túnel y entraron tras él en el conducto de ventilación. Una lucha en las tinieblas. Los fogonazos y el estruendo de los disparos. Pero no se atrevieron a seguirle hasta la superficie. Iván, en cambio, sí corrió el riesgo. ¿Qué otra cosa podría haber hecho? Las alternativas eran la muerte inmediata bajo las balas o una vida miserable de esclavo, posiblemente con un hongo alucinógeno en la cabeza. No, gracias.

«Asesino.»

Iván suspiró. Era así como había ido a parar a la Vasileostrovskaya, en el otro extremo del metro.

Y llegado ese punto, volvió a verse atrapado en la misma historia.

—¡Vanya!

Era Solokha quien le llamaba. Iván se volvió. El rostro del *digger* estaba tan pálido como la nieve sobre la cúpula de la catedral de Isaac.

—Allí atrás... Gladyshev...

Iván tenía muy claro que lo que había visto hasta entonces había sido tan sólo el principio.

Mierda. No se podía decir de otra manera.

—¿Dónde está nuestro grupo electrógeno? —preguntaba Gladyshev a la par que enseñaba los dientes y jugueteaba con la palanqueta que tenía en la mano.

El moscovita le miraba, indefenso. «Dale una patada en los huevos», pensó Iván, al tiempo que aceleraba el paso. Apartó de un empujón a un admiralze que se había interpuesto en su camino. Éste se lo tomó mal y le agarró con fuerza por la manga. Iván le dio un codazo en plena cara. El admiralze se desplomó. «Lo siento, amigo mío.»

—¿Qué es ese grupo electrógeno del que me habla usted? —preguntó el moscovita con el rostro congestionado por el miedo.

—Voy a contar hasta tres —dijo Gladyshev—. Uno... dos...

—¡Los petersburgueses sois todos unos puercos! —gritó el cautivo, desesperado.

¡Choc! Un crujido.

Todos los que estaban a su alrededor gritaron.

—Respuesta equivocada —sentenció Gladyshev. Tiró de la palanqueta y la

extrajo del cadáver. La sangre le roció la cara y la ropa—. El siguiente, por favor —dijo con voz lapidaria.

—¡Basta! —gritó Iván, y fue hacia Gladyshev con los puños cerrados. El rostro le ardía de rabia.

El viejo *digger* vaciló y retrocedió hacia la pared. Iván le quitó la palanqueta y la arrojó al suelo. Estrépito. Iván no se anduvo con chiquitas y le golpeó. Gladyshev se tambaleó, dio de espaldas contra la pared y empezó a deslizarse hacia el suelo. Iván se arrojó sobre él, lo agarró por el cuello y lo levantó.

—¿Pero qué estabas haciendo, idiota de mierda?!

Gladyshev sonrió con los muñones podridos que tenía por dientes.

—¿A ti qué te parece, jefe? Estoy interrogando a esos hijos de puta que hemos capturado.

Iván acercó su cara a la de Gladyshev hasta casi tocarla.

—Te-voy-a-ma-tar —dijo, poniendo énfasis en cada una de las sílabas.

Sacudió al viejo *digger* y le golpeó el codo contra la pared. Gladyshev aún sonreía.

—Jefe... ¿qué te pasa, jefe?

«Ajá. ¡No quiere entender nada!»

Iván agarró la Makarov que Gladyshev llevaba al cinto, tensó el gatillo y le puso el cañón en la frente. Apretó con tanta fuerza que la piel se quedó blanca en torno a la boca del arma.

—¿Así lo entiendes mejor? —preguntó Iván—. ¡Voy a mandar que te fusilen, ¿lo has entendido?

—Lo he entendido. —Gladyshev miró a Iván sin inmutarse—. No había mucho que entender, jefe. Pero se nota que no eres de los nuestros. ¿Qué te importa a ti nuestro grupo electrógeno? A ti te da lo mismo si no lo encontramos, ¿verdad?

Iván levantó la Makarov y empleó el arma para golpear al *digger* en la sien. Gladyshev enmudeció y se desplomó.

—Y tú qué haces ahí, imbécil —le dijo Iván a un centinela—. Vas a juntar a todos los presos y los vas a llevar al puesto de guardia. Una vez allí, los vas a dejar libres. ¿Lo has entendido? ¡Y no se te ocurra tocarles ni un pelo! Yo mismo en persona voy a controlarte. ¡¿Lo has entendido?!

—Entendido —tartamudeó el hombre, que había palidecido de terror.

De pronto, se oyeron chillidos en el andén. Era una voz de mujer. Y, a continuación, la voz familiar de Shakilov.

¿Cómo es que esto se ha convertido hoy en un manicomio?!

—Solokha, vas a venir conmigo —ordenó Iván.

Después de una explosión, el aire se enrarece.

Hay quien tiene dificultades para respirar, y hay quien no.

—¡Detenga de inmediato a su gente! —ordenó Iván. Relajó los brazos y adoptó una actitud amenazadora. A su derecha estaba Solokha y a la izquierda, Shakilov.

«Qué bien que no hayamos traído a Kuznetsov», pensó Iván como de pasada. No parece que esto vaya a ser un paseo.

—¿Quién se supone que eres?! —bramó el admiralze.

Llevaba en el hombro el distintivo del puño gris dentro de un círculo, como casi todos. Lo más parecido a un uniforme.

—Un *digger* —respondió bruscamente Iván.

—¿Quieres que te pegue fuerte en la boca, *digger*?

—Inténtalo, por favor.

El admiralze enseñó los dientes. Sus subordinados prestaron toda su atención al duelo que se preparaba y se despreocuparon de la joven. Ésta se alejó a cuatro patas del lugar donde había ocurrido todo, pero se quedó sentada en el suelo, observando lo que ocurría.

Sus movimientos parecían más propios de una tullida.

—Levanta las manos —ordenó Iván—. Si no, te voy a derribar aquí mismo, para que todo el mundo se entere. ¿Lo has entendido?

Entre los admiralzes se oyó un murmullo de ira. No encontraban nada divertido que un *digger* les arrebatara su botín. Por otra parte, estaban en mayoría... cinco contra tres.

«Situación no favorable —pensó Iván—. Pero, cuando se trata de violadores y saqueadores, no puede uno prestar atención a semejantes minucias.»

El admiralze sonrió, seguro de su victoria. Por supuesto que había notado desde hacía rato cuáles eran las relaciones de fuerza.

Iván suspiró. «Qué le vamos a hacer. Cerrar los ojos y adelante.»

Los admiralzes empuñaron las armas a la velocidad del rayo. «Míralos, qué valientes.»

—Bueno, ¿qué te parece eso? —preguntó el que había agarrado a la joven, un tío repugnante de cara abotagada con una gruesa verruga en la mejilla.

—Mis caramelos favoritos —dijo Iván—, escúchame bien, se llaman Batooonchiki...

—¿Eh?

Iván golpeó sin más preámbulos. El de la verruga se tambaleó y los ojos le dieron vueltas. Iván se escudó con él, al tiempo que agarraba el fusil y lo ponía en fuego racheado. A continuación agarró el arma con ambas manos y apuntó a su adversario.

Se hizo una pausa.

Siete fusiles se apuntaban entre sí.

La situación se había tensado al máximo. Un movimiento en falso podía desencadenar un baño de sangre. No era la primera vez que Iván vivía algo semejante.

—¡Todos quietos! —gritó, apuntando al techo con el cañón del fusil—. ¡Ahora pongamos fin a esto, ya basta! ¡Que todo el mundo suelte las armas!

Nadie se decidía a disparar primero. La joven por la que había empezado el enfrentamiento les miraba con cara de absoluta indiferencia. Como si no hubiera sido ella la víctima a quien trataban de salvar de una violación.

—Pero ¿quién eres tú? —preguntó uno de los admirалzes, un calvo de carnes enjutas.

Otro se le acercó y le susurró algo al oído.

—¿Qué? ¿De verdad? ¿Merkulov? —El admirалze irguió la espalda—. Bueno, muchachos. Vamos a solucionar esto sin violencia.

El otro se inclinó de nuevo hacia él y le habló. Iván no entendía lo que le estaba diciendo, pero el rostro del calvo se transformó de nuevo.

—¿Quién de vosotros es Sazonov? —preguntó.

«Ahora que la cosa iba bien...», pensó Iván, frustrado.

—Yo le represento —masculló Shakilov, sin dientes, y con una voz tan confusa que nadie le comprendió.

—¿Qué? ¿Tú eres Sazonov? —le preguntó el calvo—. ¿De verdad? No me habían dicho que estuvieras tan gordo.

—Eh, chicos —respondió Shakilov—, no os lo vais a creer, pero ahora me siento insultado de verdad.

Iván conservó tan sólo un recuerdo esquemático de lo que sucedió después. Puños, pisotones, alaridos y sombras que pasaban en silencio. Y el dolor penetrante que sentía en las costillas cada vez que arreaba un golpe.

Entonces, de pronto, la pelea terminó. Los admirалzes que seguían en pie pusieron tierra de por medio.

Iván se sentó y se acarició con la lengua el labio superior ensangrentado. Ah,

a pesar de todo, los dientes seguían en su lugar. La cosa habría podido salirle mucho peor. Por suerte, los admiralzes eran cobardes, y Shakilov, una máquina de luchar inmisericorde.

De pronto... un disparo.

Shakilov se quedó como de piedra y cayó inerte al suelo. El rostro se le quedó pálido como la tiza.

—Sasha...

Iván le agarró del brazo. Tenía la mano roja. ¿Qué había pasado?

—No es nada —le tranquilizó Shakilov—. Se me pasará. Tan sólo estoy terriblemente cansado.

Iván miró a su alrededor por el andén. Los admiralzes se habían llevado al de la verruga y la joven también había desaparecido.

—¡Solokha, llama al médico! —gritó Iván—. ¡Pero rápido!

Iván encontró al general junto a la pared frontal de la Ploshchad Vosstaniya, en una pequeña habitación que se había transformado en improvisada sala de mando. En un rincón había una mesa con un boquete en el centro (seguramente se lo habían abierto durante el asalto) y junto a ésta, una silla de madera, la única en toda la sala.

En la pared había un corcho con un plano del metro sujeto con chinchetas de colores. Iván apretó los párpados. La parte inferior de la Línea 3 (desde la estación Ploshchad Alexandra Nevskovo hasta Obuchovo) estaba marcada con chinchetas verdes: el Imperio de los Vegetarianos. En la Rybatskoye había una chincheta de color negro. Se entendía el porqué: la estación se hallaba en la superficie y no estaba habitada. Es decir, por supuesto que la poblaban seres vivos, pero esos ya pertenecían a «otro ecosistema».

La Mayakovskaya y la Ploshchad Vosstaniya estaban marcadas en gris. Como también la Vasileostrovskaya.

«Nos encontramos en pleno proceso de expansión, ¿verdad que sí?»

—Detenga los fusilamientos —dijo Iván.

—Ya lo he hecho —respondió brevemente Memov—. Hemos castigado a los culpables. Dime, ¿habéis encontrado el grupo electrógeno?

El general volvía a mirarle con sus ojos penetrantes.

—No. Aún lo estamos buscando. No nos vendría nada mal un poco de ayuda.

—Desde luego —dijo el general, asintiendo con la cabeza—. Voy a destacar a varios hombres para ese cometido.

Iván se pasó la mano sobre la cara. Estaba fatigado.

«¿Dónde habrán escondido el grupo electrógeno los capullos esos? ¡Sí, todos son unos capullos! Los moscovitas, desde luego, y los nuestros no son mejores.»

Iván se dirigió a la mesa y se sentó en la única silla. Prescindió del rango. La madera vieja crujió. Iván cerró los ojos. Poco después oyó el rumor de un líquido.

Iván levantó los ojos. El general se servía coñac.

—Vamos a tomarnos un trago y luego irás a descansar —añadió Memov, al tiempo que le ofrecía el vaso de estaño—. Tienes pinta de muerto. No tardaremos en encontrar tu grupo electrógeno, no te preocupes. —Levantó el vaso—. Bueno, brindemos por la victoria.

Entrechocaron los vasos.

El coñac le ardió en el paladar. «Es del bueno», pensó Iván.

El calor que el alcohol le transmitía desde dentro le relajó y le hizo ver el mundo bajo una luz entre roja y rosada. Una vez más, la vida le resultó... soportable.

—Yo mismo apenas puedo creer que esto nos haya salido bien —dijo Iván, mirando a Memov casi con satisfacción—. Pero todo se ha desarrollado de acuerdo con el plan, ¿verdad, general?

—Bueno... —Pareció que el general titubeara—. Si tengo que ser sincero... no del todo.

—¿Disculpe?!

—¿De verdad pensabas que tu plan era el único?

Esta novedad le cayó a Iván como un jarro de agua fría.

—Pero...

—Tu ataque con gas fue una maniobra de distracción —explicó Memov—. Nuestras fuerzas de ataque principales avanzaron desde la Chernyshevskaya y la Vladimirskaia. Empezamos con los preparativos de esta operación hace ya una semana. La primera fuerza fracasó... la descubrieron durante el avance. La segunda se quedó escondida en el conducto de ventilación y trató de bajar. Uno de los *diggers* se cayó. Los otros trataron de rescatarlo. Los moscovitas los mataron a todos. Una granada... y adiós. Pero la tercera fuerza sí consiguió alcanzar la posición de salida. Y lograron hacer una entrada mientras tu ataque con gas tenía distraídos a los moscovitas.

—¿Y quién trazó ese plan? —preguntó Iván.

—Alguien que ya conoces. El teniente de navío Kmiziz.

Iván enarcó las cejas. «Asombroso.»

—Hay una sola persona seria entre ustedes y tiene que ser el sustituto de Orlov —comentó Iván en tono de burla—. Voy a felicitar a Kmiziz por su magnífica idea.

—Lo lamento, pero no va a ser posible —respondió Memov.

—¿Por qué... dónde están ahora? —Iván cayó en la cuenta—. Ah... ¿han muerto?

—Sí. Los mataron durante el ataque. —Memov cerró brevemente los ojos y los volvió a abrir—. Su propia gente. Por equivocación. Kmiziz también iba con ellos. Se había puesto al frente de la tercera fuerza. Recordémosle por siempre.

De pronto, fue como si a Iván se le cayeran escamas de los ojos.

—Ésos eran los que iban con las chaquetas negras de la Marina.

—Sí.

—El plan Kmiziz —dijo Iván.

—Sí. Pero perdurará en la memoria como el plan Merkulov. Alégrate, Iván. El vencedor siempre tiene razón.

«Pues sí que me alegro —pensó Iván con amargura—. Me voy a poner enfermo de pura alegría.»

—¡No... no soporto estar aquí ni un momento más! ¿Lo entiende usted, Iván?

El profesor caminaba nerviosamente por la instalación de drenaje —la que les había servido como laboratorio químico— y no lograba tranquilizarse. Una lámpara de carburo ardía sobre la mesa y transformaba el rostro de Vodyanik en la máscara triste de la tragedia científica.

Una mañana, los investigadores se despertaron y se encontraron con que habían inventado la bomba atómica.

—¿Lo entiende usted?

Iván asintió con la cabeza. Por supuesto que lo entendía.

El profesor dio media vuelta y se marchó. Su figura encorvada, fatigada y tambaleante se alejó en la oscuridad.

«Joder, ése es capaz de perderse.»

—¡Kuznetsov! —gritó Iván.

El pobre tarugo se puso en pie. Tuvo tiempo de engullir otro bocado mientras caminaba.

—¡¿A la orden?!

—Ve tras él —ordenó Iván—. Y ocúpate de que llegue sano y salvo. Luego ya puedes volver. Y no se te ocurra salirte del camino bajo ningún concepto,

¿entiendes? No sería la primera vez que el profesor se pierde. —Iván pensó un momento y añadió, por si acaso—: Como vayáis a parar a la Kupchino, no pienso ir a rescataros de los comunistas.

Kuznetsov sonrió. El pipiolo lo había entendido.

«Quién sabe, tal vez logremos convertir en *digger* a ese muchacho —pensó Iván—. Quizá más adelante, cuando tenga más años.»

Iván echó una mirada distraída por el lugar que había sido su laboratorio de química y luego se marchó también por el túnel. Tenía que encontrar el grupo electrógeno.

—Iván —alguien le llamaba desde detrás de una columna.

Iván titubeó. Se llevó la mano a la espalda y sacó la pistola que colgaba del cinturón. Una Makarov que se había quedado como botín. Mejor eso que nada.

—¿Quién anda ahí? Ponte en un lugar donde te vea.

La otra persona obedeció. Iván se encontró con que era el gordito del traje, y suspiró. Sólo le faltaba ése. Boris, el conejillo de Indias que se había transformado en humano. La neutralidad armada.

—Buenos días, Iván —dijo el civil amante de la paz—. Querría hablar de algo con usted.

Tenía una expresión rara en el rostro. Iván le echó el seguro a la Makarov y volvió a colgársela del cinturón.

—¿Algún otro caso de arbitrariedad militar? —preguntó, con los nervios atacados.

Iván había presenciado arbitrariedades más que suficientes durante los dos últimos días. Como para vomitar.

—¿Qué? —Boris pestañeó—. No, no. Es decir, sí.

«Entenderse con un conejillo de Indias no es fácil», pensó Iván.

—¿En qué quedamos? ¿Sí, o no?

—Sabe usted... —El representante del Consejo de Paz titubeó—. Es una cuestión complicada. ¿Podría acompañarme, por favor? Es muy importante.

—¿Muy importante? —Iván no tenía ni las más mínimas ganas de ir a ninguna parte. Como mucho, a casa. Recoger sus cosas en silencio y marcharse... a casa. Y olvidarlo todo—. Es que ahora iba a volver a casa.

—Esta situación es de una importancia extrema —insistió Boris.

Igual que antes, cuando la escena con Kulagin, Iván se fijó en la férrea decisión que se ocultaba bajo el exterior blando y débil del hombrecillo. Ay, Borya.

—Tiene que venir usted conmigo, Iván. Usted y ningún otro.

*Pero los que no fueron valientes
también tienen que dormir.*

—Pues de acuerdo —dijo Iván—. ¿Adónde vamos?

Túneles, pasillos, pozos, nichos.

La faz del metro.

En la penumbra, de repente, relució el metal y una figura envuelta en tinieblas emergió de la nada.

—Las manos detrás de la cabeza —ordenó la figura.

—¿Ésta era la situación tan importante? —preguntó Iván, sin volverse hacia Boris—. Bueno, pues muchas gracias.

Levantó las manos poco a poco.

«Boris, Boris, puto gilipollas —pensó Iván—. Si me arrojo contra las piernas de ese tío, quizá salga de ésta.»

—Ni se te ocurra —le advirtió la figura. Su voz profunda era serena e inmovible como el pretil de piedra a la orilla de un río—. No tienes ninguna posibilidad.

«¿Acaso el muy capullo leía el pensamiento?» Iván se quedó en silencio y miró al vacío, con el rostro petrificado por la ira.

—¡Pero si me había prometido usted que no le iba a pasar nada! —dijo Boris en tono de indignación.

La figura, armada con una pistola, emergió a la luz. El hombre le resultaba conocido a Iván. Rostro chato y de facciones regulares, ligeramente bizco, cabello oscuro y corto, una cicatriz en la mejilla. Chaqueta militar gris con un cinturón, la estrella blanca en el pecho: el distintivo del Ministerio de Protección Civil.

«Pero qué mierda —pensó Iván—. Ahora que ya estaba a punto de volver a casa.»

—Lo había prometido, es cierto —dijo el moscovita, y parpadeó—. ¿Y qué? Las manos bien arriba... abre las piernas... venga.

Al instante se dio cuenta de que el matón bizco no estaba solo. En primer lugar apareció un adolescente. Llevaba una mano vendada y con la otra sostenía un AK-103 con culata hombrera desmontable. A continuación apareció un viejo con una escopeta de cañones recortados. Y, finalmente, un tío con pinta de fortachón. Registraron a Iván de acuerdo con todas las normas del protocolo.

Llegaron al extremo de toquetearle los testículos.

—Todo correcto, Ramil —dijo el cachas.

El bizco asintió con la cabeza. Y en ese instante lo reconoció Iván. ¡Pues claro!

Se trataba de Kandagariyev, el jefe de la guardia de la Ploshchad Vosstaniya y, al mismo tiempo, jefe de los guardaespaldas del zar Ahmed, alias Ahmedzhanov. Visiblemente, era tártaro, igual que el propio dictador. Iván sintió en la garganta el latido de su propio corazón. Se había metido en un buen lío.

Tierra fría...

Tierra fría...

—Sígueme —ordenó Kandagariyev, y añadió educadamente—: Por favor.

Como para burlarse de él, le vendaron los ojos. Como si no fuera capaz de memorizar el camino a oscuras.

Tras una breve marcha por pasillos tortuosos, lo metieron en una sala iluminada y le quitaron la venda de los ojos. Indudablemente, se trataba de un antiguo almacén que había pasado a servir como punto de apoyo a los moscovitas.

Iván se encontró de cara con un hombre no demasiado alto, de buen aspecto. Sus ojos centelleaban a la luz de las lámparas eléctricas. Vestía una chaqueta de cuero negro. Frente a él, sobre la mesa, había una pistola. No se trataba de una Makarov. Era de mayor calidad. Quizás una Glock.

—Su Majestad, Ahmed II —dijo Ramil.

El zar asintió. Iván vio a otra persona por el rabillo del ojo. Una mujer. Una mujer joven, se entiende. Se le acercó y se puso detrás de Ahmed. Hasta ese momento, Iván la había visto tan sólo de perfil.

La joven se volvió hacia él.

Iván no dio crédito a sus ojos, aunque lo cierto era que le faltaba poco para darse cuenta de que en el metro no tenía que sorprenderse por nada.

—Es él —dijo la joven—. El que se inventó el plan Merkulov. El mismo que me ayudó. ¿Por qué quieres matarlo?

—¿Te salvó la vida? ¿Tu honor, tu inocencia?

—Me salvó, sin más.

Ahmed II asintió con la cabeza.

—Muy bien. ¿Y qué motivo tengo para no matarle? ¿Podrías darme algún motivo razonable?

—Por gratitud.

—¿Gratitud en la guerra? —Ahmed puso cara de sorpresa. Las facciones se le vieron como más europeas. Parecía incluso italiano—. A quien te salva la vida, le premias clavándole alfileres entre la carne y la uña, y le destrozas las rodillas con un martillo a dos manos. Eso es sinceridad. Así es la guerra.

Iván aguardaba y callaba.

—¡Protesto! —dijo acaloradamente Boris, que se había quedado en un rincón, impotente—. ¡No puede usted hacerlo!

Ahmed hizo una mueca de aburrimiento.

—Seré yo mismo quien decida lo que puedo hacer y lo que no. Ramil, ¿este hombre es peligroso? —preguntó a su guardaespaldas.

—Sí —respondió Ramil con voz lapidaria.

—¿Lo ves? —le dijo Ahmed a la joven—. No me queda ninguna otra opción.

—Podríais matarme por venganza —dijo Iván—. Eso queda en vuestras manos. Pero estaría bien que me dijerais de una vez por qué me habéis hecho venir. ¿Pensabais entregaros? —Iván suspiró hasta lo más hondo—. Por supuesto que no gozo de plenos poderes. Pero, bueno, podría aceptar vuestra capitulación.

—Tienes agallas —le dijo Ahmed, tan impresionado como divertido—. Te has ganado mi respeto. ¿Quieres que nos tomemos un té?

«¿Había cambiado de idea?»

«Era una buena noticia.»

«Hay que estar a punto —pensaba Iván—. Esto ha escapado a todo control.»

—No sé cómo es que no nos dejáis en paz —se quejaba Ahmedzhanov—. ¿Porque esto es una dictadura? De acuerdo, aquí no nos andamos con contemplaciones, es lo propio de una dictadura. Pero no hemos atacado a nadie. ¿Acaso hemos ocupado vuestra estación? ¿Hemos tratado de imponeros una dictadura? No, no lo hemos hecho. Vosotros, en cambio, habéis venido hasta aquí y tratáis de obligarnos a aceptar vuestra ridícula democracia. ¡¿Por qué lo habéis hecho?!

Miró a Iván como si aguardara una respuesta. Iván no hacía más que encogerse de hombros.

—Mucho me temo que no habéis buscado al interlocutor oportuno. Todas esas tonterías sobre democracia, dictadura y yo qué sé qué más me interesan una puta mierda. Yo sólo quiero volver a mi hogar.

—Puedes creerme, yo también quería —le respondió Ahmed II, furioso—,

pero es que en este momento mi hogar está repleto de ocupantes que nos han atacado como *zombels* enfurecidos. Por no hablar de la ruptura de la tregua y del ataque a traición con el gas.

A Iván se le terminaba la paciencia.

—¡Y vosotros no habríais tenido que robarnos el grupo electrógeno! —gritó.

—¿De qué me hablas? —Ahmed contempló a Iván con estupefacción. Irradiaba la fuerza y la elegancia de un depredador. Lo único que le faltaba, y le faltaba por completo, era la calma—. ¿Qué grupo electrógeno es ése? —Ahmed parpadeó, extrañado—. ¿De qué me habla? —le preguntó a su guardaespaldas.

Ramil se encogió de hombros.

—Ah, basta ya de hacer teatro —clamó Iván—. No pienso tolerar que me toméis por idiota.

—Ten cuidado con lo que dices —le advirtió Ramil.

Iván se dio cuenta de que corría un serio peligro de sufrir graves lesiones. Ramil se movía con la gracia de un bailarín profesional, y no era célebre por andarse con remilgos.

—¿Pues entonces qué? —respondió Iván en tono de burla—. Si vas a matarme a tiros, mátame de una vez, pero, por favor, no me vengas con órdenes.

—Explícaselo, Ahmed —ordenó de pronto la joven desconocida—. Por favor.

—¿Qué es lo que me tiene que explicar? —Iván escuchó con atención. Un estremecimiento le recorrió la espalda. La maldita intuición. «Preferiría no tener que oírlo», pensó, y, sin embargo, insistió en preguntar—: ¿Qué tiene que explicarme?

Su Majestad Ahmed II sonrió. Quedaron al descubierto sus dientes bien puestos y blancos como la nieve... algo que se veía pocas veces en el metro.

—Nosotros no tenemos vuestro grupo electrógeno.

—Eso se lo puedes contar a tu tía —respondió Iván con voz rencorosa.

—Te digo la verdad. No sé nada de ningún grupo electrógeno. ¿Para qué íbamos a quererlo? Te habrás dado cuenta de que disponemos de un sistema central de alumbrado.

Las únicas estaciones de metro que aún tenían sistema central de alumbrado eran la Ploshchad Lenina, el nudo Sadovaya-SennayaSpasskaya y, finalmente, el nudo Mayakovskaya-Ploshchad Vosstaniya.

—Había oído que teníais problemas con eso.

—¿Problemas? —Las cejas de Ahmed, finas y de contornos regulares, se

desplazaron sobre su frente—. ¿De qué problemas me hablas? Nuestro único problema sois vosotros.

Iván sentía palpitos en las mejillas.

«Ojalá estés mintiendo, Ahmed —pensó, agitado—. ¡No puede ser cierto lo que no tendría que ser cierto!»

—Además, hace poco recibimos a una delegación —dijo Ahmed—. Nos ofrecieron un pacto. Paz, amistad, cooperación. Suena bien, ¿verdad? Tienes tres oportunidades para adivinar de quién se trataba, o, mejor dicho, quién mandó a la delegación.

Iván se encogió de hombros e hizo desesperados intentos por no empezar a reflexionar.

—¿Te dice algo el nombre de Orlov?

Iván sintió que, poco a poco, el suelo le desaparecía bajo los pies.

—Rechacé la propuesta —siguió contándole Ahmed—. Muy a menudo, las palabras bonitas esconden cosas bastante feas. ¿Que la Alianza quiere ampliarse? Me parece muy bien. Pero no voy a pagarlo yo. Ni lo pagará mi estación. ¿Por qué no me dices nada, *digger*?

—Estoy pensando —dijo Iván entre dientes.

—Haces bien —dijo Ahmed a modo de elogio. Una sonrisa irónica le afloró al rostro—. Pensar es sano, porque, al pensar, la sangre llega mejor al cerebro. Es lo mismo que les respondí a los Vegetarianos: muchas gracias por la propuesta... y ahora largaos.

—¿También te ofrecieron paz, amistad y cooperación? —preguntó Iván.

—Exacto —respondió Ahmed—. ¿Cómo has logrado intuirlo? Habría tenido que aceptar su oferta. Pero ahora... —Recapacitó y volvió sus ojos rasgados hacia Iván—. Ahora que ya lo hemos aclarado todo, vas a morir.

—¡Pero...! —protestó Boris desde su rincón.

Ahmed le dirigió una mirada asesina. El civil enmudeció al instante.

«Qué amigos más fantásticos tengo —pensó Iván con amargura—. Qué valerosos.»

—Ramil —Ahmed le hizo una seña a su guardaespaldas.

«Sí, esto es el fin, *digger*. Esta vez no escaparás con vida.»

La joven se inclinó hacia Ahmed, como si quisiera susurrarle algo al oído. Su cabello largo y negro se derramó sobre los hombros del zar. Como una cascada. Qué cabello más espléndido.

«Así, por lo menos, me despediré del mundo con la belleza en los ojos»,

pensó Iván.

Entonces, de pronto, la pistola se encontraba en la mano de la joven y apuntaba a la sien de Ahmed. Un golpe de suerte.

—Déjalo marchar.

—¿Pero tú estás mal de la cabeza?! —Ahmed estuvo a punto de pegar un salto, pero lo pensó mejor. La joven apuntaba con mano firme y no dejaba lugar a dudas de que lo decía en serio.

Iván la contempló con incredulidad. No hacía tanto que la había tomado por tullida.

—¡Zorra ingrata! —bramó Ahmed.

La joven negó con la cabeza.

—Al contrario, soy sumamente agradecida —dijo, y contempló a Iván con sus bellos ojos—. Ahmed no ha mentido. No han sido ellos quienes han robado vuestro grupo electrógeno. Ahmed es un hombre cobarde e indigno, pero en este caso ha dicho la verdad. Márchate.

Iván se puso en pie. Ramil le contempló con ojos inexpresivos.

—¡Que se marche! ¡Pero tendría que pagar por lo que ha hecho! —balbució Ahmed con labios temblorosos.

—Mírale a la cara —sugirió la joven—. ¿No crees que ha pagado suficiente?

—¿Cómo te llamas? —preguntó Iván.

La joven vaciló antes de responder.

—Illyusa.

—Eres una mujer bellísima, Illyusa —dijo Iván, y se marchó.

Ramil le tendió la Makarov... con la culata por delante. El cargador estaba cerrado. Pero seguramente no contenía ningún cartucho. Qué lástima.

—Su padre fue un gobernante de verdad —dijo el guardaespaldas—. Fuerte, inflexible, astuto... y justo. Ése, por el contrario, es débil.

Iván tomó la pistola. Al instante, un fuerte puñetazo lo derribó. La negrura le cubrió los ojos.

—Con todo, es mi señor —dijo Ramil, como distraído.

Iván gimió. El dolor era atroz. Tan grande como la desembocadura del Neva, sí... tan grande como el golfo de Finlandia. Más grande que todo el maldito metro. Más grande que toda la maldita San Petersburgo.

—Que te vaya bien, Merkulov. Sería preferible que no volviéramos a encontrarnos en el futuro. La próxima vez te voy a matar.

—Ahh... —Iván pugnaba por tomar aliento y giró para ponerse de espaldas

al suelo—. Chúpame la...

Ramil sonrió con malicia.

—En la Makarov hay cartuchos. Si se te ocurriera pegarte un tiro... hazlo, por favor.

Un velo rojo colgaba frente a sus ojos.

Iván no recordaba cómo había regresado a la Ploshchad Vosstaniya. ¿Había pasado los puestos de guardia y había dicho la contraseña? Podía muy bien ser así.

El dolor no empezó a remitir hasta que tuvo a mano sus cosas y se tomó cuatro analgésicos de un solo trago. El amargo sabor del analgésico se le pegó a la boca.

«Mierda, me había guardado las pastillas para un caso de necesidad —pensó Iván—. Aunque, ¿esto de ahora es un caso normal? No, en realidad, no.»

Todo el costado se le había entumecido y tenía una sensación en la espalda como si le hubieran golpeado en la columna vertebral con una barra de hierro.

En el túnel volvieron a oírse disparos y hurras. Los vencedores. La estación entera apestaba a sangre y alcohol.

Iván miró a su alrededor.

Pasha no se encontraba allí. Solamente Solokha estaba agachado en el suelo con su inevitable libro y miraba a Iván a través de las gafas. «Ese tío va a la suya. Las fiestas no le interesan en lo más mínimo.»

Iván señaló con la cabeza a un montón de placas de metal, todas ellas con la misma forma. Veinte piezas, si no más.

—¿Qué es eso?

Solokha hizo un gesto como para quitarles importancia.

—Ah, han sido los reservistas esos con cerebro de mosquito. Les habían dado chalecos antibalas. Y como les pesaban mucho, les han sacado las placas metálicas. Son unos cretinos.

—Pues la verdad es que sí —respondió Iván. Se desabrochó la chaqueta, la arrojó sobre el andén y se quitó la venda. Quería arreglarse los vendajes. Miró a Solokha—. ¿Podrías ayudarme un momento?

Memov contemplaba a Iván... y no estaba impresionado en lo más mínimo. Iván había ido con la convicción de que sus serias acusaciones afectarían al general. Que sus palabras perforarían la máscara impenetrable del líder y bienhechor.

«Gran error, Iván. Si era eso lo que querías, aún tendrás que esperar mucho.»

—Así pues, ya lo sabes todo... —dijo el general, y asintió—. Eso nos lo pone incluso más fácil.

—¿Qué es lo que nos lo pone más fácil?

Se hizo una pausa. Los ojos de Memov se transmutaron en un aparato de rayos X.

—Tendrás que decidirte, Iván —dijo el general, acercándole mucho la cara—. Si olvidas todo lo que has descubierto, todo se va a quedar como estaba. Regresarás a la Vasileostrovskaya, te casarás con una maravillosa mujer y tendrás unos cuantos hijos con ella. También podrías no olvidarlo. Entonces tendrás que trabajar conmigo. Necesito hombres como tú.

«¿Qué es más importante para ti, Iván? ¿El futuro o el pasado?»

—Fue usted quien mató a Efiminyuk.

—¿Yo? —Memov enarcó las cejas—. ¿Con qué propósito?

—Pues si no, ¿quién fue?

El general arrugó la frente.

—Nos entretenemos con detalles sin importancia, Iván. Estamos perdiendo el tiempo. Decídete de una vez. ¿Estás con nosotros, o contra nosotros?

—Prefiero estar conmigo mismo.

—Eso es como preferir la masturbación a una relación amorosa. —La sonrisa de superioridad había desaparecido del rostro de Memov. Sus ojos de hielo, con las pupilas como cabezas de alfiler, tenían un brillo amenazador—. Por respeto, te lo voy a preguntar por última vez, Iván. ¿Estás con los míos?

Pregunta.

Pausa.

Respuesta.

—No —dijo Iván—. Soy un hombre conservador, general, y prefiero quedarme al lado de mi futura esposa. Lo siento.

Por fin se abrieron fisuras en la máscara impenetrable de Memov.

—¡Entra en razón, Iván! Esto de ahora no son juegos de palabras. Lo que está en juego es tu vida.

—Exacto. ¿Quiere usted una respuesta sincera? —De repente, Iván sonrió—. Bien. Pues se la voy a dar. Pero antes quiero saber algo: para qué era necesario todo esto. El robo, el asesinato. La guerra entera.

—Todo el mundo quiere que se lo expliquen todo.

—Quiero entenderlo, general. Sin duda preferirá usted un asistente capaz de pensar por sí mismo, y no una marioneta, ¿verdad?

Memov miró a los ojos a Iván.

—Eres testarudo. No querría tenerte como enemigo.

«El sentimiento es recíproco», pensó Iván.

—¿Estás con los míos, Iván? —Memov no aflojaba—. Pero te advierto: no se te ocurra mentirme. Además, aunque me mintieras... —Se detuvo—. Has de saber que tengo una especie de sexto sentido. Cuando alguien miente, me doy cuenta en seguida. Es algo muy útil para un político. ¿Y bien?

«Siento lo de la ametralladora, jefe.»

«Efiminyuk. Un pobre imbécil que se marchó con el Señor.»

«¿Y voy a tener que arriesgar la vida por alguien como él?»

Silencio.

—¿Qué es lo que has decidido? —preguntó Memov.

—Estoy con los suyos.

La mirada penetrante de Memov era casi insoportable. Iván sentía el palpito de la sangre en sus venas.

—Bien —dijo Memov. Volvió la cabeza de un lado para otro, como si hubiese querido frotarse el cuello con la chaqueta—. Te creo.

Iván contemplaba los copos de nieve. Había elegido deliberadamente ese momento. A su alrededor reinaba un ambiente jovial de inicio de viaje. Victoria, victoria, y no tardarían en marcharse a casa. Gladyshev preparaba la mochila. Iván miró por el rabillo del ojo sus anchas espaldas.

Era asombroso que la naturaleza hubiera equipado a un monstruo como él con un talento tan grande para moverse. Gladyshev era un asesino nato. Gracias al perfecto dominio que ejercía sobre su propio cuerpo, era ágil y ligero al matar, con la elegancia de un bailarín. Pero en lo fundamental, era un tío primitivo, bastante limitado en sus facultades intelectuales. Un violador, saqueador y asesino que no habría llegado a nada en el mundo del ballet. Hubiera llegado antes al patíbulo. Y lo mejor habría sido dejarlo colgar durante tres días, como se solía hacer con los violadores en la Nevski prospekt. Iván no podía mirar a Gladyshev del asco que le daba.

En esto se ha quedado tu pelotón de *diggers*. ¿Verdad que sí, Iván?

Sin apenas darse cuenta, Iván asintió con la cabeza. Los copos no dejaban de caer, lentos y graciosos. Se posaban en el claro nevado, sobre los menudos abetos y el tejado de la casita. Qué raro. La casita parecía llena de vida... en contraste con la ciudad de la superficie.

De repente, Iván se acordó de la nevada lenta y sin vida de aquel día en el

que había andado junto a Kosolapy por la ciudad. El Neva había quedado oculto bajo una capa de hielo. Las calles y la isla de Vasilyevsky, nevadas y totalmente muertas.

La impresión fantasmal de una grandeza extinguida.

Ese día habían ido por la calle. A mano derecha, Iván había visto un cartel torcido por el viento en el que se leía: «Zapatos de Bielorrusia.» La puerta de debajo estaba abierta y la nieve había llegado incluso al interior.

Las hileras de los cadáveres de árbol calcinados se prolongaban en la lejanía, en dirección a la calle del Teniente Schmidt que seguía la orilla del río.

Fuentes de granito con tocas blancas.

La nieve crujía bajo los pies de Iván. Hacía frío. Los copos se fundían al posarse en el cañón aún caliente del fusil. A la izquierda, Iván oía el mismo crujido regular, pero a otro ritmo. Kosolapy caminaba a su lado. También a la izquierda, Iván vio las ruinas de la catedral de San Andrés. Una de las cúpulas se había desmoronado hacía tiempo sobre la calle y se había llevado un árbol por delante. En ese momento estaba cubierta de nieve, y en algunos lugares los sobredorados que habían perdido su color se asomaban por entre el manto de blancura.

Los dos *diggers* caminaban y se mantenían codo con codo, prácticamente sin tocarse. Siguió nevando sin cesar. El cielo estaba casi negro, pero, gracias a la nieve, se veía muy bien.

Con todo, no tardarían en necesitar linternas.

Al llegar a la encrucijada, Iván vio la silueta negra del palacio de San Andrés. Lo mejor era rodearlo sin acercarse y —mirando hacia la derecha— evitar también la pequeña fuente. La iglesia luterana se encontraba justo detrás de la catedral. Podía ser que allí hubiera un nido.

No se sabía con seguridad, pero era muy posible.

Al fin y al cabo, las bestias tenían que haber salido de algún lado la última vez. De pronto, Iván se dio cuenta de que Kosolapy había empezado a caminar con otro ritmo. Y de que se le acercaba.

Eso debía de significar que habían cambiado de ruta. O alguna otra cosa. Iván tragó saliva... tenía la garganta seca. Ese día era Kosolapy quien guiaba, pero un nebuloso presentimiento y un gélido vacío en el estómago le dijeron que no iba a ser una expedición sencilla. Sino una prueba.

—Sé sincero —dijo la voz sorda de Kosolapy.

Se había dejado crecer la barba durante el invierno, pero en ese momento

Iván no la veía. El visor de la máscara sólo le permitía contemplar los ojos de Kosolapy, que brillaban con un fulgor azul como de aguja de reloj fosforescente.

Hasta ese momento no habían tenido problemas.

Iván miró la membrana de voz por la que se oía hablar a Kosolapy. Los copos de nieve se posaban sobre la máscara de plástico y se derretían. Los bordes del visor estaban empañados. Iván escuchaba la respiración regular de Kosolapy. La membrana de voz amplificaba el sonido.

—Sé sincero. Puedes engañar a quien tú quieras, incluso a mí. Pero tienes que ser sincero contigo mismo. Es algo sencillo. En algún lugar, en el cogote, notarás si lo que estás haciendo es lo correcto. Ahí se encontrará tu brújula interior. Sólo tienes que escucharla bien. Muchos te dirán que la moral es algo relativo. Y es cierto. Pero en esa brújula interna siempre puedes confiar.

El aliento de Kosolapy, su voz.

Iván vio cómo los últimos copos descendían dentro de la esfera de cristal y recordó.

«¿Qué te dice tu brújula interior, Iván?»

—Vamos —dijo Kosolapy—. Ahora vas a ser tú quien guíe.

«¿Por qué no se encuentran respuestas sencillas para las preguntas difíciles?»

«Eso nos lo pondría mucho más fácil, ¿verdad, Iván?»

«¿Qué te dice tu brújula interior, ese ridículo imperativo moral?»

«En esta situación, ¿qué es lo correcto y qué es lo equivocado?»

«Reflexiona, Iván, reflexiona.»

«Podrías, simplemente, olvidar todo lo que sabes, y entonces todo seguiría igual que antes.»

Iván agitó la esfera de cristal por última vez y aguardó hasta el que el último copo de nieve hubo bajado. Luego se guardó la esfera en la bolsa. Cerró los ojos, contó hasta cinco, los abrió de nuevo.

Y se puso en pie.

—¿Has visto a Shakilov?

Solokha dejó caer el libro, se puso bien las gafas y levantó los ojos.

—¡¿Lo has visto o no?! —Iván perdía la paciencia.

—Se encuentra en el hospital de campaña. ¿Qué ocurre?

¡Mierda! Iván lo había olvidado por completo.

—¿Y Pasha?

Solokha negó con la cabeza y contempló a Iván con una expresión extrañamente ensimismada, como si le viese por primera vez. Desde la

«experiencia religiosa», había estado extremadamente tranquilo y encerrado en sí mismo. ¿Podía llevarse a Solokha? Era dudoso que este último estuviese preparado para semejante responsabilidad.

Iván reflexionó.

—¿Se te ha perdido algo, Iván? —preguntó una voz conocida a sus espaldas.

Sazonov. Llegaba en el momento justo. De todas maneras, Pasha era decente en exceso y, a menudo, en situaciones críticas, demasiado blando. Lo que preparaba Iván exigiría dureza, y no le habría venido nada mal una dosis de brutalidad.

Iván se dio la vuelta.

—Tú eres precisamente la persona que necesitaba. ¿Llevas la pistola?

En el rostro de Sazonov apareció la típica sonrisa malvada.

—¿Qué tienes pensado?

En efecto. De la pistolera que Sazonov llevaba al hombro se asomaba la lustrosa empuñadura de su revólver.

—Muy bien —dijo Iván—. Vamos. Tenemos que discutir algo.

—¿De inmediato?

—Sí. El tiempo se nos echa encima.

Sazonov sonrió.

—Entendido, jefe. ¿Adónde vamos?

—Sígueme.

«La suerte está echada —pensó Iván—. Ahora vamos a empezar un bonito golpe de Estado.»

Túnel, túnel, túnel.

Iván tomó aliento hasta el fondo. Allí, en las tinieblas y en el resonante vacío del túnel, volvía a sentirse el mismo de antes.

—Ve a ver al general —le había ordenado a un admiralze—. Dile que Iván Merkulov le aguarda en el túnel de enlace. Tenemos que hablar del futuro. —Iván no pudo evitar una sonrisa malvada—. Dile qué sé dónde se ha escondido Ahmed.

«Espero que muerda el anzuelo —pensó Iván—. ¿Y por qué no? Al fin y al cabo, ahora soy uno de los suyos.»

El admiralze tuvo un momento de vacilación y luego se puso en marcha con diligencia.

¿Por qué todo tiene que terminar siempre así? ¿Por qué?

—Iván. —La voz de Sazonov a sus espaldas.

Iván estaba todavía inmerso en sus pensamientos cuando se volvió... y se quedó de piedra.

Sazonov tenía el revólver en la mano. Y el cañón del revólver apuntaba a Iván.

—Arroja el fusil lejos de ti —dijo Sazonov en voz baja—. Sabes muy bien lo rápido que disparo.

Claro que sí, Iván lo sabía. Hizo que las correas del «Bastardo» se le deslizaran poco a poco sobre el hombro y lo dejó caer sobre las vías. El estrépito del metal resonó de un extremo a otro del túnel.

Iván enderezó el cuerpo.

—¿De qué va esto? —preguntó.

—Le has mentido al general, ¿verdad? —Sazonov sonreía—. Y el general te ha mentado a ti. Todo muy sencillo.

Iván callaba.

«Qué idiota soy, pensaba. Tendría que haber actuado con más rapidez. ¿Pero qué tiene que ser Sazonov...?»

En ese momento encajaron todas las piezas.

—¿Entonces fuiste tú quien mató a Efiminyuk? —preguntó Iván, y miró con los ojos llenos de odio al hombre que había sido su amigo.

¡Era por eso por lo que Sazonov tampoco había estado en el puesto de vigilancia donde habría tenido que montar guardia junto con Efiminyuk! Pero en ese mismo momento estaba ayudando al comando de admiralzes a entrar en la sala de maquinaria. Luego volvió sobre sus pasos y mató a Efiminyuk. Pero ¿por qué?

Por pura lógica, los admiralzes no necesitaban el grupo electrógeno. ¿Para qué habrían tenido que arrastrarlo por todas las estaciones de la Alianza? Lo habían ocultado en algún lugar cercano a la Vasileostrovskaya, quizás incluso en la Primorskaya. Y Efiminyuk se había interpuesto en su camino.

Ya entonces, Sazonov había hecho el doble juego. El «exitoso» interrogatorio del admiralze que había señalado a los moscovitas con el dedo.

«Y nosotros, idiotas, caímos en la trampa —pensó Iván— y nos abocamos a ciegas a la guerra.» Iván apretó los dientes. La ira le ardía por dentro. Y también la vergüenza.

«¡Maldita sea, cómo es posible que me dejara engañar de ese modo! Ay, Vadim, Vadim...»

—Efiminyuk era un pobre imbécil —respondió Sazonov—. A ti tampoco te

caía bien, ¿verdad que no me equivoco? Sé muy bien que no te gustaba.

Iván no le respondió nada.

—Bueno, Iván... cerca de aquí no hay ningún Pasha. Y Gladyshev tampoco está. Vaya, vaya, vaya. —Sazonov negó con la cabeza—. Qué mala suerte has tenido, Tontován. Todo apunta a que no volverás a ver la *Vaska* nunca más.

Iván callaba con obstinación. El «Tontován» ya no le afectaba, pero el familiar y desdeñoso «Vaska» le fastidió.

—Vanka^[17] no regresará jamás a la *Vaska*.

Sazonov decía estupideces. Un patético intento de disimular su propio nerviosismo.

—¿Sabes qué es lo más singular de todo? —dijo Iván en voz baja. Sazonov entrecruzó una mirada con él y enmudeció—. En realidad, no eres mala persona, Vadim. Pero no quieres ver. Ahora mismo te das asco. Para mí es evidente.

—Por mí habla lo que quieras —respondió Sazonov, y sonrió, pero con una sonrisa tan forzada que Iván casi se apiadó de él.

—Los hombres que tienen conciencia se transforman en los mejores verdugos, ¿verdad? —Iván clavó una mirada hipnótica en Sazonov, una mirada fuerte y rígida, sin parpadeos. Su rostro se transformó en una dura máscara. Como si hubiera sido un rostro que pudiera retirarse como una máscara antigás y darlo todo por terminado.

«No, no —pensó Iván—. La fiesta se acaba. Voy a disfrutarla hasta el final. Hasta el último segundo.»

—La conciencia te atormenta, Vadim. Te sientes mal y totalmente confuso. Lamento haberte infligido semejante dolor. Quizá tendrías que dispararme, porque así podrías dejar atrás toda esta historia.

—¿Sabes una cosa? —De pronto Sazonov dio un paso hacia delante y apuntó con el revólver a la frente de Iván—. Eso es lo que voy a hacer ahora mismo. Prepárate, Vanya.

La boca del arma se encontraba a un metro de distancia del rostro de Iván. Este último veía incluso las cabezas de las balas en el tambor del revólver. Alto. Iván torció la cabeza. No podía ser que...

—¿Dónde has dejado el Nagant? —preguntó Iván.

Aquél no era el viejo revólver de Sazonov. Era uno nuevo, de acero bruñido. Un monstruo reluciente.

«Una bala pequeña y dulce de una pistola bonita y azul.»

«Hola, Tom Waits. Una vez más, me vienes como anillo al dedo.»

—Entiendo —dijo Iván—. Ya lo había pensado. ¿Te importa si me permito un poquito más de teatro antes de morir? Llevabas el honor en tu Nagant, *digger*. Has perdido tu arma y mancillado tu alma.

—Nunca he sentido envidia de nadie —fue la críptica respuesta de Sazonov.

—Ah, era eso, entonces. —Iván perforaba a Sazonov con los ojos.

—Tú...

—¿Quién te ha dado ese juguete tan bonito? —preguntó Iván—. No hace falta que me respondas. Yo también me lo imagino. ¿Orlov? ¿O el general en persona? Ah, Vadim, Vadim. Dispárame de una vez. Eres un coñazo. Eres...

Iván dio un salto oblicuo hacia delante. El cañón del revólver siguió sus movimientos.

El disparo.

«Maldita sea, qué rapidez este mamón», llegó a pensar Iván.

Una pregunta interesante: ¿En qué momento nos damos cuenta de que nos hemos muerto?

Mierda. No te deja ni una décima de segundo. Sazonov es más rápido que todos los demás que conozco. Puede que sea más rápido incluso que Gladyshev.

«Piensa, Iván, piensa.»

—¿A qué esperamos? —preguntó.

Sazonov sonreía. Del conducto salió Orlov, el jefe del servicio secreto de la Admiralteyskaya. En ese momento estuvo claro a quién habían estado esperando. Orlov se detuvo y contempló a Iván.

—El general te dio una oportunidad, Iván Danilych —dijo en voz baja—. Una oportunidad de futuro. —En ese momento habló en voz alta—. ¡Y tú has arrojado tu propio futuro a la taza del váter!

—¿Adónde? —preguntó Iván.

Los ojos azules y gélidos de Orlov taladraban a Iván. El jefe de los servicios secretos iba a decir algo, pero se detuvo y volvió a cerrar la boca.

—Da igual —dijo por fin, y se volvió hacia Sazonov—. Acaba con esto, Vadim.

Sazonov tensó el gatillo. Qué sonido más repulsivo.

Sazonov miró a Iván.

—Lo siento. Di: Batooonchiki.

Iván callaba.

—¡Venga, dilo de una vez!

Orlov suspiró.

—¿Qué es esa imbecilidad?! ¡Pégale un tiro de una vez! Tenemos otras cosas que hacer.

Sazonov negó con la cabeza.

—No. Tiene que decirlo. Este hombre al que vamos a matar no es ningún *zombel*. Por decirlo de algún modo, es una leyenda viviente. Por el plan Merkulov y todo lo demás.

—Me cago en la leyenda, Vadim, y...

—Tiene que decirlo. —En la frente de Sazonov brillaban las gotas de sudor—. ¡Dilo! Si no, regresaré a la Vasileostrovskaya y le pegaré un tiro a tu Tanya.

—¡Vadim! —gritó Orlov—. ¡Ya basta!

—¡Dilo! —ordenó Sazonov.

Iván se puso firme. Aparentemente, le había llegado su hora.

«Valiente retoño me había buscado —pensó—. Cuánto le habría gustado a Kosolapy.»

—Bien —dijo Iván—. ¿Estás preparado, asesino? —Sonrió con odio—. Mis caramelos favoritos se llaman Batooo...

Iván pegó un salto.

Todo se repitió. Por un breve instante, pensó que lo lograría.

El fogonazo. El disparo.

El techo que se venía abajo. Y la voz oxidada del Árbol de los Deseos: «No vas a regresar. Jamás.»

Segunda Parte: CANCIÓN DE CUNA

*Ni las brisas ni el viento
en tu cunita te mecen,
como no está tu madre
mis labios su canto te ofrecen.*

*Todos los niños buenos
duermen en su camita,
sería bueno para los malos,
tenerla igual de bonita.*

D. Sergeyev

*Adaptación libre de
la canción On the Nickel
de Tom Waits*

9-El señor de los Túneles

LA cuchara raspó ruidosamente los restos que habían quedado adheridos a la lata de conservas: grasa y salsa de carne... mmm, qué delicia. La cuchara entró en la boca entre muñones de dientes podridos y la lengua la vació cuidadosamente. Luego regresó a la lata de conservas.

En el metro no había dentistas.

Sí había barberos, de un estilo parecido al de los charlatanes de los libros de cuentos que arrancan dientes y curan heridas e hinchazones con conjuros. Pero los barberos del metro eran aún peores.

También estaban los médicos militares de la estación Ploshchad Lenina. Pero no se fiaba para nada de ellos. ¿Quién se habría fiado?

Quien llega a los cincuenta y un años puede empezar a pensar en la muerte. Se pregunta: ¿Por qué?

El viejo negó con la cabeza. Al volver a meter la cuchara en la lata, se oyó el típico ruido de raspado. Probó la carne, separó con esmero una porción y la recogió con la cuchara. Con gesto hábil, sacó de la lata la porción de carne de vacuno y se la llevó a la boca.

A base de práctica, todo se llega a dominar.

Se metió la carne entre el paladar y la lengua, y se dejó llevar por las impresiones: la forma, la consistencia fibrosa, el frío. A duras penas veía el bocado. Era un maravilloso trozo de carne.

Entonces empezó a masticar. Los muñones de dientes no eran buenos adversarios para las resistentes fibras de la carne. Con fatigoso esfuerzo, drenaron todo el jugo de la porción y transformaron esta última en un grumo como de goma, que, con buena voluntad, se podía engullir. No podía permitir que se perdiera nada.

Otra cucharada. Golpeteo sobre hojalata. Raspado.

«Qué buenas son estas raciones de emergencia del Ejército.» La carne de

vacuno llevaba ya treinta años en conserva y aún se podía comer. Una nota de nostalgia se mezclaba con su sabor. Como si hubiera vuelto a los veinte años, se sentaba a la entrada de la galería y apuraba la carne en conserva. Siempre volvía hambriento de las expediciones.

Y sediento.

Sí, la sed. Cuánto le habría gustado beberse una sabrosa cerveza tostada.

En aquella época no había habido nadie que vagabundeara por los túneles en estado de sobriedad. No había sido corriente. Todo el mundo iba tanteando con las manos, buscaba, investigaba. Historias en el límite. Y, en definitiva —se metió el siguiente bocado en la boca y masticó mientras reflexionaba—, cada uno tenía que verlo con sus propios ojos...

¿Quién habría sido capaz de imaginar cómo terminaría todo esto?

Los baños, las puertas herméticas, las instalaciones de drenaje, los grupos electrógenos... ¿a quién se le habría ocurrido lo útiles que iban a ser?

En esos tiempos había tratado de imaginarse lo bueno que sería que toda la maquinaria volviera a funcionar.

Y la maquinaria se había puesto a funcionar. Aunque lo mejor habría sido que no funcionara.

Qué lástima que no pudiera ya verlo.

Se estremeció. Qué torpeza... el siguiente bocado se le había caído de la cuchara. Mierda.

Habría necesitado ojos para encontrarlo.

Mal asunto el de sus ojos.

Sólo se enteró con el oído del lugar adonde había ido a parar la carne. La localizó gracias al eco, casi como un murciélago.

El laberinto de túneles, pozos, búnkeres y pasillos había quedado almacenado en su memoria. Sólo tenía que situarse mentalmente en un lugar y su ojo interior le entregaba una imagen detallada de toda la zona. Por allí había un pozo que habría sido interesante, sin duda alguna: una vez arriba habría podido echar una ojeada...

Pero ¿ahora? Ahora ya era imposible.

Se pasó un rato sentado a la mesa, encorvado y sin moverse... como paralítico. Estos malditos ojos. ¿Cómo había podido ocurrirle? Qué amargura.

Aguardó durante varios minutos. Luego volvió a enderezar el cuerpo y la cuchara repiqueteó una vez más en la lata de conservas. El apático trabajo de las mandíbulas.

«Desayuno de turista, maldita sea.»

Desayuno de *digger*.

«San Petersburgo... también conocida como Leningrado, es la ciudad menos soviética de la Unión Soviética. En este último aspecto, la única que puede hacerle la competencia es Tallín. Tallín, con acento en la *i*. Aparentemente es así.»

Ésas habían sido las palabras de Kosolapy.

Gótico de Leningrado.

Gris turbio sobre gris, fango, niebla, perfiles sombríos y difuminados, y llovizna. Casas que emergían de entre las brumas. Fachadas que habían perdido el color. El Caballero de Bronce sobre la roca imponente.

El Pushkin de bronce que sale de noche a pasear.

La avenida Nevski prospekt, con el atasco de siempre, incluso de noche. Limusinas extranjeras cubiertas de herrumbre.

Detrás de los velos de niebla grisácea se esconde algo espantoso...

Iván camina por la Nevski prospekt y cuenta los cafés.

Número uno: el cibercafé Cafemax.

Número dos: el café Shokoladnitsa. ¡Tiene que probar sin falta las crepes!

El café Ideálnaya Chashka. Las mesas de color naranja están desiertas en la oscuridad. En uno de los percheros torcidos aún cuelga un paraguas olvidado.

Gruñidos y ladridos en la lejanía. Un eco que se pierde en la distancia. El monstruoso edificio de la catedral de Kazán con sus laterales curvos, que lo envuelven a uno cual cepo húmedo y resonante.

Ding-dong, ping-dong.

El zar Pedro el Grande: «Aquí se construirá una ciudad magnífica.»

El cielo bajo, cubierto por un velo gris. La cúpula de la catedral de Kazán envuelta por la niebla.

Bajo los pies, el asfalto gris y agrietado, por el que se asoman, aquí y allá, brotes de color gris blancuzco. Una piedra se suelta del techo y hace ruido al golpear el canalón. Un movimiento en la niebla. No... sí. Allí se mueve algo, detrás del grueso velo, muy lejos de aquí. Una cosa gigantesca...

Al contemplar las fachadas de las casas, Iván tiene la sensación de no poder distinguir los colores.

Todos nosotros estamos muertos.

En el mortal silencio de un café abandonado canta Tom Waits. Canta el blues de San Petersburgo, de una noche de lluvia en la Nevski prospekt.

Una taza blanca y gruesa sobre un posavasos tosco, una costra seca y negra en su fondo. Al lado, un sobrecito de azúcar sobre la mesa. Es de papel y lleva escrito: «Dulce.»

Una servilleta anaranjada.

*El viernes me dejó chapuceando con el blues,
y es difícil triunfar para el que siempre es perdedor,
porque los bares de noche te consumen el alma,
te das de cabeza contra la pared.*

Dos callejones sin salida, y aún tienes que elegir.

Iván tiene en los oídos la voz terriblemente ronca de Tom Waits. En el gélido silencio martillean los miliroentgen, y la radiación gamma atraviesa las finas paredes.

Un eco.

Iván está de pie en la calle y escucha el blues radiactivo.

Sostiene una escopeta de dos cañones con la mano.

Pasa entre los coches a lo largo de la Nevski prospekt. En vez de ventanas hay agujeros negros en las casas. Los ojos ciegos que emplea San Petersburgo para contemplar a Iván. Un San Petersburgo turbio y espectral. Viejo, enloquecido y terrible. Como un cantante de blues con el cabello canoso, negro, sin dientes, vestido con una camisa amarillenta.

Iván lleva un Izh-43K en la mano. Pulsa la palanca —clac— y abre el cañón. Las cápsulas fulminantes brillan. Calibre 12. Cartuchos de perdigones. Frenan al enemigo y le infligen un dolor duradero.

Iván vuelve a encajar los cañones y apoya el dedo en los gatillos. Clic, clic. No son propiamente gatillos, sólo sirven para tensar los resortes. Pero la sensación es genial.

Iván pasa frente a una librería. Aquí, en la Nevski prospekt, las hay en todas las esquinas. Igual que cafés. De hecho, casi todo son librerías y cafés. Como mucho, además, alguna tienda de ropa. Como si antes de la Catástrofe las gentes no hubieran tenido otra ocupación que sentarse en los cafés y leer libros.

Otra tienda. La luna de cristal está rota. En la vitrina hay una maniquí articulada con un collar de perlas al cuello. Uno de sus brazos blancos se rompió y se quedó a un lado. En la muñeca de la maniquí... un brazalete de color violeta.

Un brillante.

Iván se abre paso entre los coches para llegar al otro lado de la calle. Debió de armarse un buen barullo el día en que todo terminó. Ahora los coches no se mueven. Cientos. Miles. Sus propietarios aún están sentados al volante. Tan sólo queda el esqueleto. El cráneo les cuelga. Iván da la vuelta en torno a un Skoda blanco y llega a la otra acera.

Algo más allá, detrás de la verja de hierro, se encuentra el edificio redondo por el que se accede a la estación Ploshchad Vosstaniya, con la rotonda y la larga aguja que la remata. Tiene un aspecto divertido, como de enano agachado.

Las paredes que en otro tiempo tuvieron el color de la mostaza se han oscurecido y apenas si se distinguen de la gris oscuridad que las rodea. Cual blando almohadón, la niebla se asienta sobre el tejado redondo del vestíbulo que se halla en la superficie.

Iván levanta la cabeza. Frente a la entrada del metro se encuentra un edificio de cinco pisos en el que está escrito con letras blancas: «Ciudad heroica de Leningrado.»

Algunas de las letras se han venido abajo.

«Qué casualidad —piensa Iván—. Lo mismo ha sucedido con mi vida.»

—Iván —llama alguien.

Iván se vuelve. Su primer pensamiento: «Yo ya no me sorprendo por nada.»

—Iván —dice Kosolapy—. Despierta, Iván.

—¿Para qué? Si ya estoy muerto —responde Iván—. Sé muy bien que he fallecido. Una explosión acabó conmigo en la Primorskaya. Y luego soñé con una guerra. Soñé con la muerte y el horror. La traición. Una estación teñida de sangre. Un grupo electrógeno que se oxida en un antiguo búnker. Y ahora te veo a ti. Quizá sea éste el último nanosegundo de mi vida. La muerte cerebral por falta de oxígeno, ¿verdad que sí?

—No —responde Kosolapy—. Todas esas cosas ocurrieron de verdad.

Iván piensa durante un tiempo en las palabras de Kosolapy, luego le responde:

—No quiero regresar.

—Tienes que regresar, Iván.

Lo primero que vio al abrir los ojos fue una luz azul. Sin embargo, lo único bueno de todo ello fue ese agradable color. La luz se reflejaba en la hoja de un cuchillo de monte grande y oxidado. Si Iván no veía mal, había incluso cabellos finos adheridos al acero estropeado y manchado.

«¡Ah, Sazonov! Ese idiota no es capaz ni siquiera de matar a la gente de un

tiro, como tiene que ser. Y un tío como ése pretende hacer de *digger*.

—¡Delicioso! —decía un *zombel* calvo—. Seguro que estarás delicioso.

Ahora sí que es el fin.

—¡Lárgate! —masculló Iván, y se apartó arrastrándose por el suelo.

El indeseable gastrónomo blandió el cuchillo...

—¡Por todos los diablos, ¿qué se os ha perdido aquí?! —vociferó una voz ronca y potente.

El *zombel* se dio la vuelta, abrió la boca y alumbró la oscuridad con la linterna. Una criatura de cabellos canosos se le acercaba, tambaleante, y no parecía que viniera a divertirse.

El gastrónomo dejó caer el cuchillo oxidado y encogió entre los hombros su cráneo amorfo y cubierto de extrañas manchas. Los *zombels* se miraron entre sí sin decidirse. Eran cinco: tres hombres y dos mujeres. Estas dos últimas se diferenciaban de los tres primeros tan sólo por detalles secundarios. Todos ellos tenían en común los harapos que les cubrían el cuerpo, la maldad en el rostro y el repugnante hedor.

—¡Marchaos! —gritó el viejo, y se dirigió hacia ellos.

Para sorpresa de Iván, los *zombels* retrocedieron refunfuñando. El viejo se acercó todavía más. Al caminar, se apoyaba sobre una muleta muy grande, cuyas partes estaban sujetas con cinta aislante. La pelambreira gris se agitaba con ritmo marcial sobre sus hombros. Ricardo Corazón de León. O un demente.

—Voy a terminar con todos vosotros —les amenazó el viejo—. Ya me conocéis.

Los *zombels* gruñeron con rabia y se le pusieron a ambos lados para rodearlo. La clásica estrategia de caza de una manada de perros pavlovianos.

El viejo tomó impulso.

La muleta silbó en el aire y golpeó a uno de los *zombels* en el pecho. El crujido que se oyó entonces no sonó nada sano. El *zombel* retrocedió dos metros, se cayó de espaldas y gimoteó.

Iván se quedó gratamente asombrado.

El viejo recogió con sorprendente rapidez el arma que se había quedado en el suelo.

Un *zombel* que trató de adelantarse sufrió un rodillazo en el vientre y se retorció en el suelo entre lloriqueos. El furioso viejo golpeó en los dientes con el codo al tercero de los atacantes.

Tan sólo quedaban las mujeres.

El viejo se agachó, pero se limitó a mirar al vacío. Luego tanteó el suelo con la mano, como si buscara la muleta.

En cuanto la tuvo en su enorme zarpa, volvió a hacerla silbar amenazadoramente en el aire.

—Eh, ¿quién va a ser el siguiente?

Iván suspiró aliviado. Los *zombels* se acobardaron y huyeron, y se dejaron incluso la linterna. A su luz crepuscular, Iván veía ya tan sólo al viejo y escuchaba el correteo que se alejaba.

—¡No quiero volver a veros en mi conducto de ventilación! —les gritó el viejo a los *zombels*.

Iván se maravilló una vez más de la imponente apariencia del hombre. Debía de medir, por lo menos, dos metros. Con ello desmentía también otro prejuicio: que tan sólo la gente de poca estatura puede estar tullida. Aparte del problema que tenía para andar, estaba claro que el viejo estaba bendito con la fuerza de un oso. Y con un temperamento volcánico.

Varios gritos de ira resonaron en la penumbra. Giraban en torno de un «buen hombre Enigma».

—Esto... eh... —Iván carraspeó—. ¿Te conocían?

—A mí no hay perro que no me conozca.

Los ojos del viejo centellearon al mirar más allá de Iván. El *digger* se volvió, pero no había nadie. ¿Qué habría visto allí?

—¿Perro? Pero espero que eso no incluya a los pavlovianos —apuntó Iván y, al instante, se corrigió—. Qué frase más estúpida, lo siento, abuelito, me ha salido esa idiotez.

—¿Abuelito? —El viejo le miró con cara sorprendida—. ¿Te refieres a mí?

Iván habría querido responderle algo, pero no le salieron más palabras. El viejo se inclinó sobre él, le puso la mano en la cara y empezó a vendarle. Iván sintió el olor de la cinta adhesiva y del sudor frío al quedarse pegado en ésta. El viejo le palpaba la nariz, las mejillas, la frente y el mentón sin afeitar.

«¡Abuelito! ¡Pero tío...!»

Iván habría querido escapar, pero no tuvo fuerzas. Entonces el viejo le agarró la oreja con fuerza.

—Más suave —se quejó en voz baja.

El rostro del viejo quedó a la vista delante de sus ojos. Tenía los ojos blancos, sin pupilas. No le miraban a él.

—¿Qué tonterías estás diciendo?

Fue entonces cuando Iván se dio cuenta de que su salvador estaba ciego.

La llama azul del infiernillo de alcohol acariciaba por debajo la sucia cazuela de hollín.

—Y me ha llamado Fyodor —dijo el viejo.

—¿Ha llamado? —preguntó Iván, asombrado.

—Sí. Por teléfono.

El viejo, como un obseso, removía el caldo con un cucharón.

El penetrante olor a alcohol del infiernillo quedó oculto por el exquisito aroma de la sopa de setas. Iván sintió que la boca se le llenaba de saliva y el estómago empezó a gruñirle.

—Mientras hablaba con él por teléfono, he llegado a pensar que me había vuelto loco. A lo largo de mi vida he probado todas las drogas posibles, pero un viaje tan fuerte...

Iván torció la cabeza. «No me hables de viajes —pensó—. Estás conversando con el padre de la bomba alucinógena, por así decirlo.»

—¿Con quién hablabas por teléfono? —preguntó Iván.

—Con Fyodor. ¿No te lo había dicho? Fyodor Bakhmetyev, que vive ahí.

—¿Ahí? ¿Dónde?

«Uno de nosotros dos no está bien», pensó Iván.

—En la central nuclear de Leningrado. ¿Sabes lo que es o no?

«¿Aún funciona?»

Iván se echó para atrás y juntó ambas manos detrás de la cabeza. Parecía que el «viaje tan fuerte» del hombre no había terminado.

—Sé algunas cosas al respecto —le informó el viejo—. Mi padre había construido centrales nucleares. Durante mi infancia llegué a jugar con planos para un RBMK.

—¿Y qué es eso?

—Un tipo de reactor —explicó el viejo, y se encogió de hombros—. Prácticamente idéntico al de Chernóbil. Sólo que el de San Petersburgo tenía un mayor rendimiento.

«Ajá. La vida es cada día más emocionante —pensó Iván—. Primero, mi mejor amigo me pega un tiro y, luego, otro tío recibe una llamada de un reactor nuclear.

—Pero, ¿qué teléfono es ése? —preguntó Iván.

—¿Disculpa?

—Sólo te preguntaba cuál es ese teléfono que has utilizado.

—Está en la habitación, sobre la mesa. Un teléfono rojo.

Iván se incorporó. Ponerse en pie le costó cierto esfuerzo y la cabeza empezó a darle vueltas. Se arrastró a lo largo de la pared, fatigado, hasta llegar a la puerta, y la abrió. Las bisagras crujieron.

En efecto, sobre la mesa había un teléfono. Pero, de todas maneras, su color no se asemejaba en nada al rojo. Y tampoco al verde. Iván miró de reojo al viejo. Éste alcanzó un botellín de plástico, lo abrió y se puso a echarle sal a la sopa. El delicioso aroma de las setas había dejado a Iván fuera de sí. Su estómago se manifestó de nuevo. Iván oyó con nitidez sus ronroneos.

«Dentro de muy poco vas a comer, *digger* —se decía Iván a sí mismo—. Ponte a ello.»

Iván caminó torpemente hasta la mesa y se dejó caer sobre la silla. Entonces esperó a que se le pasara el mareo. Cuando la habitación paró de dar vueltas a su alrededor, dejó que su mirada resbalara sobre la mesa, en la que no había nada más que el teléfono. Un teléfono normal, de plástico, de color gris mate. En la capa de polvo que lo cubría se podían reconocer marcas de dedos. Era obvio que no se había utilizado durante mucho tiempo.

«El trasto este no funciona. Me apostaría la cabeza. ¡No es posible que funcione! Como mucho, la llamada pudo venir de la estación más cercana. Quién sabe, quizás el viejo es pariente del comandante de la estación y le han puesto una línea extra. Bueno, no es muy probable, pero más plausible que su afirmación de que lo llamaron desde la central nuclear.»

Iván tendió la mano hacia el auricular. Titubeó.

¿Y si me responde alguien? ¿Qué digo entonces? Da igual, vamos a probarlo. Acercó el auricular al oído y escuchó.

Silencio. Un zumbido apenas perceptible.

—¿Hola? —dijo Iván—. Uno dos, uno dos, por favor, respondan.

Silencio. Tampoco se podía esperar otra cosa. Aquel misterioso Fyodor Bakhmetyev... la central nuclear de Leningrado... todo eran invenciones.

Iván colgó el auricular, regresó al colchón y se dejó caer como un árbol abatido. La negrura le cubrió los ojos.

—Tendrías que ir con él —dijo el viejo.

Iván sacudió la cabeza. No tenía agua en los oídos. No lo había entendido mal.

—¿Me lo dices en serio?

—¡¿A ti qué te parece?! Tan sólo hay ochenta kilómetros hasta la central

nuclear de Leningrado. ¿Conoces Sosnovy Bor?^[18] En otro tiempo había una ciudad que se llamaba así. La central nuclear está allí. ¡Ve! Alguien tendrá que hacerlo, ¿verdad que sí?

Iván hizo una mueca.

—¿Y ese alguien tengo que ser precisamente yo?

—Pues si no, ¿quién? —respondió el viejo—. ¿Lo vas a hacer?

Iván suspiró.

—Lo siento. No es el momento adecuado.

El rostro del ciego se volvió de piedra. Como una estalagmita en una cueva que ha crecido a lo largo de los milenios, gota a gota. Como un portavelas de calcita. Iván había visto formaciones semejantes en túneles abandonados. Bellísimas. Pero estafalarias.

—Te había tomado por un *digger* —dijo el viejo, decepcionado.

—Yo también me tenía por tal.

El viejo, meditabundo, mecía el cuerpo sobre la cazuela. «Es capaz de permitir que esa hermosa sopa se queme —pensó Iván—. Qué lástima.»

—¿Qué te ha pasado, *digger*?

Iván no pudo evitar una sonrisa de satisfacción. Era una buena pregunta.

—Me han pegado un tiro.

—¡Vaya! Sí, esas cosas ocurren.

—Y ahora tengo que solucionar varios asuntos.

El ciego enarcó sus cejas blancas.

—Eso le sucede a todo el mundo. Porque somos humanos.

—Bien dicho —respondió Iván.

—El estrés... no hay nada como el estrés —filosofaba el viejo—. Cuando tenía tu edad, estaba siempre en tensión. Tenía preocupaciones, peleas, amigos, aliados, enemigos... mujeres.

Acentuó la última palabra con tanto anhelo que Iván no tuvo más remedio que preguntarse si el viejo habría abandonado de verdad el tema.

—Mujeres —repitió el ciego, y suspiró—. Cuando se trataba de ese tema, había que buscar valores permanentes. ¿Y tú? ¿En qué piensas tú, *digger*?

—Por ahora, pienso tan sólo en comer —respondió Iván—. Tengo un hambre de muerte. Y, además, pienso que voy a desmayarme...

Iván había mentido. En aquel momento no pensaba para nada en comer. Nada más cerrar los párpados, se le aparecieron tres nombres en su fuero interno.

Memov.

Orlov.

Sazonov.

Todo muy sencillo.

Aún no sabía en qué orden tenía que matarlos.

—¿Duermes? —Alguien sacudió a Iván para despertarle—. ¿O te has ido al otro barrio?

Iván abrió los ojos. El ciego se inclinó sobre él. De su rostro barbudo colgaban mechones blancos.

—Venga, toma, pipiolo. —El viejo le pasó un plato de hojalata abollado. Los vahos de la sopa se dejaban sentir en el aire frío—. Cómetelo. —Con la otra mano, el viejo le entregó una cuchara.

Iván aspiró el vaho. La sopa olía claramente a quemado.

—Gracias —dijo Iván.

Por segundo día consecutivo, Iván sufría un agudo dolor en las costillas y la fiebre lo martirizaba. Se notaba todo el tórax como si no le perteneciera. Como un diente purulento que ya no se siente como propio, sino como un rabioso enemigo que ha anidado en el maxilar.

Pero los dientes se pueden arrancar...

—Aquí penetró la bala —le explicó el doctor, un médico militar de la estación Ploshchad Lenina—. Chocó con la placa metálica y se desvió. El chaleco antibalas le salvó la vida.

El médico militar tenía el rostro alargado, las cejas cortas, el cráneo casi desprovisto de cabello y el cuello largo y flaco. En resumen, recordaba a los buitres de la película de dibujos animados *El libro de la selva*. Iván la había visto durante su infancia. Pero en seguida se dio cuenta de que no podía bromear a costa de aquel hombre.

—Pura casualidad —había dicho Iván—. Tenía las costillas lesionadas, y ese día aún me duraban los dolores de espalda. Por eso me había puesto las placas de metal y las había sujetado con vendajes: para que las costillas se me estuvieran quietas. Eso las sujeta bastante bien. —Iván pensó en lo que acababa de decir—. O más bien las sujetaba.

—Es asombroso. —El médico enarcó las cejas—. De todos modos, he oído hablar de casos todavía más exagerados. De balas que chocaron contra libros o amuletos. Y en su caso fue una protección improvisada sobre las costillas. —Contempló a Iván con sus ojos terriblemente azules—. Había una película en la

que sucedía lo mismo. Creo que se titulaba *Por un puñado de dólares*, de Clint Eastwood. Da igual, lo más probable es que no lo conozca usted. En cualquier caso, había un personaje que se ponía una placa para protegerse el pecho.

—Aún no había pensado en quitarme las vendas —explicó Iván, como si tuviera que justificarse porque una feliz casualidad le había salvado la vida.

El médico se sonrió y se puso en pie. La lámpara que brillaba detrás de su cabeza arrojó un fulgor azulado en torno a su calva. Por un instante se asemejó a un santo en un icono. Cuando apartó la cabeza, la intensa luz golpeó a Iván. «Maldita sea.» Cerró los ojos con fuerza. Aún distinguía la forma del filamento dentro de los párpados.

—Le dejo a usted el peróxido de oxígeno para que se lave las heridas —dijo el doctor—. Y también sulfanilamida en polvo. Le prescribiría a usted antibióticos de verdad si los tuviera. Pero pienso que se recuperará de todos modos. Tiene usted un cuerpo robusto. Le bastará con mantener las heridas muy limpias.

—Gracias, doctor —respondió Iván.

En cuanto el médico se hubo marchado, el *digger* se echó sobre la cama y cerró los ojos. El dolor de las costillas le causaba palpitos. Curioso. ¿A quién se le habría ocurrido que la bestia de la Primorskaya tuviera que ser el motivo último de que una bala no lo matase? Qué historia más disparatada.

Poco más tarde, Iván oyó pasos, y los golpes de la muleta en el suelo. Decidió quedarse tumbado. ¿Qué se le habría ocurrido esta vez al viejo? Iván entreabrió los ojos y respiró hondo, como si durmiera.

El viejo se inclinó sobre él y escuchó.

—Pues qué cómodo se ha puesto el tío —murmuró.

Entonces levantó la muleta. ¡Mierda! Antes de que Iván hubiese tenido tiempo para reaccionar, su romo extremo se le había hincado entre las costillas sanas.

Iván se puso en pie de un salto.

—¿A qué viene esto?!

—Te despierto porque te habías echado en mi cama —le explicó el viejo en tono lapidario—. Eso no puedes hacerlo.

—¿El doctor me ha dicho que tengo que estar tumbado!

—Pues tumbate, pero si eres tan amable, vete a joder en tu propio colchón. —El viejo sonrió, complacido por haberle fastidiado—. Por cierto que ése también es mío.

Iván no pudo contener una carcajada. Aquel viejo chiflado tenía cierto encanto.

—Vale, me has convencido —transigió Iván—. ¿Dónde está tu colchón?

No le sentaba nada bien estar de pie. La habitación empezó a dar vueltas.

«Me pasaré uno o dos días echado y luego me iré. No vaya a ser que me muera por el camino.»

Durante la noche, Iván soñó de nuevo con el hospital de campaña y con el teniente de ojos fríos como el hielo. Una vez más, siguió al teniente bajo aquella luz intensa, entre las hileras de camas plegables. Una vez más, los heridos le miraban con los ojos llenos de odio o le giraban la cara. Y vio una vez más el fogonazo, cuando el teniente apretó el gatillo y el mundo se salió de su quicio.

El doctor se desplomaba con dolorosa lentitud. Iván veía los pelos grises de barba incipiente en su garganta. Pero su rostro se había transformado. Esta vez se trataba del médico militar de la estación Ploshchad Lenina. Las enfermeras abrían la boca en silencio. Una de ellas es Tanya. La otra, aquella muchacha que se llamaba Illyusa. Incluso en sueños, Iván se sorprende de su aparición.

Illyusa chilla. Tanya chilla.

Iván le pone la mano en el hombro al teniente.

Al instante se da cuenta de que habría sido preferible no hacerlo. El teniente se vuelve poco a poco. Y entonces... Iván le ve la cara.

Es Sazonov.

—Hola, Vanya —dice Sazonov, satisfecho.

Un fogonazo. Iván se estremece y se da cuenta de que la bala le ha entrado entre las costillas. ¿Se las protegía alguna placa metálica? Iván baja la cabeza y ve la sangre que le mana del orificio. «Me ha disparado —piensa—, y poco a poco empieza a caer.»

El rostro de Tanya se aleja.

El vestido blanco de boda.

¿Por qué no te arrojaste al río, Maryushka?

Iván abrió los ojos.

«Ha llegado el momento de ponerse en camino. Ya he perdido demasiado tiempo. Me curaré por el camino.»

Sobre su cabeza se encontraba el techo gris con la grieta entre las losas.

El ciego vivía en el túnel de enlace entre las estaciones Ploshchad Vosstaniya y Chernyshevskaya, en un pequeño búnker abandonado. Iván no tenía nada claro con qué finalidad lo habían construido, pero tenía dos habitaciones —en una de

las cuales se encontraba el teléfono— y una especie de almacén al que se llegaba por un pequeño pasillo. Era un lugar oscuro y estrecho. A lo largo de la pared había taquillas de hojalata y una torre de armarios de aparatos, uno encima del otro.

Varias lámparas colgaban del techo del búnker al extremo de una serie de cables. Algunas de ellas incluso funcionaban. Pero Iván se había preguntado ya durante su estancia en la Ploshchad Vosstaniya por el suministro aparentemente ilimitado de corriente eléctrica.

El viejo no necesitaba para nada la iluminación. Con todo, Iván estaba muy contento por no haber tenido que pasarse el día a oscuras.

—¿Quieres marcharte? —preguntó el viejo.

—Sí, tan pronto como las piernas me aguanten.

—Es cosa tuya. Tú mismo tienes que saber lo que haces. Toma, el pasaporte.

—¿En serio?

Iván agarró el manoseado librito que le ofrecía el ciego y lo abrió con precaución.

Iván Sergeyevich Gorelov. Fecha de nacimiento: 01.11.2008. Lugar de nacimiento: San Petersburgo, provincia de Leningrado.

—Este pasaporte no es mío —dijo Iván.

El viejo se encogió de hombros.

—Pues entonces, ¿de quién es? Estaba a tu lado cuando te encontré.

¿Lo habría perdido uno de los *zombels*? A veces se dan estas casualidades. En cualquier caso, le venía muy bien. En aquellos tiempos era muy difícil moverse por la red de metro sin pasaporte.

—¿Pues cómo te llamas?

—Iván. Pero el apellido es distinto.

—Entonces te irá bien. —El viejo echó la cabeza para atrás, como si hubiese querido contemplar el techo—. Así no tendrás que acostumbrarte a un nombre de pila distinto.

—Es cierto.

Sazonov se lo había quitado todo a Iván: el fusil, el cuchillo, la linterna y los papeles. El resto de las pertenencias de Iván se encontraban en la bolsa que se había quedado en la estación. También la bola de cristal. El regalo para Tanya. Iván suspiró. Tanya. Sus ojos centelleantes.

—Tengo que irme a casa.

Silencio.

—¿Quieres que todo vuelva a ser como antes? —El viejo volvió la cabeza hacia Iván—. ¿De verdad que ése es tu objetivo? No es muy romántico.

—Quiero recobrar mi propia vida —proclamó Iván con terquedad.

—¡Qué disparate! —respondió el viejo—. Tú no has tenido nunca una vida propia. Has muerto en esta guerra, *digger*. Sólo que aún no lo has comprendido. Estás muerto, Iván —le repitió. La mirada hueca de sus ojos blancos, sin pupilas, tenía un aire espectral.

—¿Quién eres? —El ciego se echó a reír—. Dormíamos y aguardábamos la primera hora de la mañana —declamó—, cuando despertó Eos, ¿la conoces?, de dedos rosados.

Iván vaciló. ¿Dónde había oído hablar de esa tal «Eos de dedos rosados»? No hacía mucho tiempo. Por otra parte, tenía la sensación de que los últimos acontecimientos habían tenido lugar varios años antes.

—¿Con qué nombre tengo que llamarte? —preguntó.

El ciego se lo pensó.

—Llámame Ais —respondió por fin—. Aunque lo mejor sería que no me llamaras por ningún nombre.

Al cabo de dos días, Iván se había recuperado hasta el punto de poder emprender breves paseos. El viejo le acompañaba... de mala gana y sin dejar de rezongar. ¿Por qué lo hacía? Iván no acertaba a adivinarlo. ¿Por el bien de la sociedad? ¡Ja!, y un cuerno. Las salidas con el viejo eran un tormento. Tenía una idea muy propia de lo que era salir a pasear. Por lo general, se le adelantaba con la muleta, luego lo esperaba y le seguía a paso lento.

Para distraerse del dolor, Iván le contó la historia del monstruo marino en la Primorskaya.

—Al ver al tigre, me di cuenta en seguida de que allí había algo que andaba mal.

—¿Un tigre? —dijo el viejo con asombro—. ¿Qué clase de tigre era?

—Un tigre blanco.

—¿Un tigre de Bengala? ¿Y si no, qué? Ay, Dios mío. —De pronto, una sonrisa radiante de felicidad apareció en el rostro del ciego, aunque con un toque de melancolía—. Qué bello animal. ¿Pero cómo llegó al metro?

—Me imagino que algún trabajador del zoo lo soltaría junto antes de la Catástrofe y el animal entró en seguida en el metro. Parece un cuento, desde luego. Pero, en realidad, ¿por qué no? La historia me gusta de todos modos.

—¿Piensas que es un cuento? —El viejo se rascó al frente—. Pues te lo diré,

por si quieres saberlo: fui yo quien lo dejó salir.

Se hizo una pausa. ¿Iván lo había oído mal? ¿O acaso el viejo había enloquecido del todo? Igual habría podido decirle que había creado el mundo en siete días.

—¿De dónde lo dejaste salir?

—Pues vaya pregunta: ¡de la jaula, por supuesto! —El viejo se agarró a la muleta con fuerza y aceleró el paso—. ¿De dónde te parece que lo iba a soltar, si no? ¿Del Empire State Building? No he conocido a muchos tan imbéciles como tú.

Esto último había sido un insulto. Iván se detuvo incluso para pensar en cómo tenía que tomárselo. Un insulto de verdad. No recordaba cuándo había sido la última vez que se había sentido tan ridículo. Probablemente al morir Kosolapy. No bastaba con que le hubiesen disparado, encima tenían que llamarle imbecil.

—Oh, gran gurú, cuéntame entonces...

—¿Qué has dicho? —dijo el viejo, interrumpiéndole, y sacudió la muleta a modo de amenaza.

—Entiendo —dijo Iván para apaciguarle—. Pero ahora, en serio, ¿por qué dejaste escapar al tigre?

Ese día fueron más lejos de lo normal. Iván ya no caminaba con las piernas temblorosas, pero el corazón le flaqueaba como si no hubiera bombeado sangre, sino petróleo crudo extra pesado.

«Alto. ¿Adónde hemos ido a parar?»

—¿Qué es eso? —preguntó Iván.

—Un conducto de ventilación, nada especial —respondió el viejo, encogiéndose de hombros, y siguió adelante con la muleta. Toc, toc, toc.

Iván alumbró a su alrededor con la lámpara. Un acceso ordinario para un conducto de ventilación igualmente ordinario. Una fuerte corriente de aire soplaba desde el interior. «Mira, aún funciona.» Se metió dentro.

El cono de luz de la lámpara le reveló la presencia de un montón de recipientes que contenían filtros de carbón. Ahora estaba claro para qué servía el conducto. En un tramo superior se encontraría una puerta hermética y una esclusa para la salida al exterior. Los *diggers* empleaban de vez en cuando los conductos de ventilación para salir a la superficie. Sin embargo, era una labor fatigosa, incluso en los casos en los que la escalerilla del conducto estaba intacta, ya que el pozo podía llegar a medir setenta metros. Cuando había que arrastrar

bultos, o la escalerilla estaba cubierta de hielo, el esfuerzo era agotador.

Iván había sufrido semejante tortura tan sólo en una ocasión, porque los Vegetarianos le perseguían y no le quedó otro remedio.

Examinó la instalación. El sistema de filtrado de aire estaba en buenas condiciones. Era obvio que se le hacían revisiones frecuentes. Alumbró la pared. Cifras medio borradas sobre el hormigón: el número del conducto. Nada sospechoso. Iván regresó a la entrada.

Estaba a punto de bajar a la vía cuando sufrió un sobresalto, como si le hubiera atravesado una corriente eléctrica.

«Maldita sea. ¡No puede ser!»

Iván volvió sobre sus pasos. El corazón le latía con fuerza.

Seguro que se lo había imaginado.

Colocó la bolsa junto a la pared y levantó la linterna. Con mucha lentitud, como si hubiera querido retrasar la confirmación de sus temores. Finalmente, las cifras rojas aparecieron en el círculo de luz.

Iván se acercó y pasó la mano por encima del hormigón. Estaba quebradizo, seco y áspero. Le quedó polvo en el guante.

«Y todo eso tiene que ver con el conducto de ventilación número doscientos uno», le había dicho Pájaro Carpintero, el filósofo loco de la estación Ploshchad Vosstaniya.

Iván había descubierto el lugar en torno al cual giraba todo cuanto sucedía en el metro.

En la pared se leía el número 201.

Al lado del número había una frase. Iván la leyó, se sonrió y sacudió la cabeza.

Sí, claro, era casi obligado.

—¿Qué es lo que hay ahí?

Iván se llevó un buen susto. No se había fijado en que el ciego le había seguido. Y, por lo demás... ¿cómo podía saber que había algo escrito en la pared? En ocasiones, a Iván le daba la impresión de que el viejo, en realidad, sí veía y que se hacía pasar por ciego por motivos incomprensibles.

—Enigma es un hombre bueno TM —leyó Iván—. ¿Quién es ése?

¿Qué le habían gritado los *zombels* al viejo mientras huía? Iván le lanzó una mirada interrogadora al ciego.

Éste se encogió de hombros, como para decirle: es la primera vez que lo oigo.

—¿Lo conoces?

El viejo negó con la cabeza como para esquivar la pregunta, pero era obvio que conocía muy bien al misterioso Enigma. Sin embargo, actuaba como si no supiera nada.

Bueno. Estaba en su derecho.

Al fin y al cabo, todo el mundo tiene un par de cadáveres en el armario.

Al volver a bajar a la vía, Iván se dio cuenta de que se había olvidado la bolsa. Regresó una vez más a buscarla. El viejo todavía estaba allí y su torso se mecía hacia uno y otro lado, como sumido en un trance. Su cabello blanco relucía en la oscuridad.

—Les gusto a esos bribones —mascullaba el viejo, que se secaba los ojos llenos de lágrimas con su sucia manga y seguía meciéndose—. Les gusto.

Iván levantó la bolsa sin hacer ruido y se dirigió a la salida. Sentía los latidos de su propio corazón.

¿Qué sucedía allí realmente?

—Un tigre blanco no podría sobrevivir en la naturaleza —explicó el viejo—. Lo digo en respuesta a tu pregunta de por qué lo dejé salir de la jaula. Mientras estaba dentro de ella se parecía a nosotros, los seres humanos. En la naturaleza rara vez se encuentran albinos. Se mueren de hambre, o son víctimas de los tigres de color normal. Lo mismo ocurre con los seres humanos. En la naturaleza salvaje que nos rodea somos como los albinos. Imagínate que alguien te abandonase en un lugar donde todo te resulta extraño. Y donde tú mismo fueras un extraño. Pues bien, ahora que todo lo que había en el exterior se ha transformado, los seres humanos somos como tigres en Marte. ¿Has oído hablar de los otros planetas? Incluso el metro le ofrece cierta familiaridad al tigre.

Iván callaba. Así son las cosas.

—¿Y no hay ninguna salida?

—¿Para el tigre o para los seres humanos?

—Para el tigre. En la ciudad.

El viejo reflexionó.

—Desde luego, hay una.

—¿Y cuál sería?

—Comer carne humana.

Setenta y nueve. Ochenta. Iván terminó con las flexiones y se levantó bañado en sudor. Los brazos le temblaban de pura fatiga. Sin embargo, el entrenamiento regular había vuelto a ponerle en forma. A continuación venían los ejercicios en

hilara con la pelota. Reacción, coordinación, empatía con el compañero... Iván meditaba al respecto.

Mi grupo de *diggers* ha dejado de existir. El *digger* Iván ha dejado de existir. Tengo que volver a empezar desde el principio.

¿Merece la pena?

Tomó las pelotas y las meció sobre ambas manos. No tenía pelotas de tenis, lástima, pero las pelotas de trapo con peso dentro también le servían. Volvía a ser buen momento para las charlas filosóficas. Iván sonrió. El entrenamiento con el viejo era divertido. Charlaban sobre todas las cosas imaginables al mismo tiempo que se lanzaban las pelotas. El viejo las agarraba con destreza y rara vez se equivocaba. En muchas menos ocasiones que Iván. Como si hubiera tenido un sistema de rastreo por láser dentro de la cabeza. Pero ¿qué era lo que le había ocurrido? El viejo se obstinaba en callar. Iván negó con la cabeza. Debía de tratarse de una historia espantosa.

Era una sensación peculiar: entrenarse con un compañero que no podía verte. Y luego toda su filosofía.

En la última ocasión, el viejo le había explicado que el metro era el infierno. Hoy le había dicho que el metro era el paraíso del que tarde o temprano se iba a expulsar a los hombres.

—¿Qué es el metro ahora? ¿El paraíso o el infierno? —dijo Iván, y lanzó la pelota.

El viejo cazó con habilidad la pelota de trapo y arrugó la frente:

—¿Qué piensas tú sobre el paraíso?

Lanzó la pelota.

—Un lugar donde viven ángeles —respondió Iván, y agarró la pelota a su vez.

El viejo torció la cabeza hacia un lado. Parecía que sus ojos blancos mirasen directamente a Iván. La pelota surcó el aire. En el último momento, su mano arrugada se alzó e interceptó la pelota delante de su propio rostro.

—No es una mala respuesta —observó el viejo, y lanzó la pelota—. Si te encuentras con los ángeles, salúdalos de mi parte.

Iván tuvo que dar un salto para atrapar la pelota y volvió a aterrizar sin problemas sobre sus propias piernas. Las costillas ya casi no le dolían.

—Lo haré.

—¡Qué idiota! —le replicó el viejo, de buen humor—. ¿Me vas a escuchar mientras te cuento lo que sucedió en realidad? Yo lo sé.

—¿Ah, sí? —Iván sonrió—. ¿Pues por qué no...?

El viejo habló entre dientes.

—Por alguna parte del metro deambula un dios antiguo —explicó en voz baja—. Tiene una barba larga y blanca, el rostro arrugado y bondadoso, y ojos azules. Se entiende que en sus ojos se refleja una absoluta desvergüenza.

Iván tragó saliva. ¡Vaya descripción!

—Podría pasarme el día contándote sin parar chorradas como ésa —proclamó el viejo veterano—. En realidad, todo fue mucho menos patético. Hace mucho tiempo, antes de la Catástrofe, vivió el *Protomonter*. Un bonito día (ya vuelvo a contártelo como si fuera un cuento; en realidad fue un día atroz) se decidió a construir el metro. Llamó a sus *monters* a su presencia, les puso un plano en la mano y les dijo: «Construid, inútiles.» Tenéis que hacerlo así y asá. Luego comprobaré que lo hayáis hecho bien. Los *monters* gimotearon. En cuanto hubieron terminado, el *Protomonter* supervisó el metro. Y vio que era... asqueroso, pero que también habría podido ser mucho peor. Y entonces dijo el *Protomonter*: «Hágase la luz en el metro.» Y los *monters* instalaron el tendido eléctrico. Y entonces... —el viejo hizo una pausa dramática—... entonces llegó el *Protodigger*.

«*Protodigger*, *Protomonter*. Ha descubierto algo con lo que puede atacarme los nervios», pensó Iván.

Cuentos para jóvenes promesas de *diggers*. Kosolapy le había contado historias parecidas. El propio Iván las había narrado lo mejor que había sabido cuando entrenaba a los *diggers* jóvenes.

La puerta que daba a la habitación del viejo estaba entrecerrada. Iván miró por el resquicio. El gigante caminaba de uno a otro extremo como un tigre, apoyado en su enorme muleta. Sin descanso. Toc, toc, toc. La melena gris se agitaba sobre su rostro y sobre la barba apelmazada.

De pronto, el viejo se detuvo frente a la pared y se meció sobre los dedos de los pies. Como si hubiese alguien frente a él. Iván se esforzó en mirar, pero allí no había nadie. Tan sólo la sombra de un armario para equipamiento.

—¿Qué es lo que se os ha perdido aquí? ¿Pensáis que esto es el Arca de Noé?

Iván cerró los ojos con fuerza, se frotó los párpados y volvió a mirar.

Qué disparate. No podía ser.

Una sombra normal. Inmóvil, como suele suceder con las sombras de objetos inmóviles.

Pero Iván se dio cuenta de que la sombra se había movido levemente después de las palabras del viejo.

¿Alucinaciones?

Podía ser que le hubieran quedado restos de polvillo violeta en la ropa. ¿Por qué no?

Seguro que había sido su imaginación. Y que el viejo charlaba con la pared... pues claro. Cada uno tiene sus rarezas.

Iván sacudió la cabeza.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó el viejo—. ¡Decidlo de una vez!

Márchate, *digger*, y duerme todo lo que haga falta.

El teléfono sonaba. Sin cesar.

Era un sonido monótono e insistente. Iván empezó a oírlo aun antes de despertarse. Le ponía nervioso, sobre todo por lo absurdo que era.

¡Riiing, riiing, riiing!

El sonido se le había metido en el cerebro. Iván gimoteó, hundió la cabeza en la almohada, se puso de costado, se cubrió la cabeza con la frazada. Fue inútil. El penetrante sonido atravesaba la tela sin esfuerzo y se le metía por los oídos.

¡Riiing, riiing, riiing!

En cuanto el sonido tuvo las dimensiones de la estación Nevski prospekt entera, Iván no lo soportó más. Se bajó del colchón y abrió los ojos. Fue un despertar sumamente desagradable. Regresó de golpe del mundo de los sueños a su cuerpo material... y por poco no entró bien. El corazón le latía con fuerza y sin un ritmo regular. Sentía un sabor amargo en la boca y se notaba la garganta reseca. A medida que sumaba años le ocurría con mayor frecuencia cuando no dormía lo necesario. Pero qué más daba.

¡Riiing, riiing, riiing!

Iván cerró los ojos y estiró el cuello para destensar los músculos. El sonido provenía de la sala de al lado. ¿El teléfono? ¿Por qué el teléfono? Iván se puso en pie y anduvo hasta la puerta dando traspiés. Los contornos de ésta se le difuminaban ante los ojos. Hacía una eternidad que el despertar de Iván no era tan inmisericorde. Se sentía desgraciado como un perro.

¡Riiing! «¡Voy ahora mismo a responder!»

¿Así pues, el teléfono del viejo funcionaba? ¿Con quién debía de hablar? ¿Le habían instalado una línea desde la estación?

Iván llegó al lindar y se apoyó en el marco. Parpadeaba, víctima de la fiebre.

Tenía como un velo ante los ojos.

Otro intento. Por fin logró ver algo. El teléfono gris se encontraba sobre el escritorio y sonaba. Era increíble. Iván fue hasta la mesa, agarró el auricular con dedos rígidos y se lo acercó al oído.

El sonido se interrumpió. Iván contempló la caja gris con las teclas negras. Debía de ser un engaño de los sentidos.

—¿Hola? —dijo.

Durante un largo rato no hubo respuesta.

Entonces se oyó un crujido.

—¿Con quién hablo? —preguntó de pronto una voz autoritaria desde el otro extremo de la línea.

—Soy Gorelov —respondió Iván. Tenía que acostumbrarse a su nuevo apellido.

—Las órdenes son las siguientes, Gorelov. La línea dos se transfiere al dominio autónomo, GUS Dachnik se apresta para la guerra. Todo a punto dentro de cincuenta minutos. ¿Entendido? Todo a punto dentro de cincuenta minutos. Hay que preparar los búnkeres principales para alojar a la población. Se ha obtenido la autorización de las instancias superiores.

Al tiempo que escuchaba, Iván tuvo la sensación de que la frialdad de aquel plástico asquerosamente liso se le metía en el oído, desde allí le pasaba a la cabeza y luego le bajaba por el esófago hasta el estómago. Una vez allí se concentraba cual mercurio derramado en un grupo pesado y resplandeciente.

—Repito. Se ha comunicado la orden de inicio. Confírmeme que la ha recibido. Oye, Gorelov, ¿estás dormido o qué?

—Entendido —dijo Iván.

—Escúchame, Gorelov... —De súbito, la voz del auricular se despojó de toda su severidad y se volvió frágil. Como si la hubieran desenchufado—. Es el fin. Olvídate de la Instalación 30... Salva a los seres humanos. Yo... yo me voy a emborrachar y me pegaré un tiro en la cabeza. Gorelov, te lo ruego: ¡salva a los seres humanos! Todo esto es tan absurdo... si tuviera algún sentido, yo mismo lo intentaría. Pero no tiene ninguno. —La voz se desfiguró en carcajada demencial. Iván oyó que alguien respiraba al otro extremo de la línea—. Están ahí. ¿Sabes?, yo tenía la esperanza de que este día no llegara jamás. Tenía la esperanza de no tener que vivirlo, al menos. Me podría haber muerto ya de cáncer. ¿Por qué no? El cáncer no es lo peor. Entonces, por lo menos, me habría quedado con mi esperanza. Pero ahora, al contemplar el futuro, diviso tan sólo un gigantesco

agujero negro. Igual que los ateos. Nada. *Nothing*. No puedo mirar a los ojos de nadie. Esto ha terminado. ¿Has transmitido la orden?

Entonces, Iván sintió la necesidad de tranquilizar al hombre que se hallaba al otro extremo de la línea.

—Sí, ya lo he hecho.

—Gracias, Gorelov. ¿Cómo es posible que no haya logrado entender el mundo en el que estaba? ¿Sabes?, mi mujer siempre se me ha quejado de que nunca tengo tiempo de salir a pasear con ella. Con ella y con nuestra hijita. De que siempre encuentro un motivo para marcharme a solucionar un problema que parece muy importante. Siempre he estado tan atareado... y ahora, cuánto querría recuperar esos cinco minutos. Esos cinco minutos en el parque, entonces, en el otoño. Era un día gris, soplaban el viento, y las hojas de colores vivos se agitaban en el aire. Todavía me acuerdo, Gorelov. Y mi hijita corría hacia mí agitando los brazos. Sobre el follaje húmedo. Mi mujer estaba al lado. Necesito tanto volver a vivir esos cinco minutos... Cuánto deseo que mi hijita corra de nuevo hacia mí. Querría verla, acariciarle el cabello. Su cabello suave que se agitaba al viento. En momentos como éste es cuando uno descubre si ama de verdad. Y no son palabras vacías. Si la muerte se nos lleva a la eternidad, entonces quiero una eternidad de hojas de colores vivos. Y que mi hijita corra hacia mí y me grite: «¡Papá!» Todo esto es una chorrada sentimental, ¿verdad que sí, Gorelov? Gorelov, dime algo. A mí ya no me queda nada más. Tan sólo la nada y la negrura. Si Dios existe, que les ilumine a ellos, yo puedo pasar sin luz. La oscuridad no me importa nada si sé que mis seres queridos tienen luz. Nos hemos aniquilado a nosotros mismos. Ahora, mientras los misiles estén en el aire, estos quince minutos... si pudiese, me moriría de vergüenza. De la vergüenza que sentiría ante mi hijita. Qué tontería, ¿no te parece, Gorelov? Dime algo, Gorelov, por favor. ¿Por qué no me dices nada?

Señal de línea ocupada.

Iván colgó el auricular.

—¿Qué ha sido eso? —Iván fue en busca del viejo y lo agarró por el cuello de la camisa—. ¡¿Qué-ha-sido-eso?!

Los ojos ciegos del viejo miraron al vacío, tras las espaldas de Iván.

—¿El teléfono?

—¡Sí, maldita sea! ¡El teléfono!

De repente, Iván se dio cuenta de que volaba por los aires. El viejo le había dado un golpe muy fuerte. Iván rodó por el suelo. Los ojos le quedaron cubiertos

por un velo de negrura. Cuando por fin se detuvo, se quedó hecho un ovillo. El tío no era melindroso.

—Respira hondo —recomendó el viejo—. Esa historia del teléfono es muy fácil de explicar.

—¿C-cómo...? —Iván no lograba tomar aire. El dolor le irradiaba desde el plexo solar como una sucesión de fuertes descargas eléctricas—. ¿Cómo...?

—Era una grabación —dijo el viejo.

Había levantado ligeramente la cabeza, como para escuchar. Sus ojos blancos parecían ausentes.

—¿Qué?

—Una de las grabaciones habituales, nada más —repitió el viejo en tono burlón—. Estas instalaciones tenían un carácter semimilitar. Por ello, era habitual grabar las conversaciones.

—¿Y quién era el que ha llamado? —preguntó Iván, aunque ya sabía la respuesta.

—Tu destino —proclamó el viejo en tono solemne, enseñó los escasos dientes que le quedaban y se echó a reír—. Tonterías. La llamada se activó de manera automática. A saber cuánto tiempo hace que se registró el sonido. Por el motivo que sea, se ha conectado. Como un contestador automático, nada más.

—¡¿Qué?!

—Todo tiene su explicación, Iván. En el metro no se producen milagros. Escríbetelo en la mente, pipiolo.

—¿Qué piensas hacer cuando te marches de aquí?

Iván se rascó el cogote. Le parecía estúpido responder a la pregunta. Por otra parte, no quería ofender al viejo. Al fin y al cabo, le había formulado una pregunta de lo más normal.

—Voy a adivinarlo —dijo el viejo—. Tienes intención de vengarte, ¿verdad que sí? Vas a matar a tus enemigos.

Sazonov, Orlov, Memov.

No le importaba el orden.

—Sí —respondió Iván—. En eso no te equivocas.

—Supongamos que nos enfrentáramos a una tarea de gran importancia para el mundo entero. ¿Qué harías? Una tarea que no afectaría al destino de una sola persona, como sería tu caso, sino a la supervivencia de la humanidad entera.

—Ajá, ¿tengo que ir a salvar el mundo? Estupendo.

—Muy gracioso —respondió el viejo en tono brusco—. Pero nos movemos

en esa dirección. ¿Tienes alguna idea de lo que significa la central nuclear de Leningrado para la humanidad?

Parecía que el viejo estuviera chiflado por esa central nuclear.

—Con el debido respeto... en estos momentos no pienso en ello. ¿No podríamos llegar a un acuerdo para que me encargara de ese asunto más adelante? Primero déjame que solucione mis propias cosas, y luego veré lo que puedo hacer por ti. Te doy mi palabra de honor como *digger*. ¿Estamos de acuerdo?

El ciego calló por unos instantes. La decepción se le había quedado reflejada en el rostro.

El propio Iván se lamentó de que no fuese el momento oportuno para ese tipo de expedición.

El viejo asintió. Había aceptado la posición de Iván.

—¿Vas a regresar a los territorios de la Alianza? —preguntó por fin.

—No puedo ir por el camino directo —respondió Iván. Se alegraba de que su anfitrión no le pusiese mala cara—. Por la Vosstaniya no puedo pasar.

El viejo suspiró.

—Si no logro que desistas de tu empeño, te ayudaré a llevarlo a cabo. Ve hasta la Vyborgskaya. Allí encontrarás un enlace con los túneles de la línea de circunvalación. Las obras empezaron poco antes de la Catástrofe y no terminaron...

—Lo sé, lo sé.

—¿Serías tan amable de dejarme hablar? —le dijo el viejo con irritación—. Tienes que encontrar un guía. Él te llevará... ¿Adónde quieres ir exactamente?

Iván reflexionó. De todos sus amigos, tan sólo le quedaban Pasha y Shakilov. Pasha debía de haber vuelto hacía tiempo a la Vasileostrovskaya y, por lo tanto, se hallaba fuera de su alcance. Pero Shakilov sí podría ayudarle.

En Sasha se podía confiar... siempre que siguiera con vida.

—En primer lugar, hasta la Nevski prospekt.

—Entonces, por la Línea 2. En ese caso, irás hasta la estación Chornaya Rechka, y luego por la Petrogradskaya y la Gorkovskaya hasta la Nevski.

Todo aquello era posible, por supuesto. Pero el plan tenía una pega.

—Ese túnel está inundado, ¿no?

—Se puede pasar igualmente. Créeme. ¿Has oído hablar alguna vez sobre Nueva Venecia?

En la habitación de atrás, Iván encontró una caja repleta de viejas máscaras

antigás de los tiempos de la Unión Soviética, entre ellas varias GP-4 y una IP-2M aislante. Era de otro siglo, pero ¿qué más daba? Por otra parte, también había un gran número de cartuchos de regeneración. Iván agarró uno y miró debajo del contenedor: «Fecha de caducidad: 2008.» Pues vaya.

«Sin embargo, podría emplearlo igualmente —pensó Iván—. ¿Qué le parecerá al viejo?

Pasos. El golpeteo de la muleta en el suelo. Hablando del rey de Roma.

El viejo se detuvo a su lado.

—¿Puedo llevarme una? —preguntó Iván.

—Todas las que quieras. —Los ojos del viejo no estaban vueltos hacia Iván—. ¿Estás seguro de que quieres marcharte ya?

—Sí. Tengo que volver a casa.

El viejo asintió y salió de la sala.

El sonido de la muleta se alejó poco a poco. Iván sacudió la cabeza y sonrió. Iba a echar de menos aquel golpeteo.

Buscó una máscara de su talla en buenas condiciones y se la probó. Funcionaba. La goma se le adaptaba al rostro y las correas le iban bien.

«Hay que ponerse cosas como ésta cuando se padece resaca —pensó Iván—. Para que la cabeza no se te vaya.»

Se sacó la máscara, respiró hondo y contempló con tristeza las GP-4. Era una lástima dejarlas allí, pero no quería que el viejo se quedara sin reservas. Escogió los dos filtros con la fecha de caducidad más reciente. También estaban caducados, pero serían mejores que nada... ¿Qué habría sido del carbón, de todos modos? Cerró la caja, lo pensó brevemente, la abrió de nuevo y sacó una segunda máscara. No podría pasar sin una máscara de repuesto.

En cuando hubo guardado todo el material dentro de su bolsa, se dio cuenta, de pronto, de que había alguien muy cerca de él. Maldita sea, ¿cómo era posible que no se hubiera dado cuenta antes?

Iván se dio la vuelta y se agachó de pronto, por si alguien trataba de dispararle. Entonces suspiró, aliviado, y se incorporó de nuevo. El viejo estaba en la puerta y hacía como si mirara a lo que estaba detrás de Iván. Le había dado un buen susto.

—Ven, toma —dijo con voz lapidaria, y le tendió la mano.

Iván no daba crédito a sus ojos: el viejo tenía en la palma de la mano varios plásticos con comprimidos, arrugados y sujetos con goma. En el metro se mataba por tales exquisiteces.

—¿A qué esperas? Cógelos. El médico quería recetártelos.

—Muchas gracias —dijo Iván, y se guardó los comprimidos.

—Tómate uno ahora mismo. Ahí tienes agua.

Por la noche, Iván estaba ya a punto para ponerse en marcha. El viejo le proveyó también de otros accesorios que tenía en el almacén: una bolsa, dos linternas, pilas, un cargador y medio de cartuchos, y un cuchillo. El cuchillo no era malo, pero Iván había tenido otro mejor. Los viejos decían que en otro tiempo los túneles también habían tenido el techo más alto.

El viejo no disponía de armas de fuego. Lástima.

Sus ojos ciegos parecían mirar al techo.

—¿Seguro que no vas a cambiar de opinión?

«Ya me había acostumbrado a sus rarezas —pensó Iván—. Lo voy a echar de menos.»

—¿Lo dices por lo de la central nuclear? —Iván negó con la cabeza. El muy terco no se rendía—. Lo siento. No puede ser.

—Si cambiaras de opinión —le respondió el ciego—, y estoy seguro de que más pronto o más tarde vas a cambiar, no lo olvides: tienes que ir al Bloque 3. ¿Te acordarás? Y otra cosa: el camino más directo no es siempre el más corto. Puedes pensarlo durante el camino. Ándate con cuidado. Y ahora vamos a sentarnos un rato antes de que te marches.

Se sentaron y dejaron pasar un tiempo en silencio.

—Que tengas mucha suerte en tu expedición, *digger* —dijo por fin el viejo.

Quien llega a los cincuenta y un años puede empezar a pensar en la muerte.

—Nos has traicionado, Enigma —dijo una de las sombras.

El viejo no veía, pero sí sabía que no era la sombra de un hombre.

—¿Por qué le has hablado de eso? —siguió diciendo la sombra.

—Es un pobre inepto —respondió el viejo—. ¿Qué problemas nos puede crear?

Silencio.

—Pienso que tratas de embaucarnos. Vamos a detenerle.

El viejo retrocedió y se quedó como de piedra. Se dio cuenta de que un sudor frío le cubría la frente. No podía no tomarse en serio la amenaza. Eran capaces de todo. Cuando las sombras aparecieron por primera vez, se había tomado a sí mismo por loco. Eso lo habría explicado todo. Pero no creía ya en esa explicación.

Habría querido responder algo, pero, de pronto, volvió a oír el sonido:

¡Cling!

Como si una cuerda de guitarra se rompiese.

La cosa estaba en marcha.

Si no hubiese estado ciego, habría cerrado los ojos para no tener que verlo. Pero incluso en su situación podía verlo, gracias a su poder de imaginación, que en ese instante maldecía.

Apestosas pústulas y carcinomas tomaron forma en la pared. Aparecieron venas monstruosas y palpitantes. La pared entera se combó bajo una extrema presión interior. Entonces las pústulas se hincharon cada vez más, como si se hubiera tratado de una temible gangrena, crecieron y se multiplicaron.

El viejo aguardaba.

Sabía que era inevitable. Se encontraba en el territorio de ellos.

Las pústulas empezaron a reventar. Desde su interior miraban criaturas que eran mitad rostro humano y mitad monstruo, deformadas por espantosas heridas.

Orejas cortadas a mordiscos, aletas de la nariz arrancadas, mejillas hechas jirones. No eran propiamente humanas, pero el entendimiento humano se esforzaba, a pesar de todo, por encontrarles alguna forma conocida.

Cientos de ojos negros e inexpresivos contemplaban a Enigma.

—Para subsanar tu falta, tendremos que enviar al demonio. Pero antes se encargará de ti.

—Marchaos al diablo —ordenó el viejo, y se levantó cuan largo era—. Todavía estoy vivo. Cuando llegue el momento, entonces...

Se estremeció. Había alguien.

La puerta rechinó.

Una figura angulosa y gigantesca emergió de la oscuridad y se plantó frente al viejo *digger*. La piel de aquel hombre, si es que era un hombre, era reluciente y gris.

Enigma oyó el murmullo del aire que recorría los pulmones de la criatura y el aire apestoso y viciado que ésta expulsaba entre siseos. Notó, incluso, el palpito de la sangre bajo su piel gris, dura y lisa como el metal. Se dio cuenta de que la criatura le miraba fijamente.

La bestia tendió su largo brazo, o como se tuviera que llamar a esa parte de su cuerpo. El viejo no lo sabía.

—Aparta esa zarpa —advirtió Enigma. Retrocedió un poco y se aprestó para lo que ocurriera.

«Casi parece como si esto fuera tu final, viejo y estúpido *digger*», pensó.

¿Es el fin?

Agarró la muleta por abajo y la levantó. Todo termina algún día.

—Os había dicho que os fuerais al diablo —repitió pausadamente—. ¿Lo habéis entendido por fin, o tengo que ser más explícito?

La figura gris se inclinó. El viejo golpeó con todas sus fuerzas.

Iván oyó a sus espaldas un sordo aullido. Un escalofrío le recorrió la espalda. Debía de ser el viento. Dentro del metro siempre sopla el viento.

Por eso es el metro.

10-Venecia

LA estación de los médicos militares no era ya nada más que un reflejo de luz que quedaba a sus espaldas. Iván pasaba revista mentalmente: la Chernyshevskaya, la Ploshchad Lenina y luego la Vyborgskaya. ¿Verdad que sí?

En contraste con los baluartes de la Alianza, el puesto de control de la Vyborgskaya era de carácter más bien formal. No había sacos de arena, ni fusiles ametralladores, ni reflectores. En medio del túnel había un simple escritorio con un par de sillas. Dos hombres en uniforme gris, armados con fusiles de asalto, estaban repantigados en sus sillas. Detrás del puesto de guardia había un área cerrada en la que se alineaban antiguos asientos de metro. Sobre uno de ellos dormía un civil. Tal vez lo habían arrestado. La iluminación del puesto consistía en una única lámpara, alimentada por una batería que tenían colocada bajo el escritorio.

Iván saludó a los guardias de fronteras y dijo el apellido.

—¿De dónde vienes? —preguntó uno de los hombres con voz de aburrimiento. Tenía en la cara una expresión como helada.

—De la Vosstaniya.

Iván sabía que su respuesta iba a suscitar nuevas preguntas, pero ¿de qué otro sitio podía venir?

Contra todas sus expectativas, el guardia no le hizo más preguntas, sino que asintió con la cabeza, sin más.

—¿Qué llevas?

—Máscaras antigás que pienso vender. Aparte de eso, tan sólo trastos varios, nada de valor.

—Enséñanoslo.

Iván abrió la bolsa y el guardia echó una mirada a su interior. Luego sacó un bloc de notas grueso, de papel cuadriculado, y humedeció la punta del lápiz con saliva.

—Como motivo de la visita voy a poner «comercio». Serán dos cartuchos.

Iván suspiró. «Sí, claro, no se podía circular por el metro sin pagar aduana.»

—¿Por qué es tan caro? —preguntó.

—Así son los tiempos que corren —respondió el guardia, arrancando limpiamente la hoja del bloc y entregándosela a Iván—. Si te parece demasiado caro, puedes volver por donde has venido.

—Son tiempos difíciles —añadió Iván.

—Desde luego —confirmó el guardia—. ¿Has oído lo último? Esos locos de la *Vaska* han exterminado a los moscovitas. Sin misericordia. También se han cepillado a las mujeres y los niños. ¿Cómo han podido hacer algo así? Pero qué te cuento yo ahora, seguro que sabes mucho más que yo. —Vaciló, y miró a Iván con extrañeza—. ¿Cómo es que así de pronto te has quedado tan pálido? Dime, ¿eres moscovita?

—Sí.

Iván se tambaleó, sentía un mareo. Quizá por el largo rato que llevaba caminando. O quizá porque sí.

—Ya entiendo —dijo el guardia—. Lo siento, amigo mío. Te voy a ser sincero: antes no me gustaba vuestro clan, pero lo que ha ocurrido ahora es muy fuerte. No se puede tratar así a seres humanos. No tengo ni idea de lo que les ha pasado por la cabeza a esos tíos de la *Vasileostrovskaya*.

De pronto, Iván vio de nuevo ante sus ojos la imagen de Gladyshev. De cómo enseñaba los dientes. De cómo había clavado la palanqueta en el cuerpo de una persona, con tanta fuerza que la sangre había manado a chorro.

—No fueron ellos —replicó Iván sin ninguna convicción—. Fueron los *admiralzes*.

No le había sido nada fácil que una mentira tan evidente franqueara sus labios.

—Anda —respondió el guardia, cuyo rostro, mientras escuchaba, había perdido toda tirantez—. ¿A ti quién te ha dicho eso? Los *admiralzes* no son corderitos, en eso tienes razón. Pero en comparación con los de la *Vaska*, son unos santos. Dicen que habría que llevar a juicio a los agresores por crímenes de guerra. Tú tendrías que presentarte como testigo. Hay que ponerles coto a esos cabrones. He oído que a algunos los quemaron vivos con lanzallamas. Eso ya es lo último...

—¿Cuánto dices que te tengo que pagar? —Iván no tenía ni las más mínimas ganas de proseguir con la conversación—. ¿Dos cartuchos?

Para sorpresa de Iván, el guardia le hizo señas de que no.

—Olvidalo. Dame eso.

De pronto, el hombre se había transformado en la amabilidad en persona.

—¿El qué?

—Ese papel. Te voy a poner el sello. —El guardia agarró el papel, sopló en el sello, lo estampó dos veces sobre la hoja, la rasgó por la mitad y entregó una de las dos mitades a Iván—. Puedes pasar, amigo mío. Y ya puedes quedarte con los cartuchos, los vas a necesitar más que yo.

—Sí —dijo Iván—. Muchas gracias.

Sobre el papel había quedado marcado un sello rectangular: «Prueba médica superada.»

Los tiempos cambian.

Los túneles cambian.

Los seres humanos cambian.

Las preguntas cambian.

En realidad, todo sigue igual que antes.

La Historia... son molestias que afectan a los demás.

Iván estaba tumbado de cara al suelo y reflexionaba.

«¿Me muevo? En estos momentos no puede ser. Si me siento en el suelo, me encontraré mal y tendré que vomitar. Si me pongo en pie, perderé el equilibrio y me caeré de nuevo. Si recojo las piernas, la cabeza me quedará más abajo que el corazón, la sangre se me acumulará en el cerebro y me quedaré indefenso. Así que lo mejor será que me quede tumbado. Qué suelo más interesante. Gris, duro, y frío como el hielo. Hormigón desnudo. Y yo estoy tumbado encima.»

Iván sentía como un coágulo de plomo en la barriga: el estómago. Le dolía. Un poco más abajo, hacia un lado, había un ladrillo: el hígado. Al final del cuello, rígido como una vara, sentía un zumbido dentro del cráneo, por el que le fluía el viscoso jugo de sus pensamientos. Dicho en pocas palabras: Iván se sentía miserable como un perro.

Cerró los ojos y trató de dormirse. Con toda la fuerza de su voluntad, trató de encerrarse de nuevo en la crisálida del sueño, igual que un hombre abre el cierre y mete un cartucho en la recámara. Cuesta, pero se puede hacer. Iván se durmió de nuevo. Había que volver a echar el cierre.

Los *diggers* necesitan veinticuatro horas de sueño antes de cada una de sus expediciones, o mejor cuarenta y ocho. Porque en la superficie no se puede dormir. Al regresar de la expedición se duerme todo el tiempo que uno quiera...

en el supuesto de que haya regresado. Y no hay que olvidar mear en la puerta hermética, ya que eso trae suerte.

En esta ocasión, los esfuerzos de Iván por dormir no tenían nada que ver con una futura expedición, sino con una intoxicación por alcohol. Tenía una cantidad desmesurada de toxinas en la sangre y le faltaba calcio y vitamina C. El cuerpo estaba totalmente deshidratado, el corazón no le latía al ritmo adecuado. Eso es lo que sucede después de un buen rato de empinar el codo.

Iván se durmió y, con todo, estaba despierto a la vez. Visiones y criaturas de pesadilla acechaban en su inmediata cercanía, como detrás de una luna de cristal, pero, al mismo tiempo, Iván pensaba.

«Todo ha terminado. Ha terminado.»

A Iván le ardía el estómago, como si no hubiese bebido alcohol, sino ácido. Mientras dormía, los rostros de sus compañeros de borrachera de ayer pasaron por su lado. Más que rostros, eran muecas.

—¡Bebe, moscovita! —le gritaban las muecas, y le ponían delante un vaso tras otro. Un líquido oscuro con olor a acetona brotaba del vaso para mezclas.

Una mano cubierta de vello rubicundo. Tenía restos de hulla en las uñas. Iván creyó volver a ver cómo alguien —posiblemente él mismo— colocaba en esa mano unos pequeños cilindros bimetálicos y unas ristras de pastillas. «Los cartuchos —pensó Iván con un tardío deje de preocupación—. Y los antibióticos. Mierda. En ese instante estuvo a punto de despertar, pero siguió durmiendo.»

Iván albergaba la esperanza de que todo hubiera sido un sueño. De que después de despertar, encontraría los cartuchos y los antibióticos en su sitio, que él mismo estaría vestido y no habría sufrido ningún daño, y que estaría listo para proseguir con la expedición. Siempre adelante. Siempre adelante.

Una vez más, los vasos llenos, el hedor de acetona, el paladar ardiente. Entonces se vio en unos baños. Vomitaba sobre el lavamanos. Luego nada más. Se quedó en blanco.

Iván dormía y albergaba la esperanza de soñar.

De pronto, voces.

—¿Dónde está el moscovita?

—Allí. Está sobando.

Las voces se acercaron. También era un sueño.

—Habría que ventilar esto, no se puede ni respirar. ¿Cuántos son exactamente? —preguntaba una voz cargada de aburrimiento, pero, al mismo tiempo, autoritaria.

—Seis hombres por tienda —respondió otra voz con cierto tono de mosqueo —. Todo de acuerdo con el reglamento.

—Ya está bien. ¿Se encuentra aquí?

—Sí.

Iván, en duermevela, se preguntó si le convendría levantarse y hacer algo. Huir. O tal vez luchar. Pero entonces pensó: «¿Para qué, en realidad? Y siguió durmiendo.»

De pronto le recorrió un dolor lancinante. Un ardor infernal en las costillas. Iván se puso de espaldas al suelo. No logró gritar, tan sólo boqueaba como pez fuera del agua. Veía fogonazos como de ráfagas de fusil en un túnel.

—¡Adelante! ¡Muerte a los moscovitas! ¡Fuego!

A modo de respuesta, se oyó un resonante:

—¡Cerdos de Petersburgo!

Y el traqueteo ensordecedor de una ametralladora.

Iván abrió los ojos. Todo daba vueltas y se difuminaba. De pronto vio un rostro.

—Ah, ¿has despertado, muchacho? —dijo con voz suave aquel rostro.

Una cara rechoncha y poco viril. ¿La había visto en alguna otra ocasión? ¿Ayer? Iván parpadeó. El ayer estaba cubierto por una sombra negra. Sólo le había quedado el vago recuerdo de un sueño. Tan sólo el dolor del costado y el rostro que le susurraba.

Iván miraba y callaba. Las células de su cerebro estaban tan vacías como las literas de un refugio antiaéreo abandonado. El olor a podredumbre y el chapoteo de botas de goma en un túnel penetraron en su consciencia. El rostro rechoncho se inclinó hasta ocupar todo el campo visual de Iván.

«Si se acerca un poco más —pensó Iván—, llenará el metro entero y me expulsará a mí a la superficie. Y luego se expandirá también por allí arriba.»

—¿Quién... quién eres? —preguntó Iván con labios temblorosos.

Su voz resonaba como si estuviera hablando desde el fondo de un depósito de agua. Habían empleado ese tipo de depósitos después de la Catástrofe. Los había buscado instalación tras instalación junto a Kosolapy. Había sido en un búnker de la Primorskaya. ¿O no?

—Ponte en pie, muchacho —dijo el rostro—. He venido a buscarte. Tenemos que irnos.

Iván parpadeó con desesperación para, por lo menos, ver un poco mejor. Funcionó. El rostro se apartó. Pertenecía a un hombre que vestía un uniforme de

camuflaje gris. Estaba agachado frente a él, con las manos apoyadas sobre un rifle. Iván tragó saliva. Los brazos del hombre estaban cubiertos de vello rubicundo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Iván.

El espantoso sueño se había transformado en amarga realidad.

«¿Cuánto tiempo habré perdido? —se preguntó Iván—. ¿Y cómo tratan aquí a los morosos? ¿Les castigan con el cable de cobre como en la Sadovaya-Spasskaya? ¿O los meten en la cárcel?»

Iván enderezó medio cuerpo, pero se dio cuenta de que se había equivocado. Parecía que el cerebro le estallara. Gimoteó.

—Uy, uy, uy, no tienes muy buena pinta —dijo el hombre, y se incorporó—. Pero ya te recuperarás. Seguro que te vas a encontrar mejor en cuanto hayamos caminado un poco.

—Pero, ¿adónde vamos?

Iván calculó la trayectoria del salto que necesitaría para agarrar al hombre por las piernas. Eso si es que el cráneo que en ese momento se sentía lleno de plomo se prestaba a colaborar...

«Debo ir a casa —pensó Iván—. Y tendré que pasar sobre cadáveres para conseguirlo.»

—No está nada lejos —respondió el hombre—. Vamos a registrarte como corresponde. Nosotros nos lo tomamos todo en serio, no te preocupes.

«Qué capullo.» Iván fingió que iba a levantarse. Se apoyó en el suelo con las manos y dobló las rodillas. El estómago se le rebelaba y le parecía que iba a desmayarse. Daba igual... ¡ahora o nunca! Mis caramelos favoritos...

—Aquí no aceptamos estaf...

El hombre no logró terminar la frase. El *digger* lo derribó con un golpe brutal. El movimiento de retroceso le sacudió el cerebro a Iván dentro del cráneo como si estuviera suelto. El hombre con el uniforme de camuflaje gris se cayó al suelo cuan largo era. Iván se levantó, veloz como un rayo, se arrojó sobre él, le arrebató el fusil (un Abakan,^[19] qué bien acostumbrado estaba el usurero) y le apuntó a la cabeza. Bajo las rodillas que le había puesto en el pecho sintió una placa dura. Un chaleco antibalas, estaba claro. En el rostro redondo se pintó el terror puro y duro. Su boca se abrió y los ojos estuvieron a punto de salirse de las cuencas.

—¡No... no dispaes!

—¿Adónde querías llevarme, eh?!

Iván le quitó el seguro al arma y tensó el gatillo.

—¿Qué?!

—¿Adónde querías llevarme, dímelo de una vez!

El rostro del otro se contrajo en una mueca de incomprensión.

—¿Pero si tú mismo querías ir!

«Mis caramelos favoritos se llaman Batooonchiki...»

—¿Adónde quería ir yo? —Esta vez fue Iván quien abrió la boca—. ¿A la trena?

El hombre parpadeó, turbado.

—¿De qué trena me hablas? Tú mismo me habías rogado que te llevara a la Línea 2. Para no tener que pasar por la Ploshchad Vosstaniya, la Sampsoniyevskaya y la Botanicheskaya. ¡No he sido yo quien te he convencido para que fueses, tío! Primero teníamos que ir a ver al comandante y firmar un contrato. ¿Es que lo has olvidado? ¡Si hasta me habías pagado un anticipo!

—¿Yo?

Iván le miró con ojos desorbitados. ¿Lo había hecho de verdad? Apartó un poco el cañón del fusil.

—¡Sí, tú! ¡¿Quién, si no?! —gritó el hombre—. Te has matado lo que te quedaba de materia gris a base de alcohol. Y yo te había dicho que no bebieras tanto, porque nos aguardaba un largo camino.

«Mierda. El tío tiene razón.»

Iván le echó el seguro al arma. Los dolores de cabeza ya no eran tan fuertes. Un subidón de adrenalina lo arregla todo...

—Ponte en pie —dijo—. ¿Volvemos a lo de antes?

El comandante de la Vyborgskaya era un hombre mayor, de nariz afilada, vestido con una chaqueta de punto. Después de firmar el contrato en un despacho y comer algo a toda velocidad, Iván y su pelirrojo acompañante se pusieron en camino.

Cada paso que daba Iván era una purga de los excesos que había cometido con el alcohol durante la noche anterior.

—Esas estaciones llegaron a planearse, pero no se construyeron —narraba el pelirrojo, que respondía al nombre de Violator—. La Sampsoniyevskaya y la Botanichevskaya. Bonita pareja. Pero los túneles sí se terminaron. Por otra parte, se preveía también la estación Sredni prospekt. Tenía que tener un enlace con la Vaska.

—Lo sé —respondió Iván—. Por lo menos, he oído hablar de ello.

—Ésa tampoco se llegó a terminar —siguió contándole Violator—. Ni siquiera se terminaron los túneles que llevaban hasta allí. Pero sí se puede pasar por ellos para llegar hasta la isla Vasilyevski, contando con que los túneles no se hayan inundado. Hay una cinta transportadora debajo del Neva.

—¿Una qué?

—Una cinta transportadora. Es una especie de escalera mecánica, sólo que horizontal. Te pones encima y te lleva. Aunque, por supuesto, hace mucho tiempo que dejó de funcionar.

La idea de ir directamente hasta la Vasileostrovskaya le resultaba atractiva. Pero ¿qué podría hacer Iván una vez estuviera allí?

Tanya. Iván cerró los ojos para escapar del mareo. No. Antes tenía que encontrar a Shakilov. Así lo había planeado cuando estaba con el ciego.

La matanza en la Ploshchad Vosstaniya era ya conocida en todo el metro.

Su misión consistía en regresar y seguir con vida.

Y en vengarse.

Era muy sencillo.

Al cabo de varias horas llegaron a la estación Chornaya Rechka, que, por motivos desconocidos, estaba casi desierta. El propio Violator no sabía cómo explicárselo. En el andén ardía una hoguera solitaria. A su alrededor se sentaban varias personas con ropas abigarradas. Iván no había visto ninguna hoguera de acampada desde hacía una eternidad. Quien encendiera fuego por su cuenta en el territorio de la Alianza podía tener problemas.

«A menos que se trate de un lanzallamas», pensó Iván con amargura.

Un hombre alto y corpulento con sombrero de ala ancha se levantó frente al fuego. Una barba canosa. Piel morena.

—Son gitanos —explicó Violator—. Espérame aquí, vuelvo en seguida.

Con los brazos abiertos y una sonrisa que iba de un extremo al otro del andén, se acercó al hombre del sombrero.

Éste, sin embargo, no daba indicios de querer abrazar al recién llegado. Al contrario: recibió al pelirrojo con visible desagrado y le indicó, con un inequívoco gesto, que haría bien en marcharse. Violator habló con él, pero el gitano repitió el gesto de rechazo.

Iván aguardó.

Al regresar con Iván, Violator no se mostró impresionado en lo más mínimo por el grosero recibimiento.

—Dice que los ángeles no lo autorizan —fue su críptica explicación.

Atravesaron la estación Petrogradskaya prácticamente sin detenerse. Era una estación silenciosa y extraña. Incluso las personas que se encontraban allí eran silenciosas y extrañas. Iván no entendía muy bien el porqué, pero los habitantes de la Petrogradskaya le resultaban totalmente extraños.

—Son dendrófilos —susurró Violator.

—¿Qué?

—Amigos de las plantas —explicó el pelirrojo, sin entrar más en materia.

A Iván le daba francamente igual. Por él, como si fueran aficionados a la filatelia. Tampoco sabía lo que podían significar esas palabras tan cómicas. «Dendrófilos.» «Filatelia.»

Todos a la mierda.

Cuando llegaron unas horas más tarde a la bifurcación que conducía a la Gorkovskaya, Violator, de pronto, apuntó a Iván con su fusil.

—¿Y esto qué significa? —preguntó Iván con una calma de la que él mismo se sorprendió.

—Todavía me debes la segunda parte de mis honorarios —respondió Violator.

—Cierto.

—Pues págame ahora. Vas a tener que hacer tú solo el resto del camino, lo siento.

—Está bien. —Iván asintió con la cabeza—. Comprendo.

Esforzándose por no hacer ningún movimiento sospechoso, sacó los cartuchos de la bolsa y contó la cantidad acordada.

—Déjalos en el suelo.

Iván se encogió de hombros e hizo lo que le exigía el pelirrojo. Luego retrocedió dos pasos. Violator se apresuró a meterse los cartuchos en la mochila. Ni siquiera los contó.

—El camino está por allí arriba. —Alumbró con la linterna un escrito que indicaba un conducto—. Que tengas mucha suerte, *digger*.

—¿Y tú cómo sabes que soy *digger*?

Iván estaba sorprendido de verdad.

Una sonrisa satisfecha apareció en el rostro de Violator.

—Reconozco en seguida a la gente de vuestra casta. Si hasta os movéis todos igual. Me he dado cuenta de que notabas hasta el más mínimo roce. Me has puesto nervioso. En ningún momento podía estar seguro de que no fueras a

arrastrarme a un rincón y matarme.

—Soy hombre de honor —dijo Iván.

—Ah, no, muchacho. —Violator negó con la cabeza—. De honor, nada. Como mucho, cumples tu palabra. Eso ya es harina de otro costal. Entre vosotros, los *diggers*, es como una especie de deformación profesional.

—¿Disculpa? —preguntó Iván, confuso.

—Una enfermedad provocada por el trabajo. En otro tiempo estudié psicología. Bueno, ya me entiendes...

Iván no pudo evitar una sonrisa.

—¿Y podrías explicarme en qué se diferencian un hombre de honor y un *digger* que no hace más que cumplir con su palabra? —preguntó con curiosidad.

—Es una distinción sutil —respondió Violator con una sonrisa triunfal—. Un hombre de honor es honorable en todo, también si se trata de la palabra dada. Un *digger*, en cambio, lo único que hace es atenerse a la promesa dada. Aparte de eso, hará y dejará de hacer lo que le dé la gana. Por ejemplo, pegarme una torta y quitarme el fusil.

—Eso que dices parece lógico —corroboró Iván. De hecho, era cierto que se le había ocurrido esa misma idea. Tal vez fuera a necesitar un fusil—. ¿En qué dirección tengo que ir?

—Por allí.

—Como me hayas engañado, iré a por ti —le advirtió Iván—. Esto no es ninguna amenaza, no te lo tomes como algo personal. Simplemente, pienso que tienes que saberlo. Puedo llegar a ser muy rencoroso.

Sí, lo era. Iván miró con intensidad al pelirrojo. Se habían formado gotas de sudor en su frente. Estaba visiblemente nervioso.

—Es una cuestión de... ¿cómo lo habías dicho? Deformación profesional —añadió Iván en tono burlón—. ¿Tienes algo más por decirme?

—No es nada sencillo llegar hasta allí —dijo el pelirrojo tras una breve vacilación.

—¿Pero es posible?

Se hizo una pausa. Una gota de sudor atravesó el rostro de Violator.

—Sí.

El techo de hormigón se abovedaba justo encima de su cabeza y se volvía cada vez más bajo. Iván se encorvó y siguió adelante. A juzgar por la corriente de aire, no tenía que tener miedo de meterse en un callejón sin salida. Si no, ¿de dónde habría venido el viento?

Cuando Iván llegó por fin a un punto en el que podía caminar erguido, tenía la espalda tan entumecida que en un primer momento no logró incorporarse. «Maldición.» Se detuvo cinco minutos con el cuerpo agachado y se hizo un masaje en la región lumbar. Luego, al fin, irguió la parte superior del cuerpo, muy lentamente. Un dolor lancinante. Tomó aire entre dientes.

A veces se nos ocurren cosas que habría sido mejor no pensar.

Así, por ejemplo, por qué motivo Enigma le había salvado la vida a Iván. Los *zombels* mataban personas sin cesar. ¿Qué le importaba uno más o uno menos?

O los antibióticos. ¿El viejo no tenía otro empleo para ellos?

Después de lo que le pareció una eternidad, el círculo de luz de la linterna que llevaba en la frente alumbró un montón de tierra. Iván lo iluminó de abajo arriba. Pues sí. El muro de tierra empezaba a sus pies y llegaba hasta el techo.

Alguien había provocado una explosión en el túnel para impedir que entrara el agua. Iván había oído rumores diversos acerca de la Gorkovskaya. Uno de ellos decía que en aquella estación, el nivel de agua había ido subiendo hasta obligar a sus habitantes a marcharse. Según otros, los habitantes de la Gorkovskaya habían huido, en efecto, pero no del agua. Bueno. Según una tercera versión, especialmente curiosa, sus gentes no habían huido, sino que todavía se encontraban allí. Iván negó con la cabeza. Difícilmente podía ser así. Lo habría sabido todo el mundo.

En cualquier caso, el túnel estaba cegado.

«Qué suerte tengo de saber cómo puedo seguir adelante —pensó Iván, y sonrió—. Hay que dar las gracias al honrado vagabundo Violator.»

El mundo que nos resultaba familiar se nos viene abajo.

¿Qué es lo que vamos a sentir cuando eso ocurra?

El mundo se sale de quicio, cruje bajo las suelas como una bola de cristal.

Se aplasta como la vaina de un cartucho bajo el talón de la bota.

¿Qué es lo que sentimos mientras eso sucede?

Nada.

Salvo la propia sacudida.

Al cabo de unos ciento cincuenta metros, la estrecha galería terminaba en el agua.

«Interesante.» Iván alumbró a izquierda y derecha: las paredes del túnel. Más adelante no había nada, salvo agua. Vaya gracia.

Violator le había hablado de una ciudad en el agua. ¿Y? ¿Dónde estaba?

El agua se agitaba levemente a la luz de su linterna. Era negra y viscosa como el aceite. Y su olor era horrible.

«Vuestra ridícula ciudad puede irse a paseo —pensó Iván—. Pero yo tengo que pasar de alguna manera.»

No podría seguir adelante a pie. El agua del túnel llegaba demasiado arriba. ¿Y nadando?

Iván agarró la linterna de bolsillo con la otra mano, se agachó y se inclinó sobre la resplandeciente superficie. La típica agua del metro. Sucia. Por todas partes flotaban basuras.

«Basta.» Iván sintió como un peso de plomo en el cogote. La voz interior.

Una vaga sensación. Iván salió del agua. Un chapoteo. Y otro.

Dio dos pasos hacia atrás, retrocedió y se cayó de culo. «Mierda.» Sintió en los oídos un sonido ligero, como un silbido. ¿Qué ocurría allí?

Iván sintió una vez más la presencia del monstruo de la Primorskaya. Habría renunciado encantado a un nuevo encuentro como ése. La otra vez, la bestia también había salido del agua.

Así pues, descartaba la posibilidad de nadar, pero, por otra parte, no podía quedarse allí a esperar tiempos mejores.

¿Y si encontraba algún conducto de ventilación? Entonces treparía hasta la superficie e iría a pie por la ciudad muerta. Solo, prácticamente sin armas, sin traje protector ni dosímetro. Un método bastante seguro para cometer suicidio.

¡Pero si había algún pasaje que llevaba hasta el agua debía de ser por algo! ¿Quizá sería buena idea lanzar un grito de llamada?

Iván recorrió las paredes del túnel con la luz de la linterna y no tardó en encontrar algo. En el hormigón había una argolla oxidada de la que colgaba una cuerda. Dicha cuerda continuaba en dirección horizontal por la pared del túnel y desaparecía en la oscuridad.

Iván no se lo pensó demasiado y tiró de la cuerda. Oyó como un timbre en la lejanía. Muy débil. Iván volvió a tirar con fuerza de la cuerda. En esta ocasión, el timbre sonó con mucha más fuerza.

Estaba claro: servía para llamar. Se preguntó a quién habría llamado. Iván tiró una vez más de la cuerda para estar seguro y luego se agachó sobre un bloque de piedra y aguardó.

Al cabo de un rato vio una luz en la oscuridad. Alguien mecía una lámpara. Una señal. A modo de respuesta, Iván hizo una señal idéntica con su propia

linterna.

Pasaron unos pocos minutos y entonces Iván oyó como un chapoteo que poco a poco se acercaba. La silueta de un bote emergió de la penumbra y se deslizó sobre las aguas casi sin hacer ruido. Era su remo lo que provocaba el chapoteo.

Un hombre de unos cuarenta años, con una cinta sucia en la cabeza, venía sentado en el bote. Miraba a Iván con rabia.

—Querido, ¿quieres entrar en la colonia? —preguntó sin saludarle.

—Sí.

—Son diez cartuchos.

—¿Por qué es tan caro?

—¿El señor querría un precio especial? No hay ningún problema. Va a ser un cartucho. Pero entonces tendrás que nadar detrás del bote.

—Vale, vale —dijo Iván—. Prefiero subir.

La descripción que Violator le había hecho de Venecia era fidedigna. Se trataba de una ciudad sobre pilares. A lo largo del túnel se extendía todo un barrio residencial suspendido sobre las aguas. Unas plataformas construidas con tablones de madera hacían las veces de pequeñas islas. Entre éstas circulaban los botes y todo tipo de porquería.

Una lata de conservas pasó flotando junto al bote. Iván habría querido agarrarla, pero el barquero le hizo que no con la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó Iván.

El barquero se encogió de hombros, como si hubiese querido decir: «Haz lo que quieras, pero luego no te quejes de las consecuencias.»

—¿Había algo dentro?

El barquero no le respondió. En cambio, hundió el remo en el agua aún con más fuerza y el bote navegó hasta la cabaña más cercana. Iván se dio cuenta de que las plataformas no estaban ancladas, sino que flotaban sobre el agua. Lo único que hacían los pilares era retenerlas en su posición. La necesaria fuerza ascensional procedía de baterías enteras de bidones y botellas de plástico de todos los colores y formas imaginables.

Una mujer salió de la casita con la falda remangada y un pañuelo en la cabeza, y vació una tina de agua sucia... sin prestar atención al bote que pasaba por su lado. Iván se encogió al salpicarle el agua. La mujer lo miró sin inmutarse, se secó la frente con el dorso de la mano y volvió a meterse dentro de la casa. Sobre el agua quedaron restos de comida, trozos de papel y trapos viejos.

«Esto es lo que hay —pensó Iván—. Es raro que esta gente todavía no se haya ahogado en su propia basura.»

Una bola de papel blanco pasó junto al bote, como empujada por el viento. Iván la siguió con la mirada y se preguntó si se hundiría. De pronto, un hocico negro, semejante a una cabeza de serpiente, salió del agua, se tragó la bola de papel y desapareció de nuevo. Tan sólo dejó atrás anillos sobre el agua.

Iván se frotó los ojos.

Por eso no se ahogaban en sus propias basuras. Iván apartó de inmediato la mano de la borda y se la llevó al regazo. El barquero le miró por el rabillo del ojo y sonrió.

—¿Qué era eso?

Iván le echó una mirada interrogadora al barquero, pero la expresión de éste no le permitió deducir nada. Iván suspiró. Un hombre difícil.

Las viviendas que el bote iba dejando atrás eran muy variadas: algunas pequeñas, otras de diez o quince metros de largo, y claramente pensadas para varias familias. Sobre las plataformas jugaban niños pequeños bajo la vigilancia de sus hermanos mayores.

Un niño medio desnudo, tal vez de cuatro años de edad, jugaba a pescar una bola de papel en el agua con una caña de pescar y retirarla en el último momento antes de que las fauces negras la mordieran. Los dientes pequeños y afilados mordían en el vacío. El crío chillaba de puro contento y volvía a echar el cebo.

«Tiene reflejos rápidos», pensó Iván.

Las bestias acuáticas debían de ser tan gruesas como, más o menos, el brazo del niño.

El barquero guió el bote por una amplia galería lateral que enlazaba dos túneles paralelos. Allí se encontraba la isla que, con diferencia, era la más grande de todas. En su centro había una casita de aluminio. Una escala de cuerda ascendía desde ésta hasta la pared del túnel. Sobre la puerta estaba escrito: «CPA. Abierto de 5 a 6.»

¿Centro de Psicología Aplicada, quizá? Posiblemente, porque la gente que vivía allí lo necesitaban.

¿Centro de Provisión de Armamento?

Iván se encogió de hombros. A saber.

En la isla había mucha actividad y también un estrépito ensordecedor. Había un embarcadero, así como botes que llegaban y partían. Las gentes se llamaban a gritos e iban de un lado para otro, atareadas. Parecía que se tratara de una

especie de mercado.

—¡Cómprame una anguila! ¡Son muy baratas!

Alguien agarró a Iván por la manga. Faltó poco para que éste reaccionara como reaccionan casi siempre los *diggers* sin ni siquiera pensarlo: apartar el brazo y dar un golpe en la garganta. Pero Iván recapacitó. Casi con educación, apartó al hombre, que estaba de pie sobre una diminuta embarcación con un cubo en la mano. En el cubo llevaba una criatura enroscada, negra, de aspecto lustroso. Iván se estremeció. «Maldita sea.» La bestia que se había tragado la bola de papel tenía el mismo aspecto.

—Gracias —dijo Iván—, pero no me hace falta.

Sobre cada una de las islas había una lámpara de cristal con una llama en su interior. Iván se preguntó por el combustible que empleaba la gente de allí. ¿Quizá petróleo? En la isla grande debían de colgar como mínimo veinte lámparas semejantes.

En la plaza del mercado se asaban anguilas a la parrilla. Iván oía el murmullo de la grasa que goteaba sobre los carbones. Al otro lado de la parrilla había un vendedor muy robusto, con la cara rojiza y el delantal grasiento.

—¡Shawarma! ¡Shashlik! —gritaba—. ¡Compren, señoras y señores, compren!

El olor era tan apetitoso que a Iván se le hacía la boca agua. Por desgracia, estaba tan pobre como hambriento. Daba igual, con un poco de suerte iba a llegar a la Nevski prospekt antes de que terminara el día.

El bote viró hacia la izquierda, se metió entre algunas barcas muy cercanas entre sí y chocó ligeramente al llegar al muelle. Se oyeron gritos y peleas en el otro extremo de la isla. ¿Qué ocurriría?

El barquero miró a Iván con la expectación en el rostro. Era alto y flaco.

—Aquí.

Iván le puso en la mano el número de cartuchos acordado. Ya sólo le quedaba uno, un cartucho de pistola para Makarov. Pero mejor eso que nada.

El barquero cobró el precio sin decir palabra. En su rostro no se vio ni rastro de satisfacción. Tomó el remo y alejó el bote del embarcadero. Iván apenas tuvo tiempo de saltar a la plataforma. Las tablas se combaron ligeramente bajo sus pies.

Iván miró a su alrededor.

Así pues, había llegado a Nueva Venecia.

¿Le gustaría a Tanya ir allí?

Él mismo se sorprendió de su pensamiento.

Una hora más tarde, Iván había recobrado fuerzas y se había hecho una primera impresión de las costumbres locales. En Nueva Venecia, todo giraba en torno a las anguilas. Nadie sabía muy bien si eran peces o lombrices de tierra mutantes, y tampoco le importaba a nadie. Se podían asar, hervir o poner en salmuera. Ésa era la cuestión principal. Una y otra vez capturaban ejemplares eléctricos; se les había encontrado otra utilidad.

La magistratura suprema de la colonia era el Dux. Iván entendía que no era más que un comandante de estación. En principio, la vida en Nueva Venecia era igual que en otros lugares, con la excepción, tal vez, de los llamados «embargados», que en realidad eran esclavos. Iván había visto a varios: criaturas andrajosas y apáticas que daban vueltas por las plataformas, transportaban pesos, barnizaban botes o simplemente haraganeaban.

Iván hizo una ronda y llegó al otro extremo de la isla. Allí se veía poca gente. Un borracho estaba echado sobre las tablas con el rostro hacia abajo. O tal vez estuviera muerto. A juzgar por la ropa que llevaba, debía de tratarse de un *zombel*, o de uno de los embargados locales. Nadie lo tocaba ni le prestaba atención. Tal vez eso fuera lo habitual allí.

Iván siguió adelante y se sentó en un banco junto al agua. Le habían dicho que el siguiente transbordador hacia la Nevski prospekt saldría al cabo de pocas horas. El viaje costaba cinco cartuchos. A Iván no le quedaba otra opción que vender la linterna que llevaba en la bolsa. Suerte que le quedaba otra.

Siempre se encuentra una manera de salir adelante.

El bote le llevaría tan sólo hasta la puerta hermética, que se había cerrado cuando el agua empezó a brotar. Pero, igual que en el túnel que conducía a la Primorskaya, también había allí un pasillo de mantenimiento por el que se podía sortear la puerta. Como mucho iba a salir un poco húmedo.

Así que tan sólo tenía que esperar.

Esperar. Iván arrojó una piedrecita al agua. Plop. Se fueron sucediendo pequeñas ondas. Lo peor de todo era la propia espera.

«Memov, Orlov, Sazonov —repetía en su fuero interno, como si temiera olvidarse de alguno de ellos—. Pronto volveremos a vernos.»

Un montón de trapos sucios que se encontraba cerca del banco de Iván empezó a moverse de pronto. Iván se sorprendió. De entre los trapos salieron ratas que echaron a correr en todas las direcciones. Una de ellas pasó muy cerca de los pies del *digger*. Iván sacudió la cabeza y escupió.

—¿Quién está ahí? —preguntó una voz que parecía surgir de la nada.

Iván volvió la cabeza. La voz pertenecía al «muerto». Sus labios azulados se movían y sus ojos parecían mirar directamente al alma de Iván. El *digger* sintió el terror en todos sus miembros, como si le hubiera caído del cielo una ducha gélida. Los cabellos de la nuca se le erizaron y sintió pálpitos en las sienes.

Y entonces lo reconoció.

Increíble. Iván sacudió la cabeza.

La culpa es de Darwin...

—Hola, Überführer —dijo Iván—. Vaya casualidad. ¿Cómo te va la vida?

—Una puta mierda.

El *skinhead* se apoyó sobre ambos brazos y trató de levantarse. Se movía con tanta torpeza que parecía que se hubiera puesto su propio cuerpo para probárselo. Miró a su alrededor. Tenía el rostro plano e hinchado, como si le hubiera pasado por encima una apisonadora de vapor. Los labios se le habían agrietado y los ojos se le habían puesto rasgados como los de un mongol.

—¿Dónde estoy? —preguntó, levantando de nuevo la mirada hacia Iván.

El *digger* no pudo evitar una sonrisa de satisfacción. Una pregunta muy adecuada.

—En una isla.

—Eso ya lo veo —respondió el Überführer—. ¿Pero dónde, exactamente?

—Sobre la isla central. Ahí tienes una escalerilla y arriba, en la pared del túnel, se lee «CPA». No tengo ni idea de lo que significa. ¿Centro de Provisión de Armamentos, quizá?

—Por supuesto —corroboró el *skinhead*—. ¿Y qué más? Aparte de eso, nos habíamos emborrachado.

Ese dato resolvía muchos misterios. Así, por ejemplo, el del tremendo olor a alcohol. La resaca no se le habría pasado cuando llegaran a la Nevski prospekt.

—Lo tuyo es muy fuerte, tío. —Iván silbó entre dientes—. Pensaba que habrías muerto y que los moscovitas te habrían arrancado el pellejo para hacerse un tambor, y ahora te encuentro aquí.

—Soy duro como una suela de zapato —proclamó el Überführer. Con el rostro desfigurado por el dolor, se incorporó y se sentó en el banco al lado de Iván. Su cuerpo encorvado recordaba al del tío Yevpat. Siempre se doblaba de ese modo cuando le dolía su antigua herida en la pierna.

—Esos cabrones tenían miedo de que se les rompieran los dientes al morderme.

—¿Y cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Iván.

Antes de responderle, el Überführer se quedó mirando al vacío durante un segundo, boquiabierto.

—No me acuerdo.

A los diecinueve años, el Überführer había comprobado que las mujeres se le arrojaban encima. Por ello, abandonó la insulsa vida universitaria para consagrarse por completo a los placeres de la carne.

El instituto de la Lenin Prospekt había dejado de ser un bloque gris y triste, y se había transformado en un vibrante mercado de pasiones. El venerable y ruinoso edificio había cobrado nueva vida con los encantos de la seducción; le capturaba con sus caderas cimbreadas, miradas de flirteo y pestañas trémulas, largas como una noche polar. Aun cuando representaran cierto peligro, el Überführer había considerado que las peleas por mujeres eran la cosa más natural del mundo.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó de nuevo Iván.

—No lo sé.

El Überführer buscó una vez más dentro de su cerebro por si encontraba jirones de recuerdos, pero siempre regresaba a un mismo desierto del olvido. No sabía lo que le había pasado; de hecho, no recordaba nada desde que le habían dado la orden de ataque y había entrado en el túnel. Era como si se lo hubieran borrado de la memoria. Él mismo se diagnosticó amnesia postraumática y se hizo a la idea.

—¿Dónde estamos ahora? —preguntó con interés, aunque en realidad le daba igual dónde empezara su nueva vida.

—En Nueva Venecia. Muy cerca de la Gorkovskaya. ¿De verdad que no te acuerdas de nada más?

—Lo último que recuerdo antes de recobrar el sentido es que había meado en una puerta hermética.

Iván enarcó las cejas.

—¿Después de una expedición?

—Puede ser. Quizás he sufrido una conmoción cerebral grave.

—Mírame —dijo Iván, y le inspeccionó los ojos—. Umm. Las pupilas están bien. Ahora dime un trabalenguas.

—Tres tristes tigres comen trigo de un trigal. No, tío, estoy bien.

—Eso parece —corroboró Iván.

—¿Hemos conquistado la Vosstaniya o no?

Iván dudó.

—Bueno, cómo te lo podría explicar... Sí, se puede decir que sí —respondió por fin, con un rostro que expresaba muchas cosas.

El Überführer se rascó el cogote.

—¿Dónde estamos ahora, tío? —preguntó una vez más.

—En la Gorkovskaya. O, más exactamente, en el túnel que enlaza la Gorkovskaya con la Nevski prospekt.

—Pero ¿cómo es posible? —preguntó el *skinhead*, estupefacto—. ¡Ese túnel está cegado!

—En efecto —respondió Iván—. Debes de haber sufrido un golpe muy fuerte en la cabeza si no sabes ni cómo has llegado hasta aquí. —El *digger*, de pronto, vaciló, y su cuerpo se inclinó—. ¡Déjame que te vea la mano!

—¿Qué?

—Ésa no. ¡La otra! —Iván miró a los ojos al Überführer—. ¡¿Dónde tienes las uñas, maldita sea?!

El *skinhead* bajó la cabeza, se miró la mano y se estremeció. En las puntas de los dedos, en lugar de uñas, tan sólo había fea carne de color rosado oscuro, que hacía muy poco que había sanado. Tan sólo conservaba la uña del pulgar. El Überführer cerró el puño y lo abrió de nuevo. Se le marcaron profundas arrugas en la frente. Una vez más, hizo violentos esfuerzos por recordar.

—¿Quién te ha hecho eso? —preguntó Iván.

—No lo sé, pero voy a encontrarle. —El Überführer enseñaba los dientes—. Y le voy a arrancar los huevos con unas tenazas. Poco a poco. —Luego suspiró y añadió—: No me acuerdo. Pero da igual.

Iván despertó. Había alguien muy cerca de él.

Abrió los ojos con precaución. Sacó el cuchillo que le había regalado el viejo y lo sujetó de tal modo que la hoja le quedó escondida bajo la muñeca. Aquel juguete a duras penas podía llamarse arma. No podía compararse con su cuchillo anterior. Ni con el khukuri del Überführer. Con este último habría podido dar muerte incluso a una fiera no muy grande.

El extraño se acercó a la bolsa de Iván. Estaba claro que buscaba algo. «Tal vez el sentido de la vida —pensó Iván con sarcasmo—. O algo para roer.»

Sin hacer ningún sonido, Iván se puso detrás del insolente desconocido y se agachó a su lado.

—¿Quién eres?

El desconocido se quedó aterrado hasta casi morir. Pero el pavor que

centelleó entonces en sus ojos grandes y redondos se apagó con la misma rapidez y cedió su puesto a una sonrisa pletórica de felicidad.

—¡Jefe!

Iván se incorporó.

«Increíble. El mundo es un pañuelo. No importa dónde vaya uno, siempre se encuentra rostros conocidos.»

—¿Qué haces tú aquí?

Frente a él estaba sentado el miliciano de estación Misha Kuznetsov. Pero sin la Makarov. Y con un ojo morado. Sólo entonces vio Iván que la ropa de Misha estaba rasgada y que tenía cadenas en las manos. A veces la guerra tiene sus caprichos.

—¿Dónde está el profesor? —pregunto Iván, que ya intuía que el joven iba a ser su próximo problema.

—No lo sé —respondió Kuznetsov—. Se... esto... se alejó de mí.

«Ése es el tipo de cosas que ocurren cuando se confía una misión a un imbécil.»

Kuznetsov había empezado a acompañar a Vodyanik por el túnel que llevaba a la Gostinka. Para irritación del profesor. Vodyanik había tratado de librarse de su acompañante a base de insultos, pero Kuznetsov se había mostrado francamente testarudo y se había empeñado con todo rigor en cumplir con su misión. Así, los dos —en parte entre peleas, en parte con malas caras— habían seguido su camino.

Poco antes de llegar a la estación Gostiny dvor, Vodyanik se había valido de una distracción del miliciano. Éste se había vuelto por un instante y, en ese momento, el profesor había desaparecido. Como si la Tierra se lo hubiera tragado. Misha se había perdido por conductos varios en busca del fugitivo. Cuando por fin había salido a un túnel, se había dado cuenta de que no sabía cómo regresar.

Por ello, les había preguntado el camino a los primeros mercaderes que había encontrado y, al recobrar el sentido, se había visto en Nueva Venecia... cargado de cadenas. Entonces se enteró de que debía una determinada suma y no podía pagarla.

Así, Misha se había visto reducido a la condición de esclavo, o «embargado», como se solía decir allí.

—¿Qué vamos a hacer ahora, jefe? —Kuznetsov le lanzó una mirada interrogadora a Iván—. Mi amo me va a pegar, porque me he escapado.

«Si yo supiera qué puedo responderle —pensó Iván—. ¿Qué he hecho yo para merecerme todo esto? ¿Qué voy a hacer? ¿Dejar aquí a Kuznetsov, ir hasta la Nevski prospekt, arreglar mis asuntos varios allí y luego volver a por él? ¿O tendría que decirle: lo siento, tío, pero tendrás que salir del aprieto tú solo, ya es hora de que te hagas mayor?»

El crepitar del altavoz.

La voz ronca de Tom Waits.

La música favorita de Kosolapy.

—¿Jefe?

La voz de Kuznetsov expresaba desesperación.

Iván sentía la sangre en las mejillas. Luchaba consigo mismo.

—Espérame aquí, Misha —dijo por fin—. Volveré en seguida. No te alejes mucho.

Kuznetsov parpadeaba, lleno de esperanza.

Eso es lo que nos sucede con la educación de los pipiolos. Los alimentamos con sueños. Cuando están muy llenos, se vuelven más ligeros que el aire y se marchan volando más allá de los bordes del mundo. Hacia Australia, que no resultó afectada por la Catástrofe. Todos nosotros tenemos máscaras antigás con visores de color rosado.

¿Adónde habría tenido que ir Kuznetsov con sus cadenas?

Iván giró sobre sus pasos y se alejó. Aún no sabía lo que pensaba hacer. Ya se le ocurriría algo.

«Maldita colonia. Maldito metro. Maldita vida.»

Mientras deambulaba por la isla, Iván se encontró con el anclaje principal. Allí se descargaban las cajas de pescado entre gran barullo. Un gordo neoveneciano vestido con un albornoz coloreado a franjas sacaba del agua su buitrón de palo largo. Dentro de la red empapada se revolvían los cuerpos negros y flexibles de las anguilas.

Poco después, Iván se fijó en que un joven flaco perdía el equilibrio al sacar su propio buitrón y se tambaleaba al borde de la pasarela. El rostro se le quedó como de piedra. Iván estaba a una distancia de unos diez metros y, sin embargo, reconoció el miedo a la muerte que se pintaba en aquellos ojos desorbitados. El *digger* no vaciló ni por un instante y echó a correr.

El joven se tambaleaba.

—¡Suelta el buitrón! —le gritaban los demás, pero él no reaccionaba.

Iván saltó por encima de la caja en la que se retorcían las anguilas jadeantes

y corrió hacia el joven. Éste, por fin, reaccionó y soltó el buitrón, pero ya era demasiado tarde. Se cayó. En el agua pululaban anguilas hambrientas.

Con un largo salto sobre la esquina derecha de la pasarela, que justamente se encontraba allí, Iván agarró en el último momento al joven que se caía, lo sujetó por la manga y lo arrastró sobre la propia pasarela. Al hacerlo, perdió el equilibrio él mismo y se cayó cuan largo era sobre los tablones. Como por burla, aterrizó precisamente sobre el costado izquierdo que tenía herido.

El dolor fue tremendo. La imagen que tenía de su entorno se rompió en mil pedazos y se desdibujó.

«¡Maldita sea!» Parecía que el mundo entero se hubiese conjurado contra sus costillas. Iván se quedó echado sin moverse, apretó los dientes y aguardó a que el palpitante dolor se le calmara. Los tablones que tenía a sus pies temblaron levemente e Iván se dio cuenta de que las hambrientas fauces de las bestias golpeaban la madera por debajo.

Alguien agarró a Iván por el hombro.

—¿Te encuentras bien?

—Según como se mire.

Iván se dio la vuelta y se quedó tendido de espaldas. Una vez más, sintió un dolor lancinante en las costillas.

Sobre su rostro se mecía una luna redonda y blanca con un halo difuso. «¿Puede ser que esté en el cielo?», se preguntó Iván. La luna se le acercó y se alejó de nuevo, hasta que por fin se detuvo en un lugar. Iván cerró los ojos. Echado en el suelo se sentía bien.

Entonces volvió a abrir los ojos.

—¿Tanya?

Se dio cuenta en seguida: no, no era Tanya. Era una mujer distinta, aunque no menos bella. Sus labios se movían, pero Iván no entendía ni palabra.

—Ahora mismo... —masculló.

Trató de levantar la parte superior del cuerpo, pero alguien le empujó suavemente para que se volviera a tumbar. Iván trató de concentrar toda su atención en un solo punto... y fue en vano.

«Lo siento, Misha. Vas a tener que armarte de paciencia.»

Iván hizo otro intento de levantarse. Esta vez, las manos de la mujer no lograron ofrecerle una resistencia digna de tal nombre. Iván se puso en pie. Le dolía la pierna, pero lo podía aguantar. Lo peor era que había vuelto a fastidiarse las costillas.

—¿Ya estás bien?

Iván miró hacia arriba. La visión de la joven y bella mujer se le metió bajo la piel, como si todo su cuerpo hubiese escuchado un tono familiar. Kosolapy le había hablado de un tío raro que decía que el amor no es más que armonía entre vibraciones. De acuerdo con esa teoría, los seres humanos no se unían por casualidad, sino porque sus vibraciones internas se hallaban en la misma longitud de onda. Igual que se dan la concordancia y la discordancia cuando dos tonos distintos se complementan bien o no. Y no hay manera de cambiarlo. También hay quien lo llama destino.

—¿Me has sacado del agua? —El joven flaco se encontraba frente al *digger* y le miraba con una cara como si no lo hubiera rescatado del agua, sino que lo hubiese arrojado a ella—. ¿Por qué lo has hecho, maldita sea?

—No tengo ni idea —respondió Iván, y no mentía.

La mujer luna estaba a la izquierda del joven, pero tan cerca que parecía que existiese alguna relación entre ambos. ¿Una pareja? Probablemente no. No se detectaba ninguna tensión entre los dos. Ninguna vibración que fuera del uno al otro, por así decirlo.

—¿Lo ves? —dijo el joven a la muchacha—. Este tío está loco.

—¡Artyom! —replicó la joven, y le sonrió al *digger*. La sonrisa le resultó tan familiar a Iván como si se hubieran conocido desde mucho antes—. Disculpe a mi hermano. Y muchas, muchas gracias. Ha hecho usted una buena obra.

—Me imagino que sus anguilas lo verán de otro modo —respondió Iván, que oía su propia voz como si viniera de muy lejos—. Las he privado de su cena. Aunque... —dirigió una mirada de menosprecio al joven—, tampoco habría sido una cena muy abundante.

El rostro del flaco se ensombreció todavía más, pero la joven se rió de todo corazón.

—Me gusta su manera de reír —dijo el *digger*, mirándola a los ojos—. Sólo se ríen así las personas que tienen el corazón puro. ¿Cómo se llama usted?

—Lali.

—¿Cómo?

—La-li. Es un nombre georgiano.

Lali y su hermano vivían en una pequeña isla, a unos tres metros de la principal. Emplearon a modo de pasarela un tablón que el hermano de Lali colocó con destreza sobre el agua. Iván arrojó una mirada escéptica al estrecho puente bajo el que chapoteaban las peligrosas aguas.

Lali pasó ágilmente por el tablón. Iván contempló, fascinado, la gracia con la que sus piernas se movían bajo la falda. Era... ligera de pies en un grado extremo. En cuanto estuvo al otro lado, Iván hizo acopio de coraje y la siguió con pasos torpes.

Ya estaban los tres sentados dentro de la pequeña cabaña, y Lali le ofrecía té al *digger*. A espaldas de Iván se oía el tictac de un reloj.

—¿Podríamos hacer algo por usted mi hermano y yo?

—¿Ustedes por mí? —Iván la miró a los ojos. «Bajará en seguida la mirada —pensó Iván—, pero no ocurrió nada parecido»—. ¿No tendría que ser yo quien les ayudara a ustedes?

El joven cerró los puños y su rostro se contrajo en una mueca.

—No nos hace ninguna falta, gracias —dijo con rabia, y salió de la cabaña.

—No se enfade usted con mi hermano —intervino Lali—. Últimamente está fuera de sí. Asistió a la feria anual de la Sadovaya-Sennaya y sufrió allí un amor desgraciado.

Vaya —respondió Iván con genuina compasión—. A veces ocurren esas cosas. ¿Y cómo ha terminado el asunto?

—La mujer lo ha mandado a paseo, y desde entonces siente celos de todos los hombres entre veinte años y cien. Imagínese usted, ella lo llamó niño de teta.

«Eso es duro de tragar —pensó el *digger*—. Uno no puede tolerar que le digan esas cosas.»

—Tú tienes un rostro muy interesante —dijo Iván, que de pronto se veía incapaz de llamarla de usted.

La joven sonrió.

—Soy medio georgiana —explicó—. Y mi hermano es medio ruso. Por eso es tan desagradable. Beba usted tranquilo. —Le ofreció el vaso a Iván—. Él querría ser o georgiano o ruso. No soporta las medias tintas. Él mismo lo dice siempre. Pero, en realidad, el motivo de su mal humor es esa mujer.

—¿Quién es ella?

Lali acercó su rostro al de Iván como para contarle un secreto. Sus largos cabellos le acariciaron las mejillas.

—Una bruja —susurró.

El soplo de su aliento le hizo cosquillas en el oído a Iván. En su voz, pura como un manantial de agua fresca, residía aquel tono familiar. Todavía era muy joven y, sin embargo, ya era mujer. No porque hubiese pasado por una experiencia cualquiera, sino por su serenidad interior y su consciencia de sí

misma. Las muchachas van en pos de los hombres, las mujeres los manipulan. Fingen estar por debajo, pero siempre llevan las riendas en la mano.

«Una princesa georgiana», pensó Iván.

A la hora de la cena, como era de esperar, comieron anguila, rehogada en hojas oscuras que daban un sabor amargo y picante a todo el plato. Luego, Lali sirvió té.

Iván no se cansaba de mirarla. Por supuesto que no la contemplaba sin interrupción, pero procuraba tenerla siempre en su campo visual, de la misma manera en que los *diggers* se esfuerzan por no perder de vista a su compañero. Sin embargo, a diferencia de las angustiosas salidas a la superficie, el ambiente de la cabaña de Lali estaba teñido de hormigueo y tensión sexual. Como un discreto vaso de agua con un toque rosado de jugo de fresas. La princesa georgiana gustaba en todo a Iván. Sus movimientos y gestos eran tan femeninos y regios como vivos y coquetos, estaba envuelta por un halo de naturalidad y no tenía ni el más mínimo toque de afectación.

Entre Iván y Lali imperaba un afecto cariñoso y reposado, como puede surgir tan sólo cuando dos personas se gustan y son conscientes de gustarse. Siguen siendo ellos mismos, continúan con sus tareas cotidianas, pero se mantienen en todo momento codo a codo. Iván no podía evitar una continua sonrisa. En la cabaña de Lali, dicho concepto adquiriría una cualidad totalmente distinta que en la ciudad vacía y hostil.

La relación que tenía con Tanya era totalmente distinta.

En ese instante, Iván lo habría olvidado todo de buen grado: Kuznetsov, encadenado en la isla. El Überführer, que seguía bebiendo para olvidar, en vez de acordarse. Y —notó un temblor en la mejilla— Sazonov.

Al pensar en Sazonov, el *digger* no sentía el ardor de la rabia, sino tan sólo una gélida frialdad.

Una frialdad angustiosa, como la que a menudo reinaba arriba, en la ciudad. San Petersburgo. Leones de granito protegidos por gruesas corazas de hielo. Vientos cortantes, que aullaban como un gélido aliento por las calles vacías.

«Esta ciudad. Su meollo está podrido. Islas de piedra para los que han quedado varados por siempre...»^[20]

Iván contempló con su imaginación la nieve helada de la fortaleza de Pedro y Pablo. ¿Qué habían ido a buscar allí? A saber. No se acordaba. Tan sólo se acordaba del frío. Y de las muchas huellas sobre la nieve.

«Si regreso, no será tan sólo por Tanya. Voy a regresar para vengarme. Hay que castigar la maldad.

»Pero antes yo no sabía dónde se ocultaba esa maldad.

»Memov, Orlov, Sazonov.

»Ahora lo sé muy bien.»

El Überführer había descubierto una nueva afición en Nueva Venecia. O, mejor dicho, había redescubierto una antigua afición que durante mucho tiempo había tenido guardada, le había quitado el polvo y la había vuelto a poner en marcha.

El Überführer bebía como una esponja.

Antes de encontrarse con Iván, el *skinhead* se había dedicado ya a beber sin reposo. Tan sólo le quedaba lo que llevaba puesto.

Tras darle algunas instrucciones y unos pocos cartuchos para ocasionales necesidades, Iván había enviado al Überführer a tantear las posibilidades de liberar a Kuznetsov de su desagradable situación.

Entonces el *skinhead* regresó. Volvía sonriente y con una alegre cancioncilla en los labios.

—¿Y? —preguntó Iván.

—Toda esta historia nos va a costar tan sólo medio cargador —le informó el Überführer—. Nos van a vender a Kuznetsov por un precio ridículo. Están muy satisfechos de poder quitárselo de encima. Y no me extraña. Es tonto del culo y no le gusta trabajar. Se le nota que estaba con la pasma.

—¿Y de dónde vamos a sacar los cartuchos? —preguntó Iván—. ¿Voy a tener que venderme la otra linterna a precio de saldo? Estupendo. También podríamos vendernos a nosotros mismos como esclavos.

El Überführer se acarició la cabeza que había estado rapada y en la que se asomaba ya un cabello incipiente.

—Pues yo he tenido una idea...

—A ver, cuéntamela.

—Te va a gustar —prometió el Überführer.

Tal como Iván se había temido, la idea no le gustó.

Primero: había que jugársela para conseguir el premio.

Segundo: la apuesta sería el propio Iván.

El Überführer se había pasado una vez más con sus ideas, pero no había manera de disuadirlo.

El árbitro levantó la mano una vez más.

—¡Adelante!

Con las dos piernas por delante, el Überführer se arrojó contra su flaco oponente y lo arrojó al suelo. Rodó por tierra, se puso en pie de nuevo y se lanzó sobre las espaldas del caído. Entrelazó ambas manos para asestarle un golpe en el codo. El adversario estaba ya noqueado y su rostro se hundió sin resistencia en el fango.

El Überführer se puso en pie y respiró hondo. Griterío a ambos lados. El *skinhead* se agachó, agarró a su oponente por los hombros y lo puso de espaldas al suelo. La víctima resollaba en un esfuerzo por respirar. Su rostro se había transformado en una máscara de barro.

El árbitro se acercó al Überführer, le agarró por la muñeca y le levantó el brazo en el aire.

—¡Has vencido!

Los aplausos empezaron de pronto y luego cesaron con igual rapidez. El *skinhead* acusó recibo con una sonrisa impasible.

—Has estado potente —le alabó Iván cuando el *skinhead* regresaba a su pequeña vivienda.

—¿Cuánto hemos ganado?

—Casi dos cargadores. Así, de entrada, será suficiente. Con esto podremos comprar a Kuznetsov e ir tirando durante algún tiempo.

El Überführer asintió. Tenía la cara fatal y los ojos hinchados: a duras penas se distinguía una raja entre los párpados. Le goteaba sangre del mentón.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Iván.

—Bien.

Entonces, las piernas del *skinhead* se doblaron. Iván y Kuznetsov llegaron a tiempo para sujetarlo. El Überführer se había excedido. No era posible que luchara durante tanto tiempo sin probar bocado. Habría necesitado un poco de carne, como el boxeador de Jack London. Iván había leído esa historia en la biblioteca de la Gostiny dvor.

El *digger* le pagó al propietario de Kuznetsov. Por medio cargador, Misha se libró de la esclavitud.

—Misha —dijo Iván después de que hubieran acostado al inconsciente Überführer—. Ahí tienes cartuchos. Ve a comprarnos comida y agua limpia. Pero no carne de rata. Pasaremos con algo más sencillo. ¿Ha quedado claro?

Kuznetsov asintió.

—Sí, jefe, ha quedado claro.

Una pequeña lechuza amarilla movía sus ojitos de plástico. Tictac, tictac, tictac. Las agujas de su panza redonda marcaban las cuatro y cinco. A su lado brillaba una lámpara. Una parte de las lámparas de Nueva Venecia se alimentaban con anguilas eléctricas. La cosa funcionaba así: se tomaba una botella de tres litros, se conectaban unos electrodos a la tapa y se encerraba en el interior a uno de aquellos animales negros y de piel lisa. Iván lo observaba. A veces, el animal se daba la vuelta y se agitaba. Cada vez que tocaba los electrodos se veían chispas azuladas. Curioso invento.

Había un libro abierto sobre una cama limpia colocada junto a la pared. ¿Qué podía leer una joven como ésa? Iván se arriesgó a echar una ojeada. *Cetópolis. La ciudad de las ballenas*, leyó. En la cubierta había una ilustración de una ballena azul al lado de un gigantesco navío de guerra. Unas diminutas figuras humanas se arrojaban al agua.

—¿De qué trata? —preguntó Iván.

—De una catástrofe —respondió Lali.

—¿Qué? —Iván levantó la mirada.

—No de la nuestra. En este libro, los seres humanos querían exterminar a todas las ballenas. Y faltó poco para que lo consiguieran.

«En eso se parece a nosotros —pensó Iván—. Exterminar... esa palabra la comprendemos. Primero las ballenas. Luego nosotros mismos...»

—He visto luchar a tu amigo —explicó Lali.

Iván asintió y se puso en pie. Tenía que ir a ver al Überführer y preocuparse por conseguir asiento en el siguiente transbordador que partiese hacia la Nevski prospekt.

—Nos vas a dejar en seguida —dijo Lali en voz baja.

Lali hablaba un ruso claro y correcto, pero en ese momento se le notó más que nunca el acento georgiano.

Iván la miró en silencio. Habría querido decir algo, pero la joven lo detuvo con un gesto.

—Espera. —La muchacha le miraba con ojos brillantes—. Tengo que preguntarte algo. Sé muy bien lo que me vas a contestar, pero me da igual. Si no te lo pregunto, no voy a quedarme tranquila.

Iván contempló los labios de la joven. Se le encogió el corazón.

—¿La quieres? He oído que se llama Tanya.

—Sí —respondió Iván—. Pero nunca hemos...

—Calla... —Lali le puso un dedo sobre los labios—. No digas nada. Si no,

puede ser que alguien lo oiga y te impida consumir tus deseos. Lo sé muy bien.

Iván sintió con los labios el sabor delicado y amargo de la piel de Lali. La agarró por el brazo, la atrajo hacia su cuerpo y... la volvió a soltar.

—Eres bellísima —le dijo, le tomó la mano y se la llevó a su propia frente que ardía de fiebre.

«Qué agradable frescura.» Lali se había unido a él con todo su ser. Con su mano refrescante y su piel. Con sus largas piernas que se plantaban con firmeza en el suelo. Con su ser temperamental. Y, en ese momento, también con su ternura.

Al contemplarla, Iván sintió que se le detenía el corazón.

—No me digas eso —respondió ella—. Porque si me lo dices, me voy a poner celosa. No. No quiero. Vosotros, los hombres, podéis amar a muchas mujeres. Pero tú eres de otra manera. Para ti, todas y cada una de las mujeres del mundo son la única. Yo también querría ser así.

Iván caviló.

—¿De dónde has sacado tanta sabiduría para la vida? Como mucho debes de tener... dieciséis años.

—Todas las mujeres tenemos mil años —dijo Lali—. Y, al mismo tiempo, diecisiete. Es muy sencillo.

—Sí —respondió Iván—. Muy sencillo.

Al regresar al embarcadero de la isla principal, Iván no se encontró tan sólo con el Überführer y con Kuznetsov, sino también con un tercer personaje. Le hizo un gesto amistoso, se sentó y no permitió que la sorpresa se hiciera evidente en su rostro. No era que Iván no pudiese soportar al hermano de Lali, pero, por todos los diablos, ¿qué hacía allí?

—¿Lo habéis oído? Los *cavers* se han agilipollado del todo —se apresuró a decir Artyom.

Kuznetsov y el Überführer intercambiaron miradas de sorpresa.

—¿Y éstos quiénes son? —preguntó Iván.

—Tío, no te enteras de nada —contestó Artyom, en un tono que casi resultaba compasivo.

Iván sonrió, pero la sonrisa le salió algo avinagrada. ¡Tener que aguantar que le hablara así aquel pipiolo que no tenía más años que Kuznetsov...!

—*Cavers*... es un apodo con mala leche que se les ponía antes a los *diggers* que no tenían ni idea de nada. Además, también se llama *cavers* a esa gente que trata de excavar un túnel para huir del metro. Los que quieren marcharse a

Finlandia. Parece que esa gente se cree que nadie podía tener ningún interés en lanzar cohetes nucleares contra Finlandia. Por desgracia, no se acuerdan de que allí había una estación de radar del escudo antimisiles de la OTAN. Es evidente que nuestras fuerzas de ataque debieron de destruirlo. Me lo ha contado mi padre. Fue coronel, especializado en misiles estratégicos. Finlandia también ha dejado de existir y los *cavers* excavan totalmente en vano.

—Pero no excavan en dirección a Finlandia —respondió el Überführer, al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—¿Pues hacia dónde?

—Hacia Moscú.

—¿Hacia dónde? —exclamó Iván—. ¿Y para qué quieren ir allí? No debe de quedar piedra sobre piedra.

—Es verdad que no te enteras de nada, tío —respondió el Überführer—. El metro de Moscú era uno de los mejores búnkeres antiatómicos del mundo. ¿Sabes dónde lo estudié?

—No sé. ¿Dónde?

Así pues, el Überführer no lo había olvidado todo.

—En la Kerosinka. Así llamaban a la universidad especializada en petróleo y gas natural que se encontraba en la Lenin-Prospekt. Era la más grande de toda Europa.

—¡Hala! ¿Y?

—En el último semestre nos contaron que en el sótano de la Kerosinka había un reactor nuclear. Se me ocurrió ir a verlo y bajé hasta allí. Uy, uy, uy, no fue buena idea. La vigilancia era muy estricta. Me echaron de allí como a un perro sarnoso. Tuve suerte de que no me metieran en el calabozo. Porque ese reactor era el que proveía de energía al Metro-2. Por lo menos has oído hablar del Metro-2, ¿verdad que sí? ¡Ya sabes, el D6! Y tú, ¿has oído hablar de eso? —Se volvió hacia Artyom.

—Eh... no.

—Todo el mundo habla de la suerte que han tenido los moscovitas. Dicen que se metieron en su metro secreto y que comen piñas con alcaparras.

Artyom se quedó confuso y bajó la mirada. Se notaba que quería preguntar algo y no se atrevía. El Überführer se compadeció de él.

—¿Qué es lo que no has entendido? —le preguntó—. Venga, dínoslo.

—¿Qué son las alcaparras?

Artyom quería hablar con Iván sobre una cuestión personal y este último accedió. Hacía tiempo que esperaba esa conversación.

Caminaron durante un rato junto a la baranda de cuerdas que circundaba la isla principal y acabaron deteniéndose. La lámpara que colgaba sobre sus cabezas chisporroteó débilmente. Olía a ozono. Artyom se agachó, agarró una espina de pescado muy grande y la arrojó al agua. Esperó hasta que todo estuvo lleno de anguilas y luego se volvió hacia Iván.

—Deja en paz a mi hermana, *digger* —dijo con voz fuerte y áspera—. ¿Entendido?

—No estoy sordo —respondió Iván—. Dime, ¿cuál es la razón por la que no me soportas? ¿Es sólo por mi hermana?

—No, no es sólo por eso... —vaciló—. Te... te pareces a nuestro padre.

Iván enarcó las cejas. La vida le daba sorpresas sin cesar.

—¿El coronel especializado en misiles estratégicos?

—Sí. Nuestro padre nos abandonó —explicó Artyom con amargura—. A él le daba igual. Se marchó, sin más. Y nosotros nos quedamos solos.

«De algún modo, nuestras historias se parecen —pensó Iván—, a la par que contemplaba al melancólico joven. Sólo que en mi caso fue al revés.»

La madre de Iván, en su momento, había abandonado al padre de su hijo. Siempre dijo que ésa había sido la mejor decisión de su vida. Pero a veces, por la noche, Iván la había oído llorar, y había pensado que era por culpa del amor. En aquella época vivían en la estación Prospekt Bolshevikov.

—¿Cómo se llama? —preguntó de repente el *digger*.

—¿Qué? —Artyom palideció—. ¿Cómo se llama quién?

—Ya sabes de quién te hablo —replicó Iván—. De tu bruja.

Artyom cerró los puños, apretó los labios y le temblaron las mejillas.

—¡No es ninguna bruja! —replicó—. ¡Se llama Láquesis y es la mujer más hermosa del mundo!

Iván asintió.

—¿Y ella también lo sabe?

Artyom bajó la cabeza.

—Cuando se lo dije, se rió.

Iván suspiró.

—No eres el primero ni el último a quien le ocurre algo semejante. Créeme cuando te digo que muchas mujeres son así. Se ríen cuando tendrían que llorar...

y viceversa.

—Ya, ya —respondió Artyom, y miró a Iván, rebosante de envidia—. Si se lo hubieras dicho tú, ella no se habría reído. Lo sé muy bien.

«Qué raros somos los hombres —pensó Iván—. Somos capaces de rivalizar con alguien que ni siquiera busca lo mismo que nosotros.»

—Me marchó de Nueva Venecia —dijo Iván—. Hoy mismo. Y para siempre. Cuida de tu hermana. Es una mujer maravillosa.

Había llegado el momento de la despedida. Los viajeros estaban a punto de subir al transbordador (en realidad, una simple balsa). Aparte de Iván y de Kuznetsov, había otros siete pasajeros: criaturas harapientas y barbudas con bolsas y bastones. Al acercarse, Iván se dio cuenta de que estaban todos ciegos. El guía de los ciegos era un hombre flaco y huesudo, cubierto con una chaqueta acolchada que le iba demasiado grande. Un detalle interesante: también era ciego.

—¿Vienes? —preguntó Iván.

El Überführer negó con la cabeza antaño rapada, que se había cubierto de cabello ralo de color castaño claro.

—No, a mí me gusta este lugar. Me voy a quedar durante algún tiempo hasta que me apetezca marcharme.

«Vosotros os largáis y yo empiezo de nuevo a emborracharme —tradujo Iván para sus adentros—. Una verdadera lástima.»

—Como quieras —respondió Iván—. ¿Seguro que no vas a cambiar de opinión?

—No, tío, no. Que tengáis un buen viaje.

—Fue una pena que perdieras el khukuri. Era un cuchillo muy bueno.

El *skinhead* pareció sobresaltarse y le miró con irritación.

—Bueno, que os vaya bien —dijo como si pensara en otra cosa.

Uno de los tripulantes del transbordador izó el ancla y la recogió dentro de la balsa. El Überführer se había quedado inmóvil, como si hubiera echado raíces. Aparecieron surcos profundos en su frente.

—Y el Señor dijo: «id, y no miréis atrás» —recitaba el guía de los ciegos con voz agradable—. Pero la mujer de Lot no obedeció y volvió la mirada. Entonces, una explosión atómica le abrasó los ojos. Así pues, recemos, hermanos, para poder recobrar la vista. Amén.

Iván asintió. Él también habría rezado.

Durante los últimos tiempos, los ciegos habían llegado a resultarle

simpáticos. Gracias a Enigma. Aunque la religiosidad de aquellas gentes tenía como un punto extraño.

—¿Adónde vamos a ir ahora? —preguntó Kuznetsov. Tenía el rostro radiante.

Los ciegos se sentaron detrás de él. El guía de éstos golpeó repetidamente el suelo con el bastón para marcar el ritmo. Toc, toc, toc. Los tripulantes del transbordador bostezaban.

Iván meditaba. Para Misha, por supuesto, lo mejor sería regresar directamente a la Vasileostrovskaya.

Pero ¿lo sería para el propio Iván?

La Nevski prospekt. Shakilov.

Desde luego. Tenía que contar con dar un rodeo.

—De vuelta a casa —respondió por fin.

Los tripulantes del transbordador apoyaron el remo contra los maderos del muelle y la balsa se puso suavemente en movimiento. Poco a poco, la distancia entre el transbordador y la isla se fue ensanchando cada vez más.

¡Bum!

La balsa sufrió un fuerte balanceo.

Iván levantó los ojos. El *skinhead* estaba agachado frente a él. Había abierto los brazos para caer bien.

—Os acompaño durante un trecho —explicó en cuanto se hubo enderezado—. Hasta la Nevski, más o menos. La excursioncita no me hará ningún daño.

Misha no daba crédito a sus ojos.

—¿Ya volvemos a tenerte con nosotros? —dijo Iván con sorna—. ¿Cómo es que ahora has cambiado de opinión?

—Ah, sabes, es que... —Los rasgos del Überführer se endurecieron—. Se me ha ocurrido algo. Ahora ya sé quién puede tener mi cuchillo.

11-Prosvet

IVÁN oyó una voz solemne en la penumbra rojiza.

—Falta poco para el día en que quienes miraron hacia atrás recuperarán la vista. ¡Amén, hermanos!

—¡Amén! —repetía el coro.

Las voces quedaron difuminadas tras una oleada de dolor que se abatió sobre Iván, cálida y sanguinolenta. La sintió hasta en la última ristra de neuronas del cerebro. Al tocarse los extremos desfibrados de éstas, saltaban chispas azules y una luz cegadora palpitaba al otro lado de sus pupilas.

—La mujer de Lot pecó por su incredulidad y se transformó en una columna de sal —proclamaba la voz—. A nosotros, en cambio, el Señor nos ha deparado la oportunidad de recapacitar y arrepentirnos; la posibilidad de ver el mundo, no con los ojos del cuerpo, que es pecador desde el principio, sino con los del espíritu, que nos va a abrir algún día. ¡Escuchadme, hermanos! ¡La bestia con cuernos se acerca! ¡Llega el tiempo en que nos pondrá a prueba! ¡Amén!

—¡Amén! —repetía el coro.

Durante las pausas entre ataque y ataque de dolor, se infiltraban pensamientos sueltos en la conciencia de Iván: «¿Dónde estoy? ¿Qué me ha ocurrido? ¿Todo había ido bien?»

¿Ido?

En un primer momento, todo había ido como una seda. El transbordador los había llevado hasta la puerta hermética. Después de ésta empezaba el trecho de túnel no inundado que llegaba hasta la Nevski prospekt. Justo antes se encontraba una improvisada aduana. Igual que las islas de Nueva Venecia, flotaba sobre contenedores de plástico, pero, en este caso, la plataforma no estaba hecha con tablones de madera, sino con puertas de vagones de metro. Sobre ésta había una silla y un bidón de metal que hacía las veces de escritorio. Su única iluminación consistía en una lámpara alimentada con electricidad

animal, que titilaba de manera tan mísera que parecía que en cualquier momento quisiera apagarse para siempre. De vez en cuando, el aduanero le daba una patada al recipiente de cristal donde se encontraba la anguila. Entonces, ésta temblaba por unos instantes, abría las fauces y, durante un par de segundos, la lámpara brillaba con más fuerza.

El aduanero vestía un uniforme azul de conductor de metro. Iba arremangado y tenía los brazos gruesos y cubiertos de vello. Miró con aburrimiento a los recién llegados y les hizo un gesto para ordenarles que pasasen por la aduana. No les pidió papeles. «Ya está bien así», pensó Iván.

A la derecha de la puerta hermética se encontraba el acceso al pasillo por el que los viajeros continuarían el camino.

Iván se preguntó cómo lo harían los ciegos para pasar por la puerta. Saltó a la isla-aduana inmediatamente después del guía ciego. La plataforma se mecía y el agua les salpicó.

«Se acabó. Adiós, Nueva Venecia.»

El Überführer fue el siguiente en abandonar el transbordador. Observó con el rabillo del ojo los cuchicheos entre el ciego y el aduanero.

—¿Dónde se ha quedado Misha?

Iván se volvió. ¡Oh, no!

El joven policía se había quedado en el transbordador... y no se movía. Los ciegos se agolpaban en torno a él. Uno de estos levantaba el bastón en el aire. Era evidente que lo había empleado para golpear a Kuznetsov y derribarle.

—¡Misha! —Iván dio un paso hacia el borde de la isla-aduana, pero en el mismo instante se dio cuenta de que no había sido una buena idea. Sintió como un peso abrumador en la cabeza. No habría tenido que darle la espalda al guía ciego.

Se volvió poco a poco.

Aun antes de haber podido ver bien al guía ciego, el *digger* había sentido un golpe muy fuerte. Un dolor punzante, como si la cabeza se le hubiera partido por la mitad.

Mientras caía, Iván oyó los gritos de lucha del Überführer.

«No nos van a servir para nada», pensó Iván.

Se cayó como a través de un jarabe incoloro, sin hacer ruido, con suavidad. La plataforma frenó su caída sin dejar de mecerse.

Después de otro golpe, las luces se apagaron.

Oscuridad.

Iván estaba sentado sobre un frío suelo de hormigón. Estaba tan oscuro que no se podía ver la mano delante de los ojos. Tan sólo alcanzaba a distinguir un par de manchas de luz titilantes. Pero no eran reales... tan sólo una pequeña tempestad en el nervio óptico.

Se puso en pie y buscó el camino con los brazos extendidos. Sus manos encontraron metal: ásperos barrotes de hierro de los que se desprendía herrumbre. Avanzó a lo largo de la reja con el fin de calibrar los límites de su libertad de movimientos. ¿Dónde se encontraba? ¿En un calabozo debajo de un andén? ¿En un conducto?

La libertad de movimientos se le terminó en seguida. Llegó a la conclusión de que los barrotes marcaban los límites de una celda cerrada. Debía de medir aproximadamente un metro y medio de largo por un metro de ancho. Mientras buscaba una salida, Iván encontró un cerrojo grande, de superficie lisa, frío como el hielo. A diferencia de los barrotes, parecía recién salido de fábrica. En uno de los rincones de la celda había un cubo para que hiciera sus necesidades.

«Qué atentos —pensó Iván con sarcasmo—. ¿Qué ha ocurrido exactamente? Me han golpeado en el cráneo, he perdido el conocimiento y ahora estoy aquí, en una celda a oscuras. ¿Por qué nos han capturado los ciegos?»

Al estar envuelto en tinieblas, Iván había perdido todo sentido del tiempo. No sabía decir si habían pasado horas o minutos desde el momento de despertar. Pero eso no era todo: también había perdido la percepción de su propio cuerpo. Llegó un momento en el que ya no lo sentía. Una circunstancia peculiar. Al fin y al cabo, no era la primera vez que se hallaba en la más absoluta oscuridad. Pero, hasta ese momento, siempre había tenido la posibilidad de moverse con libertad y de buscar una salida. En esta ocasión, no le quedaba otro remedio que quedarse en la celda sin hacer nada, encerrado en sí mismo, y en la noria de pensamientos que daba vueltas dentro de su cabeza.

«Si existe un lugar en el que uno pueda volverse loco —pensaba—, debe de ser aquí.»

—¿O es que ya estoy loco? —dijo Iván en voz alta.

Su voz sonaba extraña, y ciertamente ridícula en la oscuridad.

Silencio.

—¿Quién es el que está loco? —preguntó otra voz a la derecha de Iván—. ¿No podría usted expresarse con mayor precisión, joven? ¿O, por lo menos, presentarse como es debido?

Iván se quedó boquiabierto.

—Pero esto... —murmuró—. Esto no puede ser. Qué disparate.

—¿De qué habla usted, si es que se me permite la pregunta? —dijo la voz.

—Me estoy imaginando que el profesor Vodyanik habla conmigo —respondió francamente Iván—. ¡Pero eso es imposible!

Silencio. Un silencio largo.

Un silencio muy largo.

—¡¿Iván?!

Una vez más, la voz del profesor. Sólo faltaba eso.

—Profesor, esto no puede ser. Yo daba por sentado que se hallaría usted a salvo desde hace tiempo en la Vasileostrovskaya. Y debe de ser así, ¿no? Todo esto me lo estoy imaginando. —La voz le salía del cuerpo con dificultad a causa de la angustia—. A ver, profesor, dígame la verdad. ¿Se encuentra usted en la Vasileostrovskaya?

—No —respondió el profesor desde la oscuridad—. Cuánto lamento tener que darle este disgusto. Estoy encerrado en una celda. Es obvio que se encuentra usted en esa misma situación. Lo siento, Vanya. ¿Cómo ha llegado usted aquí?

«Entonces es que no me he vuelto loco», pensó Iván.

«Mierda. La cosa pinta cada vez peor.»

La historia de Vodyanik se le hizo tan abstrusa como la de Kuznetsov. Al escapar del joven miliciano, el profesor se había escondido en una estrecha galería lateral. Por absurdo que parezca, había dado por sentado que iba a encontrar el camino correcto en el laberinto de túneles. Había llevado consigo una linterna de bolsillo, un plano, agua y comida.

Mientras Vodyanik le contaba la historia, Iván sentía un desconcierto cada vez mayor. ¿Cómo podía ser que una persona experimentada como era el profesor cometiera los mismos errores que el novato de Kuznetsov?

Por supuesto que había ocurrido lo que inevitablemente tenía que ocurrir. El profesor se había marchado por la galería lateral, se había metido por la bifurcación que no era, se había encontrado con un grupo de ciegos (eso le resultaba conocido a Iván), había hablado con ellos sobre todos los asuntos imaginables (era gente muy culta), los otros le habían invitado a un tentempié, el profesor se había bebido un trago de agua y al instante se había dormido.

Al despertar, se había encontrado en una celda.

«Demasiadas casualidades —pensó Iván—. Primero me encuentro con el Überführer en Nueva Venecia. Luego, de pronto, Misha. Y ahora también el profesor. Como si una fuerza invisible quisiera juntarnos.

¿Qué había que pensar de todo ello? ¿Era un capricho del destino?

Entonces oyó en la oscuridad un fuerte sollozo.

—¡Kuznetsov! —llamó Iván—. ¿Me oyes? ¡Respóndeme, si estás ahí!

Silencio.

—¿También iba con usted? —preguntó Vodyanik, asombrado—. La testarudez de ese joven es notable, ciertamente. Eso no se lo podemos negar.

—La imbecilidad se contagia —dijo entonces una voz en la oscuridad. Era la voz del Überführer—. Yo sólo quería salir a hacer una excursioncita. Ya no tengo ganas de seguir.

—Hola, Über —dijo Iván—. ¿Kuznetsov está contigo?

Se hizo una pausa. Un crujido en la oscuridad.

—No —respondió por fin el Überführer—. Estoy en una habitación individual.

—¡Kuznetsov! —gritó Iván una vez más, sin grandes esperanzas.

Nadie le respondió. ¿Lo habrían matado?

«Ay, Misha, habría sido mejor que te quedaras en Nueva Venecia. Mejor vivo y esclavo que libre y cadáver.»

—Pero, ¿dónde estamos? —preguntó Iván—. ¿Qué estación es ésta, profesor?

—A juzgar por lo que he oído de labios de nuestros carceleros, se trata de la estación Prospekt Prosveshcheniya —explicó el profesor—. El vulgo la llama *Prosvet*. Aquí viven exclusivamente personas ciegas. Una verdadera colonia de ciegos, ¿comprende usted? Aunque seguramente lo sabía ya. Seguro que también tuvo usted un encuentro digno y memorable con ellos, ¿verdad que sí? Lo mismo que me sucedió a mí.

—Ciertamente —confirmó Iván—. Pero ¿qué es lo que quieren de nosotros?

El profesor no llegó a responderle.

—Oh, Dios mío, cómo tengo la cabeza... ¿qué ha ocurrido? —se lamentaba una voz joven y tímida—. ¿Cómo es que no veo nada?

Kuznetsov. Vaya por dónde.

—Buenos días, Mikhail —dijo la voz del profesor—. No puedo decir que este encuentro con usted me inspire un gran entusiasmo, pero...

—¿Profesor? ¿Es usted? ¿Cómo es que no le veo? ¿Qué les ha ocurrido a mis ojos?

—Tranquilízate, Misha —dijo Iván en tono tranquilizador—. Esto está a oscuras. A tus ojos no les ocurre nada.

—Pues qué suerte —respondió el invisible Kuznetsov—. Ahora veo a seres humanos en ropajes blancos.

—¿Quéé?!

Iván miró hacia la derecha y tuvo que cerrar los ojos. «¡Maldita sea!» Incluso una luz débil lo deslumbraba y le hacía llorar los ojos. El Überführer dijo una palabrota en voz baja.

«¡Pero qué maravilla poder ver de nuevo!» Una felicidad incomparable. Iván tomó aliento, como si, junto con la luz, hubiera entrado aire fresco en la sala.

A la luz de una vela, el *digger* reconoció dos hileras de celdas. Por el pasillo entre ambas se acercaba una pequeña procesión de ciegos. En cabeza iba el mismo hombre que había guiado al grupo hasta el transbordador de Nueva Venecia. Un hombre alto y flaco con la cara chupada y oblonga, y una barba larga y poblada. En lugar de ojos, tenía las cuencas cubiertas de carne enrojecida con horribles cicatrices.

—¿Veis esta vela? —El guía ciego levantó la vela y la cera goteó sobre la piel arrugada de su muñeca—. Miradla bien. Es la última luz que vais a ver en vuestra vida.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó el profesor.

Vodyanik se puso en pie. Estaba en la celda que se encontraba a la derecha de la de Iván. La escasa luz fue suficiente para que el *digger* reconociera su rostro barbudo. El profesor apretaba la cara contra los barrotes, como si hubiese querido acercarse lo máximo posible a la anhelada luz.

«No es para extrañarse —pensó Iván—. Seguramente lleva mucho más tiempo que yo en este lugar.

—Pues quiero decir lo que digo —respondió el guía ciego.

Los hermanos que se hallaban detrás del guía ciego callaban. La débil luz permitía ver tan sólo una parte de las celdas. ¿Cuántas debía de haber en total? En una de ellas, Iván reconoció la silueta de un esqueleto echado en el suelo. El resplandor de la vela lo cubría con un fulgor espectral. «Hola, amigo mío.»

—Sí, exacto, también sería una posibilidad —dijo el guía ciego, como si se hubiera fijado en la mirada de Iván—. ¿Sabéis?, mis queridos... eh... invitados... no tenéis muchas posibilidades para elegir. O bien os quedáis como nosotros, o bien... —el guía ciego, seguro de la dirección en la que tenía que moverse, alumbró el esqueleto— como él.

—¿Volvernos como vosotros? —La celda del Überführer se hallaba enfrente de la de Iván, al otro lado del pasillo. El *skinhead* tenía ambas piernas

firmermente plantadas en el suelo y apoyaba las manos en un barrote que cruzaba la reja en diagonal—. ¿Queréis decir que tenemos que volvernos cristianos, como vosotros? Pero si eso es lo que más queríamos. Abrid la puerta. Siento una fe tan fuerte como no la había sentido jamás.

—No digas bobadas —le exhortó el guía ciego—. Pero si estuvieras dispuesto...

—Pero por supuesto, muchacho, qué te pensabas —dijo acaloradamente el Überführer, con ojos brillantes. La impaciencia que le poseía era evidente—. ¡Ahora, ábreme!

—Está bien... Si estás dispuesto, le pediré al hermano Simeón que caliente el hierro para el cegamiento. —Uno de los hermanos vestidos de blanco asintió con la cabeza, un gigantón de cara plana con una quemadura en la sien—. ¿O preferirías que procediéramos con ácido? Si quieres aceptar un consejo, hermano, el procedimiento químico causa heridas que sanan peor y dolores más duraderos. Yo, en tu lugar, elegiría el cegamiento por hierro.

El Überführer se quedó con el rostro como de piedra, apretó sus finos labios y calló.

—Ah, hermano, ahora me doy cuenta de que sería preferible que esperáramos hasta que te hayas fortificado en la fe —añadió el guía ciego con tristeza en la voz—. Dentro de dos días volveremos a examinar la cuestión.

—Hijo de la gran puta —bramó el Überführer.

—¿Esto quiere decir que tendremos que escoger entre que nos dejéis ciegos y nos matéis? —preguntó el profesor.

—Sí, por desgracia, sí —respondió el guía ciego con voz afectada—. La vela se extinguirá en seguida. ¿Estáis a punto? Voy a contar hasta cinco. Uno, dos...

Iván contempló el temblor de la llama y tomó todo el aire que pudo.

—Tres...

Todo cuanto se hallaba a su alrededor desapareció, tan sólo quedó la llama.

Tanya se encuentra detrás y le roza la nuca con el brazo. Iván siente a un tiempo la calidez de su cuerpo y la frescura de sus manos. Siempre que está fatigado, el roce de la mano de Tanya le hace recuperar fuerzas. Lo mismo va a suceder en este instante. Le arde la frente. Iván agarra la mano de Tanya y se la lleva a la frente. La frescura que siente hace retroceder a la oscuridad. Todo esto va a terminar bien.

—¿Cuándo vas a regresar? —pregunta Tanya.

El aliento de la mujer le hace cosquillas en el oído. Tanya se inclina hacia

delante y mira a Iván desde un lado.

—Pronto —responde Iván—. Muy, muy pronto...

La vela llameó. Una ligera brisa se hizo sentir por todo el lugar.

—Cuatro... se acabó. —De pronto, el guía ciego se volvió hacia sus hermanos—. Ven aquí, Ignatius.

Un anciano menudo y apocado, con la cabeza medio calva, se destacó del grupito de ciegos y avanzó arrastrando los pies.

—Os presento al hermano Ignatius, vuestro celador. Si necesitarais algo, no dudéis en recurrir a él. Y si tuvierais preguntas acerca de nuestra fe, el hermano Ignatius, sin duda alguna, os las va a responder. ¿Verdad que sí, hermano?

—Por supuesto —confirmó el anciano, y asintió con diligencia—. Toda respuesta va a ser una «Sensación».

De pronto, pareció que el profesor aguzara el oído. Se incorporó y pareció que quisiera decir algo. Pero entonces recapacitó y permaneció en silencio.

—Muchas gracias, hermano Ignatius. Y... cinco. —El guía ciego hinchó los labios y, «fú», apagó la vela.

Iván hizo una mueca. La silueta de la llama extinguida todavía brilló durante unos momentos en la absoluta oscuridad.

—¡No! —gritó Kuznetsov—. ¡Por favor, dejad la luz encendida! ¡Por favor!

—Recogeos en vosotros mismos —recomendó la voz del guía ciego en la oscuridad—. Vais a tener diez ágapes como tiempo para reflexionar. Se os servirá comida dos veces por día. El hermano Ignatius llevará la cuenta. Cuando hayáis terminado el décimo ágape, vendré aquí para preguntaros por vuestra decisión.

Cuando las pisadas de los ciegos se perdieron en la lejanía, Iván se sentó en el suelo.

No podía ser cierto. Había sobrevivido a un disparo a quemarropa... para terminar así.

«Pero también voy a sobrevivir a esto, podéis estar seguros. Porque tengo que volver a casa.»

—¡Genial! —De pronto, el Überführer se echó a reír—. El saber es luz y la incertidumbre es oscuridad. Eso está muy claro. Primero esos ciegos nos miden las costillas, y luego nos vamos a volver como ellos. Es estupendo, ¿verdad que sí? —La risa del *skinhead* empezó a sonar histérica, como si no pudiera cesar.

«Maldita sea.» Iván apoyó la frente contra la reja.

«Si esto no fuese tan serio, podría incluso reírme —pensó—. No logro

librarme de la sensación de que alguien, de algún modo, trata de impedirme que regrese a mi hogar. Pero eso sería absurdo. Si pienso esas cosas, me voy a volver loco. Tengo que distraerme de algún modo de esas ideas.»

Iván se apartó de la reja y empezó a hacer estiramientos. Si se presentaba alguna oportunidad para huir, tenía que estar preparado.

Las horas pasaban. ¿O eran minutos?

De pronto se oyó el rumor de unos pies que se arrastraban en la oscuridad. Y el rechinar de unas ruedas que rodaban. Iván se acercó a la reja y escuchó. Un crujido metálico. Alguien hizo pasar algo por debajo de la reja. Y también una segunda cosa. Iván se agachó y, a tientas, encontró un objeto liso de metal. Una bandeja. Y a su lado, una cosa más pequeña y redonda. Un vaso. Era frío al tacto. Agua.

—¿Qué es esto? —preguntó, aunque ya lo supiera.

—El desayuno —murmuró el invisible carcelero—. Comed.

Las pisadas y el rechinar de las ruedas se alejaron hacia la derecha. Iván trató de calibrar la distancia. Unos veinte metros, luego el pasillo se desviaba... aparentemente hacia la derecha.

«¿Acaso nos encontramos en un antiguo búnker? Quizá. Da igual. Es la hora de desayunar. Vamos a ver lo que nos han servido.»

Iván agarró algo viscoso que se movía. Apartó la mano bruscamente y, del susto, estuvo a punto de soltar la bandeja.

—¡Mierda! —gritó el Überführer en la oscuridad.

Una bandeja de metal rodó por el suelo.

—¿Qué es esto? —preguntó Iván.

—Si no me equivoco, son caracoles comunes —se apresuró a explicar Vodyanik. Al contrario que sus compañeros de cautiverio, el profesor entendía el encarcelamiento como una especie de experimento psicológico—. Muy interesante. Ustedes, jóvenes, no tienen por qué arrugar la nariz. Los caracoles son una valiosa fuente de albúmina. Por añadidura, son fáciles de criar. Sólo necesitan calor y humedad, y se reproducen como... digamos, como... ¡como caracoles! Ja, ja. Probémoslos. —Se oyeron en la oscuridad crujidos de mordiscos y masticaciones—. No están nada mal —explicó Vodyanik con la boca llena—. Por supuesto que les falta limón, pero, sin embargo...

—Yo voy a tener que vomitar ahora mismo, profesor —advirtió el Überführer.

«Lo que nos faltaba», pensó Iván.

—¡Se lo ruego, joven, se trata de una *delicatessen*! En otros tiempos se servían caracoles en los mejores restaurantes de París.

—Ya lo sé, ya lo sé —respondió el Überführer—. Pero con luz. Con luz yo también me comería algunos, pero, en la oscuridad, son demasiado viscosos y repugnantes.

El profesor tosió.

—Es usted un exagerado —dijo entonces—. Aparte de que los caracoles no se ven especialmente apetitosos y se mueven...

—¡Mierda! ¡Se mueven! —gritó el Überführer, presa del pánico.

—¿Quién se mueve?

Se hizo una pausa.

—Profesor, ¿es usted quien ha dicho esta última frase? —preguntó Iván, aun cuando supiera que no había sido así. No conocía la voz que había hablado. Tenía un sonido peculiar, como blando.

—Pues claro que no —replicó el profesor.

—¿Has sido tú, Misha?

—No.

—También tendrías que preguntármelo a mí —intervino desde enfrente el Überführer, en tono burlón—. Cien por cien seguro que en estas mazmorras hay alguien aparte de nosotros tres... disculpe, profesor... aparte de nosotros cuatro, los cuatro idiotas. ¡Eh, desconocido! ¡Dinos algo!

Silencio. El sonido del agua que goteaba.

—¡Me gustaría saber quién más está aquí, maldita sea! —Al Überführer se le acababa la paciencia—. ¡Haznos el favor de responder!

Silencio.

—Dinos algo —dijo el Überführer, que de pronto hablaba con una voz acaramelada que no presagiaba nada bueno—. Te aseguro que soy el hombre más pacífico de este planeta, pero cuando alguien me pone de mal humor, me transformo. A ver, ¿quién más está aquí?

—Yo —dijo alguien en la oscuridad.

La voz salía de una celda que se encontraba cerca de la salida. Iván no se había dado cuenta de su presencia mientras había brillado la vela.

—Pero ¿quién eres? ¿Cómo te llamas? —insistió el Überführer.

—Yura —respondió el desconocido—. Los hay que me llaman Nelson.

—¿Como el almirante británico? —preguntó el Überführer.

—Esto... no exactamente.

—A mí se me habían ocurrido varias otras explicaciones —dijo entonces Vodyanik—. Pero no creo que le gustaran a nuestro amigo.

—¿De qué estación eres? —El Überführer proseguía con el interrogatorio sin piedad.

—De la Technoloshka.

—¡Ay, no! ¿Entonces eres uno de esos que llaman «gasóleos»? ¿Y cómo es que has venido a parar aquí?

—Porque soy imbécil.

—Ah, está muy claro que dejarse encerrar aquí no es una demostración de inteligencia —dijo el Überführer con un suspiro—. ¿Verdad que no, profesor?

Vodyanik se había ofendido y callaba, oculto en la oscuridad.

—No tengas miedo, muchacho —dijo el Überführer—. Vamos a sacarte de aquí. A propósito... ¿alguien tiene alguna idea de cómo vamos a salir de ésta?

No se les ocurría ninguna idea brillante. Ni siquiera después del cuarto ágape (dos días, calculó Iván), ni después del quinto, y tampoco después del sexto.

Arrastrando los pies con su inconfundible estilo, el carcelero les trajo la comida a la hora habitual. No siempre les daban caracoles. También les servían setas, o una sémola hervida totalmente insípida. Faltaba poco para la hora de la decisión y aún no se les había ocurrido nada. ¿Qué se podía hacer contra los ciegos... en total oscuridad? ¿Qué se podía intentar?

—Profesor, yo no quería decir nada —se lamentaba Kuznetsov—. Pero hace tiempo que veo luces y oigo voces. Como si alguien quisiera hablar conmigo. Pero pienso que sólo son imaginaciones mías. ¿Qué me ocurre?

—Es algo muy normal —respondió el profesor—. Son las consecuencias de la privación de estímulos sensoriales.

—Disculpe, ¿las consecuencias de qué? —respondió Iván.

—¿Recuerda usted cómo logramos derrotar a la Vosstaniya?

Iván se rascó el mentón.

Una sensación especial. Iván se recorrió varias veces el mentón con el dedo. Los cañones de las barbas le crujían. Tenía la sensación de que la mandíbula inferior le había crecido y medía como mínimo un metro y medio. Luego repitió el mismo movimiento con la otra mano. «Qué chungo.» Ahora el mentón se le había encogido hasta el tamaño de una nuez. Y no sólo el mentón. Se sentía todo el cuerpo pequeño, como si hubiera estado encerrado en una cajita.

—¿Lo recuerda usted?

—¿Se refiere al gas? ¿A esa porquería violeta que fabricamos? Fue usted

quien nos habló de ese proyecto americano. ¿Cómo nos dijo que se llamaba?

—MK ULTRA —respondió el profesor, y suspiró. Iván se quedó con la impresión de que el suspiro se materializaba, se desplazaba por el espacio y rebotaba suavemente contra la pared, como una pelota—. Y ahora somos como objetos de experimentación en ese proyecto.

—No lo entiendo —dijo Iván.

—Los alucinógenos y su aplicación militar... ése era uno de los puntos del programa MK ULTRA. Otro de los puntos era la privación de estímulos sensoriales, un invento del doctor Cameron, el director de todo el circo.

¿Y qué es eso?

Se trata de un método de tortura muy sutil. Incluso los hombres más regios, que serían capaces de soportar hasta la muerte los métodos de tortura convencionales, se hundían ante ese tormento. Las víctimas de la tortura sufren alucinaciones, dolores de cabeza tremendos y espasmos en el estómago. Padecen depresiones, no pueden concentrarse, etc. Y todo ello sin ninguna necesidad de aplicarles violencia física.

—¿Y en qué consiste esa... privación?

—En la eliminación de todo tipo de impresiones de los sentidos. Para conseguirlo, se sumergía a los sujetos en agua salada que se mantenía exactamente a la misma temperatura del cuerpo, se les ponían auriculares y se les vendaban los ojos. En esa situación se produce la privación sensorial. La persona no siente los brazos ni las piernas, y sus órganos sensoriales no reaccionan a ningún estímulo. Al cabo de unos días se puede hacer con esa persona lo que se quiera. El doctor Cameron mantuvo a algunos pacientes en ese estado durante seis meses enteros.

—Qué sádico —observó el Überführer.

—Seguramente. El sadismo es un rasgo de carácter indispensable para el verdadero científico.

—¿Todo eso significa que los ciegos están tratando de doblegar nuestra voluntad? —preguntó Iván.

Iván vio, literalmente, cómo el profesor movía la cabeza de arriba abajo. Un profesor de juguete, pequeño, divertido, montado como una pirámide de anillos, con la cara pintada y nariz de plástico. Y asentía, y asentía, y asentía...

Iván pugnó por liberarse de esa imagen. Él también había empezado a sufrir alucinaciones.

—Pienso que lo que nos hacen ahora es un tratamiento previo —dijo

Vodyanik.

La oscuridad que envolvía a Iván se tiñó de colores y empezó a vibrar. La cosa no iba bien. «Mierda.»

Iván estiró el cuello y trató de tomar aire. La falta de luz le robaba el aliento.

—¿Sabe usted una cosa, profesor? —dijo la voz del Überführer, procedente de algún lugar en la sinuosa oscuridad teñida de rojo amarillento—. Pienso que tiene usted razón. Desde la última comida estoy como en un viaje, como si hubiera tomado setas mágicas.

El sonido de su voz era alargado y tenía un toque verdoso. Las letras individuales eran cálidas y parecían recortadas en goma espuma de colores. Volaban hacia Iván, rebotaban con suavidad sobre su frente y se dispersaban en todas direcciones. Puf, puf, puf.

—Maldita sea —dijo Iván—. ¿Qué está pasando aquí?

Puf.

—Nada, Vanya.

Las palabras del profesor se le acercaron pesadamente, con pausas hipnóticas, como si quisieran quedarse en algún sitio. Letras de plástico con cantos de acero afinado. Iván creía ver las cabezas de los remaches en sus lados. Y el plástico pálido y blanco. No, era sucedáneo de cuero.

No, cuero natural de color blanco. Con repujados.

Una de las letras, una «K», voló hasta Iván y lo empujó contra la pared. Luego rebotó y se alejó de nuevo.

—Si esto dura mucho, acabaré por subir andando por las paredes —profetizó el aterrado Iván.

—Se pueden adoptar medidas de defensa —dijo el profesor.

—¿Como cuáles?

—Ante todo, tenemos que hablar entre nosotros. Así mantenemos ocupado el sentido del oído. ¿Queréis que os cuente un chiste?

—Esto... mejor que no. ¿Qué más? —El preocupado Iván se abanicaba con la mano.

«Si me río con un chiste del profesor, será ya demasiado tarde —pensó—. Entonces sabré con total certeza que me he vuelto loco.»

—En segundo lugar —dijo el profesor, ofendido—, aún tenemos todos las manos libres, ¿verdad que sí?

—Lo que quiere es que nos hagamos una paja, ¿no? —preguntó el Überführer, sin la más mínima ironía—. La masturbación es algo que está en

nuestras manos, ¿verdad que sí, profesor?

La indignación del profesor se acrecentaba y empezaba a parecerse a un elefante. Iván vio con nitidez su piel gris cubierta de pliegues. «Si un paquidermo como ése te pone la pata encima, ya estás listo», pensó.

—¡En un momento como éste, sigue pensando en lo mismo de siempre!

El elefante se puso a bramar. Iván se quedó consternado. En ese momento, el elefante era el profesor.

—Siento un zumbido en el cráneo —exclamó de pronto Kuznetsov—. Cada vez que habláis, siento como si alguien me agujerease las sienes con un taladro.

—Eso es muy normal —explicó el elefante en tono tranquilizador, y meneó la trompa.

—¿Y qué pasa entonces con nuestras manos? —preguntó Iván.

Su voz sonaba lejana. Indiferente y extraña. Su cuerpo alternaba entre hacerse más grande y más pequeño. Las voces se difuminaban.

—No sé cómo lo verán ustedes, señores —dijo Vodyanik con voz enfadada—, pero, por lo general, la función de las manos consiste en buscar estímulos táctiles.

—¿Y yo qué he dicho? —respondió el Überführer, en un intento por justificarse.

La voz del *skinhead* pasó flotando sobre la cabeza de Iván. Una mancha de mercurio que colgaba del techo.

—Palpe usted el suelo, Iván. Eso vale también para usted, Mikhail. Traten de ver con las puntas de los dedos. Describan sus impresiones. Con eso habremos activado una segunda fuente de estímulos. Y en tercer lugar... —El profesor calló por unos breves instantes—. Den rienda suelta a sus pensamientos. Lo que tenemos aquí son condiciones óptimas para la meditación. No hace falta LSD, ni polvo violeta para provocar experiencias religiosas.

—¿Lo dice usted en serio, profesor? —preguntó el Überführer.

Su voz se volvió más pesada, se condensó en una gota de mercurio con formas aerodinámicas y se hundió. Iván percibió la presencia y el movimiento de la gota sobre su propia cabeza, algo desviada hacia Vodyanik.

En esos momentos, el profesor ya no era más que un elefantito.

—Entonces, ¿qué tenemos que hacer? —respondió Vodyanik—. ¡A propósito! ¿Quién se sabe de memoria un buen poema?

—¿Tiene que ser un poema? —pregunto Kuznetsov con asombro—. ¿Y por qué?

—La pérdida de estímulos conduce, inexorablemente, a una inhibición en la emotividad. En tal circunstancia, el ser humano busca distracción, pero, al mismo tiempo, no encuentra recursos para dejar de pensar en sus problemas. Sin embargo, no debemos perder bajo ninguna circunstancia la voluntad de defendernos.

Se hizo una pausa. La gota del Überführer se cernía sobre el profesor, permanecía sobre él y lo contemplaba.

—Cuando el profesor tiene razón, es que tiene razón —proclamó el Überführer—. ¡Pues muy bien! ¿Quién va a recitar el primer poema? —Silencio—. Bien. Pues entonces voy a empezar yo. Será... Rudyard Kipling: «Las hienas.»

*Cuando se han ido los destacamentos funerarios
y los milanos han huido en su desconcierto,
vienen de noche las sabias hienas
para dar cuenta de nuestros muertos.
Cómo murió cada uno y por qué
creen que no es de su incumbencia,
van apartando arbustos y piedras
y olisquean su rastro con vehemencia.*

El Überführer recitaba en voz baja y con marcada expresión. Iván creía ver las hienas, creía verlas trotar sobre los cadáveres con sus fauces babeantes. Los cadáveres que había en derredor llevaban máscaras de gas y anoraks calcinados. A lo lejos ascendía el humo de un gigantesco cráter nuclear.

*No tienen otro designio que comer
por su bien y por el de sus hembras,
y saben que es más fácil la carne de muerto
que el más débil ser que vida aún tenga.
Porque la cabra cornea y el gusano pica,
y el niño podría hacerles frente;
pero un pobre y difunto soldado del Rey
no tiene fuerzas que cuenten.
Gritan y claman y escarban en tierra
hasta que sus blancos colmillos afilados
encuentran la casaca del Ejército*

*y sacan a la luz al finado.
Y el rostro patético aparece de nuevo
momentos antes de que lo devoren.
Pero no lo sabrán los hombres vivos,
sólo Dios, y los depredadores
que, privados de alma, no tienen vergüenza
sea cual sea la carne que encuentren.
Ni profanan el nombre del hombre que ha muerto.
Eso lo harán las humanas gentes.*

En cuanto el Überführer hubo terminado, se hizo de nuevo el silencio. En un primer momento, Iván no tenía claro dónde se encontraba. Tan sólo veía los cadáveres y los ojos de las hienas que brillaban a la luz de la luna. Era la primera vez en su vida que veía una hiena.

«En realidad —pensaba Iván—, profanar el nombre de los muertos es una costumbre puramente humana. Los animales son más decentes.»

Incluso las bestias de la superficie son más decentes que Sazonov.

—¡Recemos, hermanos!

Una vez más, aquella voz en la oscuridad. ¿De qué se trataba?! ¿Ni siquiera nos dejan dormir!

Iván se volvió sobre el otro costado y se puso bien la chaqueta. El desnudo suelo de hormigón le transmitía una miserable frialdad.

—No hay ningún infierno, ni en la tierra ni en el cielo —siguió diciendo la voz—, y tampoco ningún paraíso. Tan sólo nos ha quedado el fuego de la expiación por el que las pobres almas deambulan sin ninguna esperanza de redención. Y el nombre de ese fuego de la expiación es metro. Amén.

—Amén —repitió el coro.

—Se acerca la hora, hermanos. ¡La bestia con cuernos está cada vez más cerca!

«¿De qué bestia con cuernos habla el tío? ¿Quizá de un toro?»

A Iván le costaba concentrarse y ordenar sus propios pensamientos en la oscuridad.

«¡Ponte en pie de una vez, tenemos que salir de este agujero, maldita sea!»

Pero los esfuerzos de Iván fueron en vano. Bastó con que las voces callaran un instante para que volviera a dormirse.

—Escuchadme, he pensado algo —dijo el profesor—. ¿Verdad que ése había

empleado la palabra «Sensación»?

—¿De quién habla? —Iván levantó la cabeza. Estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la reja.

—Nuestro carcelero. Ese tal Ignatius.

—Sí, dijo que todas las respuestas iban a ser una «Sensación» —respondió entonces el Überführer—. Muy críptico. ¿Y? ¿Qué tiene eso de especial?

—¡Pues que significa que ese hombre había jugado al «¿Qué? ¿Dónde? ¿Cuándo?»!

—¿Ah, sí? —preguntó el Überführer, perplejo—. ¿Entonces, es colega suyo?

—¿Qué es eso del «¿Qué? ¿Dónde? ¿Cuándo?»? —preguntó Iván.

—Fue un concurso televisivo. Y cuando alguien respondía a una pregunta de manera espontánea, sin tener que pensarlo mucho, decían que era una «Sensación». ¿Lo entendéis?

—No —respondió el Überführer—. Pero vale, de acuerdo, la cosa iba así. ¿Adónde quiere llegar usted con eso, profesor?

Vodyanik había concebido un plan que era puro disparate. Explicó que en el ominoso concurso se liberaba mucha adrenalina. Quien jugaba una vez se quedaba enganchado. Era como una droga. La idea consistía en provocarle un colocón al carcelero para luego intentar engañarlo.

—Estupendo —dijo el Überführer a propósito de las explicaciones del profesor—. Pues entonces, inténtelo. Pero le garantizo que no nos va a salir bien.

—Muchas gracias por su optimismo —respondió Vodyanik, irritado.

—No tengo motivos para ser optimista.

Cuando el carcelero les hizo la siguiente visita, le echaron el cebo. Al oír sus pies que se arrastraban por el suelo, Iván dio inicio a su actuación.

—¡Ahora me toca a mí! Vamos a ver: si una persona se encuentra en el metro, no tiene que subir necesariamente por las escaleras automáticas para llegar a la superficie, sino que también existe otro camino por el que ahora vamos a preguntar. Sin embargo, las personas con buen entrenamiento, por lo general, renuncian a emplear ese otro camino. Si nos encontráramos en Moscú, su empleo sería más fácil, porque allí es más corto. ¿De qué se trata? ¿Lo sabe usted, profesor?

Tenso silencio. Ignatius prosiguió con su ronda. Se oyó el sonido de las bandejas.

—¿Y bien, profesor? ¿Se rinde usted?

Se oyó el chapoteo del agua. Las tazas de hojalata hicieron ruido sobre el

suelo de hormigón.

—Esto... ¿podría tratarse, quizá, de las escalerillas de incendios?

Nuevos pasos.

—Respuesta equivocada. La respuesta correcta es... —Iván hizo una pausa dramática—. ¡Los conductos de ventilación! En Moscú son más cortos, tal vez midan veinte o treinta metros, mientras que en San Petersburgo tienen por lo menos cincuenta metros. Además, las escalerillas, por lo general, están oxidadas, y eso también dificulta el ascenso.

Era Kosolapy quien le había explicado a Iván las diferencias entre el metro de Moscú y el de San Petersburgo.

Había pensado la pregunta junto con el profesor y luego se había aprendido la respuesta de memoria, para estar seguro de no bloquearse en el momento preciso.

Los pasos del carcelero se oían ya en la inmediata cercanía.

—Ajá, y la pregunta procede, indudablemente, de las experiencias personales de quien la ha planteado, ¿estoy en lo cierto? —preguntó Vodyanik con retintín.

Los pies, de pronto, dejaron de arrastrarse. Silencio.

—¿Qué es lo que has dicho? —preguntó Ignatius.

—¿Hablabas usted conmigo? —preguntó el profesor.

—Sí.

—En tal caso, le ruego a usted que no me tutee, si no le es molestia —dijo Vodyanik con voz fría—. Y por lo que respecta a mi observación, soy del parecer que la pregunta no se ha formulado de manera ecuánime. ¿Cómo se podría responder de manera razonable?

—Eh... —Se hizo una pausa—. ¿Aquí también juegan a eso?

El pez había mordido el anzuelo.

Iván había contado con que el carcelero aguantaría tan sólo hasta la siguiente comida. Pero se equivocó. Ignatius aguantó más tiempo del que había imaginado. Hubo que esperar una comida más. Cuando Iván había empezado a pensar que todo estaba perdido, oyó los pies desnudos que se arrastraban sobre el hormigón. Los pasos terminaron frente a la celda del profesor.

—Dígame, ¿estuvo usted en algún club? —preguntó el ciego.

—Por supuesto. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿De verdad?

Iván escuchaba. El cebo había causado su efecto.

—¿Para qué iba a mentirle? —replicó Vodyanik—. En cualquier caso, soy el

único de los que se encuentran aquí que jugó como profesional y, a decir verdad, estos amigos no son dignos oponentes para mí, y lo digo con todo el respeto.

—Muchas gracias por el cumplido —rezongó Iván.

—¿Eh? —La vacilación se hizo evidente en la voz del celador—. Tal vez podríamos... ah, no, está claro que no puede ser.

—¿Usted también había jugado? —preguntó Vodyanik.

—Sí, bueno, podríamos decir que...

—Me había llevado desde el primer momento la impresión de que era usted uno de los nuestros —explicó Vodyanik—. Me prestaría incluso a enfrentarme a usted en un torneo, pero, bien pensado, no sería justo. Es evidente que no se ha ejercitado usted desde hace mucho tiempo, mientras que yo...

—¡Vamos a hacer una prueba! —propuso Ignatius.

—¿Tengo que tomármelo como un reto?

—¡Desde luego! Pero ¿de dónde vamos a sacar las preguntas?

—¿Cómo? ¿Acaso se desmanteló el Archivo Stepanov?

Silencio. Iván creía percibir el esfuerzo en la materia gris del carcelero.

—Que yo sepa, no —respondió Ignatius. El tono amistoso de su voz dio a entender que sonreía.

—En cualquier caso, ambos sabemos preguntas que el otro no podrá responder —dijo Vodyanik—. Merece la pena un intento. Pero, por favor, sin preguntas basadas en juegos de palabras, ya me entiende, del tipo: «Es grande, gris y llama por teléfono desde África.» No soporto ese tipo de pruebas.

—¡Empiece usted, por favor!

Ambos eran fanáticos de los juegos de preguntas y respuestas, y se bombardearon obsesivamente con cuestiones. Iván se aburrió y llegó a echar una cabezada.

—Yo creo que con eso podemos terminar —dijo de pronto Vodyanik.

—Pero ¿por qué? —preguntó Ignatius.

Iván escuchaba. Hasta ese momento, el profesor no le había dado al carcelero ningún motivo para desconfiar. Pero tarde o temprano tendría que dar un primer paso.

—Sin un reloj para marcar el tiempo, esto no es divertido.

Vodyanik había atacado con precaución.

—Puedo conseguir uno —dijo Ignatius.

—Y además... además, voy a necesitar una luz.

Empezaba la parte difícil.

—¿Y eso por qué? —preguntó Ignatius con irritación—. ¿Ahora? ¿Así de pronto?

—Por la privación de estímulos sensoriales —dijo el profesor, como si con eso quedara todo explicado.

Se hizo una pausa.

La frente de Iván se cubrió de un sudor frío.

—¡Ja! —exclamó el carcelero—. Ya entiendo. Por la inhibición en la emotividad. ¿Conoce el experimento MK ULTRA?

—Pues claro. Candela —suspiró Vodyanik.

¿Qué decía de una candela? Iván no entendía nada.

—¡Exacto! —Ignatius se alegró como un niño con zapatos nuevos—. Por supuesto, candela. Pero es que esa pregunta era sencilla. —Pensó durante largo rato y con esfuerzo—. Bueno, está bien. Le voy a traer una luz. ¿Le bastará con una lámpara de carburo?

—Acetileno... la reacción de adición —dijo Vodyanik, veloz como un rayo.

—Ésa era demasiado fácil. Vayamos con algo más complicado: el arquitecto checo Jan Letzel vivió durante muchos años en Japón, donde diseñó varios edificios de estilo europeo. Después del gran terremoto de Kanto regresó a su patria y murió allí. Veinte años después de su muerte, uno de los edificios que había construido se hizo famoso en todo el mundo. Pregunta: ¿Por qué se hizo famoso?

Silencio. A juzgar por lo que se oía, Ignatius estaba agitado e impaciente.

—¿Y bien?

El profesor suspiró.

—Sin luz no puedo pensar bien, ¿lo entiende usted, colega? No logro concentrarme bien. Así no se puede jugar.

—Lo entiendo —respondió el carcelero—. Pero, de todas maneras, haga un intento por responder.

—Bueno, pues vale, pero no estoy seguro de la respuesta. ¿Podría ser que ése fuera el edificio que quedó en pie después de la explosión nuclear en Hiroshima?

Iván se quedó estupefacto. No lograba imaginarse el saber que había tenido que acumular aquel hombre para poder responder a una pregunta como ésa. Y la exhibición de saber no había terminado...

—Correcto —dijo Ignatius—. Era el edificio de la Cámara de Comercio.

—El Archivo Stepanov es un banco de datos que contiene todas las preguntas que se hicieron en los torneos de «¿Qué? ¿Dónde? ¿Cuándo?», o en

concursos televisivos como «Torneo de Cerebros» o «Su juego» —explicó Vodyanik—. Una «candela» es una pregunta que está quemada, que ya salió en un concurso anterior. «Darle la vuelta a una pregunta» significa dar una respuesta rebuscada e inverosímil a una pregunta que parecía fácil. Un «ataúd» es una pregunta a la que no se puede responder, una pregunta muerta.

El profesor hablaba como un libro, e Iván no sabía qué era lo que le empujaba con mayor fuerza hacia la locura, si la oscuridad o la cháchara de Vodyanik. ¿Hay algún castigo mayor que tener que hablar con un fanático acerca de su mayor pasión? Iván se consolaba con la idea de que aquello había de servirles para escapar.

Al traerles la siguiente comida, el carcelero vino con una linterna de funda de goma.

«¡Es la mía! —pensó Iván—. Ladrones de mierda. Pero que sea así. Lo más importante es que nuestro plan funcione.»

«Y además... ¡tenemos luz!» Por un instante no hubo nada más hermoso en el mundo.

Los ojos del profesor se iluminaron, y le vibraron las aletas de la nariz. El propio Iván se contagió en cierta medida de su entusiasmo. Vodyanik e Ignatius habían sacado ya diez preguntas y estaban seis a cuatro a favor del profesor.

El carcelero tenía la frente bañada en sudor. La expresión de su rostro irradiaba una mezcla de euforia y éxtasis, como la de un yonqui en pleno colocón.

Parecía que le faltara poco para perder el control sobre sí mismo. Pero no les quedaba mucho tiempo: dos comidas más.

—Atención... allá va la siguiente pregunta —anunció Vodyanik—. Al construirse el metro de Moscú, la planificación de las diferentes estaciones obedeció a motivos ideológicos. Mientras que en las estaciones de metro de los países capitalistas los andenes se encuentran a ambos lados y las vías en el centro, en el metro de Moscú ocurre lo contrario. La pregunta es: de acuerdo con la ideología marxista leninista, ¿qué es lo más importante del metro? Ha empezado el tiempo de respuesta.

El cronómetro hizo un clic.

El carcelero se sumió en sus pensamientos y entonces, de pronto, levantó el dedo pulgar. La pasión refulgía en su rostro.

—Sí... sí... ¡ya lo tengo! Sí, lo más importante en el metro... de acuerdo con la ideología marxista leninista... es... ¡que el cambio de vías se encuentre en el

lugar adecuado!

—Entonces, ¿ésa es su respuesta? —insistió Vodyanik.

—Eh... que el cambio de vías se encuentre en el lugar adecuado.

—El concursante ha respondido —dijo el profesor—. Atención. La respuesta correcta es...

El carcelero estaba como borracho y su cuerpo se tambaleaba. Anduvo torpemente hasta la celda y apoyó la espalda contra la reja.

En ese instante, el Überführer se puso a sus espaldas, le agarró la frente con una mano y la barbilla con la otra y, con todas sus fuerzas, le golpeó la cabeza contra la reja. Iván sintió un escalofrío al oír el espantoso crujido.

—Donde hay mucha sabiduría, también hay mucha tristeza —recitó el *skinhead*.

El carcelero se inclinó hacia adelante, las piernas se le doblaron. Por un instante, un fuego fatuo recorrió sus ojos, luego éstos se apagaron y su cuerpo se desplomó sin fuerzas, como un saco lleno.

—Pero si lo que queríamos era ganarnos su confianza... —balbució el profesor, consternado—. ¿Por qué le ha...?

El Überführer se arrodilló, sacó la mano por entre los barrotes, agarró por los pantalones al celador ya muerto y lo arrastró hacia sí.

—Ese hombre le quería dejar ciego a usted —le dijo Iván a Vodyanik—. ¿Tan rápido lo ha olvidado?

—Era... —El profesor se sentó en el suelo y se quedó inerte, recostado contra la reja—. Era uno de los nuestros.

El Überführer le quitó el manajo de llaves al muerto, se puso en pie y trabajó febrilmente con el cerrojo. Probó hasta que por fin encontró la llave correcta. Clic-clac. La puerta se abrió con un chirrido.

Salió de la celda con un suspiro de alivio y liberó al resto de los prisioneros.

—¿La respuesta correcta era ésa, profesor? —preguntó Iván.

El profesor aún estaba sentado dentro de la celda y miraba atónito a su difunto contrincante. Levantó la cabeza poco a poco. Parecía que hubiera envejecido.

—No —respondió—. Le había dado la vuelta a la pregunta. Lo más importante del metro son las personas. Era muy sencillo.

Iván guardó tan sólo un recuerdo fragmentario de lo que sucedió después. Tan pronto como todos los prisioneros estuvieron libres, se hicieron con la linterna e iniciaron una fuga más propia de una película, con todos los

ingredientes propios de ésta: pánico, gritos, caos.

Atacaron por sorpresa a dos centinelas y les arrebataron los fusiles. Los ciegos no tenían la más mínima oportunidad contra personas que veían y que disponían de una linterna.

Tal como Iván se había imaginado, la cárcel se hallaba en un pequeño búnker desde el que se podía salir directamente al túnel principal. Si lo tomaban en dirección sur, llegarían a la Oserki, y luego a la Nevski prospekt. Los fugitivos siguieron el túnel en esa dirección.

La linterna de la que se habían apoderado les dio algunas sorpresas.

—Andaaa —dijo el Überführer, y alumbró en plena cara a su recién conocido Yura Nelson—. Mirad esto.

—¿Qué pasa? —respondió éste, y, preocupado, se miró a sí mismo.

Iván tuvo que esforzarse para no echarse a reír. La expresión de horror y desconcierto que había aparecido en el rostro del *skinhead* era para morir de risa.

—¿Qué es lo que te sorprende tanto, Über? —preguntó Iván—. Ya te había dicho que se llamaba así.

El *skinhead* se rascó el mentón sin afeitarse.

—Yo me había imaginado al almirante Nelson, que era tuerto...

—Tú estás pensando en Kutúzov —dijo Iván.

—Y manco —siguió diciendo el Überführer, sin inmutarse—. Umm, aunque esto último sí se podría corregir...

Yura, apodado Nelson, tenía la piel negra, y eso difícilmente se puede corregir. «Son cosas que ocurren», pensó Iván.

Una hora y media más tarde, el Überführer seguía sin tranquilizarse.

—Pues vaya —murmuraba mientras caminaban en dirección a la Oserki—, pues entonces tendremos que llamarlo Nelson Mandela, ¿o no? ¡Eh, Mandela! —dijo, volviéndose hacia Yura—. ¿Eres negro de verdad? ¿O es que ahora veo mal?

«Ya podría ser que los ojos del Überführer no vieran bien —pensó Iván—, pero entonces se trataría de una alucinación masiva. Ja, ja.»

—Déjale en paz —dijo el *digger*.

—Sí, yo también pienso que ya es suficiente —añadió el profesor.

El Überführer se dio la vuelta y se detuvo.

—¡A callar! —bramó—. ¿O es que a vosotros os parece que voy a permitir que unos listillos de mierda me pongan las normas?

—¡Cállate tú! —gritó Iván en respuesta—. ¿Pero tú te has creído que tengo alguna necesidad de que me tomes por imbécil?

Ambos se perforaban con la mirada. Faltaba poco para que empezaran a arrearle puñetazos. Pero entonces el Überführer dijo una palabrota, escupió en el suelo y se volvió. Siguieron adelante en silencio.

—Ahora resulta que sí que eres un poquito racista, ¿verdad que sí, Über? —preguntó Iván en tono conciliador.

El *skinhead* le lanzó una mirada glacial. Se le hincharon las narices.

—¿Tú qué pensabas?

—¿Y qué pasa con Kipling?—preguntó Iván.

—Kipling está muerto.

12-Los Ángeles

IVÁN había oído hablar muy mal de la estación Oserki, pero, con gran sorpresa por su parte, no encontraron en ella ninguna gran dificultad. Les agasajaron incluso con carne y té verde.

—Es el *Sabantui* —les explicó un viejo uzbeko con una sonrisa en los labios—. La fiesta de la primavera, ¿entiendes?

Iván asintió y dio las gracias. Ni siquiera los cuatro pelos en la cara del Überführer habían inspirado ninguna suspicacia en el dueño de la casa, y así la breve estancia transcurrió para plena satisfacción de ambas partes.

«Si todo fuera siempre así», pensó Iván.

Tampoco se quedaron mucho tiempo en la Udelnaya. Era una estación fantasmagórica, abandonada. Los ecos se oían bajo su techo abovedado a lo largo de la única plataforma del andén. A la luz de la linterna vieron muebles destrozados, restos de madera contrachapada y latas de conservas. Era evidente que la estación había estado habitada hasta hacía poco tiempo. Pero, por el motivo que fuera, ya no lo estaba. Al iluminar la pared que se encontraba al otro lado de las vías, descubrieron indicios de una explosión y orificios de bala. Allí había sucedido algo terrible. Iván lo intuyó y dio prisa a sus compañeros.

Mucho antes de llegar a la Pionerskaya, oyeron el cántico de un coro infantil. ¿O eran mujeres las que cantaban? Costaba decirlo, pero, en cualquier caso, las voces eran francamente bellas.

La linterna empezaba a perder potencia. Iván la sacudió en varias ocasiones, pero no le sirvió para nada. Tampoco podía calentarle la batería, porque no tenía mechero.

Una delegación al completo les recibió en el puesto de guardia de la estación, como si hubieran esperado durante largo tiempo a Iván y a sus compañeros. Un buen número de hombres robustos, armados con fusiles, les apuntó a la cara con linternas y les revisó los papeles. No pareció importarles que el Überführer y

Kuznetsov no tuvieran ya documentos.

Iván pensó que los guardias, todos ellos altos y atléticos, eran bastante raros. Pero no habría sabido explicar el porqué, aparte de sus curiosas voces agudas.

Los rasgos de sus caras tenían un punto de feminidad.

—Son castrados —le susurró Vodyanik.

—¿Qué? —Iván enarcó las cejas—. ¿Son «los castrados»?

El profesor asintió.

—Sí, esos mismos que Saddam el Grande transformó en ángeles... o en mutilados, según se mire.

De pronto, uno de los castrados levantó la mirada. Sobre una de sus mejillas tenía una llamativa mancha de edad. Agarró con la mano el pasaporte de Iván y se volvió hacia sus colegas. Uno de ellos, el que llevaba un distintivo en el cuello que indicaba que era el jefe del puesto de guardia, tomó el pasaporte y lo examinó con atención. Luego repasó con la mirada al *digger*.

¿Había algún problema? Iván se olía algo malo.

—¡Por la sangre de Saddam! —gritó el jefe de los castrados con su voz aguda y poderosa.

De repente, los otros tres abandonaron su actitud amistosa y apuntaron a los visitantes con sus fusiles Kalashnikov.

—¡Acompañadnos!

—Bueno, esto es fantástico —dijo el Überführer en tono sarcástico, y levantó ambas manos—. Ahora sí que estamos acabados. Durante toda mi vida había soñado una muerte como ésta.

Mientras iban por el andén, los guardias hicieron un gesto con la cabeza a los otros habitantes del lugar. Igual que la Udelnaya, aquella estación tenía un andén de plataforma única. Tras los paneles del alumbrado brillaban varias lámparas. Algunas partes de la estación estaban separadas por telas blancas. Iván no logró entender qué sentido tenía eso.

El tío con la mancha de edad iba a la derecha de Iván y gritaba una y otra vez:

—¡Por la sangre de Saddam! ¡Por la sangre de Saddam!

—Pero, ¿qué problema tienen con la sangre de Saddam? —susurró el Überführer.

—No tengo ni idea —respondió Iván—. Pero mucho me temo que esto pinta mal.

—¡Callad la boca! —berreó el manchado, y baló de nuevo—: ¡Por la sangre

de Saddam!

Los castrados que se hallaban a su alrededor se agitaron, formaron grupitos, cuchichearon entre ellos y señalaron a los forasteros con los dedos.

«Mierda —pensó Iván—. Nos hemos metido en otro lío. ¿Qué querrán de nosotros estos tíos?»

De pronto, el Überführer dio un paso hacia adelante y trató de arrear un gancho. Sin embargo, no tuvo ninguna oportunidad, ya que una oleada de cuerpos lo circundó y lo sepultó bajo su peso. Iván habría querido correr en su ayuda, pero le tumbó un golpe de culata de fusil. «Cabrones.» Iván pugnó por respirar. Cayó de rodillas sobre el andén, se apoyó sobre las manos y luchó contra el malestar que se adueñaba de su cuerpo.

«¡Por favor, Über!»

Poco después, la multitud se dispersó e Iván vio de nuevo al *skinhead*. Estaba tumbado de espaldas en el suelo y arreaba patadas hacia todos lados.

Cuatro hombres lo agarraron por los brazos y las piernas, y se lo llevaron.

—¡Soltadme, putos maricones! —chillaba el *skinhead*, fuera de sí—. ¡Soltadme ahora mismo!

Su voz arrancaba ecos a la imponente bóveda de color blanco y se oía por toda la estación como si fuera el escenario de una ópera. Iván sintió en el pecho sus vibraciones.

—Qué magnífica acústica —decía Vodyanik con entusiasmo—. ¡Es simplemente increíble! Esta gente ha montado aquí un sistema acústico perfecto. Mire, esas telas de ahí son superficies que reflejan el sonido. Si lo he entendido bien, todo lo que tenemos aquí, hasta el más nimio detalle, está pensado para cantar ópera. La reflexión del sonido, el eco, ¡todo! Así pues, la historia de esta estación, cuyos habitantes cantan como ángeles, no es ninguna leyenda.

Iván miraba al profesor sin entender nada. Pensó que con gente como ésa se habrían tenido que edificar las paredes maestras de los túneles: habrían sido simplemente inamovibles.

Después del incidente, los bajaron a las vías, los hicieron pasar por una galería y los metieron en una sala debajo del andén. Les cerraron la puerta.

Iván miró a su alrededor. Había colchones por el suelo y una bombilla colgada del techo. Su intensa luz dolía en la retina. Iván se volvió.

Poco después, se oyeron ruidos y gritos en el exterior.

La puerta se abrió y, tras una breve riña, entró el Überführer.

La puerta se cerró una vez más. Silencio.

—¿Otra vez aquí? —dijo Iván para pincharle.

El *skinhead* estaba tumbado en el suelo, totalmente aturdido, y parecía maltrecho.

—Ésos no saben pegar —dijo—. ¡No son más que mujeres! ¡Mujeres!

—Aunque, para ser mujeres, son bastante fuertes los castrados esos. —El *Überführer* se levantó entre gimoteos, se rascó el cogote y escupió sangre—. ¿Cómo es eso, profesor?

—Se equivoca usted con sus mujeres —respondió Vodyanik.

—Pues no es de extrañar —respondió el *Überführer*—. Cuando hay mujeres de por medio, siempre se equivoca uno.

—Deje de decir tonterías. Los castrados sufren alteraciones en el equilibrio hormonal al llegar a la pubertad. Normalmente, el crecimiento de los huesos se detiene a tiempo como efecto de la testosterona. No es eso lo que ocurre con los castrados. Por eso son muy altos, tienen los brazos largos y una piel pálida y lisa. Los castrados deben esas propiedades a...

—Al cuchillo del carnicero, cómo no —interrumpió el *Überführer*.

—¿Tendría usted la amabilidad de dejarme hablar? —replicó Vodyanik.

—Discúlpele, profesor —dijo Iván—. No volverá a hacerlo.

—En tiempos del Renacimiento, había una gran demanda de muchachos castrados. Cantaban en los coros de las iglesias y algunos de ellos triunfaban como cantantes de ópera. Los historiadores han calculado que cada año se llegaban a castrar cinco mil muchachos.

—¡Qué horror! —comentó el *Überführer*, visiblemente impresionado.

—Las únicas grabaciones del canto de los castrados son de Alessandro Moreschi, uno de los últimos castrados célebres de la ópera.

—¿Y usted ha oído esas grabaciones? —preguntó Iván.

—Sí. Para serle sincero, me provocan emociones encontradas. Pero aquí, cuando se les oye cantar en persona...

Vodyanik se sumergió en sus pensamientos.

Iván recorrió con la mirada a sus acompañantes. No era un cuadro muy alegre. Tras el intermedio en libertad, lamentablemente breve, volvían a estar presos, y probablemente habían escapado de la sartén para caer en las brasas. Kuznetsov parecía extraviado; el profesor, reflexivo; Mandela, más bien impasible. El *Überführer* se lamía los labios partidos, hacía que le chascaran los dedos y lanzaba miradas lúgubres al vacío.

—¿Cómo estás? —le preguntó Iván.

—Estupendamente bien. Esto es simplemente fantástico. —El Überführer se encogió de hombros—. Allí querían dejarnos ciegos y aquí probablemente nos van a castrar, ¿verdad que sí?

Qué bonita perspectiva.

—Pues yo preferiría que me dejaran ciego —murmuró Iván.

—Lo comprendo, muchacho.

El tiempo se alargaba sin fin. Por mil diablos, ¿por qué los habían arrestado? Iván se puso a caminar de un extremo al otro de la sala.

—¡No soporto que no se pueda distinguir entre machos y hembras! —clamaba el Überführer.

—Lo mismo me ocurre a mí —dijo Mandela.

El Überführer volvió la cabeza. La mirada de agotamiento de sus ojos azules perforó lentamente al hombre de piel oscura como un cuchillo que se hubiera clavado en un trozo de carne. Luego volvió a extraer el cuchillo y cerró los ojos.

Mandela tragó saliva.

—Así tiene que ser —dijo el Überführer con los ojos cerrados.

—Sólo que mi apariencia no es la que tendría que ser, ¿verdad? —preguntó Mandela en tono provocador.

El *skinhead* enarcó las cejas.

—¿Lo ves?, el conocimiento de uno mismo es el primer paso hacia la superación. Eres un muchacho inteligente.

—Vete a paseo —replicó fríamente Mandela.

Iván se puso entre ambos.

—¡Ya basta! Me estáis atacando los nervios. Todos nosotros viajamos en el mismo barco y, si queremos escapar del desastre, vamos a tener que cooperar, tanto si os gusta como si no. Os comportáis como si estuvierais en el jardín de infancia, joder. Nos están escuchando desde el otro lado de la pared y se están partiendo el pecho a costa nuestra.

—Mira, tío, ahora no nos hagas discursos —respondió el Überführer—. Mejor le preguntas a Mandela qué era lo que se le había perdido en la *Prosvet*.

Iván le lanzó una mirada interrogadora al negro. De hecho...

—Nada en concreto —dijo Mandela a modo de evasiva—. Tan sólo tenía algo por resolver.

«Vaya, vaya, pues querríamos saber de qué se trataba», pensó Iván para sus adentros, y se propuso volver sobre ese tema en cuanto se le presentara la ocasión.

Una hora más tarde se llevaron a Iván para interrogarlo. Dos castrados más altos que la copa de un pino, con muslos gruesos y andares femeninos, lo llevaron a una pequeña habitación que se encontraba bajo el andén. Una lámpara de bajo consumo brillaba en el techo. Su luz fría alumbraba el rostro de un hombre sentado a una mesa.

«También está castrado —pensó Iván—, pero se ve masculino en comparación con los demás.»

—Siéntese, por favor.

Iván se sentó. La silla crujió bajo su cuerpo.

—¿Éste es su pasaporte?

El castrado le puso el pasaporte abierto bajo la nariz. La foto era de un niño de siete u ocho años. Era muy mala y el color se había difuminado. También habría podido ser del Überführer, e incluso de Mandela.

—Sí —confirmó Iván.

—Gorelov, Iván Sergeyevich. ¿Correcto?

El castrado le miró con frialdad. Se le veía tranquilo y profesional. A Iván le recordó a Orlov, el jefe del servicio secreto de la Admiralteyskaya, y cerró los puños sin darse cuenta.

«A mí no me pillas —pensó Iván—. Ya he tenido otras conversaciones sin testigos. Con Memov, por ejemplo.»

El *digger* se relajó y se puso cómodo en la silla.

—Por favor, responda usted a las preguntas —dijo el castrado.

—Correcto.

—¿Qué es lo que es correcto?

—Que me llamo Iván Sergeyevich Gorelov. —Iván se incorporó—. ¿O le interesan también otras cosas? Por ejemplo, que colecciono postales de la fortaleza de Pedro y Pablo.

—No me haga perder el tiempo con estupideces de ese tipo —le advirtió el castrado—. Créame que es por su propio interés. La siguiente pregunta: ¿En qué estación nació usted?

Iván vaciló.

—Nací antes de la Catástrofe. ¿Por dónde me quiere pillar? ¿Por el sello de la estación? Vaya ridiculez.

—El sello es de la estación Ploshchad Vosstaniya, ¿verdad que sí?

—Sí, ¿y qué? Fui a parar allí después de la Catástrofe —mintió Iván—. ¿Acaso es un delito?

—No, no lo es —respondió el castrado. Cerró el pasaporte y se puso en pie de pronto—. Pero es una notable casualidad.

¿Una casualidad? Iván no entendía nada. El castrado jugaba a un juego extraño. Una voz interior le dijo a Iván que no llevaba buenas intenciones.

Siempre el mismo sombrío presentimiento. Habría sido suficiente para destrozarle los nervios.

El castrado se marchó hacia la puerta. Al llegar al umbral, se volvió, como si de pronto se le hubiera ocurrido algo.

—¿Cómo se llama su padre? —preguntó, como de manera casual.

—Sergey.

«A mí no me vas a hacer caer en una trampa tan evidente», pensó Iván.^[21]

—¿Se acuerda usted de él?

«Una pregunta interesante.»

—De manera muy vaga —respondió Iván. No quería pasarse con las mentiras—. Nos abandonó a mi madre y a mí, ¿entiende usted?

—Entiendo. Le doy las gracias por su voluntad de cooperar, Iván Sergeyevich. Le llevarán en seguida a su sala de descanso.

«¿Sala de descanso? Éste quiere tocarme los huevos. Pues qué imbecilidad. Después de la siniestra hospitalidad de los ciegos, cualquier mazmorra con luz es puro reposo.»

—¿Y? —preguntó Kuznetsov con curiosidad—. ¿Qué querían saber?

Iván le mandó callar con un gesto, se sentó sobre el camastro y apoyó la espalda contra la pared. Quería echar una cabezada mientras aún pudiera hacerlo.

Pasó el tiempo... quizás una hora. Iván había contado con que también iban a interrogar a sus compañeros, pero parecía que los castrados sólo estuvieran interesados en él.

El Überführer se había echado de espaldas sobre el estrecho camastro y hablaba consigo mismo.

—Soy el portavoz del pueblo —proclamaba.

Los ojos azules del *skinhead*, fríos como el hielo, brillaban como diodos y miraban fijamente al techo. Su cráneo macizo y lleno de golpes semejaba un paisaje cubierto de cráteres con escasos brotes de vegetación.

Iván le escuchaba.

No era la primera vez que se limitaba a escuchar. Siempre le parecía

interesante. La capacidad de escuchar es una de las principales virtudes que ha de tener un líder. Y también el comandante de un pelotón de *diggers*. Aunque el pelotón ya no existiera.

A Iván se le pasaron imágenes por la cabeza: Gladyshev con los dientes al descubierto y espuma sanguinolenta en la boca; Sazonov, el brillo apagado de su revólver Python; el disparo.

El antiguo comandante de un antiguo pelotón de *diggers*. ¡Maldición! ¡Si fuera por él, que vinieran los *monsters* y se los llevaran a todos!

—¿Quién dices que eres? —le preguntaba Mandela en tono de burla—. Habla más lento, para que pueda apuntarlo.

—Si eso es lo que quieres... —El Überführer cerró el ojo izquierdo, miró fijamente al techo y empezó a dictar—: Yo soy el portavoz del pueblo. Podríamos decir también: la materialización de la voluntad del pueblo.

—Pues qué miedo —respondió Kuznetsov, y a continuación miró a los demás con orgullo... «Mirad si soy valiente. ¡Qué pipiolo!»

—También me da miedo a mí —añadió Iván, con una sonrisa satisfecha.

Pero, en principio, Misha tenía razón. Una materialización de la voluntad del pueblo como la que encarnaba el *skinhead* de rostro machacado no se la habría deseado nadie ni a su peor enemigo.

—Pero bueno —dijo el Überführer indignado—. Escuchadme, muchachos, y aprended algo que os servirá para la vida. Y tú, transcríbeme de manera fidedigna, muchacho. Vamos a ver. El pueblo ruso, punto A, no quiere extranjeros. Punto B, porque les tiene miedo. Aunque el punto B no es correcto. El pueblo ruso, en realidad, no teme a los extranjeros, sino a sí mismo. O, mejor dicho, tiene miedo de no poder defenderse. Lo cual no sería de extrañar, vistas todas las humillaciones que ha tenido que sufrir. A lo largo de varias décadas, le han empujado en una dirección y luego en la contraria, le han pisoteado los riñones y le han roto los huesos, le han puesto de rodillas y le han forzado a golpes a comer como los animales cada vez que sonaba la campana. Y precisamente por ese motivo tiene miedo de los extraños. ¿Quién sabe si esos extraños entienden la bondad del pueblo ruso como debilidad, y su hospitalidad como invitación al saqueo más desvergonzado? La estupidez y la ruindad de sus dirigentes, el incesante maltrato y expulsión de los mejores han dejado sus huellas. Cuando todo un pueblo pierde su equilibrio anímico y se adueña de él un complejo de inferioridad latente, no es de extrañar que vea amenazas donde tal vez no las haya, y reaccione en consecuencia. De tales circunstancias procede

un sentimiento nacional exagerado, un recelo crónico y un categórico rechazo contra todo lo que viene de fuera. En ello, señores míos, radica la fatal paradoja del pueblo ruso, que ahora se ha convertido en pueblo del Arca. Porque nos hemos salvado junto con los reptiles, los pollos y otros animales...

—Con los conejillos de Indias, por ejemplo —añadió Iván con corrosiva ironía.

—También con ellos —corroboró el Überführer.

—Oye, Über, ¿cómo es que eres tan listo? —preguntó Iván.

—¿De verdad quieres saberlo?

El *skinhead* se sentó sobre el camastro. Iván se dio cuenta de lo que acababa de provocar con su pregunta, pero era ya demasiado tarde.

—Por supuesto que no puedo acordarme de todo —dijo el *skinhead*, que volvió a echarse y apoyó la nuca sobre ambas manos—. Pero voy a empezar por el principio, como tiene que ser. Yo nací, hijo de padres honorables, en una propiedad apartada e idílica del distrito de N...^[22]

—Por favor, que alguien lo haga callar —ordenó Vodyanik, enervado.

—... y murió durante mi primera infancia —terminó de decir el Überführer, y sonrió—. Pero yo quería decir que todo eso me ha venido a la cabeza mientras estábamos atrapados en esta mierda de la *Prosvet*. Iván, tú me habías preguntado cómo llegué a Nueva Venecia.

Entonces, Iván volvió a prestarle atención.

—Sí, es cierto, te lo había preguntado.

—Los recuerdos que tengo de ello todavía son fragmentarios. Por desgracia. Mis recuerdos llegan hasta la batalla en la Vosstaniya. Luego tengo un agujero en la memoria, y después me acuerdo de que estaba preso en manos de los moscovitas. Y no me lo pasé nada bien con ellos.

—Te torturaron —dijo Iván.

El Überführer se miró las puntas de los dedos sin uñas.

—Eso parece. En otro momento posterior eché a correr por un túnel junto con otras personas. Al parecer, también estaban presas. Debió de ser una fuga a la desesperada. Ya no sé cómo terminó. Lo siguiente que recuerdo es que ya estaba en Nueva Venecia y que allí me bebí una porquería que tenía un fuerte olor a acetona. Y entonces empieza esa vertiginosa película de aventuras en la que tú eras el personaje principal. ¿Qué te parece el argumento? Es emocionante, ¿no?

Iván le respondió con un gesto antipático.

—¿De qué más te acuerdas?

—De mi khukuri nepalí. Mejor dicho, recuerdo dónde fue a parar. Entre los moscovitas había un tío... —El Überführer sonrió con malicia, se tendió de panza sobre el camastro y se cubrió la cabeza con los brazos—. Déjalo, es una cuestión personal. Despiértame cuando vengan a castrarnos, ¿quieres?

—Por supuesto —respondió el *digger*.

Mientras Iván echaba una cabezada, se abrió la puerta. En el umbral apareció un hombre grandullón. «Un castrado», precisó mentalmente Iván, como si ese rasgo pusiera en duda la naturaleza humana del recién llegado. Las facciones de su cara eran finas y tenía una piel tersa y pálida en extremo. Los ojos eran de un color verde brillante. Iván no recordaba haber visto nunca a nadie con unos ojos tan verdes.

—¿Iván Sergeyevich? —preguntó el castrado.

Su voz aguda, y en cierto modo ensimismada, sobresaltó a Iván.

—Sí, soy yo.

—Me llamo Mario Lanza —dijo el castrado—. Tendría que hablar con usted.

—¿Sobre qué? —Iván se levantó y estiró la espalda.

—Acerca de su padre, Iván Sergeyevich. Acerca de su verdadero padre.

Lanza y el *digger* se dirigieron al andén. ¿Acaso se había organizado una fiesta? Los castrados iban de un lugar a otro con afán y el ruido de fondo era comparable al de la Sadovaya-Sennaya, aunque en esta última debía de vivir un número de personas diez veces mayor.

«El Überführer tiene razón —pensó Iván—, se comportan como mujeres.»

Lanza condujo al *digger* hasta una sala de mantenimiento en la parte frontal del andén. Estaba limpia y ordenada, y las paredes estaban pintadas con un apagado color pastel.

—Tengo que preguntarle a usted varias cosas —dijo Lanza en cuanto se hubieron sentado.

Iván contempló al castrado. Lanza no tenía en absoluto el aspecto de un miembro de los servicios secretos.

—¿De qué se trata?

—Tiene que ver con mis extraordinarias capacidades memorísticas —explicó Lanza—. Tal vez haya oído usted que ciertas personas se acuerdan de su propio nacimiento. Así, por ejemplo, el escritor Liev Tolstói, si es que ese nombre le dice algo a usted, se acordaba en detalle del día de su bautismo. En mi caso, el

fenómeno es todavía más extremo. Me acuerdo de todo lo que sucedió antes y después. Mi cerebro está estructurado de esa manera. Así como a usted le pasan ciertas cosas por alto, a mí me ocurre lo contrario: no logro olvidar nada. Ni siquiera los detalles más atroces. Soy, por así decirlo, la memoria andante de mi generación, si es que se me permite el empleo de una expresión algo pretenciosa. Y, por puro azar, estoy castrado, lo cual, de acuerdo con las opiniones de nuestros antepasados, garantiza mi objetividad.

—Pero, ¿es usted objetivo de verdad? —preguntó Iván.

Lanza sonrió con satisfacción.

—En realidad, no. Ya antes de la Catástrofe, alguien aventuró la teoría de que la memoria humana funciona tan sólo cuando está conectada con emociones. Tal vez sea así. Yo, personalmente, soy una persona muy emotiva. Por suerte para usted.

«Eso aún está por demostrarse», pensó Iván con recelo.

—¿Y es por eso por lo que habla conmigo?

—El Consejo me ha rogado que investigue si es usted en verdad quien dice ser.

—¿Y por qué usted?

—En primer lugar, por mi extraordinaria capacidad para recordar.

—¿Y en segundo lugar?

Los delgados labios de Lanza dieron forma a una sonrisa.

—Y, en segundo lugar, porque yo conocí en persona a Saddam el Grande.

Iván arrugó la frente.

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué es lo que tenemos nosotros que ver con Saddam?

Silencio.

Una mosca zumbaba en un rincón, se posó en la pared y echó de nuevo a volar.

—Conjeturamos que uno de ustedes es hijo de Saddam.

Iván miró a su alrededor. Aparte de Lanza, de la mosca y de él mismo, no había nadie más en la sala.

—¿Piensan que soy yo?

—Sería muy posible.

Iván trató de imaginarse qué podía significar para él su recién adquirida conexión con aquella celebridad.

—¿Y entonces qué? ¿Me van a... castrar?

Mario Lanza sonrió.

—¿A usted le apetece?

Iván sintió un escalofrío.

—Sinceramente, no —respondió—. El rol masculino me resulta... esto... más familiar. Pero seguramente deben de querer vengarse de él.

—¿De Saddam el Grande? —Las finas cejas de Lanza se elevaron visiblemente sobre su frente—. ¿Por qué íbamos a hacerlo? Pienso que se ha hecho usted una idea totalmente equivocada, Iván. Al contrario, le estamos muy agradecidos a Saddam.

Iván se rascó la barbilla sin afeitar.

—¿Lo dice usted en serio?

—Desde luego.

De pronto oyó un sonido de campanas, fuerte, pero melodioso. Lanza se puso en pie.

—Venga, va a empezar la fiesta.

Un castrado de gran corpulencia y espaldas llamativas por su anchura, con manos como palas, se plantó en el centro del andén y se puso a cantar. Iba maquillado y llevaba un vestido de noche. Su poderosa voz de mujer se elevaba a tonos cada vez más elevados, y algunos de ellos los sostenía durante una eternidad. Iván se preguntó cómo podía respirar.

—Es una aria de la ópera *Tosca* de Puccini —susurró Lanza.

—No me digas —respondió el Überführer, y bostezó una vez más.

«Como lo repita, se le van a desencajar las mandíbulas», pensó Iván.

Lanza se llevó la mano a los labios para disimular una sonrisa.

La fiesta proseguía.

Al cabo de diez minutos, las voces extremadamente agudas y penetrantes de los cantores empezaron a darle dolor de cabeza a Iván. Una hora más tarde, tan sólo una voluntad de hierro le permitía aguantar el concierto. Había que ser un apasionado de la ópera para poder vivir allí. La estación de los ángeles... ¿por qué no? Pero Iván habría preferido que los ángeles callaran.

A continuación aparecieron los Mayores entre los castrados. Pero esa tortura también finalizó.

—Venga conmigo —susurró Lanza, agarrando a Iván por el hombro.

Todos se pusieron en pie y se acercaron a la mesa de los Mayores.

—Iván Gorelov, el hijo de Saddam —proclamó Mario Lanza.

—Buenos días —dijo Iván, y bajó la cabeza, desconcertado.

El Consejo de los Mayores se componía de cinco castrados. En realidad, los

Mayores eran bastante jóvenes. Podían parecer mayores, como mucho, en comparación con Misha Kuznetsov.

Iván calculó que debían de tener poco más de veinte años. Entre ellos se encontraba un castrado regordete, muy maquillado, que sin duda alguna presidía el consejo. Llevaba una vestidura blanca que dejaba un hombro al descubierto. En comparación con el robusto Lanza, tenía una apariencia femenina en extremo. El presidente del consejo también había empeñado sus esfuerzos en la interpretación de un aria, pero, por mucho que le daba vueltas, Iván no recordaba cuál de ellas.

—Se parece mucho a su padre —dijo el presidente.

—Muchas gracias —respondió Iván.

—Tenemos mucho que agradecerle a su padre. Seguro que hubo personas deseosas de vengarse en el hijo de Saddam. Pero nosotros no nos encontramos entre ellas. Con esta fiesta celebramos nuestra libertad.

—¿Cómo tengo que entenderlo?

Los Mayores intercambiaron miradas.

—Saddam nos convirtió en lo que ahora somos —respondió por fin el presidente—. En hombres libres, en hombres que no son esclavos de un deseo incontrolado y bestial. ¿Lo entiende usted? Con ello, nos transformamos en seres humanos de un orden superior. No albergamos deseo alguno de venganza. Muy al contrario, cuenta usted con nuestro respeto y nuestra estima.

—Yo tendría que volver a mi hogar —dijo Iván con insistencia—. Sea como sea.

—Lo comprendo —respondió el presidente—. Nos habríamos alegrado mucho de que se quedara aquí, pero, por supuesto, respetamos los deseos del hijo de Saddam.

—Muchas gracias —contestó Iván—. Esto de ahora ha sido... —se detuvo y buscó la palabra adecuada— ha sido magnífico.

El presidente asintió con satisfacción. Era evidente que Iván había encontrado el tono adecuado.

Lanza lo agarró por el codo y le condujo de nuevo hasta las hileras de espectadores.

—¿Qué es lo que han querido demostrarme? —preguntó Iván.

—Magnanimidad. —Lanza se puso serio de nuevo—. Nos ha dado usted la oportunidad de demostrar que somos magnánimos, Iván. Tal vez con eso nos baste. Pero ahora, ¡la fiesta continúa!

Iván suspiró por dentro.

—¿Por qué tiene usted un nombre tan extraño? —preguntó Iván.

—No es extraño. Es el nombre de un célebre tenor que vivió antes de la Catástrofe. Aquí, por ejemplo, tenemos un Caruso, un Pavarotti, un Robertino Loretto e incluso un Muslim Magomayev, aunque esto último me desagrada, porque al fin y al cabo fue barítono. Cuando fundamos aquí nuestra comunidad, cada uno de nosotros se puso el nombre de un célebre cantante del pasado.

Lanza contempló a Iván y una sonrisa de superioridad se insinuó en las comisuras de sus labios.

«Éste lo sabe muy bien —pensó Iván—. No se olvida de nada y tiene memoria fotográfica.»

—Yo no soy hijo de Saddam —dijo Iván—. Y usted lo ha sabido desde el primer momento, ¿verdad que sí?

El castrado asintió.

—Por supuesto que lo sabía. —Su voz aguda y clara como el cristal tenía un sonido característico; su timbre quedaba a medio camino entre la voz de una mujer y la de un niño—. Pero usted sería... digamos, un buen candidato para ese papel. Por otra parte, temía que usted mismo no estuviera al corriente de ciertas cosas. La primera vez que nos vimos era usted un niño. Yo tenía seis años y usted sería algo mayor, debía de tener siete u ocho. Puede ser que yo conociera también a su padre. Dado que se encontraba usted allí, su padre debía de pertenecer también al círculo de conocidos de Saddam el Grande.

Iván alzó los ojos.

—¿Cómo se llamaba? Quiero decir... —El *digger* vaciló, pero igualmente acabó por decirlo—: Mi padre.

—Yo no sé cuál de aquellas personas era su padre —respondió Lanza—. Lo siento.

—Ya... —Iván se forzó a sí mismo a sonreír—. La cosa no tiene remedio.

¿Y yo para qué quiero a mi padre?

Iván se pasó los dedos por entre los cabellos.

Uno vive veintiséis años sin preocuparse por esa cuestión y entonces aparece otro y nos la pone delante de las narices.

Lanza los acompañó por los puestos de control de la Pionerskaya. Los dos castrados que vigilaban allí eran tan altos y tenían las espaldas tan anchas como él. Se les habría podido confundir con hombres normales si no hubiesen tenido rasgos femeninos en el rostro y movimientos algo amanerados.

«Su apariencia tiene como un punto antinatural —pensó Iván—. Hay algo en ellos que no encaja.»

Al despedirse, Lanza les entregó un casco con linterna en la frente. La linterna se conectaba a una vieja batería que se podía llevar sujeta al cinturón.

—En este lugar se separan nuestros caminos —dijo Lanza—. Aquí tenéis vuestras cosas. Por desgracia, no iréis muy bien armados. —Se descolgó del hombro el mismo Kalashnikov que ellos mismos habían arrebatado a los ciegos y se lo devolvió a Iván—. Tan sólo quedan dieciocho cartuchos, no he podido conseguir más.

—No importa —respondió Iván—. Ya nos las apañaremos. Estamos acostumbrados a pasar con poco.

—No sé durante cuánto tiempo va a aguantar esa batería —dijo Lanza—. Conservo en la memoria dos libros sobre electricidad, pero el problema es que aún no los he leído.

Iván se sonrió.

El Überführer se acercó para despedirse. No logró disimular los esfuerzos que le costaba. Los músculos del rostro se le contrajeron.

—Hasta la vista, Überführer —se despidió Lanza con su voz de ángel, y le tendió la mano al *skinhead*.

—Umm —murmuró el Überführer con toda su antipatía, y le dio la mano al castrado, con muchos reparos, como si hubiese temido que se la aplastara.

A continuación se la estrechó. Lanza sonrió, sin darse por enterado. El *skinhead* apretó con más fuerza todavía y todavía más. Las venas del cuello empezaban a tomar forma bajo su piel. El rostro de Lanza no se alteró.

—Usted... esto... tú... eres un tío de verdad —masculló el Überführer, se rindió por fin y se sacudió la mano enrojecida—. Te has ganado mi respeto. Muchas gracias por todo.

«Se acabó. Adiós, estación de los ángeles.»

—Uh... —El *skinhead* luchó consigo mismo y se volvió una vez más hacia Lanza—. ¿No podrías cantarnos algo para la despedida? Pero algo... ya me entiendes, algo normal.

Estaba claro que Iván no era el único a quien le había costado digerir las arias de ópera.

El castrado sonrió, desconcertado.

—¿Por qué no?

—Bajo la luna primaveral de abril —cantó Lanza— se funden las nieves del

parque...

La alegre canción infantil resonó por el túnel. Era como si una mujer y un niño cantaran al unísono y les respondiera el eco de un coro de infantes.

—Y el columpio con alas vuela y vuela y vuela...

Se marcharon por el túnel en dirección a la Chornaya Rechka y escucharon el canto del castrado de la excepcional memoria.

La voz de Lanza era poderosa y clara como el cristal.

A una gran distancia de donde ocurría todo esto, el demonio oye la voz y levanta la cabeza.

El demonio gris se agita nerviosamente, sin moverse, y arruga la frente. Ésa es la máxima expresión emocional de la que es capaz. Esa vibración de alta frecuencia... no, esos tonos tan agudos no le gustan. Distorsionan su imagen del mundo y le enturbian la mirada. La red de túneles, el sistema por el que circula su sangre, se difumina ante sus propios ojos.

El demonio gris sorbe aire dentro de su cuerpo. Los humanos se maravillarían si supieran cuánto aire puede llegar a tomar de una sola vez. Y si le conviene, también podría pasarse sin respirar.

Es la perfecta máquina de supervivencia.

Algo le cosquillea en la nariz. Olores. Pero eso no es tan importante. El demonio percibe el mundo de una manera totalmente distinta. Mediante las omnipresentes ondas de radio. Todos los humanos, todos los seres vivos son emisoras con una frecuencia propia.

Olores.

Un mundo que refulge y crepita.

El demonio percibe débiles ecos de miedo. Molestias. Ése al que persigue tiene percepciones afinadas y recela que aquí hay algo raro.

El demonio presiente la importancia del instante en que se va a encontrar con ese al que persigue. Va a ser como la caída de un rayo. Un fulgor azulado y el olor del ozono.

No podría encontrarse un momento mejor en el mundo.

13-La bruja

LA corrosión había abierto una grieta en la superficie de la tubería y dividía en dos las escamas de herrumbre que se desprendían de ésta.

«Siempre lo mismo. Todo lo que existe alcanza en algún momento los límites de su aguante. Aunque seas de acero, en algún momento se hará evidente el punto débil en el que pueden emplearse las fuerzas de la destrucción.»

«Pura física.»

Iván apartó el rayo de luz con el que había iluminado el tubo roto y se volvió. Vodyanik se encontraba detrás de él y parpadeó al sentir la luz de la linterna en los ojos. La corpulenta figura del profesor se veía decaída. El sobretodo azul colgaba de su cuerpo como de una percha, y la tela se le abombaba en las rodillas hasta formar gruesas rodilleras. La hirsuta barba del profesor estaba tan sucia que el manojito de pelo se le había pegado en una única masa de tacto aterciopelado. Se le habían formado en la frente surcos profundos como cañadas. La piel ya no era clara, sino grisácea como hormigón desmenuzado. Tenía gruesas bolsas bajo los ojos.

—Ya casi hemos llegado —dijo Iván para animarle.

Vodyanik asintió con apatía. El último trecho le había puesto de mal humor. No era nada sencillo caminar al ritmo de un *digger*. Incluso las personas entrenadas podían tener problemas. Por no hablar de un científico que se pasaba la mayor parte del tiempo sentado y que prácticamente no había salido nunca de su estación. El profesor había estado en la Vasileostrovskaya durante todo el tiempo en el que Iván había vivido allí.

«¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Cuándo llegué a la estación? ¿Hace seis años? ¿O siete? Da igual. Siempre me van a considerar forastero.»

Iván escupió.

«Si Kosolapy no me hubiese aceptado en su unidad, yo no me habría instalado nunca en la Vasileostrovskaya.

»¿Quién quiere tener a su lado a un *digger*?

»Los *diggers* están siempre con un pie en la tumba. Son tan sólo criaturas medio humanas que no pertenecen del todo al mundo de los vivos. Y ahora, por fin, he llegado al reino de los muertos. Y todo gracias a Sazonov y a Memov.

»¿Qué es lo que he hecho mal? ¿Por qué no vigilé a Sazonov?»

Iván caminaba en la oscuridad, inmerso en sus pensamientos. A la luz de la linterna se hacían visibles las junturas de los túneles, las vías herrumbrosas y los cables colgados, de los que se desprendía la mugre de varias décadas.

«¿Cómo es posible que no me diese cuenta de su traición?

»Me equivoqué. También entonces, cuando me imaginé que Sazonov debía de haber encontrado una amiguita en la Gostinka. Sí, una amiguita.»

Iván negó con la cabeza.

«Fue a informar. Pero ¿a quién? Probablemente a Orlov, ese puerco calvo de voz chillona. ¿Quizá tendría que empezar por matar a Orlov?»

Se acercaron a la estación Chornaya Rechka, la misma donde Iván, acompañado de Violator, se había encontrado con los gitanos. Ahora tenía claro qué eran los «ángeles» de los que había hablado su jefe.

«Esos ángeles son una gente estrambótica —pensó Iván—. Aun sin contar con que les falta un par de accesorios masculinos. El mero hecho de que hayan indultado al hijo de Saddam no es normal. ¿Qué habría hecho yo? Yo, en su lugar, habría castrado al hijo de Saddam. Como mínimo. Vengarse de las ofensas... eso es lo que hacen los hombres. O, mejor dicho, los seres humanos.»

Detrás del profesor venían el Überführer, Misha y Mandela. Tenían la intención de separarse en la Nevski prospekt. El negro tenía que regresar a la Tekhnoloshka, el Überführer iría en busca de sus *skinheads*. Y por lo que respecta a Kuznetsov y al profesor, Iván no quería implicarlos en su venganza.

De pronto, Iván lo vio todo negro. Una vez más, el dolor le martilleaba la cabeza, como si alguien se la hubiera llenado de plomo líquido. Tropezó, soltó la linterna y se sujetó su propia cabeza con ambas manos. ¡Maldita sea!

Sentía el coágulo de plomo palpitante.

—¿Qué te sucede, Iván?

Los demás acudieron en su ayuda.

Iván apartó a Misha de un empujón y se apoyó en la pared. Su mano se agarró a la húmeda mugre.

El dolor se suavizó en cierta medida, pero aún lo veía todo doble.

Ya le había ocurrido en otra ocasión.

Iván se incorporó con gran esfuerzo.

—Alguien nos persigue. Es gigantesco... y aterrador.

La oscuridad era asfixiante.

Caminamos hacia la Gran Nada.

—¡Más rápido! —Iván no sabía por qué les daba prisas a sus compañeros. El coágulo de plomo volvía a palparle en el cogote—. ¡Venga, tíos! ¡Daos prisa!

Hay alguien muy cerca de nosotros. Siento su presencia.

Iván se agazapó, cerró los ojos por un instante y se volvió a levantar.

—¡Más rápido!

Echaron a correr.

Percibo su presencia. Nos persigue. Ahora... mismo...

—¡En dirección a las once! —gritó Iván.

El *skinhead* se dio la vuelta con el fusil a punto. Silencio. Movimiento. Una voz aguda.

—Gigantesco y aterrador... no veas —dijo con sorna el Überführer.

Una rata grande y gris se dejó ver a la luz de la linterna. El animal se agazapó sobre una de las traviesas y miró con desprecio a los seres humanos.

Era como si llevaran toda una eternidad en el camino, pero parecía que el túnel no tuviese fin.

—Os lo puedo explicar de manera más sencilla. —El profesor mecía la cabeza y se tiraba de la barba—. Las ratas son un buen ejemplo. Se me acaba de ocurrir porque hemos visto una.

—¿Qué tienen ellas que ver con todo esto? —Iván, que iba delante, se echó el casco hacia atrás y se secó el sudor de la frente. En un túnel desconocido había que andarse siempre con ojo. Volvió a colocarse bien el casco y siguió adelante. Con movimientos regulares de cabeza iba iluminando el túnel en todas las direcciones.

—Las ratas no se mueren nunca de viejas —explicó Vodyanik—. ¿Se lo imagina usted, Iván? Una rata que vive por toda la eternidad. Una idea disparatada, pero, en teoría, perfectamente posible. Casi se siente angustia al pensar en la capacidad de supervivencia con que la naturaleza ha dotado a ese roedor.

—Pero las ratas no viven para siempre —replicó el Überführer.

—No, claro que no.

—Mueren tarde o temprano.

—Sí, claro, ¿pero sabe usted de qué?

Iván suspiró. El profesor le atacaba los nervios con sus extraordinarios conocimientos sobre todas las cosas que había en el mundo. Pero, consciente de su deber, preguntó:

—¿De qué?

—De cáncer.

Iván suspiró.

—¿De verdad? ¿De cáncer?

—Así es. Todas las ratas mueren tarde o temprano como consecuencia de procesos cancerosos. Si no, vivirían por siempre y se reproducirían sin límites como la plaga del saltamontes. Y entonces se devorarían entre ellas hasta que tan sólo quedara una única y gigantesca rata que hubiese devorado a todas las demás.

Iván se imaginó a la obesa y monstruosa rata instalada sobre un planeta en el que no quedaría nada más, y que con sus diminutos ojillos contemplaría el vacío del Todo. Llevaría un collar de calaveras de rata colgado del cuello.

—¿Un ecosistema distinto? —preguntó Iván.

—Yo más bien preferiría hablar de un plan B de la naturaleza.

Poco a poco, Vodyanik se quedaba sin aliento. A causa de su considerable masa corporal, una caminata a paso normal le fatigaba en seguida. Iván dio la señal de descanso.

—¡Uf! Gracias, Vanya. —El profesor se sentó sobre las vías y respiró hondo —. Un hecho interesante es que, en mis tiempos, la radioterapia era uno de los medios más efectivos para el tratamiento del cáncer.

Iván reflexionó.

—Eso significaría que las ratas, al corretear por las zonas radiactivas de la superficie, se libran automáticamente de sus cánceres.

—Eso mismo es lo que yo quería decir. En principio, nada les impediría vivir eternamente. En general, tenemos muy poca idea de las soluciones que la naturaleza ha concebido para los casos de emergencia. Así, por ejemplo, las ratas son un plan B ideal para un caso de catástrofe nuclear. O de colisión contra un meteorito. Pensemos, por ejemplo, en la explosión de Tunguska. Lo mismo valdría para las tremendas explosiones volcánicas que podrían transformar la Tierra en un planeta sumido en las tinieblas que avanzaría por la frialdad del Universo. Los parajes irradiados son un entrono ideal para las ratas. En ellos viven durante más tiempo, no mueren de cáncer con la misma frecuencia y se expanden sobre la Tierra. ¡Maravillosos animales!

Iván miró de reojo al profesor. La expresión de su rostro hacía pensar que lo decía totalmente en serio.

—Puedo imaginarme muy bien que el incremento en el número de enfermedades cancerosas previo a la Catástrofe estuvo relacionado con la superpoblación. La naturaleza tenía que poner coto de algún modo al crecimiento de la población humana. El cáncer no es más que un medio que emplea la naturaleza para el control de poblaciones. Y al producirse transformaciones catastróficas, ese mecanismo de control se desactiva.

—*Who wants to live forever* —cantó el Überführer—. Ratas inmortales con faldas escocesas pelean con espadas. ¡Hombres de las *Highlands*... sólo uno puede triunfar!

El profesor sonrió satisfecho.

—Es curioso, pero últimamente ese principio se aplica con precisión. Sólo uno puede seguir con vida.

Algún tiempo más tarde llegaron, por fin, a la Chornaya Rechka. Iván se quedó con la boca abierta al contemplar por primera vez el andén. La estación estaba irreconocible. La última vez había estado oscura y abandonada, salvo por unos pocos gitanos que se habían reunido en torno a una hoguera solitaria. Pero ahora...

Iván lanzó un silbido. ¡No podía ser!

—¿Vosotros veis lo mismo que yo? —preguntó el Überführer, que era evidente que también había estado antes en la estación—. ¿O es que esto es un sueño?

—No, todo esto es cierto —dijo Iván—. A menos que nos hayamos muerto y nos encontremos en el paraíso.

En la estación que antes había estado desierta ardía un mar de luces, y las cúspides de gigantescas tiendas llegaban casi hasta el techo. El circo había regresado.

Como era de esperar, también en este caso el profesor hizo gala de su saber. Según explicó, el circo en la actualidad ya no era igual al circo anterior a la Catástrofe. Más concretamente, en el metro había renacido una forma más primitiva de circo que habría sido más adecuado llamar «feria». Una fiesta que iba de sitio en sitio y que ofrecía entretenimientos de lo más variado: números clásicos de circo, competiciones deportivas, adivinos, números de magia, atracciones, juegos de apuestas (lo que en otros tiempos se habría llamado «casino»), poesía, música, canto, danza y teatro. Y, por supuesto, también amor

de pago.

—Un bufé de las artes —dijo el profesor con ironía, pero Iván no le entendió.

Daba igual. El circo es y seguirá siendo siempre el circo.

Después de los acróbatas, aparecieron los forzudos.

Y después de los forzudos, los payasos.

Luego cortaron en dos a una mujer con una sierra. Después se exhibieron otros trucos de magia. Salieron chicas medio desnudas a bailar.

En resumen, había algo para cada público.

Cuando Iván regresaba del baño, empezó el siguiente número.

Iván se metió entre las primeras filas. Los espectadores estaban sentados, con las piernas dobladas o cruzadas sobre el andén. Los había que se habían traído una colchoneta. «Comodones», pensó Iván con envidia, y se acordó con nostalgia de su propia colchoneta, que había dejado en la Ploshchad Vosstaniya. Habría preferido estar entre los comodones en vez de tener el culo frío de tanto sentarse sobre el granito desnudo.

—Y ahora está a punto de aparecer... —El presentador hizo una pausa dramática—. ¡Todos vosotros la conocéis y la amáis... nuestra maravillosa Isubra!^[23]

El público estalló en aplausos. También Iván aplaudió, aunque no tuviese ni idea de lo que se trataba. ¿Quizás una maga? Le encantaban los juegos de magia.

—¡Isubra, hurra! —gritaban algunas voces entre la multitud.

Al aparecer la mencionada, a Iván se le salieron los ojos de las órbitas. Por el nombre, había esperado... eh... una artista más madura.

Una muchacha que parecía estar en edad escolar salió a escena e hizo una torpe reverencia. Parecía tímida, por no decir insegura. Iván recordó lo que le había dicho Eleonora, la joven que caminaba sobre la esfera: los pocos artistas buenos tienen mucho sentido del ridículo.

«Pues vamos a ver lo que hace esta pequeña Isubra», pensó Iván.

—En primer lugar, querría... darles la bienvenida. Es muy bonito que todos ustedes estén aquí. Hoy les voy a recitar poemas. Todos los que pueda. Poemas buenos, y quizá también otros no tan buenos. Si desean ustedes oír alguno en concreto...

—¡Mamá está en la ducha y la llave se ha quedado sobre la mesa! —gritó uno de los espectadores.

La muchacha levantó los ojos y sonrió.

—Pero... pero es que esto no es el final. ¿O es que ya están hartos de mí? Ése es un poema que se recita en el momento de la despedida. Empecemos mejor con otra cosa.

—¡El de la tortuga!

La muchacha asintió y sus pálidas mejillas enrojecieron.

—¿El de la tortuga? Pues muy bien.

Iván encontró muy simpática a la muchacha. Su timidez tenía un punto cautivador.

«No te precipites —se dijo a sí mismo—. No sería la primera vez que te equivocas con alguien.

»¡Maldito seas, Sazonov!»

—Bien, pues entonces voy a comenzar. —La muchacha respiró hondo. Todo el mundo calló. Iván se quedó con la impresión de que incluso la respiración de los espectadores se había sincronizado—. El poema se titula: «El mundo, creado por...»^[24] No sé por quién. O, simplemente, «La tortuga».

Su voz débil, en un primer momento algo nerviosa, cobró firmeza en el curso de la recitación.

Este cuento es sencillo, igual que la vida es banal.

Una ballena azul nada en el resplandeciente mar.

Sobre la ballena, una gigantesca tortuga.

Sobre su caparazón, la Tierra, y sobre ésta, una montaña picuda.

*Me siento en la cima y al calor del sol me dejo mecer,
te sujeto en mis brazos y no te dejo caer.*

Iván escuchaba. Los sencillos versos de Isubra lo cautivaron desde el principio. Le parecían cargados de significado, apropiados y verdaderos. Como si hubiera encontrado a una persona a la que había buscado en vano durante media vida.

Pero la ballena se sumerge y todo se hunde en el mar.

La tortuga se marcha, no hay razón para quedarse más.

La Tierra resbala del caparazón y se hunde.

La montaña cae con la Tierra y sucumbe.

Tan sólo cuando presientas la muerte entenderás la vida.

La hierba se marchita, pero vuelve a crecer con alegría.

*Y de las arenas de primavera crecen brotes verdes.
Pero si a mí me falla la mano, serás tú quien pierdes.
Así nada la ballena, la tortuga dormita sin inmutarse.
Pero tú sueñas con una ballena gigante.
Con la Tierra y la montaña donde centellea el sol.
Con las arenas de primavera y las gotas sobre la hierba de brillo
cegador.
Con el mar transparente y su salobre resplandor.
No sueñas conmigo. Hay cosas más importantes.*

En cuanto la muchacha hubo terminado, se hizo un largo silencio, e Iván se dio cuenta de que los rostros de los espectadores se habían transformado.

A continuación, aplaudieron.

Después de Isubra salieron los acróbatas. Iván empezaba a aburrirse. ¿Dónde se habían quedado los demás?

Miró a su alrededor. En un primer momento pensó que se había equivocado, pero una segunda mirada confirmó su primera impresión.

Estaba sentada en la segunda fila, o, mejor dicho, un poco más atrás. Su mano, grácil, sostenía una pipa larga. Tenía la boquilla entre los labios. El abigarrado atuendo de gitana no le sentaba bien. En todo caso, ya no era la muchacha que caminaba sobre la esfera, tal como la había conocido Iván.

El *digger* le dio un toque en el hombro al espectador que se sentaba a su lado.

—¿Quién es ésa? —preguntó con un susurro, señalando a la mujer con el dedo.

El hombre de al lado le echó una breve mirada, pero parecía que no tuviese muchas ganas de proporcionar información. Iván le estimuló con un buen tirón en el hombro.

—Una bruja —tuvo que explicarle el otro—. Déjala, te hará daño.

Entonces, se había transformado en otra. En una bruja.

Iván se puso en pie y se le acercó por entre las hileras de espectadores sentados. No prestó atención a las malas miradas de éstos. En ese instante había algo que irradiaba de él y que hacía que la gente le dejara pasar sin rechistar.

La mujer llevaba un chal largo y marrón enrollado en torno a la cabeza, como un turbante. Pero no bastaba para ocultar su rostro deformado. Habría necesitado un burka para esconderlo. Pero la franqueza o, mejor dicho, la

indiferencia con que mostraba su fealdad espoleaba a Iván.

—Hola, Lera —dijo Iván.

Se quedó de pie a su lado y la miró. La bruja levantó los ojos. Por un breve instante, Iván creyó reconocer en su mirada a la antigua Eleonora de Vaizkaitse, la muchacha que caminaba sobre la esfera. Pero tan sólo por un breve instante...

Ella no le reconoció.

—Me llamo Láquesis —respondió, y expulsó un hilillo de humo por entre sus labios deformes—. Digo la buenaventura por un cartucho, un hechizo por tres, una maldición por cinco y sexo por veinte.

—Soy yo, Lera, soy Iván. De la Vasileostrovskaya.

—¿Iván? Pues qué bien. Tienes dos posibilidades, Iván. Pagar o largarte. ¿Qué quieres? ¿Saber el futuro? ¿Cautivar a una mujer? ¿Maldecir a alguien? ¿O...? —Sonrió con apatía, y al ver su sonrisa, Iván sintió que un escalofrío le recorría la espalda—. ¿O me quieres a mí?

Iván no pudo no imaginarse el cuerpo de la joven de la esfera arrimado al suyo... desnuda y entregada a la lujuria.

—Dime el futuro, Lera... Láquesis —respondió el *digger*.

Había puesto una taza de hojalata sobre el infiernillo de alcohol. La mancha roja que tenía en el fondo empezó a hervir y un penetrante olor a hierro se difundió por toda la tienda.

Lera-Láquesis contemplaba la taza y chasqueaba la lengua.

—La sombra de un muerto se halla sobre ti —le dijo—. Escapas de tu destino, al tiempo que piensas que te acercas a tu meta. Pero no es así. El destino tiene previsto otro camino para ti.

«¿Quizás el de la central nuclear?», pensó Iván con sarcasmo. El viejo Enigma se habría alegrado de ello. Pero qué más daba, probablemente le decía lo mismo a todo el mundo.

Iván se frotó la muñeca. Aún le dolía la mano. Había ido sin saber que allí, para la adivinación, se consultaba la sangre de quien pedía consejo.

—Y otra cosa... —miró fijamente a la taza—. Aquí veo una mala señal. No quería decírtelo...

—Explícamelo —apremió Iván.

—Vas a matar a tu propio padre.

Para eso tendría que empezar por saber quién es.

—Es muy posible que lleguemos a ese punto —respondió Iván sin inmutarse.

La bruja le miró. Una vez más, Iván tembló ante la mirada de la masa de carne grisácea e informe a que había quedado reducida la mitad derecha de su rostro. «Dios mío, y había sido una mujer bellísima.»

—Los dioses no aprecian al que se entrega a su destino sin protestas —dijo la bruja—. Sino al que lo combate.

Al cabo de media hora, regresó a la tienda de la mujer, entró y le tendió la mano. La bruja le contempló con atención y agarró de nuevo la pipa. Tomó una calada y expulsó el humo especioso y amargo.

—No pienso acostarme contigo —le dijo sin más rodeos.

Iván se quedó desconcertado. Llevaba un puñado de cartuchos en la mano. Sus vainas metálicas brillaban.

—¿Por qué?

—Buena pregunta para un hombre que va a matar a su padre. Porque me gustas. —La bruja lo miró. Su único ojo centelleaba—. Y quien quiera acostarse con alguien que le gusta tiene que gustarse también un poco a sí mismo, aunque sea sólo un poco. Y ése no es mi caso. Yo me odio a mí misma.

Había una belleza perversa en su furor.

En ese instante, Iván comprendió que el hermano de Lali, Artyom, hubiera podido enamorarse de la bruja deforme.

—No he venido con los cartuchos por eso —respondió Iván.

Láquesis le miró como si pudiera escudriñar su alma, y en su rostro apareció una sonrisa triunfal.

—Pero lo has pensado, ¿no es verdad? Márchate, Iván, márchate. Puede que volvamos a vernos algún otro día.

Iván retiró la mano con los cartuchos.

—¿Encontraste tu Parnas? ¿Tu paraíso de artistas? —preguntó Iván.

Láquesis estalló en carcajadas roncadas y estremecedoras.

—Mírame, Iván. ¿Qué es lo que ves? Tengo que agradecerse a la Parnas.

Iván se quedó atónito.

—¿Cómo es eso?

—Nos habían contado que la Parnas era un paraíso para vagabundos como nosotros, las gentes del circo. Que era una estación de pintores, poetas, músicos y actores. —Echó una calada a la pipa y soltó el humo por una de las comisuras de sus labios. Nubes azuladas ascendieron a la media luz de la tienda—. En un primer momento, las promesas se cumplieron. Al llegar allí, estábamos entusiasmados. Por el hermoso ambiente y las gentes ingeniosas que vivían allí.

Todo era paz, alegría, tortitas... hasta que llegó un bello día en el que la ilusión estalló como una pompa de jabón.

—¿Y qué es lo que viste?

La bruja sonrió con amargura.

—El que te arranquen de un sueño puede ser brutal, ¿verdad que tengo razón? Allí sólo había ruinas. Una estación decadente y maldita. Ventanas reventadas que conducían hacia el exterior. Y luego aquellas plantas. Todas ellas cubiertas de lianas negras. Las lianas empezaron de pronto a moverse. Un devorador de hombres. Un devorador de hombres comete allí sus atrocidades, Iván. Devoró a Maxim y al brujo Antonelli. Nos devoró a todos nosotros.

—¿También a ti?

—Como puedes ver, se esforzó en hacerlo. —La bruja estalló de nuevo en una risa ronca y escalofriante—. Pero se quedó a la mitad. Y ahora, vete, Iván. Dios no quiera que tu paraíso soñado se transforme en un encuentro con el devorador de hombres.

«¿De qué me habla? —se preguntó Iván—. ¿De la Vasileostrovskaya?»

—Adiós, Lera —dijo.

—Adiós, Iván.

—Una drosera —explicó el profesor—. Una planta carnívora que existía ya antes de la Catástrofe. Sencillamente fascinante. Capturaba moscas con una secreción pegajosa y las engullía.

Seguían la misma ruta por la que había caminado Iván. Al llegar a la Petrogradskaya, una estación de extraños habitantes, hicieron una pausa para comprar comida y descansar un poco. Pero no tardaron en sentirse sumamente incómodos allí. Incluso el Überführer, que jamás se alteraba por nada, se puso nervioso y empezó a mirar a su alrededor con desconfianza. Iván sentía en el estómago que la Petrogradskaya no era un buen lugar, aunque tampoco detectara ningún indicio de peligro. Toda su atmósfera resultaba opresiva.

El revestimiento de cerámica blanca que recubría las paredes se había vuelto amarillento. En lo alto había una pantalla metálica de color amarillo que protegía el alumbrado. Iván fue mirando por doquier y su humor cambió.

Se trataba de una estación de tipo cerrado, como la Vasileostrovskaya. Pero así como en esta última las puertas de acero transmitían una sensación de seguridad, en la Petrogradskaya se tenía más bien la impresión de estar preso. Últimamente, Iván había pasado tiempo más que suficiente tras puertas cerradas y no tenía muchas ganas de profundizar en la experiencia. ¿O tal vez todo se

debía a los gigantescos rostros representados en la pared que se encontraba al fondo de la estación?

Un hombre y una mujer miraban hacia la izquierda. Tenían un aire marcial y desprovisto de alegría. «No, no es eso —pensó Iván mientras roía una galleta dura—. Era alguna otra cosa. Algo...»

Iván levantó los ojos hacia el techo abovedado. Manchas amarillentas de humedad. Justo en el medio se había abierto una grieta en el revoque. Iván la siguió con la mirada hasta el punto donde se perdía de vista, y luego volvió a mirar hacia arriba. «Sí, era eso.» La criatura cuya presencia le causaba tal incomodidad se encontraba encima de la estación.

En la superficie.

Iván se puso en pie y miró a su alrededor.

Los habitantes de la Petrogradskaya eran gentes tranquilas y amables. Quizá demasiado tranquilas y amables.

—Pongámonos en marcha —propuso Iván—. No podemos quedarnos aquí por toda la eternidad.

Los otros le dieron la razón. Incluso Mandela y el Überführer asintieron al unísono. Iván se quedó perplejo. El día en el que ambos estuvieron de acuerdo habría tenido que figurar en el calendario.

Abandonaron la Petrogradskaya visiblemente aliviados.

Al dar los primeros pasos por el túnel, Iván sintió que la tensión que había pesado sobre él como una enorme roca desaparecía.

«Tengo que marcharme de aquí —pensó—. Es lo más sensato.»

Nueva Venecia.

En esta ocasión llegaron a la ciudad flotante ya advertidos y actuaron con la correspondiente cautela. Como si se hubieran encontrado en una estación enemiga. Era muy evidente que, la otra vez, los ciegos habían actuado con el silencioso consentimiento de la administración local. Pero no había manera de probarlo.

Iván renunció con gran tristeza a visitar a Lali. Por supuesto que le habría gustado visitarla o, como mínimo, saludarla brevemente. Pero tenía otros asuntos más importantes.

Tanya.

Pasaron por Nueva Venecia sin más incidentes.

El túnel seco. El último descanso antes de la Nevski prospekt. El momento de la despedida.

Iván se llevó aparte a Mandela y se sentó con él en la vía. Al fondo, Vodyanik y el Überführer habían empezado un nuevo y enconado debate, y el profesor se quejaba por los «argumentos sin base alguna» del *skinhead*.

—¿No me vas a explicar cómo acabaste entre los ciegos? —preguntó Iván.

El negro miró al *digger* con sus ojos oscuros y no le respondió. No cabía ninguna duda de que la discreción se consideraba de buen tono en la Tekhnoloshka.

—Había ido en busca de pruebas —respondió Mandela por fin—. Un amigo me lo había pedido. Él mismo quería ir, pero no le dejaron.

—¿Pruebas de qué?

«No es que sea un asunto de mi incumbencia —pensó Iván—, pero, de todos modos...»

El negro vaciló.

—Pruebas de que la central nuclear todavía funciona.

—¿Qué? —Iván se quedó boquiabierto—. ¿Y has encontrado algo?

Mandela se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decir? Mi amigo es científico. Él investiga cuándo y dónde se apaga la iluminación central.

—¿Entonces tú también eres científico?

—Sería muy bonito. —Mandela suspiró—. Soy el hijo de un estudiante de Kenia. Yo no sé lo que hay que hacer, como hijo de un estudiante africano, para que me tomen en serio. En cualquier caso, no soy más que un técnico de poco nivel. Dame eso, agarra aquello y lo de más allá, ordena eso, ve a tirar lo otro. Estoy así todo el tiempo. Ya es casi como el lema por el que se rige mi vida. —Sonrió con amargura—. Mi amigo sí... él es científico.

Iván no sabía lo que tenía que decir. Cada uno de nosotros tiene su propia herida.

—¿Y qué es lo que ocurre en estos momentos con el suministro eléctrico? —preguntó Iván, retomando el tema.

Mandela pensó por unos instantes y levantó la mirada.

—Ah, sí, eso. Se dice que en los tiempos de Saddam existía un sistema eléctrico central que aprovisionaba a todas las estaciones. Y ahora tan sólo alcanza a tres de ellas. ¿Qué es lo que ha ocurrido? Se podría pensar que no hay ningún problema, que tan sólo habría que tender cables y conectar el metro entero. Pero el problema es que el suministro de electricidad alcanzará tan sólo hacia cierto límite. Imagínate un contador eléctrico. Uno muy sencillo que

cuenta los kilovatios por hora. El contador gira y gira, y si alcanza cierto valor, hace clic y se apagan las luces. Y eso no tiene nada que ver con el empleo que des a la electricidad, no importa que la utilices en máquinas de juego o en cirugía infantil. No importa cuántos niños tengas con el cuerpo abierto en el quirófano, al contador le da igual. Cuando llega al límite, desconecta. Así funciona. Por eso la Tekhnoloshka ha regulado límites estrictos para el consumo. Y luego se dice que somos codiciosos. Sí, claro. Será eso... —Mandela sonrió—. En otro tiempo ocurrió que nuestros *apparatchiks* vendieron corriente a las estaciones vecinas. Pero a esos altos cargos los destituyeron en el siguiente examen. No volverá a darse el caso.

—¿El examen? —Iván no había entendido ni una palabra.

Mandela se lo explicó. La Tekhnoloshka se regía por un Consejo Científico formado por científicos elegidos, de valía reconocida. Una vez al año había elecciones en las que se votaba al rector, al director de proyectos, al decano y a otros cargos oficiales. Cada uno de dichos cargos tenía que presentar un programa y defenderlo mediante un examen oral ante un tribunal designado por el consejo.

A continuación se votaba. Los candidatos trataban de hacer trampas. Así, por ejemplo, todo el mundo trataba de estar entre los últimos que se presentaban ante el tribunal. ¿Por qué? Muy sencillo. Existía la tradición de que los candidatos que se presentaban ante el tribunal organizaran un bufé. Con bebidas alcohólicas, por supuesto. Y todo el mundo sabe que los científicos no son gentes austeras. Cuanto más tarde se compareciese ante el tribunal, más posibilidades había de que los examinadores del Consejo Científico estuviesen de buen humor. Pero el tiro podía salir por la culata: el que se presentara al final corría el riesgo de que los miembros del tribunal se encontraran ya totalmente borrachos e incapaces de elegirle.

La vida en la Tekhnoloshka era totalmente normal. Los poderosos intrigaban y los jóvenes cobraban salarios de miseria. Al menos, eso era lo que contaba Mandela.

—¿Puedes imaginarte siquiera el tiempo que ha necesitado mi amigo para que le autorizasen los kilovatios hora necesarios para su experimento? Es una historia que parece no tener fin.

—Ya lo entiendo, porque el consumo está restringido. —Iván había entendido por fin cuál era la cuestión central en el relato de Mandela—. ¿Y entonces el suministro central se almacena en acumuladores?

El negro se encogió de hombros.

—Es posible. O quizás en una central eléctrica subterránea con grupos electrógenos y una gigantesca provisión de carburante. También lo hemos pensado. Pero ¿se te ha ocurrido pensar en la enorme cantidad de gases que produciría una central de ese tipo?

Iván asintió.

Las columnas de humo se habrían visto desde la totalidad de San Petersburgo. Esa posibilidad se podía dar por excluida. Entonces, ¿esa historia de la central nuclear de Leningrado podía ser verdad? ¿Era posible que el viejo tuviese razón y que hubiera recibido una llamada desde allí?

—¿La central nuclear? —preguntó Iván.

—Podría ser —respondió Mandela sin mucha convicción—. Tendrías que hablarlo con mi amigo, yo no tengo mucha idea.

Habían llegado a la pregunta decisiva. Sin ella, todo lo demás se quedaba en mera teoría.

—¿Cómo se podría extender la iluminación central a la totalidad de las estaciones de metro?

Mandela pensó por unos instantes.

—Como te decía, tendrías que hablarlo con mi amigo. Pero, en principio, habríamos pensado que con la central nuclear sería posible.

Tan-tara-tán. Batooonchiki.

Así pues, el ciego estaba en lo cierto y la central nuclear habría tenido una gran importancia para todo el mundo.

Una oportunidad para el género humano.

Iván asintió con la cabeza.

—Muchas gracias, Yura.

Mandela se había marchado. Por mor de la simplicidad. Así no habría tantas preguntas.

Iván se quedó donde estaba. Ya sólo le quedaban trescientos metros hasta llegar a la Nevski prospekt. La hora de las despedidas. El *digger* consagrado a la muerte tiene que seguir su propio camino.

—Tendréis que seguir adelante por vuestra cuenta —dijo Iván—. Yo esperaré a que caiga la noche.

—¿Disculpe? —el profesor estaba perplejo—. ¿Qué quiere decir usted con eso, Vanya?

—El problema es que ustedes pueden regresar, pero yo no.

Silencio. Un largo silencio. Incomprensión.

—¿Nos lo podrías explicar mejor? —pidió el Überführer—. Es decir, que hables claro.

—No puedo volver —repitió Iván.

Maldita sea, cómo os lo puedo...

—¿Por qué no? —Misha contempló con desconcierto a Iván, luego al profesor, y luego nuevamente a Iván—. Escuchad, yo ya no soy un niño pequeño, hacedme el favor de explicarme lo que ocurre.

—Mikhail tiene toda la razón —dijo el profesor—. Esperamos una explicación.

—Está bien. —Iván suspiró—. Me temo que la charla va a ser larga.

Iván les contó toda la historia. Del asesinato de Efiminyuk por Sazonov, de la conjura de Memov, del zar Ahmed II, de Illyusa, del intento fallido de detener al general y del disparo final de Sazonov, que constituía una prominente coma en esta historia, aunque su autor lo hubiera concebido como un punto final.

Lo único que no les contó Iván fueron las ideas fijas del ciego.

En cuanto hubo finalizado con su explicación, sus oyentes quedaron en silencio. La lámpara de carburo producía una luz cálida y amarilla. Alumbraba rostros que se le habían vuelto muy familiares a Iván: el profesor Vodyanik, Misha, el Überführer.

—¿Y qué piensa hacer ahora, Vanya?—preguntó por fin el profesor.

«Sazonov, Memov, Orlov.

»No le importaba el orden.

»¿Acaso vas a justificar tus ansias privadas de venganza por medio de objetivos más elevados, Iván?

»¿Y si es así, qué pasa?

»Hay que castigar la maldad.»

—Voy a luchar. —Se puso en pie—. Os voy a explicar lo que significa eso. Soy un forajido. De hecho, he dejado de existir. Estoy muerto y olvidado. Por ello, ya no pienso en convenceros para que vayáis conmigo. Muy al contrario, os digo que volváis a casa, con vuestros amigos y parientes. Es lo que haría yo en vuestro lugar: dejarlo todo atrás y vivir una vida normal. Porque si venís conmigo, tendréis que renunciar a tener una vida normal. Así pues, decidíos.

Algo se agitaba tras la frente fruncida del Überführer.

—¿Pues quieres que te diga una cosa? —explicó entonces—. Yo me voy a arriesgar. Que mis muchachos decidan si quieren apuntarse o no. Pero yo voy a

ir contigo.

Iván asintió. ¿Qué habría tenido que decir? ¿Gracias? Esas cosas no se pueden expresar con palabras. Por ello, se contentó con asentir, como si organizar un golpe de Estado fuera lo más normal del mundo. Una actuación inocua, una ocasión para invitar a los amigos, como si fuese una borrachera de fin de semana.

Vodyanik reflexionó y Kuznetsov miró a su alrededor en busca de ayuda. El rostro del joven miliciano delataba un grave desconcierto.

«¿Vas a ser siempre igual que yo, Misha? No te lo aconsejaría.»

—Profesor, Misha —dijo Iván—. Muchas gracias por haberme ayudado. Tenéis vuestra propia vida.

—¿Acaso he dicho algo? —replicó Vodyanik, irritado—. Mikhail, ¿qué es lo que decide usted?

Kuznetsov se puso en pie.

—Voy a ir con Iván.

—Pero... —Iván no sabía cómo disuadirle.

—¿Por quién nos toma usted, Vanya? —El profesor miró severamente a los ojos a Iván—. En comparación con los *diggers*, somos niñitos indefensos, pero puede usted creernos, Iván, nosotros, por lo menos, leímos los libros que había que leer durante nuestra infancia.

14-El bloqueo

QUIEN se ría se va a llevar una colleja —advirtió Iván, mirando con severidad a sus compañeros de armas. El Überführer, Misha e incluso el profesor tuvieron que esforzarse mucho para reprimir una sonrisa maliciosa—. ¿Creéis en serio que puede existir alguien tan idiota como para tragarse esto?

—¿Por qué no? —respondieron los demás.

—Sí, sí. Lo que sea con tal de que os divirtáis —masculló Iván.

—¿Será que la blusa te aprieta? —le preguntó, compasivo, el Überführer.

Una mirada asesina apareció entre las pestañas teñidas de Iván. El párpado superior estaba maquillado con sombra azul, las mejillas con un carmín decente, y las aristas de su rostro de *digger* estaban cubiertas por una capa de polvos de un dedo de grosor. Una comerciante con la que se habían encontrado en el túnel había ayudado con el maquillaje y la elección del vestido.

Iván se sentía como un *zombel* que se hubiera maquillado su cara mugrienta con una mezcla de herrumbre y de grasa de rata para pasar inadvertido en la Nevski prospekt.

El fastidiado *digger* se manoseaba la blusa, en un intento de que los falsos pechos, por lo menos, estuviesen a idéntica altura. El Überführer se echó a reír a carcajadas. Los desesperados esfuerzos de Iván por ponerse los «senos» en su sitio eran simplemente demasiado cómicos.

«Que se ría —pensó Iván—. Qué idea más disparatada: disfrazarme de mujer. Ahora parezco uno de esos castrados de la Pionerskaya. Si hasta el mayor de los idiotas vería a primera vista que no soy una mujer.

—¡No, me viene perfecta! —respondió el malhumorado Iván—. Vámonos de una vez. Si me quedo mucho rato por aquí, me van a tomar por una puta.

El grupo, guiado por la «puta», se puso en marcha.

—Y esfuércese por no arrugar la frente —le dijo el profesor desde atrás.

Iván estaba furioso.

La estación Nevski prospekt se había transformado. No en extremo, pero sí lo suficiente como para que Iván sufriera un deje de nostalgia. En primer lugar, todas las huellas de la pasada guerra se habían borrado: el hospital de campaña, con su olor a sangre y pus, había desaparecido. No se veían ya soldados que durmieran en el suelo, e incluso se habían desmontado las cocinas militares, cuyo hedor a grasa quemada había llegado a sentirse por toda la estación. En medio del andén, en el paso hacia la Gostinka, había una gigantesca bandera de la Alianza con el puño cerrado sobre un fondo de color verde grisáceo. Todo de acuerdo con la divisa del general: en la unidad reside la fuerza. Y quien no colabore, al paredón. Así de sencillo.

Iván tuvo que salir bruscamente de sus pensamientos. Alguien le había pellizcado en el culo. Ya pasaba de castaño a oscuro. Se volvió con el serio propósito de hacerle saltar varios dientes con el codo al desaprensivo malhechor. Pero, en el último momento, se detuvo. A sus espaldas se encontraba el Überführer, con una expresión en el rostro que le advertía de que le siguiera la corriente. Iván miró con precaución a derecha e izquierda.

Mierda.

Una patrulla de admiralzes marchaba junto a los puestos de venta, al otro lado. Dos soldados y un sargento en uniforme gris. Y más atrás... Iván parpadeó con incredulidad. Entonces se volvió y se disimuló el rostro con el pañuelo que llevaba en la cabeza.

El corazón empezó a palparle con tal fuerza que se le oyó desde el otro extremo de la estación.

Detrás de la patrulla iba un hombre de estatura media, con el cabello ralo y un cuello demasiado flaco que emergía de una chaqueta que le venía grande. El jefe de los servicios secretos de la Admiralteyskaya.

Orlov en persona.

Qué casualidad.

Obedeciendo una señal del Überführer, siguieron adelante a paso lento. Vodyanik y Kuznetsov se mantenían a la izquierda de Iván para impedir que lo vieran desde el otro lado. A la derecha se encontraban los puestos que vendían abalorios y cosméticos. Para Iván eran como artefactos de un sistema solar lejano.

De pronto, Orlov se detuvo, le gritó algo a su gente, se volvió hacia la izquierda y se acercó a los puestos de cosméticos. Iván se quedó helado. ¿Qué podía hacer? No le parecía nada aconsejable arrojarle en sus brazos. Orlov era

un profesional. Sin duda, reconocería a Iván en cuanto lo tuviera cerca.

Orlov se detuvo junto a los puestos de venta y examinó las mercancías expuestas. Se notaba que los pasadores le interesaban en especial. ¿Para qué los querría? ¿Quizá tendría una amada en aquel lugar?

Baratijas para mujeres.

Iván no entendía nada en esa materia. A menudo había recuperado material de ese tipo en la superficie, pero allí arriba era sencillo. Sólo había que meterlo rápido en el saco y poner pies en polvorosa antes de que un monstruo se lo comiera.

Orlov caminaba poco a poco hacia Iván, como si hubiera sentido su mirada. El *digger* superó su propia repugnancia y se acercó al expositor. El mercader, un viejo calvo con grandes ojeras y frente arrugada, le sonrió con simpatía. Abrió la boca para animar a comprar a la «cliente» con sus frases prefabricadas, pero... de repente, se calló. Iván leyó su propia sentencia de muerte en los ojos del hombre. Había sabido desde un primer momento que la mascarada iba a fracasar. Entonces, el Überführer se puso a su lado. Con un movimiento de cabeza, breve y tenso, le dio a entender a Iván que la patrulla todavía estaba cerca. Hay días en los que todo sale mal. ¿Por qué tenían que interesarse esos tíos precisamente por una mujer alta como un soldado?

Iván miró al mercader. Éste abrió varias veces la boca y biqueó. Iván pensó fríamente en lo que iba a suceder a continuación.

El tío llama a la patrulla, nosotros nos resistimos y, a continuación, podemos dar por enterrados nuestros planes. Y de una manera u otra se encargarán de que no vuelva a salir de esta estación.

Iván apartó el pañuelo con el que se cubría el rostro y le lanzó una mirada hipnótica al comerciante.

«Como digas una sola palabra —le advirtió sin decir ni una palabra—, te hundo el cráneo en tu bonito expositor. ¿Qué? ¿Vas a correr el riesgo?»

«¿Qué había dicho Kosolapy acerca de la telepatía? Ahora vamos a ver si funciona.»

El comerciante se quedó helado.

Iván tendió la mano y agarró el primer artículo que encontró.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó con voz débil.

Los soldados de la patrulla, que en ese momento se encontraban a la izquierda de Iván, se rieron de algo. El profesor Vodyanik se colocó a su lado para escudarlo. Orlov se encontraba todavía en el puesto de al lado y discutía

con el vendedor. Entonces, Misha Kuznetsov también se interpuso entre ambos.

«Estupendo —pensó Iván—. Ahora esto tiene más pinta de atraco que de misión secreta.»

De pronto, los soldados de la patrulla enmudecieron.

Uno de ellos, un muchacho muy alto, se acercó al puesto donde se hallaba Iván. Este último vio de reojo el cabello pelirrojo que asomaba por debajo de su gorra de visera. Se le acercaba paso a paso.

—¿Cuánto cuesta? —insistía Iván entre dientes.

El comerciante estaba con la boca abierta, como paralizado.

—No me mate —tartamudeó—. Le voy a dar todo lo que quiera.

Sólo faltaba eso. El Überführer se separó del grupo y se apartó a un lado para tener bajo control al resto de los soldados.

—¿Qué me estás diciendo, idiota? —susurró Iván—. ¿Cuánto vale la maldita cosa esta? No quiero nada más de ti.

En ese momento, el soldado, sin cortarse en lo más mínimo, apartó de su camino al profesor y se puso al lado de Iván. El profesor protestó sin convicción, pero no le sirvió de nada. El soldado miró de arriba abajo a Iván. Debía de sacarle una cabeza al *digger* y llevaba un «Bastardo» colgado del hombro.

«Estupendo —pensó Iván en un momento de sarcasmo—, esto es precisamente lo que necesito.»

Iván sacó un puñado de cartuchos de la bolsa de cuero, los arrojó sobre la mesa de la tienda, metió dentro de la misma bolsa lo que acababa de comprar y se volvió para marcharse. Tal vez lo consiguiera.

—¡Espere un momento, señorita!

Mierda.

El soldado miró primero al comerciante y luego a Iván, y se detuvo con franco interés en los pechos artificiales de éste.

—¿Adónde va usted con tanta prisa?

«¿Adónde voy a ir? Lo más lejos posible —pensó Iván, afligido—. Maldita sea, este tío debe de pesar treinta kilos más que yo. No me va a resultar nada fácil pararle los pies a este gorila. Como mucho, con un codazo bien dirigido al plexo solar.»

El soldado se volvió de pronto hacia el comerciante.

—Eh, abuelo, ¿es que te dedicas a desvalijar a la gente o qué? ¡Eso no se hace, ja, ja! Devuélvele el cambio a la señorita si no quieres que te retire la licencia, ¿vale? ¡Pero, señorita, no se marche usted tan rápido!

Iván se quedó inmóvil. «Maldita sea, que tío más insistente.»

El soldado se le acercó y le miró fijamente. Iván se acordó de que no tenía que arrugar la frente. A duras penas se atrevía a respirar.

—Aún no le han dado todo el cambio —dijo el soldado, y sonrió con displicencia—. Y tú, abuelo, sé bueno y dale de una vez los cartuchos.

Iván tendió la mano con sentimientos encontrados. Dos cartuchos de Makarov se posaron en su mano. El cambio. El comerciante ponía una cara muy larga.

—Pero... —tartamudeaba.

—¡Cierra la boca, abuelo! —le increpó el soldado.

El comerciante enmudeció y la cara se le puso todavía más larga.

—¿Todo bien? —dijo el soldado con una sonrisa dulce como el azúcar y, con todo el descaro, le guiñó un ojo a Iván.

«Este tío no ve tres en un burro —pensó Iván—. Necesita con urgencia unas gafas, pero no debe de poder pagárselas. Parece que se oriente tan sólo por el tamaño de los objetos. Y, por lo que a él respecta, tengo una silueta normal de mujer. Al final resulta que sí que hemos encontrado un idiota que ha mordido el anzuelo.»

—Gracias —dijo Iván, y se volvió.

Al alejarse, sintió los ojos del soldado fijos en su trasero.

Había tenido suerte.

Iván vio por el rabillo del ojo que Orlov también pagaba y se marchaba a toda prisa.

No fue hasta más tarde cuando Iván echó una ojeada a lo que acababa de comprar y que le había costado tantos nervios. Era un lápiz de labios de color rojo vivo en un estuche de metal noble.

—Es precioso —dijo Nastya, la mujer de Shakilov, al recibir el regalo—. ¡Mil gracias! Déjame que te dé un beso.

Iván, satisfecho por la lisonja, le acercó la mejilla. A diferencia del gigantesco Shakilov, Nastya medía una cabeza menos que Iván. Una delicada muchacha morena. Saltaba a la vista la suavidad de sus labios.

Nastya acarició con el dorso de la mano la mejilla maquillada del *digger*.

—De verdad, Vanya, estás tan mono...

Iván tosió ligeramente. El Überführer empezaba a reírse entre dientes. Se sentía el olor de la comida.

Shakilov vivía con su mujer y con su hijo de un año y medio en una de las

innumerables chabolas de madera contrachapada que había al inicio del andén de la Nevski prospekt. El pequeño Vitalik gateaba por el suelo y jugaba con un pececito de goma de colores. Se lo metía en la boca, lo llenaba de babas y luego lo arrojaba al suelo para que «nadara». Todo esto lo hacía con una cara muy seria.

—¿Dónde está Sasha? —preguntó Iván.

—Ha ido a solucionar algo. Pero no tardará en regresar. ¿No vas a cambiarte?

Iván se miró. Blusa amarilla, falda gris, medias de rombos violetas. Y, encima, las pinturas de guerra. La encarnación de todos los terrores del enemigo. Sólo con ver a Iván vestido de esa guisa, Memov se caería muerto al suelo.

—¿Te parece necesario? —preguntó Iván.

Shakilov miró a Iván de arriba abajo y puso una cara como si hubiera visto al hombre de Neanderthal con traje y corbata.

—No puedo creérmelo —dijo, y era verdad.

—Yo tampoco me lo creo —replicó Iván, y una sonrisa maligna apareció en su rostro.

—¡Estás vivo!

Al instante, Shakilov abrazó a Iván con sus robustos brazos y lo levantó por el aire.

—Me vas a aplastar, Sasha —logró decir Iván, aunque apenas pudiese respirar—. Déjame otra vez en el suelo, so monstruo.

Cuando volvió a estar en el suelo, Iván escudriñó con la mirada al *digger* de la Nevski prospekt. Shakilov era fuerte como un oso, pero se le veía pálido y enflaquecido. Había pasado un mes desde el día en que le habían herido, pero aún estaba demacrado.

—¿Qué tal la herida?

—Todo bien —respondió Shakilov, e hizo un gesto con la mano como para quitarle importancia, pero Iván se dio cuenta en seguida de que era tan sólo una media verdad.

Se sentaron para tomar el té.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Iván.

Las novedades no eran para alegrarse, pero tampoco tremendamente malas. Al terminar la guerra, la Alianza se había anexionado las estaciones Mayakovskaya y Ploshchad Vosstaniya, como era de esperar. Desde hacía poco tiempo corría el rumor de que Memov quería nombrar al zar Ahmed encargado

de la administración de la Ploshchad Vosstaniya. Una marioneta dócil que permitiría guardar las apariencias de cara a los moscovitas.

Postyshev seguía de comandante en la Vasileostrovskaya. Durante algunas horas del día, la estación recibía energía eléctrica de la Admiralteyskaya. Se había tendido un cable de alta tensión con ese objetivo. La administración periódica de fluido eléctrico era un medio de eficacia probada para tener sometidos a los habitantes de la Vasileostrovskaya.

—¿Has sabido algo de mis muchachos? —preguntó el Überführer—. ¿Dónde se han metido?

Shakilov miró con sorpresa al *skinhead*.

—¿No estás al corriente de nada?

—¿Cómo quieres que lo esté?

—Ya. Es una historia terrible. Esto... bueno... —Shakilov no sabía cómo contárselo al *skinhead*—. Después de las masacres de la Vosstaniya, Memov se enfureció contra el Consejo de Paz, ya lo sabes, contra esos charlatanes que se pasean con trajes caros. El Consejo de Paz le acusaba de violación del derecho internacional y todo eso. Así que hubo que arrojarles algún hueso para que tuvieran la boca cerrada. Y eso fue lo que hizo Memov. Declaró que tan sólo se habían producido acciones aisladas, debidas a criminales de guerra. Por supuesto, había que entregar a cierto número de culpables al Consejo de Paz.

Shakilov no dijo nada más.

El Überführer se derrumbó.

—¿Y tuvo que ir precisamente a por mis muchachos? —preguntó en voz baja.

—Sí —confirmó Shakilov—. Los *skinheads* llaman la atención. Se les juzgó por crímenes de guerra. Asesinato, saqueo, violación. Ya sabes lo que significa eso. Sus cadáveres se pasaron tres días colgados en el túnel, de acuerdo con las leyes de la Nevski prospekt y de la Gostinka. Por lo que he oído, uno de ellos logró escapar. Todavía lo están buscando.

—¿Quién? —Se había esfumado toda vitalidad de los ojos del Überführer.

—Uno que tenía más años. No recuerdo cómo se llamaba.

—El Canoso —dijo el Überführer.

—Sí, exacto. Así era como se llamaba a sí mismo. —Shakilov miró a los ojos al *skinhead*—. Lo siento, amigo mío.

El Überführer se puso en pie.

—¡Über! ¡Espera! —gritó Iván.

Pero el *skinhead* le apartó con un gesto y salió afuera. Shakilov puso cara de culpabilidad.

«En la Antigüedad se decapitaba a los mensajeros que traían malas noticias», pensó Iván. En ese instante hizo la pregunta que le había corroído por dentro desde el primer momento.

—¿Sabes algo de Tanya?

—Está de luto.

—Entiendo.

Callaron. En principio, ya se lo habían dicho todo. Había llegado el momento de actuar.

—Ah... a propósito... —Shakilov se rascó el cogote—. Últimamente me he encontrado con Ramil. El moscovita. ¿Lo recuerdas? El guardaespaldas de Ahmed. Imagínate, se pasea por la Nevski como si fuera el amo. Me entran ganas de partirle la cara por la mitad.

—¡Sasha! —gritó Nastya, que acababa de regresar con los platos.

—Bueno, pues no le estaría mal —añadió Shakilov, pero Nastya había vuelto a salir.

—¿Y por qué no lo has hecho? —preguntó Iván, mirando a su amigo.

Shakilov había cambiado mucho. Aunque no se viese a primera vista, había cambiado.

—¡Vanya! —exclamó nuevamente Nastya.

—No sé muy bien por qué —respondió Shakilov, pensativo—. No te puedes imaginar lo prudentes que nos volvimos después de... esto...

—¿Después de mi muerte? ¿Era eso lo que querías decir? —Iván enarcó las cejas—. Lo entiendo.

—¡Sasha, Vitalik se ha puesto a lloriquear y yo no puedo estar en todos los sitios a la vez! —gritó Nastya.

En cuanto Shakilov hubo salido para ir a cuidar de su hijo, la mujer apareció por la puerta y le lanzó una mirada agresiva a Iván.

—Vanya, ¿podemos hablar un momento?

Iván salió y la siguió por la estrecha calle que quedaba entre las chabolas. Olía a lavadero. Una joven con una tina repleta de ropa recién lavada logró pasar por su lado.

—¿Ha sucedido algo, Nastya?

La mujer le dirigió una mirada muy seria. Iván se dio cuenta en seguida de que se avecinaba una bronca.

—Vanya, tú me caes muy bien. Pero, por favor, no metas a Sasha en esto. La última vez estuvieron a punto de matarlo. Por tu culpa —añadió con insolencia típicamente femenina.

Iván reflexionó unos instantes y asintió.

—Está bien, Nastya. Lo entiendo.

El *digger* volvió a entrar en la chabola y encogió el cuerpo para sentarse de nuevo a la mesa. Shakilov se había puesto a su hijo sobre las rodillas y ambos jugaban al «caballito hop hop». Iván le guiñó el ojo al enano. Shakilov sonrió con satisfacción. El pequeño Vitalik, por el contrario, parecía muy serio. Enarcó sus finas cejas. Habríase dicho que sabía mejor que los demás de qué iba el asunto.

—Vamos a hacer lo siguiente —dijo Iván—. Tú, Sasha, te vas a quedar en un segundo término. Serás nuestra garantía en el caso de que algo nos salga mal.

—Pero ¿cómo puede ser? —protestó Shakilov—. Yo...

—¡No me lles la contraria! —respondió Iván, y le hizo callar con un gesto—. Dime, más bien, cómo es posible que Orlov vaya a comprar en los puestos de cosmética que tenéis aquí. No he dejado de preguntarme para qué lo necesitaba. ¿Para qué quiere un pasador? No está casado y tampoco tiene niños. ¿Tendrá una amiga?

Shakilov se volvió hacia su mujer.

—¿Nastya?

La mujer del *digger* resopló con desprecio.

—Por supuesto, tiene una querida en la Gostinka. Eso se sabe en toda la Alianza. Y está siempre cubriéndola con regalos. Las tiendas de moda de la Nevski están ya medio vacías.

Iván se puso a pensar.

—¿Y esa querida también viene a visitarle?

Shakilov miró a Iván con curiosidad.

—¿Qué estás maquinando esta vez, Vanya?

—Te estaba esperando... —Orlov abrió la puerta y se quedó aterrorizado.

«¿Qué se le había perdido ahí a aquel cardo?»

—Hola, cariño —gorjeó la muchacha con voz lánguida, y parpadeó con sus negras pestañas.

«¡¿Verdad que me suenan esos ojos?! ¡Maldita sea! Pero si es...»

Orlov retrocedió torpemente por la habitación. En el cajón de arriba del escritorio tenía guardada una pistola: una hermosa Beretta italiana. Pero fue

demasiado lento. La «mujer» lo agarró, forcejeó con él y lo derribó. El jefe de los servicios secretos se cayó de costado y gimoteó de dolor. Logró ponerse boca abajo, pero cuando trataba de incorporarse, el otro lo sujetó por las piernas. De nada le valieron sus esfuerzos por agarrarse a la pata de una silla. Lo único que consiguió fue derribar el mueble.

«¡Tengo que gritar!», pensó Orlov, pero en ese mismo momento, el otro le metió un trapo sucio en la boca. Al mismo tiempo que su grito se transformaba en resoplido, unas rodillas se le clavaron con fuerza en la espalda.

—Así, pórtate bien —dijo una voz de hombre—. Y ahora dame las manitas. Se oyó el crujido de la cinta adhesiva.

Orlov, en su impotencia, se entregó sin resistir.

«Soy un maldito idiota —pensaba—. Cómo he podido permitir que me engañaran de ese modo. Las malditas mujeres siempre tienen la culpa de todo. ¿Y cómo es posible que el tal Iván siga con vida, por mil demonios?»

Poco más tarde, Orlov estaba sentado en el suelo, atado y amordazado, con la espalda contra la pared, y no le quedó otro remedio que mirar en silencio mientras la «mujer» se transformaba en hombre. Iván arrojó las ropas femeninas a un rincón y volvió a ponerse el uniforme del Ejército. Luego sacó un pañuelo de bolsillo y se quitó todo el maquillaje. A continuación puso cara de gran héroe y masculló palabrotas.

«Es el fin —pensó Orlov—. Ahora sí que estoy acabado.»

Después de cambiarse, Iván fue al teléfono y descolgó el auricular. Tuvo un momento de vacilación. En cuanto hubiese hecho la llamada, no tendría marcha atrás.

Marcó los números: 03. El profesor le dijo que en otro tiempo, ése había sido el número del médico de urgencias.

«No nos vendrían mal unos cuantos médicos», pensó Iván.

Acercó el auricular al oído. Señal de espera.

Iván aguardó.

Al fin, alguien respondió al otro extremo de la línea.

—Dígame —respondió una voz lejana.

Iván miró al Überführer, y luego a Vodyanik y a Misha.

—La última vez que hablamos, no terminamos la conversación, general.

Sobre la mesa había toda una manada de elefantes de porcelana, empezando por un menudo ejemplar no más grande que un dedal, hasta un poderoso macho con colmillos largos y curvos, trompa poderosa y mirada inteligente. La cabeza

del macho estaba coronada por una caperuza violeta, adornada con borlas de oro. Memov contempló la figura. La mirada del macho irradiaba la calma imperturbable del elefante.

La mayor parte de la colección procedía de regalos que le habían hecho a Memov, y unas pocas piezas le habían llegado de manos de los *diggers*. La debilidad del general por los elefantes de porcelana era legendaria entre sus subordinados.

«Ya está bien así —pensó Memov—. Tan pronto como haya alcanzado mi objetivo, todo el metro hablará de mis elefantes. Pero aún no ha llegado el momento. Hay que ganarse la fama con sudor.»

Sazonov se acercó a la mesa, tomó una de las figuras y la hizo girar en una y otra dirección.

Memov hervía de indignación.

—¿Qué dice Postyshev? —preguntó.

El comandante de la Vasileostrovskaya se quejaba como siempre. No parecía que hubiese aprendido nada después de quedarse sin el grupo electrógeno.

—Es un idiota viejo y pertinaz —dijo Sazonov—. No quiere darse cuenta de que su tiempo ya ha pasado. La *Vaska* ya no es independiente. Postyshev ruega que se incremente el suministro eléctrico: doce horas en vez de seis. Dice que si no, se le van a morir los plantíos. —El nuevo comandante de los *diggers* de la Vasileostrovskaya sonrió con satisfacción—. Vaya cenutrio.

—¿Disculpa? —El general no estaba seguro de haberlo entendido.

—Quiero decir que Postyshev trata de ganar tiempo —se corrigió Sazonov.

—¿Y tú qué me propones?

Una sonrisa fría como el hielo apareció en el rostro de Sazonov.

—Pienso que necesitamos un nuevo comandante.

Memov le miró con severidad.

—¿Estás seguro de ti mismo? Cuando hubieron terminado, Sazonov volvió a dejar el elefante sobre la mesa y se marchó.

Memov respiró con alivio.

«Es un tío peligroso el tal Sazonov —pensó—. Si esto continúa, tendré que pensar una solución para él. Es una verdadera lástima que sea él, y no Merkulov, quien esté de mi parte. Ahora tengo que tratar con un asesino que ha traicionado a su mejor amigo y su estación.

»Pero, por ahora, necesito a Sazonov. Me resulta útil.»

Memov regresó a la mesa y volvió a colocar la figura en su lugar.

«Quizá sea infantil enfadarse por algo así —pensó—. No es más que un elefante de porcelana. Pero, en cualquier caso, es mi elefante. Y tiene que estar en el sitio que yo le he asignado.»

Hacia seis años que Memov trabajaba en la construcción de su imperio.

Al pasar de los cincuenta, uno se hace consciente del poco tiempo que le queda. En el entorno no hay más que enemigos y subordinados. Los enemigos son el problema menor. Se les puede hacer frente cara a cara. Pero el trato con los subordinados exige la vigilancia y la agresividad de un guepardo, capaz de matar a un antílope en once segundos. Esos depredadores existieron antes de la Catástrofe. Eran los más rápidos del mundo. ¿Quién se acuerda ya de ellos?

Memov negó con la cabeza y colocó bien un elefante que tenía los flancos adornados con arabescos de color azul. Luego contempló de nuevo a su elefante favorito, el macho grande.

«Tiene un sucesor que heredará su imperio elefantino. A eso se debe su paz de espíritu. Pero ¿qué va a ser de mí? El más grande de los imperios no vale nada para quien no puede legárselo a nadie. Sólo con pensar lo que va a ocurrir dentro de poco... si los informes de los servicios secretos son fidedignos, nos queda ya poco tiempo.»

El general suspiró y regresó a su escritorio. Montañas de documentos se acumulaban sobre éste.

«Necesito un sucesor, un heredero. ¿Qué pasará si me ocurre algo? Todo esto por lo que he luchado a lo largo de los años se irá al arroyo. Y todo habrá terminado. Para siempre.»

El teléfono sonó. ¿Quién podía ser? Memov miró en la pantalla del teléfono. Se había encendido «Nevsk». La Nevski prospekt. Entonces, era Orlov.

Aún perdido en sus pensamientos, Memov descolgó el auricular y lo arrimó al oído.

—Dígame.

Al oír la voz de su interlocutor, el general se estremeció como si lo hubiese golpeado un rayo. La voz pertenecía a alguien a quien creía muerto desde hacía tiempo.

—La última vez que hablamos, no terminamos la conversación, general —dijo la voz profunda, suave, algo ronca.

Memov, muy agitado, le hizo un gesto a su asistente para que se le acercara.

—Iván —dijo el general—, quizá vayas a sorprenderte, pero me alegro de oír tu voz.

—¿Ah, sí? —respondió el *digger* con sarcasmo—. Es que no ocurre muy a menudo que nos llamen desde el otro mundo, ¿verdad, general?

El asistente acudió a la carrera, irguió la barbilla, a punto para servir, y miró a Memov como le habría mirado un perro. «¿Quién cría a estos tontarras lameculos?», pensó el general, atacado de los nervios, e hizo un gesto para darle a entender al asistente que lo había llamado para que tomase nota de algo.

—Sí, claro —respondió Memov—. ¿Tienes a Orlov contigo?

—Sí. Pero ahora no puede ponerse al teléfono. Tendrá que disculparle, general.

—¿Está vivo todavía?

Eso era importante. Si Iván había matado al jefe del servicio secreto, habría que entender que no pensaba negociar. Si Orlov seguía con vida, quizá quedara una posibilidad de llegar a un acuerdo.

La respuesta se hizo esperar y el tiempo de espera fue un tormento.

—Está vivito y coleando. ¿Por quién me toma usted, general? ¿Piensa que soy como usted? —Se hizo una pausa—. ¿O como Sazonov?

El rostro de Memov se ensombreció. La saeta envenenada del *digger* había alcanzado su objetivo.

La decisión de liquidar a Iván había sido un error. Y no terminar el trabajo había sido un error todavía más grande. «Alguien tendrá que responder por ello. Y ya sé quién va a ser.»

Por fin, el inútil del asistente acudió con un papel y un rotulador. Memov le indicó que le aguantara el papel, sacó el tapón del rotulador con los dientes y se puso a escribir. «M...». El color verde se había secado y el rotulador resbaló sobre el papel sin dejar marca. El colérico Memov arrojó el rotulador a un rincón. El asistente se estremeció de terror. «Qué idiota.» El general le señaló el escritorio. ¡El lápiz, pero ahora mismo!

—No te tomo por nadie, aparte de ti mismo —respondió Memov en tono de superioridad—. ¿Qué piensas hacer?

El asistente le trajo el lápiz. «Por fin. Voy a echar a esta tortuga. O le haré limpiar retretes durante todo el día.»

Memov escribió:

«Merkulov está en la Nevski. Tiene a Orlov en su poder. Sellad la estación y aguardad mis órdenes. Secreto.»

Luego le puso el papel en la mano al asistente, le señaló la puerta y le amenazó de paso con el puño para que se pusiera en marcha. El asistente

palideció y echó a correr.

—Te escucho, Iván —dijo Memov, al tiempo que veía desaparecer por la puerta las espaldas del asistente.

—Muy bien —respondió el *digger*—. Deben de haber enviado gente a la Nevski. Pero tenemos unos diez minutos de tiempo hasta que lleguen, y mientras tanto podemos charlar con toda tranquilidad.

«Con toda su frialdad —pensó Memov mientras le rechinaban los dientes—. ¿Por qué no estás en mi bando, Iván? ¿Por qué? Juntos podríamos mover montañas.»

Después de salir del despacho del general, Sazonov se quedó fuera, de pie junto a la pared. Se sacó un portaplumas del bolsillo interior de su abrigo, lo abrió y tomó un cigarrillo que él mismo había liado. Era el antepenúltimo. Pronto tendría que acudir de nuevo a Farid, aunque luego no le gustara.

Se llevó el cigarrillo a los labios con manos temblorosas. Se sacudió los bolsillos hasta encontrar por fin el mechero. Un mechero que alguien había hecho con la vaina de un cartucho. Sazonov sonrió.

«Este mechero te había pertenecido a ti, Iván. Todo lo que en otro tiempo te perteneció a ti me pertenece ahora a mí. O me pertenecerá... más pronto o más tarde.»

La ruedecita crujió. Una vez. Dos.

Saltaron chispas. Al fin se encendió la llama.

Sazonov encendió el cigarrillo con avidez. Lo hizo con tanta precipitación que se quemó los dedos y estuvo a punto de doblarlo. Estaba con los nervios de punta. Tenía que recobrar el control sobre sí mismo.

Cuando el humo cálido y azulado entró por fin en sus pulmones, se encendió también en su cabeza el rojo ardiente de una flor que florece. Sazonov retuvo el humo dentro del pecho. La flor que tenía en la cabeza abrió sus pétalos carnosos. La tensión disminuyó y una agradable ligereza se difundió por todo su cuerpo. Entonces, Sazonov tuvo la sensación de que todo volvía a estar bien. Como si antes hubiera sido tan sólo media persona y la otra mitad hubiese vuelto a su lugar con la primera calada al cigarrillo.

Paz interior.

Sazonov volvió a guardarse el cortaplumas en el abrigo. Tendría que encargarle a Farid que le proveyera de hierba de los Vegetarianos. No cabía ninguna duda que los Vegetarianos no eran tontos.

Los pensamientos de Sazonov se habían clarificado y se habían liberado de

la anterior tensión. Antes, al conversar con Memov, había tenido la sensación de que una niebla espesa se le metía en la cabeza y le enturbiaba los sentidos. Antes había dicho absolutas estupideces y había atraído hacia sí la mirada de estupefacción del general. Ahora, después del cigarrillo, volvía a tener la cabeza clara.

Una buena oportunidad para reflexionar y para tomar decisiones.

Todavía tengo que pensar en algo para Postyshev, pero eso no va a ser difícil. Y luego, Tanya. Una sonrisa diabólica apareció en los labios de Sazonov. No es que me interese especialmente como mujer. Pero es que era la novia de Iván. Y eso, por supuesto, lo cambia todo. Todo lo que en otro tiempo perteneciera a Tontován tiene que ser mío.

Sazonov respiró hondo una vez más y dejó que el humo se le escapara lentamente de los pulmones. La nubecilla azulada adoptaba formas grotescas y se elevaba hacia las alturas.

Por supuesto que es una insensatez presentarse en el despacho del general con hierba en el bolsillo. Pero el día había sido difícil. No va a pasar nada. Tiró la colilla y la pisó con el talón.

Dejo indicios. Bueno, ¿y qué? A la mierda.

Sazonov se disponía a marcharse, pero entonces el asistente de Memov salió del despacho del general y tropezó con él.

—¡Déjeme pasar!

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el *digger*.

El asistente trató de pasar por su lado, pero Sazonov se interponía en su camino. El asistente era todavía joven y novato. El jovenzuelo no tenía ninguna oportunidad contra el curtido *digger*.

—Tengo que... pasar.

—Yo podría ayudarte —respondió Sazonov, y respondió cual *corredor*^[25] que ha encontrado el rastro de un cachorro pavloviano.

Sazonov tenía un sexto sentido para las debilidades humanas, y éste rara vez le engañaba. Por ello, se avino a correr un riesgo considerable. Se daba cuenta de que había ocurrido algo importante. Quizá pudiera descubrir de qué se trataba. Pero si se equivocaba, tendría problemas muy serios. El general no le iba a perdonar así como así la intromisión.

El asistente trataba una y otra vez de escapar de Sazonov, pero éste le cerraba el paso como un muro en movimiento.

—¡Es un asunto urgente!

—Eso ya lo he entendido —le dijo Sazonov en tono apaciguador; sus ojos centelleaban en la penumbra—. ¿Qué es lo que te ha encargado el general?

El asistente miró a su alrededor, desesperado, pero no encontró ninguna salida.

—Tengo que entregar una nota.

—¿Qué clase de nota?

—¡Déjeme usted pasar! No puedo...

—Pero si la has perdido —dijo Sazonov—. Mira, tontito, no tienes nada en la mano.

El asistente se quedó pensativo y abrió la mano izquierda.

El momento de la verdad.

Tenía la nota en la mano. Un movimiento veloz como el rayo. Al cabo de un momento, el asistente volvió a cerrar la mano. Tan rápido como pudo. Pero ya no tenía nada en ella.

Sazonov se acercó la nota al rostro con gesto triunfal y la leyó con mirada ansiosa. Una vez, dos, y luego, simplemente, dejó caer la nota al suelo.

La hoja de papel descendió lentamente. El asistente la agarró y se marchó corriendo, casi llorando. Se había dejado engañar.

«Tengo que actuar con rapidez», pensó Sazonov.

Al cabo de un minuto, había trazado ya un plan. Se detuvo unos instantes y lo repasó mentalmente. Tenía que salirle bien.

Su sexto sentido tampoco lo había engañado en esta ocasión. Había merecido la pena correr el riesgo. Sazonov anduvo a pasos agigantados en dirección al lugar de los hechos.

Iván estaba vivo.

Y se encontraba en la Nevski.

Tralará. Batooonchiki.

Sazonov atravesó a toda prisa el andén y saltó a las vías. Los *diggers* habían instalado su cuartel general provisional en un cuchitril que se encontraba debajo de la plataforma. Abrió la puerta de una patada y le llegó a las narices el hedor de matarratas barato y cuerpos sin lavar. Apartó la cara con asco. Luego entró y pisó un bulto amorfo que yacía bajo una frazada sucia y apestaba a alcohol.

—Tío, que te den por... —murmuró el bulto, y luego se dio la vuelta. La cara sin afeitar de Gladyshev se asomó de debajo de la frazada—. ¿Qué quieres?

Sazonov sonrió.

—¡Basta de dormir, Igor! ¡Tenemos algo que hacer!

El Überführer señaló el reloj grande y blanco con cifras negras.

—Diez minutos —dijo tan sólo con los labios, sin voz.

Iván asintió, se llevó el auricular al otro oído y lo sostuvo con el hombro. Luego escribió sobre una nota: «M. se pone nervioso», y se la enseñó al *skinhead*.

—Bueno, general, ¿qué le parece si charlamos un rato?

—¿Qué es lo que quieres, Iván?

—Me debe usted una respuesta precisa. Si no tiene usted inconveniente, general, me gustaría oírla ahora mismo.

—Pregúntame lo que quieras. Te responderé con sumo agrado.

«Está ganando tiempo —pensó Iván—. Pero ya habíamos contado con ello.»

—Querría saber qué necesidad había de hacer eso. El robo. El asesinato. La guerra.

El general se tomó su tiempo para responder.

—Si tan sólo supiera cómo puedo convencerte, Iván... —respondió por fin—. No importa lo que te responda, no te lo vas a creer. Pero has de saber algo: tan sólo he hecho lo que juzgaba necesario. Lo que queda de la humanidad es demasiado poco como para que podamos permitirnos estas divisiones en grupitos egoístas. Sí, tienes razón, mis métodos son radicales. Para mí, el robo, el asesinato y la guerra han sido medios para un fin. Pero no puedo permitir que nadie, ni los moscovitas, ni la Vasileostrovskaya, ni ningún otro, vayan por su cuenta mientras todos los demás luchamos por nuestro futuro. Tenemos que estar unidos, ¿lo entiendes?

—La unidad hace la fuerza, ¿verdad, general? —dijo Iván con sorna—. ¿O puede ser que usted, mientras tanto, haya hallado un nuevo eslogan que yo todavía no conozca?

Memov suspiró.

—Tú no entiendes lo que sucede aquí. Nos hallamos al borde de una gran guerra.

Iván sonrió.

—Si usted lo dice...

—Tanto si te lo crees como si no. Es un hecho. ¿Qué sabes tú sobre el Imperio de los Vegetarianos?

Al instante, las imágenes del pasado se sucedieron en la cabeza de Iván. La barba rala que se asomaba a la garganta del médico. Y su lenta y miserable caída

al suelo.

Iván parpadeó y se volvió para que los demás no pudiesen verle el rostro.

—Sé más que suficiente.

—¡Qué coño vas a saber tú! Yo dispongo de información fiable. Los Vegetarianos se disponen a conquistar territorio extranjero en la red de metro. Necesitan más espacio vital. Y no sólo eso...

—¿Ahora resulta que se ha convertido usted en líder de un movimiento de liberación, general? Muy interesante, sí, señor.

—Cierra la boca y escúchame. Estoy a punto de confiarte lo que muy pocos saben. En el metro rige una distribución de esferas de influencia. Los Vegetarianos no son seres humanos. Aunque tengan el mismo aspecto que nosotros. Por ello, no se trata de un combate por la independencia, sino por la supervivencia de la humanidad. No nos queda mucho tiempo. Quizás un año. Quizás un par de meses. Tal vez menos. No lo sé. Luego, esto se va a transformar en un infierno. Nos van a encerrar en corrales y nos transformarán en abono. ¿Eso es lo que quieres?

Iván callaba. El general parecía sincero, y sin embargo...

—He de contradecirle a usted en una cuestión decisiva, general. He tenido el dudoso placer de ver de cerca a los Vegetarianos y puedo asegurarle que se trata de seres humanos. Sin duda alguna, su comportamiento es extraño: tan sólo comen plantas y emplean los cadáveres de los prisioneros como abono. Pero los seres humanos no son incapaces de tener ese tipo de conductas. Me bastaría con recordarle los acontecimientos de la Vosstaniya. ¿Sabe usted a qué me refiero?

Memov suspiró profundamente.

—No me crees. Pero es que hemos diseccionado cadáveres de Vegetarianos. Si vienes, te enseñaré lo que encontramos dentro. Entonces comprenderás de qué te hablo. Créeme, Iván, no son seres humanos. No sé cómo empezaría todo esto, pero ahora se parecen más a las plantas que a...

—¿Adónde quiere ir a parar usted, general? —le interrumpió Iván—. ¿Quiere decirme que el fin justifica los medios?

Se hizo una pausa.

—Así es —confirmó Memov—. Si el fin merece la pena, justifica los medios. En este caso, lo que está en juego es la supervivencia de la humanidad.

El Überführer movía la mano, nervioso, para darle prisa a Iván. El *digger* asintió con la cabeza.

—Tenemos que poner fin a esta conversación, general. Es hora de que lo

deje.

—¡Espera! —gritó Memov—. ¡Aún no he terminado! Sé que consideras que estoy en deuda contigo. ¡Pero no mates a Orlov! Te lo ruego, escúchame y...

Iván colgó. El Überführer le guiñó el ojo con confianza, se colgó el fusil del hombro y salió por la puerta.

Iván contempló al atado jefe del servicio secreto de la Admiralteyskaya.

Levantó la pistola y tensó el gatillo con el pulgar.

Una vez más se inflamó el recuerdo: el ensordecedor estruendo de los disparos. Los cuerpos convulsos que caían lentamente al suelo.

«¿Qué es lo que ha dicho el general?

»"Se parecen más a las plantas que a..." ¿A qué? ¿A los seres humanos?»

Iván apuntó a la sien de Orlov.

«Hay que castigar la maldad. ¿Verdad que sí?»

Un disparo.

Sazonov y Gladyshev intercambiaron miradas. Luego se acercaron con precaución, por lados distintos, a la puerta de entrada del despacho de Orlov.

«Hay que mantener en todo momento el contacto con el compañero», había predicado siempre Iván. Sazonov se sonrió al acordarse. Él y Gladyshev se complementaban como un equipo perfecto. Por lo menos hasta el momento.

La puerta estaba abierta. Sazonov echó una ojeada al interior.

Un gemido sordo. Un algo aprisionado en cinta adhesiva rodaba por el suelo.

Sazonov entró con el revólver a punto.

Vio el rostro de Orlov, que se había quedado blanco, y sus ojos, que miraban de un lado para otro sin ton ni son. El suelo estaba cubierto de sangre. Sazonov volvió a meter el revólver dentro de la funda. Se agachó y le quitó la cinta adhesiva de la boca al jefe del servicio secreto. Orlov escupió la mordaza y se puso a gritar. El *digger* tuvo la sensación de que, de un momento a otro, se le caerían los oídos.

—¡Ahhh! —bramaba Orlov—. ¡La rodilla!

¿Por qué no lo había matado Iván? Sazonov agarró la pistola de Orlov, que se había quedado sobre la mesa.

«Qué misterio. ¿Por qué lo había dejado con vida? ¿Qué habría hecho yo en su lugar? Por supuesto, habría acabado con él.»

Sazonov sonrió.

Desde el punto de vista de Iván, habría sido lógico. Pero daba igual. La cosa se podía corregir.

Orlov bramó de nuevo.

Sazonov tensó el gatillo de la Beretta.

Luego se agachó y volvió a taparle la boca a Orlov. Bueno, el silencio era relativo: los sordos gemidos del jefe del servicio secreto aún se oían bajo la cinta adhesiva. En su rostro desfigurado por el miedo, los ojos parecían a punto de salirse de sus órbitas.

Sazonov levantó la pistola y retrocedió un breve trecho. No quería que se le manchara el abrigo. Apuntó y tiró del gatillo.

Pum. La sangre brotó de la calva de Orlov.

Sazonov se sentó en una silla y arrojó la pistola sobre la mesa.

—Pero cómo ha podido chillar de ese modo —dijo—. Parecía una tía.

Salieron del despacho de Orlov, que se encontraba al final del andén. Sobre la puerta estaba escrito «W2-PIIA». En otro tiempo, ésas habían sido las habitaciones donde las empleadas de la limpieza guardaban sus utensilios. Eso era lo que le habían contado a Iván. En ese momento se empleaban para los despachos de gente de mayor importancia. Cómo cambian los tiempos.

Iván miró a su alrededor.

El mármol brillante. El techo alto. Sin lugar a dudas, la Nevski prospekt se encontraba entre las estaciones favoritas de Iván. Pero había llegado el momento de marcharse de allí.

Las palabras de Memov no habían dejado indiferente al *digger*. ¿Y si el general había dicho la verdad y los Vegetarianos se disponían a empezar una guerra? En ese caso, se avecinaba un desastre total.

Se abrieron paso entre el bullicio que imperaba en el andén. Esta vez sin disfrazar. Había pasado el tiempo de esconderse.

De pronto, Iván se dio cuenta de que el *Überführer* se había quedado atrás. Se volvió. El *skinhead* se había detenido en un sitio y contemplaba el pasillo que conducía a la Gostinka. Iván forzó la vista, pero no le pareció ver ninguna cara conocida.

—¿Über? —le gritó.

El *skinhead* no reaccionaba. Su rostro era como de piedra.

—¡Über!

Al fin, se volvió, pero lentamente, como si se le hubiera oxidado el cuello. Sus ojos azules se veían gélidos como vaho de hielo seco. Rebosaban odio. Al verlo, Iván se asustó.

—¿Qué ocurre?

El rostro del *skinhead* se relajó, e incluso afloró una sonrisa a sus labios. Empuñó el fusil que había llevado al hombro y se lo entregó a Iván.

—Ve tú primero —dijo el Überführer.

Iván le miró sin entender nada. Tenían previsto ir juntos por el túnel que llevaba hasta la Sennaya. El profesor y Kuznetsov estaban ya en camino. ¿Qué, o a quién había visto el Überführer?

—¡Márchate de una vez! —repitió el *skinhead*—. Ya te daré alcance luego.

El Überführer dio un salto con sus elásticas rodillas y aterrizó sobre el hormigón. Se puso de nuevo en pie.

—Hola, Ramil. ¿Todavía me conoces?

El guardaespaldas del zar Ahmed levantó los ojos. Y sonrió. Claro que aún conocía al *skinhead*. Acto seguido, apartó a un lado a Ahmetsyanov. Éste trató de protestar, pero Ramil se lo sacudió de encima. No era el momento.

Se plantó con ganas de pelea enfrente del *skinhead*.

—Ése no tiene ninguna culpa —dijo Ramil.

—Exacto. Es una cuestión que va a quedar entre nosotros dos —confirmó el Überführer.

El *skinhead* dejó colgar ambos brazos y flexionó el puño con el que sujetaba el cuchillo. Ejercicios de relajación. Estaba desnudo de cintura para arriba. Su cuerpo cubierto de moretones y cicatrices tenía un aire marcial. En el antebrazo destacaban la hoz y el martillo. Una máquina de guerra soviética en todo su esplendor.

Ahmed II dio unos pocos pasos con la intención de apartarse, pero entonces se detuvo. Su chaqueta de cuero negro relucía en la oscuridad. Sus ojos también brillaban.

No sabía muy bien lo que tenía que hacer.

—¡Márchate! —ordenó Ramil sin volverse hacia su jefe.

Ahmed se largó. El guardaespaldas se quitó la chaqueta y la colgó de una punta de acero que sobresalía de la pared. A continuación se arremangó con delicadeza y dejó al descubierto unos antebrazos cubiertos de vello. Finalmente, sacó el cuchillo.

—¿Has terminado? —preguntó el Überführer, que, entretanto, jugaba con su propia arma blanca.

Ramil asintió.

—Hijo de la gran puta —decía el Überführer para provocarle—. No tienes ni la más mínima idea de con quién te has metido. Te enfrentas a *skins*, ¿lo

entiendes?

—¿Cuál es el túnel por el que tengo que ir? —preguntaba Gladyshev con voz ronca y entrecortada. Carraspeó y escupió un grumo de mucosidad. El *digger* parecía hecho polvo como un *zombel*—. Mierda. ¿El derecho o el izquierdo?

Sazonov miró hacia uno y otro lado.

—El izquierdo —respondió.

—¿De verdad?

—Sí, el izquierdo —repitió Sazonov mecánicamente, aunque se hubiera dado cuenta del deje irónico en la voz de Gladyshev—. ¿Por qué me haces una pregunta tan estúpida? ¿Es que no te parece bien?

—Me parece inmejorable. ¿Por qué?

«¿Pero quién se había creído que era ése?» Sazonov sacó pecho. Las insubordinaciones de ese tipo se tenían que cortar de raíz.

—Ten cuidado con lo que dices —advirtió—. Si no quieres que te dé en los morros.

Silencio.

—¡¿Igor?!

—Sí, sí —respondió Gladyshev con voz pausada. En aquel momento, su rostro hinchado y cubierto de arrugas aparentaba una asombrosa tranquilidad—. Ya sé que eres el comandante, pero no me hinchas las pelotas, ¿vale? ¿Tú te piensas que no sé el motivo por el que Vanya ha regresado de entre los muertos? ¡Ha regresado por ti!

—¿Y por ti no?

—Sí, también por mí, naturalmente —reconoció el viejo *digger*, con una sonrisa en los labios que dejó al descubierto los muñones podridos de sus dientes—. Porque tengo sangre en las manos. Mucha sangre. Pero fuiste tú quien lo mató a él. ¿Pensabas que yo no lo sabía? Le ibas detrás como una mujerzuela. Siempre dispuesto a lamerle el culo. Y luego, cuando se había decidido a casarse, vas y te lo cargas. Y ahora metes mano en sus cosas como si fueras una mujerzuela. Y eso es lo que eres: una mujerzuela. Pero ahora ha regresado, ¿te das cuenta? Bueno, ¿cómo te ha sentado esto? ¿Ya te has cagado en los calzoncillos?

Sazonov no daba crédito a sus oídos.

—Igor, ¿estás borracho? ¿Por qué me hablas de ese modo?

—Porque me da la gana.

Sazonov agarró al viejo *digger* por el cuello de su chaqueta manchada y lo

atrajo hacia sí.

—¡Soy tu comandante!, ¿lo entiendes?

Gladyshev le enseñó los dientes.

—Lo que eres es un mierdas. Yo he tenido dos comandantes: Kosolapy e Iván. No habrá un tercero.

—¿Y yo?

Sazonov estaba tan consternado que le faltaba poco para olvidarse incluso de su propia ira. ¿Cómo podía atreverse a tanto aquel inepto?

—¿Y tú? Tú eres el diablo, Vadim —dijo Gladyshev con toda seriedad—. Un Satán. Aparta las manos si no quieres que te rompa los dedos uno a uno.

Gladyshev se soltó, se volvió y se marchó por el túnel. Por la izquierda, como se le había ordenado. El nuevo comandante de los *diggers* se creció.

—¡Quédate quieto, Igor, o si no te pego un tiro!

Gladyshev se detuvo y se volvió.

—¡Ven tú a chuparme la polla! —gritó el otro. Se marchó sin prestarle atención.

De pronto, Sazonov tenía la Python en la mano. La había sacado con tanta rapidez que él mismo se sorprendió. Sintió la familiar frialdad del metal.

Levantó el brazo poco a poco y apuntó. Tenía en la mira el cuerpo agachado del viejo *digger*.

«Dispara de una vez —se decía Sazonov a sí mismo—. Si no, Gladyshev dejará atrás la zona iluminada. ¿Y qué ocurrirá entonces?»

El comandante volvió a apuntar y puso el dedo en el gatillo. Aquel revólver estaba hecho para él.

«¡Venga, dispara de una vez!»

Al cabo de un instante, la espalda de Gladyshev desapareció en la oscuridad.

Sazonov bajó el revólver y sonrió.

«No, el primero tiene que ser Iván. Ya me ocuparé luego de Gladyshev.»

—¿Para qué necesitas mi cuchillo, Ramil? Venga, dímelo, amiguito, ¿para qué?

El Überführer hacía poses frente al guardaespaldas. La hoja del cuchillo centelleaba, a veces en la mano izquierda y a veces en la derecha, a veces se lanzaba al frente, a veces desaparecía bajo la muñeca.

Ramil aguardó y no se movió. En su rostro se pintaba la calma.

—Aún puedo comprender que me arrancarás las uñas, pero ¿por qué me robaste el cuchillo?

Ramil permanecía en silencio, sin inmutarse.

Los movimientos del Überführer parecían casi una danza, y uno de ellos, uno muy ágil, se transformó en el primer asalto. Blandía un modesto cuchillo vikingo fabricado en China, de acero gris, con una canaladura en el dorso de la hoja. Ramil reaccionó en el último instante. Las hojas se cruzaron y volvieron a separarse.

El Überführer retrocedió de un salto y se puso en cuclillas. El metal centelleó. Parpadeó.

Ramil lo contemplaba como si hubiera sido un ídolo de piedra.

Un menudo corte rojo relucía sobre la ceja izquierda del Überführer. Brotó sangre, una gota se desprendió y le resbaló por la ceja. El *skinhead* se llevó la mano a la frente y palpó el corte. Sorprendido, se miró los dedos ensangrentados. Luego volvió la mirada hacia el guardaespaldas.

Ramil se encogió de hombros.

—No está nada mal —dijo el Überführer a modo de reconocimiento.

Con un rápido movimiento se embadurnó de sangre la frente. En esos momentos parecía un piel roja con pinturas de guerra.

Agarró el cuchillo con la izquierda y se abalanzó. Ramil se le puso de cara. Las hojas se cruzaron una vez más. Entonces, el guardaespaldas presionó hacia delante y acuchilló. El Überführer retrocedió y se apartó de un salto. Se detuvo por momentos. Tenía un pequeño rasguño en el hombro izquierdo.

Se había formado una muchedumbre en torno a los dos gallos de pelea y se oían murmullos de placer morboso. Era cuestión de tiempo el que apareciese una patrulla.

De pronto, el Überführer se echó a reír.

—Ahmed debe de tener mi cuchillo, ¿verdad que sí? Me lo robaste para él, ¿no? ¿Qué tal tu vida de niñera, Ramil?

El rostro del guardaespaldas se ensombreció. Se le notaba el palpito en las mejillas.

—Nada de eso te incumbe —respondió con voz biliosa.

Era la primera vez que hablaba desde el inicio del duelo, y el Überführer se dio cuenta en seguida de que su provocación había dado en el blanco.

«Ahora tengo que acabar con él —pensó—, antes de que me reduzca a carne picada.»

—¿Cada cuándo le cambias los pañales a Ahmed, eh?

El guardaespaldas resoplaba de rabia.

—Y tú también le procuras las mujeres, ¿eh? —siguió burlándose el *skinhead*—. Ya veo que lo haces todo por él, Ramil. Y me arrancaste las uñas para darle a él una alegría, ¿verdad que sí? ¿O para tu propio placer? Venga, dímelo, no me dejes así.

—Te voy a matar —amenazó Ramil—. Tu juego ha terminado.

Una vez más, los dos rivales se arrojaron el uno contra el otro. Los brazos se entrecizaron, los cuchillos entrechocaron. De súbito, Ramil cayó de rodillas. Las piernas no sostenían ya su poderoso cuerpo. Trató de levantarse y entonces se desplomó de espaldas al suelo.

El *skinhead* se incorporó. El cuchillo que sostenía con la mano estaba empapado de sangre.

—Y también vas a morir por él, ¿verdad que sí, Ramil? —le dijo al moribundo, y a continuación se volvió y saltó a las vías. El duelo había terminado. Era el momento de marcharse.

Un disparo.

El *skinhead* se detuvo e irguió la cabeza. El disparo venía del sitio de donde habían dejado a Orlov. La muchedumbre del andén murmuraba.

Y, una vez más, al túnel. La historia se repetía.

«Iván —pensaba Sazonov—. Iván, Diván, Tontován. Eres tú, por fin.»

Levantó la Python y apuntó.

«Habría sido mucho más divertido enfrentarse en un duelo. Pero como se trata de nuestro viejo amigo Iván, lo mejor será no correr riesgos. Pero... ¿por qué no?»

Sazonov sonrió, bajó el revólver y lo metió en la funda que le colgaba del cinturón.

«Por Tontován merece la pena correr el riesgo.»

Agarró la linterna con la mano derecha, tendió el brazo para sostenerla lejos del cuerpo e inició la persecución. Si Iván dispara contra la luz, se va a llevar una desagradable sorpresa. Yo disparo más rápido que él.

«Si yo supiera dónde se oculta Sazonov. Ese tío dispara más rápido que yo. Qué insoportable juego al gato y al ratón.»

Iván negó con la cabeza e iluminó la pared con la linterna.

En el círculo de luz se hicieron visibles las juntas del túnel y los oxidados soportes de los cables. No había nadie. Hacía tiempo que los habitantes del metro se habían llevado todo material aprovechable que hubiera podido quedar en el túnel. Los cables siempre servían para algo y las propias ratas estaban

numeradas. Pero incluso en ese túnel saqueado que unía la Nevski prospekt y la Sennaya Ploshchad desaparecían de vez en cuando seres humanos.

«No caerá esa breva», pensó Iván con una sonrisa en los labios. Se colgó del hombro el «Bastardo» que le había dado Shakilov y se echó a andar a paso de marcha relajado.

Habían pasado dos minutos desde que el pelotón de admiralzes había llegado a la Nevski prospekt. No tardarían en perseguirlos por el túnel.

«Pero antes habremos llegado a la Sennaya —pensaba Iván—. Dios lo quiera.»

Apagó la linterna y miró hacia atrás para ver si alguien los perseguía.

Parpadeó.

Una luz ardía en la oscuridad. O bien un transeúnte solitario que iba pacíficamente al mercado, o bien...

Iván empuñó el fusil que llevaba al hombro.

O bien era Sazonov.

La luz de más adelante se extinguió.

«Vaya, vaya, Tontován.

»¿Ahora te cagas de miedo?

»No vas a disparar contra la luz.»

Sazonov sonrió.

«Porque no sabes quién viene detrás de ti. Y disparar contra un no beligerante no es tu estilo.»

Sazonov aceleró el paso.

«Recuerdo muy bien cómo te comportaste cuando me incorporé a la unidad de Kosolapy. No eras como los demás. Me tomaste en serio. No te burlabas de mí. No me tratabas como a un pobre imbécil. En esa época yo era un aficionado que no tenía nada en la cabeza.

»Me respetaste como persona.

»Quizá sea ése el motivo por el que te odio.

»Me he impuesto a todos. Gladyshev, el mismo que me puteaba sin misericordia, ahora tiene que portarse bien. Esta a mis órdenes, no a las tuyas, Iván. El pequeño motín de antes no significa nada. Gladyshev es débil. Tarde o temprano regresará y me pedirá perdón.

»Todo lo que en otro tiempo te perteneció me pertenece ahora a mí. O como mínimo me pertenecerá. No odiamos a los que están por encima de nosotros y nos miran con desdén, sino a los que están por encima de nosotros y nos tratan

como a iguales.

»Ésa es la naturaleza del ser humano.»

Sazonov desenfundó el revólver. La luz volvió a encenderse más adelante, dentro del túnel, y se alejó. Sazonov echó a correr tras ella.

La luz que brillaba en la lejanía había empezado a pegar brincos. Era evidente que la persona que sostenía la linterna había echado a correr.

«¿Tan grande es tu anhelo de acabar conmigo, Vadim?»

Iván se plantó con las piernas bien firmes en el suelo y empuñó el fusil. La mancha de luz subía y bajaba sin cesar. El perseguidor venía corriendo.

Iván arrimó la mejilla al tacto fresco y suave de la culata del fusil.

—Mis caramelos favoritos —dijo con voz mecánica, apoyando el dedo en el gatillo.

«Ay, Vadim, Vadim.»

—Batooonchiki —susurró Iván, y tiró del gatillo.

El fusil pegó una sacudida y los fogonazos rasgaron la oscuridad. «Uno, dos, tres», contó Iván, y soltó el gatillo.

La linterna en cuya dirección había disparado cayó al suelo, se alejó rodando y se quedó quieta, de manera que su luz apuntaba a la pared del túnel.

Iván dio un paso hacia la izquierda, dobló la rodilla y apuntó de nuevo.

Tinieblas.

El hombro le dolía y ante sus ojos danzaban manchas azules.

La linterna se encontraba todavía en el mismo lugar.

¿Le había dado? ¿O no?

Un gemido.

Sazonov corría a paso ligero, relajado. Antes de entrar en el túnel se había fumado el último cigarrillo de liar. La flor roja como el fuego había florecido de nuevo dentro de su cabeza. Estaba tranquilo.

Tenía el brazo izquierdo tendido hacia un lado y sujetaba con él la linterna. El brazo derecho con el que sostenía el revólver colgaba junto al costado.

«Venga, Tontován, tienes que caer en mi pequeña trampa. Cuanto más sencillo, mejor, ¿verdad que sí?

»Dispara. Yo te responderé. A la velocidad del rayo.»

Sazonov corría. El túnel vacío multiplicaba por mil el eco de sus pasos. Como si todo un pelotón de Sazonovs hubiera perseguido a Iván, el *digger* consagrado a la muerte.

«¿Qué me había dicho Gladyshev? Eres un diablo.

»Exacto.»

Un disparo.

Sazonov se agachó.

Estaba claro que Iván había perdido los nervios. Anda, anda, anda. ¿Qué les ha pasado a tus célebres Batonchiki?

A la luz de los fogonazos, Sazonov vio a un hombre que tendía el brazo hacia él.

Levantó el revólver al instante y disparó.

Dos veces.

Pum, pum.

El hombre se desplomó en el suelo.

Iván encendió la linterna que llevaba sujeta al inicio del cañón del fusil y se inclinó sobre el cuerpo sin vida. Por seguridad, mantuvo el dedo sobre el gatillo.

«Donde apunta la luz, apunta también la bala. Es muy sencillo.»

Casi como si empleara una mira láser.

El hombre estaba tendido de costado. El brazo izquierdo le había quedado dislocado debajo del cuerpo. Ropa negra. A su lado, un Kalashnikov. Iván alumbró la cara del hombre.

Maldita sea.

No era Sazonov.

El hombre se movió y gimoteó.

—Hola, Igor —dijo Iván—. ¿Cómo estás?

Lo he matado. Claro que lo he matado.

Sazonov se agachó sobre el cadáver y le iluminó la cara.

«¡Mierda!»

El hombre que estaba tendido sobre las vías oxidadas le resultaba totalmente extraño. El cabello rubio se asomaba bajo su gorra. Tenía los ojos muy abiertos. Una escopeta de cañones recortados y disparo único había quedado tirada a su lado.

Sazonov arrugó la frente.

«Así pues, ¿acabo de cargarme a un inofensivo transeúnte? La cosa tiene su gracia.»

Sazonov se puso en pie e iluminó a su alrededor con la linterna. Entonces se asustó de tal modo que estuvo a punto de caerse. Se oyeron disparos en la lejanía.

Sazonov dijo una palabrota. Se había metido por el túnel que no tocaba.

Un error tras otro.

Así pues, un asesinato sin justificación alguna acababa de añadirse a la lista de crímenes de Merkulov.

Había llegado el momento de dar la vuelta e ir a informar al general.

—Vanya... —Los labios de Gladyshev se movieron y lograron dar forma a una sonrisa—. Jefe. Yo...

—Tranquilo —susurró Iván—. No digas nada.

—Se ha equivocado...

—¿Qué? —Iván se inclinó sobre Gladyshev—. ¿Qué es lo que dices?

—Se ha equivocado de túnel —dijo Gladyshev, y enseñó los restos de sus dientes—. ¿Me voy a ir al infierno?

Iván negó con la cabeza. No. Gladyshev era un asesino y un fanático. Pero incluso para los asesinos y fanáticos puede brillar un destello de esperanza.

—Bien —dijo el viejo *digger*. Su cuerpo se quedó inerte.

La vida se extinguió de su rostro chato y arrugado.

Iván se puso en pie y miró a su alrededor. En la lejanía se divisaban las luces de varias linternas. Las patrullas de la Alianza no tardarían en llegar.

Había llegado el momento de ponerse en camino hacia la Sennaya.

—Ha escapado —dijo Memov. Se pasó el dedo por los labios, reseco y agrietados. Los nervios—. Ese cabrón. Le ha pegado un tiro a Orlov y ha escapado. ¿Dónde puede esconderse? ¿En la Sadovaya-Sennaya?

—Seguramente.

Sazonov se acercó de nuevo a la mesa con el elefante. Memov le habría abofeteado con placer.

—Tenemos que averiguar cuáles son sus intenciones.

—Yo pienso que tratará de llegar a la *Vaska*.

Memov asintió.

—Si consigue ir hasta allí, tendremos que enfrentarnos a una pequeña guerra civil. Los habitantes de la Vasileostrovskaya están sedientos de independencia. Un héroe que regresara de entre los muertos sería suficiente para ponerlos en pie.

—Es cierto —corroboró Sazonov.

El *digger* tomó uno de los elefantes y lo meneó estúpidamente.

«Qué idiota», pensó el irritado general.

Sazonov fingió no haber visto su mirada de cólera. El elefante no dejó de menearse.

—¡Deja ese juguete y escúchame! —ladró Memov.

Sazonov le respondió con un irónico saludo militar y volvió a dejar el elefante sobre la mesa.

Memov fue al trote hasta el otro extremo del despacho y se detuvo junto al corcho que anteriormente había visto Iván: el plano del metro, la Alianza, el Imperio de los Vegetarianos, chinchetas de colores. Y un futuro sombrío.

«Yo le he contado la verdad —pensó el general—. Pero Iván no me ha creído. Y para cuando me crea ya será demasiado tarde. La guerra no espera.»

—Cerraré todas las estaciones de la Alianza y pondremos precio a la cabeza de Iván. Si le imputamos crímenes de guerra, incluso los gilipollas del Consejo de Paz colaborarán en su captura. Ese truco ya nos ha funcionado antes. Lo importante es que Iván no llegue a la Vasileostrovskaya. He ordenado que se refuerce la vigilancia de la estación.

—No nos bastará con las patrullas —dijo Sazonov.

—¿Qué quieres decir con eso?

Sazonov negó con la cabeza, sonriente.

«¿De qué puede alegrarse? —se preguntó Memov con fastidio—. Cuatro cadáveres en un día, entre ellos el de un civil inocente. Y ése se alegra.»

—Podría llegar a la *Vaska* por otro camino. He trabajado con él. No lo olvide, general, Iván es un *digger* con muchos recursos.

Memov juntó las manos detrás de la espalda y meció el cuerpo. Finalmente, levantó la cabeza y le echó una severa mirada a Sazonov.

—¿Qué me propones?

Una sonrisa triunfal apareció en el rostro de Sazonov.

—¡Venga, venga, no os paréis! ¡Dadle con fuerza! —gritaba el capitán para espolear a los soldados.

El largo mango de la manivela subía y bajaba ruidosamente. La gigantesca puerta cuadrada de acero empezó a moverse en toda su majestad y, poco a poco, milímetro a milímetro, se fue cerrando.

—¡Esto tiene que ir más rápido, Fenchenko! —gritó el capitán a uno de los soldados—. Imagínate que corriéramos peligro de inundación. ¿Piensas que el agua esperaría? ¡Venga, por favor, daos más prisa! ¡Abajo, arriba, abajo, arriba! Entiendes lo que te quiero decir, ¿no? ¡Te entrenas cada noche!

Los soldados se rieron. La puerta de acero que había de cerrar herméticamente el túnel se desplazaba con movimiento lento e inexorable.

—¿Qué es esto, muchacho? ¿Qué sucede?

Una comerciante que llevaba una carga de telas a la Vasileostrovskaya acompañada por su hombre se acercó irritada al capitán.

—No se puede pasar —explicó el «muchacho», que había pasado ya de los cuarenta—. Hágame el favor de regresar a la Admiralteyskaya, señorita. Este túnel se va a cerrar. Hay peligro de inundación, ¿entiende?

El capitán se volvió de nuevo hacia los soldados que le daban a la manivela. El resquicio que quedaba entre la puerta y la pared se cerró.

—Vamos a matar de hambre a los habitantes de la *Vaska* —le dijo a un sargento. Y cuando tuvo claro lo que eso significaba, añadió, meditabundo—: Nuestros jefes están locos de verdad. ¿Y qué culpa tienen los niños?

La noticia del cierre de la Vasileostrovskaya llegó al día siguiente a oídos de Iván. En ese momento, los conjurados se encontraban en la Sennaya, en una habitación para forasteros que habían alquilado. Su albergue provisional no era barato, pero sí seguro.

El nudo de estaciones Sadovaya-Sennaya-Spasskaya no extraditaba delincuentes a la Alianza. A cambio de cierta cantidad de dinero, les permitieron incluso una llamada.

—Dígame.

—¿Qué significa todo esto, general? —preguntó Iván.

—Te había rogado que no mataras a Orlov —respondió Memov. Su voz sonaba fatigada—. ¿Por qué lo has hecho?

—¿Qué?

Iván tuvo un momento de vacilación. Así que los tiros iban por ahí.

—Habrías podido ahorrarte esta llamada, Iván. Ahora eres un asesino y un terrorista. Y nosotros no negociamos con asesinos y terroristas. A decir verdad...

—El general hizo una pausa para reflexionar— estoy muy decepcionado contigo, Iván.

—Si no recibe provisiones desde el exterior, la Vasileostrovskaya podría aguantar durante un mes —explicaba el profesor—. Los alimentos almacenados les alcanzarían entre un mes y un mes y medio, eso es lo que se considera habitual. Tienen en despensa cierto número de conservas por si se produce una inundación en el túnel. El carburo y el alcohol seco para las lámparas y para cocinar también les bastarían durante un tiempo. De todas maneras, sería difícil calcular en qué medida emplearon ya esas provisiones durante el conflicto con la Vosstaniya. ¿Y qué más? Tienen agua potable almacenada en grandes cisternas. El problema principal va a ser el suministro eléctrico. Sin luz eléctrica, las

plantas se les van a morir. En consecuencia, padecerían escasez de alimentos, anemia, escorbuto. En cualquier caso, se trataría de una situación extremadamente crítica.

—Pues sí —dijo el Überführer. Suspiró y se rascó el cogote.

Misha miraba al vacío sin saber qué decir.

«Tanya —pensó Iván—. Tanya. Lo he hecho todo mal.»

—¡Mierda!

Iván cerró los puños y empezó a caminar nerviosamente de un extremo al otro de la habitación. Los demás, por pura precaución, se apartaron de su camino. Al cabo de un rato, de pronto, el *digger* se detuvo y dio un puñetazo con todas sus fuerzas sobre la mesa. Los demás se sobresaltaron.

Iván sentía escozor en los nudillos. El dolor era fuerte, pero tuvo un efecto catártico. Como un jarro de agua fría. La cabeza se le despejó de pronto.

—¿Qué te pasa, Iván?

—Nada, nada —murmuró, y se sentó sobre la cama—. Todo va bien.

«De nada me servirá lamentarme —pensó—. ¡Mejor será que se me ocurra algo!»

Se echó y volvió la cabeza hacia la pared.

«Piensa, Iván. ¡Piensa! La Vasileostrovskaya necesita luz.

»¿Pero de dónde vamos a sacar la corriente eléctrica?

»¿De dónde, maldita sea una vez más, de dónde voy a sacar la corriente eléctrica?»

A fin de ahorrarse cartuchos, Iván y sus compañeros se trasladaron a un hostel barato de la Sadovaya. Allí no había habitaciones de verdad, sino tan sólo camas separadas con cortinas de colores. Por sorprendente que pueda parecer, de vez en cuando las lavaban.

Iván se echó sobre su cama plegable y estudió el tejido de las cortinas. Una hebra tras otra. Una hora tras otra. Se levantaba tan sólo para hacer sus necesidades y beber agua. No comía casi nada. Sus amigos trataban de hacerle salir de su apatía, pero siempre se estrellaban contra un muro de silencio.

«El destino tiene previsto otro camino para ti» (Láquesis).

«Si cambiaras de opinión, y estoy seguro de que más pronto o más tarde vas a cambiar...» (Enigma).

Pasó un día entero. Y otro.

Al tercer día, Iván se presentó recién afeitado y bien vestido para desayunar. El Überführer y Misha le miraron estupefactos. Incluso el profesor se atragantó

con el té.

—¿Se le ha ocurrido a usted alguna buena idea, Vanya? —preguntó Vodyanik en cuanto hubo logrado aclararse la garganta.

Iván asintió.

Nuestras posibilidades son mínimas. Quizá tiendan a cero. Pero son las que tenemos.

—Ante todo, tengo hambre —dijo Iván, sirviéndose sopa en el plato—. A propósito, profesor, ¿qué sabe usted sobre centrales nucleares?

Tercera parte: BLUES RADIOACTIVO

*Desde el viernes rasqueo este blues,
a veces bebo, a veces no, totalmente obtuso.
Desde hace años me doy de cabeza contra la pared,
que tiene sabor salado, como mi mano.
Todo barman sabe de qué hablo,
apenas llegas a la puerta y han pasado tres días.
¿Por qué soy Pinocho y no D'Artagnan?
¿Y qué haré con mi ridículo puño americano?
D. Sergeyev,
Adaptación libre de
Fumblin' with the blues
de Tom Waits*

15-La Technoloshka

EN la última orilla.

Las olas arrastraban espuma sobre la arena y volvían a retirarse con un leve murmullo. Una detrás de otra. Había una máscara antigás con tubo de respiración medio hundida en la arena. Al acercarse a ella, se veía el borde de un capuchón echado sobre la máscara. Goma marrón. Visores redondos. Detrás de éstos... todo de color negro.

En los oculares se reflejaban la orilla abandonada y el cielo grisáceo y nublado que a duras penas permitía distinguir entre la noche y el día. El cielo radiactivo después de una guerra nuclear. Las olas iban y venían. La máscara seguía allí. Un símbolo de esperanza. El hombre había tratado de sobrevivir.

Había llegado a la orilla envuelto en su chaqueta protectora de goma. Se había puesto el capuchón sobre la máscara antigás y lo había sujetado con la correa.

Había quedado expuesto al pacífico embate de las olas. A su alrededor se reían los días y los años. La máscara antigás muerta lo veía todo y callaba. Tarde o temprano, la muerte se adueña de todos nosotros.

Fyodor no quería saber cómo había muerto el hombre. Sacó una pala corta que llevaba en la mochila y se arrodilló al lado del muerto. Una ola pasó por su lado y le trajo un soplo de aire fresco. El chillido de una gaviota, sonoro y estridente. No, no era una gaviota. Eran los nuevos señores del mundo.

Fyodor colocó la pala al lado del muerto. A continuación, hundió en la arena sus guantes de goma de dos dedos, junto a la máscara antigás medio enterrada, más o menos a la altura de los oídos. «Arriba, muchacho.» La arena densa y húmeda se puso blanca cuando el agua se retiraba.

—Hola, soldado —dijo Fyodor.

Su voz se hizo oír entre el rumor y el chapoteo de las olas, como si viniera de otro mundo. Y, en lo fundamental, así era.

Allí los seres humanos ya no tenían nada que decir.

Y tampoco importaba. El viejo levantó los ojos y contempló el mar. Un espejo grisáceo y encrespado. Una neblina rosada en el horizonte. Fyodor negó con la cabeza y parpadeó. La máscara de respiración que llevaba era tan normal para él como para otras personas podían serlo las gafas. La llevaba siempre puesta. Menos cuando estaba en casa, por supuesto. Cuando estaba dentro.

El sol se elevó poco a poco. Una brisa suave acarició los cabellos del viejo. En otro tiempo, poco después de la guerra, un viento como ése habría significado la muerte, porque arrastraba polvo radiactivo y una dosis suficiente de roentgen por hora. Pero, en ese momento, tan sólo transportaba la frescura del nuevo mundo.

Nada tiene fin. El sol se elevaba con indolencia por encima del horizonte. Como un hongo nuclear a cámara lenta. Las puestas de sol ya no tenían nada especial. En ese tiempo, poco después de la guerra, habían sido inconcebiblemente bellas. Como consecuencia de las grandes cantidades de hollín y polvo que las explosiones nucleares habían arrojado a la atmósfera.

El viejo negó con la cabeza y miró. Los ojos le dolían ya, pero aguantó la mirada. Mientras el sol bañaba de sangre el horizonte y se lavaba las manos en agua de mar, Fyodor bajó el rostro. La siguiente ola avanzaba. Sus manos se hundieron hasta la mitad en la arena. Apretó cada vez con mayor fuerza. La arena se compactó y sorbió de nuevo el agua. Fyodor dobló los dedos y encontró algo duro, de consistencia semejante a la goma. Por fin. Respiró hondo y empezó a tirar.

No lo consiguió. La máscara antigás se desplazó, como mucho, un centímetro. No podía más. Tendría que excavar.

«¿Quién fuiste? —se preguntó el viejo—. ¿Qué tengo que escribir sobre tu tumba?»

Fyodor tenía la esperanza de encontrar papeles bajo la ropa protectora del muerto. Quizás una carta. Una carta habría sido ideal.

Pero la posibilidad de encontrarla era pequeña. Durante los últimos años anteriores a la Catástrofe no se habían escrito muchas cartas. Al menos, no sobre papel. Él mismo no lo había hecho.

Cuando uno no sabe que va a morir, le basta con un correo electrónico. «Voy en seguida. F.» La máscara del viejo ocultaba una amarga sonrisa. Si hubiese podido, habría llorado. Los remordimientos de conciencia son el más severo de los castigos. Si hubiese podido, habría escrito alguna otra cosa. Un sentimiento

idiota. ¿Qué habría cambiado si hubiese escrito: «Te quiero mucho. Dale un beso de mi parte a Andryushka»? ¿Qué habría cambiado si ella lo hubiese leído antes de que las bombas cayeran sobre la ciudad?

Ironías del destino: había sobrevivido porque se había quedado encerrado en el reactor nuclear. ¿Quién se lo habría imaginado?

El viejo hundió la pala en la tierra. La siguiente ola avanzó.

«Déjate de pensamientos idiotas y entrégate a tu trabajo», se dijo Fyodor, hundiendo la pala en la arena.

«Si hubiese podido ver su cara cuando recibió mi mensaje. O...»

Fyodor se detuvo.

Probablemente, un «te quiero mucho» no habría logrado más que aterrorizarla. Por lo general, las mujeres son más sensibles que los hombres.

Fyodor creía ver aún a su mujer, la veía en la cocina con el delantal de colores, veía entristecerse su semblante, veía una sombra que cubría su rostro. La sombra de un hongo nuclear.

El viejo se estremeció.

«No, no, había hecho bien. “Voy en seguida. F.” había sido lo apropiado en ese momento. Hacerlo todo igual que siempre. Tenía la esperanza de que no se hubiese dado cuenta de que todo estaba a punto de terminar.»

Todo había terminado. Ella y su hijo habían muerto y él desenterraba cadáveres.

Hundió la pala entera en la arena, extrajo un terrón bañado en agua y lo arrojó a un lado. El agua goteaba de la pala. La hundió de nuevo en la arena.

Una ocupación estúpida. Hundía la pala en la arena y la sacaba como si fuera un autómatas. Incluso el mantenimiento del reactor se había transformado en mera rutina. Las olas limpiaban la arena que había extraído. El agua llenó la zanja que había abierto en torno a la cabeza con la máscara antigás y borró las afiladas huellas de la pala. La máscara antigás observaba los afanes del viejo con sus visores redondos.

«Ahora mismo, muchacho. Ten paciencia tan sólo un instante.»

El portador de la máscara de gas tuvo toda la paciencia necesaria. En los visores no se reflejaba nada. «Buen muchacho.» Una vez más, la pala se clavó en la arena. El sonido que producía le recordaba a la señal de correo electrónico entrante. ¿O de correo electrónico borrado? El viejo no se acordaba ya. En cualquier caso, tenía que ver con los correos electrónicos.

Si hubiese podido, habría escrito sobre papel.

Y ella me habría escrito a mí.

Fyodor cerró los ojos y creyó ver el frigorífico en la cocina. Era un frigorífico viejo. Ella siempre había querido uno nuevo, pero Fyodor se había negado. A lo largo de toda su vida había sentido aversión por las innovaciones. A veces, de noche, la nevera daba sacudidas y alborotaba como un avión al aterrizar. Pero ni siquiera eso le molestaba. El viejo creía ver el frigorífico. En su puerta había todo tipo de notas sujetas con imanes de recuerdo: Rodas, Creta... y un ciruelo sonriente. Como si hubieran estado en la tierra de los ciruelos sonrientes.

También habían colgado allí un dibujo de niño. Pero prefería no acordarse.

Mientras el viejo sacaba paladas de tierra, la arena se tiñó primero de rosa y luego de rojo.

¿Por qué estaba tan reseca la vegetación? ¿Quizás el agujero en la capa de ozono se había extendido hasta abarcar toda la tierra? Cada vez que Fyodor levantaba la cabeza y sacaba otra palada de arena, sus ojos se volvían hacia un bosque muerto. Troncos negros, ramas nudosas y muertas. Una parte de los árboles se había caído ya, pero no se pudrían. Qué raro.

«Bah, qué iba a ser raro. Era muy normal.»

«Si yo fuera biólogo, escribiría una tesis doctoral entera sobre esto —pensó el viejo—. Todo un montón de tesis doctorales.»

Una palada tras otra, Fyodor desenterró al muerto.

¿Qué podía ser lo que había movido a aquel hombre a venir a la orilla? ¿Quería maravillarse por última vez ante la salida del sol? «Y un cuerno, la salida del sol, después de una guerra nuclear.» Durante un mes, o quizá más, no se había visto el sol. Había irrumpido una gélida frialdad, y el viento procedente del mar había soplado tan fuerte que había desarraigado los árboles. Se habían producido auténticos huracanes.

«Pero en vez del invierno atómico, vete a saber qué diablos tenemos ahora.

»Los que hemos sobrevivido, por supuesto.»

Entretanto, la orilla entera había quedado bañada por una luz roja como la sangre. El viejo se detuvo para reposar. Le dolía la espalda, como si le hubieran clavado un tubo de hierro en la zona lumbar. «Da igual.»

Auténticos huracanes. Y luego aquel frío.

Aunque fuese verano. Por aquel entonces había salido del edificio del reactor para ver cómo estaba todo por fuera. Por fortuna, el aislamiento del centro de control había sido tan sólo provisional. Si no, no habría podido salir jamás.

Después de dispararse la alarma, las áreas sensibles del reactor se habían sellado de manera automática. En todo momento se había contado con la posibilidad de que le hubiese ocurrido algo al personal de mantenimiento y de que el núcleo del reactor se hubiera fundido al dejar de circular el agua del sistema de refrigeración. Por ello se activó el cierre automático. El sistema automático de protección le había encerrado en la zona de control, en la misma nave del reactor. El mundo al revés: el mecanismo de protección que tenía como objetivo impedir que la radiactividad saliera al mundo exterior había impedido que fuese el mundo exterior el que irradiara al reactor.

El viejo terminó su trabajo. El hombre de la máscara antigás, con su traje de protección de color gris, yacía frente a él, desenterrado. Tenía los pies metidos en unas chanclas. Los brazos estaban extendidos. Los visores miraban sin expresión. Llevaba veinte años muerto.

Fyodor hundió la pala en la arena y tiró del abrigo del muerto. «¡Arriba! Vamos, muchacho. Buscaremos un sitio bonito para ti.»

—Mi plan es el siguiente —empezó a decir Iván—. Tengo que subir a la superficie y llegar de algún modo a la central nuclear de Leningrado. Y luego volver desde allí. —Hizo una pausa—. Tengo que estar seguro de regresar. ¿Puedes ayudarme?

Mandela le miró de soslayo.

—¿Puedo hablar con toda franqueza?

—Sí.

—Estáis como una cabra.

«Puedes darte por muerto. Lo que ahora experimentas es la muerte de las células de tu cerebro.»

—Puede ser —respondió Iván—. Pero no me has contestado a la pregunta.

Mandela estaba tan nervioso que no lograba quedarse quieto.

—Bueno, si eso os ha de servir para algo... yo tengo un amigo aquí en la Technoloshka —explicó Mandela—. ¿Te acuerdas de que te había hablado de él?

—Sí. ¿Qué pasa con él?

—Es astrónomo. Mejor dicho, astrofísico.

—¿Y cómo se llama tu astrofísico?

—Astrólogo.

El Überführer miró al negro con recelo.

—Oye, tío, tú nos tomas por gilipollas, ¿no?

La doble estación Technoloshka constaba de la Technologicheski institut 1 y

la Technologicheski institut 2. Había un trajín como de hormiguero. O como de nido de ratas después de arrojarle una bomba incendiaria. La estación humeaba, siseaba y lanzaba chispas. Uno se quedaba sin oído y sin vista. Pero no parecía que las ratas trataran de salir al espacio abierto. Al fin y al cabo, eran científicos. El hedor a plomada y a metal caliente llegaba de un extremo al otro de la estación.

La Technoloshka ocupaba una posición especial dentro del metro. Originalmente se habían instalado allí los estudiantes y profesores del Instituto Tecnológico que se encontraba al lado de la estación y que le daba su nombre (un dato interesante: la gran mayoría eran químicos). Pero con el paso del tiempo también llegaron personas de otras estaciones: todo tipo de zumbados de la tecnología, y casi todo el mundo que estuviera interesado en la ciencia y en el estudio. Por supuesto, el punto fuerte de la Technoloshka era la técnica. Allí se producían baterías, acumuladores, productos químicos relacionados con la alimentación y muchas otras cosas cuyo nombre se había olvidado desde hacía tiempo en el resto de las estaciones.

Pero la misión más importante de la Technoloshka, con diferencia, consistía en el mantenimiento de las instalaciones técnicas del metro deterioradas por el paso del tiempo. Siempre que fallaban los sistemas de drenaje, alumbrado y ventilación, se solicitaban los servicios de los especialistas que vivían en esa estación. En el metro se les conocía con el apodo de «gasóleos».

Por lo demás, los habitantes de la Technoloshka se sentían llamados a preservar para la humanidad un nivel intelectual medio que resultara aceptable. Un propósito digno de todo encomio, porque en los años posteriores a la Catástrofe se había producido una rápida decadencia.

Iván tenía las explicaciones de Vodyanik en la cabeza mientras contemplaba todo el lugar. Las informaciones previas que le había dado el profesor eran útiles, sin duda, pero no le haría ningún daño formarse una imagen propia. La estación, por sí misma, era notable. Mármol gris, columnas de planta cuadrada, iluminación discreta. Aun cuando todas las lámparas funcionaran sin excepción, la luz era mucho más agradable que, por ejemplo, la de la Mayakovskaya.

Mandela se adelantó. Por una escalera llegaron a un pasillo estrecho con las paredes cubiertas de azulejos brillantes. Conducía hasta la estación Technologicheski institut 1. Después de atravesarla, bajaron por una escalera con columnas de mármol amarillo hasta la llamada «sala redonda» que se encontraba abajo. Iván levantó la cabeza y silbó entre dientes. Era la primera vez que se

encontraba allí. En un primer momento tuvo la impresión de que al otro lado de la cúpula de cristal se hallaba la superficie. Como si el cristal de colores los separara de la ciudad irradiada. Pero, por supuesto, no podía ser. Desde allí hasta la superficie debía de haber cincuenta metros. Sin embargo, el efecto producía una gran impresión. Y una cierta angustia. Iván bajó la cabeza y se estremeció.

Mandela aguardaba abajo, en la salida que conducía al ala derecha del andén. En el ala izquierda, a juzgar por el estrépito, estaban en funcionamiento varias máquinas. Olía a aceite de máquina y a sudor. Los operarios tenían la ropa de trabajo manchada de aceite. Se afanaban a ir de un lado para otro como si pensarán que iban a vivir para siempre.

En el ala derecha se agolpaba la élite intelectual del metro. Iván no había visto nunca tantas gafas a la vez. Era como si aquellas personas se hubieran especializado en saquear tiendas de óptica.

La gente de las gafas escuchaba una conferencia. Por lo que llegó a entender Iván, el conferenciante hablaba de la segunda derivación de una constante. O de la derivación de la segunda constante...

—El congreso científico «Noches blancas» —explicó el negro—. Espérame ahí, vuelvo en seguida.

Mandela desapareció entre la multitud de intelectuales.

El presidente de la mesa, un hombrecillo calvo con una chaqueta de traje raída de color verde, se subió la tribuna. Miró a su alrededor con aire pensativo y luego se puso a hablar con voz pausada y solemne, y algo nasal.

—A continuación oiremos una conferencia a cargo del muy honorable señor decano Khvostikov y del profesor Meyberg, con el título «Perspectivas para el empleo de los llamados lagartos primigenios en la explotación de parcelas de tierra rehabilitadas». Posteriormente, el candidato en ciencias técnicas Alexey Alexeyevich Yegorov nos leerá extractos de su artículo «El último legado de la naturaleza: especificidades funcionales en el empleo del octavo par de patas». Y luego...

Iván no tardó en dejar de escuchar.

—¿Qué son los lagartos primigenios? —preguntó en voz baja a Vodyanik.

El profesor resopló con desprecio.

—Un completo disparate. He oído hablar de esa teoría. Según dicen, cierto material genético conservado en capas de tierra antiguas salió a la luz como consecuencia de la Catástrofe y actuó como medio de reparación de emergencia del sistema. Así pues, lo que vemos en las calles de San Petersburgo respondería

a la configuración original de un computador llamado Tierra. Como una especie de era de los dinosaurios. En la biblioteca de la *Vaska* tenemos un libro infantil sobre los reptiles de la prehistoria. Los triceratops, brontosaurios, iguanodones y como se llamen los demás. ¿Te acuerdas?

Iván asintió.

—Pues esto va en esa dirección. De hecho, no podemos excluir que en la naturaleza exista algo así como cajas negras. Por si se diera el caso de la caída de un meteorito, por ejemplo. ¿Qué sabemos nosotros acerca de los mecanismos de emergencia de la naturaleza? Nada. Sin embargo, esas cajas negras nos plantearían un problema... —El profesor respiró hondo—. Si de verdad existen, tendríamos que contar con una entidad adicional que no respondería al principio de la navaja de Ockham y que habría que excluir de la ecuación.

—¿Qué clase de entidad?

El profesor se hurgó la barba distraídamente y permaneció en silencio.

—¿Profesor?

—¿Sí? —Vodyanik titubeó, como si en ese mismo instante alguien lo hubiera despertado.

—¿Cuál es esa criatura que aparecería en escena y que, de acuerdo con su opinión, no debería existir?

—Dios —dijo Vodyanik.

—Ah, magnífico —exclamó el Überführer, y negó con la cabeza que una vez más se le empezaba a cubrir de pelo—. ¡A esos les parece que hasta Dios es superfluo!

—Ahórreme usted sus comentarios, joven —respondió el profesor, ofendido.

Iván se volvió. El negro estaba a su lado junto con uno de los gasóleos.

El amigo de Mandela era un hombre alto. Estaba de pie, algo encorvado, y contemplaba a los recién llegados con franco interés. Tenía el cabello negro y llevaba gafas.

—Os presento a Astrólogo —dijo el negro—. Astrólogo, éstos son...

Iván asintió brevemente con la cabeza.

—... los locos de los que te había hablado —concluyó Mandela.

Las gafas de Astrólogo brillaron. El joven científico le dio la mano a Iván y señaló a la tribuna con un movimiento de cabeza.

—Es el doctor Reisman. Merece la pena escucharle.

Reisman era un hombre pequeño, con mucho cabello, que llevaba puesto un suéter de lana bajo el chaleco. Subió a la tribuna, colocó los papeles sobre ésta,

se puso bien sus gruesas gafas y esperó a que la multitud dejase de murmurar. Luego empezó a hablar con voz inesperadamente fuerte, sin mirar para nada lo que traía escrito.

—El célebre físico Stephen Hawking fue una reconocida autoridad en el ámbito de la cosmología en los tiempos en los que aún tenía sentido ocuparse de esas cuestiones. En cierta ocasión, Stephen Hawking dijo: «Tengo una visión optimista del futuro.» Debió de ser unos dos años antes de la Catástrofe. Hawking tenía dos hijos y una hija. Él mismo estaba tullido y podía mover tan sólo un dedo de la mano derecha. Por medio de ese dedo dictaba sus libros y legó a la posteridad esa misma afirmación acerca del futuro. Yo lo llamo tener visión de futuro.

»En comparación con la vida que tuvo que llevar, la propia guerra atómica parece un mal menor. Pero ¿quién sabe?, tal vez la afirmación del profesor Hawking no fuese irónica. Tal vez se lo creyera de verdad. ¿Qué podemos saber sobre un espíritu que está encerrado en un cuerpo muerto, un cuerpo que ni siquiera le permite lanzar un SOS? ¿Quién fue el asistente que interpretó los signos de su dedo casi muerto? ¿Podemos confiar en él? Puede ser que éste se equivocara o que, deliberadamente, manipulase los signos del maestro. Quizá tan sólo fuera gandul, o estuviera cansado. Yo no lo sé. Pero hay algo que sí sé con certeza: en esa época, antes de la Catástrofe, el profesor Hawking tenía su propio metro personal.

»¿Se preguntarán, quizá, por qué les hablo del profesor Hawking? Verán, es muy sencillo. Querría mostrarles, mediante este ejemplo, que la tierra, la tierra de antes, era el cuerpo de la humanidad. Y que podemos dar ese cuerpo por muerto. Lo que vemos fuera del metro, arriba, en la superficie, no nos da ninguna indicación de que ese cuerpo pueda recuperar la salud. Muy al contrario, nos da a entender que los gusanos realizan de manera infatigable su labor. No va a pasar mucho tiempo hasta que los últimos restos orgánicos que quedan ahí arriba sean devorados. Y entonces entra en juego el cerebro. Es decir, nosotros. En definitiva, el ser humano se considera una criatura dotada de razón... *or not?*

»Los gusanos se multiplican. Se han multiplicado ya. ¿Qué harán cuando sólo les quede el metro?

»Escarbar para extraer de su cáscara a los restos de la humanidad y devorarlos. Lógico.

»Yo contemplo con optimismo el futuro, igual que el bienaventurado profesor Hawking.

»Un futuro en el que ya no vamos a existir.

El doctor Reisman hizo una pausa dramática y fue mirando a sus oyentes.

—Muchas gracias por su atención. Si tuvieran alguna pregunta... por favor...

Silencio. Los oyentes estaban como paralizados.

—Creo que no hay ninguna pregunta —dijo el presidente de la mesa—. Pasemos a la siguiente conferencia.

El doctor Reisman asintió brevemente y abandonó la tribuna. Le llovieron gritos de enfado, incluso amenazas. Pero el hombrecillo de suéter roñoso y gafas gruesas no se desconcertó en lo más mínimo por las vulgaridades y regresó a su sitio con cara de indiferencia.

—Un hombre singular —reconoció Astrólogo—. Dice simplemente lo que piensa. Aquí hay mucha gente a quien no le gusta. Corren rumores de que quieren excluirlo de los círculos científicos, e incluso expulsarlo de la estación. Idiotas. Se mire por donde se mire, todos son idiotas.

—No es un hombre optimista —dijo Iván.

—Y qué más da. Ahora bien, pienso que nuestros asuntos internos no deben de interesaros mucho. —Astrólogo miró a Iván y a sus compañeros—. Yura me ha contado brevemente a qué habéis venido. Seguidme. Hay algo de lo que tenemos que hablar.

Astrólogo los llevó a una habitación con paredes de madera contrachapada muy desgastadas. Se notaba que se empleaba como aula de manera habitual. El mobiliario consistía en varias hileras de sillas, una pizarra y un escritorio grande. Las sillas eran de madera y se encontraban en un estado deplorable, y también el escritorio habría quedado mejor en un vertedero de basura. Tan sólo la pizarra era blanca y estaba reluciente como si fuese nueva.

«¿Qué deben de utilizar para escribir en ella? —se preguntaba Iván—. Esa superficie no está pensada para escribir con tiza, ¿verdad?»

Entonces volvió a escuchar.

Astrólogo tenía una voz especial. A veces sonaba profunda y, entonces, al cabo de un instante, muy aguda, como en un equipo de música averiado.

—Llegaron allí, pero era demasiado tarde —explicaba él—. La puerta hermética se había cerrado de manera automática. En cualquier caso, no llegaron a tiempo.

—¿Y qué hicieron entonces? —preguntó Iván.

Astrólogo volvió la cabeza. Estaba sentado en uno de los bordes del

escritorio. Como un maestro distraído que se aparta de la materia y les cuenta a los niños una historia sacada de su propia vida.

—Los militares estaban locos —respondió—. Un comandante fue con su tanque hasta el vestíbulo de la superficie. No tengo ni idea de cómo lo hizo. Y a continuación disparó contra la puerta automática.

—¿Y consiguió algo?

—Casi. El agujero era más o menos así. —Astrólogo indicó el tamaño con las manos—. El proyectil perforó la puerta y luego explotó. El comandante no fue muy inteligente. En vez de emplear proyectiles perforadores, habría tenido que servirse de granadas. Así, estuvo a punto de matar a toda la gente que había en la estación sin ayudar en nada a los suyos.

Iván se imaginó el estruendoso avance del tanque por el vestíbulo, su asalto contra las escaleras automáticas, el emplazamiento del obús en dirección a la base y el disparo hacia abajo.

—¿Y dónde dices que ocurrió todo eso? —preguntó el *digger*.

—En la Ladoshkaya —respondió Astrólogo, poniéndose bien las gafas.

—¡Todo eso no son más que disparates! —exclamó el profesor Vodyanik—. Lo que nos has contado no puede ser cierto.

—¿Y por qué no? —replicó Astrólogo.

—¿Cuál es el ángulo máximo de inclinación del cañón de un tanque T-90? ¿Lo sabéis? Yo sí lo sé.

Pues claro, detalles como ése formaban parte de la formación básica del profesor.

—El ángulo máximo de inclinación hacia abajo es de quince grados respecto de la horizontal —siguió diciendo Vodyanik—. ¿Y qué se colige de ese dato? Que el conductor del tanque no pudo apuntar contra la puerta.

—Bueno, estupendo —intervino Iván—. Así pues, hemos solucionado la cuestión del tanque. ¿Podríamos centrarnos en nuestro tema? Me refiero a la central nuclear de Leningrado.

—Umm —murmuró Astrólogo—. Por supuesto.

Se puso en pie, se acercó a la pizarra y sacó un grueso rotulador negro del bolsillo de la camisa.

«Ajá. Eso es lo que emplean para escribir», pensó Iván.

«PETERSBURGO - LAES»,^[26] escribió Astrólogo con letras grandes y movimientos ágiles. Trazó sendos círculos en torno a ambas palabras y los unió

con un guión.

—Primera posibilidad: ir a pie —dijo.

El Überführer carraspeó.

—Descartado —dijo Iván, al tiempo que se manoseaba la frente—. La máxima distancia que puede recorrer una expedición por la superficie es de un kilómetro. Tan sólo unos pocos *diggers* son capaces de correr ese riesgo. Pero ir a pie hasta Sosnovy Bor... lo siento, pero no estoy tan loco.

Astrólogo asintió.

—Lo entiendo. La alternativa... —Se detuvo a media frase y miró a Iván—. ¿Piensas de verdad que aún funciona? Me refiero a la central nuclear de Leningrado.

—¿Y qué piensas tú? —preguntó Iván a su vez, y miró a los ojos al científico.

Éste suspiró.

—A mí me gustaría creerlo, pero...

—¿Pero qué?

—Tengo mis dudas. Seguro que has visto un montón de manojos de cables podridos y echados a perder. Si contemplamos la situación de manera realista, es improbable que haya quedado algo intacto. Después de tanto tiempo. Todo tipo de instalación técnica exige un trabajo continuado de mantenimiento porque, si no, se estropea y se oxida. Mira cómo está el metro. Hay cables eléctricos por todas partes, pero los cables se pudrieron hace tiempo. En caso de necesidad, podríamos repararlos, pero después de tanto tiempo...

—Sin embargo, yo no excluiría la posibilidad de que haya quedado algo —insistió Iván—. Bueno... en ese caso, tendríamos que buscar alternativas. No hay muchas posibilidades. ¿Volar?

Silencio. Vodyanik callaba.

«Probablemente todavía piensa en los lagartos primigenios», supuso Iván.

—¿Por qué no vamos en coche? —propuso Kuznetsov—. Por lo que habéis contado, tan sólo son ochenta kilómetros.

—Ajá —dijo Astrólogo, poniéndose bien las gafas—. De acuerdo, encuéntranos un coche que circule bien. ¿Qué harás entonces?

Kuznetsov se alegraba de que lo hubieran incluido en una conversación seria.

—Me siento al volante y lo pongo en marcha.

—Pues vaya. No conseguirías poner en marcha el motor. Las baterías de los coches aguantan, como mucho, un mes y medio. ¿Podríamos arrancarlo con una

manivela? Eso sólo se puede hacer con los más antiguos. Pero, de acuerdo, imaginemos que logras arrancar el motor. ¿De dónde vamos a sacar la gasolina?

—Eh... ¿la gasolina?

Kuznetsov se rascó la cabeza. Se notó que no lo había pensado.

—De acuerdo con los estándares del ejército, la gasolina puede conservarse durante cinco años —dijo de pronto el Überführer—. Luego el número de octanos se reduce y se forma un sedimento. Parece que lo habías olvidado.

—Al final queda espesa —añadió el profesor Vodyanik—. Habría que filtrar incluso el carburante almacenado en tanques cerrados, o destilarlo, para que volviera a ser utilizable. Los restos de gasolina que quedan en el depósito de un coche acaban por adquirir una consistencia gelatinosa. Por ello son tan insustituibles los grupos electrógenos del ejército soviético. ¿Y dónde los encuentras hoy de buena calidad? Esos aparatos aguantan una eternidad y se pueden reparar con los medios más primitivos. ¡En cambio, trata de poner en funcionamiento generadores japoneses averiados! Por ejemplo, los generadores de Honda. Los nuestros son estupendos: les echas quince litros de gasolina y tienes trece horas de electricidad para el alumbrado. Qué maravilla, ¿verdad? —Vodyanik sonrió con malicia y se mesó la barba—. El problema es tan sólo que hay que echarles gasolina de la buena.

Hacía mucho tiempo que Iván no veía tan alegre al Überführer. Su rostro entero estaba radiante.

—¡Mira a quién me he encontrado aquí, Vanya!

Iván se volvió. Era un hombre mayor que le resultaba familiar. Sólo que tenía las mejillas extrañamente chupadas. Esto... Si se le hubiera rapado y alimentado algo mejor, habría sido...

—¿El Canoso?

El viejo *skinhead* sonrió.

—Exacto.

—No hemos solucionado el problema principal —dijo Iván, mirando a su gente—. ¿Cómo vamos a llegar a Sosnovy Bor? ¿Astrólogo?

El científico negó con la cabeza.

—Por ahora no tengo nada claro cómo podemos hacerlo. Voy a pensar en ello.

—Yo sí tengo una idea —intervino el profesor Vodyanik.

16-Los argonautas

SABE usted, la vieja locomotora de vapor ha entrado en la leyenda —explicó Vodyanik—. Pero, por otra parte, también es una realidad.

—¿De qué habla usted, profesor? —preguntó Iván—. ¿De un tren fantasma puramente mítico que no viene de ninguna parte ni va a ninguna otra? ¿En el que todavía hay luz y gente sentada? Todo eso ya lo he oído.

El profesor arrugó la frente.

—No, ésa es otra leyenda. No es de extrañar que el metro se hunda en leyendas. *Los mitos de la Grecia antigua*, Editorial Sovyetskaya Literatura, 1969, editado por Sokolovich...

Iván hizo un gesto de desesperación. A veces, el saber brotaba de Vodyanik como de una manguera con un escape. ¿Sovyetskaya Literatura? ¿1969?

—Profesor —dijo—, por favor, vaya al grano.

—Por supuesto. Voy a empezar con un excursio histórico...

«Mierda.» Iván se rindió. El profesor era sencillamente incorregible.

—La Unión Soviética se preparó seriamente para una guerra nuclear —así empezó la perorata de Vodyanik—. Y, más en general, para una guerra de cualquier tipo. Una de las consecuencias habituales de la guerra es la interrupción del suministro eléctrico. La onda electromagnética que resulta de una explosión nuclear avería los aparatos eléctricos. También existen armas especiales para provocar la interrupción del suministro eléctrico en territorio enemigo, como las llamadas bombas de grafito.

—¡Profesor!

—Sí, sí, vale. Por si se daba esa situación, se acordó tener una locomotora de vapor a punto en todas y cada una de las cocheras del sistema de ferrocarriles. Una locomotora de vapor de verdad, alimentada con carbón. Imagináoslo: hay una guerra atómica. El suministro eléctrico deja de funcionar. No llega combustible para los motores. Pero nosotros tomamos madera o carbón y agua

almacenada, y nos ponemos en marcha con una locomotora de los tiempos de la segunda guerra mundial. En Europa, todo se hunde cuando algo no funciona. Nosotros, en cambio, nos las sabemos componer. Lo mismo sucede con los tanques T-34 que se encuentran en casi todas las ciudades al lado de algún museo de la guerra. Dejan de emplearse y simplemente se mantienen en buen estado, pero aún podrían funcionar. Los viejos vehículos subieron por sus propias fuerzas a las rampas donde ahora se exponen. Les vaciaron los depósitos de combustible, y los motores y piezas se han conservado con aceite. He leído en diversas ocasiones que, años después, cuando había que restaurar los monumentos, bajaban de la rampa impulsados por sus propios motores. ¿Os lo podéis imaginar? Aparte de eso, he oído que una vez hubo unos idiotas que trataron de robar un T-34. Según parece, le llenaron el motor de combustible y lograron recorrer doscientos metros hasta que el motor se estropeó. ¡Doscientos metros! Sin que ningún profesional se encargara del mantenimiento. Simplemente se puso en marcha y partió. Cincuenta años después de que se construyera el monumento.

—Estupendo —dijo Iván, y se preguntó si podía ser una buena opción ir con un tanque. Una idea novelesca—. ¿Y qué pasa con la estación del Báltico?^[27]

—Allí tendría que haber una locomotora de vapor —respondió el profesor—. Y es perfectamente posible que esté en buen estado. En época soviética, los vehículos se conservaban bien. Seguro que no escatimaron aceite.

Astrólogo regresó. Meciéndose de puntillas, contempló el cuchitril abarrotado con todo tipo de trastos. El Überführer y el Canoso estaban sentados en torno a una minúscula mesilla. Ambos *skinheads* ponían a punto sus armas. El Überführer, entre maldiciones, le cortaba el seguro a su escopeta doble Ishevsker. Si la cosa se ponía fea, no podría contar con que después de cada recarga dispusiera de los segundos necesarios para quitarle el seguro.

Entretanto, el profesor había montado un dosímetro con las piezas de varios otros que se habían averiado.

Olía a metal soldado, aceite para armamento y limaduras de hierro.

—Veo que estáis todos muy ocupados —dijo Astrólogo con su voz como de salmodia—. Hay novedades.

Iván se sonrió.

—¿Nos han dado luz verde?

—No sólo eso. También nos van a equipar. Y hemos llegado a un acuerdo

con el comandante de la Baltiskaya. Nos ha asegurado que podremos salir de allí para ir hasta la estación de ferrocarril y que cuando regresemos, nos dejarán entrar. Esto último tiene también su importancia. Ésta era la buena noticia.

El Überführer se puso en pie y se secó las manos con un trapo. Iván se le anticipó:

—¿Y la mala? —preguntó.

Astrólogo suspiró.

—No quieren que me marche de aquí. Pero os acompañaré de todos modos.

—¿Has estado ya en la superficie? —preguntó Iván.

—Ése es el problema. No he estado nunca. Pero estoy preparado. Tengo títulos de máster en Aikido y en Sambo.^[28] Si me lleváis con vosotros, no os vais a arrepentir.

Sin duda alguna, habría sido muy interesante ver cómo se las componía un astrofísico contra un *blokadnik*. Iván no había reunido nunca a su alrededor un pelotón de *diggers* tan extraño.

—No podemos aceptarlo —dijo—. Los de la Technoloshka nos arrancarán la cabeza si no sobrevives a la expedición. Sería mejor que...

Astrólogo reaccionó con una sonrisa tan desafiante que Iván se quedó a media frase.

—¿Qué?

—Tengo algo que ofreceros que no vais a poder rechazar.

El Überführer se añadió a la conversación y dijo:

—Hablas como si fueras don Vito Corleone.

Iván los miró primero a uno y después al otro.

—Pero ¿de qué habláis?

Astrólogo revolvió lo que llevaba dentro de la bolsa dándose aires de misterio y sacó algo con gesto triunfal.

—¡Ale hop!

Iván estaba consternado. Era inconcebible. Maldito chantajista.

—Bueno, está bien. Me has convencido. Pero con una condición: vas a hacer, sin excusa, todo lo que yo te diga. Y sin llevarme la contraria. ¿Estamos de acuerdo?

—Vale —dijo Astrólogo.

Este último tenía en la mano una cámara infrarroja en buen estado.

Se sentaron una vez más en el aula donde habían empezado a planear la

expedición. Pero en esta ocasión no fue Astrólogo quien se quedó junto a la pizarra, sino Iván.

—Todavía un par de comentarios a propósito de las criaturas que nos podríamos encontrar en la superficie —dijo el *digger*—. En primer lugar, los perros pavlovianos. No me cabe ninguna duda de que todos vosotros habéis oído hablar de ellos. Se les encuentra a menudo. Son peligrosos, sobre todo cuando van en manada. Y cuando están en período de celo.

»En segundo lugar, el conductor. No aparece a menudo. Lo mejor es salir de su camino. No siente un gran interés por los seres humanos, pero más vale evitar un encuentro.

»En tercer lugar, el soldado hambriento. Normalmente se le encuentra en instalaciones militares, como antiguos cuarteles, campamentos y otras edificaciones del Ejército. En casos excepcionales, también aparece en otros lugares. No se ha visto nunca a ninguno en iglesias ni en teatros, no tengo ni idea del porqué. En caso de enfrentamiento directo, es muy peligroso. Pero, por lo general, es posible esquivarlo. Si se conoce el terreno, es posible hacer el «búho», esto es, observar la zona desde un punto ventajoso y luego echarle un cebo, como, por ejemplo, viejas latas de conservas. Se pueden llevar latas caducadas. Está claro que ése no tiene ningún miedo a envenenarse con comida en mal estado. Lo que más le atrae son los cigarrillos. Si se arroja ciegamente sobre el cebo, entonces se dispone de, por lo menos, media hora. Casi nunca se encuentran soldados hambrientos fuera de las instalaciones militares.

—¿Y *blokadniks*?—preguntó Astrólogo.

La pregunta provocó cierta agitación en el aula. Se oyeron murmullos.

Iván reflexionó. En otro tiempo había acibillado a preguntas a Kosolapy para saber más acerca de esos monstruos.

«Hola, Iván.» Una voz que pone la carne de gallina.

—Los *blokadniks* son una pesadilla para los *diggers* —respondió Iván. El murmullo enmudeció—. Nadie los ha visto jamás. Y quien los ha visto no ha podido contarnos nada. Porque no ha regresado. Así es la cosa. ¿Queda alguna pregunta?

Astrólogo enarcó tan sólo una ceja.

—Pero, ¿existen o no?

—Puede ser —Iván se encogió de hombros—. Al parecer, antes de la Catástrofe pasaron varios milenios bajo tierra. En estratos profundos. Puede ser que despertaran con la Catástrofe y salieran. Según parece, también en cierta

ocasión se vio a un *blokadnik* en el metro. Pero no disponemos de información fiable. Ya sabéis cómo va eso: he oído que alguien ha oído que un conocido suyo conoce a alguien que explica que... etcétera. En cualquier caso, mejor que no nos rompamos la cabeza con los *blokadniks*. No pienso que vayan a ser nuestro principal problema. Por lo menos, eso es lo que espero.

«Hola, Iván.» Esa voz rechinante que llega hasta los tuétanos.

Iván agarró un trapo y borró cuidadosamente los nombres que había escrito en la pizarra.

«Hace mucho que te espero.»

«Lárgate, tío de mierda —pensó Iván—. Eres una pesadilla. ¿Ha quedado claro?»

Al día siguiente, Iván y sus compañeros llegaron a la Baltiskaya. La estación los recibió con mucho ajetreo. Antes de la Catástrofe, la administración de la policía metropolitana se encontraba allí. En el andén había un gran número de personas vestidas con viejos uniformes grises.

«Una estación entera repleta de aristócratas —pensó Iván, sorprendido—. Qué cosas.»

A la entrada de las oficinas de la administración, Astrólogo enseñó las cartas de recomendación que les había firmado el rector de la Technoloshka. Los garantes del orden asintieron con respeto al leer frases como «rogamos apoyo para nuestra delegación». Se demostraba así que era muy útil figurar como enviados de una estación poderosa y tenida en gran estima. Toparon con las primeras complicaciones al entrar.

El guardia, con evidente desagrado, le dio un golpecito en el pecho a Mandela.

—¿Y éste dónde se piensa que va? No puede entrar.

El negro se sorprendió tanto que retrocedió.

Iván estaba a punto de intervenir, pero Astrólogo se interpuso:

—¡Nada de violencia!

Con un hábil movimiento de hombro, Astrólogo se despojó de la bolsa que llevaba. Ésta cayó ruidosamente al suelo. El joven científico lanzó una mirada desafiante a los ojos del guardia. El hombre se quedó confuso y se echó ligeramente hacia atrás.

—Podéis pasar —dijo, y apartó la mirada con miedo servil.

Iván, impresionado, miró a Astrólogo. Bien hecho. No le había temblado ni una pestaña. Y eso que decían que ya no quedan científicos que sean a la vez

hombres hechos y derechos. Como Platón, que había sido campeón en el pugilato y parece ser que cuando no filosofaba se dedicaba a zurrar a sus congéneres. Al menos, eso era lo que le había explicado Vodyanik.

La «delegación» de la Technoloshka se alojó en una agradable vivienda con dormitorio y una habitación separada para el equipo. Los huéspedes pudieron acceder a la cantina de los oficiales locales.

—¿Cuándo vamos a salir a la superficie? —preguntó Astrólogo.

Los ojos de Iván se entrecerraron hasta transformarse en finas líneas.

—Mañana.

Estaban sentados en los bancos de madera de más cercanos a la esclusa.

—Poneos las máscaras antigás —ordenó Iván. Ahora sí que iba en serio.

Astrólogo miró a su alrededor, asombrado, y se quitó las gafas. Las sostuvo con la mano sin acabar de decidirse. Era evidente que no sabía qué hacer con ellas.

—Póntelas sobre la máscara antigás —recomendó el Überführer, y enseñó los dientes con una sonrisa maliciosa—. Si no, no vas a ver nada cuando estemos fuera.

—Muy gracioso. —Astrólogo miró dentro de la bolsa y rebuscó por los bolsillos interiores—. ¿Dónde lo he dejado? ¡Ah! —Se le iluminó el rostro—. Sí, está aquí.

Sacó de la bolsa un estuche de plástico verde, plegó las gafas, las metió delicadamente dentro del estuche y lo cerró.

—Deprisa —dijo Iván—. El tiempo apremia.

—Un momento. *One minute. Una minuta, per favore.*

Torpe y nerviosamente, Astrólogo se ajustó las correas de la máscara. Iván le miraba negando con la cabeza.

«Ay —pensó—. Tendría que saber hacerlo con los ojos cerrados.»

Astrólogo llevaba una máscara antigás a la moda, con un visor panorámico de plástico... y junturas de color verde brillante. Vestido de esa manera, sería visible a doscientos metros de distancia.

«Esto no puede ser», pensó Iván. Se puso en pie, se acercó a Astrólogo y lo contempló por unos instantes.

—Dame el rotulador —dijo por fin—. Te lo ruego.

—¿Para qué? —preguntó el asombrado astrólogo.

—Dámelo. No me lo voy a comer.

Astrólogo sacó su legendario rotulador de un bolsillo que tenía en la rodilla.

Iván lo tomó con la mano y le quitó el capuchón. Negro. Así tenía que ser. Perfecto. ¿Dejaría traza también sobre el plástico?

Iván agarró con la mano izquierda la máscara de Astrólogo. Éste se sobresaltó.

—Tranquilo —ordenó Iván.

El *digger* empezó a pintar de negro los bordes verdes de las junturas.

—Picasso en el momento cumbre de su carrera —comentó el Überführer, a propósito de los esfuerzos de Iván.

Tan pronto como hubo terminado, Iván supervisó su obra. No había quedado ni un solo punto de color verde brillante. Todo negro.

—Así está mejor.

Iván le devolvió el rotulador al abatido Astrólogo, regresó a su lugar y se colocó su propia máscara, una IP-2M aislante con válvula para beber. Le quedaba muy pegada al rostro. Iván respiró hondo varias veces. La bolsa de respiración se vaciaba y volvía a hincharse. El cartucho de regeneración funcionaba. Todo en orden.

—¿Todos a punto?

Iván embutió ambas manos en los guantes de plástico, que dejaban libre tan sólo el dedo índice para permitir apretar el gatillo. Equipamiento militar. En la Technoloshka no les faltaba.

—Casi estoy —respondió el Überführer, y arrancó una tira de cinta adhesiva.

—Ayudaos el uno al otro —ordenó Iván. Al pasar por la máscara, su voz se oía sorda y un tanto lejana.

Finalmente tuvieron que cubrir las costuras de la ropa. La cinta adhesiva les bastó en todos los casos.

—Ya está —dijo Iván, una vez hubieron terminado con el proceso de embalaje.

El *digger* recorrió con la mirada a sus acompañantes. Cada uno superaba a su manera el momento de tensión. Kuznetsov, que se había empeñado en ir, tenía la cara pálida y trataba de ocultar su nerviosismo. Los dedos le temblaban y el pie derecho golpeaba con insistencia el suelo. Lo normal. Por lo menos para una primera vez. Incluso la décima vez habría sido normal. Astrólogo mostraba una notable calma. El Überführer enseñaba los dientes y se carcajeaba. Pero eso lo hacía siempre. El Canoso parecía indiferente, casi como un poco letárgico. Vodyanik, como siempre, trataba de difundir sus saberes entre el vulgo, pero en ese momento nadie le escuchaba. Mandela no paraba de levantarse y de volverse

a sentar, como si tuviera muelles en las piernas.

Iván respiró hondo. Cerró los ojos. Contó hasta cinco. Y volvió a abrirlos.

—¡Vamos!

Entraron en la esclusa —una cámara oscura, pequeña, vacía— y, a continuación, los hombres de la Baltiskaya cerraron la puerta a sus espaldas. Iván oyó cómo el cerrojo se activaba y los mecanismos de la puerta hermética se ponían en movimiento. La luz de las linternas les iluminó el rostro y se reflejó en los visores de las máscaras antigás. Iván se puso en cuclillas y se colocó el fusil sobre las rodillas. Tendrían que esperar entre cinco y diez minutos hasta que la puerta interior hubiera quedado herméticamente cerrada. Luego otros diez minutos, durante los cuales se emplearían los conductos de aire para incrementar la presión en la esclusa. Sólo entonces podrían abrir la puerta del exterior.

«¡Vaya! ¿Y qué iba a pasar luego?»

Astrólogo se había puesto a tirar de la palanca de la puerta exterior.

—¡Alto! —ordenó Iván. Se levantó, avanzó dos pasos y le puso la mano en el hombro al científico—. Aquí no se hace nada si yo no lo ordeno, ¿Está claro? En eso estábamos de acuerdo, ¿o no?

Astrólogo se volvió. Parpadeó, porque la linterna de Iván lo había cegado. Con cara de no entender nada, echó una mirada furtiva por el visor de la máscara antigás.

«Bueno. Esto no va a ser fácil —pensó Iván—. Los miembros de este pelotón no están coordinados. A saber los problemas que pueden darme estos muchachos por el camino.

—La puerta aún no está bien cerrada —explicó Iván, señalando la puerta interior.

—¡Ah, ya! —Astrólogo lo había entendido por fin—. Lo siento.

—Haced tan sólo lo que yo os ordene —dijo Iván, y con ello no hacía más que volver sobre la prédica que ya les había repetido cien veces mientras preparaban la expedición—. Vamos a esperar un poco más.

Los diez minutos siguientes se les hicieron más largos que los dos días anteriores.

«¿Por qué hago todo esto? —se preguntó entonces Iván—. ¿Por qué me tomo tantas molestias?»

Miró el reloj. Las agujas eran de color verde fosforescente. Había llegado el momento.

—Abre —ordenó al Canoso.

Éste asintió.

Iván notó que el corazón se le aceleraba y que le subía la concentración de adrenalina en la sangre. Los objetos que se encontraban a su alrededor se volvieron más voluminosos, los contornos de éstos se hicieron más precisos.

«Vamos allá.»

Rechinando amenazadoramente, la puerta exterior se abrió.

El edificio gris y macizo de la estación se erguía ante ellos como un monstruo a punto de saltar. Por lo general, Iván evitaba los edificios grandes, con mucho espacio vacío en su interior. Por un lado, tenían la ventaja de ofrecer mucho espacio para las maniobras de grupo, pero, por el otro, era habitual que en tales edificios se encontraran nidos. Y los pajaritos que se agazapaban en su interior no solían comer mijo.

«Es Acción del Báltico», leyó Iván sobre la entrada. La T se había caído.

Subieron por la escalera en orden de combate: cada uno de ellos cubría a otro. Se reunieron en el último tramo de escaleras.

Silencio impenetrable, como de goma.

«Vamos a entrar —indicó Iván por medio de gestos—. Id con los ojos bien abiertos.»

El vestíbulo de la estación era gigantesco. Iván miró a su alrededor con recelo. A la derecha se encontraban las hileras de puestos de venta. La pared que se hallaba enfrente de éstos había estado acristalada casi en su totalidad.

En esos momentos parecía más bien un portal dimensional. La puerta que conducía a la eternidad del ferrocarril. Los puntales de acero que lo enrejaban estaban cubiertos de finas lianas.

Detrás de dicha pared se encontraban los andenes. Iván vio un tren de color verde, cubierto de herrumbre, parado sobre una de las vías.

El cielo turbio engendraba tan sólo sombras desvaídas. Sin embargo, el *digger*, por puro reflejo, se puso sobre las líneas oscuras que los puntales de acero arrojaban sobre el suelo.

—Mira. —Alguien le dio un golpecito en el hombro.

Iván se volvió. En el puesto de información había una familia de esqueletos. Papá, mamá y dos niños. Esqueletos desnudos con jirones de ropa adheridos. Al lado de los muertos se encontraba el equipaje. Alguien había abierto las maletas. Su contenido estaba desparramado por el suelo: ropa amarillenta, cubierta de polvo y fosilizada. La familia se iba de vacaciones. O a visitar a la abuela. O vete a saber qué.

«¡Adelante!»

Los *diggers* atravesaron la sala de espera y anduvieron por etapas sobre las vías.

—A la derecha —indicó Iván a los demás.

Allí, un poco más adelante por las vías, se habían encontrado las cocheras.

Trenes herrumbrosos. Llevaban tanto tiempo abandonados que se habían olvidado de lo que era un ser humano. Gigantescos animales de hierro que habían reunido allí sus pesados cuerpos para morir juntos. Pero no todos habían fenecido...

La locomotora era exactamente como la había descrito el profesor.

—¡Qué maravilla! —exclamó Iván—. ¿Profesor?

—Ah, no. Esto no nos sirve para nada —respondió Vodyanik, al tiempo que negaba con la cabeza.

—¿Cómo es eso, profesor? Ahí tenemos la locomotora de la que usted nos había hablado, ¡mire!

Un monstruo negro y gigantesco. Aquí y allá se veía la pintura que se había desprendido y las manchas de herrumbre, pero, en conjunto, tenía mejor aspecto que sus hermanas más modernas. Iván estaba entusiasmado. Una máquina indestructible.

—Las vías... —dijo Vodyanik.

—¿Qué pasa con las vías? —respondió Iván. No entendía adónde quería llegar el profesor—. Está puesta encima de una vía, ¿lo ve usted?

—Sí, pero esa vía está obstruida. —En la voz de Vodyanik se reconocía una profunda frustración—. ¿Ve usted el tren que se halla frente a la locomotora? Esa hilera de vagones es inacabable.

Iván calibró la situación. No tenían manera de volcar los vagones que bloqueaban la vía.

—¿No podríamos sacarlos con la propia locomotora?

—La locomotora no tiene suficiente capacidad —explicó Vodyanik—. En los tiempos de esa joya negra, los trenes eran mucho más cortos. Ese convoy debe de tener por lo menos dieciséis vagones. Y no disponemos de una locomotora de maniobras capaz de arrastrarlos hacia una vía secundaria. Yo tenía la esperanza de que... —Suspiró hasta lo más hondo e hizo un gesto de desesperación—. Puede usted olvidarse de Sosnovy Bor, Iván.

El profesor estaba totalmente abatido. Y tenía todos los motivos para estarlo.

Iván sintió un temblor en la mejilla.

En ese mismo momento volvió a oír el ruido, el sordo rechinar de un metal que se hallaba bajo una gran presión. Iván tenía sus motivos para que no le gustaran tales edificios.

—¡Todos atrás! —ordenó Iván—. ¡Rápido! Fuera de aquí.

Demasiado tarde.

Astrólogo empuñó el fusil que llevaba al hombro y apuntó.

El ruido de los disparos levantó ecos en el vacío de la estación.

La bestia saltó desde uno de los puntales de acero hasta el suelo. Iván hizo un gesto en dirección a la salida.

—¡Retirada!

Entonces echó a correr él mismo, con el arma a punto para disparar.

La maldita bestia se movía a la velocidad del rayo.

El fuego de dos fusiles a la vez la alejó... durante un rato. El animal trepó por la pared de la estación, se agarró con fuerza a uno de los puntales y desapareció.

«Ese bicho de mierda es rematadamente ágil», pensó Iván. No había podido verlo bien ni una sola vez.

Regresaron al vestíbulo de entrada de la Baltiskaya. Iván dejó pasar primero a los demás. Astrólogo iba el último y llegó corriendo.

—¡Date prisa!

El científico se detuvo frente a Iván. Tras el visor de plástico de su máscara antigás sonreía un rostro satisfecho.

—¿Has visto cómo le he dado a la bestia?

—Sí, ya lo he visto —respondió Iván—. Ahora en marcha, tenemos que pasar al vestíbulo.

El *digger* se adelantó y abrió la puerta. Se detuvo un momento al oír un ruido extraño. Se dio la vuelta una vez más.

—Astrólogo —gritó Iván—. Oye, Astrólogo, ahora no es momento para bromas estúpidas.

El científico había desaparecido.

Un estuche para gafas, de color amarillo, había quedado abandonado sobre el asfalto cubierto de grietas.

La puerta crujió. Iván no se volvió en ningún momento. Se echó sobre la cama plegable y clavó la mirada en un agujero que había en la pared. Se puso a arrancar migajas de hormigón con la uña.

Pasos. En seguida se oirían los graznidos burlones del Überführer. O la voz

frágil de Kuznetsov.

No le cabía duda de que no sería el profesor, ya que éste arrastraba los pies al caminar. Hacía un ruido que podía delatar al grupo entero...

—Disculpe —dijo una voz profunda a sus espaldas.

No era el Überführer y tampoco Kuznetsov. Iván se volvió. Se encontró con un hombre grande, de hombros anchos, envuelto en un abrigo negro de la Marina. Tenía el cabello casi blanco y era evidente que le faltaba melanina. Mandíbulas poderosas, ojos oscuros y brillantes. Había algo en la apariencia del huésped que le resultó extraño a Iván. ¿Quizás una cierta flaccidez? La nariz enrojecida. ¿El señor marinero tenía afición por la botella? Por la que le asomaba del bolsillo de la pechera, por ejemplo...

«El abrigo negro del Ejército. Es por eso por lo que no le he echado de inmediato —pensó Iván—. Kmiziz llevaba uno parecido. ¿Cómo se llama ese sentimiento? ¿Nostalgia?»

La única persona decente en toda la Admiralteyskaya, y está...

Muerto.

—¿Es usted Iván? —preguntó el marino—. Me llamo Ilya Petrovich Krassin. Querría hacerle una oferta.

«¿Piensa que volveré a las tareas de *digger*? Desde luego que no.»

—Ya no me dedico a esas cosas —dijo Iván—. Está usted perdiendo el tiempo. Si quiere, le diré a usted «hasta la próxima». Hoy es mi día de buena educación.

Krassin parecía sorprendido.

—Pero si usted es *digger*.

—Sí, ¿y qué? —El día de buena educación de Iván había terminado.

—Dígame usted, ¿ha estado ya en la calle del Teniente Schmidt, a orillas del río? —preguntó Krassin, que, por el motivo que fuese, no se alteraba en absoluto.

—Por supuesto. —Iván se encogió de hombros—. He recorrido la isla Vasilyevski casi entera. Pero ¿qué importa eso? Como le decía, no tengo ninguna intención de volver a ejercer de *digger*.

Iván volvió a echarse.

—¿Entonces ha estado allí? —Krassin asintió—. Excelente. ¿Y la embarcación todavía se encuentra en el mismo lugar? ¿A orillas del río?

Iván titubeó y se sentó sobre el lecho. «Maldito sea... en realidad...»

—¿De qué embarcación me habla?

Krassin sonrió, y su sonrisa tenía un sorprendente encanto.

—De un submarino.

Un segmento de túnel tras otro, el metro hincaba sus garras en el cenagoso subsuelo de San Petersburgo, en el que habían luchado ya los granaderos de Pedro el Grande.

Una ciudad en la que el tiempo desaparece.

—Y ahora, por favor, explíqueme cómo vamos a poder llegar a la central nuclear de Leningrado en submarino —dijo Iván.

—Es muy sencillo —respondió Krassin—. Hay que zarpar de Gavan, en el golfo de Finlandia, y navegar sin alejarse de la orilla. Hasta Sosnovy Bor. Son unos noventa kilómetros. Un poco más que con el tren. La central nuclear se encuentra en la costa. Se refrigera con el agua del golfo de Finlandia. Los generadores también funcionan con esa agua.

Iván asintió. Lo cierto era que la idea parecía muy razonable.

Vodyanik se manoseaba su barba negra entreverada con mechones canosos y tiraba de ella como si quisiera arrancársela.

—Voy a repetirlo de principio a fin —dijo el profesor—. Tenemos que ir de la Technoloshka hasta la Promenade des Anglais y luego, por el puente, hasta la calle del Teniente Schmidt. Una vez allí habrá que encontrar ese viejo submarino. Y espero de verdad que logremos ponerlo en marcha. Porque si no... bueno... tendríamos que pensar en otra manera de llegar a la central nuclear de Leningrado. ¿Quieres algo más de mí, Iván? ¿Puedo ir a prepararme para la salida?

—No se enfade, profesor —respondió Iván—, pero esta vez tendrá que quedarse usted aquí. Es que su cuerpo no lo soportaría, ¿comprende usted? Vamos a tener que ser muy rápidos al caminar y también al disparar. La velocidad tendrá una importancia vital.

El profesor montó en cólera.

—Ajá, así que en tan sólo un par de días me he transformado en una persona distinta —dijo con voz ponzoñosa—. Anteayer sí valía para una expedición y hoy ya no. ¿Cómo es eso?

Era la primera vez que Iván veía tan furioso al profesor. Llegó a sentirse algo culpable. Pero no podía tener en cuenta vanidades heridas.

—Bueno, se lo voy a explicar. Usted no ha cambiado en nada. Es usted el mismo hombre con sobrepeso, de unos cincuenta años, más acostumbrado al esfuerzo intelectual que al físico. Pero las circunstancias han cambiado

sustancialmente. Una cosa es caminar trescientos metros hasta una locomotora de vapor. Otra muy distinta es recorrer tres kilómetros por una ciudad abarrotada de bestias sin dejar de disparar. Y téngalo usted en cuenta, profesor, todo eso hay que hacerlo con traje aislante integral. Tiene que reconocerme usted que no se trata de lo mismo.

El profesor se quedó cual perro apaleado y enmudeció.

«Hay que quitárselo de la cabeza —pensó Iván—. No debo ceder.»

—Pero, Iván... —empezó a decirle Vodyanik por fin.

—No hay discusión posible.

El profesor se quedó cabizbajo. Salió de la habitación. Arrastraba los pies todavía más que antes. Iván miró mientras se marchaba y se sintió miserable. Como si hubiera humillado a un niño pequeño.

—Voy a ir con vosotros —dijo Mandela, que había seguido toda la escena con cara triste.

Iván negó con la cabeza. En esta ocasión no pensaba llevar voluntarios. Basta de juegucitos.

—No me vengas con disparates. Ya tengo bastante con tener que cargar con Astrólogo sobre mi conciencia.

—Voy a ir —repitió Mandela con tozudez. En sus ojos ardía un fulgor blanco como el de un cable de volframio—. Y punto.

En cuanto el negro se hubo marchado, el Überführer dijo:

—El muchacho ese será negro, pero tiene carácter.

Iván tenía que emprender una expedición con un grupo de personas que no habían trabajado jamás en equipo ni tenían ni la más remota idea de las labores de un *digger*.

El rostro de Kuznetsov estaba radiante. Al menos los *diggers* amateurs no carecían de entusiasmo.

—Pensad siempre en lo más importante. —Iván les fue mirando de uno en uno, cargó el fusil y le echó el seguro—. No podéis deteneros en ningún momento. Bajo ningún concepto. ¿Os lo habéis grabado ya en el cerebro? Tenemos que disparar ráfagas breves y mantenernos siempre en movimiento. Si nos paramos, nos van a acorralar y nos devorarán. ¿Está claro? ¿Überführer?

El vigoroso *skinhead* asintió con una expresión en el rostro que parecía decir: «Pues claro, parece que me tomes por tonto.» Incluso con la máscara antigás, era la viva estampa de un ario. Su ametralladora ligera (una RPD con una caja de cartuchos) reposaba sobre su rodilla. El Canoso iba armado con una escopeta de

carga manual Saiga, Misha llevaba un AK-103 con cargadores de plástico y Mandela, una escopeta de dos cañones. Así, aunque se encontraran en la más difícil de las situaciones, al menos podrían disparar desde muchas distancias diferentes.

—¿Mandela? —preguntó Iván—. No te pares en ningún momento, ¿te ha quedado claro?

—Sí, me ha quedado claro.

—¿Misha?

—Sí, ya lo he entendido.

—¿Krassin?

El marino asintió. Se había puesto el abrigo de la Marina sobre el traje aislante. «Qué más da —pensó Iván—, quien más quien menos tiene sus rarezas.»

—¿Canoso? ¿Über? —Iván les hizo un gesto con la cabeza a cada uno de los dos *skinheads*—. Antes de salir, quiero que hablemos un momento.

Iván contempló a sus hombres. Los dos primeros eran unos rapados, el tercero un tarugo, el cuarto negro como el betún y el quinto un borracho.

«Vaya cuadrilla —pensó Iván—. Pero luego, cuando nos hayamos puesto la máscara antigás en la cabeza, nos pareceremos como un huevo a otro huevo. Eso es lo que une a los seres humanos después de la Catástrofe: la máscara antigás y el traje aislante.»

Los únicos miembros de la expedición que tenían experiencia en salir a la superficie eran el propio Iván y los dos *skins*. No le cabía ninguna duda de que no se iban a aburrir.

—En marcha. Poneos las máscaras antigás.

Una sensación como de encontrarse bajo el agua. Se oía un borboteo en los oídos. Aspiración, espiración. Aspiración, espiración.

—Buena suerte —dijo Vodyanik. Su voz sonaba tan lejana como si se hubiera oído en otra habitación.

—Sí, la vamos a necesitar. —Iván se puso en pie y respiró hondo—. ¡Batooonchiki!

Petersburgo, mi dolor.

La catedral de Isaac, medio destruida. Las columnas de granito aguantaron incluso la onda expansiva, pero luego quedaron cubiertas de lianas de un color azul grisáceo. Iván se colocó la cámara infrarroja delante de la cara. Las lianas brillaban. A través del aparato se veían de color azul con un fulgor verdoso. Y

cuando Iván volvía el rostro, dejaban tras de sí un rastro débil y difuminado...

«Será mejor que no vayamos hacia allí.»

Iván jugueteaba desde hacía tiempo con la idea de entrar por lo menos una vez en la catedral. Los mayores le habían hablado con entusiasmo de lo bonito que era su interior. Pero hasta ese momento no se le había presentado la ocasión.

—¡Vanya!

Iván se dio la vuelta y olvidó ajustarse los visores de la cámara infrarroja. En un primer momento tuvo la impresión de que presenciaba una explosión nuclear. En el campo visual del aparato apareció un hombre de Armagedón que refulgía en el espectro amarillo-rojo-verde. Iván levantó el aparato hasta la frente. Tenía que acostumbrarse a estar pendiente del regulador de luminosidad del detector de infrarrojos. Le ardían las pupilas.

En vez del hombre de Armagedón, Iván vio entonces al Überführer.

—¿Qué ocurre?

—Creo que alguien nos sigue. ¿No notas la misma sensación?

Habían tenido suerte con el clima y con la época del año. En San Petersburgo era la época de las célebres noches blancas, suponiendo que el calendario del profesor fuese correcto, lo cual era probable, porque el calendario de Astrólogo apenas si difería de aquél.

—La mejor época para salir hasta la madrugada y fotografiarse en los puentes —había dicho el profesor.

Estuvieron de acuerdo en salir hasta la madrugada. Sus ojos, acostumbrados a la luz artificial del metro, no aguantaban la del día más allá de unos pocos minutos. En cambio, la luz crepuscular era ideal para los *diggers*. Iluminaba lo suficiente y no cegaba.

La cámara infrarroja era un invento genial. Registraba diferencias de temperatura corporal de hasta una décima de grado. Habrían podido detectar a un ser humano por muy bien que se escondiera. Lo mismo valía para las bestias, contando, naturalmente, con que fueran de sangre caliente.

Ni la niebla, ni el humo, ni la falta de luz interfieren en las funciones de una cámara infrarroja. Con una maravilla como ésa habrían podido incluso circular sin linterna por los túneles del metro. No habrían podido hacerlo con un aparato de visión nocturna, porque este último necesita aunque sea una mínima presencia de luz. Pero la cámara infrarroja les resultaba especialmente útil a los *diggers* cuando se hallaban al aire libre, en la ciudad. Unos ojos acostumbrados a poca luz no podían divisar animales a un kilómetro de distancia. En cambio, la cámara

infrarroja lo hacía sin ningún tipo de problemas.

A propósito de las bestias.

Iván giró la cabeza y miró por el visor. En efecto.

—¿Qué hay allí? —preguntó el Überführer, que tenía ya muy claro que habría problemas.

—Perros pavlovianos —respondió Iván—. Como se fijan en nosotros, estamos perdidos. Ahora no os mováis ni digáis ni pío. Si no, nos van a devorar con piel y cabello incluidos. No quiero oír ni el chasquido de un rifle ni el roce de un par de huevos. —Eso era lo que había dicho siempre Kosolapy en situaciones semejantes—. Esas bestias reaccionan sobre todo al oír ruido.

La espera fue una verdadera prueba de nervios.

La gigantesca jauría de perros pasó cual masa amarilla, roja y verde sobre el puente del Palacio, se separó en pequeños y abigarrados grupos y se esparció por toda la calle que bordeaba la orilla del río.

Era el submarino con la inscripción S-189 en la torreta. El casco que en otro tiempo había sido de color gris claro se había oscurecido con el tiempo y había quedado cubierto de herrumbre. Hacía muchos años, habían sacado el submarino del agua y lo habían llevado a una zona portuaria donde se guardaban embarcaciones fuera de uso, lo habían reparado, lo habían llevado a orillas de la calle del Teniente Schmidt y lo habían transformado en museo.

—¿Y qué vamos a hacer con un submarino museo? —le había preguntado Iván a Krassin durante su primera conversación.

—No te preocupes: el interior de la embarcación, esto es, el motor diésel, los instrumentos y todo lo demás se ha conservado bien. Tenemos perspectivas realistas de que estén intactos. Quizá sea la única embarcación capaz de navegar en todo San Petersburgo.

«Capaz de navegar... —Iván negaba con la cabeza—. Habría que verlo.»

Acercó la cámara infrarroja a los ojos y miró. Le resultaba algo fatigoso ir con el artefacto delante de la cara, pero también le divertía mucho más emplearlo para localizar a sus objetivos y situarlos luego en el visor de la máscara.

La masa de perros pavlovianos brillaba con fulgores amarillos, rojos y verdes. Había abandonado el puente del Palacio y se desplegaba por los alrededores del Hermitage. ¿Cuántos perros debía de haber? Costaba decirlo. En el visor de la cámara infrarroja se fundían en un único organismo, semejante a una medusa de tentáculos largos y finos. Los primeros avanzados de aquella biomasa errante habían llegado ya al puente de Troitski.

—¡Adelante! —ordenó Iván—. ¡Rápido!

Echaron a correr. Se oyó el rumor de sus botas sobre la acera. Pisaron charcos. Un eco húmedo rebotó desde las casas vacías. Los *diggers* corrían por la Promenade des Anglais.

Si no se hubieran girado en ese mismo instante para huir por el puente y hubieran seguido en línea recta, habrían pasado poco más tarde junto a tres barcos fantasmas. El primero de éstos era un cúter pesquero negro y medio hundido, sin un solo ángulo recto. El segundo era una embarcación experimental—Iván había visto sus inscripciones la última vez— que más bien parecía una lancha torpedera de la Marina. Y el tercero, un barco en miniatura amarillo y azul con grúas oxidadas. Iván no recordaba ya cómo se llamaba. ¿Toni o Tom? Daba igual. Ese día iban a otro sitio.

¡Tenían que pasar por el puente tan pronto como les fuera posible!

Cuando Iván estaba a punto de doblar la esquina, resbaló sobre un escalón húmedo y se cayó.

«¡Mierda! Con la cámara infrarroja tampoco se ve bien.»

En el último momento logró sostenerse con las manos en el suelo... se golpeó las palmas contra las baldosas de granito de la calle. ¡Clonc! La cámara infrarroja se golpeó contra el pretil y cayó al suelo. Las correas podridas que la habían sujetado se rompieron.

Iván se puso en pie con dificultad. A su alrededor todo se veía de color gris. «Estupendo, ¡maldita sea!» El Überführer estaba ya junto a él y le cubría. El resto de *diggers* llegaron jadeantes y se detuvieron.

—¿Todo bien, tío? —preguntó el Überführer.

—Sí.

Iván se agachó y recogió el aparato. Los visores se le habían movido. Lo sostuvo frente al visor de la máscara antigás. No tenía imagen. «Mierda.» Lo dejó sobre el pretil.

La cámara infrarroja había dejado de funcionar. Iván suspiró. No le quedaba otra opción que recurrir de nuevo a los métodos tradicionales.

Pasaron por el puente sin más incidencias y doblaron por la calle del Teniente Schmidt. Junto a la orilla cabeceaba una gabarra herrumbrosa. El cartel que llevaba en la borda decía... Iván aguzó la mirada... «Kossino». Detrás de esta gabarra se encontraba una segunda, si bien lo único que sobresalía de las negras aguas del Neva era una parte de la popa.

En la última ocasión, Iván había visto el submarino un poco más allá.

Orientado hacia el mar. Dentro del agua y aparentemente intacto. Aún se acordaba.

El agua del Neva chapaleaba pacíficamente en la oscuridad tupida y gris. Iván se asomó al pretil de granito y contempló el muelle. En las hendeduras entre los bloques de granito que se habían salido de su lugar no se veía ni una brizna de hierba.

El agua se estrellaba perezosamente sobre la piedra. El espejo negro del Neva, teñido de odio desde su interior. Llevaba su agua hasta el mar bajo los puentes y entre los muertos paseos de las orillas.

Una llamada en voz baja, penetrante, llegaba desde el golfo de Finlandia. Esa llamada les helaba la sangre en las venas. Iván se estremeció. El grito de una gaviota. Pero en un tiempo en el que ya no había gaviotas, sino tan sólo una especie de cocodrilo volador. Una visión escalofriante.

Iván levantó los ojos al cielo. Una vez más, un grito trepidó en lo alto y se le clavó en el epigastrio.

El sonido fue casi peor que la visión.

El *digger*, tenso, miró a su alrededor. ¿Debía encender la linterna? Habría sido como invitar a la bestia a que se arrojara sobre él. A un menú de cinco platos con postre. El mismo efecto lograrían con el más leve sonido, pensó Iván, y echó una mirada a Krassin. Pero sin linterna no se ve gran cosa en la oscuridad, sobre todo con una niebla tan densa.

Sigamos adelante. Iván les dio a entender por señas: «A la izquierda y luego hacia abajo.»

Los *diggers* siguieron el pretil, giraron hacia la escalera y bajaron hasta el empapado camino que bordeaba la orilla. Estaban ya casi a la misma altura del muelle. En la penumbra gris y húmeda, Iván reconoció los restos de los rótulos blancos que en otro tiempo habían estado allí. El pavimento verde que en otro tiempo daba entrada a la terminal de pasajeros había quedado casi de color negro.

Las ventanas de la terminal estaban reventadas.

—¡Mira! —exclamó el Überführer con una voz extrañamente quebrada.

Iván se volvió, miró hacia donde le señalaba el brazo extendido del *skinhead* y se estremeció de puro asombro. Aunque en todo momento hubiese sabido lo que iba a ver.

Fue una sensación peculiar.

La piel del submarino iba de un extremo al otro del muelle. Estaba cubierto

de manchas grisáceas y de retazos de herrumbre. La barracuda de acero estaba en ángulo recto con la orilla. La proa estaba algo hundida.

—Un pequeño problema en el equilibrio de la embarcación —explicó Krassin—. En cuanto los tanques de lastre de las popas se hayan llenado, volverá a ponerse bien. En cualquier caso, todos los tanques de lastre del S-189 se soldaron tras la última reparación...

Llegados a ese punto, Iván dejó de escuchar.

La torreta con la identificación. La inscripción relucía a la pálida luz crepuscular de San Petersburgo. S-18... La última cifra era ilegible. El casco del submarino estaba cubierto de grandes manchas blancas. Excrementos de pterosaurio.

—Un museo flotante —dijo el Überführer, sin hablarle propiamente a nadie. Luego volvió la cabeza hacia Krassin—. Qué, muchacho, ¿vamos allá?

Se hizo una pausa.

Mientras Krassin sopesaba la situación, Iván contempló el submarino. Era estupendo que se encontraran en la época de las noches blancas. No les hacía falta encender la linterna.

—¡Teniente! —le gritó a Krassin, que se había quedado inmóvil y miraba boquiabierto el submarino. Su cabeza grande, con la máscara antigás de color marrón, sobresalía del cuello del abrigo negro de la Marina—. Es la hora.

Krassin se despertó de pronto.

—Sí, por supuesto. —Con un complicado movimiento que ponía en evidencia su poca destreza en el manejo de las armas, se colgó del hombro la Simonov SKS—. Vamos allá.

Llegaron hasta el borde del muelle. Las aguas del Neva se derramaban pesadamente entre el muro de piedra y el casco de la embarcación. Su frío chapaleo le recordó a Iván la última salida de Kosolapy. Como si fueran las imágenes de un telediario, Iván creyó presenciar con sus propios ojos la absurda escena de su muerte. Las aguas negras y agitadas. Los escalones de piedra. Kosolapy que salía sonriendo del agua...

Entonces, de repente, aquella sombra. Una línea roja y una negra. Kosolapy se caía. Como si su sonrisa se hubiera vuelto de plomo y tirara de él hacia abajo. Clac. Y, por fin, el *digger* muerto sobre el granito frío y húmedo. Había sido en un día de otoño.

—Adelante —ordenó Iván—. Y no os separéis.

Una locura.

Un submarino museo que todavía puede navegar. «Pero, por lo demás, ¿se encuentra usted bien, señor teniente?»

«Y si no lo conseguimos con embarcaciones modernas, ¿por qué no probamos otra cosa?»

Iván apoyó en el hombro la culata del fusil y cerró el ojo izquierdo. Observó el submarino por la mira. Excelente.

Iván descendió a las entrañas del submarino. La luz de la linterna danzó sobre mamparos, grifos y tubos. En algunas paredes había fotos enmarcadas: soldados de la Marina que posaban frente al submarino, el submarino en funcionamiento, encuentros en el puerto. Rostros radiantes de alegría, gorras blancas con visera, vestidos negros de marino.

Iván andaba a tientas. Pisaba un fango oleoso que le llegaba hasta los tobillos. Tras dos décadas se había quedado espeso. Cuando volvió la cabeza hacia la pared, la luz de la linterna reveló rostros sonrientes que hasta entonces habían estado envueltos por la penumbra. Pertenecían a personas que habían muerto hacía muchos años. En ese momento miraban a Iván.

El submarino se encontraba en buenas condiciones. Se notaba que lo habían pintado y arreglado poco antes de la Catástrofe. Todo estaba en su sitio. Como era de esperar en un submarino museo.

—Según parece, su propietario había sido oficial en un submarino.

Iván se sobresaltó.

—¿Quién ha hablado?

Entonces apareció Krassin, que iluminó su propio rostro desde abajo. Brrr. Una mueca tosca y escalofriante.

—Estaba en la sala de motores —dijo.

—¿Y?

—Puedo tranquilizarle a usted —respondió Krassin. Sonrió, y se agarró con la mano la parte del abrigo donde llevaba la botella de coñac escondida en el bolsillo interior—. ¿Le apetece un trago?

—No, gracias. ¿Qué pasa con el motor diésel?

—Se halla en buen estado.

Iván respiró con alivio. Habían tenido suerte.

—Y en muy buen estado —siguió diciéndole Krassin—. Podría suceder incluso que quedara combustible en el tanque. En cambio, los acumuladores no tienen tan buena pinta. Está claro que al cabo de tanto tiempo se habrán descargado. Por ello, los motores eléctricos no nos van a servir para nada.

—¿Y cuál es el problema? —Iván apuntó con la linterna hacia la izquierda para no tener que ver el rostro fantasmal de Krassin—. Es el motor diésel lo que nos va a impulsar, ¿no?

—Sí, buena idea... pero vamos a necesitar algún medio para arrancarlo.

Iván alumbró con la linterna a lo largo del mamparo y luego más arriba. Se llevó tal susto que faltó muy poco para que la linterna se le cayera de la mano. En un primer momento, se llevó la impresión de haber visto un fantasma. Un hombre de aspecto siniestro, con los cabellos grises y un gorro negro sobre la cabeza. Iván maldijo en voz baja. ¿Quizás era el espíritu de un marinero de Kronstadt?

Había un retrato colgado de la pared. En el marco se leía: «El oficial al mando del S-189, capitán de fragata Gavrilin D. Sh.»

—¿Qué vamos a hacer ahora?—preguntó Krassin.

Iván se volvió hacia el marino.

—¿Cómo podemos arrancar el motor diésel?

Krassin se encogió de hombros. Por ese gesto, Iván lo habría asesinado con placer. ¿Qué quería decir con eso? ¿Que no lo sabía? Entonces, ¿para qué habían ido?

—A decir verdad, tan sólo conozco la teoría —dijo Krassin—. Al fin y al cabo, soy oficial de navegación, no ingeniero naval. Además, después de veinte años sin ejercer... uno no se acuerda de todo. Pero, en principio, se contemplan dos maneras de arrancar un motor diésel: con aire a presión o con un motor de arranque provisto de electricidad.

De repente, se oyó un alboroto fuera y, luego, un golpe violento encima de la embarcación. El estrépito resonó a lo largo de todo el costado, como si alguien le hubiese dejado caer encima un pesado objeto de hierro y luego lo arrastrara sobre el casco. El submarino se balanceaba.

—¡Alarma! —gritó alguien desde arriba.

Iván se dio la vuelta y subió corriendo. El charco que se había formado bajo la escalerilla relucía.

Kuznetsov bajó alocadamente por la escalerilla y chapoteó al meter los pies en la mancha de luz. Sus ojos se habían llenado de un terror ciego.

—¡Allí... allí arriba!

—Entiendo —dijo Iván—. ¡Todos abajo y cerrad las escotillas!

Bum. Clonc. Silencio. Y luego, una vez más, clonc.

—¿Lo ha oído usted? —preguntó Kuznetsov—. Son esas aves. Esos malditos

pterodáctilos. Tres ejemplares. Se han posado arriba como si esto fuera su nido. ¿Qué vamos a hacer ahora, jefe?

Iván miró a su alrededor. Los morros de goma de sus amigos, los visores de las máscaras antigás. Por todas partes, aparatos cuya función desconocía. El fulgor de la linterna erraba por el vientre del submarino y arrojaba sus reflejos a la papilla negra que recubría el suelo.

—Trabajar —sentenció Iván.

Una vez dentro del submarino, Iván autorizó a sus hombres a sacarse las máscaras antigás. Les habrían molestado mucho mientras trabajaban. Durante la Catástrofe, y después de ésta, el submarino había estado sellado. Por ello, no tenían que temer una contaminación con polvo radiactivo. En consonancia con ello, el dosímetro de Iván indicaba valores aceptables.

Esperaban un golpe de genio del único marino que se encontraba entre ellos. Éste no paraba de darle vueltas a la situación. Al fin, se dio un golpe con la mano en la frente.

—¡Pues claro! Tenemos que intentarlo con el volante de inercia. En las instrucciones de mantenimiento decía que es posible que active el motor diésel por error. Y si puede hacerlo por error, también lo hará a propósito. Tan sólo tengo miedo de que no funcione por estar frío.

Por fin. En cualquier caso, era un rayo de esperanza.

—Si no hay ninguna otra posibilidad... —Esta vez fue Iván quien se encogió de hombros—. Vamos a calentarlo. ¿Podríamos hacerlo con una lámpara de carburo?

Calentaron el motor con la llama de acetileno: las conducciones de aceite y de combustible, los cilindros.

—Intentémoslo. —Krassin levantó la mano—. ¡Uno, dos, ya!

Iván le dio al volante de inercia con todas sus fuerzas. «Venga, muévete.» Fue difícil, pero lo hizo girar. En un primer momento, hubo que bombear el aceite pastoso para sacarlo de las venas y las arterias del motor. Las partes móviles tenían que estar bien engrasadas. Krassin contaba con que también debía de quedar aceite en los cilindros. Así sería, por lo menos, si los cuidados de conservación del motor habían durado mucho tiempo. Si sólo se los habían aplicado durante el invierno, todo sería más fácil.

El motor diésel chirrió y pegó una sacudida. Impulsado por el volante de inercia, el cigüeñal se desplazó y, a su vez, puso en movimiento los pistones. Una y otra vez, éstos presionaron los grumos de aceite de los cilindros. Otra vez.

Y otra. No se encendía. Iván le dio la vuelta al volante de inercia. «¡Enciéndete de una vez!»

La lucha con el motor diésel fue ardua y sumamente fatigosa. Una y otra vez, Iván sintió el asalto del frustrante pensamiento de que todos sus esfuerzos habían sido en vano.

El agua del sistema de refrigeración se había consumido hacía tiempo para expulsar los restos del aceite. Un problema más serio era el combustible que había quedado en los depósitos, porque se había formado en éstos un poso de considerable grosor que impedía el filtrado del combustible. La idea salvadora fue de Kuznetsov, e Iván se llevó una grata sorpresa al oír de sus labios la sencilla solución: el combustible más ligero se encontraba arriba, mientras que la porquería se había depositado en el fondo. Así pues, sólo tenían que conseguir una manguera de goma y meterla por la parte superior del depósito. Conectarían la manguera con la conducción de carburante y bombearían con una bomba de mano. Lo mismo harían con el aceite. A saber si sería aprovechable... En cualquier caso, no tenían ninguna otra opción.

El motor diésel chirriaba.

«Mierda. Otra vez», pensó Iván.

«¡Ponte en marcha de una vez!»

La frente de Kuznetsov estaba sucia de aceite y se le cubrió de sudor, y el sudor se le metió en los ojos. Todos los que trabajaban con el motor diésel estaban cada vez más pringados de aceite.

Otra vez.

No se encendía...

—Cuando yo os lo ordene —dijo Krassin. El antiguo oficial de navegación parecía haberse transformado. Lo que tenían delante, en vez de un borracho, era un experimentado oficial de navegación.

—Muy bien, cuando nos dé la orden —respondió Iván.

Krassin se llenó de aire los pulmones y lo expulsó poco a poco. La tensión hacía que le centellearan los ojos.

«Venga, viejo lobo de mar, sálvanos.»

—¡Ya! —gritó Krassin, dando la señal.

Iván hizo girar el volante de inercia. Kuznetsov hizo girar el volante de inercia. El motor dio una sacudida, chirrió y de repente... ¡se encendió! El monstruo se agitó como si fuera presa de espasmos. Se sucedieron varias sacudidas irregulares... faltó poco para que a Iván se le detuviera el corazón... a

duras penas se atrevía a respirar. «¡Venga, pequeño, ponte en marcha!»

Rum-rum-rum-rummm.

¡Un maravilloso sonido! Iván respiró hondo.

Había funcionado.

Iván sintió en las piernas la vibración del casco y a duras penas pudo concebir su propia suerte. Lo habían conseguido. Tras veinte años de sueño profundo, el submarino se ponía en marcha para su último viaje. «Qué mierda que los tanques de lastre estuvieran soldados y la mitad de los instrumentos no funcionara.»

*Nos sumergimos
en aguas neutrales
y por un año nos da igual
el tiempo que pueda hacer.*^[29]

Krassin miró al *digger* y sonrió.

—Aguardamos sus órdenes, camarada comandante —dijo Iván.

—El teniente Krassin se pone al mando —respondió el marino—. Todos los hombres a sus puestos. Levad el ancla. Desplegad las velas. A todo trapo.

—¡A todo trapo! —confirmó el Überführer.

—Alguien tendrá que ir arriba... —Krassin volvió a pensarlo—. Ay, eso va a ser un problema. Cuando el submarino sale a la superficie, normalmente se orienta uno desde el puente abierto. Aún no sé cómo vamos a salir del delta del río.

—¿No hay ninguna otra posibilidad? —preguntó Iván.

—Sí hay una —dijo Krassin después de pensarlo—. Pero va a ser como un número de circo. Bueno, qué más da. En el país de los ciegos, el tuerto es rey.

—¿Qué quiere decir?

Krassin señaló con el dedo a un tubo de metal marcado con líneas grises y amarillas.

—Vamos a hacer como si nos hubiéramos sumergido y nos guiaremos con el periscopio. El problema es que no podremos orientarlo, porque el sistema hidráulico aún no funciona.

—Pues vaya. —Iván puso cara de escepticismo—. ¿Y podremos ver algo?

—No tengo ni idea —respondió sinceramente Krassin, y se acercó al periscopio—. Vamos a averiguarlo.

Algún objeto agudo arañó el casco del submarino. ¿Una garra? Iván se frotó

la barbilla. La motivación para subir al puente había bajado a cero.

—¿Correremos el riesgo?

—Los acumuladores están descargados. No tenemos electricidad. El periscopio no se puede orientar manualmente. Afuera es de noche. Aunque, de todos modos, es una noche blanca. Pero ¿qué podemos perder? —Krassin reflexionó—. En el peor de los casos, embarrancaremos, o nos estrellaremos contra una gabarra que se haya ido a pique. En la guerra sucede lo mismo. Adelante. Eh, muchacho. —Le puso la mano en el hombro a Kuznetsov—. Tú irás al timón.

Iván miró al marino y se sonrió. Cuando actuaba así, le gustaba.

A propósito...

Iván buscó por los armarios empotrados y encontró por fin lo que buscaba. La puerta del armario no se abría. Forzó el cerrojo. Crac. La frágil madera se astilló sin dificultad alguna. Sacó algo del armario y volvió con Krassin.

—Toma. —Le entregó una gorra negra al marino. A juzgar por el cartelito del armario, había pertenecido al primero de los comandantes del S-189. El propio Krassin debía de haber tenido una igual.

Krassin se pasó un rato contemplando la gorra y dándole vueltas. Luego la alisó con delicadeza y se la puso. La escarapela relumbraba.

El oficial de navío respondió al saludo de Iván.

—Camarada jefe de expedición —dijo con brío. De pura emoción, su voz sonaba más ronca—. Informo: el submarino S-189, el Argo... —sonrió con satisfacción— ha iniciado su viaje. Aguardo sus instrucciones. —Saludó al estilo militar, con la mano derecha—. Teniente Krassin, al mando de la embarcación.

Sin ni siquiera pensarlo, se pusieron todos firmes. Kuznetsov estaba espléndido, como un novio.

Se hizo una pausa solemne.

—Vamos rumbo a Sosnovy Bor —dijo Iván.

17-El pasajero

ESTAMOS a punto de dejar atrás la presa de San Petersburgo —dijo Krassin, mirando brevemente por el periscopio.

—¿Y?

—Nos encontramos frente al mar abierto. A la derecha se encuentra Kronstadt.

Iván asintió. Si recordaba bien el bosquejo del profesor, todo marchaba de acuerdo con el plan. Y marchaba bien. No había motivos para quejarse...

Parecía que la noche transcurriese bajo una buena estrella. Con un trabajo de precisión milimétrica, habían logrado pasar entre el muelle y una gabarra podrida. El casco de acero, pese a toda su dureza, había crujido de manera lamentable en un par de ocasiones, cuando el submarino había rozado obstáculos. Krassin estaba literalmente pegado al periscopio. Gritaba sus órdenes entre maldiciones:

—Un poco más a estribor, un poco más a babor... más a babor, maldito seas... ¡a media potencia!

Iván se había quedado en la escotilla del centro de mando para transmitir las órdenes al Überführer y al Canoso. Los dos *skinheads* se habían hecho responsables del motor diésel. Había habido un momento en el que habían hecho que se calara, y el submarino había cabeceado inerme en el Neva. Iván había llegado a pensar que el motor no volvería a activarse. Pero era evidente que aquel día los poderes de lo alto estaban de su parte. Quizá también el mismísimo Señor de los Túneles. De todos modos, no tardaron en lograr que el motor arrancara de nuevo.

Entretanto, varios de los aparatos del submarino habían cobrado nueva vida. El periscopio, por fin, había empezado a moverse, y en el centro de mando se iluminaron varios instrumentos de medición y luces LED. Una lámpara indecisa en la sala de los acumuladores, que a veces se encendía y a veces se apagaba,

arrojaba una luz parpadeante al centro de mando. Se reflejaba en el agua negra que les llegaba hasta el tobillo en todo el submarino. Krassin tenía la esperanza de conseguir que las bombas eléctricas se activasen y vaciaran de agua el interior de la embarcación.

Pero, aun cuando no lo hiciesen, Iván pensaba que existían cosas mucho peores que un poco de agua dentro del submarino. «Si el viaje continúa igual de bien, vamos a llegar dentro de tres horas a la central nuclear de Leningrado.»

Bum. Bum. Golpes sordos contra el casco.

«Mierda.» En ese momento sí que tuvo motivos para quejarse.

—Iván. —La cabeza del Überführer apareció por la escotilla de la sala de los acumuladores—. Hay algún bicho que nos patalea arriba. Justo encima de nosotros. Y también encima del motor diésel, ya me entiendes. ¿Quizá tendría que ir alguien a echar una ojeada? ¿A ti qué te parece?

Ajá. Iván asintió.

Un polizón. Vamos a verlo con más detalle.

Aunque con precauciones, Iván miró desde la torreta del submarino, cuya puerta había entreabierto. No se veían pterodáctilos. Se habían marchado al vuelo cuando el submarino salía de la bahía del Neva. A modo de recuerdo, habían dejado varias manchas de excremento sobre el casco. «Bichos de mierda.»

Empuñó el fusil y escuchó. No se oía nada. Tan sólo el sonido del desplazamiento y el suave rumor del motor diésel quebraban el silencio. Abrió la puerta con el pie. Chirrrrrido. Iván salió a cubierta y apoyó una rodilla en el suelo. Miró hacia la izquierda, hacia la derecha...

Sintió un leve mareo. Se encontraban en mar abierto. El fulgor pálido y nebuloso de la noche blanca brillaba sobre la inmensa superficie de las aguas. El submarino que se hallaba a sus pies vibraba y se balanceaba suavemente entre las olas. Las blancas espumas se derramaban sobre el casco, se deslizaban por éste y desaparecían tras la popa. A mano izquierda se prolongaba la oscura línea de la costa.

A la derecha... Iván sintió de pronto, una vez más, la presión en el cogote. Pero ¡qué era! Se giró hacia la popa y se quedó helado. Entonces sí encontró motivos para quejarse.

Saludos desde lo más profundo de la bahía del Neva.

Iván cerró el ojo izquierdo y movió poco a poco el cañón del fusil. Una mancha gris, de contornos difusos, apareció de pronto en la mira. Era algo más

clara que la oscuridad que los rodeaba. ¡¿Qué era eso, por mil diablos?! Iván vació los pulmones lentamente. La mancha era cada vez más grande.

«Animales de mierda. Toda mi vida he tenido miedo de encontrarme con una criatura que pudiese matarme sin haber tenido tiempo de reconocer qué era. Y ahora está ahí. La veo en la medida en que esta penumbra me permite verla. Pero no tengo ni las más mínimas ganas de morir.»

Iván apoyó el dedo en el gatillo. Habría bastado con una ligera presión... el casco del submarino vibraba bajo sus pies. Las olas chapaleaban suavemente. Y allí, la mancha gris. En ese momento se extendía hacia arriba, como si fuese un hombre y se pusiera en pie.

«Un hombre. Quizás. Pero un hombre dibujado por un niño. Sin prestar atención al tamaño y a las proporciones. Aun cuando el hombre más alto del metro hubiera estado sobre la popa, desde esta distancia habría parecido tan sólo la mitad de alto que ése.»

La criatura gris se irguió. Iván se tambaleó. La mira del arma recorrió la mancha gris. Hacia arriba, hacia abajo, hacia los lados. La criatura se irguió y se dio la vuelta... eso era, al menos, lo que parecía.

—A todo lo que nos resulta desacostumbrado, extraño e incomprensible le atribuimos de manera inconsciente características antropomórficas —había dicho Vodyanik. Aunque lo hubiera dicho en otro contexto.

—¿Y qué significa eso? —le había preguntado entonces Iván.

—Nos imaginamos que lo que tenemos enfrente es un ser humano. Y luego se descubre que la criatura, o cosa, no tenía nada en común con un humano. Es absurdo atribuir intenciones, deseos y miedos humanos tan sólo por la apariencia exterior. Especialmente... —al llegar a este punto, el profesor hizo una pausa efectista— cuando esa apariencia exterior es mera imaginación.

El hombre gris volvió el rostro hacia Iván. Si no era un rostro... ¿qué era eso que tenía sobre el cuello? Era redondo y, en comparación con el resto de su cuerpo, pequeño. Brillaba en la oscuridad. Dos ojos... dos agujeros redondos. Podía ser todas las cosas imaginables, quizás un trasero, pero la criatura gris lo empleaba para mirar a Iván. Y le veía. Iván se estremeció. La mirada, por sí misma, no era en absoluto siniestra. Había allí una persona gigantesca que le miraba. A Iván le flaquearon las rodillas. Como si, de pronto, toda la sangre se le hubiera ido del cuerpo.

El «pasajero» no se movía. No decía nada. Tan sólo se mecía hacia uno y otro lado, con el movimiento del submarino.

«Nos hacemos ilusiones de haberlo visto todo. Pero llegará el momento en el que veremos algo más. Y entonces nos daremos cuenta de que nuestra comprensión del mundo pende de un hilo de seda. Y de que el soplo de viento más suave basta para romper ese hilo.»

Iván murió mil muertes.

Entonces se dio la vuelta y volvió a meterse en la torreta. Una vez allí, se dejó caer en el suelo y se recostó contra la pared herrumbrosa. El frío se le apoderó de la espalda y la nuca. Iván trató de controlar de alguna manera el ataque de pánico. Su entendimiento, su personalidad entera se elevó en ese instante por encima de su cuerpo. Iván se vio a sí mismo desde un lado, como si fuera otro. ¿Quién era ese tío ridículo y exhausto con ojeras? Entonces el «superiván» levantó la cabeza y sintió a través de la pared de acero de la torreta que el «pasajero» tenía la mirada clavada en él. Estaba de pie sobre la popa del submarino, se balanceaba ligeramente hacia uno y otro lado y tenía la mirada clavada en él.

De pronto, Iván volvió a sentir su propio cuerpo.

Se hizo una pausa. El frío en la nuca, la vibración del casco del submarino, el leve murmullo del motor diésel. El rumor de las aguas que se expulsaban a través de un imbornal.

Iván hizo acopio de fuerzas, se puso en pie y cerró la puerta. ¡Zas! Entonces empujó la palanca de cierre, que se desplazó entre chirridos y esfuerzos.

Iván respiró hondo, se apartó de la puerta y empuñó el fusil. Tanteó con el pie la tapa redonda y abovedada de la compuerta. Era el camino de huida hasta el vientre protector del submarino.

La sensación de encontrarse al lado de sí mismo había pasado.

Iván se estremeció. Tenía la espalda empapada hasta los huesos.

Abrió la compuerta con manos temblorosas, fue hasta abajo y volvió a cerrarla. Por poco no la dejó caer. Aguardó todavía unos pocos segundos en la escalerilla y escuchó.

Nada.

El «pasajero» se mantenía en un extraordinario silencio.

¿Seguiría así?

El casco del submarino surcaba las olas.

Iván saltó desde la escalerilla y se metió hasta las rodillas en el agua. ¡Maldición!

Estaba claro que el nivel del agua había subido. ¿Acaso el submarino se

hundía?

—¿Qué mierda es ésta?! —gritó Iván.

Trató de hacerse oír pese al estruendo del motor diésel. Rum-rumrum. Los motores funcionaban a todo gas. Iván oyó unos ruidos preocupantes. Gracias a la sensibilidad de su oído, se dio cuenta en seguida de que el motor no iba del todo bien.

Krassin no reaccionaba.

El oficial de navío estaba agarrado al periscopio y lo hacía girar. Iván maldijo en silencio. Las bombas adosadas al generador hacían todo lo que podían, pero estaba claro que entraba más agua de la que llegaban a expulsar. Iván miró a su alrededor. El casco del submarino no era grueso. La proa pesaba cada vez más. No faltaba mucho para que la hélice sobresaliera del agua. Y cuando eso ocurriera... adiós muy buenas.

—¿Alguien podría decirme qué ocurre?! —gritó Iván.

El oficial de navío se volvió hacia él.

—Nos vamos a pique —dijo en tono lapidario. Iván tragó saliva. Krassin sonreía con la cara pálida—. Bueno, o quizá no. Nosotros no somos unos vulgares marineros de agua dulce, sino la tripulación de un submarino.

El S-189 avanzaba a toda velocidad. El casco vibraba. Los cristales de los ojos de buey tintineaban. El cabeceo sobre las olas se volvía cada vez más violento.

—¿Qué tenemos que hacer?

—¡A babor! —ordenó Krassin—. Rumbo dos-uno-dos.

—¡A la orden!

Kuznetsov manejaba el timón con maestría, como si en toda su vida no se hubiera dedicado a otra cosa. La aguja del medidor vibraba y subía por la escala de metal.

—Guío el submarino en dirección perpendicular a la de las olas —explicó Krassin—. En un ángulo de ochenta grados respecto a la orilla. El S-189 no está preparado para un oleaje tan fuerte. Si navegáramos en dirección paralela a la de las olas, podríamos zozobrar.

—¿De veras?

Krassin asintió.

Iván agarró el periscopio y se acercó a sus visores. La goma vieja estaba dura y cortante como esquiras de metal. Se le clavaba en la frente, en las mejillas y en la nariz.

Miró por el visor empañado y divisó el largo trecho de costa cubierto por la niebla. De ésta sobresalían aquí y allá las copas de los árboles cual pequeñas islas. A mano derecha se reconocía el contorno difuminado de edificios, que cual espectros se erguían entre las brumas. ¿Un engaño de los sentidos?

Iván veía muchas cosas, pero no la que quería ver.

—No se divisa ningún muelle —Iván apartó los ojos del periscopio—. ¿Cómo podremos bajar a tierra?

—Sí, es un problema —De pronto, Krassin sonrió—. «Es el fin de la tristeza, de finales y principios. Navegamos hacia el muelle. ¡Adiós a los torpedos!» Visotsky, *Salvad nuestras almas*. Una de mis canciones favoritas. De hecho, no hay ningún sitio donde podamos atracar. Así que nos vamos a arrojar a la orilla como una ballena cansada de vivir. Yo no veo otra posibilidad. Tenemos que llegar a tierra antes de que el submarino se inunde.

Iván callaba. Kuznetsov estaba pálido como la muerte detrás del timón. Pero mantenía la compostura con valentía. Las esferas de los instrumentos relucían en las aguas verdosas que casi le llegaban hasta las caderas. Se veía subir el agua, literalmente. Y estaba jodidamente fría. «Mierda.»

Kuznetsov mantenía la calma. «El muchacho se hace mayor», pensó Iván, y se volvió.

Pese al zumbido ensordecedor, Iván oía las palabrotas del Überführer en la sala de motores. Aunque tan sólo retazos de palabras: «¡...por culo!»

Y luego volvió a pensar en el «pasajero». «Que se lo lleve el diablo.»

—Tenemos que prepararnos para salir. Todo el mundo a la escalerilla. ¡Sala de motores! —Krassin había agarrado el micrófono—. ¿Me oís? Poned la máquina a la máxima potencia y luego venid aquí.

El casco del submarino vibró. El fragor que producían los embates del oleaje se volvió como más sordo.

—Preparaos para subir —repitió Krassin—. Bueno, ¿a qué esperáis? ¡Adelante, marineros!

El oficial de navío apartó a Kuznetsov y ocupó su lugar al timón.

—¡Y tú vendrás detrás de nosotros! —gritó Iván.

Krassin asintió sin volverse.

Uno tras otro, subieron por la escalerilla. Iván se agarraba a los escalones y apuntaba hacia arriba con la linterna. Miró sin reparo el trasero del Überführer, embutido en los pantalones de goma del traje aislante. Manchas de porquería blancuzca sobre fondo gris.

«Qué vida ésta —pensó Iván de mal humor—, en la que siempre tienes la sensación de que en cualquier momento te vas a marchar al otro barrio.»

—Poneos las máscaras antigás —ordenó el *digger*—. Estamos a punto de salir al mundo.

—¡Cuando yo lo ordene! —gritó Krassin desde abajo—. ¡Tres! ¡Dos!

Iván respiró hondo y comprobó que la pistola estuviera bien. Siempre conviene supervisar todo. El arma se hallaba en perfectas condiciones. Kuznetsov trepó después del Überführer. Luego Mandela. Y al final el Canoso. Iván aún tenía los pies en el suelo y estaba cubierto de agua sucia y oleosa hasta las rodillas.

Olía a humedad, hollín de motor diésel y aguas podridas.

—¡Uno! ¡Cero! ¡Allá vamos! —ordenó Krassin.

Un crujido. Luego un estruendo, como si alguien hubiera echado por tierra un objeto pesado. En un primer momento, la luz cegó a Iván, pero sólo tuvo que detenerse un instante, y luego siguió subiendo. Una luz desacostumbrada se le metió en los ojos. La herrumbre húmeda se le desmenuzaba bajo los guantes y la pintura desconchada se desprendía.

Cuando Iván se agarraba ya al borde de la escotilla, los demás le sujetaron por las muñecas y tiraron de él.

La luz caía sobre remaches herrumbrosos. Se encontraban en la torreta y tan sólo les quedaba salir al puente abierto. Algún objeto metálico arañó la torreta... un golpe. Otro golpe. Como si una palanqueta golpeará contra la pared.

Abajo, Krassin se puso a cantar:

*¡Salvad nuestras almas!
La falta de aire nos hace delirar.*

Su voz resonaba en el vientre del submarino, como si no hubiera sido uno solo quien cantaba, sino muchos. Como si todos los marineros muertos del S-189 participaran en el cántico de su oficial al mando en el presente.

*¡Salvad nuestras almas!
¡Venid a toda velocidad!
¡Escuchadnos desde tierra!
Nuestro SOS es más débil,
cada vez más débil,
y el miedo nos desgarrá el alma.*

Salieron de la torreta con las armas en ristre.

Iván respiró con alivio. El «pasajero» nocturno de la popa había desaparecido. Como si nunca hubiera estado allí.

Entonces miró hacia el otro lado.

Toda la parte anterior del casco estaba sucia de heces. La espuma salpicaba la proa. El submarino avanzaba por el agua a toda velocidad.

Iván levantó los ojos hacia el horizonte. La negra lengua de tierra se aproximaba en la oscuridad. Se reconocían tan sólo unos pocos árboles calcinados. Algo más a la derecha se erguía el edificio de la central nuclear. Las fantasmagóricas siluetas de las chimeneas emergían de entre la niebla.

—¡Vamos a tocar tierra ahora mismo! —gritó el Überführer—. ¡Agarraos fuerte!

Iván regresó a la torreta, subió por la herrumbrosa escalerilla y se preparó para un violento desembarco.

Un fuerte impacto sacudió el submarino. Iván salió disparado hacia delante a causa de la fuerza centrífuga y tuvo que hacer grandes esfuerzos para agarrarse a la baranda. ¡Crac! La baranda se rompió. «Mierda.» Al instante, Iván salió volando sobre el casco gris y herrumbroso, el casco aerodinámico del S-189. Una poderosa ola de agua y arena se rompió sobre el casco del submarino. Crujido. Las piedras golpeaban la torreta.

Iván volaba por los aires. Poco a poco logró girar la cabeza y vio cómo se acercaba la orilla. Al tiempo que la proa del S-189 se clavaba en tierra, la popa salió del agua como si hubiese querido hacer una voltereta, permaneció en equilibrio por unos instantes y luego, como a cámara lenta, volvió a descender. Plof. Se levantaron aguas espumosas.

Iván seguía en el aire y empezaba a perder altura. La superficie del mar, grisácea, moteada de algas negras, se encontraba cada vez más cerca de su rostro...

¡Pum! En un primer instante, el agua le pareció tan dura como el asfalto, luego cambió de repente a estado líquido y engulló a Iván. «Tengo que cerrar los ojos», se dijo durante la fracción de segundo que le restaba. Cerró los ojos.

Y los volvió a abrir.

Iván se hallaba debajo del agua. Sentía una presión monstruosa que parecía que fuese a reventarle el pecho. El aire se le escapó de los pulmones con tanta violencia que le pareció que iba a arrancarle la cabeza. Iván trató de orientarse.

El fondo debía de encontrarse dos metros más abajo. Arena gris, pedruscos dispersos. Unos ojos castaños. A través del agua turbia, alguien contemplaba a Iván.

Entumecimiento.

En los oídos resonaba un borboteo. Iván miró adelante, a través de las masas de agua ondulantes que se precipitaban contra la orilla y arrastraban las piedras.

El S-189 aún se balanceaba más atrás y provocaba olas suaves que Iván sentía en la espalda. El submarino pintado de verde y gris había encallado. Chorros de burbujas de aire escapaban de su casco dañado y subían hacia la superficie. El agua entraba en el submarino y expulsaba el aire de su interior. En algún lugar, en el centro de mando, brillaban todavía unas pocas luces en los tableros, y un viejo sonar enviaba a la nada su onda sonora. Bum. Los últimos estertores del casco del submarino en su agonía.

El oficial de navío Krassin estaba metido en el agua hasta las caderas, silencioso, con las manos en los bolsillos de su abrigo negro. Con total serenidad, vio cómo las aguas espumosas entraban por la escotilla y el espejo de las aguas se elevaba cada vez más dentro del submarino. Puf. Otra de las linternas explotó, saltaron chispas. Krassin miraba y callaba. Se había quedado a bordo del submarino que se hundía. Era lo que se esperaba del último oficial de navío de la flota del Báltico. Somos los marinos de Kronstadt. Glup, glup, glup.

Las manos en los bolsillos del abrigo. La gorra negra sobre la cabeza.

Krassin sonreía.

Un ser humano... como pensado para el cubo de la limpieza y el escobillón.

No sabía ya cuándo había empezado a beber. Al terminar la escuela o al empezar a navegar. Daba igual. En cualquier caso, la bebida era la única ocupación en la que había tenido cierto éxito.

A veces habría querido entregarse a la compasión de uno mismo. Sentarse junto a su cama plegable en el bloque de viviendas de la Technoloshka, mecerse de un lado para otro y lloriquear en silencio.

Una emoción muy especial.

El teniente Krassin levantó la cabeza y contempló su barco.

En el centro de mando aún ardían algunas luces de control. Arriba, en la torreta, se oía el roce del metal. Abajo susurraba el agua que entraba por la proa. De acuerdo con todas las normas de seguridad naval, habría tenido que sellarlo.

Krassin estaba bañado en espuma blanca. El agua le llegaba ya hasta las caderas.

Pero, ¿qué importancia tenía eso?

En pocos minutos se acabaría todo.

Krassin no llevaba puesta ninguna máscara antigás y respiraba con facilidad. Aunque el aire estuviera impregnado del hedor del agua oleosa.

Pero, para el marino, era un olor exquisito. El olor de la libertad y del mar. Todavía mejor que el aroma del coñac en la petaca.

Agarró el timón con las manos. El frío metal le resultaba áspero al tacto. El motor diésel murmuraba a espaldas de Krassin. Qué extraño que todavía funcionara. Habría tenido que inundarse mucho antes.

Krassin aguardó. El coñac de la petaca se quedó donde estaba.

¿Qué es lo que hace quien lo ha perdido todo? ¿Arrojarse al agua? Eso lo hacen los hombres débiles. Y también los fuertes. Los que son como tú, los que no son ni débiles ni fuertes, sino mediocres, empiezan a beber.

Sí, había empezado durante los últimos años de escuela. En esa época, la cuadrilla se reunía en el décimo o undécimo piso de un bloque de hormigón. Se sentaban en las escaleras. Los escalones estaban sucios de manchas de ceniza que dejaban las colillas y las paredes sin revestimiento estaban cubiertas de caricaturas y de frases idiotas. Allí bebían, se reían y charlaban. Mejor dicho, los demás charlaban. Desde muy al principio, él se había limitado a beber. No le parecía necesario pasar el tiempo con charlas cuando sólo habían ido hasta allí para engullir vodka, que le bajaba por el paladar como si fuera aceite.

Al cabo de un tiempo se le había ocurrido que se emborrachaba más a menudo en solitario que en sociedad... de manera silenciosa y sistemática.

Los amigos se le habían vuelto superfluos.

Por aquel entonces bebía hasta perder el conocimiento. A veces directamente en el local. Cuando no le alcanzaba, se abastecía y se lo bebía en casa, en el tramo de escaleras que subía desde su rellano.

En varias ocasiones, los vecinos de arriba habían tenido que acompañarle hasta la puerta. Otras veces no habían hecho más que bajar hasta su piso para llamar a sus padres.

Krassin asentía para sí.

Los alcohólicos no conocemos ninguna vergüenza. Y ya no tenemos conciencia. No tenemos nada.

Lo único que nos interesa es la bebida alcohólica que nos bajará por la garganta. Cuando el primer trago llega al estómago, es como una explosión. El mundo se abre y se vuelve gigantesco. Eso es lo único para lo que vivimos. Tan

sólo para ese momento de felicidad inefable e inconmensurable que oculta todo lo demás con su sombra. Haríamos lo que fuera por ese momento de felicidad.

La sed y el mar. Sus dos pasiones.

Cierto, otros habían intentado liberarle de la bebida. Pero lo único que habría podido sanarle era el mar. No pudo ser.

El Krassin de los tiempos de su juventud se pone en pie y se prepara. Se viste con un mono de trabajo con las rodillas desgastadas y un jersey sucio. Se peina el cabello con los dedos. Luego se mira en un trozo de espejo.

Cabellos oscuros. Ojos oscuros.

Se sienta en el suelo. Aún le falta mucho para agotar las reservas de compasión de sí mismo. El olor a creosota de los túneles se le mete en la nariz. Y el olor a metal caliente. Va a sentir lástima de sí mismo durante un rato más, luego se pondrá en pie y barrerá las galerías que están al lado del taller del cerrajero...

Hace mucho tiempo estuvieron a punto de confiarle un navío de guerra.

Ahora no le confían a gusto ni siquiera la escoba.

Recordaba con nitidez el día en que le dieron la noticia de que lo habían aceptado. En la Academia de la Marina. La especialidad de Navegación. Había ganado una plaza para la que se habían presentado cuarenta candidatos. Sería timonel. O incluso oficial de navío.

En ese tiempo se había pasado medio año sin beber. Lo había dejado del todo y se había concentrado en los estudios. Matemáticas e inglés, física y deportes, docentes y libros. En marzo, al empezar la preselección, había sido uno de los mejores, y él lo sabía. Sentía un ardiente deseo por alcanzar la aceptación en la academia.

Los docentes espoleaban su inquebrantable voluntad.

«La jodiste tú solito», le dice Krassin al joven que se le aparece en el espejo. Luego se pone en pie y guarda ese mismo trozo de espejo en el armario de metal. Dentro de éste guarda libros de texto y léxicos de Navegación, y todo lo que ha logrado reunir durante los veinte años que han pasado desde la Catástrofe.

Los libros son baratos. Porque nadie se interesa por ellos, salvo un vagabundo borracho que deambula por los túneles.

Dentro del armario cuelga también el abrigo negro de la Marina con los galones de teniente.

No tiene derecho a ponérselo. Pero lo guarda en el armario, envuelto en el misterio y las tinieblas, y aguarda a que llegue su hora. No se ha separado de él

ni siquiera durante sus peores tiempos de borracheras.

El Krassin más joven no sabe muy bien por qué guarda el abrigo.

El Krassin que estaba de pie en el submarino, con las manos en los bolsillos y la gorra negra en la cabeza, lo sabía mucho mejor.

Para que veinte años después de la Catástrofe, un oficial de la Marina que no había olvidado su oficio pudiera ponérselo y adentrarse en el mar con un submarino museo herrumbroso.

Había tenido su función.

Las luces de control de los tableros aún brillaban. El agua le llegaba a Krassin hasta el ombligo. La petaca llena de coñac aún estaba en el bolsillo interior.

Un coñac especial. Para una ocasión especial.

Puf. Esta vez era una lámpara de la sala de acumuladores que había reventado.

Krassin sonrió.

Cuando le hablaron de la cuadrilla de *diggers* enloquecidos que querían llegar hasta la central nuclear de San Petersburgo, se dio cuenta en seguida de que era su oportunidad.

Y no la había dejado escapar.

Así había partido para su primera y única misión en alta mar. ¿Quién más habría podido decir lo mismo después de la Catástrofe?

Al encontrarse con la gigantesca figura gris en el centro de mando inundado, Krassin no hizo otra cosa que sonreír. ¿Me voy a asustar ahora? ¡Qué va! Cuando estaba borracho, vi cosas en comparación con las cuales este monstruo gris es como un animal doméstico.

Una especie de gatito de barco.

El gigante gris le miraba sin decir nada. Su menudo rostro de niño se plegaba en arrugas.

Krassin asintió: «Tienes razón, ha llegado la hora.»

Sacó la petaca que llevaba en el bolsillo interior y desenroscó limpiamente el tapón. Arrimó el cuello de la petaca a la nariz y sorbió su aroma.

«Pues bueno...»

No hacía falta un profeta para anunciar que aquéllos iban a ser el último barco y el último coñac de su vida.

Krassin sonrió y dejó la petaca. Sus labios rozaron el cuello metálico del recipiente. Todo su cuerpo se regocijó con alegre expectación...

Se hizo una pausa.

Krassin volvió a alejar la petaca de su rostro, la contempló en perspectiva, echó una mirada a la figura gris y luego le dio la vuelta al recipiente. El costoso líquido marrón se derramó en el caldo negro y espumoso, y se disolvió en éste.

—¡No! —gritaba su cuerpo.

O incluso:

—¡¡¡NO!!! ¡Cualquier cosa menos esto!

Krassin abrió la mano y soltó la petaca. Cayó al agua. Chof.

Se acabó.

Se puso firmes y saludó a la manera militar.

—Camarada jefe de expedición. Reportando: el submarino S-189 ha llegado a su objetivo. Oficial de navío, teniente Krassin.

Entonces, cuando una poderosa zarpa le desgarró el pecho, pensó: «He vencido.»

Iván miró al frente.

Alguien le observaba. Si se comparaba el tamaño de ese alguien con el del S-189, entonces... Iván calló. Ese mismo a quien el *digger* contemplaba parecía no tener ningún interés por él. Tenía un punto de inhumanidad. Iván le veía tan sólo los ojos. Ese alguien era más grande que el submarino. Iván no lograba abarcarlo con su entendimiento y, por ello, se contentó con aguardar. El aire que le quedaba en los pulmones se abrasó hasta transformarse en un jugo corrosivo y amargo. Iván se tambaleó.

Y se miraron el uno al otro. Entonces, de repente, aquel alguien se movió, se volvió lentamente... unos tentáculos pasaron en silencio por su imagen... y se alejó poco a poco hasta desaparecer en la lejanía.

Sólo entonces, mientras le seguía con la mirada, Iván fue víctima de un terror que se había demorado.

Agua gélida. Iván notó que alguien le agarraba y tiraba de él. Pero él sólo quería que lo dejaran en paz. Para poder respirar. Dormir un poco... El agua azotaba los visores de su máscara antigás. Sus piernas resbalaron sobre una superficie elástica y, al mismo tiempo, blanda. Arrastre. Arena. Choque. Piedra.

Frío.

El frío te muerde las rodillas. Lo único que quieres es cerrar los ojos y dormir. Los pies... témpanos de hielo.

En el cielo gris se aglomeraban nubes blancas de tormenta. Iván estaba tumbado de espaldas, con los brazos tendidos en el suelo. Las gotas se le

adherían al visor.

A través de las gotas contempló el turbulento cielo veraniego. «Ahora mismo me elevaría por los aires y volaría hasta las nubes —pensó—. O hasta cualquier otro sitio, pero no al encuentro del monstruo que estaba en las aguas.»

La cabeza del Überführer apareció en su campo de visión. Con la máscara antigás. Vio su propia imagen reflejada en el visor del otro.

—Qué suerte que te hubieras puesto la máscara aislante —dijo el Überführer—. Si no, habrías muerto ahogado. Pero eso que tienes ahí funciona también en el agua. Como el equipo de salvamento del submarino: botellas de oxígeno, bolsa de respiración, todo estaba allí.

Iván se puso en pie. Una vez más escupió de su cerebro la terrorífica estampa del monstruo. El parloteo del Überführer le ayudó a liberarse del horror.

—¿Qué magnitud tiene la dosis radiactiva en este lugar? —preguntó, tan sólo por decir algo.

—La normal. —El Überführer le detuvo con un gesto—. Vuelve a sentarte. Cinco roentgen por hora.

—Y un cuerno. —Iván se acordó de algo—. ¿Cómo está Krassin?

El Überführer bajó la vista.

—Krassin ya no está con nosotros. En paz descansa, etcétera.

Iván se volvió hacia el mar. Se tambaleó, dio dos pasos y se detuvo. No pudo ir más allá.

Como aquella otra vez, en la cueva, con el fusil ametrallador.

No quería.

Las olas se deshacían sobre la arena gris y retrocedían hechas espuma. Dejaban manojos de algas a modo de recuerdo. Las aguas negras y sin vida se extendían hasta el horizonte, donde se difuminaban en un velo gris de bruma. Iván volvió la cabeza. Un poco más allá, sobre la arena, vio la silueta del submarino a medio sumergir. Adiós, S-189. Adiós, teniente Krassin...

El mar arrojaba sus olas grises sobre la playa sin fatigarse.

Iván las contempló durante un rato y luego se volvió hacia los demás.

—¿No os habéis dado cuenta de algo? —Le temblaba la mejilla—. Quiero decir... de algo no habitual. Allí, en el agua.

El Überführer miró a Iván en silencio.

—Bueno, ¿qué pasa? —insistió el *digger*—. ¿Es que se os ha comido la lengua el gato?

—Allí... no quería decir nada. Cuando he salido para recoger tus cosas...

esto... allí, en la orilla...

—¡Dilo de una vez!

—Había huellas —dijo el Überführer.

—Te lo voy a explicar —intervino el Canoso—. Nos habías hablado de un «pasajero». ¿Te acuerdas? Que había estado con nosotros desde el principio. Nosotros pensamos que no nos abandonó.

—Ajá —respondió Iván. Sólo le faltaba eso—. Entonces pensáis que...

—Pensamos que ese «pasajero» considera que tiene billete de ida y de vuelta.

—El fuego de acampada es un regalo de los dioses. —El Überführer se calentaba las manos con la llama de la lámpara de carburo—. Qué lástima que no todo el mundo lo entienda.

Iván se acordó de la estación Chornaya Rechka y de los gitanos... del fuego en torno al que se habían reunido los barbudos de rostro sombrío.

—Y qué más da.

La llama amarilla de la lámpara de carburo alumbraba el sótano en el que se habían refugiado Iván y los suyos. Allí se estaba tan bien que habrían querido quedarse más tiempo. ¿Y por qué no? ¿Acaso tenían que pasarse la vida entera en el metro?

Bueno, por desgracia, los seres humanos no sobrevivían en la superficie. Por lo menos, no durante mucho tiempo.

Gracias a aquel sótano habían podido sacarse las máscaras antigás y recobrar el aliento.

—¿Sabes lo que vengo pensando desde hace mucho tiempo? —le dijo el Überführer a Iván—. No pareces un peterburgués genuino.

—¿De verdad? —El *digger* enarcó las cejas con asombro—. ¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Te falta esa típica melancolía intelectual propia de los europeos. Esa melancolía letárgica que no lleva a ninguna parte. Los ingleses lo llaman *spleen*. Nosotros lo llamamos «dolor del mundo».

Iván contempló al esforzado *skinhead*.

—Y, sin embargo, soy un genuino leningradense. Si no me equivoco, tú no provienes de Petersburgo. Y tampoco de Moscú.

—Es cierto. —El Überführer sonrió con satisfacción—. Vine desde la provincia más alejada. Desde Yakutsk. Imagínate. Si antes de la Catástrofe ya era el culo del mundo, ahora se encuentra en otro sistema solar. A un montón de

años luz de aquí. En esos tiempos estaba allí la república de Sacha. Ahora debe de ser la república de la Luna.

Iván se rascó el oído.

—¿Y cómo viniste a parar aquí?

—Elemental, querido Watson.

—¿Qué?

—Olvídese usted de lo que le he dicho, señor. Fui a Moscú para celebrar la despedida de soltero... por así decirlo. Mi mujer ya llevaba siete meses de embarazo. Pero cómo vas a celebrar algo en Yakutsk. Por eso me tomé tres semanas libres y me desmadré. Amigos, fiestas, mujeres... para disfrutar de la libertad por última vez. *Khorovod*^[30] con orquesta y ese tipo de cosas. Y cuando las vacaciones estaban a punto de terminar, un amigo me dijo: «Vente conmigo, vámonos un par de días a San Petersburgo». —El *Überführer* calló por unos instantes—. Y eso fue lo que hicimos. Bueno. Y de allí ya no pude moverme.

Silencio. Mandela acercó las manos a la lámpara de carburo. Durante un buen rato, se miró los dedos entre los que relucía la luz suave entre rosada y marrón.

—¿Quieres decir... —el negro miró al *skinhead*— que cuando eso ocurrió tenías mujer e hijo en Yakutsk?

—Una mujer embarazada —precisó el *Überführer*, irritado—. El niño habría tenido que venir al mundo al cabo de tres meses.

—¿Iba a ser niño o niña? —preguntó Iván, y la voz se le atragantó. ¿Qué importaba, en realidad?

—Niña —respondió el *skinhead*.

Iván no había visto nunca de esa manera al *Überführer*. Le vio por primera vez con más de cuarenta años. Ah, qué diablos, ¿cuarenta? Como si hubiera tenido noventa.

—¿Piensas que pueden haber sobrevivido?

El *skinhead* volvió la cabeza y arrojó una mirada fría y apagada a Kuznetsov.

—No sé, tío, ¿tú qué piensas?

Kuznetsov calló como un perro apaleado. Se dedicó a jugar con una vieja brújula de metal, una pieza que se había expuesto en el submarino museo.

—No lo sé —dijo por fin el *Überführer*—. En Yakutsk no había metro. Y el frío podía llegar a menos cincuenta. Y lo más probable es que ahora sea más intenso todavía.

—Es posible que no arrojasen bombas atómicas allí —observó Mandela—. En cualquier caso, sería extraño que lo hubiesen hecho. ¿Qué podía haber allí que tuviera importancia estratégica? Aparte de diamantes. Cabe la posibilidad de que sigan con vida.

—Déjale —interrumpió Iván, y agarró al negro por el hombro.

—¡No pasa nada! —replicó el Überführer—. No soy el único a quien le ha ocurrido algo semejante. Todos los que nos encontramos en el metro hemos pasado por la misma mierda. ¡Qué fiesta me monté, maldita sea! Si me hubiera quedado en Yakutsk, ahora estaría con ellos. Quizá bajo tierra, pero con ellos. ¿No piensas lo mismo, oh, luchador contra el *apartheid* mundial?

Se equiparon para ponerse en marcha y volvieron a protegerse con las máscaras antigás. No tardarían en tener que cambiarles los filtros. Iván cargó con la mochila, se aseguró de que no hubiese quedado nada suelto y se ajustó las correas. Ya podían marcharse. De pronto, cuando agarraba el fusil de asalto, Kuznetsov le abordó.

El joven miliciano acercó mucho su máscara a la del *digger*. Quizá para que Iván le oyera bien. O tal vez para que nadie más les escuchara.

—¿Qué se necesita para ser un buen *digger*?—preguntó. Así pues, lo que había querido era que nadie les oyera—. Ya sé que es una pregunta estúpida, jefe, pero...

Iván reflexionó y contempló a Kuznetsov. Estaba claro que Misha se había propuesto incorporarse a su cuadrilla. El muchacho lo decía en serio. Pero a Iván no le interesaba un segundo Sasonov...

Al pensar en su antiguo amigo, sintió un nuevo acceso de cólera.

«Basta.»

Debía tranquilizarse. Al fin y al cabo, el muchacho no tenía ninguna culpa.

El problema era tan sólo de Iván.

—¿Qué es lo que se necesita para ser un buen *digger*?—respondió Iván—. Te lo voy a decir. Un buen *digger* tiene que atenerse a tres normas. Primera, el *digger* es valeroso, pero no temerario. Segunda, el verdadero *digger* cumple siempre su palabra. Tercera, el *digger* no abandonará jamás el cadáver de un camarada muerto para que lo devoren las bestias.

—Los *diggers* no abandonan nunca a sus camaradas —dijo Kuznetsov. Los ojos del joven miliciano brillaron, incluso, a través de los visores de la máscara antigás.

—Exacto.

—Pero... ¿cómo se soluciona el último caso que has mencionado?

—Así. —Iván sacó una granada de mano e hizo un gesto como si fuera a tirar de la anilla y mover la palanca—. Y entonces le pones la granada bajo la axila al muerto, de manera que la palanca quede bien sujeta. —Iván se colocó la granada bajo el brazo—. Una bonita sorpresa para la bestia. Nada más tocar al muerto, le salta la mandíbula por los aires. ¿Te ha quedado claro?

Kuznetsov asintió con entusiasmo. «Ah, qué novato.»

Iván contempló a sus hombres.

—Adelante. Vayamos con Dios.

Si uno pasa la noche caliente, tendrá frío por la mañana.

La llovizna les resbalaba por los hombros y golpeaba con suavidad la goma de la máscara de gas. Los visores empezaban a empañarse. Iván miró a su alrededor. La cuadrilla le seguía. El bosque muerto —quizás el legendario bosque de pinos que había dado su nombre a la ciudad— había quedado atrás. No tardarían en llegar al recinto de la central nuclear.

Tras el velo gris de las brumas, Iván reconoció los contornos de los imponentes edificios. Gigantescas chimeneas se erguían en lo alto y desaparecían entre la niebla. Encontraron un primer cartel de advertencia, colgado de un poste que el viento había torcido: «Prohibido el paso. Zona vigilada.» La pintura desconchada se deshacía en jirones sobre el metal oxidado.

Tuvieron que pasar en varias ocasiones sobre los restos de alambre de espino que habían quedado por el suelo, como para hacerles tropezar. De vez en cuando encontraban vegetación. Parecía hierba ordinaria, pero Iván prefirió evitar las islas de verdor.

En la lejanía, unos arbustos se agitaban al viento.

—Podría muy bien ser que la vida en el subsuelo nos arrebatara la capacidad de distinguir los colores —había dicho Vodyanik antes de que se pusieran en marcha—. Como les ocurrió en otro tiempo a los lobos, porque cazan sobre todo por la noche y a la hora del crepúsculo. Ahora mismo, un porcentaje de los niños que nacen en el metro no distinguen los colores. Quizás ese fenómeno esté relacionado también con la elevada radiación, pero no me parece probable. Nos transformamos. Nos adaptamos. Cada nueva generación se distingue de la anterior. Así, los recién nacidos arrastran una carga mayor de radiación, pero parece que también desarrollan una especie de inmunidad contra ésta. La naturaleza sale adelante, incluso cuando se trata de criaturas tan ingratas como los seres humanos. En cualquier caso, yo no creo que lo que ocurre en la

superficie pueda considerarse tan sólo una consecuencia de la evolución del ser humano. Podría muy bien ser que se hubiera activado un dispositivo para la restauración de todo el sistema. Pero también podría ser, y sería mucho peor, que la naturaleza haya activado un plan B, que se haya puesto a edificar un ecosistema que se basa en otros principios. Y, en tal caso, la humanidad no tendría ninguna esperanza. Sería una lástima.

Iván pasó una pequeña zanja llena de agua encharcada. Por un instante, su silueta apareció en el espejo turbio, quebrado por las gotas de lluvia.

Al cabo de media hora de aguacero, llegaron al recinto de la central nuclear. Allí se erguían postes herrumbrosos cual mudos centinelas, torcidos en parte, en los límites del terreno que en otro tiempo se había hallado bajo vigilancia. La caseta de un punto de control que el viento había ladeado aguantaba en solitario la lluvia. Detrás de una barrera de la que se había desprendido la pintura, y cuyo extremo tocaba el suelo, se encontraba una vía asfaltada en estado de conservación relativamente bueno.

El siguiente edificio de la central nuclear parecía intacto. Como si la Catástrofe no hubiese tenido lugar. Aunque, ¿qué podían hacer los elementos exteriores contra el revestimiento de hormigón de una central nuclear? Tan sólo faltaban las personas. Pero ¿qué más?

Iván pasó por encima de la barrera y se detuvo para esperar a los demás. Era un terreno llano y acotado. A lo largo del camino había, en línea recta, hileras de arbustos deshojados y muertos.

Llegó el Überführer. Las gotas de lluvia se estrellaban contra su traje aislante y contra el morro de goma de su máscara antigás. Sus visores redondos se volvieron hacia Iván, y dio unos golpecitos con los dedos en la caja del filtro. Iván asintió y miró el reloj. En efecto. Había llegado el momento.

Les hizo un gesto a los demás.

—Hay que cambiar los filtros. —La voz hueca que salía de su máscara antigás tenía un timbre especialmente sordo por culpa del aire húmedo.

De pronto, el monótono repiqueteo de la lluvia se rompió por culpa de un grito lejano y preñado de angustia.

Iván se estremeció.

Por el motivo que fuera, pensó de inmediato en el gigante gris que se había erguido sobre la popa del submarino.

«Ay. No podía ser.»

—Todos atrás —indicó Iván con gestos—. Seguidme. ¡A paso ligero!

Ruido de botas sobre el asfalto húmedo y agrietado. A su izquierda se hallaba uno de los bloques de los que constaba la central nuclear. La niebla escondía su extremo superior y daba la impresión de que llegaba hasta al cielo. O, por lo menos, a la misma altura que el rascacielos Okhta. Tardaron tanto en dejar atrás el poderoso edificio que llegaron a tener la sensación de que no se movían de verdad.

De pronto, la lluvia cesó. Como si alguien hubiera cerrado un grifo.

Quietud.

Una vez más, un grito de la lejanía.

Entonces, el eco del grito se oyó por todo el recinto, como si hubiera provenido de las paredes grises de la central nuclear. A causa de la densa bruma, Iván no logró descubrir de dónde venía en realidad. Con todo, parecía aconsejable dejar para más tarde el cambio de filtro, y no sólo eso.

—¡Cuidado! —indicó con un movimiento de mano—. Todos detrás de mí.

Iván empuñó el fusil y le dio a entender al Überführer: «Adelante, yo te cubro.» Desde ese momento tendrían que avanzar en orden de combate. No iba a ser un paseo.

El Überführer asintió dos veces con la cabeza y se echó a correr. Una breve carrera. Luego se apoyó con una rodilla sobre el suelo y dio la señal con la mano: «El siguiente.» Kuznetsov corrió hacia él.

La opresiva sensación en el codo no remitía. Sólo entonces, Iván se dio cuenta de que la había sentido durante todo el tiempo. Ya desde el momento en el que habían salido a mar abierto con el herrumbroso submarino. Pero en ese momento lo había atribuido a las circunstancias. Los perros pavlovianos. Su primer viaje en submarino. Etcétera.

Sin embargo, era evidente que le amenazaba un peligro mucho más serio. La percepción era inequívoca y habría sido una negligencia no prestarle atención.

«En el trato con los hombres, no podemos fiarnos siempre de nuestro olfato. Por desgracia. Pero en una expedición como ésta...»

Kuznetsov seguía al Überführer. Corría de una manera poco acompasada, pero ligera y vigorosa.

«Podría ser que al final sí llegara a *digger* —pensaba Iván—. Está claro que no tiene un gran talento. Pero no carece de cualidades. Así, por ejemplo, su perseverancia.»

La mochila de Kuznetsov se movía de un lado a otro, como si hubiese querido derribar a su portador. El joven miliciano llegó a la meta, se detuvo y se

apoyó en el suelo sobre una rodilla. Empuñó el arma y escudriñó el entorno. Primero a la izquierda, luego a la derecha.

«Bien hecho —pensó Iván—. El siguiente...»

En ese instante, la brújula se cayó de la mochila de Kuznetsov. Iván vio al instante («maldita rapidez de reacción») cómo la brújula de metal se caía al suelo. Bunga. Clinnnc. La esfera se quebró.

Y no sólo la esfera. También el silencio que los rodeaba.

«Maldita sea», pensó Iván.

Vio por el rabillo del ojo una sombra que se movía y se volvió. La observó por la mira del arma. No era nada. Tan sólo niebla gris.

¿Se había movido algo? Sí, se había movido algo. Algo grande. Entre los bloques de edificios.

«Y ese arbusto de ahí no me gusta. No me gusta nada. ¿No será que estoy paranoico? La presión en el cogote se me vuelve insoportable. Pues bueno. Tendrás que decidirte.»

Iván se puso en pie de un salto. Con enérgicos gestos, ordenó: «¡Adelante! ¡Marcha ligera!»

El Überführer asintió y echó a correr. Misha miró a su alrededor en busca de ayuda. Incluso su máscara antigás ponía cara de culpable. «¡Adelante!», le indicó Iván con un gesto.

Finalmente, Kuznetsov volvió en sus cabales, se puso en pie de un salto y siguió al *skinhead*. Mandela fue detrás de ellos. Iván esperó al Canoso y luego corrió a su lado.

Nuevamente vio una sombra con el rabillo del ojo y volvió la cabeza. La endemoniada máscara antigás le restringía el campo de visión.

Por un instante le pareció que una forma gigantesca caminaba por la niebla. Lenta, casi vacilante. Como en un sueño.

Y siguió corriendo. Sus resuellos pasaban por el filtro.

Al llegar a la esquina del edificio, el Überführer se detuvo y miró a su alrededor. ¿Adónde tenían que ir a continuación? Iván cerró brevemente los ojos y trató de recordar el plano de la central nuclear. Ah, sí. Por allí se iba a las viviendas. Por allá, al centro sanitario. Y más allá, al tercer RBMK.

«Tendrás que ir al Bloque 3», le había dicho Enigma.

Tan sólo le quedaba la esperanza de que el viejo *digger* no le hubiese aconsejado ningún disparate.

—Por allí. —Iván señaló con el brazo en aquella dirección.

Siguieron corriendo. La presión que sentía en el codo se aflojó durante unos segundos, pero volvió al cabo de un instante, más fuerte que antes. Por mil diablos, ¿qué era?

Los talones de sus botas martilleaban el asfalto. Faltaba poco para el alba. Maldición.

—¡Más rápido!

Finalmente, Iván vio la entrada al Bloque 3. Un edificio gigantesco y gris, en cuya fachada saltaba a la vista el símbolo del átomo. A la derecha de la entrada había una piscina de piedra de la que sobresalían bloques de granito cual muelas rotas. No parecía un lugar muy acogedor.

Puertas de metal. Con las cristalerías intactas. Notable. Tan sólo en algunos casos había láminas de madera contrachapada en vez de cristales. Una chimenea alta, pintada con franjas oblicuas de color rojo y gris. Su extremo superior se perdía entre la niebla.

Respirar por la máscara antigás se había transformado en un tormento. Los visores estaban empañados. Iván veía por el cristal turbio el suelo trémulo, la piscina y su pretil de granito. Se habría podido pensar que la maldita piscina era una sonrisa maliciosa a la que le faltaban dientes. Una bruma espesa se cernía sobre los edificios grises.

A lo lejos brillaban las siluetas difuminadas de gigantescas tuberías, como patas cortas de una bestia monstruosa. Por culpa de la niebla se podía llevar uno la impresión de que un elefante gris estaba de pie sobre la central nuclear, y de que su cabeza y tronco quedaban ocultos por las nubes bajas.

—¡Más rápido!

La presión en el codo se volvió insoportable. Como si alguien le hubiera metido allí el dedo para empujar a Iván hacia delante. Iván tenía que escapar del desconocido que le seguía como una sombra por entre el húmedo velo de niebla. ¿O, por el contrario, ir en busca de quien les esperara en el Bloque 3 de la central nuclear?

Iván oyó un pesado caminar a sus espaldas. De pronto, el Canoso empezó a mirar a su alrededor con recelo, como si hubiera notado algo.

No era de extrañar. Iván aceleró todavía más. Quienquiera que los persiguiese se encontraba ya muy cerca. ¿Sería el gigante gris?

Sus botas martillaron sobre los escalones.

Iván tiró de la puerta. ¡Estaba cerrada! «Mierda.» Se arrojó sobre la siguiente. El Überführer le propinó una patada. La puerta de aluminio tembló,

pero no se movió de su sitio. Sí se oyó el crujido de la luna de cristal agrietada.

El Canoso se arrodilló y empuñó la Saiga. Su pretensión de Kalashnikov.

El Überführer golpeó nuevamente con el pie. ¡Pum!

¡Tenía que haber alguna manera de entrar, maldita sea!

Iván rompió la luna de cristal con el arma y metió la mano dentro. Buscó un picaporte, pero no lo encontró. ¿Dónde podía estar el maldito? Sus dedos encontraron un objeto redondo y frío conectado a otro objeto redondo y frío. Iván se dio cuenta de que era una cadena.

De pronto, Kuznetsov se arrojó con todas sus fuerzas contra la puerta.

—Socorro —gritó, pero a través de la máscara de gas se oyó únicamente un sordo «so-orro, so-orro».

¿Qué se proponía?

El Überführer se volvió. Señaló a espaldas de Iván, y luego a sus propios ojos: «Objetivo en la mira.» Iván asintió.

Ya basta. Suficientes carreras para un solo día. Iván empuñó el arma y la puso en disparo único. Observó con gran tensión todo cuanto le rodeaba. Una sombra pasó por la lejanía y desapareció.

«¡Dónde estás, hijo de puta, deja que te veamos!»

De pronto se oyó el roce de una cadena y la puerta se abrió. Iván se dio la vuelta por puro reflejo. Una emboscada, maldición...

—¡Entrad! —gritó alguien desde dentro—. ¡Venga! ¡Entrad de una vez!

18-Laes

SOMOS de Kronstadt —dijo el Überführer.

Iván negó con la cabeza. Una vez más, un chiste incomprensible.

—Bienvenidos —respondió el viejo. No llevaba ninguna máscara antigás especial, tan sólo una máscara de respiración sencilla, de color blanco, abierta por un lado, sujeta únicamente con una correa—. Hace mucho que os esperaba.

Iván enarcó las cejas.

—¿A nosotros? —Miró a su alrededor. Mandela, el Überführer, Kuznetsov, el Canoso, el propio Iván. ¿Y bien? ¿A quién había podido esperar?—. Bueno, pues, si así es, ya estamos aquí.

El viejo asintió. Los hizo entrar en el edificio y los guió hasta una sala con un revestimiento metálico brillante. Antes de abrir la siguiente puerta, Iván presintió lo que se ocultaría al otro lado. Y no se engañaba. Una gigantesca sala de duchas. Más grande que cualquier otra que Iván hubiera visto en su vida. Las voces de los *diggers* resonaban en los azulejos de color amarillo pálido con revoque gris. Un eco húmedo y sonoro.

El viejo les enseñó a abrir el agua. Salía caliente de los herrumbrosos brazos de ducha. Casi quemaba. Iván se puso bajo la ducha con la máscara antigás. El repiqueteo del agua sobre la cabeza, los hombros y la espalda era ensordecedor. El líquido caía en cascada sobre los visores.

Los *diggers* se limpiaron el polvo radiactivo que les había quedado adherido a la ropa, un proceso llamado «descontaminación». Iván se acordaba de la última vez que le había llevado sus cosas a Katya en el centro de salud de la Vassileostrovskaya. Había sucedido mil años antes. Como mínimo.

Pasaron al vestuario por una sala que hacía las veces de esclusa. Los trajes de goma empapados crujieron mientras se los quitaban. En el vestuario había taquillas de hojalata barnizadas en color verde y gris. Una de ellas estaba abierta. En su interior había una toalla vieja.

—Podéis quitaros las máscaras antigás —dijo el viejo—. Esto está esterilizado.

En cuanto se hubieron cambiado, Iván se volvió hacia el viejo.

—Me llamo Fyodor Bakhmetyev y soy, si les parece bien decirlo así, el encargado de este reactor. —En el rostro del viejo apareció una sonrisa que parecía totalmente franca, pero que, sin embargo, resultaba algo forzada, como si los músculos de su cara se hubiesen olvidado de cómo hacerla.

Antes de la Catástrofe, Fyodor Bakhmetyev trabajaba de ingeniero jefe en la central nuclear y había sido responsable del abastecimiento y funcionamiento del reactor principal. En el día de la Catástrofe, había querido regresar al vestíbulo por el reactor principal, porque se había olvidado la llave. («Ironías del destino», decía el viejo.) Mientras estaba allí, se activaron los sistemas de cierre automático de puertas y se quedó atrapado.

—Habría podido sucederle lo mismo a cualquiera —contaba el viejo—. Simplemente tuve suerte. Bueno...

En el momento en que las puertas se cerraron automáticamente, había pensado que iba a morir. Luego resultó que aquello había sido su salvación.

—Preferiría no contar en detalle cómo me han ido las cosas —dijo Fyodor—. Es una historia larga y no muy entretenida. Lo importante es que sobreviví. Y que regresé al trabajo. A mi trabajo, je, je. Todavía trabajo. Un reactor como éste es una máquina bastante sensible. Pero si se le cuida como es debido, funciona como si estuviera nuevo. Gracias al reactor tengo electricidad, agua caliente, calefacción, luz, música, cine...

—Se ha montado usted una buena estufa —comentó, impresionado, el Überführer.

—Antes aún llegaban personas a la central nuclear —explicó Fyodor—. Pero no vivían durante mucho tiempo. Ya se lo pueden imaginar. Se habían irradiado hasta tal punto que era mejor no acercarse a ellos. Una vez vino una mujer embarazada... —El viejo se secó la frente. El recuerdo le afectaba físicamente—. Se llamaba Marina. La enterré detrás de la central nuclear. A ella y a su niño. —Enmudeció durante unos instantes—. Disculpen.

Silencio. ¿Qué se podía decir? Todas las historias son distintas y, al mismo tiempo, todas, en cierto modo, se parecen. La Catástrofe no había perdonado a nadie.

—Lo más asombroso, por supuesto, es que la central nuclear no quedara destruida —siguió diciendo Fyodor—. A veces ni yo mismo me lo creo.

Iván asintió. Vodyanik había dicho algo semejante.

—He oído que Sosnovy Bor era uno de los objetivos prioritarios en caso de guerra nuclear.

El viejo suspiró.

—A veces pienso que no hubo ninguna guerra atómica. Y si la hubo, entonces los científicos se equivocaron terriblemente acerca de sus consecuencias. ¿O piensa usted que habrían contado con consecuencias como éstas? —Recorrió con el brazo el paisaje muerto que se divisaba desde la ventana, en el que tan sólo se erguían unos pocos árboles muertos.

—Hemos oído rumor de agua —dijo Iván—. ¿Ese sonido provenía de la central nuclear? ¿La canalización sigue intacta?

—No. —Fyodor negó con la cabeza—. Son las bombas de agua del reactor. La central nuclear se enfría con agua y después de emplearla la devuelve al golfo de Finlandia. Así contribuimos a la contaminación radiactiva. De todos modos, es muy poca cosa en comparación con la radiactividad ya presente.

—Dicho con otras palabras... —Iván vaciló—. ¿Quiere decirnos usted que el reactor aún funciona?

Fyodor miró a Iván y a su cuadrilla de *diggers* con cara de no haberlo entendido.

—Pues claro que funciona. Por eso han venido ustedes, ¿no?

—¿Sabe usted?, una central nuclear es un sistema cerrado que se autorregula. Si todo el personal abandona de pronto la central nuclear, no ocurre nada. Todos los sistemas siguen funcionando de manera automática, por lo menos en teoría. Una única carga de combustible sirve para varios años de funcionamiento. Se dio el caso de que el Bloque 3, mi bloque, llevaba un largo tiempo desactivado con objeto de repararlo y modernizarlo, y tan sólo inmediatamente antes de la Catástrofe lo proveyeron con material para el núcleo. Si su funcionamiento fuera normal, esto es, si funcionara al ciento por ciento de su rendimiento, habría durado cinco años. Si se reduce, como he hecho yo, el período de actividad se alarga en consonancia.

—¿Y por qué no activa usted los reactores de los demás bloques? —preguntó Iván—. ¿O es que también están activados?

Fyodor sonrió.

—No. Ya no funcionan.

—¿Por qué?

—Los he desconectado. Si no, quizá se les habría fundido el núcleo. Ése es

el problema del funcionamiento automático. El reactor consume el agua de la refrigeración y el núcleo empieza a fundirse. El accidente base de diseño. Por eso los paré. No me fue nada fácil. Tengo buena intuición con los reactores, igual que un conductor puede tenerla con su coche, pero, al fin y al cabo, se trataba de reactores con los que no estaba familiarizado. Digamos que es como si se cambia de marca de coche. El cuarto bloque estaba desactivado porque habían de repararlo, así que tan sólo tuve que parar dos. El Bloque 1 y el Bloque 2. En el Bloque 2, la cosa fue relativamente rápida y no tuve problemas. Con el Bloque 1 tuve dificultades. Como un coche que circula sobre hielo. Pero ese ejemplo no les debe de decir nada.

—A mí sí —respondió el Überführer.

Parecía, literalmente, que el *skinhead* hubiera despertado. Iván casi se había olvidado de su presencia, porque en aquel día había estado muy silencioso.

—Ya entiende usted a qué me refiero. Hubo momentos en los que estuve a punto de provocar un desastre. Faltó poco para que esto fuera un segundo Chernóbil.

—Pero si el mundo entero ya... —El Überführer se calló a media frase y se rascó el cogote.

—En efecto.

—¿Puedo contar un chiste? —preguntó el Überführer con una sonrisa malévola, y empezó a contarlo sin esperar a que le dieran permiso, haciendo dos voces distintas para los dos personajes—: Oye, tú, el *chukcha*, ¿adónde vas? A Chernóbil. Tú te has vuelto loco, ¿no? Allí está todo radiactivo. Y dice el *chukcha*: en Moscú tenemos veinte roentgen por hora, en San Petersburgo diez roentgen por hora y en Chernóbil cinco roentgen por hora. ¡Voy a ir con toda mi familia a tomar el sol!

El *skinhead* les fue mirando de uno en uno y aguardó a que reaccionaran. Todo el mundo se quedó callado.

—No tiene mucha gracia —dijo por fin Kuznetsov.

Iván asintió. Aunque puede suceder que los buenos contadores de chistes hagan reír con un chiste malo.

De pronto, Mandela se puso a reír a carcajadas.

—¡Ja, ja! ¡Es que me parto! Van allí para ponerse morenos... ¡Ja, ja, ja! —Se golpeó los muslos con las manos y se retorció de risa—. No puedo resistirlo. ¡Ja, ja, ja!

El Überführer observaba en silencio la extraña reacción del negro. El rostro

del *skinhead* parecía cincelado en piedra, las aletas de la nariz tenían el color del bronce, como el del caballo del Caballero de Bronce.

—Escucha, Mandela —le dijo por fin el *Überführer*—. ¿Podría ser que fueras racista?

—¿Yo? —La risa se le cortó de pronto al negro.

—Parece que este tío tenga algo contra los *chukchi*. —Los ojos del *Überführer* se entrecerraron hasta convertirse en estrechas hendeduras—. Que no se te ocurra decir nada contra los *chukchi* si no quieres que te parta la cara, ¿lo has entendido?

—¿Y en qué son mejores que los negros? —preguntó Mandela, enfadado.

—En que aquí no hay.

—Así, ¿pensabais en el sistema central de alumbrado? —preguntó el viejo.

—Sí, pensamos que es la central nuclear de Leningrado la que abastece al metro —respondió Mandela.

—Puede ser —corroboró Fyodor—. Tal vez la abastezca mediante cables eléctricos subterráneos. Antes de la Catástrofe se hicieron instalaciones de ese tipo para un caso de emergencia. Es posible que no seamos los únicos que estamos conectados a esos cables de reserva. En jerga técnica eso se llama «redundancia múltiple». No me sorprendería que el metro siguiera teniendo electricidad cuando se agoten las reservas de la central nuclear. En todo caso, yo no lo voy a saber. La central nuclear aún estará en activo cuando me muera. —El viejo calló por unos instantes y contempló a los *diggers*—. Venid, os enseñaré el sitio donde vais a dormir.

Iván asintió con gratitud. Los acontecimientos del día se les habían venido encima como el derrumbe de un túnel. Además, después de pasar la mitad de una noche con máscara antigás, el cuerpo queda fatal. Los *diggers* a duras penas se sostenían sobre las piernas.

Iván siguió al viejo por un corredor y, durante el camino, le pasaron por la cabeza todas las imágenes imaginables.

La central nuclear.

Es increíble.

Es verdad que todavía existe. Y que funciona.

El viejo los llevó por un laberinto de corredores. Iván no salía de su estupefacción. Las lámparas del techo daban luz diurna. Las paredes conservaban el revestimiento (¿eran placas de madera?) y estaban cubiertas de

carteles en los que se leían cosas tan extrañas como: «Queridos trabajadores: ¡Acordaos siempre de los peligros de la radiactividad! El destino de la generación venidera se encuentra en vuestras manos.» Fyodor le explicó que los textos eran irónicos. Los trabajadores de la central nuclear de Leningrado los habían colgado para una fiesta que pensaban celebrar.

En los pasillos había incluso sofás y plantas muertas en enormes macetas. La penumbra ocultaba la huella de los años pasados.

«Qué lástima que Astrólogo no haya podido verlo —pensó Iván—. Y también el profesor Vodyanik.

»¿Voy a lograr dormirme sin contar con que una capa de tierra de varios metros me protege de las bestias y de la radiactividad? Tendré que acostumbrarme.

»Sin embargo... lo más probable es que me quede dormido nada más sentir una almohada bajo la cabeza. Porque estoy rendido.»

—¿Y qué es esto?

Iván miró a su alrededor. Un vestíbulo muy grande, iluminado con luces muy fuertes. Paredes blancas, desnudas, que reflejaban el brillo cegador de una docena de lámparas de luz diurna. Un suelo liso. En medio del vestíbulo había una superficie circular que constaba de centenares de recuadros de colores. Faltaban unos pocos recuadros. En su lugar había agujeros.

Bajo el techo había escalerillas de hierro y sólidos raíles. En un rincón se encontraba el alargado cilindro de una potente grúa, cuyo armazón gris llegaba hasta el techo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Iván.

—En el vestíbulo del reactor —contestó Fyodor—. El reactor se encuentra prácticamente debajo de nuestros pies. Esa superficie circular con los cuadrados de colores es el lugar desde el que se introduce el combustible nuclear en el reactor.

—Ya... ¿y por qué hemos venido hasta aquí?

—Porque éste es el lugar más seguro. Yo duermo aquí.

—¿Qué? ¿Justo encima del reactor? —preguntó el Überführer, desconcertado.

El viejo sonrió con satisfacción.

—¿Cómo que «justo encima»? Allí, en el rincón.

Iván se volvió. Efectivamente. Detrás de un anaquel de hierro en el que había todo tipo de aparatos y piezas se asomaba una frazada a rayas. El viejo era muy

duro, de eso no cabía ninguna duda.

—Parece un disparate —explicó Fyodor. Yo jamás habría soñado en dormir en el vestíbulo de un reactor nuclear para protegerme de la radiactividad que proviene de fuera. Pero, de verdad, esto es lo más seguro. Bajo nosotros se encuentra un blindaje de varios metros de grosor. Lo llamamos Yelena. Y encima de la cabeza tenemos un techo de hormigón que, por lo menos en teoría, tendría que aguantar el impacto de un avión a reacción.

—Es fabuloso —dijo el Überführer, contemplando el techo del vestíbulo, admirado.

—Es el lugar más seguro en toda la central nuclear. Háganme el favor de creer en la palabra de un viejo.

—No tienes ni idea sobre blues —criticaba el Überführer—. Dime la verdad: ¿Sabrías distinguir entre el blues de Chicago y el de Texas?

—Ah, déjame en paz —respondió Mandela. Ofendido, recogió su colchoneta y se marchó a dormir en el rincón opuesto.

Ostensiblemente.

Si hubiera habido una puerta, la habría cerrado de golpe.

—¿Tienes que meterte continuamente con él, Über? —preguntó Iván—. Es un tío legal.

—Desde luego —reconoció el *skinhead*. Dejó caer la cabeza sobre la almohada y juntó ambas manos bajo la nuca—. ¿Crees que no me he dado cuenta? Es que me divierto puteándole, ¿no lo entiendes? Y además, piensa una cosa: soy *skinhead*, ¿verdad que sí?

Iván contempló el cráneo recién rapado del Überführer y se sonrió.

—Oye, a decir verdad...

—No me vengas con gilipolleces —respondió el Überführer en tono amable—. Yo soy *skin* y él es negro. Es un clásico ejemplo de conflicto de imagen.

—¿Eh? Pues no lo entiendo. —Iván arrugó la frente—. ¿De qué me hablas?

—Es muy sencillo. Yo soy cabeza rapada. ¿Qué hace un cabeza rapada cuando ve a un negro? Pues eso mismo. Le parte la cara. Es lógico, ¿verdad que sí? Lógico. Y si un *skinhead* con cabeza rapada está al lado del negro y no le parte la cara, ¿qué significa eso? Pues que está cagado. Que no tiene huevos. Así funciona la cosa, *you understand*? Y si un negro como él no se da cuenta de que trata con un racista en potencia y tampoco trata de partirle su cara de ario, ¿en qué situación se pone entonces? En esa misma. Así que no te metas en nuestros

problemas, Iván. Mandela y yo ya nos las apañamos solos. Es una cuestión de dominancia.

—¿No habías hablado de imagen? —preguntó Iván.

—Ah, cállate —el Überführer le ordenó silencio con un gesto—. ¿Ahora voy a tener que explicarte por qué le provoqué sin cesar?

—Soy todo oídos.

—No porque sea negro, sino porque es débil, ¿lo entiendes? Porque es débil. No se defiende. El día que me pegue un puñetazo lo voy a dejar en paz. Pero entretanto, lo siento, pero no se lo ha ganado. Así es la cosa, tío.

—Ajá —dijo Iván.

Era evidente que con el Überführer se había perdido un gran pedagogo. ¿Quién habría pensado que pudiera tener una vena didáctica?

El *skinhead* se desperezó y abrió de tal manera la boca al bostezar que se habría podido temer por el anclaje de su mandíbula inferior.

—Vamos a dormir, ¿vale? —murmuró.

Iván asintió, se echó y se cubrió con la frazada hasta la cabeza. ¿Cómo iba a poder dormir en aquella sala gigantesca? Todo se salía de lo ordinario. El espacio abierto, el techo alto. Y un suelo de plomo, o de lo que fuera.

Pero, con todo, habían alcanzado su objetivo.

Iván se encontraba mal y no conseguía dormir. Se acordó de algo que Vodyanik le había contado acerca de Pedro el Grande, el fundador de San Petersburgo. No podía dormir en salas de techo alto, por lo que siempre tenía que tender un paño sobre su cama para que le sirviera de segundo techo. Si no lo hacía así, tenía miedo de las cucarachas.

Iván bostezó. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que vio una cucaracha? No recordaba qué aspecto tenían.

Cerró los ojos. Pasó un buen rato así. Y luego otro.

«¡Maldita sea, esto no puede ser! Estás muerto de cansancio y no consigues dormirte.»

Se puso en pie. Todos los demás dormían. Kuznetsov respiraba de manera desacompasada, a golpes. Probablemente tenía pesadillas.

Iván encontró una lona enrollada en el suelo. Habría sido un buen techo intermedio. Tan sigilosamente como pudo para no despertar a los demás, desenrolló la lona, colocó uno de sus extremos sobre el anaquel y lo sujetó con una pesada pieza, que le recordaba el volante de inercia de un motor diésel, pero con agujeros por fuera. Luego tendió la lona sobre los durmientes y colocó el

otro extremo sobre un armazón. Listo. Iván dio varios pasos hacia atrás y contempló su obra. No estaba mal.

En silencio, cual *digger* que anduviera por las calles de San Petersburgo, regresó a su cama plegable y se echó. La frazada aún estaba caliente. A dormir. Nada más que dormir.

—¿Jefe? —gritó alguien.

—¿Misha? —Iván abrió los ojos—. ¿Qué sucede?

Los ojos de Kuznetsov brillaron en la oscuridad. Estaba apoyado sobre el codo y miraba a Iván.

—He estado pensando... es estupendo que hayamos logrado llegar a la central nuclear, ¿verdad que sí, jefe?

En ese instante, el dicho de Enigma se le pasó por la cabeza a Iván. El camino más directo no es siempre el más corto.

—Pues claro que sí, Misha. Buenas noches y dulces sueños.

—Qué agradable volver a ver rostros humanos. —Fyodor carraspeó—. Perdón. Vivo aquí como un ermitaño. Sabe usted, en los tiempos anteriores a la Catástrofe hubo un oficio que siempre me había fascinado: el de guardafaro. El guardafaro se pasaba el año entero en lo alto de una torre, en una isla pequeña, escuchando el rumor de las olas, y les indicaba el camino a los barcos. Un oficio genial. Bueno, yo no he pasado de guardarreactornuclear. Eso no es tan romántico, pero no me quejo. Sólo que de vez en cuando siento la necesidad de intercambiar unas palabras con alguien. Además, tengo que preguntarle algo... —vaciló y se manoseó los labios, como si dudara en plantear la pregunta—. ¿Le dice a usted algo el nombre de Enigma?

Iván estuvo a punto de atragantarse con su té.

—¿De qué le conoce usted?

—Ajá. —El rostro del viejo se iluminó—. Entonces es que no me he vuelto loco. ¿Cómo le va?

—Bien. Aparte de que esté ciego.

—Eso ya lo sabía —respondió Fyodor.

—¿Sabe usted quién es?

—Por supuesto. Hemos tenido largas conversaciones por teléfono. Conversaciones casuales, por así decirlo. Me habló de su lesión. La culpa la tuvo un cañón de microondas.

Iván dejó la taza sobre la mesa. Entonces, ¿Enigma no se había inventado la

conversación? Qué grata novedad.

—Entonces, ¿no es ciego de nacimiento?

—No. Pero eso ya lo sabe usted, ¿verdad que sí?

Iván asintió.

—Sí. En otro tiempo había sido *digger*.

—¿Qué dice que había sido?

—Bueno, sí, un hombre como nosotros. —Iván señaló a sus compañeros, que estaban sentados frente al televisor. La luz azulada de la pantalla recortaba sus siluetas en la oscuridad: Kuznetsov, el Canoso, Mandela, el Überführer—. Una especie de explorador. Sólo que mayor y más curtido que nosotros.

Fyodor asintió. Las arrugas de su frente se alisaron.

—Ajá. Ya entiendo. Según parece, un explorador curtido también puede sufrir una desgracia. Me ha contado que le ocurrió cuando quería investigar unas instalaciones secretas. ¿O un laboratorio? Ya no lo sé. En cualquier caso, le ocurrió esa... eh... esa desgracia.

Iván hizo una mueca.

—Desgracia es una palabra demasiado suave.

Una de las siluetas recortadas en azul se puso en pie y se acercó a la mesa donde estaban Iván y el viejo.

Cuando estuvo cerca, se vio que la silueta era de Mandela. Llevaba una taza con platillo en la mano.

—¿Podría tomarme un poquito de té? —preguntó educadamente—. Si es que no les causo ningún problema.

—Por supuesto, cómo no.

El viejo sonrió y le sirvió té de la tetera al negro. Se elevó un vaho oloroso. Iván contuvo el aliento por un instante. Era el aroma del té de verdad. No se podía comparar con el brebaje que se tomaba en el metro.

—Muchísimas gracias, señor —dijo Mandela.

El negro apuntó una reverencia y luego volvió al televisor.

—¿Qué es un cañón de microondas? —preguntó Iván.

De pronto, Mandela se puso con la espalda tiesa. Iván lo vio por el rabillo del ojo.

—¿Sabe usted lo que es un horno microondas? —preguntó el viejo—. ¿Como un horno pequeño para calentar la comida?

—Esto... no.

—Normalmente tienen este tamaño. —Fyodor le indicó con las manos el

tamaño de un microondas—. Se emplean para calentar la comida... Digámoslo así: proyecta ondas que hacen vibrar las moléculas de agua y ésta se pone a hervir.

Iván trató de imaginarse cómo podía funcionar aquello y negó con la cabeza.

—¿Y qué problema tuvo Enigma con eso?

—Trató de abrir una puerta que tenía un seguro automático. Por suerte, se dio cuenta a tiempo de que el mecanismo se había activado y logró salvarse. Pero, de todos modos, un pequeño chorro de microondas lo alcanzó, y con eso fue suficiente.

—¿Cómo que fue suficiente?

—Bueno, digámoslo de manera simple: le hirvió los ojos.

«Ah ya —pensó Iván—. ¿No le habría afectado también el cerebro? Eso habría explicado su extraño comportamiento.»

—¿Y dónde estaba ese... esto... el cañón?

Fyodor se encogió de hombros.

—En algún lugar cercano a la estación Nevski prospekt. ¿O sería la Gostiny dvor? En cualquier caso, se encontraba por allí. Unas instalaciones secretas. Yo ya no sé más.

Iván se acordaba de su última salida con Shakilov. Había sido en la cercanía de aquella estación. El cañón en el techo que apuntaba a las piedras... y que no hizo nada. ¿Un arma automática?

También podía ser que no.

¿Podía ser que Iván se hubiera encontrado a un paso de arder en vida?

Mandela seguía allí, como si hubiera echado raíces, como si hubiese olvidado a qué había venido.

—¿Qué estáis viendo? —preguntó Iván.

En ese momento se oían en el televisor retazos de canciones y gritos teatrales:

—No os preocupéis, yo les contengo.

—Defiéndanse ustedes, señores míos.

—¡Canallas!

Y otros semejantes.

Mandela se encogió de hombros.

—La película se titula *Los tres mosqueteros*. Son unas aventuras muy entretenidas, aunque a veces sea difícil entenderlas.

El viejo sonrió con satisfacción.

—A mí me gusta la película *Dos soldados* —dijo Iván, y se volvió hacia Fyodor—. ¿No la tendrá usted por casualidad?

—Aquí hay alguien más —dijo el Canoso.

Iván se pasó la lengua por los labios secos y agrietados. Se creyó al instante lo que le decía el viejo *skinhead*.

—¿Qué quieres decir?

—El viejo no vive solo. Me apostaría la cabeza.

—¿Puede ser que tenga una mujer y nos la haya escondido? —aventuró Iván—. Yo, en su lugar, también lo haría. Con la pinta de cutres que tenemos...

El escéptico Canoso negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. Tal vez se trate de una mujer, quizá no. Pero nos oculta a alguien.

—¿De verdad que vive usted solo? —Iván perforó los ojos del viejo con la mirada—. Pensamos que aquí hay alguien más. ¿Cómo es que no podemos verlo? ¿O verla?

Fyodor no respondió en seguida. Iván le vio jugar con sus dedos enflaquecidos. La piel de sus manos estaba arrugada y cubierta de venas nudosas. En la parte de dentro tenía unos callos extraños.

—Aquí no hay nadie más —dijo Fyodor por fin—. Disculpenme, querría estar solo.

Después de decir estas palabras, se marchó. Iván lo siguió con la mirada. ¿Qué podía haberle provocado esos callos? El *digger* se miró las manos. Estaba claro.

El mango de una pala.

A la siguiente oportunidad, Iván le habló al viejo sobre sus manos callosas. Éste, en un primer momento, no le respondió, pero al cabo de un rato exhortó al *digger* a prepararse para una excursión al aire libre.

«Esto se pone interesante», pensó Iván.

Frente al edificio de la central nuclear había un campo llano.

—En otro tiempo, esto había sido un césped —explicó Fyodor con la voz sorda que salía de la máscara antigás.

—¿Y ahora? —preguntó Iván, aunque ya se imaginara la respuesta.

Cruces a medio enterrar, hechas con tubos, se asomaban desde dentro de la tierra. Varias docenas. Las había con nombres. Las había, incluso, con epitafios.

—Ahora es un cementerio —respondió Fyodor.

Una bruma densa se había posado sobre la central nuclear. Las gigantescas

chimeneas parecían las piernas de un monstruo que hubiera quedado oculto por el tupido velo.

Iván se acercó a uno de los sepulcros, se agachó y leyó:

—Marina K., nacida en 1993.

Sobre el pequeño túmulo había ramas de una planta de color marrón, con hojas en forma de bisturí y flores pequeñas y blancas. Iván había oído hablar de la tradición de adornar las tumbas con flores, pero era la primera vez que veía algo semejante.

«¿Quién sería esa mujer? —se preguntaba—. ¿Quizá la mujer del anciano? Quienquiera que haya sido, ahora ya me da igual.»

—Regresemos —dijo el viejo.

Iván asintió. Antes de que regresaran, se detuvieron brevemente para despedirse de los muertos.

«Un minuto de silencio por la memoria de los caídos. Ahora.» Iván bajó la cabeza.

—Los encuentro por todas partes y los entierro aquí —dijo Fyodor—. Para que tengan una sepultura digna. ¿Lo entiende usted, Iván?

—Sí. Le entiendo.

—Petersburgo es una ciudad angélica —dijo Fyodor.

—¿Una ciudad de ángeles?

El viejo sonrió con satisfacción.

—Más bien una ciudad inglesa.^[31]

Se echó para atrás y se puso a leer. En voz baja, como ensimismado, y con pausas donde correspondía.

*Bella y sombría como un babuino que se pasea con pipa inglesa y
paraguas inglés,*

con manta escocesa y bufanda gruesa al cuello.

*Habla en ruso con todo el mundo: preciso, pulcro, meditado,
de vieja estirpe leningradense. Y también sabe otras lenguas.*

*Extraña, entre todos, indiferente, abre luego los amplios puentes,
se adorna con obenques y chanclos, panecillos y sumideros.*

Hoy no ha traído la trompeta y se ha olvidado el saxofón en casa.

Orgullosa. Orgullosa. Toca el saxofón.

—Unas patillas al estilo de Pushkin le habrían sentado bien a ese babuino —dijo la voz del Überführer.

Iván no se había enterado de que acababa de entrar en la biblioteca y se volvió hacia él. El *skinhead* recién rapado se apoyaba en el respaldo de una silla con sus manos nervudas. El tatuaje de la hoz y el martillo se asomaba por la manga de su camiseta. El fulgor de la llama danzarina jugaba con los rasgos angulosos de su rostro de mejillas chupadas. El rostro del *Überführer* era hermoso y fantasmagórico como una puesta de sol en el mundo posnuclear.

Fyodor miró con sorpresa al *skinhead*.

—Cierto —corroboró—. Tiene usted buen olfato para la poesía, comandante...

—Andrey —dijo el *Überführer*.

Había llegado el momento de ir al grano. Al fin y al cabo, no era por gusto por lo que habían emprendido aquella misión suicida en dirección a la central nuclear de Leningrado.

—Mi estación patria se enfrenta a una catástrofe —explicó Iván—. La han sellado desde fuera y la han privado de suministro eléctrico. Hemos venido aquí para que las luces de la Vassileostrovskaya vuelvan a encenderse. ¿Puede usted ayudarnos?

Fyodor enarcó sus pobladas cejas y miró a Iván con rostro pensativo.

—¿Cree usted en serio que yo podría suministrarle energía eléctrica a su estación? —preguntó—. ¿Desde aquí?

Pues sí. Eso era lo que había esperado el *digger*.

—¿No es posible?

—No, por desgracia, no. Enigma no debió de contárselo todo. —Fyodor parecía asombrado—. Es imposible conectar el suministro eléctrico desde aquí, Iván. La central nuclear de Leningrado es tan sólo una fuente de energía, no un interruptor. Como la pila de una linterna de bolsillo. Se lo diré con mayor exactitud: yo podría desconectar la electricidad, pero no conectarla.

Esas frases fueron como un puñetazo en la mandíbula.

Aún peor. Un absoluto desastre.

—El distribuidor de corriente... el interruptor, si podemos decirlo así... se encuentra en... bueno, ¿dónde le parece a usted que puede encontrarse?

Iván le daba vueltas al asunto. ¿Podía ser que les quedara alguna esperanza?

—¿En el metro? —aventuró con voz apagada.

—Exacto.

—Pues entonces ya podemos recoger las cosas —concluyó el *digger*—. Tenemos que volver a casa. Aquí no se nos ha perdido nada.

—¿Por qué se rinden ahora? —Fyodor negaba con la cabeza—. Ya entonces, cuando hablé por teléfono con Enigma, pensé en ello. Y estudié los documentos. Sí existe una posibilidad.

—¿Y de qué se trata? —preguntó Iván sin grandes esperanzas.

Habían perdido ya mucho tiempo sin lograr nada. ¡Tenían que regresar a la Vassileostrovskaya! Memov había tenido razón. Iván sonrió con amargura. La historia no se escribía en las centrales nucleares. Y tampoco se escribe con absurdas misiones suicidas. Sino en los túneles del metro.

—¿Me escucha usted?

—Sí, por supuesto.

—En principio, bastaría con que conmutara usted el interruptor, Iván.

Durante unos segundos, Iván miró fijamente a los ojos de Fyodor. ¿Aquello era un chiste?

—¿Cómo tengo que entender lo que acaba de decirme?

—El suministro de emergencia del metro no se instaló de un día para otro. En el subsuelo de San Petersburgo había cierto número de instalaciones secretas desde mucho antes de la Catástrofe. Por ejemplo, instalaciones militares y búnkeres del Gobierno. Por supuesto que todo ese sistema se instaló en previsión de un posible desastre.

—¿Y adónde quiere ir a parar con todo eso?

—A que la corriente se tiene que poder activar desde el mismo sitio desde donde se consume.

—¿Cómo dice?

—Desde el propio metro. Mire. Le he hablado a usted de mi... eh... de mi hobby.

—¿Se refiere usted a sus actividades como sepulturero?

—Exacto. En primer lugar, enterré a los que habían muerto en la propia central nuclear. Y ahora escúcheme bien, Iván: pocos días antes de la Catástrofe, una comisión se presentó en la central. Eran funcionarios de alto rango: miembros de los servicios secretos, militares, gentes del Ministerio de Protección Civil. Estoy seguro de que lo que les interesaba era el suministro de corriente eléctrica a las instalaciones subterráneas. Querían hacer un control. Vino con ellos un tío interesante, que no tenía ningún título en concreto. Le llamaban simplemente «inspector». Al enterrarlo, me di cuenta de que llevaba esto encima.

Fyodor le puso un librito rojo en la mano al *digger*. Se trataba de una

credencial militar. Iván vio un rostro severo en la foto. Uniforme del Ejército. Gorra con visera.

—Makarov, Vyacheslav Igorevich, GUSP —leyó Iván, y levantó la mirada —.¿Unidad subterránea?

—Sí. Si lo he entendido bien, se encargaban de la vigilancia de instalaciones secretas en el subsuelo. Y el hombre llevaba esto encima.

Fyodor le entregó una tarjetita de plástico a Iván. Era sencilla, de color gris oscuro, sin inscripciones. En su esquina brillaba un chip de plata, y al lado de éste había una hilera de cifras negras. ¿Para qué lo quería?

—¿Qué es esto?

Fyodor puso cara de estar a punto de decirle algo importante.

—Seguramente se trataba de su tarjeta de entrada en una instalación secreta —dijo—. Y debía de ser la misma donde Enigma se esforzó en vano por entrar.

—¿Un puesto de mando en el metro?

—Eso creo, sí.

Iván le dio vueltas a la tarjeta en uno y otro sentido. Era ligera. Muy ligera. ¿La supervivencia de una estación entera podía pesar tan poco?

Iván abrió la puerta y salió al pasillo.

«¿Esto era el alba? —pensó el *digger*—. Joder.»

Fyodor había dicho que haría mal tiempo, y era por eso por lo que Iván se había animado a salir. Pero la luz que entraba por la ventana era insoportable a pesar de las gafas de sol y se clavaba como un cuchillo en los ojos de Iván. Éste parpadeó. Sentía un ardor bajo los párpados. Casi ciego, anduvo a tientas hasta la ventana e inclinó el rostro contra la pared oscura. Las gafas de plástico crujieron. El *digger* se quedó inmóvil durante un rato. Las lágrimas le bajaron por las mejillas.

Iván se metió los dedos bajo las gafas y presionó contra los globos oculares, como si hubiera querido asegurarse de que todavía estuvieran allí. Abrió los párpados con precaución.

Luz.

Parpadeó. Las pestañas se le habían quedado pegadas.

Finalmente, Iván logró volver a ver algo. Un pasillo que seguía la pared exterior del edificio del reactor. Cada tantos metros, una ventana. A la derecha, un sofá cubierto de polvo, y un cuadro en la pared... algo de color verde. Al lado del sofá, un arbusto muerto dentro de una gran maceta de plástico. La deslumbrante luz del sol producía un extraño efecto de blanco y negro. En el aire

flotaban relucientes motas de polvo. La luz inundaba la sala hasta el techo. Transmitía una sensación de densidad, como si fuera posible tocarla, y tragársela como si hubiera sido agua. Una fantástica sensación.

Pero no podía quedarse allí durante mucho tiempo. Iván corrió hacia la puerta, la abrió violentamente y la cerró a sus espaldas. La penumbra era una bendición.

«Viene a serlo», pensó Iván.

Poco a poco, la deslumbrante silueta de la ventana se borraba tras sus párpados.

De repente, el *digger* oyó pasos. Se acercaban. Iván se escondió detrás de la puerta y espió desde allí. Una sombra pasó sigilosamente, a gran velocidad, por un pasillo lateral. ¿Fyodor? ¿Por qué se andaba con tantas prisas?

Iván lo siguió. El pasillo lateral se encontraba en el interior del edificio. Ya no tenía que temer la deslumbrante luz del sol. Al doblar la esquina, lo vio. Una espalda oscura, encorvada. Fyodor iba a toda prisa y parecía que llevara algo.

Pero ¿qué?

Iván miró a su alrededor. Luego dio un paso hacia adelante y se agachó.

Un paquetito de vendas había quedado en el suelo. Todavía sin abrir. Iván lo recogió, lo miró y sonrió.

Vaya, vaya. El Canoso tenía razón. El viejo escondía a alguien. Y era evidente que ese alguien estaba herido.

Iván estaba frente a la puerta de madera contrachapada de color amarillo. Al otro lado se oían dos voces.

El viejo no estaba solo. Y era obvio que la otra persona no se encontraba especialmente bien. Estaba claro que Fyodor no le había llevado las vendas para jugar.

Iván se acercó y arrimó el oído a la puerta. La segunda voz era más profunda y más débil. Y sonaba muy rara. El propio Iván no habría sabido decir en qué. En cualquier caso, la segunda persona hablaba con voz tan rápida e indistinta que Iván no comprendía ni una palabra. El tono era más bien quejumbroso, a veces lloroso, como si la persona sufriera.

Iván llegó a la conclusión de que el desconocido también había salido fuera y había tropezado con una bestia. Pero ¿qué motivo podía tener el viejo para esconderlo de los *diggers*?

No tardaría en saberse.

Iván abrió la puerta, entró y... se quedó como helado.

La visión dejó estupefacto al *digger*.

«¡Por fin nos encontramos, maldita sea!»

Iván empuñó el fusil en el mismo instante. El corazón le martilleaba. Frente a él se encontraba una criatura espantosa de casi tres metros de altura. Tenía un rostro humano envuelto en ramas enmarañadas, piernas largas que parecían raíces y unos brazos largos e igualmente enramados. Una mezcla de humano y planta. La criatura se tambaleaba y se apoyaba primero en una pierna y después en la otra como si llevara zancos. Un brazo —el más largo— y la cadera estaban vendados. El grueso vendaje rezumaba sangre. Sangre rojiverde.

El monstruo abrió los ojos. Miraron a Iván. Gris y sin expresión.

—Yo... yo ah... —Sus labios se movieron. La voz de la criatura era profunda y no sonaba humana en absoluto.

Iván respiró hondo y apoyó el dedo en el gatillo.

Fyodor, veloz como el rayo, se interpuso en la línea de tiro y abrió ambos brazos. La gigantesca y torpe criatura, mitad humana y mitad planta, se quedó tras sus espaldas.

—¡Viejo, apártate, joder! —gritó Iván.

—No —respondió Fyodor.

—Sal de ahí, idiota. ¡Si no, te va a devorar!

—Se llama Laes.

—¿Qué? —Iván no daba crédito a sus oídos—. Pero si no es... no es humano.

Fyodor callaba. Sus ojos de anciano desafiaban a Iván.

—Me da igual lo que sea —respondió por fin—. Es y será siempre mi hijo.

¿Qué había dicho el viejo? ¿Su hijo?

—¿Y quién es la madre?

—¿Es que no se acuerda usted de su sepulcro? —preguntó el viejo—. Marina. Ella fue su madre. Murió poco después del parto. Cuando el niño se puso a llorar, ya casi no veía. Desde el principio fue... raro. Una mezcla de humano y planta. Algo terrible. Los bebés nunca son especialmente bonitos después del parto, pero lo de éste fue excesivo. Al verlo, quise matarle. Llegué a agarrar un escalpelo. Pero entonces Marina lo oyó llorar, levantó la cabeza y preguntó: «¿Qué es?» «Niño», le respondí. «¿Y? ¿Está sano?» —Fyodor guardó unos instantes de silencio. La barbilla le temblaba—. Preguntó si el niño estaba sano, y yo allí, con el cuchillo en la mano, dispuesto a matar al pequeño monstruo. Marina me preguntó una vez más: «¿Está sano?» Se la veía tan

preocupada... «Sí, es un niño rebosante de salud», le dije. «No te preocupes, crecerá y se volverá fuerte.» Entonces, Marina se puso a llorar... de alegría. Imagínese. La radiación la había dejado ciega, se le había caído el pelo y las úlceras le habían devorado todo el cuerpo. Pero lloró de alegría. No pude matar al niño. Se recostó y dijo: «Dámelo.» «Estás débil», le respondí. Pero me insistió: «Dámelo. Es mi hijo. ¡Por favor! Mi hijo.» Y así fue como se lo acerqué al pecho. «Estás muy hambriento», dijo ella. Y no volvió a hablar. En un primer momento no me di cuenta de que había muerto.

Los ojos del viejo se llenaron de lágrimas.

Iván bajó el fusil.

—Creo que tendríamos que sentarnos en torno a una mesa y aclarar algunas cosas —dijo.

El demonio gris está de pie bajo la lluvia y contempla la central nuclear de Leningrado.

Las gotas de lluvia golpean su piel lisa y gris, y se juntan en las profundas resquebrajaduras que le ha hecho el hombre árbol. Si una de estas cavidades se llena, el agua sobrepasa la tensión superficial y resbala desde los lisos hombros del gigante.

Las manchas azuladas de los golpes son casi negras. Como el líquido que circula por su cuerpo. Una parte de ese líquido mana de una profunda herida en la espalda del demonio y se filtra en la tierra.

El demonio gris recibe ondas de radio.

Contempla el edificio. Aquí y allá se producen descargas eléctricas.

Se oye el rumor del viento y las corrientes cósmicas de ondas de radio aúllan.

Lo más interesante de todo es el edificio.

Allí se encuentra la persona a la que persigue. Pero, en estos últimos tiempos, el demonio ha tenido sus dudas. Su víctima tiene una configuración cerebral muy característica.

En este instante, el demonio lo ve frente a sí. Una red ramificada de color rojiamarillo que se transforma en médula espinal. Está allí. El demonio vuelve lentamente la cabeza.

Esa configuración no coincide al ciento por ciento.

Como si ése al que persigue fuera a la vez el verdadero y el falso.

O incluso dos personas en una. ¿Existe algo semejante?

El demonio gris mira.

Un fino velo de lluvia enturbia la visión del edificio y estorba la recepción de las señales. Por ello, el demonio no puede saber bien dónde se encuentran los seres humanos. En ese edificio hay muchos emisores de interferencias que ensucian el éter con radiaciones extrañas. Y además...

El demonio levanta la cabeza.

En su interior se encuentra un enorme corazón rojo. Alberga un vigor descomunal. Si el demonio fuera capaz de tener sentimientos, experimentaría respeto. Pero se limita a quedarse de pie y mirar.

El corazón rojo está en ebullición y arde.

Las heridas le duelen.

El hombre árbol ha demostrado ser peligroso. El demonio está atónito. El hombre árbol le ha plantado cara. Es más, ha sido un digno rival. Las heridas duelen, pero el demonio no las percibe como dolor, sino, más bien, como una desagradable molestia. La recepción de señales ha quedado mermada.

Pero eso va a pasar.

El demonio gris retiene el aire. Bajo su piel gris, que empieza a temblar como consecuencia del frío y de la pérdida de sangre, borbotean los pulmones. Tiene que respirar hondo para recobrar fuerzas.

Mejor que no vuelva a encontrarse con el hombre árbol.

El demonio gris está inmóvil. Tiene tiempo. Puede esperar a que los hombres abandonen el terreno de caza del hombre árbol.

Y estará preparado para entonces. Más pronto o más tarde.

«El general dijo que los Vegetarianos no eran seres humanos. Yo no me lo creí. Y ahora me encuentro con esta criatura mezclada a la que el anciano llama hijo. Da que pensar. ¿Y si resulta que el general tiene razón y los Vegetarianos dejaron de ser humanos desde hace tiempo? Ahora sé muy bien lo que pueden ser.»

Todos los miembros de la expedición se habían reunido en la sala de conferencias.

Fyodor también estaba presente con su hijo. Las luces del techo estaban encendidas y las alargadas siluetas de todos ellos se reflejaban sobre el barniz de la mesa.

«Negociaciones de paz, maldita sea.» Los *diggers* miraban al hombre árbol de reojo, con recelo, y tenían las armas a punto. El Überführer se había traído incluso la ametralladora.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó Iván, haciendo un gesto con la cabeza

para señalar las heridas del hombre árbol.

—Me ha contado que se encontró con un depredador que no conocía —dijo Fyodor, y negó con la cabeza—. Era gris y muy grande.

Iván y el Überführer intercambiaron miradas. Estaba claro: el «pasajero» había vuelto.

—Vosotros sabéis quién era, o lo que era, ¿verdad que sí? —preguntó Fyodor. Miró primero a Iván, después al Überführer, y luego volvió a mirar a Iván. En sus ojos enrojecidos había lágrimas—. ¡Decídmelo de una vez!

Iván suspiró y respondió:

—Por desgracia, nosotros tampoco sabemos qué clase de criatura puede ser. Lo llamamos «pasajero». Vino con nosotros, montado encima del submarino. Para ser más preciso, nosotros viajábamos dentro del submarino y él en cubierta. Cuando llegamos, desapareció de repente. Pero vimos sus huellas en la playa.

Silencio.

—Vosotros habéis traído hasta aquí a esa bestia —dijo Fyodor en voz baja, cargada de reproche—. Y así ha sido como ha herido a mi hijo. ¡Mi hijo!

—¡Pues vaya hijo! —replicó brutalmente el Überführer. El *skinhead* estaba dispuesto a acribillar al presunto hijo con la ametralladora—. Esa criatura nos va a sobrevivir a todos nosotros. Ya lo veréis.

—Laes —dijo el viejo, indignado—. No es «una criatura», sino Laes. Tenedlo en cuenta. Se llama Laes.

Se volvió y se acercó al herido. El hombre árbol emitía gimoteos sordos y lastimeros. Iván se asustó. El viejo puso la mano sobre el pecho del monstruo para apaciguarlo.

—Calma... calma.

—Laes. Ese nombre podría haber salido de una leyenda griega —dijo Fyodor, perdido en sus pensamientos—. Es un nombre para un dios joven y hermoso.

A espaldas del viejo, el Überführer se puso el dedo en la sien para dar a entender que estaba loco. Iván lo amenazó con el puño sin que nadie más se diera cuenta.

—¿También eres xenófobo con él? —dijo Mandela, en tono de burla, cuando abandonaron la sala de conferencias.

—Vaya palabras has aprendido... —respondió el Überführer—. Eres idiota, Mandela. Yo me compadezco de ese viejo. Es un hombre de buen corazón. ¿Qué ha hecho para merecerse eso?

—Una criatura extraña —meditaba Iván—. Y, sin embargo, es su hijo. Pienso que aquí sobramos.

—Es la hora de las despedidas —dijo el anciano con labios trémulos.

Iván miró sus manos arrugadas. Estaban temblando.

—Sí. Nos vamos a marchar hoy por la noche. —Iván reflexionó—. Aunque no sabemos cómo vamos a regresar a San Petersburgo.

«A casa», habría querido añadir, pero no lo dijo. Con el tiempo nos volvemos supersticiosos. ¿Verdad que sí, Iván?

—Yo puedo ayudaros —dijo Fyodor.

Una dresina portátil. Las brigadas de reparación de antaño habían manejado esos vehículos. Podían sacarlos fácilmente de las vías y colocarlos en otras.

No era una mala solución. Su único inconveniente es que no brindaba ningún tipo de protección contra las bestias.

Pero, al fin y al cabo, no tenían ninguna otra opción.

Cargaron sus cosas.

«Leningradense hasta la médula, esta ciudad», recitaba Fyodor, distraído, mientras los *diggers* se subían a la dresina—. Gracias por vuestra visita. Venid otro día. Laes y yo nos alegraríamos mucho.

«Suaves caían las gotas de lluvia», cavilaba Iván, ya en el verso siguiente.

Fyodor Bakhmetyev se quedó en la vía. Aun cuando la dresina motorizada llevaba ya un rato en marcha, Iván tardó en apartar los ojos de la figura del viejo. Su cuerpo flaco estaba inmóvil bajo la llovizna. Encorvado y solo. Cuando ya lo veían muy pequeñito, en la lejanía, una figura grande, descomunal, se acercó a él. Salió del bosque, o de entre los contenedores. O de la nada. Se inclinó sobre él como si quisiera decirle algo.

Poco antes de que ambos se desvanecieran del campo visual, Iván vio todavía que el viejo levantaba la mano y se la ponía sobre el hombro a la gigantesca figura. ¿O tan sólo se lo había imaginado?

19-El retorno

LA negra silueta se cierne intranquila en el aire. Está calando sobre el río. Iván no se había fiado nunca del Neva. Tan sólo hay que ver cómo pasa por debajo de los puentes. Forma remolinos encrespados en los pilares y transcurre en silencio —como mucho, un débil sollozo— por las orillas de la isla Vasilyevski. El peligro acecha en sus aguas negras.

Tal vez el río ya fuera peligroso en tiempos muy anteriores a la Catástrofe.

Iván sigue con los ojos el vuelo de la silueta negra. Un chillido penetrante sobresalta al *digger* y se le clava en la médula espinal. Herrumbroso, agudo. E inacabable.

La bestia voladora desciende.

Y se agarra a un mástil.

El *Aurora* está escorado hacia estribor. Unos brotes blancuzcos penden de sus bordas grises y oxidadas, y llegan hasta el agua. Una criatura siniestra habita en el barco. Iván no está seguro, pero tiene motivos para sospecharlo.

Una mancha negra en la chimenea del *Aurora*. La bestia ha defecado allí arriba.

De pronto, las finas y blancas lianas se ponen en movimiento y... la trampa se cierra. Cual relámpago, los tentáculos blancos agarran a la bestia negra. Ésta chilla. Iván se estremece. El grito le llega hasta la médula ósea.

La bestia no puede liberarse.

Por mucho que la bestia forcejee, las lianas blancuzcas la arrastran hasta el interior de la chimenea. Y el animal desaparece.

Iván sigue oyendo sus gritos durante un tiempo. Se siente como si alguien le seccionara los nervios con una sierra oxidada. Luego retorna el silencio.

Fin.

Una apacible noche petersburguesa.

Iván despertó al darse cuenta de que la dresina perdía velocidad. Los

intervalos que marcaban las ruedas con su golpeteo se hacían más largos. Oía el mismo sonido metálico y enervante, pero ya no tan brusco. Ya no un b-bamm, sino más bien un ba-bam.

Y la dresina ya no pegaba unas sacudidas tan fuertes.

El *digger* abrió los ojos. Por los visores de la máscara vio pasar un suelo húmedo, de color marrón oscuro. De vez en cuando se encontraban superficies de hierba, tan lisas y compactas que parecía que las hubieran modelado con arcilla. La hierba tenía tonos de marrón oxidado, desoladores, y se inclinaba de mala gana al viento. Aunque en realidad parecía que fuese la hierba lo que ponía el aire en movimiento, y no al revés.

Durante un rato, Iván miró al vacío sin pensar. Aquí y allá se reconocían en la vía férrea las trazas de la civilización desaparecida. Postes eléctricos caídos y herrumbrosos. Cables abandonados. Un tractor medio hundido en el fango. Aún se distinguían restos de pintura azul en su carrocería. En un paso a nivel, la caseta de madera del guardagujas. Ladeada, como si un gigante la hubiera golpeado con el pie.

Una barrera que se había venido abajo. Enfrente de ésta, un par de coches. Uno blanco que ya se había deteriorado mucho, y otro azul marino que se veía casi intacto. Una limusina grande con faros rectangulares. El óxido devoraba discretamente el metal, desde dentro, como la imagen que toma forma al revelarse un negativo. Una vez había visto cómo se hacía en un laboratorio de la Vassileostrovskaya: el papel vacío de color azul marino está en la pileta... y le van saliendo manchas que poco a poco se extienden y adoptan contornos.

Iván se apartó de la ventana. ¿Iban más lentos o no?

No tenía ningunas ganas de moverse. Habría preferido que el viaje no terminara nunca.

¿Qué hemos hecho con la tierra?

Por todas partes devastación.

Desolación.

En el silencio circundante, el golpeteo ensordecedor de las ruedas de la dresina. Ba-bam, ba-bam, ba-bam.

—Jefe, más adelante hay un tren. —La voz de Kuznetsov—. ¿Jefe?

Iván suspiró. La piel se le había quedado pegajosa bajo la máscara. Tenía el rostro sudado. Los bordes de los visores se le habían empañado. Un regusto amargo y repugnante se le había adherido a la lengua. El regusto de las pesadillas. Debía de ser la hora de cambiar el filtro.

—¿Qué clase de tren?

Iván se incorporó. Después de la breve cabezada se sentía hecho polvo.

—¿Qué? —Kuznetsov no le había entendido.

—¡¿Qué clase de tren, joder?!

La dresina avanzaba con lentitud. El monótono murmullo del motor se había transformado en un petardeo intermitente. El viejo vehículo expulsaba una gran cantidad de gases por el tubo de escape.

El Überführer, que se encontraba en primera línea dentro del vehículo, se había levantado y decía palabrotas en voz baja. Iván vio la espalda de su traje aislante. De repente, el *skinhead* se volvió. Iván se sobresaltó. En un primer momento tuvo como la sensación de que una cara de simio hecha de goma le miraba.

El susto se le pasó en seguida. Sólo continuaron los violentos latidos de su corazón.

—Es la última parada —gritó el Überführer, que volvía a ser él mismo—. Vamos a salir, dignos miembros de la casta intelectual. El viaje en tren blindado toca a su fin.

Iván se puso en pie, estiró el cuello y miró hacia delante.

«Mierda.»

Un tren viejo y herrumbroso reposaba sobre la vía y le cerraba el paso a la dresina. Pero lo peor de todo era que en la vía de al lado se encontraba el tren que iba en dirección contraria. «No habrían podido dejarlos en un lugar más inoportuno —pensó Iván—. Oh, no.»

Dos corazones solitarios se habían encontrado allí.

Al mostrarles la dresina, Fyodor les había explicado que, en caso de necesidad, podían sacarla de la vía y cargar con ella. Iván había asentido sin preocuparse por ello. Una pequeñez. ¿Qué podían representar trescientos kilos para cinco hombres adultos?

Según se vio entonces, muchísimo. Sobre todo si había que cargar con el vehículo hasta quince vagones más allá por un terreno cubierto de balasto. Por no hablar de lo que pesaban los bártulos que llevaban dentro.

Los *diggers* renunciaron a encender las linternas. A la clara luz del crepúsculo (¡las noches blancas, ja!) veían lo suficiente. Ahí fuera la luz era incluso mejor que en el metro, sólo que no estaba enfocada, sino que resultaba más difusa, como si proviniera de todas partes y de ninguna a la vez.

—¿Y no podríamos dejarla aquí y seguir a pie? —propuso el Überführer—.

Como mucho debe de haber...

—¿Por la zona de Avtovo? ¿Es que te has vuelto loco, Über? —se sorprendió Iván.

—Mierda, es verdad. —De acuerdo con su costumbre, el *skinhead* quiso rascarse el cogote, y volvió a apartar la mano al topar con la goma—. Tienes razón. No lo había pensado.

De acuerdo con los rumores, las criaturas más extrañas ponían en práctica sus aberraciones en la estación Avtovo. Por fuera eran semejantes a los seres humanos, pero por dentro no. Y dejaban a su paso cadáveres resacos. Iván no sentía ningún deseo de ir a comprobar en persona si lo que se contaba era verdad. Mejor encontrarse con los ya familiares perros pavlovianos, o incluso con algún soldado hambriento. O con pterodáctilos... lo que fuera.

«Mejor malo conocido que peor por conocer, ¿no?»

Y además, aunque hubieran logrado pasar por Avtovo sin sufrir ningún daño... ¿qué habrían encontrado entonces? ¿Los débiles mentales de la Kirovski Savod y los paranoicos de la Narvskaya? Fantástica combinación. Tan sólo les habría faltado el legendario piloto, el romántico asesino con chaqueta de aviador...

«No, gracias.» Más les valdría cargar con la dresina. Aunque tuvieran que caminar poco a poco.

—¡Arriba!

Levantaron la dresina de las vías y la llevaron en volandas. Al cabo de poco tiempo, Iván empezó a tener la sensación de que se le desprenderían los brazos. Y de que se quedarían absurdamente agarrados al marco de la dresina. Como el brazo de la muñeca en la Nevski-Prospekt.

Caminar sobre el balasto era especialmente fatigoso, porque las piedras sueltas cedían bajo sus botas.

—Una pausa para fumar —gritó el Überführer con voz gemebunda—. ¡Soltemos un momento el trasto este!

Dejaron la dresina en el suelo y descansaron.

Iván se puso en cuclillas y torció la cabeza hacia un lado.

Después del estrépito con el que la dresina se había posado en el suelo y el crujido de las botas, el repentino silencio tenía como un embrujo. Iván creía oír incluso la suave caricia del aire sobre la hierba. ¿O era la hierba la que agitaba el aire? ¡Quién sabe!

«Qué relativo es todo en este mundo sin seres humanos.

»Como si con ellos se hubiese perdido un punto de referencia.

»Si hubiéramos tenido la posibilidad, habríamos vuelto a casa con el submarino. Vestidos para la fiesta, directamente hacia la Vassileostrovskaya. Habríamos desembarcado a orillas del Neva y hubiéramos hecho a pie el resto del camino. Krassin, Krassin. Dios mío...»

Estaban sentados junto al vagón con el número doce. Casi todas las ventanas seguían intactas. La suciedad de los cristales no les permitía ver el interior.

El Überführer se puso en pie y se acercó al vagón. «¿Qué va a mirar?», se preguntó Iván, sin prestarle mucha atención. Pero olvidó en seguida al *skinhead* y volvió a escuchar el silencio.

Vio con el rabillo del ojo que el Überführer se colgaba del hombro la escopeta de doble cañón (era su arma de reserva; la ametralladora RPD se había quedado dentro de la dresina), se agarraba con la mano al marco de la ventana, apoyaba el pie sobre una rueda herrumbrosa y se daba impulso hacia arriba.

«Lávame», escribió con el dedo sobre la ventana sucia.

Luego saltó al suelo, dio unos pasos hacia atrás y contempló su obra.

Y entonces ocurrió algo. Iván se dio cuenta en seguida. Como si el propio aire hubiera cobrado densidad. Como si una enigmática sombra negra se cerniera sobre el pequeño pelotón de *diggers*. Por fuera no había cambiado nada. Era el mismo lugar. El mismo tren de pasajeros a su lado. Las mismas barras de agarre y escaleras oxidadas. La misma hierba marrón que crecía entre las traviesas. Pero algo había cambiado. Y, desde luego, no para mejor. Iván se dio cuenta, de repente, de que llevaba ya mucho rato con la presión en el cogote, como si no se hubiera atado bien las correas de la máscara antigás.

Se había acostumbrado a esa presión hasta el punto de haber dejado de percibirla.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Iván después de que el *skinhead* regresara.

—¿Qué nos queda, aparte de humor negro? —preguntó el Überführer—. ¿No lo entiendes, muchacho? En la desgracia, el ser humano se refugia en el humor negro.

—Yo no lo entiendo —dijo Mandela.

—¿Qué? —El *skinhead* se volvió.

—Que no lo entiendo —repitió el negro. Con la máscara antigás tenía el mismo aspecto que los demás—. ¿Por qué todo es como es? ¿Por qué tiene que ser así? ¿Qué hemos hecho para merecerlo? ¿Y qué hicieron ellos? —De

repente, se puso en pie y señaló el tren muerto con la mano embutida en el guante—. ¿Qué hicieron para merecerse eso? No hacían más que volver a casa. ¿Es que le hicieron algo a alguien? ¿Molestaban a alguien? ¿Por qué, maldita sea, por qué tenemos que sufrir tanta mierda en este mundo? ¿Y por qué siempre tienen que pagar los platos rotos los que viajan en los asientos más baratos? ¿Por qué he tenido que sobrevivir a todos estos niños muertos? ¿Acaso por voluntad propia? Qué puta mierda, ¿por qué fui a parar al metro? ¿Acaso lo había pedido? ¿Lo pedí yo?

Mandela se volvió hacia el Überführer. Éste retrocedió sin darse cuenta.

—¿Qué quieres?

—¿Yo? Nada. ¿Has mirado dentro de ese vagón?

—¿Yo?

De pronto, el negro levantó el puño.

—¡No! —gritó Iván.

El Überführer se incorporó de un salto y trató de pararle el brazo a Mandela. Entonces gimió y se desplomó en el suelo. Mandela le había golpeado con la rodilla. El negro retrocedió varios pasos y, en el acto, se aprestó de nuevo para el combate.

«¿Será una pose de Sambo? —se preguntó Iván—. ¿Lo habrá estudiado igual que Astrólogo?»

Entonces fue él quien saltó. Mandela le agarró la mano en pleno vuelo y lo esquivó con destreza. Iván sintió un golpe en la cabeza, salió disparado por los aires y sus reflejos le hicieron llegar rodando al suelo. «¡Maldito!» Trató de ponerse en pie. La tierra y el vagón de color verde oxidado se desdibujaban ante su mirada. El *digger* se volvió.

Mandela contemplaba a su oponente a través de la inexpresiva máscara.

Entonces soltó la correa y se echó para atrás la capucha.

Agarró la máscara...

«¡No!», pensó Iván.

... y se la arrancó de la cara, como si se hubiera despojado de su propia piel.

Al sacarse la máscara de goma gris, quedó al descubierto su fisonomía oscura y sudorosa. Nariz ancha, pupilas negras, el blanco de los ojos que relucía en la oscuridad.

Mandela respiró hondo. Las fosas nasales se le hincharon.

El Überführer se puso en pie, se levantó la máscara antigás, escupió sangre y se la volvió a poner. Irguió la espalda.

El Canoso y Kuznetsov miraban todo lo que sucedía con la perplejidad en el rostro.

—No te lo esperabas de un negro, ¿eh? —preguntó Mandela—. Si supieras con qué facilidad respiro ahora, Über. Esto es majestuoso. Simplemente majestuoso.

—Idiota. —El Überführer dio un paso hacia él—. Ponte la máscara. Por favor.

—Algo tiene que cambiar en este mundo —dijo Mandela—. Porque tal como es ahora, esto no es vida. Sólo es un ir vegetando.

—Sí, ¿y qué? —replicó el Überführer—. ¿Piensas que va a mejorar algo porque tú te llenes el cuerpo de mierda radiactiva? Te estás suicidando, tío. Y no me parece un suicidio muy heroico. Ponte a chillar, a ver si así me das pena.

—Desde luego —respondió Mandela—. Por petición de nuestros queridos televidentes...

—Yura —dijo Iván en voz baja.

Había visto adónde había ido a parar la máscara antigás del negro y había tratado de moverse poco a poco en esa dirección, sin que los demás se dieran cuenta. Le resultaba difícil caminar. Sentía un zumbido en la cabeza. El puñetazo que le había arreado Mandela había sido muy violento.

—¿Qué te pasa, Iván? —Desde donde le miraba el *digger*, Mandela estaba medio de costado—. ¿No te sientes bien? Me sabe mal haberte pegado. Déjame en paz. ¿Te ha quedado claro?

Iván se quedó quieto y levantó ambos brazos en un gesto conciliador. Como se le ocurra sacar el arma...

—Está bien, Yura.

—Mandela —gritó el Überführer, y se le acercó poco a poco.

El negro levantó de pronto el arma. Clac. Le había quitado el seguro. El Überführer se quedó inmóvil.

Iván maldecía para sus adentros. La situación se estaba poniendo seria. Jodidamente seria.

—Ni se os ocurra tratar de detenerme —advirtió Mandela—. Por favor. Sois amigos míos. No quería tener que dispararos. —Los recorrió con su mirada desafiante—. Pero si es necesario, lo haré.

—¡Negro de mierda, te vas a morir! —gritó de pronto el *skinhead*—. ¡Hazme el favor de volver a ponerte la máscara! ¡Si no quieres que te arree ahora mismo!

Una breve ráfaga al aire quebró el silencio.

«Qué puta mierda, sólo nos faltaba esto —pensó Iván—. Lo que tendríamos que hacer es marcharnos de aquí cuanto antes.»

Los dolores que el *digger* sentía en el codo no auguraban nada bueno.

—¡Mandela, sin ti no podremos cargar con la dresina! —gritó Kuznetsov.

¡Ese muchacho es listo!

El negro sonrió.

—Un buen argumento —respondió—. Pero, por desgracia, llega demasiado tarde. Adiós, amigos. Nos veremos en la próxima vida. O tal vez no volvamos a vernos jamás. Otra cosa. No me sigáis. No os serviría de nada.

Mandela se alejó poco a poco con el arma en ristre.

—¿Por qué? —preguntó Iván para ganar tiempo.

—¿Que por qué lo hago? —Mandela se detuvo y negó con la cabeza—. Cuando íbamos de viaje hacia la central nuclear, aún pensaba que allí encontraríamos algo que nos diera alguna esperanza. A todos nosotros. A la humanidad. Lo que fuera. ¡No lo sé, algo! Pero nos encontramos con que allí vivía tan sólo un viejo inútil que utiliza un reactor nuclear para calentarse el té. ¿No os parece que es una metáfora apropiada para toda la humanidad? Los seres humanos siempre hemos hecho lo mismo. No tenemos por qué disimularlo.

—¿Y su hijo? —replicó el Canoso en voz baja.

Mandela se sorprendió. Luego negó violentamente con la cabeza, como si quisiera librarse de pensamientos incómodos.

—Su hijo... ése sí que es una esperanza. —Sonrió—. Pero no para nosotros, no para la humanidad.

—Pues entonces, ¿para quién?

—Para criaturas semejantes a él. ¿Lo entendéis?

Iván se puso en pie.

—Otro ecosistema —dijo—. Pertenece a otro ecosistema.

—Exactamente —confirmó Mandela. El viento desgredaba sus recios cabellos negros—. Es un parásito. No nos dimos cuenta en seguida de que el presunto hijo es un parásito. Pero de eso se trata. Con el tiempo, todos nosotros vamos a transformarnos en anfitriones de semejantes criaturas. Yo no quiero vivirlo. De ningún modo.

Silencio. El murmullo del viento.

—Pero... —Iván habría querido responderle algo, pero Mandela no le dejó hablar.

—¿De verdad os habéis creído que el viejo busca cadáveres para darles un

entierro digno? —El negro enseñó los dientes. Una media luna blanca sobre fondo negro—. Y un cuerno. Son para alimentar a su maravilloso hijo. Y para tranquilizarse la conciencia planta cruces en las tumbas vacías.

—Todo eso son disparates —respondió el Überführer, pero no lo dijo con mucha convicción.

—Adiós —se despidió Mandela.

Iván parpadeó. El negro levantó la mano y les hizo un gesto. Luego se volvió y se echó a caminar junto a los vagones. Iván le vio pasar al lado de la locomotora diésel. El gigante herrumbroso, de color entre rojizo y azulado, estaba inmóvil sobre la vía y parecía perplejo, como si el desarrollo de los acontecimientos lo hubiera sorprendido. Probablemente era la primera vez que se encontraba con seres humanos desde hacía veinte años. Pero no había cambiado nada. Los seres humanos se peleaban. Como siempre.

—Qué idiota —dijo el desconcertado Überführer.

Iván se volvió bruscamente hacia él, levantó el brazo y... zas.

El *skinhead* se cayó sobre el balasto. Totalmente perplejo, levantó los ojos hacia Iván.

—¿Te has vuelto loco?

Iván se agachó sobre él y le apretó el pecho con el puño cerrado.

—Eres un fascista de mierda y encima inepto, ¿lo has entendido? ¡Y ahora ponte en pie! Tenemos que continuar.

—¡Uno, dos... aaarriba! —ordenó Iván.

Las aristas del marco se les clavaban en los dedos. La dresina era todavía más pesada que antes. Por supuesto, ya que eran uno menos para levantarla.

En la lejanía retumbó, de pronto, un grito estremecedor. Luego un disparo. Gritos de dolor. Pataleo.

Una ráfaga. Otra.

¡Mandela!

—¡Soltad! —ordenó Iván. La dresina cayó estrepitosamente sobre el balasto. Los dedos estaban entumecidos y dolían—. ¡Deprisa!

Iván sacó el fusil de la dresina y corrió tras el Überführer.

Cuando llegaron a la altura de la locomotora diésel, todo había terminado ya. Los cadáveres de dos bestias, destrozados por las balas, yacían sobre el balasto. Una carnicería. De los agujeros que se habían abierto en su pellejo cubierto de vello rezumaba un líquido oscuro. No se parecía en nada a la sangre. Más bien parecía barro. Las patas de una de las bestias aún se agitaban.

Hocicos cortos, casi redondos. Unas fauces como si alguien les hubiera abierto la cabeza como una bolsa con cremallera. Cientos de dientes pequeños y marrones.

El negro estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la locomotora. La pintura roja estaba carcomida por la herrumbre y se desprendía. La sangre de Mandela, al mancharla, parecía negra. Sostenía el fusil con una mano y con la otra se apretaba el vientre. La sangre le brotaba a borbotones entre los dedos.

El hombre y la locomotora.

La cúspide de la creación y su obra. Incluso el monstruo de hierro oxidado era más próximo al ser humano que las criaturas que yacían a los pies de Mandela.

En cuando el *skinhead* e Iván llegaron corriendo, Mandela levantó la mirada. Estaba sonriente.

Su respiración era superficial. Borboteaba y siseaba.

—No... no he llegado muy lejos, ¿eh?

—Aguanta, hermano —dijo el Überführer para alentarle—. Vamos a vendarte.

Mandela levantó la cabeza con gran esfuerzo y miró al *skinhead*. Con el blanco de los ojos. Las pupilas se le habían encogido por el dolor.

—¿Hermano?

—Hermano —confirmó el Überführer.

—Soy negro. ¿Lo has olvidado?

Mandela trató de inclinarse hacia delante. El *skinhead* lo obligó a recostarse de nuevo.

—¿Negro? ¡Ah, sí! —El Überführer hizo un gesto como para negarle toda importancia al hecho. Sacó vendas de gasa y un tubo de goma—. No, no eres negro.

—¿Ah, no? —respondió el sorprendido Mandela—. ¿Qué soy entonces?

—Un tío muy moreno... y yo qué sé, joder. En cualquier caso, eres una persona como las demás. No se te puede comparar con los Vegetarianos.

—Ah, ya. —Mandela sonrió sin apenas fuerzas. Su rostro se había quedado pálido como el de un cadáver—. Oye, Über, eres un tío muy raro. Tú mismo... —dijo, tragando saliva entre espasmos—, tú mismo no sabes lo que quieres...

La luz se apagó de sus ojos. Poco a poco su cabeza vino a reposar sobre el pecho.

El Überführer arrojó la venda a un lado y gritó una palabrota.

Iván se acercó a la bestia medio muerta y le apuntó a la cabeza con el fusil. Un grumo de carne convulso. Sus ojos parecían decirle: «¿Qué se os ha perdido aquí? Éste es nuestro reino.»

Iván tiró del gatillo. Un fogonazo iluminó la oscuridad. Se oyó el estruendo del disparo. Como el traqueteo de las ruedas de los vagones cuando pasan por el cruce entre dos vías.

Iván levantó los ojos.

—Vamos —le dijo al Überführer—. Tenemos que marcharnos de aquí.

El demonio gris observa mientras los cuatro hombres se alejan. Van montados en una máquina peculiar que hace un ruido de mil diablos y se mece de un lado para otro. Habría podido darles caza con suma facilidad si hubiese querido. Pero ahora no. Después de la lucha contra el hombre árbol se siente débil.

El demonio gris se yergue sobre sus piernas largas y flacas. Se tambalea.

Es el momento para un poderoso grito de llamada.

Media hora más tarde, los *diggers* dejaron atrás la estación Universitetskaya. El traqueteo metálico de las ruedas era su constante compañía. Babam, ba-bam, ba-bam. La dresina pasaba junto a poblaciones y andenes desiertos. Junto a casas que se habían venido abajo y desaparecían bajo una vegetación entre marrón y verde. Junto a fábricas abandonadas y terrenos llenos de coches cubiertos de herrumbre.

Destrucción por todas partes.

Una vez y otra aparecían siluetas aladas en el cielo que clareaba. Debía de faltar, como mucho, un par de horas para el alba. Cada vez que las bestias gritaban en lo alto, los *diggers* sentían un escalofrío en la espalda.

En cierta ocasión, una de las «aves» caló sobre ellos. Sobre la dresina. Los *diggers* reaccionaron a tiempo, bajaron por el terraplén y se pusieron a cubierto. El Überführer se tendió de espaldas y apuntó al cielo con el cañón de la ametralladora.

Salieron bien parados. El feo lagarto volador, o lo que fuera aquella criatura, pasó a unos cincuenta metros de altura por encima de ellos, aleteó un par de veces con fuerza y luego volvió a elevarse poco a poco. Volaba con la elegancia de un ladrillo, pero volaba.

Poco más tarde, por fin se hizo de día. Iván reflexionaba. Si no lograban llegar a la estación Baltiskaya, tendrían que buscar refugio en algún lugar. Las estaciones Avtovo, Kirovski Savod y Narvskaya eran tabú para ellos. Y la línea

férrea terminaba en la estación del Báltico.

Atravesaron un bosque que se había transformado en marisma. Los troncos de los árboles sobresalían de un marjal que gorgoteaba y burbujeaba. En un determinado lugar, el balasto de la vía estaba tan socavado que los rieles se habían salido de su lugar y se habían movido la mitad de un palmo. La dresina pasó a todo vapor por la difícil vía. Se movía tan bruscamente hacia uno y otro lado que tuvieron la sensación de que en cualquier momento se saldrían de la vía y se hundirían en las aguas pantanosas.

En cuanto hubieron atravesado el bosque, el viaje se volvió más tranquilo. Volvieron a encontrar casas a mano derecha. En esta ocasión se trataba de un barrio de aspecto urbano, con edificios de entre cinco y siete pisos. Bloques de hormigón altos y grises, casi sin ventanas.

Iván se tranquilizó al contemplar las estampas familiares de la ciudad, aun cuando pudiera parecer extraño. Por allí corrían toda suerte de bestias. Más que en el bosque.

Ba-bam, ba-bam. Aparte de eso, un silencio de muerte.

Una y otra vez oyeron en la lejanía los ladridos de los perros pavlovianos. Una y otra vez, sombras grises atravesaban en silencio las vías frente a la dresina. En varias ocasiones vieron también animales más grandes. Algún monstruo que caminaba sosegadamente a cierta distancia. Se oían crujidos y chasquidos. Como si la bestia pisoteara matorrales, edificios antiguos, ruinas y vegetación joven sin preocuparse por los daños que causaba.

—Mira.

El Überführer le pasó los prismáticos a Iván, el cual los sostuvo a la altura de los visores de la máscara. Al principio lo vio todo doble. Entonces ajustó los prismáticos y reguló su precisión. Bueno. Estupendo...

Allí, a lo lejos, unas extrañas criaturas caminaban por una gran masa de agua (¿un lago?). Hay que decir que los prismáticos de la Marina, con sus veinte aumentos, acercaban mucho el paisaje. Las bestias se erguían sobre unas patas largas y desgarbadas, y tenían rodillas que, como las de los humanos, se doblaban hacia delante. En las cuatro patas. Eran grotescas en extremo, como una parodia de dos humanos que caminaran uno detrás del otro. En medio del estanque se encontraba un edificio redondo, de color amarillento, con una cúpula.

—¿Qué es eso?

—Peterhof —respondió el Überführer, haciendo un gesto de desagrado.

El Canoso asintió:

—En otro tiempo hubo allí un maravilloso parque. Sobre todo en otoño tenía un encanto especial. Ahora se ha transformado en una reserva para esos monstruos.

—¿Y eso de ahí? —Iván les indicó con la cabeza una amplia franja de vegetación que se encontraba a la izquierda de la vía férrea.

En un primer momento había pensado que sería uno de tantos bosques muertos. Pero entonces se fijó en que las ramas de los gigantescos árboles estaban trenzadas con lianas, y los árboles atados entre sí como con cuerdas. Se quedó con la idea de que se trataba de un organismo único y unitario. E Iván tenía la sensación de que el organismo les observaba atentamente.

«Ah, qué disparate —pensó—. Pero, con todo, no se me ocurriría entrar en ese bosque.»

—Qué verduras más raras —dijo el Überführer.

Ba-bam, ba-bam, ba-bam. Murmullo de motor.

«La muerte absurda de Yura Mandela... pero ¿por qué absurda?»

Iván sintió de nuevo el grumo de mercurio en el codo y se agitó. La presión volvió a ceder. Como si, por causalidad, hubiese interceptado una mala mirada. Y como si el alguien a quien se debía esa mirada estuviera muy atento a no delatarse.

—Ya casi hemos llegado —dijo el Überführer.

Se les pusieron a la vista los bloques de edificios de la ciudad.

La vía férrea pasó entre naves industriales y edificios de viviendas. Todos ellos estaban deteriorados y desiertos. Por sorprendente que pueda parecer, las gigantescas fábricas parecían más vivas que las viviendas. Una imagen grotesca.

Al otro lado del muro de hormigón que protegía el recinto de una fábrica, Iván descubrió unas formas grises y redondeadas. Parecían nidos de avispas como los que había visto en libros infantiles. Pero eran mucho más grandes. Tendrían cinco o seis metros de altura. «A las avispas no hay que irritarlas —pensó Iván, y apartó la mirada—. De acuerdo con el lema: si yo no las miro, no se van a fijar en mí.»

Poco más tarde, la dresina avanzaba entre los bloques de viviendas. A derecha e izquierda había barreras de hormigón torcidas, en las que frecuentemente se veían boquetes.

Kuznetsov fue el primero en verlos.

—¡Allí! ¡Allí! —gritó, señalando a la derecha.

Iván se volvió. Tres, no, cuatro perros pavlovianos habían salido de un edificio de viviendas alejado, de cinco pisos, y corrían hacia ellos. Todos ellos al mismo paso, como si los hubieran sintonizado con una misma longitud de onda.

La dresina sufrió una sacudida y crujió. El motor zumbó. Con todo el ruido que hacían, era sorprendente que hasta ese momento no hubieran llamado la atención de ninguna bestia. Pero la dresina iba bastante rápido. Las posibilidades de dejar atrás a los perros no eran pocas.

Iván le dio una palmada en el hombro al Canoso:

—¿No podríamos acelerar?

El viejo *skinhead* asintió y tiró de la palanca del gas. El motor aulló y la dresina se aceleró. Un crujido metálico en el engranaje. El Canoso había puesto otra marcha. El rechinar de las ruedas sobre las vías herrumbrosas se volvió tan fuerte que era insoportable. Iván apretaba los dientes. Los perros —ya eran más de diez— se fueron quedando atrás.

«Los hemos dejado atrás —pensó Iván con alivio—. No nos queda mucho para llegar a la Baltiskaya. Quizá tan sólo un bloque de viviendas.»

—¡Alto! ¡Parad! —gritó de pronto el Überführer—. ¡Frenad!

El Canoso tiró de la palanca. Las almohadillas de freno rechinaron con sonido lastimero y arrojaron chispas.

El frenado de la dresina había sido tan brusco que Iván había estado a punto de salir volando como en una película. En el último instante logró agarrarse a una barra.

—¿Qué ocurre? —gritó.

El Überführer estiró el cuello, empleó la mano como visera y miró al frente. Amanecía. Les quedaba poco tiempo para que la luz los cegara.

El *skinhead* silbó entre dientes.

También Iván se había puesto en pie y contemplaba la desagradable sorpresa.

Una ola de color entre púrpura y gris se abatía sobre la dresina. Una ola de cuerpos. Las bestias avanzaban en un orden casi militar, aunque fueran todas distintas en tamaño y actitud. Perros pavlovianos, alfiles grises, así como esos animales nuevos a los que las fauces les llegaban hasta el cogote. En el extremo derecho incluso caminaba torpemente un gran soldado hambriento.

«Bueno, en realidad no son tantos —pensó Iván—. Pero es extraño que nos ataquen todos a la vez. Como si alguien se lo hubiera ordenado. Normalmente esos tipos de bestias no se soportan. Mierda. ¿Cómo es posible algo así? Por

suerte, no viene con ellos ningún conductor. Y tampoco ningún cocinero. Si no, la situación habría estado muy jodida.

Kuznetsov se volvió hacia Iván en busca de ayuda. Hasta su máscara antigás parecía aterrorizada.

—¿Qué vamos a hacer, jefe?

Iván calibró la situación. Tenían que apañárselas de algún modo para llegar hasta las casas. Una vez allí, podrían levantar una barricada.

—Ahora sí que lo tenemos crudo, queridos míos —dijo el Überführer, pensativo. Apoyó el cañón de la ametralladora sobre el bípode, abrió el cierre, colocó cuidadosamente el cinturón y volvió a cerrarlo—. Siempre me había sentido identificado con Schwarzenegger.

Tiró de la palanca de cierre y volvió a soltarla. Rach. Clac.

Estaba a punto.

—¿Con quién? —preguntó Iván.

—En otro tiempo hubo un famoso héroe de acción. Ya de niño lo seguía con entusiasmo y quería parecerme a él. Pásame otro cinturón —ordenó al Canoso. Éste asintió.

El Überführer se plantó en el suelo, abrió las piernas, se apoyó sobre las puntas de las botas y se inclinó sobre la ametralladora.

—Bueno, pues vamos a empezar —dijo, como de pasada.

Iván le hizo un gesto a Kuznetsov para que se le acercara. Ellos dos se encargarían de los perros que vinieran por detrás.

—¿Estás a punto? —preguntó Iván.

No veía lo que pasaba a sus espaldas.

«El Überführer y el Canoso lo van a conseguir —pensaba—. Tienen que conseguirlo. ¿Y si no? Entonces, nuestra expedición habría terminado. Y Krassin y Astrólogo habrían muerto por nada.

»¡Jamás en la vida! Aún no hemos mordido el polvo.»

Iván hincó la rodilla en el suelo y empuñó el Kalashnikov. Kuznetsov, a su lado, se preparó para disparar.

La espera fue un tormento.

Y entonces tuvieron mucha suerte. Iván apuntó al perro pavloviano que se les había acercado más.

—¡Fuego! —ordenó.

A sus espaldas se oían las ráfagas de la Degtyaryov.

Los *diggers* rechazaron con éxito el primer asalto.

Iván se volvió. A su derecha había una casa de cinco pisos.

—¡Para allí, corriendo! —ordenó—. Antes de que regresen.

Kuznetsov corría en cabeza. Se acercaba ya al edificio. Le faltaban tan sólo unos pocos pasos...

De repente, una sombra apareció a la entrada de la casa y se arrojó sobre el joven miliciano. Kuznetsov blandió en alto su fusil.

Ra-ta-ta-ta. Los disparos perforaron el cielo de San Petersburgo. Kuznetsov cayó al suelo. Poco a poco... como en un sueño.

Entonces, Iván vio que Kuznetsov estaba tumbado de espaldas. Sobre él había una bestia flaca y negra, que no se decidía entre ser un perro o una rata.

El Überführer disparó una ráfaga a la altura de la cadera. La bestia se estremeció y se apartó de su víctima. Un chillido estridente. A causa del retroceso, el *skinhead* se cayó de culo y gritó una palabrota.

El Canoso vino corriendo, apuntó, y con un único disparo acabó con la bestia. El chillido se interrumpió en seco.

Iván y el Canoso agarraron a Kuznetsov por los sobacos y lo llevaron hasta la entrada de la casa. Iván les hizo un gesto con la cabeza para indicarles que subieran. Cuanto más arriba, mejor. Mientras arrastraban a Kuznetsov escaleras arriba, las botas de éste golpeaban los escalones. Al mismo tiempo, las levantaba violentamente, sin coordinación. Resultaba casi cómico.

Al llegar al segundo piso, Iván vio una puerta de madera y le dio una patada. La arrancó de su quicio. Metieron a Kuznetsov en el apartamento y lo dejaron en la cocina, con la espalda apoyada contra la pared. Al apartarse de él, Iván se dio cuenta de que llevaba el guante manchado de sangre.

Misha.

Iván se inclinó sobre él y le sacó la máscara antigás. Ya daba igual.

—Animal de mierda —tartamudeaba el consternado Kuznetsov.

Tenía un corte profundo en la cabeza desde el que le manaba la sangre sobre el rostro sudoroso. Agarró el fusil y lo atrajo torpemente hacia sí.

—No importa. Voy a... a quedarme un rato aquí sentado, jefe. ¿De acuerdo?

Iván arrojó la máscara antigás a un rincón y se agachó.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

Kuznetsov trató de sonreír. Le habían quedado los labios pálidos. Tenía el rostro blanco.

—No muy bien, jefe. Esa bestia... me ha pillado. ¿Cómo ha podido suceder? He sido demasiado lento. Pero soy un *digger*. Soy un di... —Trató de respirar y

se quedó a la mitad. Como si lo hubieran desconectado.

La cabeza se le quedó colgando sobre el pecho.

Murió con el fusil en el brazo.

—Eres un *digger*, Misha. Un *digger* de verdad.

Iván se puso en pie. Había llegado el momento de ir a por las bestias. «No, alto.» Iván se inclinó una vez más, agarró el fusil que se había quedado en el brazo sin vida de Kuznetsov y le sacó el cargador que llevaba en el chaleco.

Kuznetsov no reaccionó de ninguna manera. Sus ojos grises se habían quedado sin luz y no miraban a Iván.

El *digger* tomó una granada, le quitó la anilla y la preparó bajo el brazo de Kuznetsov. La tercera regla: no abandonar el cadáver de un camarada caído para que las bestias se lo coman.

«Lo siento, Misha, pero no puedo hacer nada más por ti.»

Después de instalar la ametralladora en la repisa de la ventana, el Überführer contemplaba su último cinturón de cartuchos con rostro pensativo.

—Apenas nos queda munición. En una vida anterior lo llamaban crisis financiera.

Iván cambió el cargador. No sabía a qué se refería exactamente el *skinhead* con lo de crisis financiera, pero, en cualquier caso, les quedaban muy pocos cartuchos. El ruido que se oía fuera de la casa era cada vez más fuerte: gruñidos, aullidos, gimoteos y pisotones.

¿Cuántas bestias debía de haber?

—Nuestra única esperanza es que se les acaben los monstruos —dijo el Überführer, y abrió fuego.

A base de carreras breves entre posiciones resguardadas lograron dejar atrás la mitad de un bloque de viviendas. Estaban casi en la estación del Báltico cuando de pronto apareció un corredor y derribó al Canoso contra el suelo. Antes de que pudieran acribillarlo, hundió las garras en el muslo del *skinhead*. O las púas. Iván no había logrado ver bien qué era lo que el monstruo tenía en las zarpas.

¡Maldita sea! Tuvieron que refugiarse de nuevo en un apartamento. Una vez más, el aullido de las bestias frente a la casa. No podrían escapar de allí con el herido. El viejo *skinhead* lo sabía igual de bien que sus camaradas.

El Canoso apartó al Überführer y se puso en pie. Tenía el pantalón empapado en sangre.

—¡Dima! —protestó el Überführer.

—¡Lárgate! ¿Dónde tengo el arma?

—Aquí. —Iván le puso en la mano al Canoso la gastada Saiga.

—Yo les detendré, no os preocupéis —dijo el viejo *skinhead*, y sonrió—. Desde la niñez he soñado con poder decirlo algún día: que les vaya bien, mis señores mosqueteros. Espero que volvamos a encontrarnos en circunstancias más felices.

—¡Dima! —El Überführer se levantó de un salto. Se volvió hacia Iván en busca de ayuda—. ¡Y tú, di algo!

—Déjalo —dijo el Canoso, sosegado—. Über, no me estropees el discurso de despedida. ¡D'Artagnan... cartuchos!

Sin decir palabra, Iván le pasó un par de cargadores sujetos con cinta aislante.

—Una granada.

Iván le dio una.

—Cuchillo, gafas —dijo el Canoso para terminar el pedido—. Y ahora, marchaos.

El viejo *skinhead* se volvió. Con toda su tranquilidad, depositó el arma y la munición en el marco de la ventana.

«Qué cosas —pensó Iván, mientras contemplaba la espalda de aquel hombre malherido—. Sea o no sea un fascista, no se puede decir que le falte valor.»

—Yo los detendré, no temáis.

Dos casas más allá, Iván y el Überführer vieron claro que no podrían librarse de las bestias.

Se oyó un disparo en la oscuridad. Se detuvieron un instante e intercambiaron miradas. Los visores redondos de la GP-4 barata relucieron a la luz del alba.

Iván lo dio a entender con gestos: «Adelante.» Y: «Oídos atentos.»

El Überführer asintió.

Atravesaron un patio a la carrera. Oyeron a sus espaldas el colérico aullido de las bestias. Se detuvieron unos instantes para recobrar el aliento. El *skinhead* buscó dentro de su bolsa.

—¡El muy cerdo! —exclamó de pronto.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—El hijo de puta del tendero, que me coló una granada sin detonador. —Le enseñó a Iván la granada de mango RKG-2 y el tubito del detonador cubierto de

plomo.

—Pues qué mierda —corroboró Iván—. Bueno, ¿qué pasa? ¿Es que queremos echar raíces aquí?

Corrieron hasta la siguiente entrada y se atrincheraron en un apartamento de la planta baja. El *Überführer* se quitó la máscara de la cabeza. El rostro sudoroso le brillaba.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Iván.

—Tengo calor —respondió el *skinhead*—. Y, por lo demás, muchacho... no me quedan ya ganas de ir por ahí con una máscara antigás. Mandela... Yura tenía razón. Este mundo tiene que cambiar.

Iván arrugó la frente.

Había llegado el momento de filosofar sobre el destino de la humanidad. Cuando ya no les quedaban cartuchos.

Las bestias les perseguían con frustrante obstinación. Y en algunas ocasiones, Iván creyó ver la figura del «pasajero» en la lejanía. ¿O tan sólo se lo había imaginado?

«No.» Iván negó con la cabeza. No se lo había imaginado.

«Y si no estoy equivocado —pensó el *digger*—, entonces nuestro “pasajero” no es otro que el legendario *blokadnik*. Pero no voy a poder contárselo a nadie.»

—¿Vas a venir a mi boda?

El *Überführer* se apartó de la ventana y miró a Iván.

—¿Me invitas?

—Sí.

—¿A un fascista de mierda y encima inepto?

Iván sonrió.

—No, Andrey. A un camarada y... *digger*. Bueno, ¿qué? ¿Vas a venir?

El *Überführer* inclinó su cabeza rapada, que había vuelto a cubrirse de pelos grises y duros, y contempló a Iván con sus ojos azules y taimados.

—¿Y si voy de verdad? —El *Überführer* tiró de la palanca de tensión. ¡Clac! La palanca retrocedió. Ya estaba—. ¿No lo lamentarías?

—Por supuesto que lo lamentaría, pero, de todas maneras, espero que vayas —contestó Iván.

El *digger* abrió el cierre del Kalashnikov. Ya no quedaban cartuchos dentro. Siempre lo mismo. Agarró el cargador de repuesto y lo vació en la mano: tan sólo le quedaban dos cartuchos. Los metió en el cargador. Entonces se volvió hacia el *Überführer*.

—¿Qué? ¿Cantamos?

—¿Y por qué vamos a cantar?

El Überführer apoyó el fusil ametrallador en el marco de la ventana. Los cartuchos se habían acabado. Afuera, tras la pared de la casa, Iván oía el correteo de las bestias descontroladas y los resonantes pasos pesados, de pesadilla, del *blokadnik*.

—Porque sí. —Iván sonrió. Se sacó una granada del bolsillo de la chaqueta y la colocó a su derecha. El cuchillo, a su izquierda—. Lo he visto en una película. Dos amigos se quedan sin cartuchos y uno le dice al otro: «Si cantamos una canción, el enemigo se asustará. Y se marchará.»

El Überführer suspiró. Empuñó la escopeta de doble cañón y cargó el último cartucho. Los gatillos hicieron un clic.

—¿Piensas que el enemigo se enterará y se asustará de verdad? —preguntó el *skinhead*—. Yo también he visto la película.

—En realidad, no. Pero podríamos intentarlo.

Silencio.

—Cantemos, camaradas de batallas... por la gloria de Leningrado —cantó el Überführer en voz baja. Más que cantar, casi hablaba.

—La fama de la ciudad heroica... —cantó Iván al unísono.

—... llega al mundo entero.

—Nuestros padres lucharon por ella, sonaron los cañones...

—A la de tres —susurró Iván.

El Überführer asintió brevemente y siguió cantando.

—Y siempre desafía a todo enemigo...

Iván se asomó a la ventana y arrojó la última granada en medio de la jauría de monstruos.

—... nuestra eterna Leningrado.

¡Pum!

El Überführer se volvió hacia Iván. Éste asintió: «¡Vámonos!»

—¡La ciudad santa, que viva! ¡La ciudad eterna, que viva!

Con el estribillo en los labios, salieron por la puerta del edificio. Iván disparó sus últimos cartuchos a la cabeza de un corredor. La bestia se tambaleó. Iván se arrojó sobre ella y la golpeó con la culata del Kalashnikov. Una y otra vez. Brotó una sangre extraña, más parecida al agua.

Un estampido a espaldas del *digger*. El último disparo de la escopeta de doble cañón. Palabrotas muy vulgares del Überführer y golpes sordos de un

objeto duro que se estrellaba contra carne blanda.

Iván se volvió. El Überführer arrojó lejos la escopeta de doble cañón, que se le había doblado, e hizo un gesto con la cabeza.

Se marcharon corriendo.

Las ruinosas murallas de la ciudad santa contemplaron con satisfacción a los descendientes de los antiguos héroes.

—Márchate ahora —dijo el Überführer, y se sacó la granada del cinturón.

Un monstruoso perro pastor se había plantado frente al *skinhead*. Tenía los ojos turbios, como cubiertos por un velo de niebla. Gruñía.

—¿Y tú? —preguntó Iván.

En su Kalashnikov tampoco quedaban cartuchos.

—Yo me preocupo por mis circunstancias y tú por las tuyas. Márchate con tu prometida. Vete de una vez. Yo te seguiré. —El Überführer se despidió de él con la mano que tenía libre—. Mucha suerte.

El perro pastor le enseñó los dientes y saltó. El Überführer levantó el brazo.

Zac. Un gañido.

El *skinhead* agarró la granada de mango cual lanzador de béisbol y golpeó al perro echado en el suelo hasta que éste enmudeció. Quedó cubierto de sangre y al fin lo dejó tranquilo.

El Überführer respiró hondo. Allí arriba se respiraba con tanta facilidad... era simplemente fantástico.

—¡El ser humano es la cúspide de la evolución! —gritó—. ¿Es que no lo sabíais, bestias malditas por Dios? Desde el Amur hasta las orillas del Danubio, desde la taiga hasta el Cáucaso, el hombre camina con alegría por nuestra tierra... —El *red skin* caminaba a grandes zancadas, en libertad— ... y la vida fue gozo y bienestar.^[32]

De pronto, oyó pasos a sus espaldas y olió un aliento fétido que brotaba de unos pulmones monstruosos.

El Überführer se detuvo e inclinó la cabeza con recelo.

«Pero la vida siempre nos da sorpresas. Tan buen punto nos felicitamos por estar en lo más alto de la pirámide alimentaria, aparece otro que lo ve de otra manera.»

El Überführer se volvió. Marchó hacia la bestia con la granada de mango ensangrentada en la mano.

Ahora sí que va a ser divertido.

—¡Animal de mierda! —clamó—. No tienes ni idea de con quién te enfrentas. ¿Qué te pasa, engendro? ¿Estás cagado? Te enfrentas a *skins*, ¿lo entiendes?

El monstruo gris soltó el aliento poco a poco. Y volvió lentamente la cabeza.

—Si hasta me das pena —dijo el Überführer—. De verdad.

20-Bodas de sangre

EL golpeteo de las ruedas de la dresina. El murmullo del motor. Una ciudad gris emerge de la niebla.

San Petersburgo.

Tierra del agua fría.

Y de la tierra fría.

Tierra fría.

Tierra fría.

—¿Insiste usted en afirmar que estuvo en la central nuclear de Leningrado?

La cegadora luz se le metía en los ojos. Le habían pegado una lámina transparente encima de éstos. Iván apartaba la cabeza, pero no podía escapar de la luz.

—Sí.

—¿Y afirma usted que la vida en la superficie es posible? —siguió diciendo la misma voz.

La luz era un tormento. Iván empezó a agitarse. Las cadenas no le dejaban ningún margen de movimiento. No, nada de cadenas. Cinta adhesiva.

Una vez más, se esforzó por moverse, pero no le sirvió de nada. La cinta adhesiva no se puede estirar.

«La cinta adhesiva es un gran invento, ¿verdad que sí?»

—No. Yo no he dicho eso.

—Pero, ¿en la central nuclear viven seres humanos?

Fyodor Bakhmetyev: «Es y será siempre hijo mío.»

—Sí.

Unos días más tarde, Iván respondió a la pregunta «¿Estuvo usted en la central nuclear de Leningrado?» con un «no» y lo dejaron libre.

Por primera vez, le dieron incluso papeles, ropa y cartuchos.

Iván estaba de pie en el andén y no sabía qué tenía que hacer. Oyó ruido de

máquinas. La gente iba atareada de un lado a otro. Olía a hojalata calentada. Entonces lo vio claro: se encontraba en la Technoloshka.

—¿Vanya? —dijo alguien a sus espaldas—. ¿Cómo está usted?

Iván se volvió. Era el profesor Vodyanik. En persona.

El profesor le permitió que se quedara en su casa y le dio de comer.

—Y ahora cuéntemelo todo —dijo.

Iván se encogió de hombros, y a continuación se lo contó todo. Los hechos tal como eran. Quién. Dónde. Qué. Por qué.

—Así son los tiempos que corren —comentó el profesor, pensativo, tras haber oído la historia de la muerte de Krassin—. Nosotros mismos elegimos quiénes somos. Sólo en el metro es posible que alguien que abandonó los estudios se presente como profesor, doctor, o incluso corifeo de la ciencia. Y que los demás se lo crean.

—¿De quién habla usted, profesor? —preguntó Iván, extrañado—. ¿Qué quiere decir?

—Sólo aquí, en el metro, es posible que un fracasado, un hombre a quien echaron de la Escuela de la Marina durante su primer año, por borracho y por mal estudiante, capitanee un submarino. Con competencia, hay que reconocérselo. Y que luego muera en su puesto como un verdadero oficial de navío. El metro es un buen lugar para fracasados. Para héroes fracasados.

Iván reflexionó.

—Quizá tenga usted razón, profesor. Quizá.

El *digger* contempló a Vodyanik. Mientras ellos emprendían el viaje a la central nuclear de Leningrado, el profesor había envejecido a ojos vista. Los mechones blancos se habían vuelto muy visibles en su barba tupida y negra. Tenía las sienes canosas. La cara, enflaquecida y flácida.

—¿Va a regresar usted a la *Vaska*?—preguntó Iván.

—Eh... no —respondió el profesor con cara de culpable—. Me han ofrecido un puesto en este lugar. Aquí, en la Technoloshka. ¿Sabe usted, Vanya? Yo... siempre había soñado con esto.

—Lo entiendo —contestó Iván.

—No le olvidaré jamás... —dijo Vodyanik con voz entrecortada, y luego enmudeció.

Se le humedecieron los ojos. Unas pocas lágrimas le relucieron en la barba.

—Sí. —Iván le dio la mano—. Que le vaya a usted bien, profesor. Quizá volvamos a vernos algún día.

El Muro del Recuerdo estaba hecho de placas de metal sobre las que se habían escrito los nombres de los muertos y los caídos.

En el suelo, al pie del muro, había vasos y jarras con aguardiente malo. Las habían cubierto con galletas duras. Ardían unas pocas velas. Emitían una luz cálida y desprendían un olor a parafina caliente.

—Se va a casar —dijo Sonis.

Iván mantenía una cierta distancia, como si no se conocieran. Mientras estuviese allí, en el territorio de la Alianza, prefería pasar inadvertido.

Sonis no había cambiado en nada desde la última vez que se habían visto. Era igual de bajito, descarado y parlanchín. Siempre había sido duro por dentro. Si no, no habría logrado hacerse *digger*.

Como telón de fondo, el ajetreo de la Nevski prospekt. Iván sintió un temblor en las mejillas. La noticia no era inesperada.

—¿Qué más tendría que saber?

Sonis se encogió de hombros. Sus ojos astutos miraban bajo su mata de cabello pelirrojo y rizado. Ojos de tirador de precisión.

—La Mayakovskaya se encuentra todavía bajo el control de la Alianza, la Ploshchad Vosstaniya se va a independizar dentro de poco. Si hasta se rumorea que Ahmed va a recuperar el trono. Pero como monarca constitucional. ¿Te sorprende? A mí no. Si me lo preguntas a mí, no...

—¿Y qué otras noticias hay? —le interrumpió Iván.

—Ahora la Vassileostrovskaya tiene electricidad. Y sin restricciones. Qué historia más curiosa. Dicen que lo han conseguido gracias al nuevo comandante. No estoy seguro.

—¿Y quién es ése? —preguntó Iván—. ¿El nuevo comandante?

—Tu viejo amigo Sasonov. Se lo sabe montar bien, ¿verdad que sí?

Iván le lanzó una mirada interrogadora a Sonis.

—No pareces muy entusiasta.

—Sasonov no me ha gustado nunca —confesó Sonis—. No sé por qué. La verdad es que no lo aguanto.

Iván señaló al muro con un movimiento de cabeza.

—¿Y él?

—Hace mucho tiempo que le da todo igual —respondió Sonis, y se marchó.

Crujido de tela.

En cuanto el *digger* se hubo marchado, Iván levantó los ojos. Del muro colgaba un pequeño cartel blanco en el que estaba escrito: «Alexander

Shakilov.» «Hasta siempre, amigo mío.»

Iván dio una vuelta por la estación.

—¿Quieres ver una de dibujos animados? —preguntó un hombrecillo con voz débil.

—¿Una qué? —en un primer momento, Iván no lo entendió.

—Una de dibujos animados. Una nueva. Sólo para los buenos clientes. Polvo violeta. No es muy barata. Pero merece la pena. La hicieron en la *Vaska*. Va a ser el mejor viaje de tu vida, de verdad.

De la *Vaska*. Iván se quedó de piedra. Los puños se le cerraron solos.

Polvo violeta. Se ha acabado en esto.

—¿Dónde has dicho? —preguntó al hombre, y lo agarró por el cuello de la camisa.

Vio el miedo en sus ojos y lo soltó.

«¡Iván! ¡No!»

Lo apartaron del camello entre tres. Luego le dieron una paliza. Iván sintió que se le partían las costillas del costado derecho. Lo metieron en una habitación y lo arrojaron sobre un camastro. Estiró el cuerpo y se volvió hacia la pared.

«Estoy muerto», pensó Iván.

El *skinhead* agarra el aparato con la mano y mira la pantalla.

—Tom Waits —lee en voz alta el *Überführer*—. Es verdad, había un cantante que se llamaba así.

—Blues —dice Kosolapy. El reproductor de CD es suyo.

—Sí, blues.

El *Überführer* y Kosolapy asienten a la vez.

«Yo ya sabía que se llevarían bien —piensa Iván, ensimismado—. Qué lástima que no llegaran a conocerse.»

Kosolapy toma la cajita blanca y aprieta un botón. Empieza la música. La familiar voz rasgada canta sobre un sábado por la noche y sobre la luz cálida en la terraza de un café. Y sobre una guapa camarera, el único motivo por el que ha merecido la pena quedarse en el deplorable local. Adiós. Es hora de ir a coger el autobús.

—Vivir en San Petersburgo y no escuchar blues era como vivir en Tula y no comer pan de jengibre. O... —Kosolapy se lo piensa—. Como vivir en Tula y no tener un samovar.^[33]

—Exacto. O como para una mujer vivir en Ivanovo y no ser virgen.^[34] Has

empezado tú con las comparaciones... lo que corresponde en cada caso...

—O como vivir en Tula y no guardar un Kalashnikov en el armario.

—¡El pan de jengibre es una comida de maricas! —dijo el Überführer.

—¡Y el Kalashnikov es un arma para machos que no lo son! —Kosolapy reflexiona y chasquea los dedos—. ¿Quién es el presidente? ¡Putin, por supuesto!

—Y qué más da —responde el Überführer, con la frente arrugada—. A ése ya no hay gallo que le cante en San Petersburgo.

—Tíos, que me ponéis nervioso —dice Iván—. Dejadme dormir de una vez.

Le da puñetazos a la almohada y hunde la cara en ella. De pronto, un escalofrío gélido recorre su cuerpo. ¿Y si ahora me despierto y me encuentro con que no están? Pero Iván se obstina en quedarse echado. La almohada es áspera al tacto y huele a sudor viejo.

—¿Qué le ocurre a ése? —pregunta el Überführer.

—Ah, ese tío ha sido siempre así —Kosolapy bosteza de buena gana—. Pasa de él. ¿Has escuchado la canción?

—Sí, es genial —dice la voz del Überführer.

—Mira. Escucha la siguiente...

«Qué fanático, joder», piensa Iván, y no puede evitar una sonrisa. Ahora la almohada está mojada. Huele a humedad y a holgura.

—¿Podrías proporcionarme un arma? —preguntó Iván.

Sonis sonrió.

—Lógico. ¿Qué querías?

En el centro de mantenimiento reinaba siempre esa penumbra húmeda en la que se abría paso la luz amarilla de la lámpara de carburo. El trapo blanco colgaba todavía del palo de bandera oxidado. Sin embargo, algo había cambiado. Iván había cambiado.

Al oír sus pasos, el tío Yevpat apartó los ojos del libro. Sus gafas relucieron.

—¿Has vuelto? —preguntó con voz lapidaria, como si Iván hubiera salido tan sólo unos minutos a pasear.

El tío Yevpat tenía las mejillas chupadas y la frente arrugada. Parecía viejísimo.

—Sí. Hola, tío Yevpat. ¿Cómo estás?

Iván se sentó.

—He oído lo de Tanya —dijo Yevpat—. ¿Piensas que alguien te ha traicionado?

—Nadie ha traicionado a nadie —respondió Iván—. Simplemente, he tardado demasiado en regresar.

«Nadie ha traicionado a nadie», pensaba Tanya.

«La cosa fue así. Los hombres se marcharon.

»El conejillo de Indias gimotea cuando tiene hambre. O cuando quiere que le presten atención. Los hombres son criaturas primitivas. Por eso tienen brazos fuertes. Brazos de hombre. Es asombroso.»

Tanya sintió deseos de quedarse sentada y divertirse con la paradoja: que los hombres —basta con mirar a uno cualquiera— tengan brazos de hombre. Era como si se hallaran ante sus ojos: brazos fuertes, cubiertos de vello oscuro. No son lisos y suaves, sino que parecen hechos con acero en bruto. Las venas les sobresalen de la muñeca. Iván había tenido unos brazos como éstos.

«Tan sólo cuando te toma en sus brazos te das cuenta de lo fuerte que es. Increíblemente fuerte. Será que el material es distinto. Una mujer no es mucho más pequeña, pero a duras penas puede soñar con tener una fuerza como ésta...

»Sobre todo cuando la necesita con urgencia.»

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Tanya. Sasonov acababa de marcharse.

Iván había tenido dos amigos, sus mejores amigos. El primero de ellos estaba tullido y el segundo se había vuelto un ladrón.

Pasha había estado enamorado de ella desde el principio. Tanya lo había notado. Pero no le había dado importancia. Se había guardado todos los pensamientos que tuviera al respecto en un almacén, en un trastero olvidado en el que nadie entraba. Pasha había estado enamorado de ella, pero nada más. Había sido amigo de Iván, cuando Iván aún vivía. Cuando Iván era de Tanya.

Y no un héroe, asesino y psicópata semilegendario.

Volvió la cabeza y contempló la reja de la puerta.

Al cabo de poco rato, se oiría el ruido de los cerrojos y el chirrido de las bisagras sin engrasar. Pasha entraría. Acompañado por el rumor de las ruedas. Summ, summ, summ.

Cuando regresó después de los acontecimientos de la Vosstaniya, a duras penas lo había reconocido. Pasha se había transformado. Se había vuelto introvertido, odioso y malvado. Se comportaba con grosería, y a veces era evidente que quería herirla. Como si hubiera sido culpa suya que Iván ya no viviera y que Pasha sí siguiera con vida, pero ya no pudiera caminar. Ese día lo habían herido y desde entonces se movía en silla de ruedas. Y se castigaba a sí mismo (¡y la castigaba a ella!) por no haber estado aquel día junto a Iván.

Tanya había querido recobrar la amistad. Charlar de manera normal. Sentarse juntos, sin más. Pero ya no le funcionaba. Una y otra vez, Pasha le soltaba groserías, y una y otra vez se peleaban. Tanya suspiró.

—¿Qué se le ha perdido aquí a ese... a ese tío? —Sasonov no llamaba nunca a Pasha por su nombre.

Tanya se encogía de hombros. No podía prohibirle que viniera. Sobre todo en un momento como ése, inmediatamente antes de la boda.

De hecho, no sabía cómo podía librarse de Sasonov, por lo menos durante algún tiempo. Sasonov la atemorizaba.

Porque en los ojos grises y gélidos de Sasonov, Tanya había visto a una bestia hambrienta.

Bolitas de plástico relucientes danzaban dentro de la bola de cristal. Lentos y graciosos, descendían los copos de nieve. Se posaban sobre el claro nevado, sobre los minúsculos abetos y sobre el techo de la casita también nevado.

Sasonov agitó la bola una vez más y dentro de ésta volvió a nevar. Habría tenido que ser el regalo de bodas de Iván para su novia. Pero no lo sería.

«Porque yo me puse entre ambos», pensó Sasonov.

«Fue muy sencillo.

»Me he adueñado de su cuadrilla de *diggers*.

»De su vida y su estación.

»Le he arrebatado, incluso, esta ridícula bola de cristal.

»Y ahora me voy a quedar con su mujer.

»¿Qué te parece, Iván?

»Todo lo que en otro tiempo fue tuyo ha pasado a ser mío.

»O lo será, tarde o temprano.»

Por supuesto que había tenido que contar siempre con la posibilidad de que algún día Iván no regresara. No se sabe nunca lo que puede suceder con un *digger*. La ciudad vacía, allí en lo alto, había sido su amada. Aunque pueda parecer absurdo, Tanya había llegado a sentir celos de las calles heladas a lo largo del río, de los pretils de piedra y los leones de granito que tan sólo había visto en ilustraciones. La superficie había sido siempre la rival de Tanya. Una rival que era mayor y más inteligente que ella. Que no tenía ninguna necesidad de pretender a Iván, ni de atraerle. De una manera u otra, Iván regresaba siempre con ella.

«Iván, Iván...»

No volvería jamás, ni se apoyaría en las jaulas donde los conejillos de Indias

correteaban y gimoteaban. No volvería a preguntarle a Boris: «Eh, comilón, ¿todavía no te has ido al otro barrio?»

El comilón tenía la vida solucionada.

Tanya contempló la caja de plástico blanco donde estaba escrito: «Grill de cuarzo.» Boris resollaba y hozaba entre las virutas. Al anunciarse el bloqueo, había estado a punto de terminar en la sartén, pero Tanya lo había impedido.

Había luchado por el derecho de Boris a ser el último.

«Me lo habéis quitado todo. Dejadme a Boris, por lo menos.»

Tanya anduvo entre las hileras de cajas. Llevaba en la mano una olla que había preparado con restos de la comida que consumían los humanos: setas, tallos de plantas, algas y demás. Un caldo humeante. Durante la época del bloqueo, la vida se había vuelto mucho más difícil.

Iván había muerto.

Se había marchado al otro barrio.

En cierta manera, Tanya se había acostumbrado ya a la idea. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, Tanya era de hierro. Dura como el acero.

El Señor de los Túneles había callado obstinadamente en las tinieblas y había tenido a punto su árbol de tubos con la corona herrumbrosa. A punto para un nuevo sacrificio.

Y las cintas de colores habían crujido al viento.

«No va a regresar. Jamás.»

Pero luego había sabido que Iván aún vivía. Que había querido matar a alguien en la Nevski, por el motivo que fuera. Que era un asesino y un loco, y que no lo habían proclamado asesino y loco por respeto para con los caídos. Que había regresado a la vida y que lo habían castigado con toda severidad por sus crímenes.

Estupendo, ¿no?

Tanya tenía la extraña sensación de que le habría bastado con volverse y lo habría visto en el pasillo, inclinado sobre las jaulas, con su sonrisa burlona en el rostro.

Labios agrietados. Brazos fuertes.

E irradiaría paz. Tanya se iba a volver de un momento a otro y lo vería.

«¿Por qué no has venido?», se preguntaba Tanya para sus adentros.

«¿Qué es lo que te lo ha impedido?

»¿Es que ya no me quieres?

»¿Acaso tu amada, allí arriba, en su desierto de piedras muertas y azotadas

por el viento, no tiene nada mejor que hacer que llevarte una vez más consigo?

»Una Reina de las Nieves.^[35] Eso es lo que es.

»La tierra húmeda a orillas del Neva.

»Una perra fría y celosa.»

Sasonov tenía la bola en la mano. La luz de la lámpara jugueteaba en su interior. Las huellas grasientas de sus dedos se quedaban marcadas en el cristal.

¿Qué podía haber visto Iván-Tontován en aquel juguete?

Sasonov levantó bruscamente el brazo con el que lo sostenía y lo arrojó contra un rincón. ¡Clac! Se rompió en mil pedazos. Las bolitas plateadas quedaron flotando en un pequeño charco.

«Lo mismo le sucederá a ella. A tu Tanya, Iván.»

Sasonov se puso en pie. Había llegado la hora de cambiarse. La ceremonia estaba a punto de empezar. Memov, el viejo cabrón, llegaría pronto. Sasonov sonrió con malicia. No quería que se le escapara.

—¿Quién es mi padre? —pregunta Iván—. No lo he preguntado nunca, pero...

Yevpat levanta los ojos.

—Entonces, ¿nunca te lo ha dicho nadie? Es el general Memov.

«Vas a matar a tu propio padre.» Láquesis.

Iván asiente, dando a entender que lo comprende. El estallido emocional que habría sido de esperar no se produce. Tan sólo siente un vacío interior.

—Después de que tu madre se marchara contigo, Memov te buscó —cuenta Yevpat—. Pero no te encontró, porque tu madre no quería. La ayudé. Yo era vuestro guardaespaldas, pero tú siempre me has llamado tío.

—Sí, eso fue antes. Pero ¿y ahora? —pregunta Iván—. ¿Cómo es que estás siempre conmigo?

—Podría muy bien ser que, en realidad, no estuviera. —El tío Yevpat contempla a Iván—. Podría muy bien ser que no sea yo quien habla contigo, sino tu tumor cerebral. O tal vez un viejo hematoma. Te dieron un golpe cuando eras niño, ¿te acuerdas? Por si te interesa, te diré que el coágulo de sangre que se te quedó alojado en el cerebro no se ha disuelto... te ha torturado a menudo.

—¿Qué es lo que tengo que hacer? —pregunta Iván.

—¿Te acuerdas de que en su momento viniste a verme y me preguntaste si tenías que casarte?

—Sí. Y tú me respondiste: «Cásate.»

—Exacto. —El tío Yevpat contempla a Iván con melancolía—. ¿Y si te hubiera dicho que no te casaras? ¿Qué habrías hecho entonces?

—Me habría casado igualmente.

—¿Cómo es eso? —Yevpat reacciona con estupefacción—. ¿Acaso te he dado alguna vez un mal consejo?

—No, todos han sido buenos —responde Iván.

—Pues entonces, ¿por qué no habrías seguido ése?

Iván cierra los ojos y los vuelve a abrir.

—Porque ésa es una decisión que quiero tomar yo solo. Me corresponde a mí.

El tío Yevpat lo mira severamente a los ojos.

—¿Y estás dispuesto a cargar con las consecuencias de tu decisión?

—Sí —responde Iván, tras un breve momento de duda.

—¿Con todas las consecuencias, sin peros y excusas?

Se hace una pausa. Una larga pausa.

—Sí.

—Ya eres adulto. —El tío Yevpat sonríe—. Has aprendido muchas cosas desde la última vez que nos vimos. Ahora eres un hombre. Un soldado. Le prometí a tu madre que me ocuparía de ti, pero me morí. Quizá no fuera la mejor opción... regresar de esta manera. Seguramente no. Pero he estado contigo durante todos estos años. Te he acompañado en el paso de la niñez a la adolescencia. He asistido a tu cólera y tus lágrimas, tus victorias y tus derrotas. Has comprendido lo que significa la libertad. Probablemente, ésa es la última lección que te he impartido. La has hecho tuya.

—La responsabilidad por la vida de otro... ¿eso es la libertad?

Iván mira a los ojos a su tío.

—Desde luego —responde Yevpat—. La libertad no consiste en elegir entre un Kalashnikov y una escopeta. La libertad no consiste tampoco en decidir si llevarás el fusil con la mano izquierda o con la derecha. Todo eso son nimiedades que no merecen que se les preste ninguna atención. La verdadera libertad se manifiesta cuando apuntas contra un hombre y decides si morirá o vivirá.

El tío Yevpat reflexiona.

—A veces, la libertad no es más que el derecho a pegarse un tiro en la cabeza.

Iván salió del túnel y se encaramó al andén de la Vassileostrovskaya. Anduvo

junto a las mesas dispuestas para la celebración. Dejó atrás caras alegres que, una tras otra, se volvían de piedra nada más verle. Se propagaba un silencio de muerte.

—Iván —susurraba alguien a sus espaldas—. Merkulov ha regresado.

Los invitados empezaban a murmurar. Y enmudecieron de pronto cuando Iván empuñó la escopeta que había llevado al hombro...

El *digger* miró a su alrededor. El novio y la novia estaban sentados en el centro, como correspondía. A la derecha de la novia se encontraba Pasha. A la izquierda, Katya. Eran los testigos.

El general Memov era el huésped de honor. Miraba con rabia y concentración.

Tanya estaba sentada a la mesa, pálida como un cadáver. Sasonov parecía una estatua blanca vestida con un traje negro.

Sasonov se puso en pie. Abrió la boca, como si hubiese querido decir algo.

Iván apuntó con la escopeta y tensó el gatillo. Los guardaespaldas de Memov estaban a punto de arrojarle sobre él, pero el general los detuvo con un gesto.

—¿A qué viene esto?

—Acuso a ese hombre de graves crímenes —dijo Iván en voz alta, para que todo el mundo lo oyera.

—¿De qué le acusas? —Memov se levantó de su lugar.

—Del robo del grupo electrógeno y de dos asesinatos —respondió Iván—. ¿Basta con eso?

—¿A quién crees que ha matado?

—A Efiminyuk. Y, por lo que yo sé, también a Orlov.

Memov palideció y se volvió poco a poco.

De repente, Sasonov se subió a la mesa y caminó sobre el mantel blanco en dirección a Iván. Los platos y vasos crujieron y se rompieron bajo sus pies. Ya enfrente de Iván, volvió a saltar al suelo. Se había puesto su abrigo beige incluso para la boda. Y llevaba el revólver en la pistolera.

Se hizo una pausa.

—¿Sabes lo que me ha faltado al no tenerte a ti? —preguntó Sasonov.

Iván tenía los ojos puestos en su mano. Aún no se había movido, pero en cualquier momento trataría de agarrar el revólver. No podía permitir que ese momento le pasara por alto.

—No —respondió.

—Me ha faltado la paz de espíritu. ¿Piensas que habría sido capaz de

matarte?

—¿Ah, no? —Iván enarcó las cejas.

Los dos cañones de la escopeta apuntaban al pecho del que había sido su amigo.

—También lo había pensado yo. No, Iván... —Sasonov calló.

«A qué esperas —pensaba Iván—. Desenfunda de una vez el maldito revólver.»

—Tenías razón con eso que dijiste sobre mi conciencia... —prosiguió Sasonov.

—Ah, ¿de verdad?

«¡¿Cuándo va a desenfundar ese maldito?!»

—No me crees. —Sasonov negó pausadamente con la cabeza—. No importa. Ahora poco importa que me creas o no. Tenía que decírtelo. Lo siento.

Iván callaba. Vio por el rabillo del ojo a Pasha y Tanya sentados a la mesa. Pero ya le daba todo igual.

—Yo habría querido... me entiendes... —Sasonov contemplaba a Iván con una extraña mirada interrogadora—. Que todo nos hubiera ido bien.

«La libertad no consiste en elegir entre un Kalashnikov y una escopeta.»

—¿Quieres que nos enfrentemos en un duelo limpio? —dijo Iván, bajando el arma.

—Sí. —La inimitable sonrisa maligna de Sasonov apareció de pronto en su rostro. Era una sonrisa como el propio Sasonov: segura de sí misma y tranquila—. Un duelo limpio.

—¿En la Primorskaya?

—De acuerdo. —Sasonov se manoseó el abrigo, se puso bien la pistolera y enderezó la espalda—. Allí, donde destrocé el maldito grupo electrógeno. Sería una faena limpia. Podrías incluso repetir tu célebre Batooon...

En ese instante, la mano de Sasonov salió disparada.

Iván levantó la escopeta y disparó sin apuntar. Pum. El retroceso le martilleó el hombro. Sasonov se fue hacia atrás y tropezó contra la mesa. Se oía el entrechoque de vajillas. La gente gritaba. ¡Pum! El disparo del segundo cañón. Sangre. Como a cámara lenta, Sasonov se cayó de espaldas sobre la mesa. Tenía los ojos como desorbitados, atónitos. El rostro, bien proporcionado. Sin mácula. Y perplejo en extremo.

Sasonov escupió sangre.

—¿Qué ha sido eso? —Se puso a toser—. Estoy... daos prisa...

Una mancha roja tomaba forma rápidamente sobre el abrigo beige.

Iván bajó la escopeta. Los cañones humeaban. Echó una mirada a la silenciosa multitud de los reunidos y se acercó al muerto que en otro tiempo había sido amigo suyo.

—Vadim... —dijo Iván, y cerró los ojos del cadáver.

Después de la pelea con el camello de la Sennaya y del sueño con Kosolapy y el Überführer, se había pasado varias horas echado sin moverse, con los ojos vueltos hacia la pared. Así había pasado la noche.

Al llegar la mañana, se puso en pie, se lavó, se afeitó, e incluso se lavó la ropa. Mientras la ropa se secaba, trazó planes para lo que iba a hacer a continuación. Al cabo de unas pocas horas, se vistió con la camisa de marinero, los pantalones y la chaqueta. La ropa aún estaba húmeda, pero el *digger* se sentía preparado y no quería esperar más.

Pagó por la pernocta (tres cartuchos) y pidió desayuno. El caldo no sabía a nada, pero se lo comió hasta la última cucharada. Luego echó a caminar por el andén. Iván buscaba a unas personas muy concretas. O más bien, a unas personas muy especiales.

El nudo de estaciones Sadovaya-Sennaya-Spasskaya era un revoltijo de diferentes lenguas y nacionalidades. La Babilonia del metro.

Encontró a un joven gitano y le hizo un gesto para que se le acercara. Le puso un cartucho en la mano. A cambio, quería que el joven lo llevara con el jefe de los gitanos.

—¿Y por qué piensas que vamos a ayudarte? —preguntó este último, después de escuchar a Iván.

—Porque los ángeles os lo ruegan. —El barón se sobresaltó—. Mario Lanza —añadió Iván.

El jefe de los gitanos le lanzó una mirada interrogadora y se manoseó la barba.

—Dígale usted que Iván Gorelov estuvo aquí. Él ya entenderá.

Al cabo de pocas horas, Iván se encontraba ya en la Nevski prospekt. El *digger* se había puesto unas abigarradas vestiduras de gitano que dificultaban que alguien lo reconociera. Una vez allí habló con Sonis, se enteró de la boda que se preparaba y de la muerte de Shakilov.

Iván dejó que pasara un momento y luego se metió por un conducto que desembocaba en el túnel de enlace entre la Nevski y la Gostinka. Mientras unos jóvenes gitanos montaban guardia frente a la madriguera, Iván recorrió el largo

pasadizo de hormigón hasta llegar a una puerta de metal gris.

«¿Unas instalaciones secretas, dice usted? Sí, podrían llamarse así.»

No había cambiado nada desde la última vez. Incluso las piedras que Iván había arrojado seguían en el mismo lugar. El ojo redondo y negro de la ametralladora instalada en el techo le observaba. Iván suspiró. Había llegado el momento decisivo. Como si de un milagro se tratara, el *digger* aún conservaba la tarjeta de plástico. Una especie de sexto sentido le había dicho que la escondiera durante el camino que llevaba de la Baltiskaya hacia el centro, antes de que los hombres de la Technoloshka lo detuviesen e interrogaran.

Por el motivo que fuera, había tenido esa idea.

En cierto sentido, Iván comprendía a los gasóleos. Astrólogo había muerto y su disparatada teoría sobre la central nuclear de Leningrado no interesaba a nadie. ¿Por qué iba a interesarles? Tenían corriente eléctrica.

La Technoloshka no quería cambios.

Bien pensado, nadie quiere cambios.

¿Y ahora qué? Iván hizo acopio de valor y se dirigió a la puerta metálica. El cañón de la ametralladora se puso en movimiento... Iván sostuvo la tarjeta de plástico sobre la cabeza, como un escudo. No tenía ni la más mínima idea de cómo podían funcionar los sistemas de defensa de un lugar como aquél.

¿Un cañón de microondas, dice usted?

Iván se preguntaba en qué momento habría disparado, en qué momento habría transformado al curtido *digger*. Enigma en un anciano ciego y excéntrico. ¿A tres pasos de la puerta? ¿O a dos?

Iván se acercó un poco más y se detuvo enfrente de la puerta. La pintura roja estaba cubierta por una capa de polvo. El cartel «Prohibida la entrada al personal no autoriz» a duras penas se podía leer. Iván sintió un hormigueo en el cogote. La «ametralladora» observaba al *digger* desde arriba. Iván aguardó. No ocurrió nada.

Contempló la puerta más de cerca. Tenía el corazón tan acelerado que debía de oírse desde la superficie. Daba igual. Un momento...

Al mirar mejor, se fijó en un pequeño círculo metálico que apenas si se diferenciaba de la puerta. Iván dudó brevemente y luego sostuvo la tarjeta de plástico frente al círculo.

Bumm, bumm, bumm. Su corazón.

Durante el inacabable instante antes de que sonara una señal al fondo y se encendiera un diodo verde en la puerta, todos los acontecimientos anteriores

desfilaron por la mente de Iván: la guerra, el robo del grupo electrógeno, el asalto a la *Mayak*, la traición, el asesinato, el arduo retorno, la central nuclear, el ataque de las bestias.

Se le aparecieron rostros. El Überführer con su cara cubierta de marcas y sus ojos azules de depravado. Misha, que había llegado a convertirse en *digger*. Mandela, que no quiso seguir llevando la máscara antigás en la superficie. Astrólogo. Shakilov. El Canoso. Lali. Mario. Todos ellos...

«Tanya —pensó Iván—. Ahora todo ha terminado. Me van a matar.»

Y, de pronto, se encendió la lucecita verde.

Plop. La señal. Clac. La puerta se abrió poco a poco.

Iván le cerró los ojos al muerto y se incorporó. Recorrió con la mirada a los invitados de la fiesta. Silencio de muerte. Tanya se había puesto en pie de un salto. Tenía el rostro blanco como la tiza.

El general le miraba, consternado.

—Eres un hombre asombroso. ¿Por qué no podías estar con los míos, Iván?
—Negó con la cabeza—. Pero ahora es demasiado tarde. Por desgracia. —Se volvió hacia su gente—. ¡Apresadlo!

Los guardaespaldas vestidos de negro apuntaron a Iván con sus fusiles y se le acercaron por ambos lados. «Esto tiene mala pinta», pensó el *digger*, y bajó la escopeta. No le quedaba tiempo para cargarla.

—Sabías muy bien que aparecer por aquí era un suicidio —dijo el general—. ¿O no?

—Pues claro que lo sabía —respondió Iván.

—Entonces, ¿por qué has regresado?

«A veces, la libertad no es más que el derecho a pegarse un tiro en la cabeza.»

—Siento haber huido antes. Hay que castigar la maldad, general. Ésa es mi opinión.

Iván se puso firme. Los admiralzes se encontraban a unos pocos pasos de él. Al de la gruesa verruga en la cara ya lo conocía de la Vosstaniya. Iván sonrió. Qué agradable reencuentro.

—¡Suelta el arma, idiota! —ordenó bruscamente el verrugoso.

Éste sostenía un Kalashnikov con ambas manos.

—¿Tiene que ser así? —preguntó Iván.

Vio por el rabillo del ojo que Pasha se ponía en marcha con la silla de ruedas. Summ, summ, summ.

—¡Te he dicho que la sueltes!

Iván se encogió de hombros. Si no le quedaba otro remedio... Abrió la mano derecha. La culata giró hacia abajo y golpeó el suelo de granito. Abrió la mano izquierda. Clonc. La escopeta estaba en el suelo. Lástima. Era buena.

Los admirалzes lo cercaron.

—Mis caramelos favoritos se llaman —dijo Iván, y levantó la cabeza—, ¿lo has oído alguna vez, tarado? Batooon...

—¡No! —gritó el general—. No...

Selenzev se agachó y entró en la galería. Sus hombros rozaban la agrietada pared de hormigón. A la luz de la linterna se veía un largo pasillo que... sí, bueno, ¿adónde debía de llevar? Selenzev no lo sabía, y la incertidumbre lo corroía por dentro. Por el momento, tan sólo conocía la ruta que seguía durante su ronda de control y un par de ramificaciones.

Hacía poco tiempo que lo habían trasladado desde los servicios de mantenimiento de la Instalación 30 al Servicio de Vigilancia del GUSP. A las unidades subterráneas. Le costaba mucho adaptarse a su nuevo destino. Aunque los exámenes psicotécnicos hubieran indicado una alta capacidad de aguante y buen autocontrol, no soportaba el laberinto de hormigón. El frío que irradiaba de las paredes y la luz eléctrica, filtrada, insípida, le asfixiaban. Y, en general, el aire de allí abajo no se merecía su nombre. Era una mezcla de gases que contenía oxígeno, pero no aire de verdad.

Selenzev prosiguió con la ronda. Al descubrir en una de las paredes la inscripción «Enigma es un hombre bueno TM», negó con la cabeza. El humor de los habitantes del metro era una porquería. Selenzev no lo consideraba humor, sino un retroceso a formas de relación más antiguas. Como si un mono que en realidad fuera una persona que ha vuelto a ser mono se sentara frente a un televisor averiado y jugara con el mando a distancia.

Bajo tierra todo era distinto.

Bajo tierra, Selenzev no podía dormir. Mientras estaba de servicio, tenía que pugnar en todo momento contra una fatiga insoportable y a duras penas lograba mantener los ojos abiertos. Pero se le pasaba de pronto nada más acercarse a su cama. Entonces empezaba la tortura de las largas horas de insomnio. Y esas horas no tenían fin.

Bajo tierra... Selenzev suspiró. Lo interesante era que el búnker principal se encontraba a una profundidad aún mayor, mientras que él se veía obligado a realizar su servicio en el nivel superior, junto al resto del metro. Abajo había

jardines, invernaderos, e incluso un paseo. Y también edificios de viviendas de varios pisos, piscinas y gimnasios para su jefe y para otras figuras de alto nivel. Allí había todo lo que pudiera desear el corazón. Y también había servido bien allí. Los jefes se daban la gran vida y hombres como Selenzev los servían.

Selenzev era un servidor nato.

No tardaría en regresar a la central y, una vez allí, ocuparía su puesto entre los monitores. Selenzev sentía un extraño placer al ver como los salvajes «de fuera» ponían límites a su propia existencia. Las escenas que se veían en pantalla ponían de manifiesto la descarada diferencia entre la vida que llevaban ellos, los pocos elegidos, y la de fuera, donde los salvajes poblaban un espacio reducidísimo y se mataban por un trozo de carne de rata o por un cartucho.

—Nosotros somos los *eloi* —había dicho una vez el jefe—. Y ellos, los *morlocks*. Bestias subterráneas. Caníbales.

Selenzev oyó la señal de advertencia —se había activado porque se producían movimientos en la zona de acceso— y echó a andar a paso rápido.

Tenía que interrumpir la ronda y regresar a la central. Ése era su trabajo. Por lo menos, hasta que su jefe se decidiera a promocionarle, o quizás a degradarle.

Una vez allí, Selenzev se detuvo, como si le hubiera golpeado un rayo. Se encontró cara a cara con uno de los salvajes.

Sucio, agresivo y peligroso.

El salvaje apuntaba a Selenzev con una escopeta de dos cañones. Por lo demás, Selenzev no tenía ninguna duda de que el intruso habría podido hacerle pedazos con las manos desnudas.

—¿Cómo se pone en marcha el suministro eléctrico de la Vassileostrovskaya? —preguntó el salvaje con voz ronca—. Habla.

—¿Cómo ha llegado usted hasta aquí? —preguntó a su vez Selenzev.

—Eso no tiene ninguna importancia. Vamos, tú irás delante. ¿Dónde tenéis los pupitres de control para el suministro eléctrico?

«Qué salvaje más culto», pensó el sorprendido Selenzev. No le quedó otra opción que llevarlo hasta la central. El intruso examinó los monitores con gran curiosidad, y luego el plano del metro en el que estaban dibujadas todas las estaciones y todos los búnkeres.

—Esto parece la sala de control de una central nuclear —dijo el salvaje.

Faltó poco para que a Selenzev le llegara la mandíbula al suelo. La cultura del salvaje era notable. Pero el propio salvaje no le dejaba tiempo para asombrarse.

—¿La Vassileostrovskaya?

Sin decir palabra, Selenzev le señaló un interruptor de mando basculante con la inscripción «Vas».

—Conéctala.

—No lo entiende usted. Esto es la alimentación eléctrica de la caja de distribución...

—Eso ya lo arreglaremos —replicó el salvaje—. Conéctala.

Clic. Se encendió una lucecita verde.

—¿Ya está? —preguntó el huésped no invitado.

—Sí.

—Y ahora ándate con cuidado —dijo el salvaje, sonriendo, y en un tono de voz que le dio escalofríos al guardia—. Como esta lucecita se apague, volveré. —Miró de arriba abajo a Selenzev—. Y os mataré a todos a balazos.

Cuando el intruso se fue, Selenzev se quedó sentado durante largo rato frente al pupitre de controles y contempló la serie de diodos luminosos que representaban a cada una de las líneas y estaciones del metro. Luchó consigo mismo.

Poco a poco alargó la mano para quitar la corriente... si no lo hacía, el jefe le abriría en canal.

Pero entonces recordó la mirada del salvaje. «No, mejor que no.» Volvió a levantar la mano y vio la lucecita verde al lado del interruptor «Vas». Selenzev volvió a caerse sin fuerzas sobre la silla.

Dejémoslo encendido durante un rato. Será mejor así...

No vaya a ser que el salvaje vuelva y nos mate a todos a balazos.

—¡No! —gritó Memov, y dio un paso adelante.

Iván vio el rostro consternado del general.

«Los admiralzes son ocho —pensó—. Puedo darme por muerto. Pero antes vamos a fastidiarles un poco más.»

Entonces, metió la punta del pie bajo la culata del arma que aún se encontraba en el suelo. Un empujón hacia arriba. Como a cámara lenta, el arma saltó por los aires. Increíble sorpresa en el rostro del verrugoso. El *digger* agarró la escopeta con ambas manos y la sujetó con fuerza. Una buena arma de fuego. Justo lo que necesitaba.

Un golpe rápido a la izquierda. ¡Ya está! Iván le destrozó media cara con la culata al verrugoso. Éste retrocedió tambaleándose y se desplomó.

Iván golpeó al otro lado con la escopeta. Zac. Crac. El doble cañón le abrió

el cráneo al otro admiralze. Brotó sangre. El hombre cayó al suelo.

«Me he cargado a dos. Me quedan seis.»

Iván se agachó para esquivar los disparos.

El principal problema de Iván había sido llegar a la Vassileostrovskaya desde la Gostiny dvor. Aun cuando se hubiera levantado el bloqueo que separaba a ambas estaciones, el *digger* no habría podido pasar por los puestos de control que había en el túnel.

El precio por el levantamiento del bloqueo fueron la dimisión de Postyshev y el nombramiento de un nuevo comandante. Sasonov se presentó en el momento oportuno, por supuesto. Apareció en la estación como un redentor, con paz y alumbrado bajo el brazo.

El nuevo comandante iba a necesitar una esposa.

«¿Por qué había aceptado Tanya?», se preguntaba Iván.

«Por eso.»

Se colocó la máscara antigás y respiró varias veces. Aceptable.

Iván subió a la superficie desde el túnel de la cinta transportadora que llegaba hasta la isla Vasilyevski por debajo del Neva. Una vez allí, tuvo que caminar hasta el conducto de ventilación de la Primorskaya. Estaba mucho más lejos que la Vassileostrovskaya, pero sería una entrada mucho más segura. Si es que un paseo por la ciudad muerta podía ser seguro en algún caso.

Iván se abrió paso por el acceso en ruinas, logró salir afuera y estudió la situación.

La estación de las noches blancas había terminado. Era una noche de verano ordinaria. Bestias aladas surcaban el cielo oscuro sobre la iglesia luterana.

«Está claro, se han hecho un nido por aquí», pensó Iván.

Un chillido. Tan estridente y horrible que se le puso carne de gallina al *digger*.

Iván se agachó para que no lo vieran.

Al cabo de poco rato, la luz sería insoportable.

El búnker abandonado de la Primorskaya. Iván lo había reconocido en seguida, aun cuando llevara mucho tiempo sin ir allí. El agua le llegaba hasta las rodillas. El cono de luz que proyectaba la linterna se deslizaba sobre paredes marrones. El color verde insano colgaba hasta el suelo en jirones empapados. El aire era pesado, desagradable. Chof, chof. Allí no se caminaba, se chapoteaba.

Iván apuntaba de un lado a otro con la escopeta. Con una mano sujetaba los cañones del arma.

Después de pasar por un vestíbulo «limpio» y por una sala de descanso, se detuvo frente a la puerta. La abrió con el pie y entró. El círculo de luz de la linterna danzaba sobre las aguas turbias y verdosas.

Iván se detuvo.

En un primer momento, el *digger* se quedó sin respiración. Luego se mareó... como si hubiera sufrido una sobredosis de oxígeno.

Qué sarcasmo. Como si ante sus ojos tuviera lugar algo monstruoso que tan sólo podía contemplar sin hacer nada.

El grupo electrógeno de la Vassileostrovskaya, el mismo que se suponía que habían robado los moscovitas, estaba dentro del agua. Roto y cubierto de herrumbre.

«Y matamos a seres humanos por esto», pensó Iván.

Todo aquello le parecía un sueño.

Iván se arrodilló y agarró la escopeta por los cañones. Tendría que abrirla y meterle cartuchos...

Vio por el rabillo del ojo que un admiralze empuñaba el Kalashnikov.

Tenía que mover la palanca. Ras.

Una ráfaga pasó por encima de la cabeza de Iván.

Abrir los cañones.

El extremo posterior de las vainas relucía. Iván logró sacar con tres dedos la primera de las vainas humeantes. Gimoteó de dolor. Luego sacó la segunda.

Y, de pronto, la luz fue insoportable.

Por un momento, Iván se sintió como si de nuevo estuviera mirando por la ventana de la central nuclear. A la luz del día. «Un día nublado», había dicho Fyodor. Seguro que lo sabía bien. Pero Iván se había sentido como si se sumergiera en un mar de luz cegadora e implacable.

Al cabo de un instante, Iván sintió un golpe violento en el hombro. Se cayó. «Mierda.» Chocó de espaldas contra el suelo, pero no soltó la escopeta.

Y entonces sintió el dolor.

Sólo entonces se dio cuenta de que le habían disparado. ¿Cómo era posible?

Esta historia no se va a terminar jamás.

El poder es un monstruo con mil tentáculos transparentes y un manojo de nervios rosados en lugar de cerebro.

¿Qué motivos tenemos para luchar y morir por unos ideales?

Memov se inclinó sobre el *digger*.

—No te muevas, Iván. Vamos a buscar a un médico.

Alguien le quitó el arma de la mano al *digger*. Iván estaba echado en el suelo y notaba cómo la vida se le escapaba del cuerpo. Como de una petaca agujereada. Oyó los gritos de Tanya en la lejanía.

—¡Dejadme! ¡Dejadme pasar!

Hubo murmullos de cólera. Pero, por lo visto, el general logró evitar que se produjera un tumulto.

«Un tirano viejo, pero fuerte. No le llego ni a la suela de los zapatos.»

—Tenemos que darte las gracias a ti por la luz, ¿verdad? —preguntó Memov, y miró a su alrededor—. Ahora ya es un poco tarde para decírtelo, por supuesto, pero ha sido impresionante. Siempre he creído en ti.

—Eres un hijo de la gran puta, general —dijo Iván—. Eres peor que un hijo de la gran puta. Eres un político.

El rostro del general se ensombreció.

«¿Qué pasa, que no te gusta lo que te digo?»

—Te vamos a poner una venda ahora mismo —insistió Memov—. Lo lamento, Iván. Yo tenía la esperanza de que me comprendieras. Cuando luchábamos en el mismo bando, había tenido incluso la esperanza de que fueras tú quien continuara mi obra. De que fueses tú quien uniera a los seres humanos. Los forjadores de imperios necesitan un digno sucesor, ¿me entiendes?

—¿Un imperio? ¿Es con eso con lo que sueñas, general?

—Sí. Una humanidad unida. La fuerza agavillada de su ira. ¡Maldita sea, que alguien le ponga una venda!

No llegaron a ponerle la venda. De pronto, en el silencio que se había adueñado de la estación se oyó el poderoso estrépito de una ametralladora. Y se interrumpió con la misma brusquedad. Una persona gritó. Y luego otra. El general se puso en pie.

—Qué es esto... —se quedó a media frase.

Silencio.

De repente, todo enmudeció de tal manera que Iván alcanzó a oír el crujido del filamento de las bombillas. Una intensa luz brillaba en el andén. La gente estaba de pie, o sentada, y no sabían lo que podía significar ese ruido. Y esos gritos.

Iván llegó a la conclusión de que alguien había dejado fuera de combate a los centinelas de la entrada.

El *digger* hizo un esfuerzo y se puso de costado. Un manto oscuro le cubrió los ojos y estuvo a punto de perder el conocimiento. Cuando por fin recobró la

visión, no dio crédito a sus ojos.

El «pasajero» se les acercaba desde el otro extremo de la estación. El *blokadnik*.

La gigantesca figura gris caminaba poco a poco por el andén de la Vassileostrovskaya.

Gritos. El estrépito de una mesa que se había caído.

Por el camino, el «pasajero» pasó frente a un admiralze. El hombre le apuntó con el fusil...

«Más te valdría largarte», pensó Iván.

Se oyó la ráfaga.

De pronto, la bestia se volvió, agarró al admiralze, lo elevó en el aire y lo aplastó. El monstruo lo dejó como a una muñeca de trapo estrujada.

La sangre se derramó en cascada sobre el suelo de granito. Como el zumo de una exprimidora.

Entonces la bestia lo soltó y el hombre cayó al suelo. Sin prestarle más atención, el «pasajero» pasó por encima del cadáver destrozado y siguió avanzando hacia la multitud. Sin prisas, cojeando ligeramente.

Iván se maravilló una vez más de la cabeza del monstruo, desproporcionadamente pequeña para una criatura de tres metros. Un círculo plano con dos agujeros a modo de ojos. No más grande que la cara de un niño. Y sin boca. Eso quería decir...

Debía de comer por algún lado, ¿no?

Memov se puso en pie y miró a su alrededor.

—Poned a salvo a los niños —gritó el general—. ¡Rápido! Y los hombres, conmigo.

Pánico. Hombres y mujeres que tropezaban unos con otros. Griterío.

De pronto, Oleg Kulagin se inclinó sobre Iván.

—Vanya... oye... ¿qué tenemos que hacer?

—Iván —dijo entonces Memov—. Ahora no es momento para discutir quién de nosotros es el mejor.

—Haced lo que el general os diga —respondió el *digger*, y se tendió de espaldas. No le quedaban ya fuerzas.

Kulagin tuvo un instante de reflexión y luego asintió.

Un velo rojizo le cubrió los ojos. «Maldita sea.» Alguien agarró a Iván por las axilas. El *digger* vio, sorprendido, cómo sus botas rebotaban contra el suelo mientras le arrastraban por el andén. Dejó un rastro de sangre sobre el granito.

Finalmente lo sentaron en el suelo y le apoyaron la espalda en una mesa que se había caído de lado.

—Preparémonos para la defensa —ordenó Memov.

Abrieron los pasillos en el extremo sur de la Vassileostrovskaya para sacar a las mujeres y a los niños de la zona de peligro. Se oyeron gritos y gemidos desde allí. Prisas.

Los luchadores, con sus mejores ropas, bien peinados y afeitados, improvisaron una barricada y tomaron posiciones detrás de ésta.

«Ya está bien así —pensó Iván—. Conviene asearse antes de ir al combate.»

Tan sólo unos pocos contaban con armas de fuego. Los demás se armaron con lo que tuvieran a mano: patas de silla, bastones... incluso hubo alguno que cerró los puños.

Los habitantes de la Vassileostrovskaya y los admirалzes aguardaron hombro con hombro.

«Esto es lo que une a los seres humanos —pensó Iván—. No la muerte. Sino el odio.

»¿Quizá la xenofobia no es tan mala?»

El general se encontraba en un extremo de la formación.

—¡Preparaos! —ordenó. Hablaba con voz ronca y entrecortada, pero, al mismo tiempo, irradiaba la calma del líder experimentado. Desenfundó la pistola y apuntó al *blokadnik*—. No disparéis hasta que os lo ordene.

El «pasajero» se acercaba poco a poco. Casi parecía que flotara sobre el andén, tan ligeros eran sus andares.

Los agujeros negros que tenía por ojos miraban a los seres humanos.

—¡Fuego! —ordenó el general.

Los fusiles de asalto, las escopetas y las pistolas crepitaron. Brillaron los fogonazos.

«Con tan pocas armas no lo van a conseguir», pensaba el angustiado Iván. La mayoría se encontraban en la armería, al otro extremo del andén. El general había ordenado guardarlas allí para prevenir posibles motines, y así, sin saberlo, le había puesto las cosas fáciles al *blokadnik*. Memov se dio cuenta en ese mismo momento. Trató de salvar lo que aún se pudiera salvar. Pero estaba claro que era demasiado tarde.

Nuevos fogonazos. La bestia se estremeció.

Al cabo de un instante, el *blokadnik* se arrojó sobre las posiciones de los defensores. Arrojaba a los luchadores de un lado para otro como soldados de

juguete. Sus largos brazos se movían a tal velocidad que se veían difuminados. Los gritos de dolor y los disparos resonaban por todo el andén. Iván se dio cuenta de que el rostro redondo del «pasajero» se volvía amenazadoramente hacia él.

—Hola, Iván.

Ahora sí que estoy acabado, pensó el *digger*, e hizo intentos desesperados por escapar.

—De puta madre. ¡Ahora no hagas ninguna idiotez! —gritó alguien.

¡Summ, summ, summ!

Era Pasha, que se había dado impulso y se había arrojado contra las piernas del «pasajero». Brum. Crac.

El rostro gris en el que terminaba su grueso cuello se transformó en una mueca grotesca. La sorprendida bestia miró al inoportuno hombrecillo en silla de ruedas que se había arrojado contra él.

Summ, summ, summ.

Pasha retrocedió con la silla y tomó impulso de nuevo. Brum. Crac.

El *blokadnik* se había hartado. Levantó su larga zarpa y le asestó un golpe. Pasha salió disparado cual proyectil sobre el andén. La silla de ruedas volteó varias veces.

—No —masculló Iván.

El *digger*, ya sin fuerzas, logró darle la vuelta a su cuerpo y apoyarse sobre el costado derecho.

«Levántate —se ordenaba a sí mismo—. Tienes que hacerlo.»

Pasha se había caído de la silla de ruedas, había logrado girar sobre su propia barriga y se arrastraba hacia el *blokadnik* con los brazos. Iván vio su frente bañada en sudor, atravesada por surcos desafiantes. Pasha arrastraba las piernas cual flácidas serpientes de goma.

Pero ¿qué quería hacer el muy lerdo? Por todos los diablos, ¿qué creía que podría hacer contra aquella monstruosa máquina de luchar?

Los seres humanos somos tan tercos...

Una vez más, la bestia levantó sus huesudas zarpas. Cayó cual guillotina sobre su indefensa presa. Aplastó literalmente a Pasha. El fuego de los ojos de éste se apagó y su cabeza se estrelló contra el suelo.

«¿A ti qué te parece? ¿Le va a gustar?»

«No te enfades conmigo, pero es que a veces haces preguntas idiotas. ¡Es un regalo genial!»

Un impotente furor se adueñó de Iván.

—¿Dónde se ha quedado mi arma?

De pronto, el general apareció al lado del *digger*. Las lámparas del techo iluminaron su angulosa silueta.

La bestia se detuvo, indecisa.

La fría mirada de sus agujeros negros se volvió, primero hacia Iván y después hacia Memov. Y luego, de nuevo, hacia Iván. Y a continuación repitió el mismo recorrido. Como si no lograra decidirse por uno de los dos.

Iván cayó en la cuenta de que el «pasajero» perdía algo. Los disparos habían abierto un gran número de orificios en su piel lisa y gris, y por éstos manaba un líquido negro y oleoso. ¿Sangre? Una de las piernas se le había torcido notablemente, como si alguien le hubiera arrojado un objeto de gran peso.

«Te enfrentas a *skins*, ¿lo entiendes?»

La bestia giró la cabeza. Su poderoso cuerpo se hizo visible de perfil. Poco a poco, el líquido negro se derramaba sobre el suelo de granito.

»Sí lo parece —pensó Iván—. Sí, parece como si yo no fuese el único que está a punto de morir.»

—¿A qué esperas? —le preguntó Memov a la bestia.

El general se plantó entre Iván y el «pasajero». Empuñó la pistola y disparó contra la cara redonda de bebé.

—Puede que yo sea un hijo de la gran puta, Iván —dijo el general en voz baja, sin volverse—. Pero no me llames político. Si tengo que elegir entre una bestia y un ser humano, lucharé siempre por el ser humano.

Un disparo. Un fogonazo.

El rostro de la bestia se contrajo.

—No —dijo Iván con voz apagada.

Al instante, el general sufrió un golpe abrumador. Memov salió volando hasta el techo y volvió a caer al suelo. Se quedó inmóvil. Un bulto amorfo de carne con los huesos destrozados.

«Vas a matar a tu propio padre.»

El *blokadnik* se había vuelto hacia Iván.

De pronto brillaron nuevos fogonazos. Pum. Pum. Pum.

Al lado de los ojos de la bestia aparecieron nuevos puntos negros.

Iván se volvió. Tanya estaba a su lado, con su traje de boda blanco, manchado de sangre. Empuñaba con ambas manos el revólver de Sasonov.

La boca de la Python vomitaba humo.

Poco a poco, como un árbol abatido, el *blokadnik* se tambaleó y cayó al suelo. Iván se dio cuenta de que el andén vibraba bajo sus pies. El fin. La moribunda bestia gris alargó sus zarpas hacia Iván... y se quedó inerte.

Dentro de los agujeros redondeados y profundos como abismos que tenía por ojos, el *digger* vislumbró un nuevo ecosistema. Un plan B de la naturaleza, en el que no había cabida para el ser humano.

«Somos como dinosaurios», pensó Iván.

Triceratops, brontosaurios, iguanodones. Humanos.

—Marchaos todos al infierno —le dijo Iván al *blokadnik*—. Os vamos a pegar un tiro a todos. Si es necesario, os estrangularemos con las manos desnudas. ¡No sabéis a quién habéis atacado! Os enfrentáis a seres humanos, ¡¿lo entendéis?!

El *blokadnik* le miró.

En ese instante, Iván abrió los ojos.

Mi «punto de encaje».

El viejo Enigma tenía razón. Hay metas más altas. No se trata tan sólo de un destino individual, sino de la salvación de la humanidad.

También el general tenía razón. Hay que detener a los Vegetarianos.

Aun cuando fueran seres humanos.

El ser humano no es humano por su naturaleza física, sino por otra cosa. El hijo del viejo guardián del reactor era más humano que Sasonov, o incluso que aquel Vegetariano.

Iván apretó los dientes y gimoteó.

Lo he perdido todo. La bestia no me perseguía a mí, sino a Memov. Cuando los otros —quizá los Vegetarianos— se dieron cuenta de que el general era peligroso, enviaron al *blokadnik* contra él. Y el *blokadnik* me confundió con él, porque somos parientes cercanos. No tengo ni idea de lo que nos une. ¿El olor? ¿La sangre? ¿Las frecuencias cerebrales? En cualquier caso, la bestia me perseguía a mí, aun cuando buscara la pista de Memov. Un error. Primero me siguió por el metro. Por eso sentía ese peso enorme en el cogote. Y luego hasta la central nuclear, y después durante el viaje de regreso.

He terminado por guiarle hasta Memov.

Ahora ya no me queda ninguna esperanza. Me he equivocado en todo y lo he hecho todo mal. Soy un fracasado. He guiado a la bestia hasta mi propio padre. He colaborado con los Vegetarianos. Habrá guerra.

El general aún no había muerto.

«Mi padre. Rápido —pensó Iván—. Tengo que decirle algo... lo más importante, por lo menos.»

El *digger* empleó ambos brazos para arrastrarse hasta su padre. Sus uñas rechinaban contra el granito.

—¡General!

Memov se volvió. Con sus últimas fuerzas, miró a Iván.

—Iván... tengo un... elefante... —los ojos de Memov se apagaron.

Iván sollozó débilmente.

—Soy tu hijo. ¡Me oyes, viejo tirano! Soy tu puto hijo. Tienes un heredero.

Habría querido decírselo. Pero ya era demasiado tarde. En sus ojos se reflejaba el techo manchado por la humedad que cubría la Vassileostrovskaya.

Iván, sin fuerzas, se tumbó de espaldas en el suelo. Todo había terminado.

«Un héroe fracasado. Eso es lo que eres, Iván. Un grandioso héroe, maldita sea...»

—Iván, no te puedes morir...

«No importa, todavía me quedan cartuchos —pensó Iván—. Aún no me he muerto... pero siento tanto frío en las piernas... sólo querría descansar un poco, y luego me volveré a levantar.»

—¡Iván!

Alguien le sacudió. Iván contrajo el rostro sin abrir los ojos.

«¡Qué sucede ahora! Es que no me van a dejar ni cinco minutos en paz.»

—¡Iván, grandísimo hijo de puta! —era la voz de Tanya—. ¡¿Dónde te habías metido, inútil, gilipollas?! ¡Como ahora te me mueras, te resucito a hostias! ¡¿Me has oído?!

«El vestido blanco —pensaba Iván—. ¿Dónde he visto ese vestido blanco? Ah, sí, aquella noche que me fui a la guerra. Por supuesto.»

De nuevo, Iván sintió que su brazo la rodeaba por el tallo. Nuevamente recorrió el patrón del tejido con los dedos. Y, una vez más, notó la frialdad de las manos de Tanya.

—¡¿Me has oído?!

Iván abrió los ojos y le vio el rostro. Por fin.

—Hola, Tanya. —El dolor era como un velo rojo que le cubría las pupilas. Pero logró sonreír a través del velo. El andén que se encontraba debajo de su cuerpo empezó a dar vueltas. Y estaba bien que fuera así—. He vuelto a casa.

Epílogo

NO importa adónde mire... sólo hay nieve. Mucha, mucha nieve. Iván la siente crujir bajo sus pies. Nieve seca, congelada. Allá, a lo lejos... una casa. El tejado está blanco. Caen gruesos copos de nieve sobre la cerca. La escarcha ha trazado figuras sobre los cristales de las ventanas.

Le faltan diez minutos para llegar.

Los copos son ligeros, pero Iván no puede más. Cada uno de sus pasos deja una huella sobre la capa de nieve.

Iván se detiene unos segundos y contempla la casa desde lo alto. Ahora empieza el descenso.

Están impacientes por verle.

Notas

[1] Cita de la novela de ciencia ficción *Pícnic extraterrestre*, publicada en 1971 por los hermanos Arkadi y Boris Strugatsky. Traducción de Edith Zilli. <<

[2] Término empleado en Rusia para referirse a los supervivientes del asedio de Leningrado. Actualmente se asocia a personas de avanzada edad. <<

[3] Una de las más importantes avenidas de San Petersburgo. <<

[4] Cuerpo Nacional de la Policía. <<

[5] Diminutivo de Iván. <<

[6] Término ruso para «montador». Designa a las personas que habían trabajado legalmente bajo tierra. <<

^[7] Gentilicio para los habitantes de la Admiralteyskaya. <<

[8] Primeras palabras de la canción *Maryushka*, de Vladimir Vysotski (1938-1980). <<

[9] Traducción libre de la Marcha de la cuarta compañía, que se canta en el musical soviético *Bumbarash* (1971). <<

[10] Festival con el que se celebra en San Petersburgo la finalización del curso escolar. <<

[11] Estación de la que parten los ferrocarriles en dirección a Moscú. <<

[12] Siglas rusas para el Escuadrón Policial para Propósitos Especiales. <<

[13] Plato tradicional ruso que tiene como ingrediente principal la carne picada.

<<

[¹⁴] Siglas rusas de División de Instalaciones Especiales. División del GUSP que se encarga de la vigilancia y supervisión de instalaciones secretas. <<

[15] Siglas rusas de Administración Central de Programas Especiales. Una de las agencias de servicios secretos de la Rusia actual. <<

[16] Instalación militar subterránea y secreta de San Petersburgo. <<

[17] Otro diminutivo de Iván. <<

[18] Pequeña ciudad a orillas del golfo de Finlandia, a 81 kilómetros al oeste de San Petersburgo. <<

[19] Otro nombre del Nikonov AN-94, fusil de asalto del ejército ruso. Emplea el calibre $5,45 \times 39$ mm. <<

[20] Versos de una joven poeta de San Petersburgo, Alina Kirilovna Kudryasheva, también conocida como Alya Kudryasheva, nacida en 1987. <<

[21] Después del nombre de pila, los rusos emplean el patronímico, un segundo nombre derivado del nombre de pila del padre. Así, en este caso, en el falso pasaporte de Iván figura el nombre «Sergeyevich» y, por lo tanto, su padre debería llamarse Sergey. <<

[22] En la tradición literaria rusa se suele hablar de la «ciudad N» o del «distrito N» para referirse a un lugar remoto en provincias. <<

[23] Es el nombre de una especie de ciervos del Lejano Oriente. <<

[24] Nuevamente, un poema de Alina Kudryasheva. <<

[25] Monstruo semejante a un perro. <<

[26] Acrónimo ruso de Central Nuclear de Leningrado. <<

[27] Una de las estaciones ferroviarias de San Petersburgo, inaugurada en 1857. Se puede acceder a ella desde la estación de metro Baltiskaya. <<

[28] Arte marcial moderna, desarrollada en la Unión Soviética. Su nombre es el acrónimo ruso de «autodefensa sin armas». <<

[29] Inicio de una canción cuyo título puede traducirse por «Salvad nuestras almas» (1967), de Vladimir Visotsky. <<

[30] Danza tradicional de los esclavos del este acompañada de canto coral. <<

[31] Las palabras «ángel» e «inglés» se parecen mucho en ruso. Quizá se trate de una alusión a la frase latina «Non angli, sed angeli» —no anglos, sino ángeles—, que se atribuye al papa Gregorio I después de haber visto a un grupo de niños de gran belleza pertenecientes a la etnia de los anglos, una de las que darán su nombre a los modernos anglosajones. <<

[32] Canción de la patria compuesta por Vasili Lebedev Kumach e Isaak Dunayevski en 1936 para una película cuyo título se puede traducir al español como *Circo*. <<

[33] Ciudad que tiene un museo de armamento, un museo del pan de jengibre y un museo del samovar. <<

[34] La ciudad de Ivanovo es la capital de la industria textil rusa. Como dicha industria ha atraído sobre todo a trabajadoras femeninas, se suele bromea con que en Ivanovo el número de hombres es muy inferior al de mujeres. <<

[35] Célebre cuento de hadas de Hans Christian Andersen. <<